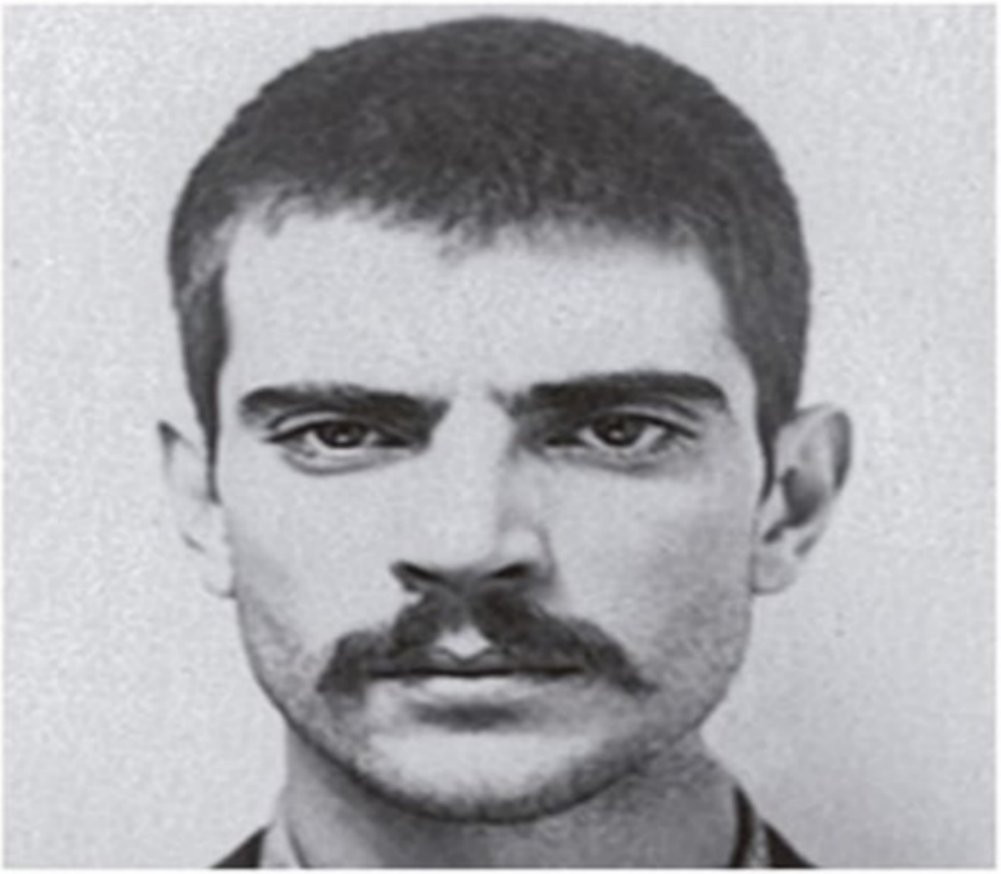


Jordi Esteva

El impulso nómada

Galaxia Gutenberg

EL IMPULSO NÓMADA

JORDI ESTEVA

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2021

© Jordi Esteva, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021
Imagen de portada:
Foto de fotomatón de Jordi Esteva.
Estación de metro Provenza, Barcelona, 1975.

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-18807-49-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

© Roger Lleixà

JORDI ESTEVA
(Barcelona, 1951)

Fotógrafo, escritor y cineasta. Interesado en Oriente y África. Ha vivido cinco años en Egipto y viajado durante largo tiempo por la India, Sudán y Yemen. Redactor jefe de la revista *Ajoblanco* entre 1987 y 1993. Entre sus libros destacan *Mil y una voces* (El País/Aguilar), *Viaje al país de las almas* (Pre-Textos), *Los oasis de Egipto* (RM), *Los árabes del mar* (Península) y *Socotra, la isla de los genios* (Atalanta) sobre el que ha realizado una película. También ha filmado los documentales sobre otros libros como: *Retorno al país de las almas* y *Komian*, acerca de las ceremonias de trance y posesión en África occidental. Recientemente ha dirigido *Historias del Cabo Corrientes* sobre los mitos y relatos de los afrodescendientes del golfo de Tribugá en Chocó, Colombia.

JORDI ESTEVA

El impulso nómada

«Un día me iré y no me veréis más.» De niño, pronunciaba estas palabras como si a fuerza de repetirlas lograra elevarme por encima del angosto valle. Gracias a los atlas, a los libros de geografía y a los mapas, me aislaba del mundo gris que me rodeaba y viajaba sin salir de la habitación. No sabía entonces que, al igual que los insectos que me fascinaban, un día conseguiría rasgar la seda que me atrapaba para desplegar las alas y volar siguiendo el impulso nómada que había germinado en mí y que se haría añicos la noche en que la policía secreta egipcia irrumpió en mi habitación de los Oasis poniendo fin a mi sueño.

«Nuestros primeros recuerdos surgen de la oscuridad como los borbotones de una poza que desde lo más profundo terminan por alcanzar la luminosa superficie.»

A Jordi Tresserras

A mi padre

A mi hermana Rosa, cómplice de infancia,
que se fue de pronto sin que acabáramos de desentrañar
los misterios de la embrujada Villa Rosa

A Miko y a Jimi, que vigilan mi sueño y a la fiel Yoko.
A Pito y a Ivette, las reinas del patio

1

SPUTNIK

Llueve. Una farola apenas ilumina la esquina. Las gotas juegan a contraluz y desprenden vapor al caer en la pantalla. Un coche solitario levanta el agua de los charcos. El sereno está fumando en un portal. En la noche de invierno, el humo del cigarrillo se confunde con el vaho de su aliento. ¿Soy yo, más de sesenta años después, el mismo que de niño observaba aquella escena, la primera de la que tengo recuerdo? He pasado largas décadas encerrado en un cuerpo que se ha ido transformando. ¿Cuántas células son las mismas? Y, sin embargo, creo que sí. En lo esencial, soy el mismo. Mirando hacia atrás, salvo en la larga etapa del colegio religioso, he hecho siempre lo que he querido, aunque el azar me jugó una mala pasada cuando fui encarcelado y expulsado de Egipto, el país que había elegido para vivir. Creo que siempre he escuchado la voz interior. No he traicionado mis sueños. Siguen siendo los mismos del niño que se extasiaba ante la naturaleza o soñaba con los atlas y libros de geografía y quería escaparse para conocer el mundo.

Cuando ascendí a las cimas de Socotra tuve la sensación de que había cumplido mi propósito en esta vida. Aquella isla, perdida en el Índico, era el último de los lugares de mis ensoñaciones de infancia que me faltaba por recorrer. A menudo, pienso que tras este libro ya lo habré dicho todo. No me gustaría repetirme. Me pasó igual con la fotografía cuando vi que ya no podía hacer cosas nuevas. ¿Me estará sucediendo ahora? Llega un momento en que ya no se avanza.

¿Acaso está nuestro destino decidido de antemano? ¿Estaría inscrita en el ADN, a grandes rasgos, nuestra personalidad? En ese caso todo estaría predestinado. Sería el *maktub* árabe, lo que «está escrito». ¡Como si no pudiéramos escapar de tamaña maldición! El aprendizaje, el azar y la voluntad pueden enderezar, como por suerte lo hacen, el rumbo de nuestra vida. Somos un milagro absoluto de la combinatoria, fruto de la carrera de uno entre millones de espermatozoides para alcanzar a un único óvulo. Y cada uno de esos espermatozoides y óvulos provienen de hombres y mujeres que, a su

vez, son fruto del más puro azar. Si hemos emergido de un negro océano, abierto los ojos y visto la luz, es por la probabilidad de una entre cientos de millones de combinaciones. Siento vértigo al pensar en todo ello, como el que sentí en el mar Rojo, en los oasis de Egipto o en Socotra, cuando contemplaba las constelaciones y una fuerza, contraria a la gravedad, me impelía hacia el firmamento. Sensación que ya conocía de niño cuando, en el tejado de Villa Rosa, la casa de la abuela en el pueblo de El Figaró, junto a mi hermana Rosa y a su amiga Mari Nuri, nos tendíamos a mirar fijamente las estrellas.

Laika, la perra astronauta

Buscábamos el *Sputnik 2* de los rusos en el que viajaba *Laika*, la perrita astronauta, a la que suponíamos mirando atenta a la Luna o quizá observando la Tierra desde las alturas. No sabíamos que el pobre animal había muerto a las pocas horas del lanzamiento. Durante décadas, las autoridades soviéticas silenciaron que aquel veloz punto luminoso en el cielo era en realidad su sarcófago.

Observábamos tan atentamente la Vía Láctea que cada estrella se convertía en cien, y cada una de las cien en otras tantas. Entonces nos

hacíamos las eternas preguntas desde que el hombre se puso en pie en algún lugar de África, quizá en un rincón desolado del lago Turkana, de aguas de color jade infestadas de cocodrilos. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Hay vida después de la muerte? Preguntas tan antiguas como la épica de Gilgamesh, el primer relato literario conocido, en el que el joven e impetuoso rey de Uruk, desesperado por la muerte de su compañero Enkidu, decide partir a los confines del mundo en busca de la planta de la inmortalidad.

Un segundo recuerdo. Mi cara con un profundo corte tras emular al barbero de barrio que iba de casa en casa y cada mañana afeitaba a mi padre. Una herida cuya cicatriz me acompaña desde entonces. Aún me parece oír los gritos de mi madre ante un niño con la cara y el cuello ensangrentados, sosteniendo una afilada navaja.

Luego, el cine de la parroquia de San Elías, frente a una decaída mansión, apenas ocultada entre cedros y castaños, cerrada por una cancela de hierro con un cartel que descifraría unos pocos meses después, cuando aprendí el alfabeto: CASA DE HUÉSPEDES. Imaginaba un interior con cortinas, muebles y candelabros cubiertos de telarañas, donde no penetraba la luz ni los ruidos de la calle y solo se oían los chillidos de las ratas que se perseguían sobre las mesas y los sillones de mugriento terciopelo.

Mi padrino, el hermano de mi abuela, me sienta en sus rodillas frente a la pantalla. Un pianista improvisa un acompañamiento mientras aparecen Charlot o el Gordo y el Flaco. Apenas tengo otros recuerdos de aquel hombre, tan solo su cálido afecto. En su regazo me siento arropado y querido como un gato.

No olvido la última vez que lo vi. Fue en su piso del Eixample de Barcelona, de pasillo interminable y paredes tapizadas. Estancias oscurecidas por tupidos cortinajes de olor a alcanfor en las que reina el *horror vacui*. Una multitud de personajes, encerrados en marcos de plata sobre mesas de nogal oscuro, me interrogan con los ojos espectrales de las fotos antiguas. Imágenes que parecen revelar el alma, fruto de las largas exposiciones de la época o de los flashes de magnesio. De aquellos familiares de miradas intensas solo quedan polvo y restos de huesos en los ataúdes. ¿Quiénes eran exactamente? Personas que ya cumplieron su ciclo. Todo acaba por desaparecer.

Algunas de aquellas fotos, como las de los álbumes que heredó mi madre, han acabado en mis manos y no reconozco a los personajes. Apenas distingo a mis abuelos, Joan y Adolfo, muertos antes de que yo naciera. No sé quién es la dama misteriosa de sobrio vestido cerrado hasta el cuello y bellos ojos redondeados, como los de las patricias del Fayum. Adivino una rica vida interior, tal vez turbulenta. ¿Sería Marina, la abuela paterna, de trágica vida, a la que tampoco conocí, que quiso poner fin a sus días, según dicen, tragando un puñado de

alfileres? Tampoco sé quién es el caballero con la camisa arremangada junto a los aparejos de pesca, de rostro voluptuoso y labios carnosos. ¿Habría tenido muchas amantes? ¿Fue tal vez uno de aquellos señores de la burguesía catalana, de vida en apariencia modélica y noches de placer con alguna *corista* de un teatro de variedades del Paralelo? ¿O quizá había vivido una sexualidad reprimida, como el abuelo de un amigo a quien su cuñada sorprendió copulando con un empleado de almacén y se encargó de hacerle la vida imposible?

Cuando examinaba aquellas fotos antiguas pensaba que siempre estaría a tiempo de identificar a los personajes, pero hoy quienes podrían darme pistas han muerto. Si al fallecer los abuelos desaparecen cientos de relatos, cuando lo hacen los padres es como si se nos hubiera fundido un importante disco externo. Al igual que ocurre en África, donde, en palabras de Amadou Hampâté Bâ, cuando se muere un anciano se quema una biblioteca entera.

Mi padrino yace en su lecho apenas iluminado por una lamparilla de pergamino. Respira con estertores. La nariz se le ha tornado más afilada, la tez, lívida, y los ojos, hundidos. En la mesilla de noche descansan un crucifijo, una virgen, frascos de medicamentos, un vaso y una jarrita de agua protegida de las moscas por una redecilla ribeteada de cuentas de vidrio. El olor es desagradable. Le han colocado un rosario entre las manos. Un cura, con la sobrepelliz blanca y una estola morada sobre la sotana, abre una cajita de plata y extrae el óleo de la extremaunción bendecido por el obispo la mañana del Jueves Santo. Acerca la cruz a los agrietados labios, que ya no reaccionan, y rocía con agua bendita la habitación y a los familiares. Unta sus dedos en el aceite consagrado y le hace tres señales de la cruz, en la frente, en la boca y en las manos, bisbiseando frases misteriosas en latín, lengua que oigo por primera vez. Mi padrino exhala el largo suspiro de la muerte. El médico acerca un espejo a su rostro y confirma que ha perdido el aliento. El sacerdote le cierra los ojos. Esa escena me perseguirá durante años.

Un recuerdo difuso va tomando forma a medida que escarbo en la memoria. Estoy en el parvulario. Desayunamos sucedáneo de chocolate. La lámina de nata y el olor a leche hervida me repugnarán para siempre. No nos dejan hablar y nos ponen música clásica para niños. *La sinfonía de los juguetes* de Haydn o *Pedro y el lobo* de Prokófiev. Ya entonces me encuentro solo, muy solo, sin relacionarme con los otros niños. Aislado, como si perteneciera a otra especie. Encerrado en un traje de buzo.

Un día viene un misionero que nos pasa películas rodadas por él mismo en el Alto Volta, la actual Burkina Faso. Me impresiona el poblado de chozas cónicas de palma; las mujeres, envueltas en vistosas

telas, pilando grano con los niños sujetos a la espalda; las ceremonias de máscaras y los altos zancos sobre los que se sostienen los danzantes. Otro día nos llevan a una exposición sobre las misiones de los franciscanos en China. Me llaman la atención las fotografías de los fumaderos de opio con hombres de rostros consumidos por el láudano que aspiran de largas pipas y las imágenes de las calles de un vetusto Hong Kong en las que los culíes descalzos tiran, como animales de carga, de *rickshaws* cargados de dos o más pasajeros. Pero sobre todo me inquieta la imagen de los presos en taparrabos arrastrando penosamente una gran barcaza desde una orilla del río Amarillo, vigilados por capataces con látigos. Tiran de sogas sujetas a la frente con una banda. Sus cuellos y sus rostros se muestran tan tensos que los músculos parecen romperse y las venas a punto de explotar.

Fumadero de opio en Hong Kong, 1890 (foto de archivo)

Mientras escribo, logro rescatar un recuerdo agazapado durante décadas en algún pliegue del cerebro. En el parvulario había una Biblia ilustrada con expresivas imágenes: el profeta Elías elevándose a los cielos en su carro de fuego, Judit sosteniendo la goteante cabeza de Holofernes junto a la intrigante sierva o Jonás atrapado en el enorme estómago de la ballena que lo había engullido por orden de Yahvé al negarse a predicar en la idólatra ciudad de Nínive entregada a Ishtar, la diosa de los placeres carnales. Pero nunca podía disponer del libro porque un alumno mayor me lo arrebataba cada vez que me llegaba el turno. Un día la directora se dio cuenta y me dijo que a partir de entonces lo veríamos a solas en su despacho. Yo era un niño de grandes ojos y flequillo a lo Pablito Calvo, el héroe de *Marcelino,*

pan y vino. La directora me tenía un cariño especial, y cuando me llamaba me colocaba sobre su regazo y, con pequeños movimientos de sus piernas, mientras soltaba frases como «¡arre caballito!», conseguía hacerme resbalar a lo largo de sus muslos hasta apretarle el sexo con las nalgas. Yo no me atrevía a huir. Me desagradaba su proximidad y su aliento en mi cuello. Y más aún, cuando acelerando sus movimientos, comenzaba a jadear mientras yo sentía con creciente intensidad aquel olor acre que surgía de debajo de su falda. Pasados unos minutos me decía que ya podía irme al patio.

Hoy me parece recordar el momento en que tomo conciencia de existir. Me materializo de golpe en la calle Balmes 296, cerca de la plaza Molina, en el límite entre el barrio burgués de Sant Gervasi y el menestral de Gràcia. Observo los rostros de mis padres y de mi abuela. ¿Qué hago yo en esta familia? ¿Tengo algo que ver con ellos? Me parece raro lo que hacen y dicen, como si no fueran ellos mismos y estuvieran representando una función. La abuela, que vive en el piso contiguo, tiene un salón de muebles dorados como los que vería décadas más tarde en las casas de El Cairo. Pero con una diferencia: en casa de la abuela nadie se sentaba en ellos; en El Cairo sí, aunque conservaban siempre el plástico transparente que protegía el tapizado.

Cada noche, mi madre me pone una pieza de Edvard Grieg que evoca el amanecer en los fiordos. Le pido escucharla una y otra vez. Cierro los ojos y revivo la sensación del primer amanecer visto desde la ventana. Es verano y estamos en Villa Rosa. La noche da paso a una penumbra azulada. Poco a poco los árboles comienzan a dibujarse en la niebla. Aparecen los primeros rayos de un sol que asoma tímido por encima de la montaña y, como una varita mágica, en pocos segundos lo tiñe todo de oro. Una oropéndola amarilla de alas negras se posa en una rama y canta. Pasados unos minutos, el sol aparece ya decidido y el maravilloso pájaro alza el vuelo.

Mi padre anuncia que han abierto un nuevo negocio en el edificio, el bar Cristal. Pronto cogerá solera porque también es librería y bajo mano se venden libros prohibidos en aquella época. Un día, me trae un gran ejemplar que nada más hojearlo me fascina y todavía conservo. Se llama *Les merveilles du monde* y tiene fotografías a dos páginas de los templos de Angkor invadidos por la jungla, con sus estatuas estranguladas por raíces de inmensos árboles, la sorprendente Esfinge junto a las pirámides y la interminable Muralla China. Comienzan a despertarse en mí las ansias de partir. El impulso nómada.

Mi hermana Rosa y yo crecíamos al cuidado de dos *minyones* o chicas de servicio, como se las llamaba en aquella época. Hacían la vista gorda con nuestras travesuras a cambio de que no contáramos a

nuestros padres que, en lugar de llevarnos al parque, nos metían en un cine de reestreno a ver interminables dramones argentinos o mexicanos. En aquellas películas, que me intrigaban por sus guiones imposibles, descubrí un mundo de pasiones desgraciadas que no sospechábamos, aislados como estábamos en nuestra burbuja de aparente felicidad burguesa que escondía las miserias de aquellos años de posguerra.

Mi hermana Rosa, hacia 1955

A Rosa y a mí nos fascinaban los zíngaros. Cada verano llegaban al pueblo con sus carromatos y acampaban junto a la Font dels Gitanos

durante unos días. Nos encantaba observar a escondidas cómo, en el claro del bosque frente a la fuente, cortaban leña, encendían fuegos o cuidaban de los osos, que llevaban sujetos con una argolla que les taladraba la nariz. Antes de que llegaran al pueblo, alguien ya lo advertía a gritos: «*Que venen els gitanos!, que venen els gitanos*!», y las mujeres recogían las sábanas tendidas, encerraban a las gallinas que picoteaban en los patios y metían a los niños en las casas pues decían que solían raptarlos. Incluso que en una cueva cerca de Granollers habían encontrado esqueletos de niños, sujetos con grilletes, que habían sido devorados por los monos de los zíngaros.

Un día, a través de las verjas de Villa Rosa, una gitana le pidió limosna a mi madre, que leía en una tumbona. Embarazada de pocos meses, hizo como si no la oyera y, entonces, aquella mujer contrariada le echó una maldición. En aquellos años no existían los adelantos médicos de hoy y hasta el parto no supieron que el niño «venía mal», y nació muerto. La abuela siempre aseguró que había sido por culpa de aquella gitana y su mal de ojo. Mi padre se enfurecía y la tachaba de supersticiosa.

Los zíngaros leían la mano o hacían bailar a sus bestias a cambio de unas monedas. Eran odiados porque eran libres y diferentes. «¡Parecéis gitanos!», exclamaba airada mi abuela cuando nos veía llegar a casa desgreñados, cubiertos de barro y felices.

Siempre traían consigo grandes bobinas de celuloide, y al anochecer, en la plaza de la iglesia, proyectaban sobre una sábana un sinfín de maravillas, como *El ladrón de Bagdad* o *Las aventuras de Simbad el marino*. Los veraneantes llevaban sus propias sillas o taburetes y nosotros veíamos las películas desde el balcón de Mari Nuri, que daba a la plaza. Cada vez que cambiaban la bobina, pasaban una pequeña cesta donde cada cual dejaba la voluntad. A veces la proyección se detenía y surgía desde el centro del fotograma una monstruosa ameba que crecía y, en pocos segundos, derretía la imagen. «*Que es crema, que es crema*!» (¡Se quema, se quema!), gritaban. Entonces paraban la proyección y cortaban el celuloide por lo sano, tiraban las escenas perdidas para siempre y pegaban la película con esparadrapo. De modo que los viejos rollos estaban apedazados y la proyección tan llena de saltos que a menudo la historia resultaba incomprensible. Por no hablar de cuando equivocaban el orden de las bobinas, como solía suceder. A veces, cuando la escena era considerada demasiado atrevida, ¡en aquella época de férrea censura moral!, el operador desenfocaba las imágenes de los besos o de los castos baños en el río. La madre de nuestra amiga, la señora Ventura, aprovechaba esos minutos de confusión para ofrecernos buñuelos de viento hechos por ella y Zarzaparrilla 1001, una bebida antecesora de la Coca-Cola, ya que esta todavía no

se comercializaba en España, un país al que las Naciones Unidas acababan de levantar el boicot internacional.

Los gitanos, sin duda, estimularon en mí las ganas de escapar de aquel mundo que me ahogaba. Aunque no quería acabar en una cueva devorado por un mandril, soñaba con que un día me raptarían para deambular por esos mundos de Dios, al cuidado de los osos o de los robustos percherones, durmiendo hoy aquí y mañana allá hasta llegar a algún puerto donde embarcarme como grumete en un velero árabe como el de las películas que proyectaban en la plaza del pueblo. Deseaba que me llevaran aquellos marinos de amplios bombachos y vistosos turbantes lo más lejos posible de aquel triste valle donde apenas penetraba el sol. Vivir mil aventuras en mares cálidos y ciudades de alminares y palmeras, y jamás regresar.

* * *

El coche olía como ya no huelen los automóviles, a cuero y a madera, a gasolina mal refinada y a la grasa de los engranajes. Me subía al Citroën negro, llamado «pato», y aunque no alcanzaba a los pedales, simulaba conducir. Ponía la radio y buscaba una emisora árabe. En aquella época no existía la frecuencia modulada, y en Onda Media las emisoras del Magreb, sin más impedimentos que el mar, interferían con las locales.

En las interminables carreteras, bordeadas de altos y frondosos plátanos, a los niños nos daba por vomitar y mi madre nos rociaba la frente con la colonia de un rugoso bote azul de plástico que aún nos provocaba mayores arcadas. Mi padre se empeñaba en oír el fútbol o las noticias de Radio Nacional. Pero yo me resistía a cambiar de emisora y se enfadaba: «¡No sé a quién habrá salido este niño! ¡Quita eso de los “moros”!» A mí me gustaba lo de «los moros». Años más tarde, cuando la casualidad trajo a mis manos un disco de Um Kulzum, lo ponía a todo volumen una y otra vez con las ventanas bien abiertas para que se enteraran los vecinos de aquel desgarro que me hacía vibrar.

Me fascinaban las historias de Egipto que nos contaba mi padre. A mediados de los cincuenta, había viajado a aquel país invitado por un hombre de negocios de Alejandría que quería exportar algodón profiláctico, y le propuso a mi padre, que en aquella época distribuía productos farmacéuticos, que le ayudara a entrar en el mercado español. Mi padre pasó unos días en una mansión colonial junto al Nilo, a la que se accedía por una larga avenida de palmas reales. Me contaba que numerosos camareros nubios iban y venían con bandejas de comida y bebida, mientras unos elegantes jinetes hacían danzar a sus elegantes caballos árabes y una orquestina tocaba melodías

populares. Con la revolución de Nasser, mi padre y su amigo alejandrino perdieron el contacto. Años después, viendo películas egipcias de los cincuenta, pensé que quizá alguna habría sido rodada en aquel lugar. Eran comedias, en soberbio blanco y negro, de grandes artistas como Asmahan, Farid el Atrash o Fati Hamama. En ellas, unas mujeres sofisticadas fumaban, bebían y lucían escotes que, aunque muy recatados, resultarían del todo inaceptables en la sociedad egipcia actual.

Mi padre nos embelesaba con sus historias de las pirámides. Nos suscribió a la revista *El Correo de la Unesco*, que cada mes traía noticias y fotografías de los templos que quedarían inundados, si la comunidad internacional no actuaba, con la construcción de la presa de Asuán. Recuerdo los fines de semana estivales cuando, al llegar de la ciudad a Villa Rosa, hacía sonar el claxon y nosotros nos lanzábamos a su cuello preguntando por la revista.

Las fotografías de aquellas maravillas nos sorprendían a mi hermana Rosa y a mí. ¡De modo que aquellos colosales monumentos existían! Teníamos reproducciones en yeso de las pirámides y de la Esfinge, hechas con el mayor cariño por el *senyor* Mestre, carpintero del pueblo de Teià, guardadas celosamente en cajas de zapatos y que cada Navidad colocábamos en un extremo del pesebre. Porque, tras la adoración de los reyes magos, quitábamos el establo y todas las figuras de la Sagrada Familia, los pastorcillos, el ángel de la gloria, el asno, el buey y el *caganer*, y las sustituíamos por las de san José que tiraba del asno, montado por la Virgen María sosteniendo al niño Jesús en brazos, con el fondo de las pirámides de Guiza y la Esfinge. Era la famosa huida a Egipto tras el decreto de Herodes de asesinar a los primogénitos de Israel. Nuestro pesebre permanecía expuesto unas pocas semanas más, hasta el día de la Candelaria, en que se tiraba a la basura el musgo seco, se enrollaba el cielo de papel y se guardaban hasta el año siguiente las montañas de corcho, las figuras, las palmeritas de hierro, la estrella de Belén y las maravillas de Egipto.

Un invierno mis padres nos llevaron a ver *Los diez mandamientos* y disfrutamos con cada minuto de aquella superproducción de Cecil B. DeMille, que nos mostraba aquel país de ensueño surcado por el Nilo, rodeado de palmeras bajo un cielo siempre azul o cuajado de estrellas. Ahora, mientras escribo, revivo la emoción de cuando mi padre traía colecciones de sellos con las imágenes de los monumentos de la Nubia que, como Moisés, iban a ser salvados de las aguas. Tampoco olvido el reportaje en la revista de la Unesco sobre el romántico templo de Philae, dedicado a Isis, que, antes de ser trasladado piedra a piedra, fue protegido con enormes diques de hormigón. En mi cabeza, Egipto era un lugar sobrenatural y mágico que sin embargo existía pues mi padre había viajado allí.

* * *

Recuerdo las crecidas del río Congost junto a Villa Rosa. Me atraía contemplar el agua turbulenta, de color chocolate, desde el puente de piedra rojiza que conducía al cementerio, junto a una réplica de un castillo medieval, construido por un indiano a inicios del siglo XX. Me quedaba clavado ante el río cuando después de la tormenta bajaba furioso entre las rocas formando remolinos. Para asustarnos, los mayores nos contaban que te succionaban y desaparecías para siempre. Yo me veía ya bajo el agua, atrapado por ramas y raíces muertas, golpeándome contra las rocas y luchando por salir a la superficie. Tal como me ocurriría cinco décadas después durante el descenso en kayak por un río de Colombia, cuando, al inclinarme sobre el agua para recoger el sombrero que una liana me había arrebatado, volqué y me quedé atrapado, durante segundos interminables, por las ramas de un árbol mientras sus raíces me agarraban las piernas como si tuvieran vida propia.

Mi madre encabeza una procesión de mujeres acabada la guerra civil, El Figaró

Con los años la mente se confunde, y ahora, al recordar aquel río de El Figaró, imagino paralelismos que en aquellos tiempos resultaban imposibles porque aún no había leído tal libro, visto tal o cual película ni vivido determinadas situaciones. Aquella visión de los remolinos de la infancia se entremezcla en el recuerdo con la de las algas enredadas en el cuerpo sin vida de Shelley Winters en *La noche del cazador*, con la del torbellino gigantesco del *maelstrom*, descrito por Poe y Julio Verne, capaz de engullir navíos enteros o con la de las manos que surgían del angustioso pasillo de *Repulsión*, tratando de atrapar a la desquiciada protagonista. Manos que yo imaginaba emergiendo del lodo para capturar a los incautos que osaban profanar el río.

En casa solían contar que, durante la guerra, los milicianos habían confiscado Villa Rosa. ¡Quién sabe lo que habría ocurrido en aquellas habitaciones! Allí llevaban a los detenidos para ser interrogados y seguro que en más de una ocasión se les habría ido el asunto de las manos. Por supuesto, yo de pequeño nada sabía de todo ello. Tardaría muchos años en comprender la dimensión de lo sucedido en aquella villa, tan apacible en apariencia. Un paréntesis en el tiempo que todos intentaban olvidar, pero ¿guardan los edificios la memoria de los hechos acontecidos entre sus paredes?

Uno de nuestros vecinos era el *senyor* Cornet. Mi abuela estaba enfadada con él porque decía que nos robaba la fruta cuando de hecho se limitaba a cogerla de las ramas de la higuera y del ciruelo que, por encima de la valla, se adentraban en su propiedad. Un buen día harta de que, según ella, nos robara con descaro hizo cortar aquellas ramas por lo sano y la poda fue tan exagerada que el ciruelo enfermó y ya no volvió a dar fruta.

Otro vecino era el *senyor* Paco. El *Senyorpaco*, lo decíamos todo seguido porque creíamos que así era su nombre, había sido masovero de una gran masía que fue derribada para construir casas modernistas destinadas a los veraneantes. Ahora se ocupaba de esas viviendas y hacía trabajos menores. Era hombre parco en palabras y el aliento le apestaba a alcohol. Siempre lo vi vestido con el mismo raído traje de pana marrón y tocado con boina. Tenía la nariz roja y las mejillas plagadas de capilares rotos de tanto vino. No faltaban el palillo y el caliqueño en la boca. Tampoco las *espardenyes* de payés. Parecía salido de los carboncillos de Opisso de los mercados populares. Se mostraba siempre distante y con la mirada perdida. Incluso la palabra catalana *esquerp*, «huraño», se le quedaba algo corta. ¿Habrían llegado hasta su casa los gritos de los detenidos en Villa Rosa? ¿Tendría algún amigo, familiar o quizá un hijo entre los torturados o ajusticiados? Su mirada extraviada era la misma que la de la mujer desgreñada y andrajosa de la caseta de peones camineros abandonada en el camino del cementerio. Al igual que el *Senyorpaco*, apestaba a vino, y los mayores

no querían que habláramos con ella. Cuando se nos acercaba, huíamos despavoridos porque nos parecía una bruja. ¿Sería la madre de alguno de aquellos desdichados?

Una mañana de finales de septiembre, cuando el tiempo ya había cambiado, porque antes hacía mucho más frío, apareció el *Senyorpaco* flotando en la gran charca junto a Villa Rosa, que a mi hermana y a mí nos inquietaba cuando la luna se reflejaba en sus aguas. Decían que su cuerpo estaba hinchado y que las carpas le habían mordisqueado las orejas y las culebras de agua le habían vaciado los ojos.

* * *

Eran años duros y difíciles para los vencidos. Y en casa, ¿qué eran? ¿Vencedores o vencidos? Era evidente que, como miembros de la burguesía, por más demócratas que se hubieran sentido al inicio de la contienda, sociológicamente pertenecían al bando de los privilegiados. Evitaban hablar de la guerra y jamás mencionaban a Franco. Crecimos sin saber nada de las razones del inmenso drama. Pasados unos años, mi padre y algunos de sus amigos comenzaron a verbalizar tímidamente sus sentimientos en contra del Régimen, que en aquellos tiempos de implacable represión debían ocultarse a toda costa. Una vez le oí comentar algo sobre la ejecución del líder comunista Julián Grimau y sobre la huelga de tranvías. Cuando me acerqué, cambiaron al instante de conversación y se pusieron a hablar de útiles de pesca. Existía un pacto de silencio en aquellos círculos burgueses, presos de sentimiento de culpa por haberse acomodado al franquismo. Comenzaban a obtener beneficios económicos porque era un país arrasado y quien conseguía acceder al difícil círculo del capital prosperaba de inmediato. Eisenhower acababa de visitar Madrid y el embargo internacional se había levantado. Aquella burguesía liberal y catalanista, era consciente del vergonzoso pacto con el diablo y, para acallar su conciencia, comenzaba a financiar movimientos clandestinos de cara a preservar la cultura catalana y evitar que la perseguida lengua milenaria se perdiera.

Mi abuela nos hablaba de las penurias de la guerra, que estalló en pleno mes de julio. Por seguridad, las familias de los veraneantes habían decidido quedarse en el pueblo durante la larga contienda y únicamente los hombres permanecían en Barcelona, donde las delaciones, acusaciones y desapariciones a media noche estaban a la orden del día. Cada fin de semana les parecería el último, tan poco valía la vida en aquella época en la que industriales y burgueses se habían convertido en enemigos del pueblo tras una década de ajustes de cuentas con asesinatos entre patronos y obreros.

Mi madre y sus amigas iban a las masías circundantes a por

huevos, embutidos y hortalizas. A menudo no les aceptaban el dinero, que se devaluaba día a día, y se veían obligadas a pagar con pequeñas joyas o algún cubierto de plata. Se las ingeniaban como podían y solían acudir al mercado semanal de Granollers, donde a la madre de Mari Nuri y a unas amigas les sorprendió un bombardeo de la aviación de Mussolini, que provocó una terrible carnicería pues no fue advertido y no sonaron las sirenas de alarma. A partir de entonces, aquellas mujeres siempre recordarían con terror el estruendo de las bombas, los gritos de la gente, la sangre, los heridos, los muertos y el cuerpo decapitado por la metralla de la payesa a la que acababan de comprar verduras. Cualquier ruido violento, y sobre todo los truenos, les harían revivir el horror tanto a la madre de Mari Nuri como a la mía, a quien un día también le sorprendieron las bombas. Se quedó tan conmocionada que nunca quiso hablar de ese suceso.

Mis padres estaban inmersos en su vida social y apenas los veíamos, tan solo cuando nos daban un beso por la noche, porque siempre salían. «Mañana os prometo que nos quedaremos», decía mi madre, pero nunca era verdad. En realidad, estábamos al cuidado de la abuela y de las *minyones*. Mi madre andaba siempre demasiado ocupada en sus asuntos y mi padre era la autoridad lejana con cuya supuesta severidad y castigo nos amenazaban.

Resulta sorprendente lo poco cariñosos que eran los padres de aquella época y sus escasas muestras de afecto físico. Hablando con amigos de mi generación he comprobado que era algo común. En los oasis de Egipto, en Socotra o en Omán, me enternecía ver a padres que besuqueaban y acariciaban a sus hijos y, cuando se quedaban dormidos, los mantenían en su regazo mientras bebían té y charlaban con sus compañeros. Yo no tuve ese cariño. Era un niño solitario que cada noche, por más que me aterrorizara, cumplía el mismo ritual. Miraba debajo de la cama para asegurarme de que nadie se escondía ahí. También en el interior del armario. Me asaltaba la escena de una película en que las cortinas no ocultaban del todo los zapatos del asesino. Dormía solo y, tras la cena, temía el momento en que me enviaban a mi cuarto. En Villa Rosa, a pesar de mi corta edad, no me dejaban dormir con mis hermanas. En la soledad de mi habitación, oía el croar de las ranas de la charca donde se había ahogado el *Senyorpaco* y el insistente canto de los grillos. Las noches de calor dormía con la ventana abierta, agazapado en la cama para evitar la visión del falso castillo medieval que refulgía a la luz de la luna junto al río.

A veces me parecía oír voces o ruidos extraños, entonces me levantaba de la cama y me sentaba en lo alto de la escalera. ¡Si al menos me hubieran dejado tener un perro o un gato para hacer más

llevadera la soledad de aquel dormitorio que me producía terror! Pero la abuela se negaba porque aseguraba que los animales eran asquerosos, *fastigosos* decía, y, además, traían un montón de enfermedades. Por la ventana en lo alto de la escalera la luna proyectaba en las paredes las sombras de las ramas del cedro del jardín y, mientras ululaba la lechuza en la buhardilla, bajaba los peldaños con sigilo por temor a que me descubrieran y me enviaran escaleras arriba sin contemplaciones. No me atrevía a entrar en la sala donde estaban los mayores. Algunas noches, tras la cena acudían el doctor Martí, con quien mi padre solía ir de pesca, y el señor Berdugo, que le enseñaba a navegar en el puerto de Barcelona. Los hombres bebían coñac y las mujeres, *anisette* Marie Brizard en coquetas copitas de cristal, considerado más apropiado para las damas, por su gusto dulzón, a pesar de su efecto demoledor. Yo pasaba de puntillas para ir a la cocina, donde aún había cierta actividad. Tras la limpieza de platos y ollas, la cocinera, mientras se bebía un enorme vaso de vino, me contaba historias del Sacamantecas, un violador y asesino. Lo que aumentaba aún más mi desasosiego.

Una noche, todavía convaleciente de unas fiebres tifoideas, tras seguir el ritual de comprobar que no había nadie escondido en el cuarto, me tendí en la cama y cerré los ojos. Entrando ya en el sueño, sentí una presencia perturbadora. En la penumbra surgió lentamente el rostro de un joven con los ojos cerrados, cubierto de rasguños y moratones. Parecía muerto. Seguí en ese estado en el que uno no sabe si sueña o está despierto, cuando se me aparecieron otras caras. Impelido por el miedo, intenté moverme, pero estaba paralizado. Al cabo de un tiempo que no soy capaz de precisar, conseguí mover un dedo, luego otro y finalmente toda la mano; poco a poco sentí todo mi cuerpo y salí corriendo de la habitación.

En el jardín, las ramas del cedro restallaban sacudidas por un fuerte viento y, en el interior de Villa Rosa, sus sombras se colaban por la ventana de la escalera tratando de atraparme mientras me lanzaba peldaños abajo. Por fin alcancé el comedor. Al verme, mis padres, la abuela, el señor Berdugo y el doctor Martí, callaron de repente. El rostro de mi padre no era de enfado sino de preocupación. «*Què et passa, fill meu*?», me preguntaba una y otra vez, «¿Qué te pasa, hijo mío?». Quería contarle lo de las caras y las sombras, pero las palabras no acertaban a salir de mi boca y apenas podía tenerme en pie. El doctor Martí me hizo un rápido reconocimiento y diagnosticó que había sufrido una recaída de mi enfermedad. Además de la fuerte medicación, me hizo tomar media *luminaleta*, un potente barbitúrico que en aquella época se administraba con demasiada ligereza y que hoy está desaconsejado totalmente si no es para episodios agudos de epilepsia. Mi padre me cargó en brazos y me subió a la habitación,

seguido de mi madre, la abuela y el doctor. Permanecieron junto a mí hasta que por fin me quedé dormido.

La única concesión de mis padres al terror nocturno fue comprarme una lamparita que, con una minúscula bombilla, permanecía encendida hasta el amanecer. Las noches de tormenta resultaban terroríficas con el fulgor de los relámpagos atrapados por el pararrayos del castillo y los truenos que sacudían la casa como si se tratara de un terremoto. En aquellas ocasiones, Rosa y yo nos metíamos aterrorizados en la cama de la abuela, que solo en esas circunstancias excepcionales mostraba cierta comprensión y, tras muestras de fastidio, acababa por tolerarlo.

* * *

La carretera que bordeaba el jardín de Villa Rosa conducía al cementerio. Rosa, Mari Nuri y yo nos apostábamos en la pérgola casi derruida, pero cubierta aún por un rosal de diminutas flores blancas, para observar a escondidas las comitivas fúnebres, carrozas tiradas por caballos azabache con crespones y, tras el cristal, el ataúd cubierto de crisantemos. Los hombres, de negro, iban detrás. Las mujeres en aquella época no acudían a los entierros.

Una mañana vimos el cortejo funerario de una niña de apenas diez años. El ataúd estaba abierto y se la veía con el traje de la primera comunión. Su cara azulada nos perseguiría en sueños. Mari Nuri aseguraba que había muerto ahorcada. Creo que el conductor de la siniestra carroza era el herrero del pueblo, un hombre al que me fascinaba ver trabajar y con quien no nos permitían hablar porque de su boca solo salían, en palabras de la abuela, «*renecs*» o blasfemias. Pero yo me escapaba para observar cómo herraba los majestuosos percherones y escuchar la retahíla de barbaridades que profería. «*Hòstia puta*!» o «*Em cago en els collons de Deu*!», explotaba cuando se movía el caballo o la mula mientras estaba en plena faena.

El herrero tenía los ojos profundos y tan negros como su cabellera descuidada; la nariz era ancha y de los labios carnosos colgaba siempre un humeante caliqueño que no se quitaba de la boca ni para renegar. Se protegía de las chispas de fuego con un gastado peto de cuero que mostraba parcialmente un pecho cubierto de pelo ensortijado. Olía a sudor y a caballo.

Yo me quedaba embobado viéndole golpear con furia el hierro candente sobre el yunque mientras las chispas centelleaban a su alrededor y con el pie le daba a un pedal de bicicleta que accionaba un fuelle. Cuando por fin obtenía la deseada forma de herradura, introducía la pieza, aún incandescente, en un cubo de agua, produciendo un sonoro «*shhhh*» que lanzaba una columna de humo

azulado a jugar con los haces de luz que se colaban por el respiradero del techo.

Un día, una mula con malas pulgas se dio media vuelta mientras la herraba y le clavó los dientes en la mano, de la que brotó abundante sangre. Y entonces, sin ningún pudor, el herrero se apartó el peto y desenfundó un grueso pene del que brotó un chorro de orina con el que se lavó la herida.

Todo era irreal y mágico en aquella estancia penumbrosa, y desde entonces me inquietaron los herreros, considerados cercanos al inframundo y que en muchos lugares de África forman una casta temida por estar en contacto íntimo con los demonios. Muchos años después, en El Prado, ante *La fragua de Vulcano*, me golpeó el olvidado recuerdo del herrero de la infancia y me di cuenta entonces de la innegable atracción que había sentido en aquel momento por aquel hombre salvaje, auténtica reencarnación de Hefesto, aunque el dios de Velázquez no era precisamente el hombre rudo de la mitología que yo asociaba más bien con los pilosos y sudorosos herreros que lo acompañaban en la escena.

Algunas tardes nos daba por rellenar ropas viejas con trapos hasta darles forma de cuerpo humano, que colgábamos de una rama del cedro del jardín. Con cualquier excusa, enviábamos al árbol a mi hermana pequeña, Montse, y a sus amigas. Regresaban aterrorizadas. No recuerdo de dónde saqué la idea de los ahorcados, quizá de retazos de conversación sobre aquella niña muerta y azulada que habíamos visto en el féretro a través del cristal de la carroza funeraria.

El cementerio nos producía pavor a Rosa y a mí. La cancela siempre permanecía cerrada con un gran candado. Pero un día advertimos que la verja estaba entreabierta y nos adentramos en el lugar temido. Con la inseparable Mari Nuri, caminamos entre las tumbas leyendo los epitafios. Un nicho profanado dejaba ver los restos de una mujer con una abundante cabellera de estropajo. Mi hermana jura y perjura que tenía las uñas de los pies crecidas y retorcidas. Tal vez teníamos un atracón de películas de la Hammer proyectadas en el casino del pueblo y de las inspiradas en la supuesta maldición de Tutankamón, según la cual las momias de los faraones ejercían despiadada venganza sobre los profanadores de sus sepulcros.

Mari Nuri nos hablaba de los fuegos fatuos que se veían surgir de las tumbas por la noche, pero la férrea disciplina de la abuela nos impedía ir a comprobarlo. Nunca bebimos el agua de la fuente que brotaba junto al cementerio. En la húmeda pared de roca crecían berros silvestres y las arañas habían tejido redes de seda en las que brillaban diminutas perlas de agua. En el cristalino estanque que se formaba nadaban los tritones y bebían grandes libélulas rojas. El envejecido caño de madera recordaba a un hueso. Nuestra fiel amiga

aseguraba que era humano y que no se nos ocurriera beber porque, además, el agua había fluido entre cadáveres.

Más allá del cementerio, el camino se estrechaba entre lentiscos y matas de romero. A nuestro paso, los saltamontes brincaban y las mariposas revoloteaban entre las flores de jara o las rosas silvestres. Las cigarras cantaban con fuerza insistente. Mi mayor felicidad era cuando encontraba una mantis o un insecto palo. De noche abundaban las luciérnagas y los grandes lepidópteros nocturnos de tacto de terciopelo. Recuerdo a mis primos persiguiendo con sus cazamariposas a los pobres insectos y clavándolos después con alfileres en tableros de corcho. Los pobres aleteaban a espasmos hasta que en un último estertor quedaban exangües. Me maravillaban las mariposas atigradas, que allí llamaban *zebrades*, y durante un tiempo me dediqué a coleccionar preciosas orugas a las que alimentaba con las mismas hojas de las plantas en que las había encontrado. Las conservaba en una caja de zapatos hasta que tejían sus crisálidas y unas semanas después salían metamorfoseadas para batir las alas y al fin volar. A veces, durante los días de calor, veía cómo alguna serpiente atravesaba la carretera. En una ocasión, mientras estaba repasando mi colección de cromos de *Los diez Mandamientos* en una terracita de la casa, me sorprendió un golpe seco como si se hubiera desprendido un pedazo de la fachada. Atónito vi cómo, a los pocos segundos, aquello pareció recobrar vida y advertí una cabeza de serpiente que emergía del ovillo de piedra. Poco a poco, el reptil se desenrolló y desapareció elegante y sinuoso. Una vez, me sorprendió el silencioso planear de un águila que se abalanzó sobre una culebra para atraparla con sus garras y llevársela retorciéndose por los aires.

El camino del cementerio proseguía hacia Can Oliveres y continuaba hasta el Castell dels Moros, conocido como el castillo de «irás y no volverás» porque, según contaba Mari Nuri, habitaban en él los espíritus de los «moros» muertos en el asedio, que se vengaban de quien se atreviera a profanar aquel lugar maldito. Ya entonces soñaba con visitar algún día las tierras sarracenas que tanto terror parecían provocar.

Ahora ya todo es un sueño. Una autopista linda con Villa Rosa discurriendo sobre el río de los remolinos, y en la Font dels Gitanos, donde acampaban los zíngaros con sus carromatos, se yergue una nave industrial.

2

VILLA ROSA

Todos los veranos, mientras los hombres de la colonia de veraneantes trabajaban en la ciudad, las esposas organizaban una *costellada* en la montaña. Formábamos una alegre comitiva de mujeres y niños acompañados de las *minyones*, que se mantenían siempre unos pasos atrás portando botellas de vino, butifarras, costillas, chuletas de cordero y parrillas para asar la carne. El agua la recogíamos de alguna de las fuentes del camino. Sin sus maridos, las mujeres se mostraban relajadas y contentas, se llevaban ramitas de hinojo o romero a la boca y entonaban canciones tradicionales como *Montanyes del Canigó* pero yo prefería la compañía de las «chicas de servicio», que cantaban *Rascayú, La televisión pronto llegará* y otros temas del baile de las *minyones*, que se celebraba los jueves en el antiguo lavadero del pueblo.

Me gustaba separarme del grupo para observar el trajín de las hormigas acarreando granos de avenilla hacia sus nidos de tierra amontonada como pequeños volcanes o me detenía fascinado ante una comitiva de procesionarias, las orugas de pelos erizados que atacaban los pinos, sabiendo que el mero roce producía intensa alergia. En una ocasión, al pasar por la fuente del cementerio, me aparté del grupo. Estaba dudando si beber de aquel caño que recordaba un hueso humano, cuando me sobresaltó el reflejo en la poza de la «bruja» de la casa abandonada. Sentí ternura y quise hablar con aquella mujer que todos despreciaban, pero me pudo el miedo y salí corriendo.

Al llegar a una explanada entre grandes rocas, las *minyones* recogían ramas secas y nos enviaban a los pequeños a buscar romero y tomillo con que adobar la carne, o moras para hacer mermelada. Eran momentos de felicidad que parecía eterna entre el intenso canto de las cigarras y el olor a pinaza y a lavanda silvestre. Las amigas de la abuela, mientras cortaban generosas hogazas de pan redondo de payés, lo untaban de tomate y lo aliñaban con aceite de oliva y sal gorda, rememoraban las penurias de la guerra con las historias de joyas empeñadas para conseguir alimentos en el mercado negro.

Hablaban de sus maridos y de los precios del Duralex, de las medias de nailon o de las cafeteras que traían de Andorra los taxistas de la Ronda de Sant Antoni. A mi madre y a sus amigas todavía se les humedecían los ojos cuando recordaban a Joan, el hijo de mi abuela, muerto de una tuberculosis fulminante a los dieciocho años, del que todas las jovencitas parecían enamoradas, aunque la abuela opinaba que iba para santo.

Mientras buscaba las plantas para adobar la carne, me llamó la atención un gran insecto que no había visto hasta entonces. Era de un verde intenso, alargado y rechoncho, como un cruce entre un saltamontes y un grillo. Pero cuando estaba a punto de atraparlo, desplegó sus alas y se elevó sobre unos arbustos de madroño. Lo perseguí agachándome entre la espesa vegetación y, cuando creí atraparle, saltó y desapareció. Me quedé admirado: había llegado a un promontorio que dominaba el valle del río Congost, encajonado entre montañas. Cuando el insecto se lanzó al vacío, el sol asomó tras las montañas prendiendo el oscuro río como si fuera un reguero de pólvora. Aquel punto estratégico, que dominaba El Figaró, sería a partir de entonces mi rincón secreto.

Desde las alturas me gustaba observar las casas en torno a la carretera, el hotel Congost, que conservaba una cierta y rancia elegancia, con sus menús en francés, el casino del pueblo, la herrería, de la que brotaba una columna de humo, la modesta iglesia, las villas modernistas de los veraneantes y el lúgubre castillo que nos aterrorizaba. Frente a él se hallaba Villa Rosa.

Supe que eran las dos de la tarde porque resonó en el valle el silbato del «tren del cocinero». Como cada día, el chef del expreso de Francia saludaba desde la ventana con su gorro blanco. Me había entretenido demasiado y mientras regresaba corriendo con abundante tomillo, tropecé con una raíz y caí de bruces. Cerré los ojos y al abrirlos de nuevo distinguí frente a mí un brillo dorado. Lo desenterré y lo limpié con saliva. Era un anillo de oro con un pequeño brillante. Dudé en quedármelo, pero al llegar frente a la abuela se lo entregué. Las mujeres lo examinaron y de pronto la *senyora* Ardévol exclamó:

—¡Reina Santísima, si es el anillo de prometida de la *pobreta* Virginia!

Pronunció un apellido que no recuerdo y todas suspiraron. Rosa y Mari Nuri querían saber a qué venía tanto misterio, y la abuela, convencida de que los más pequeños andábamos en nuestras cosas, lo contó, pero yo mantenía los oídos bien abiertos.

—Lo perdió, en plena guerra —comenzó la abuela—. Vinimos aquí de excursión y aunque no habíamos conseguido ni carne ni pan blanco, hicimos una merienda. Virginia nos enseñó el anillo que le acababa de regalar su prometido. Había pertenecido a su madre y

quería que se lo ajustara el herrero porque le venía grande.

—¡El herrero! —recordó con horror nuestra vecina la *senyora* Bertrán.

—*Reina Santíssima! Aquell salvatge*! —añadió airada la *senyora* Arbós.

—Todas admiramos el brillante —prosiguió la abuela— y la felicitamos. Pero cuando recogíamos las cosas Virginia dio un grito. ¡El anillo había desaparecido! Lo estuvimos buscando hasta que oscureció. Al día siguiente regresamos de buena mañana sin ningún resultado. Virginia se quedó desesperada y se lo tomó como señal de mal agüero. Nosotras quisimos sacarle esa tontería de la cabeza, pero el presentimiento acabaría por cumplirse.

La abuela explicó que el novio, un chico de muy «buena familia», murió en la batalla del Ebro. Virginia se quedó destrozada y se negaba a comer. Se encerró en sí misma y, cuando todos creían que se había quedado para «vestir santos», recuperó la ilusión gracias a un primo suyo que comenzó a cortejarla, aunque tuvieron que pedir permiso al papa de Roma para casarse.

Aquellas historias de penurias, mercado negro, cartillas de racionamiento, bombardeos o ajusticiamientos en la carretera de la Arrabassada, las recordaban aquellas mujeres una y otra vez. Mi abuela solía contar cómo había enterrado las joyas en una caja de latón al pie del cedro del jardín mientras mi madre entretenía a las *minyones*, de las que no se fiaban del todo. Hablaban, aún con temor, del día en que llegaron los milicianos, confiscaron Villa Rosa y expulsaron a mi abuela, que se trasladó con mi madre y su hermano Joan a casa de los Ventura, los padres de Mari Nuri, hasta el fin de la guerra. Nos contaban cómo los milicianos escupían en las estatuas de santos y las rompían.

Algunas aseguraban haber visto de madrugada asnos que cargaban cuerpos de ajusticiados y que los milicianos buscaban a los hombres solteros con aspecto de capellanes y les descerrajaban un tiro en la sien. Por terribles que fueran, aquellas historias me resultaban ajenas y perdidas en el tiempo y, sin embargo, no habrían transcurrido ni quince años. Demasiados cuando se tienen tan solo siete u ocho. Yo no quería saber nada de las historias de miseria y de guerra. Ahora todos aquellos testigos han muerto. Nunca sabré qué pasó con Virginia, al igual que tampoco sé quiénes son los personajes del álbum de fotografías que ha acabado en mis manos o si el bombardeo que por poco acaba con mi madre fue el fatídico de Granollers. A medida que van desapareciendo los testigos de una época se pierde para siempre su memoria.

* * *

Teníamos una gran pajarera con verderones, jilgueros, pinzones y también especies más exóticas, los llamados «degollados» porque tenían una mancha roja en el pescuezo, o los pájaros tejedores, que muchos años más tarde vería en la sabana africana con sus nidos colgando de las acacias como los frutos del baobab. Cuando uno de los pájaros moría, lo colocábamos en una caja de zapatos y yo vestía la casulla que, a modo de decoración, descansaba sobre un arcón a la entrada de Villa Rosa. De esta guisa encabezaba con Rosa, la viuda desconsolada, y Mari Nuri, la querida hermana del fallecido, una comitiva de niñas plañideras. Nos dirigíamos a un terraplén donde le dábamos cristiana sepultura entre los gritos de la viuda, de la hermana y del ejército de lloronas. Yo era el único chico en esos juegos que pronto llegaron a oídos de mi abuela, que avisó al cura y se acabaron los entierros.

Creo que nunca oí alaridos semejantes hasta unos veinticinco años después en Alejandría cuando, montado en un *hantur*, una de las típicas calesas del centro histórico, me dirigía a visitar las catacumbas de Kom el Shogafa. Una escalera de caracol, excavada en la piedra, tan amplia como para permitir el paso de las caballerías, descendía a las profundidades donde cada una de las numerosas aperturas conducía a un laberinto de túneles. En aquel lugar extraordinario, las familias patricias de hace dos mil años disponían de pequeños templetes cavados en la roca donde honrar a sus muertos. Estaban decorados con cobras de piedra y toscos bajorrelieves en los que lo grecorromano se unía con lo faraónico, como unos pocos siglos antes en una zona remota de Afganistán, lo griego se había fundido con lo budista creando el arte ghandara.

El repicar de cascos de caballo resonaba en las callejuelas de aquel popular barrio alejandrino que olía a cloaca y a pescado, con la ropa tendida que goteaba de los balcones. Me sorprendieron unos lamentos desgarradores y el *hantur* se detuvo ante una comitiva que portaba en alto una camilla funeraria con el cadáver envuelto en un *ihram*, la túnica de peregrinación a La Meca. Detrás, una veintena de plañideras lloraban desesperadas, se arrojaban tierra a los ojos y rasgándose los vestidos mostraban sus grandes pechos.

* * *

En El Figaró tenía un amigo, Raimon, algo mayor que yo, de aspecto agitanado, como decía mi abuela, que pasaba temporadas en casa del *Senyorpaco*. Vestía pantalones largos, mientras que yo, con mis calzones de niñato, volvía a casa lleno de arañazos que mi abuela sanaba con la mercromina de un gran bote que no faltaba nunca en el

botiquín del baño. Aquel chico era mi única compañía, pues mi hermana Rosa ya me encontraba demasiado crío y me rechazaba para jugar a las *nines de retallar* (muñecas recortables) con Mari Nuri. Cada tarde, tras la obligada siesta, me encontraba con Raimon en el puente del río. Mi abuela no quería que me relacionara con «*aquell nano agitanat*» que no consideraba bueno para mi educación. Nunca lo aceptó en casa. Quizá no existieran diferencias sociales entre nosotros, unos niños, pero entre los mayores ¡vaya si las había!

Con mis hermanas Rosa y Montse, a finales de los cincuenta

Tal como habíamos visto hacer los sábados en el cine del casino del pueblo, examinábamos las huellas de las pisadas y las ramitas quebradas. «Los sioux están a varias lunas», decíamos sin saber qué significaba exactamente. Y colocábamos la oreja en los raíles del tren para determinar a qué distancia se encontraban los vagones de la Well's Fargo que pensábamos atacar. Éramos apaches, derviches malayos, beduinos, salteadores de caminos, gladiadores, filibusteros, cualquier cosa que hubiéramos visto el sábado anterior en el cine del pueblo y que estuviera en contra de los ejércitos de ocupación o fuera de la ley. Además de Huckleberry Finn y Tom Sawyer, mi ídolo era Guillermo Brown y su grupo de proscritos, entre los que se contaba la niña Juanita tan traviesa como ellos, acompañados en sus aventuras por Jumble, el perro «de raza revuelta». Me identificaba con Guillermo, aquel pelirrojo inglés insolente y pícaro que andaba

siempre enfrentado a su convencional familia, tramaba travesuras cada vez más audaces y asustaba a los novios de su hermana Ethel, a quienes consideraba unos petimetres. Como él, soñaba con escapar un día para no regresar jamás.

Castillo de Rubinat junto al río Congost

«No vemos a nadie, pero podríamos estar rodeados», le decía a Raimon acordándome de aquellas películas en las que la expedición, que se creía a salvo en la selva, era observada entre plantas de grandes hojas por sigilosos indígenas con huesos en la nariz. Buscábamos las minas del rey Salomón mientras caminábamos junto al río entre ortigas sin que nos afectara el olor de las aguas residuales que las casas vertían directamente al río Congost.

Entonces no sabíamos que muchas de las aventuras que veíamos en

la pantalla eran pura bazofia colonial. Expediciones de occidentales blancos con sus impecables uniformes de safari y sombreros salacot que rapiñaban el marfil, el oro y otras riquezas de África, ignorando a sus auténticos propietarios: aquellas «tribus» para ellos infrahumanas, cuando no caníbales, sin ningún derecho sobre las riquezas de las que eran sus legítimos dueños. Para mejor sustentar el relato colonial y el latrocinio, los héroes occidentales eran fuertes y apuestos, pero nunca rudos, y las heroínas, bellas y decididas. Además, aquellas gentes rubias difundían la civilización entre los «salvajes», presentados siempre como traidores y animalescos.

«No seas cobarde, pasa entre las ortigas. Si lo haces sin respirar, no notarás nada», me decía Raimon. «¡Anda!, métete en el agua, no seas marica.» Yo no conocía esa palabra y suponía que se trataba de algo horrible, de modo que me armaba de valor y me metía en aquel río que imaginaba traicionero.

Mi amigo metía las manos al pie de las rocas y cogía barbos. Yo estaba admirado. Solo conseguí en una ocasión atrapar uno que, de tan resbaladizo, cayó de nuevo al agua. Saltábamos de roca en roca y entonces imaginábamos los puentes de lianas de las películas, colgados sobre abismos inmensos, cuyo extremo era segado a golpe de machete por los «buenos», justo cuando la «tribu» hostil parecía darles alcance. Y así seguíamos, intentando atrapar aquellos pobres barbos que en nuestros juegos eran pirañas.

Saltando de roca en roca, inventábamos mil peligros, y cuando pasábamos bajo el puente que conducía al cementerio nos topábamos con el lúgubre castillo. «¡He visto a una mujer de blanco en una ventana!», bastaba que exclamara uno de los dos para que corriéramos aterrorizados, y cuando nos deteníamos, reíamos con el corazón bombeando a tope. Un día se apretó demasiado contra mí y sentí crecer su sexo en mi rodilla y el aliento en el cuello. Le empujé exclamando: «¡Déjame en paz!».

Por la noche me costó dormir y no recordé aquella extraña sensación hasta un par de años después, cuando uno de los escasos amigos que tenía, con quien intercambiaba peces dorados y cobayas, me invitó a pasar unos días en su casa junto al mar. Volvíamos de nadar y su padre nos obligó a ducharnos antes de la comida. Mi amigo se quitó el bañador delante de mí. Yo no estaba acostumbrado a ver a chicos u hombres desnudos porque en casa estaba rodeado de mujeres y mi padre era muy pudoroso. Me fijé en su cuerpo moreno con la marca del bañador que realzaba un sexo con incipiente pelo púbico. No me atreví a desnudarme, y menos cuando mi amigo apartó la cortina de la ducha y riendo, esponja en mano, con una tímida erección me apremiaba a ducharme con él.

Los libros de geografía ilustrada, con sus fotografías de esquimales,

pigmeos, papúes o los árabes de Zanzíbar, y el cine de aventuras me hacían soñar y acrecentaban en mí las ganas de huir algún día. Con mi amigo «agitanado» jugábamos a explorar regiones desconocidas, imitábamos las danzas watusi que veíamos en el NO-DO, el noticiario franquista de obligada proyección en las salas de cine. Eran los años en que muchas naciones africanas accedían a la independencia, y en aquellos informativos propagandísticos no faltaban las llamadas danzas tribales que acompañaban la arriada de las banderas europeas, sustituidas por las de nuevos países como Ghana, el Congo o Kenia, izadas entre vítores.

Una noche, cuando estaba a punto de ponerme el pijama, en vez de cambiarme con recato de cara a la pared como nos habían enseñado, me exhibí desnudo, ante la mirada atónita de unos primos que pasaban unos días en casa, y me dio por bailar unas frenéticas danzas, inspiradas en las africanas del NO-DO, centrando el movimiento en el pene, hasta que oí unos pasos. Apagué la luz y me metí en la cama.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió la abuela, entreabriendo la puerta.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, uno de mis primos le dijo a mi padre:

—A Jordi le gusta bailar desnudo delante de nosotros.

—¡Acuseta! —exclamó airada mi hermana Rosa.

Mi padre permaneció unos segundos en silencio con una disimulada sonrisa.

—¿No vas a decirle nada? —espetó airada mi abuela—. ¡Todo esto es por culpa de aquel *nano* que parece un gitano! —refunfuñó.

Le saqué la lengua cuando los demás no miraban.

—«*Ets de la pell d'en Barrabàs*!» (¡Eres de la piel de Barrabás!) —exclamó enfurecida—. ¡Tu pobre hermano José María jamás habría hecho algo parecido!

Aquel hermano, que me antecedía, murió al año y medio de edad, antes de que yo naciera. Mi abuela aprovechaba mi más pequeña travesura para no dejar de recordarme que José María jamás se habría comportado así.

Mientras seguían discutiendo, me escapé de Villa Rosa y, tras atravesar el puente del Congost corrí por la carretera del cementerio hasta mi escondite secreto. Permanecí lo que me parecieron horas deseando que sufrieran por mi ausencia. Distinguí a la abuela dirigiendo una de sus frenéticas jornadas de limpieza y a las *minyones* colocando mantas en los balcones y atizándolas con furia con sacudidores de mimbre. «¡Con más fuerza, perezosas!», debía de estar gritando, pero el alboroto se quedaba en el fondo del valle y desde mi

escondite solo oía el canto de las cigarras, algún ladrido y el gañido de un halcón. Al cabo de un tiempo distinguí el coche que venía a buscar a mis primos para llevarlos de vuelta a la ciudad. Sonó el silbato del «tren del cocinero». Serían pues las dos de la tarde. En Villa Rosa no se percibía ningún movimiento extraño. No me buscaban. Nada me hacía presentir que estaban inquietos por mi ausencia. Me rendí.

A mi regreso apenas me prestaron atención. Comimos en silencio. En la sobremesa mientras tomaban el café, Rosa y yo nos escondimos, tal como hacíamos a menudo para espiar a los mayores, en la pequeña galería que daba al jardín. Mi padre le decía a mi madre que yo pasaba demasiado tiempo con mi hermana, con sus amigas, con las *minyones* y con «*aquell nano que sembla un gitano*!», sentenciaba la abuela. «*Massa dona*!», remachaba. «¡Demasiada mujer!» Y aquello no podía ser bueno para mi educación.

Aquella misma tarde mi padre fue a ver al cura y decidieron que a partir del día siguiente todas las tardes asistiría a las excursiones y a las pláticas que organizaba la parroquia con los niños del pueblo. Mi abuela sonreía satisfecha. Era la viva imagen del triunfo de lo biempensante.

Apenas recuerdo las tardes de aquel verano, pero sí la triste sensación de haber perdido la libertad. Se acabaron los entierros de los pájaros de la abuela, mi descubrimiento de los insectos, las exploraciones del Orinoco y la pesca de barbos con aquel *nano* «agitanado». Comenzaba un nuevo capítulo, el del adoctrinamiento con las charlas diarias de aquel cura.

Hasta entonces, a pesar de las prohibiciones y del colegio, durante los veranos había crecido libre. Ahora estaba sin escapatoria ante aquella religión castradora y el pecado original que todo lo determinaba, frente a un mundo patriarcal en el que las mujeres no solo eran inferiores, sino sinónimo de debilidad e inconstancia. Y no había nada peor que un «hombre que no lo fuera del todo». Un invertido. Un maricón.

3

FAMILY LIFE

La abuela siempre andaba refunfuñando y a punto de encontrar alguna falta horrible. Recuerdo pocos momentos de cariño. Cuando mis padres se iban de viaje nos amenazaba con apuntar nuestras travesuras en una famosa libreta que nadie llegó a ver. Yo adoraba a María, una de las *minyones*. Cuando los domingos venía su novio a buscarla, ella lo espiaba un buen rato por la ventana y, a pesar de que ya estaba emperifollada y maquillada, dejaba que pasaran los minutos. «A los hombres hay que hacerles esperar, que no se nos note las ganas que tenemos de verlos.» Y así pasaba un cuarto de hora, veinte minutos o media hora, y cuando veía que él, tras fumarse tres o cuatro cigarrillos, dejaba de apoyarse en la pared de la esquina, María abría la ventana y anunciaba a gritos que bajaba en un minuto, ante la reprobación de mi abuela, que le soltaba: «*No cridi tant que fa molt ordinari*» (No grite tanto que queda muy ordinario), y entonces, María y yo, nos mirábamos aguantando la risa.

Con ella y su novio vislumbré un mundo desconocido. Atraídos por el desarrollo económico, centenares de personas llegaban a diario a la estación de Francia en vagones de tercera clase procedentes de regiones empobrecidas en busca de un futuro con maletas de cartón atadas con cuerdas, como retrató Xavier Miserachs en su *Barcelona, blanc i negre*. Personas como la *minyona* María o sus amigas; también sus novios. Hombres que iban en alpargatas como los que veía cuando íbamos a las ferias. Me contaban historias de sus pueblos y, sobre todo, de sus animales. Yo me sentía mucho mejor en el mundo de las *minyones* que en el de mis tíos o en el de los amigos de mis padres, que parecían estar siempre actuando, parapetados tras sus bigotes remilgados o las máscaras de colorete.

En una feria, el novio de María, que «había aprendido a disparar muy bien cuando hacia la "mili" en Cartagena», como le gustaba repetir, ganó en el puesto del tiro al blanco un disco de Sara Montiel. Se lo regaló a María y cuando no estaban los mayores lo escuchábamos a todas horas y cantábamos aquellas letras tan procaces

para la época. «Dame el humo de tu boca. Anda, que así me vuelvo loca.» «Corre, que quiero enloquecer de placer, sintiendo ese calor del humo embriagador.» El énfasis y la intención que ponía la Montiel en determinadas palabras de doble sentido nos seducía porque percibíamos un descaro que molestaría a nuestros padres. Y así fue. «Pero ¿dónde demonios habéis aprendido esto?», preguntó airado mi padre un día en que nos sorprendió a Rosa y a mí cantando. La abuela obligó a contar la procedencia del disco a una asustada María, que me clavó su mirada para que no dijera nada más sobre la Montiel.

Un día María me llevó en secreto a la entrada del desaparecido y elegante cine Montecarlo para asistir a la llegada de Sara Montiel el día del estreno de *El último cuplé*. Una multitud se agolpaba en la calle ante la alfombra roja acordonada y custodiada por la policía. Un gran cartel de la época anunciaba la película de la actriz, con aquella pose de medio perfil, tan suya, de mirada sugerente y una boca voluptuosa que parecía anunciar una sabia felación. María maniobró a golpes y codazos para colocarnos junto a la alfombra y al cabo de unos minutos apareció un cochazo negro del que descendió la estrella con un ajustadísimo vestido plateado muy largo en el mejor estilo de los años cincuenta y una capa de chinchilla que dejaba al descubierto los hombros. Los admiradores la aclamaban mientras ella sonreía provocativa lanzando mordisquitos al aire bajo una lluvia de flashes.

De pronto, un gran empujón de María me proyectó entre las piernas de los policías para aterrizar en la alfombra roja frente a la diva. Sara Montiel se detuvo, se agachó ante mí, mostrando su generoso y tembloroso escote, y me acarició la cara antes de proseguir su decidido camino. «¡Te ha tocado!», suspiró María con el fervor de la mujer enferma del *Nuevo Testamento* que sanó tras tocar la túnica de Jesús cuando entraba en Jerusalén. María, que años más tarde tendría visiones místicas y peregrinaría a los lugares de apariciones marianas, me contaba historias de brujas, de endemoniados que entraban en trance profiriendo terribles alaridos y de la procesión de enfermos en ataúdes en remotos rincones de Galicia. Ritos atávicos que más tarde vería plasmados en las imágenes de la película *Lejos de los árboles*, de mi primo Jacinto Esteva.

* * *

Los jueves se celebraba el baile de las *minyones* en el antiguo lavadero del pueblo de El Figaró. Una orquestina tocaba las canciones de la época, *Mariquilla bonita* o *Muñequita linda*. Las *minyones* bailaban el «agarrao» con soldados y pretendientes y, de vez en cuando, desaparecían escaleras abajo por un camino que llevaba al río. A la misma hora, en el casino del pueblo reservado a los barceloneses

sonaba *Diana* o *Rock around the clock*. En el casino, como en las casas de los veraneantes, solo se oía música extranjera.

En aquel pueblo existía una auténtica división en la sociedad. En la cúspide de la pirámide estaban los veraneantes de «*casa bona*», los de las casas modernistas, como mi abuela, junto a la carretera, o los afortunados del «*barri de dalt*», que, encarados a poniente, gozaban de un par de horas más de sol. Luego venían los veraneantes de alquiler que ocupaban los anexos, en los patios traseros, de las villas que antes se dedicaban al servicio. A continuación, se hallaban los autóctonos de El Figaró. Y en la base, jardineros, masoveros y el ejército de *minyones*, algunas muy jóvenes, recién llegadas de sus remotos pueblos, que trabajaban más de diez horas a veces tan solo para su mantenimiento. Al igual que en Esparta, los *ilotas* apenas tenían contacto con las otras clases fuera de la relación amo-siervo. En el casino no entraban los habitantes del lugar y las *minyones* tan solo lo hacían cuando estaban al cuidado de los niños de los burgueses.

* * *

Escarbar en la memoria es un verdadero ejercicio de psicoanálisis en el que emergen sucesos sepultados en nuestro inconsciente. Me viene a la cabeza la innegable atracción que sentí por Manuel, un albañil que durante unos diez días hizo reformas en casa de la abuela. Le recuerdo con su mono de trabajo, que se desabrochaba hasta la cintura durante las horas de calor. Me contaba historias de su pueblo y me encantaba cuando se me acercaba y me despeinaba. Sentía una sensación agradable y me desconcertaba su intenso olor corporal. Un día en que yo estaba castigado y todos habían ido al mercado de Vic, lo sorprendí en un rincón del jardín, lavándose con la manguera. Me sonrió y continuó enjabonándose, lentamente, exhibiéndose, diría yo. «¿Qué miras con tanto interés, renacuajo?», preguntó, y me lanzó la toalla a la cara, mostrándose con total descaro. Dejó que pasaran unos segundos interminables y, mientras se ponía el anticuado calzoncillo con estudiada parsimonia, exclamó riendo: «¡A ver si resulta que tú también…!». Dejó en suspenso sus palabras sin que yo supiera a qué se refería, porque yo no tenía malicia alguna y solo me movía aquella atracción desconocida.

En aquellos tiempos no existían los inventos que hoy nos parecen imprescindibles. No había neveras eléctricas y se compraban barras de hielo con salmuera para mantener en frío los alimentos o bebidas en los recipientes adecuados. Al igual que los afiladores gallegos, que se anunciaban con un chiflo o una pequeña flauta, los hombres del hielo recorrían las calles con su carro tirado por una mula, repartiendo la mercancía guardada entre sacos mojados. Los carros con las llantas de

estaño tirados por mulas con anteojeras abundaban incluso en el centro de Barcelona, y los faroleros cuidaban de las lámparas de gas, manteniendo en buen estado las mechas y encendiéndolas y apagándolas a las horas previstas. Cerca de casa, en la lechería de la plaza Molina, tenían una vaca que ordeñaban delante de todo el mundo. No existía la televisión, ni siquiera el transistor. Solo los grandes receptores de radio. Unos armatostes caros que solían estar en la sala principal y que tan solo el «hombre de la casa» manipulaba, pues las mujeres, según el sentir de la época, eran negadas para la técnica. Era un mundo sin pilas y debíamos usar la imaginación en los juegos. A lo sumo, pequeñas reproducciones de coches, figuritas de soldados, de indios y vaqueros y de fieras africanas. En verano, estábamos todo el día en la calle o en el bosque persiguiendo lagartijas o pescando renacuajos que guardábamos en recipientes de cristal. En las bicicletas colocábamos naipes sujetos a los ejes con pinzas de tender la ropa para que al frotar los radios el ruido producido recordara al de una pequeña motocicleta.

Era una vida tranquila en la que las noticias tardaban tiempo en llegar. Cada pueblo, cada barrio, maravillosamente incomunicado, vivía su propia historia. Recuerdo, en El Figaró, a los buhoneros que iban en carromato de pueblo en pueblo vendiendo baratijas y «cancioneros», unos cuadernillos que recogían las canciones de moda, con temas como *Reloj no marques las horas, Dos cruces* o *Perfidia*. En aquel pueblo sin apenas aparatos de radio ni periódicos y sin televisión, las pocas noticias eran difundidas por los pregoneros con toques de corneta y tras enunciar el «Se hace saber…», comunicaban escuetas noticias y las decisiones del Ayuntamiento sobre vacunación de los animales o quema de rastrojos en un castellano con un fortísimo acento catalán ya que el idioma propio estaba prohibido en público.

La aparición del transistor a finales de los cincuenta fue una revolución que cambió por completo la manera de oír música y de difundir la información. Ya no era necesario el caro y voluminoso receptor de radio. Ahora, por un precio módico, se podía acceder a un mundo exterior dirigido desde el poderoso Ministerio de Información franquista, empeñado por lo demás en fomentar el andalucismo folklórico como seña de identidad de aquella España una, grande y libre. De pronto, la ideología se colaba en las casas, uniformizando el país, y en el cuarto de la plancha se oían los consultorios sentimentales dictando «resignación cristiana» a mujeres maltratadas entre edulcoradas cumbias, rancheras y la llamada canción ligera. El transistor llevó la copla a lugares donde jamás habría penetrado. En una ocasión, al preguntar a mi abuela por la Piquer, me contestó: «*No m'agrada gens i a més a més té veu de cuinera*», (No me gusta nada y además tiene voz de cocinera).

L'àvia Rosa, la tata Salvadora y dos *minyones*

Las *minyones* trabajaban sin descanso, y si a mi abuela se le antojaba tomarse una tila a media noche las llamaba sin reparo alguno. Vivía con nosotros Salvadora, la «tata» que gozaba de otro estatus y comía con nosotros, aunque no intervenía en las conversaciones, a no ser que se le preguntara directamente o se hablara de temas relacionados con los niños. Con los años, fui descubriendo la ausencia de compasión de aquella burguesía por los más desfavorecidos, aunque no faltaba el paternalismo con los parientes de sus empleados recién llegados del pueblo, a quienes colocaban en un puesto de conserje o de vigilante creando así con su fiel adhesión, una especie de hermandad. Las *minyones* de confianza con el tiempo gozaban de un trato especial y en cierto modo se las consideraba parte de la familia, aunque comieran en la cocina. Por el contrario, se desconfiaba de las nuevas, que eran despedidas a la

mínima sospecha de falta, por leve que fuera. Mirando hacia atrás me sorprende la falta de conciencia social de aquella burguesía de los años cincuenta, aunque no faltaran la limosna en misa, las mesas petitorias anuales y las visitas que las «señoras» hacían a los desfavorecidos en los barrios de las «*barraques*».

A pesar de su difícil carácter, *l'àvia* Rosa tenía algo parecido a una vida social, aunque odiaba a las mujeres porque «todas eran malas y los hombres *"uns fastigosos i beneits"*, unos asquerosos bobalicones, que se dejan embaucar». Yo le respondía que entonces ella también era mala porque era mujer, o ¿acaso estaba hecha de una pasta especial que la excluía de merecer ese calificativo? Por las tardes se reunía con sus amigas en la casa de la *senyora* Beltrán, bajo grandes eucaliptos cuyo fruto, en forma de cápsula leñosa, recolectaba para hacer vahos en invierno con que limpiar los bronquios. ¡Qué viejas las veía! Y, con toda probabilidad, eran mucho más jóvenes de lo que yo soy ahora.

Mi madre con una de las ocas del mercado de Vic

La de la abuela era una sociedad afrancesada y cuando podían se escapaban unos días a Amélie-les-Bains o a otro balneario al otro lado de la frontera. Pero su Francia estaba más cerca de la de Vichy o de Maurice Chevalier que de la Rive Gauche o de Boris Vian. A menudo

la abuela viajaba unos días al país vecino con la tía Pepita, a quien recuerdo siempre con abrigo largo de pieles y un cierto aire a Marlene Dietrich. Era una mujer muy moderna para la época que conducía y jugaba a tenis. Me inquietaba por su porte y, además, por ser muy amiga de Herta Frankel, la ventrílocua austríaca, otra clara seguidora del look de la actriz berlinesa. La señorita Herta, como la llamaba la perrita *Marilyn*, su muñeco más popular, aunque quizá no el más angustioso, había huido del Tercer Reich con la troupe de varietés Los Vieneses para recalar en Barcelona. Mi tía nos escribía postales desde Baden-Baden, Evian o Montecarlo, en las que con un lenguaje afectado nos mandaba saludos sin decir absolutamente nada. Soltaba frases como «desde este marco incomparable» o «disfrutando de este hermoso lugar sin parangón».

A principios de verano cogíamos el coche para ir al mercado de Vic que tenía lugar en una plaza fascinante en la que las payesas, de negro y tocadas con pañuelos, vendían los productos de sus huertos, aves de corral, conejos y otros animales. Los buhoneros pregonaban sus baratijas y se formaban corros ante los sacamuelas y los charlatanes, que vendían crecepelo y otras pócimas milagrosas, como en la plaza Yema el Fna de Marrakech. Comprábamos gallinas y ocas y, por la tarde, si teníamos tiempo, visitábamos a un cura que criaba cientos de canarios de todas las clases imaginables y emprendíamos luego el regreso a El Figaró.

A finales de agosto llegaba la tía Pepita con toda su familia cargada de regalos para la fiesta de Santa Rosa, pues mi abuela, mi madre y mi hermana se llamaban así. Entonces la abuela dirigía implacable la ejecución de aquellas ocas con las que los niños nos habíamos encariñado. Nos seguían como perritos y atendían, o eso creíamos, por sus nombres. El día de la ejecución, llorábamos y nos rebelábamos llamándola «mameluca» o «antropófaga», sin conocer el significado de estas palabras. La cocinera les segaba el cuello de un tajo, pero ellas seguían andando unos momentos sin cabeza y despidiendo chorros de sangre hasta caer exangües. Luego recogían la sangre en tazas para freírla con ajo y perejil. Yo estaba atónito. Aquellas aves queridas que hacía tan solo unos minutos confiaban en mí y acudían contentas cuando las llamaba, ahora eran desplumadas, rajadas de arriba a abajo y destripadas. Era un espectáculo horrible. Lo peor eran las cabezas en el suelo. Movían los ojos como buscando el resto de su cuerpo y preguntándonos con la mirada: «¿Cómo lo habéis permitido?». Y yo pensaba en lo que nos contaba Mari Nuri sobre los guillotinados en Francia, que, tras la ejecución, seguían hablando y moviendo los ojos. Nos negábamos a comer el guiso de oca con peras y escapábamos de la mesa llorando desconsolados para refugiarnos en la azotea del pequeño cobertizo. Mi padre decía:

«Déjelos, ya volverán», y la abuela enviaba a las que creía sus esbirras, que, descontando alguna desafortunada excepción, estaban siempre de nuestra parte.

Dejábamos que cayera la tarde y yo decía: «Los odio, los odio», y Rosa me consolaba hablándome de las estrellas y de los *sputniks*, que nos fascinaban; nos sabíamos todos los nombres de los astronautas rusos: Yuri Gagarin, Alekséi Léonov, Valentina Teresova y muchos otros que ya he olvidado.

Algunos años, para disgusto de mi abuela, venía a la celebración de las tres Rosas mi tía Fanny, casada con Joan, el hermano farmacéutico de mi padre, al que conquistó, según contaba con cierta sorna la abuela, acudiendo coqueta cada día a la farmacia a que le pusiera una inyección. Fanny, siempre cariñosa con su pantalón pitillo, jersey ajustado, fular y grandes gafas de sol, «demasiado extremada» para mi abuela, descendía de una familia aristocrática de Barcelona, los Lleó Morera del famoso palacete modernista del Passeig de Gràcia proyectado por el arquitecto Domènech i Montaner, donde hoy está Loewe. El bello edificio sufrió el menosprecio hacia lo modernista de los años cuarenta, y una desafortunada reforma de la planta baja acabó con las preciosas ventanas art nouveau y con unas bellas esculturas femeninas de Eusebi Arnau. Cuando iban a ser destruidas, a golpes de pico en la misma acera, fueron salvadas *in extremis* por el portero y acabaron en manos de Salvador Dalí, que las reubicó en su museo de Figueres.

Como suele suceder en las sagas barcelonesas, las nuevas generaciones no supieron mantener el empuje del prócer y entraron en un período de rápida decadencia y autodestrucción. Cuentan que un tío de Fanny mató a dos de sus hijos con su propia pistola para que no cayeran en poder de los «rojos» durante la Guerra Civil. Otro de los niños de la saga murió en extrañas circunstancias, se dice que ahogado por la criada. En uno de los pisos del palacete todavía se pueden contemplar unas pinturas modestas con una poética novelada del suceso, sin explicitar el motivo de su muerte. Aparecen escenas de su corta vida y unos ángeles que se lo llevan al cielo.

A la tía Fanny le gustaba bailar y llegó a actuar en el Liceo como bailarina de reparto. Tras su boda intentó llevar una vida convencional. Sin embargo, nunca dejó la danza y en especial el flamenco. Daba clases a señoras de los barrios acomodados, vestidas de faralaes, y que, de tanto patoso taconeo, destrozaban el parquet de sus casas. Un día mi padre, que no sabía nada de las repentinas aficiones flamencas que le habían entrado a mi madre, se sorprendió al encontrársela con sus amigas, catalanas de pura cepa, dando palmas como en una caseta de la Feria de Abril.

Tía Fanny con su marido Joan Esteva, hermano de mi padre

En otra ocasión, durante una fiesta familiar, la tía Fanny se vistió de parisina de Pigalle, con boina y camiseta de rayas a lo *matelot* sobre una falda tubo escotada a ambos lados que dejaba al descubierto sus largas piernas y las provocativas ligas que sujetaban las medias de rejilla. Iba muy maquillada y con caracolillos en la frente. Bailó *Sous le ciel de Paris* cantado por Juliette Gréco. Mis tíos y primos aplaudieron con tibieza, un tanto sorprendidos por su osada interpretación, no muy apropiada para las fiestas navideñas de los años cincuenta.

Pronto, el alma libertaria de Fanny se impuso a las convenciones y acabó separándose de mi tío, algo casi impensable en aquella época. Pero el escándalo no acabaría ahí, porque no tardaría en fugarse con José de la Vega, un bailaor de segunda fila, y cambió su nombre, tan catalán de Francesca Sagrera, por el de Carmen Montoya. Bailaban con su troupe para los turistas en Los Almendros de Palafrugell y otros locales de la costa mediterránea. Pero José de la Vega era un mujeriego incorregible, como se decía entonces, y no tardó en sustituirla como primera bailarina por alguna de sus muchas amantes.

Mi tía Fanny no estaba hecha para ser humillada, así que lo plantó y formó compañía propia. Actuaba en Marsella, Nápoles y Argel, lugares que me sonaban a novela o a película de aventuras y que imaginaba maravillosamente peligrosos. Me hubiera gustado acompañarla. Hoy, todo se difumina en el pasado, aunque, en el recuerdo, la distingo en la última fila de la iglesia, en algún

acontecimiento familiar, parapetada tras sus enormes gafas de sol. Tras el «*Ite missa est*», cuando la ceremonia estaba a punto de acabar, me giraba con discreción y Fanny ya había desaparecido. Horas más tarde mi abuela diría con su habitual falta de empatía: «¿Habéis visto a Fanny? «*Quina barra*!» (¡Qué cara más dura!).

Mi primo Jacinto, a quien llamaban «Cinto», fue una referencia durante mi infancia tardía. Era vital y creativo, un inconformista nato, y algunas de sus películas filmadas en blanco y negro eran muy interesantes. Su cine molestaba y la muletilla de la familia era que hacía películas incomprensibles con el dinero de su padre y que no quería trabajar. «Y encima es comunista», remachaban.

Para reprenderme, mi abuela vaticinaba: «Acabarás como "Cinto"». También mis padres, cuando me enfrentaba a ellos, me decían: «¿Qué quieres, ser un nuevo "Cinto"?». Él era la oveja negra, el antihéroe de aquella sociedad que te valoraba por los billetes acumulados o el cargo que ostentabas. De lo contrario, eras un pelagatos. «Nunca hará nada», repetían con desdén. Creían que los artistas eran una especie de locos que podían surgir de vez en cuando, pero siempre en otras familias, jamás entre ellos, una casta dedicada a los negocios de la que jamás sobresaldría alguien por sus méritos artísticos o intelectuales. A estas amenazas se añadían las de mi abuela cuando me comparaba negativamente con José María, el hermano muerto.

Mi abuela había estudiado en las monjas francesas y hablaba muy mal el castellano. Había olvidado el francés y se expresaba siempre en catalán. A menudo le decían: «Señora, háble*me* en castellano, que no entiendo lo que dice», y ella respondía en catalán: «*I ara? En què es pensa que estic parlant, doncs*?» (Pero ¿en qué cree que le estoy hablando?), convencida de estar expresándose en castellano. Era una maniática de la limpieza y le encantaba hacer *dissabte*, o sábado. Ponía la casa patas arriba y abría las ventanas toda la mañana aun en pleno invierno; pasaba el plumero por los rincones para quitar las telarañas, dirigía sin piedad a las *minyones* y, cuando una de ellas decía: «Señora, ya está», mi abuela pasaba el dedo por una estantería y contrariada se lo mostraba lleno de polvo. Años más tarde, supe que lo del *dissabte* era para dejar claro que no se era judío. Se trataba de una jornada de limpieza exhaustiva que los conversos hacían los sábados, el Sabbat sagrado de los hebreos, para demostrar a la Inquisición que trabajaban el día en el que los judíos tenían prohibida cualquier actividad distinta de la oración y del estudio de los textos sagrados. Con el tiempo, la expresión perdió su sentido original y significaba tan solo limpieza general.

A pesar de la innegable herencia, había una fijación con los judíos. Recuerdo las carracas, unos juguetes con un engranaje de madera que se hacían girar con la mano y que provocaban un ruido muy

desagradable. Las utilizaban los creyentes la noche del Jueves Santo cuando salían a «*matar jueus*» y hacían el mayor ruido posible. Reminiscencia sin duda de las tropelías de la Edad Media, de cuando se incendiaban las juderías o «*calls*» y se masacraba a sus habitantes, porque habían matado a Nuestro Señor.

L'àvia Rosa vivía con nosotros. No fue una mujer feliz, siempre estaba malhumorada y todo le parecía mal. Se enfadaba cuando algún invitado compartía mesa. Mis amigos tardaban en volver porque le tenían miedo. Era una belleza antigua, de piel tersa y muy clara. En verano llevaba blusas y vestidos con estampados de flores, pero en invierno toda ella se entristecía en tonos oscuros. Cuando salía, se cubría con un viejo abrigo de astracán y, como estola, dos desgraciados zorros de ojos de cristal verde, unidos por la cola, que parecía que les hubiera pasado una apisonadora por encima.

La recuerdo en la playa, siempre bajo una gran sombrilla. No sabía nadar y apenas se adentraba más allá de donde el agua le cubría las rodillas. Le llenábamos cubos de plástico, para que se refrescara. En una ocasión se equivocó de cubo y se echó por encima uno con un cangrejito que habíamos atrapado y que se le metió por el escote. Nos daba unos caramelos con gusto a violeta. Sabíamos que había salido de «recados», nada más entrar en la portería, por el rastro intenso de su perfume que permanecía varias horas en el ascensor. Se quejaba siempre de cómo vestíamos. Decía que cualquier día nos confundirían con unos golfillos y nos darían limosna. Una de sus amenazas predilectas era: «Te daré una bofetada delante de todo el mundo». Tenía muy agudizado el temor al ridículo y «al qué dirán», omnipresente en la burguesía catalana. ¿Tendría algo que ver también con el miedo de los judíos conversos a llamar la atención, algo que solo se permitían el día de la matanza del cerdo, o cuando hacían *dissabte*?

Pese a su carácter agrio, aprendí muchas cosas de mi abuela. Era depositaria de un acervo muy interesante, con algunas expresiones que no he vuelto a oír, quizá catalanas de la región de Valls, de la que su familia era oriunda, o de origen sefardí. Sus entonaciones de voz, acompañadas de una munición de bufidos, murmullos y otros sonidos guturales de disgusto o desaprobación, tenían un efecto demoledor y eran capaces de poner firmes a una cuadrilla de *homenots* (gañanes), como ella decía.

* * *

A mi abuelo materno no lo conocí. Se llamaba Joan y su primera esposa murió al poco de nacer su primogénita. Ya se sabe lo que se les decía a los jóvenes viudos: «Tienes que encontrar a una mujer que

cuide de la niña». Su familia buscó a una candidata y fue mi abuela. Aquellos hombres de la burguesía barcelonesa de entreguerras querían tener una santa en casa para parir y cuidar de sus hijos y, fuera de ella, vivir la «*dolce vita*» de los años veinte.

La época en que el abuelo Joan levantó su negocio textil fue difícil, con pésimas condiciones laborales en las fábricas y en las colonias textiles del interior, construidas junto a los saltos de agua que proporcionaban la energía. Cataluña no ha tenido un Dickens para retratar esta historia ni tampoco la de los negociantes sin escrúpulos que en Cuba se dedicaron a la trata de esclavos para hacerlos trabajar en los ingenios azucareros. De regreso, los indianos alcanzaban prestigio social gracias a su fortuna. En los Portxos d'en Xifré, en la Barcelona portuaria, todavía pueden verse las gárgolas con las efigies de los negros explotados. De pequeño mi padre nos contaba que su abuelo había ido a La Habana «a hacer fortuna» pero que había vuelto muchos años después con «una mona» como único tesoro.

L'àvia había tenido un novio indiano que se la quiso llevar a Cuba, pero ella se negó porque allí «seguro que hará demasiado calor». Nosotros le decíamos, burlones, que era una lástima, que nos hubiera encantado crecer entre loros y palmeras. Mi padre protestaba: «Entonces, no existiríais». Y como nadie nos había contado cómo se concebían los niños, replicábamos: «¡Qué tontería, claro que existiríamos!».

En El Figaró corría el rumor de que mi abuelo Joan se entendía con la mujer de su socio, en cuyos brazos, según contaban, murió de un infarto mientras bailaban en el *envelat*, el entoldado de la fiesta mayor. El suceso dio pie, lo sabría de mayor, a interminables habladurías. De ahí el carácter difícil de la abuela. Además, la muerte de su único hijo varón a los dieciocho años acabó por dejarla tocada. Años más tarde, tanto ella como sus hermanos pleitearon contra los herederos del socio del abuelo, durante mucho tiempo, hasta que acabaron perdiendo. «Nos lo quitaron todo», repetía indignada. Pero mi padre afirmaba que la abuela y su familia estaban equivocados y siempre habían tenido todas la de perder.

Hasta la muerte de su esposo y de su hijo, *l'àvia* Rosa aparecía siempre sonriente y rodeada de amigas en los viejos álbumes de fotografías de antes de la guerra. Eran los buenos tiempos, cuando se reía y bailaba en Villa Rosa y todos se fotografiaban alegres en la pérgola recubierta de rosales trepadores que en mi infancia presentaba un aspecto desolado, con hierbajos en los escalones y la balaustrada medio derruida. Las imágenes hablaban de una lejana época feliz, pero la Villa Rosa de mi niñez destilaba una melancolía sofocante, aunque entonces yo desconocía el motivo. Al igual que en las películas de Bergman, todo eran silencios y «no dichos». Como dice mi prima

Teresa: «Nos mentían. Todos tenían algo que ocultar».

Observando una de las pocas fotos que han llegado a mis manos del abuelo Joan a quien no conocí, me intriga su actitud un tanto desafiante. También la de sus compañeros. La del tipo con el puro en la boca y el hombre de la derecha. ¿Dónde están?, ¿en un hipódromo?, ¿quiénes eran? No sé nada de su carácter ni de sus ideas. ¿Era un gran lector? ¿Le gustaba la música? ¿El arte? A juzgar por esta imagen me parece un hombre al que resultaría mejor no contradecir. En casa nunca se hablaba del abuelo Joan. Y las pocas veces que mencionaban su nombre, no recuerdo que añadieran nunca un comentario sobre él o que destacaran algún aspecto de su carácter. Nunca supe si era cariñoso y afable o todo lo contrario.

Mi abuelo materno, Joan Ortiga

Mi madre se esforzaba en que la alegría entrara en Villa Rosa. Ansiaba dejar por fin aquellos veraneos del pasado que le recordaban los tiempos difíciles, la guerra y la confiscación de la casa, la muerte de su padre y la temprana de su hermano Joan. Quería ser feliz. En el flamante tocadiscos nos ponía a Renato Carosone, música francesa y a Nat King Cole cantando boleros en español con un fuerte acento americano que nos encantaba e imitábamos. Teníamos unas grandes postales de plástico con fotos de la Torre Eiffel o del obelisco de la Place de la Concorde, que en realidad eran discos de música parisina de acordeón pues tenían surcos fonográficos. A mi madre le encantaba el tema principal de *Johnny Guitar* y me lo cantaba. Años más tarde

comprendería la razón. Aquella historia romántica le llegaba muy adentro. Acaso la frase de Joan Crawford: «Dime que me quieres, aunque sea mentira» le había quedado grabada como a tantas jóvenes de la época que se sabían de memoria los diálogos de aquellas grandes producciones de Hollywood que les hacían soñar despiertas y que cada sábado las apartaban por unas horas de la grisura de aquellos tiempos. Quiso ser bibliotecaria y había estudiado en la prestigiosa escuela catalanista Blanquerna, pero lo dejó todo con el matrimonio.

Años más tarde, cuando aún conducía, porque de pronto un día cogió miedo y ya no volvió a ponerse al volante, íbamos tan tranquilos por la carretera en un Florida, un descapotable de los sesenta con motor de un Renault Gordini, el llamado «coche de las viudas», porque más de una vez, en plena curva o adelantamiento, el conductor se quedaba con el volante en las manos. Para pasar el rato, cantábamos, mejor dicho, improvisábamos, una canción al estilo de los festivales de la época. Recuerdo el título, *Nobody loves me*. Reíamos fantaseando con presentarla al Festival de la Canción del Mediterráneo. Es el momento que recuerdo de mayor complicidad con mi madre. La canción comenzaba melódica y lenta, e iba *in crescendo* hasta la explosión del estribillo, y en esas estábamos cuando, tras una curva, nos dio el alto la Guardia Civil. Le pidieron los papeles y, cuando le preguntaron por la profesión, en vez de «ama de casa», soltó un falso «arqueóloga» que le salió del alma. De nuevo en marcha, no quiso seguir con la canción y, con lágrimas en los ojos, me confesó que a veces tenía la impresión de haber equivocado el rumbo de su vida.

* * *

Mi padre venía de una familia numerosa. Su padre era ingeniero y le llamaban «el señor de la luz» porque dirigía una pequeña hidroeléctrica en Cervera; a los cuarenta y cinco años sufrió un ataque de apoplejía y se quedó inválido. La madre de mi padre, la abuela Marina que no llegué a conocer, sufrió lo indecible cuando mi padre fue reclutado a los diecisiete años y enviado a la Batalla del Ebro, donde los jóvenes reclutas republicanos caían como moscas. Pero la vida sería aún mucho más cruel y su querida hija menor murió de tuberculosis a los dieciocho años, al igual que el hijo de *l'àvia* Rosa.

En mi familia siempre se ocultaron las cosas. No supe de la supuesta locura de la abuela paterna hasta cumplir los sesenta, en una conversación con una prima, y hoy ya nadie me puede desvelar con claridad su trágica historia. Mi padre se quedó profundamente tocado pues fue internada durante años en un «manicomio», como se decía entonces y al cabo de los años liberada, por Jacinto Esteva, el padre del cineasta, primo hermano de mi padre, con cuya familia había

acabado viviendo mi padre sin que nunca me contara la razón exacta de su decisión y ahora ya es demasiado tarde para averiguarlo.

Mi padre solía contar que nunca pudo superar la pesadilla de haber estado bajo las órdenes de alguien tan sanguinario y despreciable como el miliciano comunista Líster. Presenció cómo escogía arbitrariamente a varios jóvenes, que ni siquiera habían cometido faltas menores, y los hacía fusilar para dar ejemplo de disciplina. Aquellas imágenes lo atormentarían el resto de su vida. Ni él ni ninguno de sus compañeros sabían con certeza si la bala asesina había surgido de su fusil. Al acabar la contienda, fue castigado por los llamados «nacionales», como tantos otros reclutas de la Quinta del Biberón, y enviado a la Legión en Larache, en el llamado Marruecos español. Allí nació su desconfianza hacia todo lo «moro» como él decía, que tantos problemas habría de causar en nuestra relación futura, porque yo pronto sentí una gran atracción por el mundo y la cultura árabe, que me llevaría a recorrer casi todos los países del norte de África y Oriente Medio y a residir cinco años en Egipto sin que mi padre en ningún momento relajara su discurso arabofóbico.

Debido a la guerra no pudo estudiar, como sí había hecho su hermano, pero tenía mucho empuje y ganas de prosperar. Acabó por comprarse una moto de gran cilindrada y siempre que podía iba con mi madre a Palamós, un puerto del Baix Empordà que en aquella época era un paraíso de casitas blancas agolpadas en torno a la iglesia sobre una colina que dominaba la bahía de aguas transparentes. Su hermana Constancia se había casado con el notario del pueblo. Un día descubrió el pequeño núcleo de Calella de Palafrugell y se quedó hechizado por su encanto. Y se prometió que, si conseguía abrirse camino en la vida, se compraría una casita en la playa.

Mis padres poco después de su boda en 1947

Más tarde, gracias a la ayuda de un tío prestamista, mi padre pudo embarcarse en negocios que con los años fueron progresando. Lejos de querer ocultar que descendemos de un *mosso d'esquadra*, como decía la tía Elvira; de un filibustero, como contaba mi primo Juan, o de un salteador de caminos, como sostenía con sorna mi primo Jacinto, me

reconforta tener antepasados que me alejan de la burguesía con pretensiones, a quienes mi padre se refería con la expresión, hoy en desuso, de «*pets bufats*» (pedos hinchados).

En la soledad de mi habitación imaginaba una vida y una familia muy distinta. Mi padre era un escritor medio francés y medio indio y mi madre había nacido en Alejandría, de padre egipcio y madre rusa cantante de ópera, aunque no muy buena, para hacer algo creíble la fantasía. Nuestra azarosa vida nos había llevado a muchísimos y alejados rincones del mundo y, aunque de modo circunstancial recaláramos en Barcelona por unos meses, estábamos a punto de marchar a vivir a Nueva York, a Londres o a Hong Kong para no regresar jamás.

Al hojear los viejos álbumes de fotografías experimento un sentimiento, hasta hace poco desconocido, de cercanía, incluso de ternura, hacia todos aquellos familiares a los que en muchos casos no llegué a conocer y que siempre fueron para mí meros personajes de época congelados en el tiempo. Ya no juzgo con condescendencia su aspecto, a ojos de hoy un tanto ridículo. Eran gentes prisioneras de un tiempo no tan lejano de normas rígidas. En apenas unas generaciones se producirían notables avances en la sociedad, aunque todavía queda mucho por hacer. Pienso en la liberación de la mujer y en la de los homosexuales. Quimeras impensables apenas hace cincuenta años, que a la Iglesia y a otros guardianes de las buenas costumbres les habría sin duda escandalizado. ¡Cuántas vidas truncadas, cuánto sufrimiento y tristeza!

Ahora puedo por fin comprender el profundo dolor en el alma de las dos abuelas. Ambas con hijos muertos de tuberculosis a los dieciocho años. Hoy entiendo también el pesar de mi madre, que además de perder a su hermano y a su hijo de casi dos años, tuvo otro varón que nació muerto. Una prima me contaría, años más tarde, que mi madre se quedó profundamente afectada y mi padre quizá no estuvo a la altura porque quería olvidar aquella desgracia, con el convencimiento de que tarde o temprano mi madre volvería a quedarse embarazada y sería niño. Como si un niño pudiera sustituirse por otro. Le pondrían de nombre José María, como el hijo que murió antes de cumplir los dos años. Meses más tarde nacería mi hermana Isabel. Mi madre no consiguió tener otro niño varón como deseaba mi padre, y cuando nació su última hija, la bautizaron como María José, la versión femenina del nombre de aquel hijo con quien no dejaba de martirizarme mi abuela cuando se enfadaba.

Mi padre proyectaba en mí sus frustraciones y quería que yo estudiara una carrera de «provecho», algo que él no había podido hacer por la guerra. Pretendía que yo fuera una prolongación suya y

me obligaba a frecuentar a los hijos de su socio. Yo odiaba las imposiciones y prefería dedicarme a observar insectos y pájaros y a recoger escarabajos tornasolados o libélulas. Los sábados, cuando me enviaba a casa de aquella gente y yo me negaba, me decía que callara y que más valía que comenzara a acostumbrarme. No paraba de repetirme que a aquellos niños odiosos los tendría que ver durante toda mi vida y que, aparte de trabajar juntos, me gustara o no serían mis amigos. Cuando protestaba, mi abuela me llamaba «*mico filós*», o mequetrefe, y recordaba, una vez más, que aquel pobre niño muerto todo lo habría hecho mejor que yo. Terminé por odiar al hermano que nunca conocí.

* * *

Tengo grabado en la memoria el día en que mi padre me llevó de caza, en su afán de hacer de mí un hombre y alejarme del entorno demasiado femenino de casa. Tendría unos doce años. Salimos por la tarde con un amigo suyo en dirección a Lleida, a un lugar llamado La Panadella. En aquella época sin autopistas ni autovías, era un cruce de carreteras con varias gasolineras, restaurantes y hostales. Un sitio desapacible donde cambiaban el aceite a los camiones y reparaban neumáticos. Aquel ambiente era muy machista y las pocas mujeres que se aventuraban eran seguidas con las miradas clavadas en el trasero. Los restaurantes se anunciaban con enormes porrones de vino, gratuito para quien fuera capaz de alzarlos con una sola mano.

Era una noche de frío intenso. A las cinco de la madrugada nos despertaron para desayunar y me quedé atónito al ver que el restaurante estaba hasta los topes de cazadores que encadenaban un cigarrillo tras otro, se hartaban de caracoles, pies de cerdo, tripas y butifarra con *allioli*. Bebían del porrón y contaban procacidades trufadas de palabrotas que yo no había oído hasta entonces. Saludamos a un amigo de mi padre que se sentó con nosotros y a los pocos minutos se presentó un cura conocido de aquel hombre con su chaqueta de cuero y jersey oscuro de cuello alto con cremallera sobre la sotana, bufanda gris, eterno palillo en la boca y tocado con una boina. Tras el desayuno aquellos hombres bebían carajillos y continuaban su algarabía entre risotadas hasta que, como si alguien hubiera dado una orden, se levantaron todos a una recogiendo las escopetas que habían dejado a la entrada. Nosotros cuatro subimos a un todoterreno y salimos de caza.

El paisaje era desolador. Un páramo recubierto de escarcha en el que la bruma apenas dejaba adivinar arbolillos retorcidos y arbustos espinosos. La humedad y el frío eran terribles. Caminábamos desprendiendo nubes de vaho y, cada dos pasos nos deteníamos y

golpeábamos con fuerza el suelo pues se nos helaban los pies. Aquel cura llevaba una jaula con un hurón. Yo no había visto nunca uno de aquellos depredadores alargados. Avanzamos por el páramo rompiendo la crujiente tierra helada hasta llegar junto a una madriguera de conejos. Entonces el cura sacó de la jaula a la alimaña y la introdujo en la entrada. Se apostó a escasos metros y a medida que iban saliendo los aterrorizados roedores manchados de sangre les disparaba a quemarropa. Yo sentía una gran pena por aquellos animales y tiritaba de frío. Mi padre, furioso, le dijo que no pensaba cazar de esa manera. Se fue al coche y regresó con unas mantas que tendió en el suelo para que yo durmiera un rato. Encendió un cigarrillo y se encaró de nuevo con aquel cura que, diezmados los conejos de la primera madriguera, ya estaba frente a otra.

—No entiendo dónde se meten —decía el cura sin atender a las palabras de mi padre, que reprobaba aquella ruin manera de cazar—. Estoy convencido de que en esta madriguera hay conejos. Fijaos en su rastro.

—Cazando así no me extraña que estéis acabando con todo —le reprochó mi padre, que solía escudarse en el peregrino argumento de que la caza bien regulada era necesaria para mantener en equilibrio la naturaleza.

—A veces una madriguera tiene varias entradas alejadas entre sí —proseguía el sacerdote, pasando por alto las palabras de mi padre.

De pronto noté algo que se movía bajo la manta y, al incorporarme, salió un conejo corriendo y tras él, otro. Me había quedado dormido sobre una de las entradas de la madriguera.

—¡Niño, sal de ahí de una puta vez, que estás sobre el escondrijo! —gritó el cura fuera de sí, apuntando a medio metro de donde yo había intentado dormir.

Disparó y noté el silbido del cartucho muy cerca.

—¡No sea bestia, mosén! ¡Aparte la jodida escopeta, *collons*! —exclamó mi padre, a quien nunca le había oído soltar una palabrota.

Me incorporé y retiré la manta, de la que surgieron varios conejos. Todos quedaron admirados. El cura hablaba de un milagro y de mi inocencia, que, cual san Francisco de Asís, había salvado a los conejos. Mi padre ni le contestó, y nos ordenó que volviéramos al coche, mientras el sacerdote guardaba su hurón con el morro manchado de sangre y lleno de pelos.

Regresamos a casa, a pesar de que el plan inicial era quedarnos un día más en aquel inhóspito lugar. Permanecíamos en silencio. En la radio del coche, el locutor anunciaba, con voz engolada, que la electricidad había llegado a no sé qué comarca perdida de los Pirineos, como si, en vez de una obligación, se tratara de un gesto

magnánimo del Caudillo. El limpiaparabrisas luchaba incansable contra la lluvia y yo, recostado en la ventanilla, tapado con una manta de viaje, veía desfilar a toda velocidad los árboles sin hojas del invierno. Me invadió una gran tristeza, pero conseguí reprimir el llanto que pugnaba por aflorar. Creo que por primera vez fui consciente de que me encontraba prisionero en un mundo que detestaba. Quería huir. Recorrer aquellos desiertos del Rajastán de las películas de aventuras, perderme en las selvas, atravesar el Sahara, callejear por aquellos zocos de las casbas en los que, debido a las frecuentes trifulcas y persecuciones, los puestos de alfarería o de frutas siempre parecían a punto de saltar por los aires. Pero no, debía participar en aquellas matanzas de animales a los que yo adoraba, correr tras el balón con niños por los que no sentía la mínima afinidad, someterme a las estúpidas reglas de los mayores y a sus convenciones sin sentido, por no hablar de la siniestra religión y los esbirros que la custodiaban. Me ahogaba. En algún otro lugar todo sería distinto, me decía. El impulso nómada se abría paso en mí, pero todavía era demasiado pronto para volar.

Mi padre, en el campamento de la Legión de Dar Riffien, 1940

Observaba de reojo el perfil de mi padre, sus grandes ojos árabes, su nariz recta y el bigote de la época. ¿Por qué se empeñaba en que me gustaran las mismas cosas que a él? No existía ninguna complicidad entre nosotros. Yo no soportaba el fútbol ni tampoco la caza. Creo que temía que, en el matriarcado liderado por la abuela, le saliera un chico débil. Me apuntó a clases de judo y quería que jugara a hockey sobre patines con los hijos de unos amigos. Un día me

inscribió en un grupo de *minyons de muntanya*, la versión catalanista de los *boy scouts*. Incluso me apuntó a un curso de remo en el lago de Banyoles. Odié cada instante del campamento y a aquellos niños, que por las noches me hacían novatadas y por las mañanas, la vida imposible. Debía resultarles afeminado y raro, con mis historias de animales y de Egipto o del antiguo Súmer. ¿Por qué en vez de tratar de enderezarme, mi padre no intentó comprenderme? Me sentía encarcelado, y los únicos momentos de felicidad y libertad los tenía en la naturaleza, cuando observaba a los animales que recogía o soñaba con los atlas y libros de fotografías de las maravillas del mundo.

A mi padre no le gustaban los curas. De joven, él y unos amigos suyos del pueblo habían tenido un percance y los amenazaron con la excomunión. Creo que entraron en una ermita y los sorprendieron orinando sobre un santo. Cuando nos acompañaba a misa, llegaba siempre al final porque decía que no había encontrado aparcamiento, en una época en la que apenas circulaban coches por la calle. Tampoco mi madre y mi abuela eran de misas. A nuestra casa jamás venía ninguna monja ni cura, y cuando nos tocaba albergar por unos días aquellas capillitas portátiles con efigies de santos que circulaban de piso en piso, dejaban unas monedas y lo pasaban corriendo al piso de al lado, como si les diera mal fario. La religión no tuvo ninguna importancia al menos en mi primera infancia, excepto cuando me metieron en aquel colegio de curas. Nunca comprendí por qué mi padre me hizo pasar por aquel suplicio, existiendo otros colegios religiosos no tan rigurosos por no hablar del laico Liceo Francés. No hacía nada por averiguar lo que se fraguaba en mi interior porque, al igual que la mayoría de los padres de entonces, creía que procurando el bienestar material de sus hijos cumplía con su deber. Lo demás eran niñerías. Mi abuelo había actuado con él de la misma manera. Pero los tiempos estaban cambiando.

Un día empecé a fantasear con que mi padre era morisco, y mi madre y la abuela, judías ocultas. Algo hay de cierto. Los Ortiga, la rama materna, son marranos de Toledo y tienen aspecto judío. Hace un tiempo, envié unas muestras de ADN a un laboratorio de Holanda porque quería conocer mi origen. Para ello raspé, durante un minuto, un bastoncillo en el interior de una mejilla, en dirección contraria a las agujas del reloj y lo introduje en un receptáculo antibacteriano. Al cabo de dos meses tenía el resultado. Por parte paterna fue más o menos el esperado. Un cincuenta por ciento era de origen francés, del que genéticamente formamos parte la mayoría de catalanes, mallorquines y navarros. El cuarenta y ocho era de la península Ibérica y un dos por ciento correspondía a una inesperada herencia galesa. Sin embargo, los resultados de la línea materna resultaron sorprendentes porque los orígenes se remontaban a Irán, Asia central,

Irak, Siria y Palestina. Sin duda la pista sefardí era la acertada. Quizá también la mesopotámica como le gustaba recordar a una amiga que siempre apuntaba que las aletas de mi nariz eran antiguas y sumerias. Sin embargo, unos meses después, repetí la prueba y, para mi decepción, la pista asiática no resultaría tan determinante.

Una tarde, en El Figaró, cuando regresamos del bosque con Rosa, Mari Nuri y mi madre, la abuela corrió a nuestro encuentro refunfuñando. Mi madre le preguntó qué le pasaba.

—Ve abajo. Ya verás.

—¿Qué es lo que veré? —preguntó intrigada mi madre.

—¡Ya verás qué Lollobrigida! —contestó la abuela.

Se refería a la sensual y explosiva actriz italiana que para mi abuela encarnaba la lujuria.

Bajamos al porche y allí estaba balanceándose en el *galing-galong*, el columpio de jardín de dos plazas, una radiante joven de pelo crepado y negro, con una blusa rosa atada a la cintura que dejaba libre el ombligo, enfundada en pantalones pitillo de color verde. Iba con sandalias y llevaba las uñas de manos y pies pintadas de rojo. Tenía la tez muy blanca y los ojos oscuros ribeteados de negro, la nariz recta como una griega y los labios carnosos. Mostraba una dentadura perfecta. Junto a ella, mi padre y dos amigos se la comían con la mirada. Cuando Sarah nos vio, se incorporó y vino sonriente hacia nosotros. A Rosa, a Mari Nuri y a mí nos estampó dos besos a cada uno. Me encantó su perfume. «Seré vuestra profesora», nos dijo con fuerte acento francés. Mi madre y la abuela se miraron durante largos segundos. Entonces mi padre, alborotándome el cabello, me dijo que aquel verano ya no iría cada tarde de excursión con el cura y los niños del pueblo porque era más importante que aprendiera bien el francés. Mi abuela lo miró con reprobación.

Desde el primer momento nos hechizó. Se movía con agilidad pasmosa y trepaba sin la menor dificultad a lo más alto del cedro del Líbano, que entonces nos parecía inmenso, a cuyo pie la abuela había enterrado aquellas joyas de las que siempre hablaba y que nunca encontraron. Sarah excitaba a los padres de familia, a los que no prestaba atención. Era adorable con nosotros. Su padre era funcionario colonial francés y su madre, judía de Orán. Se había criado en la Argelia francesa, en el Senegal y en Indochina.

La cabeza disecada de un pobre jabalí cazado por mi padre, con lengua de cera rosa y los ojos de cristal, presidía la habitación de amarillo. Justo debajo de esa cabeza, Sarah nos contaba leyendas africanas de espíritus e iniciados mientras coloreábamos mapas de los cinco continentes o pegábamos los cromos del álbum de *Los diez*

mandamientos, que me entusiasmaba porque mostraba fascinantes imágenes del Nilo y de las pirámides.

Una tarde de lluvia, sin que mi abuela lo advirtiera, subimos la estrecha escalera que conducía a las misteriosas *golfes*, el desván. Entre viejos muebles, cacharros y alfombras apolilladas, recubiertos de polvo y telarañas, llamaba la atención un arcón que escondía decenas de libros, y bajo ediciones baratas de Zane Gray, Emilio Salgari y otros, destacaban joyas como *Crimen y Castigo* y *El retrato de Dorian Gray*, que Sarah me aconsejó que leyera pasados unos años. En el fondo del arcón encontramos revistas que hablaban de las exposiciones coloniales en París, Londres o Bruselas y de las maravillas de las posesiones de ultramar. Mostraban tótems de las Aleutianas, bustos de hierro de Benín, fetiches de Nueva Guinea o las máscaras y esculturas de Costa de Marfil que tuvieron tan decisiva influencia en el arte moderno.

Al igual que los libros de la colección *Razas del mundo* del Instituto Gallach de mi padre, aquellas revistas me hablaban de la diversidad del mundo y me hacían intuir, como comprobaría años después, que lo que estaba bien en una cultura podía estar mal visto en otra. Además, las cosas no se hacían, como decían la abuela y los mayores, porque «siempre se han hecho así» o «porque Dios así lo quiere». ¡No! Más allá de los montes que ahogaban aquel pueblo del verano, había cordilleras y montañas mucho más altas. También ríos y mares. Países donde todo se hacía de manera diferente. Nuestra manera de vivir no era la única. Y algún día, me decía, viajaría a lugares donde no imperaran las normas de la época gris de mi niñez.

Algunas noches, mi hermana Rosa, Mari Nuri y yo nos tendíamos junto a Sarah en el tejado del cobertizo y observábamos las estrellas y el recorrido de aquel *sputnik* que nos tenía maravillados. Sarah nos contaba leyendas de brujos que se transformaban en animales e historias de su casa en Argelia, como la de la dama del cuadro, una mujer muerta en extrañas circunstancias que algunas noches descendía del marco y vagaba por las habitaciones. Nos hablaba también de Aisha Kandisha, una *yin* bellísima que habitaba en los ríos del Atlas y que más tarde yo asociaría con Mami Wata, la ondina africana. Sarah contaba que la *yin* enloquecía a los hombres con su belleza y su voz, y luego, transformada en ogresa, los devoraba.

Mi hermana y yo estábamos prendados de aquella mujer que aportaba un aire fresco a nuestras vidas. Ella percibía que en Villa Rosa habían sucedido cosas terribles y que la casa estaba poblada de espíritus. ¿Era eso lo que me provocaba los terrores nocturnos? Sarah fue la única persona a quien le hablé de mis visiones, y ella me dijo que también había sentido presencias extrañas. Así que todos los jueves, el día en que María y las otras dos compañeras iban al *ball de*

les minyones y mis padres y la abuela acudían al exclusivo casino de los veraneantes, a falta de incienso, quemábamos hojas de laurel para liberar las almas de aquellos desgraciados y pedirles que dejaran de vagar por la casa.

Ahora, con la perspectiva que da el paso del tiempo, estoy convencido de que las caras de los muertos que se me aparecían en Villa Rosa eran fruto de aquel ambiente malsano del pasado. Sin duda alguna, en aquel lugar, se habían producido torturas. Sarah, mi *yin*, mi querida hechicera, sentía mi misma angustia y nuestros rituales consiguieron alejar, al menos durante el resto de aquel verano, las terroríficas visiones.

Con Sarah, todo era un juego. Nos cantaba bellas melodías de los judíos de Orán y nos enseñó una canción mandinga que tarareamos durante mucho tiempo. Décadas más tarde la escuché emocionado de la voz de Ali Farka Touré durante los ensayos en un pequeño club barcelonés, mientras preparaba un artículo para la revista *Ajoblanco*. Sarah también nos hablaba de ríos con cocodrilos e hipopótamos y por primera vez oí hablar de los baobabs, aquellos árboles inmensos condenados por los dioses a crecer boca abajo ya que, con su soberbia, al pretender alcanzar el cielo con su altura, les habían desafiado. Por ello las ramas parecían raíces.

Buscaba la compañía de Sarah y sentía algo muy especial cuando me estrechaba. Me enseñaba a subir a los árboles y me mostraba los huevos de colores de los pájaros que luego devolvíamos con cuidado a sus nidos. Un día hicimos una cabaña sioux con cañas del río y telas viejas donde pasábamos horas enteras escuchando aquellas historias de África. Yo me quedaba dormido acurrucado a su lado mientras ella me acariciaba el cabello.

Una mañana, tras nadar en la piscina, Sarah fue a ducharse al pequeño baño junto al porche. No pude reprimir el deseo de espiarla. Agazapado, miré a través de las varillas de madera de la puerta. El sol que se colaba por la persiana proyectaba franjas de luz sobre su cuerpo reluciente. La piel muy bronceada y la marca tan blanca del bañador la hacían aún más sensual. Permaneció largo tiempo con los ojos cerrados dejando que el agua le diera en el rostro y resbalara entre sus pechos perfectos, para confluir y detenerse en aquel misterioso sexo depilado y desparramarse después por las piernas. Aquella contemplación me turbó. La imaginé como la Aisha Kandisha de la que tanto nos hablaba, la *yin* de los ríos del Atlas que enloquecía a los hombres con su melodiosa voz. La poderosa escena me regresaría décadas más tarde en Costa de Marfil al ver cómo ungían con agua lustral el rostro, el pecho y el sexo de las iniciadas akán poseídas por la Diosa del Agua. Sí, Sarah era la sirena africana: Aisha Kandisha o Mami Wata. También Yemayá, María Lionza o Madre Agua, las diosas

africanas llevadas al Nuevo Mundo por los esclavos.

El resto de aquel verano transcurrió feliz y apacible. Con Sarah, cada día era una aventura. Jugábamos entre las grandes piedras de un claro del bosque y me enseñaba qué plantas eran venenosas y cuáles comestibles. «Por si un día te pierdes o no quieres regresar a casa», reía.

Un día, junto a una poza del bosque, volví a admirar su belleza. La ropa interior empapada dejaba entrever su pecho y las firmes nalgas. Estaba embobado viendo cómo se zambullía de nuevo, rodeada de grandes libélulas rojas, cuando recibí una salpicadura de agua. «¡No me mires tanto, que no eres más que un crío!», decía. «Y tú eres Aisha Kandisha», respondí. Y la *yin* rió mostrando su perfecta y blanca dentadura. Chapoteábamos en el agua y yo aprovechaba para acercarme. Sarah me dijo que no se me ocurriera contarle a la abuela que nos bañábamos en las pozas porque estaba esperando el mínimo traspié para devolverla a la ciudad tal como anhelaban las chismosas de aquel pueblo mezquino que la miraban con recelo.

Al día siguiente Sarah no apareció para despertarnos, como solía, con un beso y, cuando preguntamos por ella en el desayuno, la abuela nos dijo que se había ido temprano para no regresar. Rosa y yo rompimos a llorar y la acusamos de haberla echado por guapa y porque le tenía envidia. «Llorad, llorad cuanto queráis, que no volverá», replicó con aire triunfal. Sarah, la sacerdotisa del Agua, mi Aisha Kandisha, que se movía como un felino y nos contaba historias fascinantes, era demasiado libre para aquel lugar y aquella época.

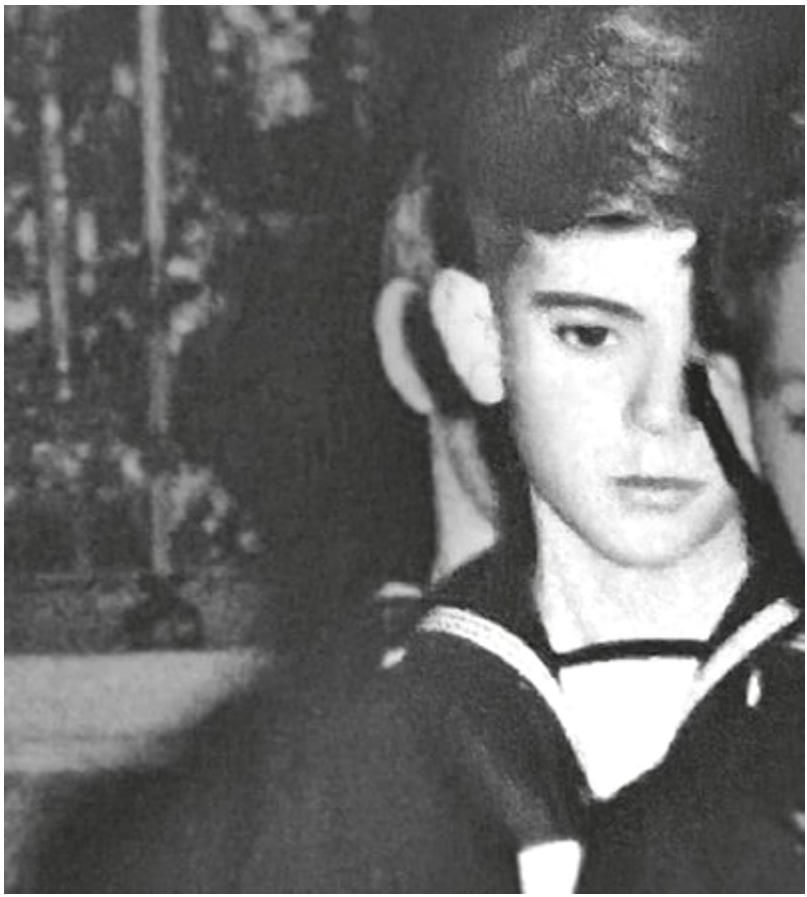
4

NO SOY UNO DE LOS VUESTROS

Nunca me encontré a gusto en el colegio de curas. Nos hablaban de la culpa y de la redención. Aseguraban que, a causa de la desobediencia de Adán y Eva y su desafío a Dios acontecido en la noche de los tiempos, todos sus descendientes debíamos seguir purgando hasta el fin de los días aquel ajeno acto de soberbia. Nosotros, inocentes niños, con cada uno de nuestros pecados, decían, crucificábamos una y otra vez al hijo de Dios. Yo no lo entendía. Además, si Jesucristo era hijo de Dios y por lo tanto en su condición de segunda persona de aquella intrincada Santísima Trinidad, también Dios, ¿qué mérito tenía entonces su «descenso» al mundo? ¿Y por qué el Espíritu Santo, si también era Dios, apenas gozaba de protagonismo? Debíamos tener fe, decían con condescendencia, sin cuestionar nada de lo que ordenara la Santísima Madre Iglesia y postrarnos, como hacían los idólatras, a quienes los curas tanto aborrecían, ante la Santa Custodia, la venerada cruz de oro que guardaba en el centro, protegida por un cristal, la Sagrada Forma, el cuerpo de Cristo, algo que, al menos a mí, me resultaba no solo imposible de comprender sino de aceptar.

Los curas no cesaban de advertirnos, a unos niños a los que aún tardaría en despertarse la libido, que los tocamientos eran pecado mortal y que si moríamos sin habernos confesado iríamos de cabeza al infierno para toda la eternidad, que era «el tiempo que tardaría una hormiga que girase sobre un diamante tan grande como una montaña en partirlo en dos con el roce de sus frágiles patas». Y para redimirnos, teníamos misa diaria, los rezos previos a las clases, el Ángelus del mediodía, más oraciones antes del almuerzo y, tras el recreo de la tarde, el interminable rosario, seguido de pláticas religiosas y del estudio del catecismo, que repetíamos como loros. Los jueves anteriores a los primeros viernes de mes, bajábamos todos a la iglesia del colegio para confesarnos y estar así en gracia divina para recibir al día siguiente al Señor. De ese modo, si lográbamos comulgar durante siete primeros viernes de mes seguidos, teníamos, como si se tratara

de un concurso, ganado el cielo. Los sábados al mediodía, cuando ya soñábamos con el día y medio de asueto que nos esperaba, nos conducían de nuevo a la iglesia para recitar las letanías dedicadas a la Santísima Virgen. Durante la Cuaresma asistíamos a los interminables Vía Crucis. Una vez al año nos llevaban de ejercicios espirituales a un lugar apartado fuera de la ciudad, donde durante tres días nos sometían a un auténtico lavado de cerebro. Antes de regresar a casa, los curas sostenían largas charlas con cada uno de nosotros para averiguar si pensábamos renunciar al mundo y dedicarnos al Señor.



Primera comunión, 1958

Yo procedía de un mundo panteísta que me había creado con los libros de lugares lejanos, observando la naturaleza y escuchando las historias de Sarah y las anécdotas que las *minyones* y sus novios contaban de sus pueblos. Y de pronto me topaba con aquel muro terrorífico de extrañas fabulaciones relatadas por unos curas que no

mostraban comprensión alguna con los que no nos plegábamos a sus patrañas ni al dictado de su educación represiva. Durante el primer año, los mayores se ensañaban con los pequeños. Nos pegaban, nos arrastraban de los pelos a los lavabos y nos metían la cabeza bajo el grifo hasta casi ahogarnos, o nos esperaban a la salida del colegio para increparnos. Nunca olvidaré la mirada vacía de un primo lejano mientras me pegaban e insultaban, sin alzar la voz para defenderme. Aquellos *pequeños hombrecitos* de las novatadas descargaban en nosotros, los de cursos inferiores, la violencia que les infligieron en su día otros mayores que ellos, con la *omertà* cómplice de los curas y algunos profesores. La violencia, no solo física, formaba parte intrínseca de aquella educación. «Tan pronto como naces te hacen sentir insignificante», cantaría unos pocos años después John Lennon en *Working Class Hero*, y ese era el axioma en que se basaba aquel adoctrinamiento.

La homosexualidad era una obsesión para aquellos curas carceleros de sí mismos. También la misoginia. Muchos de ellos eran grandes reprimidos que en el confesionario nos acercaban su aliento al cuello mientras nos preguntaban si nos habíamos hecho tocamientos. Mucho después supe que algún alumno sufrió abusos sexuales.

Recuerdo el terror que me producían las estatuas de los santos martirizados y de Jesucristo en la cruz con los grandes clavos de hierro que le taladraban manos y pies, la corona de espinas clavada en la frente y la profunda herida en el costado. Por no hablar del pobre san Sebastián asaetado, o santa Lucía, con las cuencas oculares vaciadas, sosteniendo sus ojos en la mano, o santa Águeda, con sus pechos mutilados que portaba en una bandeja. De vivir en mi mundo de insectos y pájaros maravillosos, me vi de pronto envuelto en aquella orgía sádica. Décadas más tarde, mi amigo egipcio Mursi Sultán me haría revivir esos sentimientos cuando me contó el terror que le produjeron las imágenes católicas la primera vez que entró en una iglesia, acostumbrado a la luminosidad y amplitud de espacio de las mezquitas, sin icono alguno. Toda aquella imaginería me causaba un profundo desasosiego, agravado por las continuas amenazas de los curas sobre los espantos que nos esperaban si nos alejábamos del buen camino; y otra advertencia, acaso peor, cuando nos decían que Dios, aquel Dios vengativo, podría aparecerse ante nosotros, cuando menos lo esperáramos, para indicarnos el camino. Además, al haberme criado en un mundo femenino, me sorprendía el desprecio, acaso temor, que tenían a las mujeres. Uno de los insultos más terribles, casi peor que el de marica, era: «Parecéis nenas».

En una ocasión, cuando durante las pláticas diarias de religión le pregunté al cura por qué motivo no había sacerdotisas, me respondió con un antiguo suceso. Al parecer, una importante abadesa quiso

saber por boca del Sumo Pontífice por qué las mujeres no podían ser ordenadas sacerdotes. El Papa, en vez de ofrecerle una respuesta, le entregó una caja cubierta por una tela y le dijo que regresara con ella al día siguiente. La religiosa, a pesar de la gran curiosidad que sentía, se propuso no caer en la tentación de examinar la caja. Pasaban las horas y aquella santa mujer rezaba para no sucumbir a su deseo, hasta que entrada la noche no pudo aguantar más. Apartó la tela, abrió la caja y surgió de ella un bello pájaro que, tras revolotear por la estancia, escapó por la ventana. Aterrorizada, la abadesa se pasó el resto de la noche en vela. A la mañana siguiente, cuando llegó con la caja vacía, el Papa le dijo: «¿Ves cómo las mujeres no podéis ser sacerdotisas? Sois débiles, incapaces de guardar un secreto. ¿Cómo pretendéis servir a la Santa Madre Iglesia y confesar a los creyentes, si al poco estaríais difundiendo sus pecados?».

Aquel lugar era siniestro. Un enorme edificio que recordaba la arquitectura de los regímenes totalitarios. Miles de metros cuadrados y un laberinto de pasillos flanqueados de habitaciones y grandes dormitorios colectivos llenos de camas con su correspondiente orinal debajo. Me impresionaba la gran sala de ciencias naturales, con sus esqueletos, un león apolillado y una multitud de frascos que albergaban fetos y vísceras sumergidos en formol. Una vez al año nos hacían clavar con gruesos alfileres a unas pobres ranas en unas tablas y nos obligaban a diseccionarlas para dejar al descubierto sus órganos y observar los pálpitos del corazón. Yo no dejaba de pensar en las ranas que habitaban en la charca de Villa Rosa, con sus graciosos saltos. Las veía croar, hinchando las mejillas como Dizzy Gillespie el trompetista de jazz. Animalillos expulsados de su paraíso de juncos y libélulas, capturados para ser abiertos en canal y arrojados después al cubo de la basura.

Cuando nos reclamaban en el despacho del rector por alguna travesura, atravesábamos estancias con grandes ventanales que enmarcaban las palmeras del jardín y el entramado de calles de la ciudad, con la silueta de Montjuic y el siempre centelleante Mediterráneo a lo lejos. Allí, uno se sentía como si estuviera en el interior de una de aquellas casas señoriales del Maresme, hoy casi desaparecidas debido a la especulación y al nulo respeto de la burguesía advenediza por la historia reciente. Los días despejados, se adivinaba en la lejanía la silueta de Mallorca.

El «patio central» de las Escuelas pías de Sarriá, Barcelona

El resto del colegio era muy distinto. Otro mundo, más parecido a un hospicio o a un reformatorio. A veces, durante el recreo, me escapaba con algún compañero y explorábamos las zonas más recónditas de aquel inmenso edificio subiendo y bajando escaleras que llevaban a territorios ignotos. En los desvanes estaba la enfermería, adonde acudíamos, fingiendo un mareo para escapar de clase, a por un terrón de azúcar con agua del Carmen. A nuestro paso por aquellos corredores interminables, espiábamos con terror a través de las puertas entreabiertas a los sacerdotes escolapios que eran enviados a morir allí, porque era un edificio inmenso donde sobraban habitaciones. A algunos los había visto pasear por los jardines, antes de ser confinados en aquel corredor de la muerte. Eran moribundos con la angustia reflejada en el rostro. Unos emitían débiles gemidos y otros, alaridos. «¡Agua!, ¡agua!», imploraba uno. «¡Iros, por el amor de Dios!», suplicaba aterrorizado otro, ahuyentando demonios a manotazos. Recuerdo a uno en particular, que era la viva imagen de la muerte, con los ojos recubiertos de un velo lechoso y una boca sin dientes, tan abierta que las mandíbulas parecían a punto de desencajarse. Estaban siempre solos, sin nadie que les cogiera la mano. Nunca. «No, no sufren», nos aseguraba contundente el hermano Toledo, parecía que para él los gritos que salían de sus almas fueran simples estornudos. A través de la puerta entreabierta, yo escrutaba absorto aquellos rostros que presentían el vacío de la muerte, como si al final de sus días hubieran descubierto que las vanas promesas que les habían encadenado de por vida a sus votos de pobreza y castidad

no conducían al paraíso celestial, sino a la Nada. Miradas sin esperanza que por momentos me recordaban a las de mis visiones nocturnas en Villa Rosa y que muchos años más tarde reconocería en los torturados rostros de Bacon. Recuerdo que en una ocasión salimos huyendo de allí cuando un compañero nos asustó imitando el estertor de uno de aquellos pobres hombres.

Cerca de la enfermería había una gran sala que solo se usaba para los exámenes finales, tan fría que la llamaban Siberia. Porque a pesar de ser todos de «*casa bona*», en aquella época no había calefacción y los inviernos eran mucho más fríos que los de ahora. Debajo de la ropa llevábamos los esquijamas Meyba o camisetas y calzoncillos largos La Pastora y solíamos lucir sabañones en los nudillos y en las orejas. En el sótano se encontraban las humeantes cocinas y los comedores. A la hora de la comida, nos conducían hasta allí en dos filas y en riguroso silencio, uniformados con nuestras batas a rayas. Un auténtico desfile militar. En aquellas galerías subterráneas, el menor ruido resonaba, ocasión que algunos aprovechábamos para arrastrar los pies por el suelo, una de las pocas maneras que teníamos de mostrar descontento o de afirmar la propia personalidad. Un pequeño acto de rebeldía que me costó más de un cachete en el cogote. Los comedores eran fríos y oscuros, en los que a duras penas se colaba la luz a través de unas estrechas ventanas situadas en lo alto de los muros, como en las cárceles. Nos sentábamos en alargadas mesas de mármol y, tras el inevitable rezo, nos servían unos pobres muchachos que parecían sacados de un hospicio, chicos algo mayores que nosotros llegados de las zonas más deprimidas del país, a los que no nos estaba permitido hablar ni mirar a los ojos. A veces uno de nosotros debía leer un fragmento del martirio de algún santo. A la hora del postre, se nos permitía hablar, hasta que el ruido que rebotaba en los altos techos se hacía insoportable y entonces alguno de los curas alzaba la voz por encima de la algarabía y nos amonestaba diciendo que nos comportábamos como «verduleras» o, peor aún, «mujerzuelas», y nos amenazaba con dejarnos sin recreo.

* * *

Nunca olvidaré un verano en un internado de alta montaña. Una vieja casona en la que la madera rechinaba como si tuviera vida propia y que olía a patatas y a col hervida. Durante una excursión de dos días a un lago de origen glaciar estaba muy contento pues me había tocado dormir con dos alumnos a los que apreciaba. Pero la alegría no duraría mucho; tras el sorteo de habitaciones, uno de ellos me torció el brazo con fuerza exigiendo que le cediera mi cama a otro compañero que le había tocado dormir solo. En el triste aislamiento de

aquella habitación que no me había correspondido, deseé con todas mis fuerzas que la excursión acabara cuanto antes. Mientras cerraba los ojos e intentaba dormir, regresaron los terrores nocturnos. Me veía en un pasadizo sin poder avanzar ni retroceder, mientras mi amigo *agitanado* andaría saltando por las rocas del río o fumando a escondidas con algún pillo.

Uno de los tutores, que no dejaba ni un momento de fumar unos fuertes cigarrillos llamados Boston, sugirió que me levantara un poco antes que el resto y fuera con él a las duchas, ya que, según él, yo no me lavaba a conciencia. Me hizo desnudar delante de él e insistió en que me enjabonara las zonas íntimas. Al principio yo no veía malicia alguna, hasta que comenzó él mismo a frotarme con una esponja. Intuía que aquello no era normal pero jamás me atreví a contárselo a los compañeros. Una mañana me manipuló y, al acabar, eché a correr desnudo al dormitorio, dejando tras de mí un reguero de agua. Se armó un revuelo, pero yo me moría de vergüenza y, por más que me preguntaron los mayores, no abrí la boca. Aquel mismo día, el tutor desapareció. Nos dijeron que tenía un problema familiar y no regresaría. Se fue sin duda obligado por los curas para evitar mayores complicaciones, porque una cosa era abusar de niños de familias desestructuradas o de escasos recursos y otra de hijos de «*casa bona*» que podrían causar problemas.

Fragmento de El festín de Baltasar, de Rembrandt van Rijn

Pero aquel verano todavía depararía sorpresas desagradables. Una tarde, dos chicos mayores me convencieron con alguna artimaña para ir al bosque, y cuando estábamos lo bastante lejos me derribaron de

una zancadilla. El más fuerte se abalanzó sobre mí y me dobló el brazo, mientras el otro me desabrochaba la bragueta para manosearme. Logré zafarme y, amenazándoles con un pedrusco, les dije que me pondría a gritar y que se lo diría a todo el mundo. Ellos me aseguraron que si callaba no volverían a intentarlo. Desde ese momento no mantuve contacto con ningún compañero. Con el tiempo supe que uno murió con el hígado destrozado por el alcohol y otro de sobredosis de heroína. Y un tercero, debido a los ácidos, a los veinte años ya no podía valerse por sí mismo. Aquel internado de alta montaña estaba sin duda maldito.

Tras aquel triste verano en aquellas jodidas montañas, disfruté de unos escasos días de tregua antes de regresar al temido colegio. Al *bullying* que me hacían algunos compañeros y al imprevisible ensañamiento de aquellos curas. Durante un tiempo, aterrorizado por la idea del fuego eterno que a los curas les gustaba describir con todo tipo de detalles escabrosos, acaté todas las normas, pero poco a poco me fui rebelando y dejé de confesarme. Tuve que soportar entonces los reproches en público de los curas. Ponía todo en duda, y tenía grandes remordimientos por ello. Sin embargo, era bueno en historia sagrada. Me atraían los relatos, como el del banquete del rey Baltasar de Babilonia, que había profanado los vasos sagrados del templo de Jerusalén bebiendo en ellos durante la bacanal. Finalizado el ágape, una misteriosa mano surgida de la nada escribió en la pared en arameo: «*Mene, mene, tequel, ufarsin*» (Ha contado Dios tu reino y le ha puesto fin). Aquella misma noche Baltasar fue asesinado y el rey Darío se apoderó del trono.

Me estremecía el sadismo *gore* de las torturas a las que fueron sometidos los siete hermanos macabeos, cortados en pedazos uno a uno frente a su madre por no renegar de la «verdadera fe». Leía una y otra vez la historia de la reina Jezabel, la adoradora de Baal, que según los escandalizados curas llevó a los hebreos a la idolatría y a la inmoralidad porque abandonó a Yahvé e introdujo de nuevo los cultos al Becerro de Oro y a Astarté, la diosa mesopotámica que representaba la vida, el amor y los placeres carnales. Los curas contaban ufanos cómo aquella denostada reina que quiso acabar con el patriarcado acabó arrojada por la ventana por sus eunucos y despedazada y devorada por mastines, una Jezabel a quien yo ponía el rostro sensual de mi adorada Melina Mercouri, una de mis primeras fantasías de adolescencia, cuando la definición sexual es confusa, pues había visto en un cine de sesión doble *Los pianos mecánicos*, que transcurría entre Cadaqués y el Barrio Chino de Barcelona. Recordaba la escena en que la actriz salía desnuda en una pensión de mala muerte, apenas cubierta por un ramo de gladiolos tratando de seducir a un Harry Krüger, que interpretaba el papel de su poco impulsivo amante, un

homosexual que quería dejar de serlo.

A uno de nuestros tutores, un cura de mirada vidriosa, lo vi muchos años después por las Ramblas de Barcelona tratando de ligar con hombres. Era el mismo que, años atrás, nos había reunido a un grupo de alumnos, los raros, los distintos. Niños imposibles de moldear que rechazábamos jugar en equipo. Bajo un gran cuadro con un ruborizado san José de Calasanz rodeado de infantes, sosteniendo unos periquitos en una mano y acariciando con la otra la mejilla sonrosada de un pequeño al que miraba extasiado, nos contó que la homosexualidad era el pecado que Cristo más despreciaba. Tergiversando el Nuevo Testamento, dijo que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que un homosexual entrara en el Reino de los Cielos. Nosotros, que apenas contábamos diez años, no teníamos ni la más remota idea de qué nos estaba hablando. Tras la charla admonitoria, nos llevó a la iglesia, y allí, clavado de rodillas ante el altar, suplicó entre sollozos al Altísimo que ninguno de nosotros sucumbiera a esa gravísima tentación. Agregó que Yahvé había sepultado bajo una lluvia de fuego a la próspera Sodoma por entregarse al pecado nefando, la infame perversión a la que daría su nombre. Aquella noche nos costó conciliar el sueño. Buscamos en el diccionario la palabra «sodomía» y nos quedamos atónitos, porque decía que se trataba del coito anal, cuando ni tan solo habíamos oído hablar del coito sin adjetivos.

En una boda familiar, hacia 1960

Nunca volvimos a comentar entre nosotros aquel incidente. Pero de alguna manera aquel tutor había hecho una criba y nos había seleccionado. Éramos los marcados. Debíamos callar y hacernos fuertes, porque nadie nos lo pondría fácil. Durante los años venideros tendría que luchar conmigo mismo. Resulta difícil imaginar las noches de insomnio de un adolescente que comenzaba a intuir su homosexualidad en aquella ingrata época. Poco a poco iba constatando con temor, imbuido de los prejuicios de entonces, cómo aquella condición que no quería ni imaginar intentaba abrirse paso desde lo más profundo de mi ser.

El miedo, el autoengaño y el silencio aún durarían muchos años, porque no existían modelos ni referentes positivos. Cada día escuchaba un sinfín de comentarios y chistes despreciativos de la homosexualidad. Se daba por sentado que se trataba de una perversión que debía curarse. Muchos, impulsados por la presión social, acabarían casándose, para convertirse en maridos tan desgraciados como sus esposas. Otros ingresaban en órdenes religiosas y una minoría nada despreciable acababa tempranamente con su vida.

En el colegio había un camarero al que llamaban Margarito; era un joven muy afeminado, de pelo oxigenado, del que se comentaba que era el protegido de uno de los curas. Yo no sabía en qué consistía aquella protección que, entre los mayores, causaba tanta sonrisita vergonzosa, pero él era mi modelo más cercano. En cuanto a los homosexuales que salían de manera velada en las películas, eran siempre, en el mejor de los casos, seres débiles y traicioneros en quienes no se podía confiar, tristes y torturados, proclives a la delación, al chantaje o al suicidio. Ni por asomo quería ser uno de ellos.

Me sentía como un miembro de la resistencia entre colaboracionistas. ¡Qué difícil era entonces ser distinto del montón! «No soy uno de los vuestros», debería haberles dicho a los curas y a mis compañeros. Pero tuve que callar. Y así crecí, inseguro y triste, dedicándome más a mis cobayas o a mis ratones blancos que a las personas. Me refugié en los atlas y en los libros ilustrados de la biblioteca, estudiando los animales, que me fascinaban, recogiendo todos los bichos que encontraba, llenando la bañera de ranas, salamandras y tortugas de agua. Viajaba sin salir de la habitación, soñando con recorrer algún día los maravillosos paisajes de los libros para convivir con los beduinos, los esquimales o los habitantes de la selva.

De noche, los fantasmas agazapados en el trajín del día se conjuraban en el silencio de mi habitación. No conseguía dormir, torturado por aquella religión del miedo, con su Dios heredero del vengativo Yahvé de los judíos, y por la perspectiva de tener que soportar el colegio al día siguiente. Me regresaron con fuerza los terrores nocturnos. A veces, en el duermevela, justo cuando entraba en el sueño, durante lo que me parecían minutos eternos, quedaba totalmente paralizado y aunque conservaba la visión dudo incluso de que pudiera parpadear. Y así permanecía en angustiosa parálisis hasta que conseguía mover un dedo y entonces parecía como si la vida se irradiara a toda la mano y luego a las extremidades y al resto del cuerpo, y por fin salía de aquel terrible estado.

Me incorporaba con taquicardia y me asomaba a la ventana para calmarme, observaba a mi pez rojo en la pecera, con sus aletas

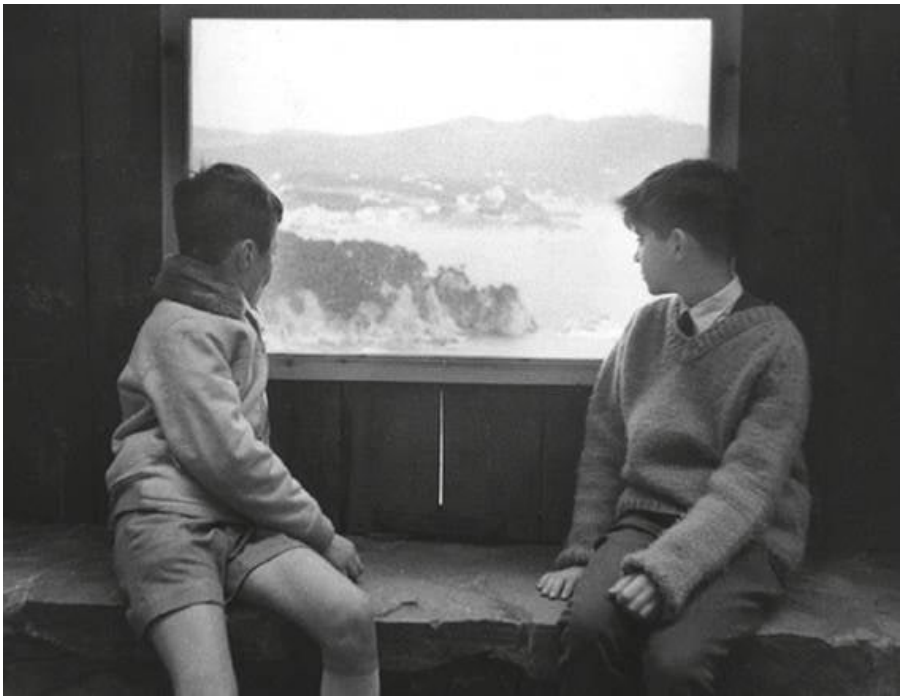
vaporosas como velos, jugaba con los gusanos de seda o me ponía a ordenar la colección de minerales. Me entretenía con cualquier cosa para no dormirme de nuevo, pues sabía que regresarían los terrores. A veces iba a la biblioteca de mi padre a contemplar las fotografías de los volúmenes ilustrados. Una noche abrí un libro de arte de la Grecia clásica y vi aquellas estatuas de héroes y dioses que me turbaron por su cruda desnudez; pero no eran los cuerpos perfectos de Apolo ni de Hermes lo que me atraía, sino Poseidón y los rudos y pilosos dioses de los ríos. Se estaba definiendo mi sexualidad, aunque todavía no era consciente de ello.

Aprovechando que me habían expulsado del grupo de los monaguillos, porque uno de ellos se había chivado al cura de que un compañero y yo nos bebíamos el vino de consagrar, trataba de romper la monotonía de las interminables misas diarias leyendo en aquellos misales los capítulos más escabrosos sobre exorcismos, las plegarias para pedir lluvia y demás rogativas peregrinas. Versionaba en mi interior los cánticos litúrgicos sobre unas guitarras desaforadas inspiradas en el anárquico final del *My Generation* de los Who. A las letras en latín les añadía el sonido de eructos, vómitos y aullidos a lo Yoko Ono, que naturalmente aún no conocía. La primera vez que oí a la vanguardista artista japonesa, me dije: «¡Esta mujer me ha copiado!». Era la música que, cuando yo quería, oía en misa.

El único personaje de aquel colegio al que yo respetaba era el padre Calasanz, vicerrector y profesor de literatura francesa. Me recordaba al sabio despistado de *La isla misteriosa*. Era también organista y compositor; tocaba Bach en las misas solemnes y era tan excesivo que, en la ya de por sí recargada Tocata y fuga en re menor, añadía filigranas de su propia cosecha. Con su desmedido afán por los registros graves y los pedales, conseguía que los tubos del órgano parecieran a punto de explotar y que temblaran los cimientos de la iglesia. Yo me dejaba llevar por aquella cascada de notas, cerraba los ojos y tenía la sensación de flotar dando volteretas en un espacio oscuro repleto de resplandecientes fusas, semifusas, corcheas, semicorcheas, claves de fa y de sol que se movían con luz propia y a cámara lenta en la penumbra y que, cuando chocaban unas con otras, adquirían por momentos mayor velocidad y estallaban en cientos de nuevas notas musicales que seguían el endiablado curso de la música y explotaban de nuevo al impactar entre ellas. Y así, hasta que todo quedaba iluminado por una cegadora luz blanca que se iba desvaneciendo a medida que dejaba de vibrar en el interior del templo aquella intrincada fuga de Bach. Yo era su alumno mimado porque era bueno en lengua y literatura francesa y además era el solista del coro que él dirigía y cantaba el *Adeste Fideles* durante la Misa de Gallo,

hasta que rompí la voz y fui olvidado, sustituido sin contemplaciones por un nuevo y odioso «Pablito Calvo».

En aquellos tristes inviernos, Hergé resultaba de gran ayuda. Recuerdo la primera vez que mi padre trajo un libro de Tintín. Era *El tesoro de Rakhman el rojo*, en catalán. Era domingo, porque lo adquirió tras pasar por Casa Pastor y comprar, como solía los días de fiesta, papelinas de quisquillas, percebes, cañaíllas e incluso angulas, pues en aquella época no alcanzaban aún precios desorbitados. Los libros de Tintín me hacían soñar con historias que ocurrían en lugares lejanos y nombres que resonaban en el oído, como el del barco *Kaboudjian*. No sentía excesiva simpatía por Tintín, el protagonista, ni tampoco por aquel par de tontos detectives gemelos, pero sí por el capitán Haddock. Los secundarios me gustaban: el profesor Tornasol y La Castafiore, con sus dos adláteres, la fiel doncella Norma y el pianista Wagner. Me gustaban también otros personajes de menor importancia, como el coronel Alcázar, el lanzador de cuchillos, que me erotizaba tempranamente, o Rastapopoulos el malvado armador griego admirador de la Castafiore. Hergé, que al principio flirteó con las ideas racistas, como en *Tintín en el Congo*, con el tiempo fue cambiando. Sin ser nunca cruel con sus personajes, el del carnicero *Monsieur* Sanzot denotaba una mirada burlona sobre cierta clase media. Abdallah, el malcriado e indomable príncipe árabe, estaba muy bien conseguido y, años más tarde, me recordaría a mi amigo afgano el pintor Farid Nawabi. Las imágenes de Hergé eran soberbias. Recuerdo los encuadres recortados de pies bajando escaleras, o las vistas en contrapicado. También las de los coches con los faros encendidos que lanzaban definidos haces de luz en la oscuridad. A pesar de ser un dibujante, Hergé sería una gran influencia en mis fotografías, al igual que Bernard Plossu. Describía con maestría el ambiente de las calles de China, de Sudamérica o del mundo árabe, que con el tiempo reencontraría fugazmente ya fuera en Calcuta, Adén o en Shanghai, provocándome una gran sonrisa.



Con mi primo Josep Querol en el mirador de El Golfet

Poco después vendrían las lecturas de los libros de Sommerset Maugham que mis padres tenían en la biblioteca. Me inquietaban aquellas historias de amores clandestinos y desgraciados ambientadas en plantaciones de Indonesia o en lugares remotos. No sabía entonces que muchas habían sido llevadas a la pantalla y que me intrigarían unos años después, como *La carta*, en la que Bette Davis se enfrenta a una misteriosa dama china por un amante, o *La lluvia*, en la que una mujer de vida alegre, como se decía entonces, se queda atrapada durante una epidemia de cólera en una isla de los mares del sur en compañía de un misionero con el que establece una relación de confrontación y alta tensión sexual. Aquellas historias y las poderosas imágenes de sombras en contrastado blanco y negro quedarían almacenadas en mi retina.

Una mañana me entretuve caminando, un pie tras otro, por el bordillo de la acera. «Si logro llegar hasta la próxima calle sin caer», me decía, «me esforzaré en creer todo lo que cuentan los curas. Si no lo consigo, dejaré de creer en Dios para siempre.» Resbalé, aun cuando en otras ocasiones había aprobado las matemáticas o la física porque había conseguido avanzar hasta el colegio sin caer del bordillo, o llegado al portal, corriendo escaleras abajo, antes que el ascensor.

Aunque los ensañamientos en el colegio fueron debilitándose a

medida que pasaban aquellos interminables años, decidí no destacar en nada, la mejor manera de sobrevivir en un entorno hostil. En la clase de geografía, mi asignatura favorita y en la que sobresalía, nos ponían a todos en fila y el profesor lanzaba preguntas que debían ser contestadas por el que estaba en la primera posición y, si no sabía la respuesta, lo debía hacer el segundo, y así sucesivamente. Quien daba la contestación correcta adelantaba a los alumnos que habían fallado. Al final de la clase, el profesor puntuaba según el puesto en que te habías quedado. Yo sabía que causaba envidia entre mis compañeros, y un buen día se me ocurrió susurrar las respuestas al que tenía en ese momento delante: «¡Ulan Bator es la capital de Mongolia!», o «¡El Amur Daria desemboca en el mar de Aral!». De modo que procuraba no quedar entre los cinco primeros.

Gracias a mi nueva táctica, los energúmenos que se cebaban conmigo acabaron por dejarme en paz. Años más tarde, hablando con antiguos compañeros del colegio, me sorprendió que sus recuerdos fueran tan dispares de los míos. Lo que para mí fue un infierno demasiado largo, para muchos de ellos fueron tiempos felices que rememoraban con cariño. Incluso algunos que solían ensañarse conmigo durante los primeros años me recordaban con afecto, aunque decían que nunca participaba en los partidos de fútbol ni en los juegos de equipo, que solo me interesaban los animales y que siempre andaba ensimismado. Yo era un raro. Un poeta, me contarían años después.

En las fotos de final de curso, que me mostró hace poco un compañero del colegio pues yo nunca quise conservarlas, siempre aparezco taciturno en un extremo de la última fila, con la mirada perdida y ajeno al grupo. Marcando quizá mi territorio. Este compañero tenía un álbum completo de fotos del colegio. En una de ellas se veía el inmenso patio central, con toda suerte de aparatos gimnásticos, potro, plinton o espalderas, y una multitud de alumnos en chándal, que entonces llamábamos «mono», en perfecta formación, custodiados por sacerdotes con sotanas negras y profesores de formación física, que solían ser todos falangistas. La imagen parecía carcelaria o militar. Niños entrenados como animales de circo. Solo faltaba que nos hicieran pasar por un aro en llamas.

Otras fotografías mostraban equipos de fútbol posando en la formación característica, todos con cara de felicidad, o alumnos realizando acrobacias sobre las barras paralelas, colgados de las anillas, trepando por cuerdas con nudos, sorteando obstáculos o mofándose de un patoso, que bien podría haber sido yo, que chocaba con el potro en vez de superarlo grácilmente como hacían los siempre sonrientes y preferidos alumnos de la clase. Examinando aquel álbum, me topé con el museo de ciencias, que en mi recuerdo resultaba menos imponente, pues había olvidado que incluso había un elefante,

un avestruz y un amenazante oso, además de antílopes y otros pobres animales abatidos y disecados con el único fin de satisfacer la curiosidad de los burgueses de la metrópoli. Me resultó curioso, pues yo creía que mi memoria, deformada por el paso de los años, tendía a la exageración, y resulta que lo que recordaba como un aula de ciencias era en realidad un verdadero museo. En el álbum aparecían también algunos profesores que, como supe más tarde, habían sido represaliados por el franquismo. Puse de nuevo rostro a García Tulsà, el profesor de geografía e historia, que me hacía soñar con sus coloridos relatos de Mongolia o Zanzíbar y a quien nunca tuve ocasión de decirle lo importante que había sido para mi formación, pues su entusiasmo me contagió y sin duda alimentó mi impulso nómada. Un antiguo compañero me explicó que aquel hombre había sido catedrático durante la República y tras la guerra fue represaliado y tuvo que dedicarse a la enseñanza primaria. Era un gran liberal, en el sentido amplio del término. Recuerdo que había un alumno que no paraba de toquetearse, y él, en vez de reñirle o castigarle o humillarle en público, como hacían los curas que le acusaban de masturbarse delante de todos, pronunciaba su nombre con cariño y le hacía muecas divertidas de complicidad.

Observando aquellas fotos, recordé a curas olvidados. El padre D, que acabó liándose con una rica viuda madre de un alumno y colgó los hábitos; el padre G, campechano y *bon vivant*, que una noche nos llevó al Barrio Chino para que viéramos a las prostitutas en las esquinas, pues había llegado el momento de que conociéramos el mundo real; el padre F, bajito, de pequeños dientes negros y aliento fétido, que se aprovechaba de tenernos entonces a su merced para hacernos cosquillas y furtivos tocamientos entre las piernas; o un cura amargado, cuyo nombre he olvidado, que solo esperaba la muerte para liberarse de este mundo pecaminoso y nos atormentaba con los terribles castigos divinos que nos esperaban, porque todos nosotros, aseguraba, íbamos sin duda para grandes pecadores. En cambio, por más que busqué entre las fotos, no pude distinguir a aquel joven cura tan temeroso de la homosexualidad que, hincado de rodillas ante el sagrario, nos amenazó con el fuego eterno al grupo de alumnos que él creía que íbamos para «maricones» y a quien años más tarde vi en Las Ramblas en busca de hombres.

Casi seis décadas después, el compañero que me mostró la colección de fotografías me dijo que yo era tan solitario y extraño que a veces les asustaba y, como ejemplo, me contó una anécdota ocurrida un día de Navidades en que le invité junto a otros compañeros de clase a pasar una tarde en mi casa. Al parecer, todo fue bien hasta que comencé a arrancar las bolas de cristal del abeto y a explotarlas en el suelo con los pies. Luego, como si no tuviera bastante, las apretaba

con las manos clavándome los pedazos rotos. Asustados por mi incomprensible comportamiento, mis amigos se quedaron estupefactos, contemplando cómo acababa con toda aquella decoración navideña que me resultaba odiosa. Yo apenas recordaba el suceso, como tampoco el castigo que debí de recibir, aunque es posible que, al ver mis manos ensangrentadas, en casa optaran por no reprenderme.

Cuando estalló la guerra de los Seis Días, comencé por primera vez a leer los periódicos de la tarde. Dejé de hacer chiquilladas, de llamar a los timbres de las casas y echar a correr, de quitar el trole al tranvía en las paradas y observar, a distancia prudencial, cómo salía el conductor malhumorado, o de orinar desde el balcón sobre la gente cuando llovía. Mis simpatías estaban con Egipto, y me atrapaban las imágenes de los noticieros sobre El Cairo, que mostraban una bellísima ciudad moderna, con jardines junto al Nilo y un ensanche de gran valor arquitectónico. En el NO-DO, Nasser, desde la plaza Saad Zagloul de Alejandría, arengaba a las masas de un país que despertaba de una larga noche de humillación y que, por primera vez en siglos, era gobernado por un verdadero egipcio, ya que la monarquía abolida era de origen turco, al igual que el albanés Mohamed Ali, fundador del Egipto moderno, o las dinastías de los mamelucos al servicio de la Sublime Puerta.

Mientras el rais se convertía en el líder del mundo árabe, en el *Paris Match* de la abuela se veía al orondo rey Faruk, el destronado rey de Egipto, rodeado de *starlettes*, arrastrando su exilio dorado por la Via Venetto, donde acabó muriendo de un atracón.

Aquel junio de 1967, durante la guerra de los Seis Días, a la hora del postre en el comedor del colegio, cuando por fin los curas nos permitían hablar, discutíamos sobre la guerra. El profesor de Formación del Espíritu Nacional, un hombre con bigotillo y la insignia del yugo y las flechas en el ojal, afirmaba con vehemencia que tanto el rais de Egipto como Fidel Castro eran seguidores de las ideas falangistas de José Antonio. Muchos compañeros reproducían las opiniones de sus mayores. Los de las familias franquistas mostraban un antijudaísmo nato. Otros se mostraban a favor de Israel, por el apoyo de Estados Unidos o por el horror del Holocausto. En mi caso, yo no opinaba como mi padre, que daba rienda suelta a los prejuicios antiárabes aprendidos en Larache cuando estaba en la Legión. Él siempre estuvo a favor de los estadounidenses; decía que los franceses eran unos pusilánimes con pretensiones y que los británicos y los americanos les habían sacado dos veces las castañas del fuego en un mismo siglo y que, por mucha cultura que tuvieran, los «franchutes» siempre acababan bajándose los pantalones ante los alemanes. En

cuanto a los italianos, opinaba que eran unos cantamañanas y que cuando las cosas venían mal dadas acababan siempre por cambiar de bando. Mi padre solía mostrar el recelo hacia la cultura que a veces siente el hombre hecho a sí mismo. En el fondo, albergaba cierto resentimiento porque, por las circunstancias políticas de la época, a diferencia de su hermano Joan, no pudo completar los estudios.

Yo discutía tanto con él como con mis amigos. De manera instintiva, me puse enseguida a favor de Egipto y de los palestinos. Resultaba difícil discutir con mi padre, que exclamaba exasperado: «¡No sé a quién habrá salido este niño!», y mi abuela, una vez más, metía baza asegurando que mi pobre hermano Jose María nunca habría alzado la voz a mi padre.

Me chocaba la falta de criterio propio de algunos compañeros que no se atrevían a poner en duda el de sus padres. Tras una generalización o un comentario lleno de prejuicios, se adivinaba la huella de los progenitores. El *Sistema* parecía funcionar a la perfección. Pero quienes crecimos solitarios, o fuimos tocados por el espíritu de la contradicción, nunca nos conformábamos con las opiniones de los mayores sin ponerlas en entredicho.

Algunos días, hacía novillos en el colegio con algún compañero y tomábamos el metro, que en unas pocas estaciones nos escupía de los barrios seguros y confortables al corazón de las Ramblas, donde comenzaban las «peligrosas» calles del Barrio Chino. En las esquinas de aquel mundo prohibido se apostaban, eterno cigarrillo en boca, mujeres de mediana edad, de pechos exuberantes, embutidas en faldas y jerséis de tallas inferiores, esperando a hombres de bigote o marineros con los que se metían en oscuros y sucios portales. Las estrechas calles eran un ir y venir de mozos con delantales azules que tiraban de carretas, amas de casa con la cesta de la compra, «moros», prostitutas, travestis, «negros», marinos americanos, «gentes de mal vivir», legionarios y niños que jugaban a la pelota ajenos a borrachos y chiflados que renegaban a grito pelado o increpaban a los viandantes. Los letreros que colgaban de los balcones anunciaban gomas, lavados y remedios para la sífilis y la gonorrea. Sentíamos que en aquellas calles del llamado «Chino», que olían a orines, ropa mojada, refritos, perfumes baratos y a lejía, lejos de los algodones de los barrios altos, existía la vida. Una vida auténtica que imaginaba parecida a la de las calles populares de Marsella, Nápoles o Alejandría.

Me gustaba leer en el periódico de la tarde los sucesos de aquel barrio remoto que en realidad estaba tan solo a unas pocas paradas de metro. Hallazgos de alijos de grifa o kif, como se llamaba en aquella época a la marihuana, reyertas entre clanes gitanos, trifulcas entre marineros y proxenetas locales o cuerpos acuchillados en oscuras

pensiones. En la contraportada del Noticiero Universal se anunciaban las misteriosas Coccinelle y Peki D'Oslo, con sus bocas siempre entreabiertas, parapetadas tras un abanico de plumas de avestruz. Actuaban en el Panam's de la Rambla o en el New York de la calle Escudellers. Años más tarde sabría que no se trataba de verdaderas mujeres, sino que eran hombres operados en la misteriosa ciudad de Casablanca. Peki D'Oslo, descubierta por Dalí y rebautizada como Amanda Lear, se convertiría en la musa del pintor y de Roxy Music, antes de emprender una irregular carrera como cantante de *disco glam*. A los ojos de un niño de colegio de pago, como se decía entonces, todo tenía un aire de irresistible misterio y de aventura. Otro mundo.

5

¡AHORA! ¡AHORA!

A mediados de aquellas interminables vacaciones de entonces, dejábamos por dos semanas Villa Rosa para trasladarnos a una casa de pescadores de Calella de Palafrugell, aquel pueblo ampurdanés de casitas blancas que se extendía entre calas de aguas azules. Cada verano, mi padre conseguía que pasáramos más días junto al mar, hasta que llegó el momento en que su mejorada posición económica le permitió imponer su autoridad sobre la abuela. A principios de los sesenta compró la tan anhelada casa junto a la playa y abandonamos para siempre el ambiente pacato y asfixiante del pueblo del interior. Aquellos veraneos tan convencionales en la montaña, con sus excursiones, chocolatadas y fiestas de disfraces a mi padre no le hacían feliz. Él era un hombre de acción. Se había criado en Cervera, en Lleida, y siempre me decía que la vida de pueblo había sido una bendición. Con un pedazo de pan y una tableta de chocolate se iba con sus amigos y montaban en burro, se bañaban desnudos en el río y cazaban conejos. Amaba la libertad y el mar.

Recuerdo la felicidad que me embargaba cuando dejábamos El Figaró y, tras varias horas de coche, en aquella época sin autopistas, llegábamos a un campo de olivos protegido de la tramontana por altos cipreses. Las chumberas en flor bordeaban la carretera y el cielo era de un azul intenso. Entonces, como cada año, mi padre aminoraba la velocidad esperando nuestra orden: «¡Ahora!, ¡ahora!», gritábamos, y él repetía aquel ritual que tan felices nos hacía. Pisaba a fondo el acelerador y, tras el esperado cambio de rasante, el automóvil daba un salto y, durante largos y maravillosos segundos, reíamos como locos volando hacia la inmensidad de un mar surcado de ríos plateados que confluían en un horizonte roto por unos rojos islotes de granito arrojados por un cíclope enfurecido.

Con mi hermana Montse, Calella de Palafrugell, 1962

Aquella visión anunciaba lo que nos esperaba durante dos largos meses, liberados ya de la obligación de consumirnos en Villa Rosa. Baños en aguas cristalinas contemplando erizos y estrellas de mar, anémonas de tentáculos brillantes y actinias de un rojo intenso pegadas a la roca. Me aguardaban jornadas de pesca con mi padre hasta llegar a las Illes Medes, donde veíamos tortugas y peces luna.

A veces surgían del mar peces voladores que nos escoltaban durante un buen rato. Me gustaba encaramarme al promontorio de una playa, de aguas increíblemente azules, donde había un poblado íbero desde el que se divisaba un palacete de estilo toscano cerca de la villa donde Truman Capote estaría escribiendo, entonces, varios capítulos de *A sangre fría*.

Me fascinaban las historias de piratas y contrabandistas que contaba un pescador de Palamós, amigo de mi padre, apodado Spyridion, que, como todos los de su gremio, aseguraba haber asistido a las interminables noches de farra de Ava Gardner cuando rodó *Pandora* en aquella costa. No sé de dónde habrían sacado el apodo. Quizá de las películas *Zorba el griego* o de *Nunca en domingo*, ambas rodadas en Grecia y que por aquel entonces estaban de moda.

Aquellos veranos eran un luminoso paréntesis. Desaparecían los terrores nocturnos y las visiones que me provocaban las historias del pasado oscuro de Villa Rosa donde todo me hablaba de la tragedia de la guerra. Quedaba además muy lejos el siniestro colegio de curas y

olvidaba por un tiempo el temor a descubrir una sexualidad considerada como vergüenza y oprobio cuando no enfermedad o incluso delito. Era como si el cálido sol de mediodía penetrara por fin en una estancia húmeda y malsana. Allí, por fin, gozaba de una tregua.

Décadas después, un amigo psiquiatra me contaría que aquellas visiones y la parálisis que me atenazaban en el duermevela estaban tipificadas en la literatura médica. Eran los episodios conocidos como parálisis del sueño y las llamadas alucinaciones hipnagógicas, que afectan a menos de cinco personas por cada mil y a veces parecen tan reales que quienes las sufren creen haber sido visitados por criaturas terroríficas. Un fenómeno que daría pie a la creencia romántica en los íncubos y súcubos, demonios masculinos y femeninos, que se posaban en el pecho del durmiente durante el sueño y mantenían en ocasiones relaciones sexuales que llevaban al extremo agotamiento o incluso a la muerte. Escenas pintadas con dramatismo por Henry Fuseli, pintor inglés de origen suizo, interesado, como Goya, en lo irracional y reivindicado casi un siglo después por los surrealistas.

Aquel era otro mundo. Por las noches, mis padres siempre salían, y mi hermana Rosa y yo desafiábamos la vigilancia de la abuela saltando por la ventana. Nos quedábamos con los amigos, hasta las tantas, tendidos entre las barcas varadas en la arena, fumando cigarrillos Bisonte a escondidas y escuchando música de un local a pie de playa llamado La Guitarra, donde tocaba jazz Jimmy Renna, del Hot Club de France. Atisbando entre las rendijas de caña, veíamos «extranjeras» sofisticadas, con el pelo crepado a lo Brigitte Bardot, que fumaban Kent o cigarrillos mentolados Kool y seguían el ritmo de *What I'd say* o *Take Five* chasqueando los dedos. Avanzada la noche, salían corriendo hacia el mar y, entre risas, se iban quitando la ropa para acabar casi desnudas chapoteando en el agua y salpicándose entre sí. En El Figaró, el bikini era pecaminoso, pero allí, junto al mar, las reglas eran otras y el mundo, dijera lo que dijera la abuela, no se hundía. ¡Qué lejos quedaba, además, la prisión del colegio y su mundo oscuro e intolerante!

Rosa y sus amigas, al igual que las chicas modernas de media Europa, comenzaron a inspirarse en Brigitte Bardot, y ante el estupor de los padres, que la encontraban vulgar y descarada, imitaban a la actriz francesa que unos pocos años antes del *Swinging London* anunciaba los nuevos tiempos. Con su actitud desinhibida desafiaba la ramplonería de la época. Destilaba sexualidad y frescura.

Mi hermana y su grupo hacían *parties*. Se bailaba canción italiana, los primerísimos Beatles o la música que llegaba de Estados Unidos, como el *jerk* y el *madison*. Un verano se puso de moda Françoise

Hardy. En la portada de su disco se veía a una joven de grandes ojos con un peinado liso, que le cubría la frente y acentuaba su languidez, que sería copiado por todas las jóvenes *à la page* y que conseguiría deshinchar los crepados «Bardot» del año anterior. Era distinta, tenía un aire intelectual. Leía con toda probabilidad a Camus o a Beauvoir. En la foto de *Tous les garçons et les filles* aparecía con un paraguas y yo la encontraba terriblemente parisina porque en las películas francesas siempre llovía y se veía la ciudad a través de la luna de los automóviles con los parabrisas a todo meter tratando de apartar la enfurecida lluvia. Nadie como ella captaba el *Angst* de las adolescentes. Hace poco, volví a oír su nostálgica *Le temps de l'amour*, y de pronto aquella letra, que en su tiempo me pareció intrascendente, en su voz susurrante, se me reveló como un conciso poema sobre el paso del tiempo y la fugacidad de la juventud.

C'est le temps de l'amour
Le temps des copains
Et de l'aventure
Quand le temps va et vient
On ne pense à rien
Malgré ses blessures
Car le temps de l'amour
C'est long et c'est court
Ça dure toujours
On s'en souvient[1]

A pesar de que las amigas de Rosa, y su montón de moscardones, me llevaran apenas unos años, yo las consideraba unas antiguas y prefería los grupos ingleses como los Who, los Pretty Things y sobre todo los Kinks.

En aquel pueblo veraneaban compositores, artistas y escritores como Xavier Montsalvatge, Rosa Pla, hermana del escritor, o Frederic Mompou. Todos siempre cariñosos conmigo. Se les añadían Victoria de los Ángeles y Alicia de Larrocha, que a menudo pasaban unos días en la casa de alguno de ellos. Se bañaban frente al club de jazz La Guitarra, en la playa del Canadell. Mi padre los consideraba unos «*llaunes i lletraferits*», latosos y letraheridos, pero mi madre estaba encantada y frecuentaba sus tertulias en la playa. Entre baño y baño, yo disfrutaba escuchando aquellas conversaciones. La coqueta villa de Montsalvatge me gustaba por sus muebles de barco. En la elegante casa que había sido de la hermana de Josep Pla, con el jardín colgado sobre el Mediterráneo, Frederic Mompou ensayaba incansable en el piano del violinista Xavier Turull. Con mi amiga Yvette Montsalvatge, hija del compositor, permanecíamos agazapados tras un mueble

escuchándole embelesados tocar su *Música Callada*.

Calella de Palafrugell en los años cincuenta

En la playa del Canadell conocí a Marta y a Mireia Sentís e intimamos enseguida. Vivían en París, donde su padre era corresponsal de *La Vanguardia*, y la familia aparecía cada verano en el pueblo tras atravesar toda Francia por la peligrosa National 7. Su llegada traía un soplo de aire fresco y moderno. Carlos Sentís contaba anécdotas de personajes del mundo intelectual y de la farándula de la capital francesa que nosotros, en el mejor de los casos, tan solo habíamos visto en la *Gaceta Ilustrada, Paris Match* o *Destino*, las

revistas que, junto a *La Codorniz*, traía mi padre a casa.

* * *

En un extremo de Calella se levantaba, rodeado de un jardín frondoso, el castillo del coronel zarista Nicolai Woevodsky, aristócrata huido de la Revolución de Octubre, y de su esposa, Dorothy Webster, la última amante de Lord Carnarvon, el mecenas que financió la excavación de la tumba de Tutankamón y que moriría en el hotel Savoy de El Cairo de una septicemia. Los tabloides de la época no tardaron en hacerse eco de su muerte, atribuyéndola a la supuesta maldición del faraón adolescente que en unos pocos años se cobró la vida de quienes osaron profanar su tumba.

En aquel lugar privilegiado, sobre rocas de granito rojo y entre pinos de acuarela oriental, que dominaba una cala profunda y transparente, Dorothy creó unos jardines de ensueño. Se bañaba desnuda con sus invitadas en una piscina natural en la roca, que sigue recibiendo el nombre de «*la banyera de la rusa*». En el pueblo corrían las más diversas habladurías sobre la excentricidad y libertad de costumbres de la pareja. Parecían dos personajes de Scott Fitzgerald. Aún me parece verla en el embarcadero, rodeada siempre de bellas mujeres y de sus dos mastines que, cuando envejeció, tiraban de ella cuesta arriba. Spyridion, el marinero, le contaba, con sonrisa pícara, a mi padre, cómo solía acercarse a remo con otros pescadores para observar en secreto los cuerpos relucientes y desnudos de aquellas nórdicas que le parecían diosas, que cuando divisaban a los intrusos reían y se tiraban al agua.

Mi amiga Marta solía visitarles con sus padres cuando salían en barca, y recuerda que cada mediodía un mayordomo vestido de uniforme con botones dorados, acompañado por dos empleadas de negro con cofia y delantal blanco, descendían por la sinuosa escalera del acantilado cargados con botellas de *champagne* y cestas de picnic. Un día uno de los imponentes mastines de Dorothy mordió a su madre, a la que por suerte no le arrancó un pedazo de carne pues llevaba uno de esos trajes de baño Jantzen de la época, de resistente nailon de punto. La jornada acabó en el hospital de Palamós donde la señora Sentís recibió una inyección antirrábica amén de una importante sutura. «*Ma chère*» le dijo Dorothy. «*Je suis desolée! Vous aurez besoin d'un autre maillot*»[2] a lo que la madre de Marta, replicó: «*D'un maillot de bain vous dites? Plutôt d'un autre derrière!*».[3]

El coronel Woevodsky era más reservado. Se paseaba a menudo por Calella con su gorra calada montado en un asno. No hablaba con nadie y resultaba un personaje misterioso con cierto parecido a Igor Stravinsky. Él y su mujer erigieron en pleno siglo XX, en aquel pueblo

marinero, un castillo gótico-renacentista a lo Viollet-Le-Duc, de estilo ecléctico y dudoso gusto, decorado con valiosos muebles, terciopelos y telas florentinas no siempre conjuntados en armonía.

Otros personajes del *grand monde*, huidos de Capri o de la Costa Azul, lugares que ya entonces encontraban demasiado explotados y acaso demasiado caros, pasaron un tiempo o se establecieron en el litoral del Empordà, que Josep Pla bautizó como Costa Brava. Los lugareños siempre fueron muy tolerantes en cuestiones relativas al sexo o las juergas y jamás se oían comentarios despectivos.

En la playa, junto a La Guitarra, Carlos Sentís recordaba a menudo el famoso accidente en el cercano pueblo de Albons, cuando el Rolls Royce del príncipe georgiano Alexis Mdivani, recién divorciado de la multimillonaria Barbara Hutton, dio varias vueltas de campana antes de estrellarse. El príncipe, que había pasado una temporada en la casa de Palamós de su cuñado, el pintor Josep Maria Sert, murió al instante decapitado por la luna delantera, y su acompañante, descrita como una mujer rubia, aristocrática y elegante, salió despedida por la ventana.

Cuando despertó en una clínica de Girona, se identificó como la baronesa húngara Maud von Thyssen, casada con el magnate Heinrich Thyssen-Bornemisza, padre del homónimo barón y marido, décadas después, de Tita Cervera. La prensa sensacionalista de la época escribió que, mientras la esposa de Thyssen se entretenía con el príncipe *playboy*, su marido se encontraba en Berlín dedicando todas sus energías a fabricar armas para Adolf Hitler. Se habló de un revólver de oro, de un maletín de piel de cocodrilo que contenía joyas valiosas y divisas que jamás se encontraron, e incluso de una ametralladora. Salvador Dalí, que pasaba unos días en casa de Sert, firmó como testigo el acta de defunción.

Se extendieron los más pintorescos rumores sobre el contenido del maletín y su destino. Hay quien afirma que fue robado por personas del pueblo; otros, que la misma Gestapo se presentó en Albons para recuperar las joyas, algunas relacionadas, según las mentes más fantasiosas, nada menos que con el Santo Grial, que tanto obsesionaba a los nazis. El mismísimo Himmler, brazo derecho del Führer, visitaba por aquel entonces la montaña de Montserrat, que para los nazis tenía un aspecto esotérico relacionado con sus teorías arias, y donde creían que se hallaba el cáliz de la Última Cena, en el que, tras la crucifixión, José de Arimatea recogió la sangre de Cristo.

* * *

En el otro extremo de Calella se alzaba un antiguo torreón de vigía que defendió el territorio de las incursiones de los piratas de Berbería,

cuyas fechorías narraban todavía los viejos del lugar. Allí vivía una familia, con dos niñas de tez muy blanca, labios rojos y cabello negro, rodeada de viejos libros dispuestos en una biblioteca que, en mi recuerdo, seguía, en espiral, el contorno interno de una torre que se elevaba hacia una claraboya inalcanzable. A Marta y a mí nos gustaba visitar a aquella familia y sentarnos con las niñas en el jardín mediterráneo y silvestre.

Mi imaginación se desbordaba con lo que me contaba, con voz grave y afectuosa, un profesor jubilado de rasgos rectos, ojos inquietos y barba cerrada de pescador griego, con quien coincidía a veces en el mirador sobre el mar junto al torreón. Desde el banco de piedra cubierto de líquenes yo soñaba con la otra orilla, con ciudades fabulosas, con sus cúpulas, alminares y zocos, con sus camellos y, ¿por qué no?, también elefantes.

Más allá de las Illes Formigues, se extendían otros ríos plateados que conducían a las costas de Berbería, refugio de piratas y renegados. Aquel hombre me habló de una batalla naval junto a aquellas islas de granito en la que el almogávar Roger de Llúria hizo colocar dos fanales encendidos en cada galera para que, en la oscuridad, la escuadra aparentara ser el doble de grande. Con astucia, los catalano-aragoneses vencieron a la muy superior flota de franceses y genoveses embistiendo las naves con los espolones de bronce de sus proas y lanzando una lluvia de flechas con las ballestas. Me maravillaba que, junto a aquellos solitarios islotes de roca granate, en los que corrían incansables los cangrejos, refugio de cormoranes y con grandes fondos de posidonias, se hubiera librado tan cruenta batalla. El profesor jubilado me enseñó a distinguir los vientos y sus nombres. El *gregal*, que venía de la palabra *grec*, «griego», en catalán; el *garbí*, que entraba de lleno en las calas arrastrando posidonias y algas, que procedía de la palabra árabe *gharb*, que significa «occidental»; el *xaloc*, del árabe *shaluq*, referente a la salida del sol, y la tramontana, que en Calella no entraba y daba una falsa sensación de placidez, pero que a unas decenas de metros de la costa alzaba olas peligrosas que podían arrastrar a las pequeñas embarcaciones a la deriva, según aseguraban los ancianos, hasta las costas de Argel.

Me habló también de las razias de los berberiscos que robaban las tinajas de aceite y grano de los campesinos y se llevaban a mujeres y jóvenes de ambos sexos a los que jamás volvían a ver y que eran vendidos como esclavos en los puertos del norte de África. Él estaba investigando sobre los renegados, los forajidos cristianos que abrazaron el islam y se convirtieron en los piratas más despiadados. Al parecer sus descendientes vivían cerca de Rabat, y algún día pensaba viajar allí para buscarlos. Yo le decía que lo acompañaría y él me despeinaba y me besaba en la frente. Entonces sentía aquel fuerte olor

masculino con pinceladas de hinojo silvestre apenas disimulado por la loción Floïd.

Recuerdo a dos esbeltas alemanas que vivían su íntima relación ante el respeto de todo el pueblo. Habían rehabilitado un garaje para barcas y yo pasaba horas con ellas porque tenían libros de fotografías de África y de la India. Me impresionó en particular uno, en blanco y negro, con los sorprendentes peinados esculturales de las diferentes tribus del Congo. También el de las máscaras tribales de Costa de Marfil.

A menudo, desde la puerta a pie de playa se veía a las mujeres de los pescadores remendando larguísimas redes mientras cantaban. ¡Ojalá pudiera acordarme de las letras! Las que sí recuerdo en cambio son las de los pescadores en la taberna del pueblo o en la playa del Port Bo. Habaneras interpretadas en castellano con fuerte acento del Empordà, que hablaban de la nostalgia de Cuba, donde muchos ampurdaneses de generaciones anteriores habían emigrado en busca de fortuna. La influencia de los indianos retornados del Caribe seguía muy viva. Décadas más tarde, en La Habana visité casas cuya arquitectura, decoración y, sobre todo, las vidrieras de colores sobre puertas y ventanas me transportaron a idénticas viviendas de Begur o Palafrugell visitadas en mi infancia.

En Calella se bebía *cremat*, de claro origen cubano, a base de ron, café, piel de limón y canela en recipientes de barro. Años más tarde, cuando todos los grandes cantantes de habaneras, como Pepet Gilet, habían muerto, se institucionalizaron las *Cantades d'havaneres*. Pero ya no era una música viva. Había dejado de cantarse en la playa sobre la arena o en la recién desaparecida taberna del pueblo, para hacerse sobre un estrado con intérpretes que no eran pescadores. Como dijo Frantz Fanon: «El folklore es la misa de difuntos de una cultura».

Desde aquel lugar maravilloso junto al mar, el pueblo del interior de *l'àvia* Rosa se veía aún más anticuado, perteneciente a otro país y a otra época. Calella era un lugar cosmopolita y pronto hice amigos, muchos de ellos franceses. Se acabaron *La conga, El chacachá del tren* y aquellas canciones ramplonas, «*carrinclones*», como decía mi padre, del casino del pueblo de montaña. Por primera vez oí a Ray Charles y a los Rolling Stones de Brian Jones. También a Brassens y a Juliette Gréco. Por fin podía respirar. Era un estallido de vida y libertad que duraba lo que las vacaciones, antes de la inmersión en la realidad castradora del colegio de curas, a los que con el tiempo aprendí a torear.

Marta y yo éramos unos «rebeldes sin causa», reía mi padre. Mi abuela le cogió una gran manía porque un día abrió la nevera sin permiso y se comió un espárrago, y aquello lo recordaría para

siempre. Con el tiempo, incluso mi padre alentaba a Marta para que cogiera cosas de la nevera y que la abuela cayera en la trampa. Airada, le preguntaba: «*Nena, que no et donen de menjar a casa teva*?» (Niña, ¿acaso no te dan de comer en tu casa?).

Mi amiga y yo pasamos un verano entero escuchando *Aftermath*, de los Stones, en un tocadiscos de plástico con monedas sobre la aguja para que no saltara sobre el disco, deformado por el sol. Nos sabíamos todos los temas de memoria. *Goin' home*, un atrevido blues de once minutos donde Mick Jagger desplegaba sus instintos lúbricos sobre un fondo de guitarras descontroladas de Keith Richards y golpes de la armónica suplicante de Brian Jones. Me gustaba aquella manera de cantar descarada e insolente que nos transportaba, extasiados, a las peligrosas madrugadas de Nueva York. Madrugadas que naturalmente desconocíamos y que tomábamos prestadas de nuestro imaginario particular, mezcla de cine negro y de las fotos de las portadas de los Stones, tomadas por Gered Mankowitz, en oscuros callejones junto a escaleras de incendio, entre grandes cubos de basura revueltos por los gatos. Un decorado más propio para Charlie Mingus o John Coltrane, pero a mis trece años aún no había tenido acceso a su música. Una revisión posterior de aquellas fotografías me reveló que había fantaseado sobre ellas ya que no aparecían cubos de basura por ninguna parte, y menos derribados o revueltos por los felinos. Además, tampoco estaban tomadas en Nueva York sino en Londres.

«*Your laws don't apply to me*» (Vuestras leyes no rigen para mí), había dicho Keith Richards cuando lo detuvo la policía por posesión de drogas. Nosotros también queríamos ser distintos.

6

¡CONÉCTATE!, ¡SINTONIZA!, ¡LÁRGATE!

A los quince años conocí a Paco Escudé en Dublín, donde pasamos un verano aprendiendo inglés con familias irlandesas. Enseguida intimamos y descubrimos juntos el torbellino de los primeros sesenta. A Paco y a mí nos unía la música e intercambiábamos discos que nos asomaban a un mundo que estaba cambiando muy rápido. Las letras de Dylan, de los Byrds o de los Stones nos conectaban con el aire inconformista de los nuevos tiempos y con las inquietudes de otros jóvenes de todo el mundo que, como nosotros, ya no querían vivir en el universo asfixiante de nuestros mayores ni seguir sus normas. No estábamos solos y descubríamos que muchos adolescentes de otros países estaban pasando por la misma angustia vital. Los nuevos aires avanzaban rápido y con ellos iban quedando atrás convenciones y prejuicios. Queríamos romper de una vez las cadenas con que los curas y la familia nos intentaban amarrar. Nos negábamos a seguir un futuro programado. Además, ahora lo sabíamos, ¡Dios no existía! Queríamos dejar de ser obedientes hormigas y, como en la canción *Summertime*, «Desplegar las alas y volar».

Aquella explosión musical de los sesenta, y la insólita rebeldía que traía consigo, me ayudó a abrir la mente y a sobrellevar una adolescencia de noticiarios franquistas, ejercicios espirituales y misa diaria. Me marcaron tanto como unos pocos años antes lo hicieron los atlas, los libros de geografía y las películas de aventuras.

De noche en Dublín, con la radio bajo la almohada, escuchábamos Radio Caroline, la estación pirata que emitía desde un barco en el límite de las aguas territoriales del Reino Unido. Cada tarde acudíamos a escondidas al club Arthur o al Number Five, en un subterráneo a orillas del río Liffey, que nos recordaba las fotos que habíamos visto del Cavern de Liverpool. El portero hacía la vista gorda y dejaba entrar a tiernos adolescentes como nosotros. Tocaban músicos muy buenos que alternaban versiones de los Them, Yardbirds o Pretty Things con puro *rhythm and blues* y *soul* y yo disfrutaba como un loco cada vez que reconocía un oscuro tema de un LP de los Kinks

o de los Stones.

Todo el mundo quería ser diferente y los dublineses modernos se inspiraban en los londinenses que veían en el programa *Ready Steady Go*! o en *Top of the Pops*, con sus peinados atrevidos, vestidos *op art* o a lo *mod*, y bailes espasmódicos. Cada día el pinchadiscos anunciaba un *Ladies' Choice* y entonces las chicas elegían a sus acompañantes para la tanda de lentos *soul*. Paco tenía mucho éxito y acababa besuqueándose en la oscuridad. Yo me quedaba frío. No sentía el menor interés por aquellas jóvenes modernas, tampoco por ningún chico y menos aún por Paco, que siempre fue un hermano.

En el invierno siguiente buscaba en la biblioteca de casa los libros que, según el padre Calasanz, se encontraban en el *Índice*, la lista de las lecturas prohibidas por la Iglesia. Un día me topé con *Las criadas* de Jean Genet. Quien lo colocó en aquella estantería no sabía que estaba cometiendo un acto terrorista. Siempre me he preguntado cómo llegó allí, pues mis padres leían a Pearl S. Buck, Mika Waltari o a Daphne du Maurier. Aquella lectura fue la explosión. Las criadas que subvertían el orden social con crueldad suprema asestaban el primer ataque, y acaso el más demoledor que yo había leído, al sistema de vida burgués y su estrechez de miras. En las burlas de las criadas despechadas que se ponían los vestidos y las joyas de la señora e imitaban sus gestos, veía reflejado el mundo de mis mayores y de una sociedad atrapada en mezquinas convenciones y que se creía el centro del mundo.

Aquel libro acrecentó mis ganas de huida. Luego vinieron Herman Hesse, con su *Lobo estepario*; Lautréamont y sus cantos malditos; *Los monederos falsos* y *Los alimentos terrestres*, de Gide; Baudelaire y Edgar Allan Poe. Un día descubrí a Rimbaud y su atormentada relación con Verlaine y la posterior vida en el Cuerno de África y Adén, territorios que yo mismo recorrería años después. Al igual que los libros que de niño me fascinaron, como la colección *Razas del mundo* del Instituto Gallach o los de antiguas civilizaciones, la literatura que estaba descubriendo me cambió profundamente. También el cine que veía en las matinales de arte y ensayo del cine Publi o del Regina.

Pero sobre todo viví con intensidad la extraordinaria creatividad musical de aquellos años. Cada pocas semanas aparecía una obra maestra, o un nuevo grupo. Hendrix, el Pink Floyd de Syd Barrett, King Crimson, Soft Machine o el último de los Doors, que nos quitábamos de las manos como iniciados de alguna secta. Con aquellas lecturas y músicas que incitaban a la rebeldía, la vida me daba por fin un respiro.

Encontré un trabajo relacionado con aquella música que tanto me gustaba. Pinchaba discos en fiestas, eventos de barrio y los fines de

semana en una discoteca en el interior de una cueva de los alrededores de Barcelona. Ponía discos *soul* de *Stax Records* y también algo de *garage rock*, y un amigo manitas iluminaba la pista con un primitivo órgano de luces que había hecho él mismo. Un buen día acudió Miguel, comenzamos a hablar de música y nos hicimos amigos. Él funcionaba a impulsos. A veces se presentaba de improviso en Calella en su seiscientos trucado, hoy se diría «tuneado», y pasábamos uno o dos días por ahí bebiendo. Y yo, que todavía arrastraba una gran inseguridad, me preguntaba a menudo qué encontraba él en mí, siendo dos años menor que él.

Si con aquellos compañeros del colegio hacíamos frecuentes incursiones por el «Chino», con Miguel descubriría, apenas dos o tres años después, los antros de aquella Barcelona rodeada de un halo de misterio y frecuentada por personajes como Juan Goytisolo, o mi primo Jacinto, que pasaban noches enteras en oscuros garitos del puerto o en la montaña de Montjüic, donde había un poblado de chabolas gitanas con pequeños bares en los que se escuchaba flamenco.

A los dos nos gustaba perdernos en locales como Los Claveles o el Villa Rosa, que a mí me divertía porque el nombre de este último me recordaba la casa de mis primeros veranos. En el novelesco Salón Cádiz, pintado con atardeceres del trópico, una orquestina tocaba boleros y a menudo los marineros de la VI Flota, que dejó de acudir a Barcelona tras un atentado, se enzarzaban en peleas con algún proxeneta local y sillas y taburetes volaban por los aires. En una ocasión, un tipo malcarado llegó a empuñar una botella que rompió contra una mesa y entonces encendieron las luces y llamaron a la policía. A mí me sacaron por la puerta de atrás, ya que aún no había cumplido los dieciocho años. En aquellos locales del «Chino» tratábamos a toda costa de disimular que éramos de «*casa bona*». A veces advertíamos la presencia de algún fotógrafo, arquitecto, editora o escritor conocido de la llamada *Gauche divine* que «venían de safari» unas horas antes de regresar a Boccaccio para explicar sus encuentros fellinianos. Los juzgábamos con la condescendencia de la juventud, que por higiene mental debe criticar siempre a la generación precedente. Éramos todavía unos críos que desconocíamos la gran valía de muchos de ellos. Miguel y yo nos creíamos distintos, incluso un poco malditos; al fin y al cabo, habíamos leído *Las flores del mal* o *Los cantos de Maldoror*, aunque apenas los hubiéramos entendido.

Décadas más tarde, me vino a la memoria todo ello cuando el escritor Mohamed Chukri me contó que, durante la década de los cincuenta, artistas y escritores de todo el mundo acudían a Tánger como quien va al cine a ver películas de aventuras para ver saltar a los monos de árbol en árbol. ¡Y, para ellos, los monos eran los

marroquíes! Por asociación de ideas, me acordé de Manuel y nuestras incursiones en el «Chino» y pensé que por más distintos que nos creyéramos a los «viejos» de la *Gauche divine*, nosotros también habíamos acudido a los márgenes para ver saltar a los monos.

Mi primo Jacinto Esteva, «Cinto», filmó una secuencia muy interesante para su película *Lejos de los árboles* en el Copacabana, un local de transformistas escondido en un callejón de la Rambla. Un bailarín ataviado con un traje de faralaes hecho de periódicos bailaba una zambra. En la edición de la película no utilizó el sonido directo y en su lugar puso un fragmento de la *Pasión según San Juan* de Bach. El efecto era bello y turbador. Al final, el público prendía fuego al vestido de papel del bailarín que se convertía en una tea humana que sus compañeros se encargaban de apagar.

La Barcelona del «Chino» que descubría con Miguel conservaba aún destellos del aura de malditismo canalla de Jean Genet. Era la Barcelona donde John Lennon pasó el fin de semana, sobre el que tanto se ha especulado, con Brian Epstein. La última gran ciudad de Europa en la ruta hacia el sur, en la que se iniciaba la aventura como retrató Antonioni en *El reportero* no mucho después. Cómo olvidar la toma en picado de una Maria Schneider con los cabellos al viento en un descapotable sobre un fondo de ramas de frondosos plátanos que desfilaban a toda velocidad. Era la viva imagen de la búsqueda de libertad. Aquella carretera hacia el sur era la misma en la que, en el asiento trasero de un Bentley, Keith Richards y Anita Pallenberg, la novia de un Brian Jones que iba siempre demasiado colocado y la maltrataba, acabaron por enrollarse.

Recordaba las fotos de Jimi Hendrix, Marianne Faithfull y otros bohemios ataviados con abrigos afganos y fulares indios fumando pipas de kif en una terraza de Tánger que dominaba la casba, con el lejano fondo de las montañas de Tarifa. Había leído que Brian Jones había grabado con unos flautistas bereberes que tocaban una música atávica que me impresionó cuando la escuché. Tánger siempre había acogido a artistas y también a perdedores. Miguel y yo fantaseábamos de madrugada, dando tumbos por el callejón del Arco del Teatro tras beber unas cazallas, con un futuro viaje a la ciudad maldita del estrecho. Aquel mundo me atraía, al tiempo que me imponía respeto, porque los límites entre la fantasía y el exceso estaban desdibujados. Mucha gente valiosa se quedó en el camino.

Tanto con Miguel como con Paco, que se profesaban antipatía mutua y apenas coincidieron, quería dejarlo todo y partir sin billete de vuelta. Y, aunque con Paco habíamos participado en interminables reuniones clandestinas en casa de nuestro amigo Aniceto Císcar y acudido a manifestaciones antifranquistas, anhelábamos perdernos en Marruecos, Afganistán o la India. No pretendíamos cambiar el mundo

como los de la generación anterior, queríamos cambiar nuestras vidas. Era la época del «*turn on!, tune in!, drop out*!», «¡conéctate!, ¡sintoniza!, ¡lárgate!» de Timothy Leary, el llamado apóstol del LSD. Y creíamos que era posible. Pasábamos horas hablando de lugares maravillosos y «vírgenes» que nos esperaban, fumando hachís en un *shilom* que alguien se había traído de la India.

Queríamos independizarnos de la familia. Paco, de su padre, un teniente coronel muy reaccionario, y yo del mío, una figura patriarcal dominante. Gracias a nuestro amor por la música, los dos nos esforzamos por aprender inglés para saber lo que nos decían nuestros grupos favoritos. Nos llegaban nuevas ideas gracias también a semanarios como *New Musical Express* o *Melody Maker*, a los que nos suscribimos. De la denuncia de Dylan a la rebeldía de Jefferson Airplane o el nihilismo de los Doors.

Nos rondaba a todos la metafórica idea de «matar al padre», para poder ser libres y volar. Había que abandonar a la familia, vista como enemiga y perpetuadora de las ideas opresivas del *Sistema*. «Padre, Poder, Patria» eran los tres enemigos de lo libertario que en cierto modo también impregnaban las ideas contraculturales de la época. Todos leíamos *La carta al padre* de Kafka, en la que ajustaba cuentas con su progenitor. Había que huir y no veíamos el momento.

Aunque quizá no éramos del todo conscientes, se estaba viviendo una verdadera revolución de las costumbres. La píldora había liberado la sexualidad normativa. Las ideas feministas se abrían paso, también las de las comunas y de las familias alternativas. Faltaba muy poco para que estallara el imparable movimiento de liberación homosexual tras los enfrentamientos de los gays neoyorquinos con la policía por la represión de Stonewall. En Estados Unidos, tanto el movimiento contra la guerra de Vietnam como el de los derechos civiles resultaban imparables. En París los disturbios de mayo atacaban al *Sistema* y en España muchos jóvenes se enfrentaban a la dictadura ya fuera participando en grupos alternativos comunistas o anarquistas o desafiando individualmente la sacrosanta moral de la época. Como cantaba Dylan, los tiempos no solo estaban cambiando, sino que en muchos aspectos ya lo habían hecho.

Un buen día Miguel dejó Barcelona sin decir nada a la familia ni a los amigos. Pronto comenzaron a correr rumores. Unos decían que si estaba viviendo en una cabaña, sin luz ni agua, en Formentera; otros que si se había instalado en Deià, en la sierra mallorquina de Tramontana, en una comuna de músicos *hippies* ingleses que habían grabado con Soft Machine y eran amigos de los hijos de Robert Graves. No faltaba incluso quien aseguraba que estaba haciendo la ruta de la India. No volvería a saber nada de él hasta varios meses después, cuando me escribió desde una comuna en el Atlas marroquí

para que fuera a su encuentro.

Aproveché el viaje en coche de unos conocidos a la Semana Santa de Sevilla. Crucé el estrecho. En el Café Central del Zoco Chico de Tánger, la televisión transmitía una película egipcia de las Cruzadas, donde los reyes musulmanes eran hermosos y nobles de corazón, frente a unos cristianos malcarados y traidores. Y comprendí, a mis diecisiete años, que la historia la escribe cada cual a su manera. Fue un momento de revelación. Salí a la calle con una nueva mirada.

Estaba dispuesto a descubrir aquel mundo con mis propios ojos. Por la noche, en el Café Hafa, que dominaba el estrecho, frente a las titilantes luces de Tarifa, escuché por primera vez a Um Kulzum. Fue como si la tierra se desgarrara y de sus entrañas surgiera un poderoso lamento. La suerte estaba echada. Algún día, me prometí, viviría en El Cairo, el corazón de un mundo que entonces auguraba un futuro prometedor.

Al día siguiente, subí al conocido *Marrakech Express*, famoso por la canción de Crosby, Stills and Nash, para seguir después en el destartalado autobús que atravesaba las carreteras nevadas del Atlas. Paré en un poblado encajonado en un valle entre montañas resecas, de cumbres aún cubiertas de nieve. Un arroyo bajaba crecido y, entre bancales de frutales, había dispersas casas de adobe. Unos niños que guardaban unas pocas cabras me saludaron y al poco rato distinguí a lo lejos una figura que corría a mi encuentro lanzando, en el frío de la tarde, abundante vaho por la boca. Por unos momentos creí que se trataba de mi amigo, pero pronto distinguí a un sonriente pastor que me preguntó en un francés básico si me dirigía a la casa de los *nasrani* o nazarenos.[4] Me contó que le gustaba ocuparse de ellos porque eran como niños, que se pasaban todo el día fumando kif y que si no fuera porque de vez en cuando les llevaba comida estarían muertos.

Me acompañó a una modesta casita de adobe rodeada de un vergel que dominaba aquel pequeño valle. Los almendros espolvoreaban los bancales de flores blancas y rosas. Antes de despedirnos me señaló su casa y me dijo que sería bienvenido.

Después de tanto tiempo sin verlo y de tan largo viaje, me extrañó que Miguel no mostrara alegría. Pronto comprobaría que andaba todo el día colocado y había perdido el sentido de la realidad.

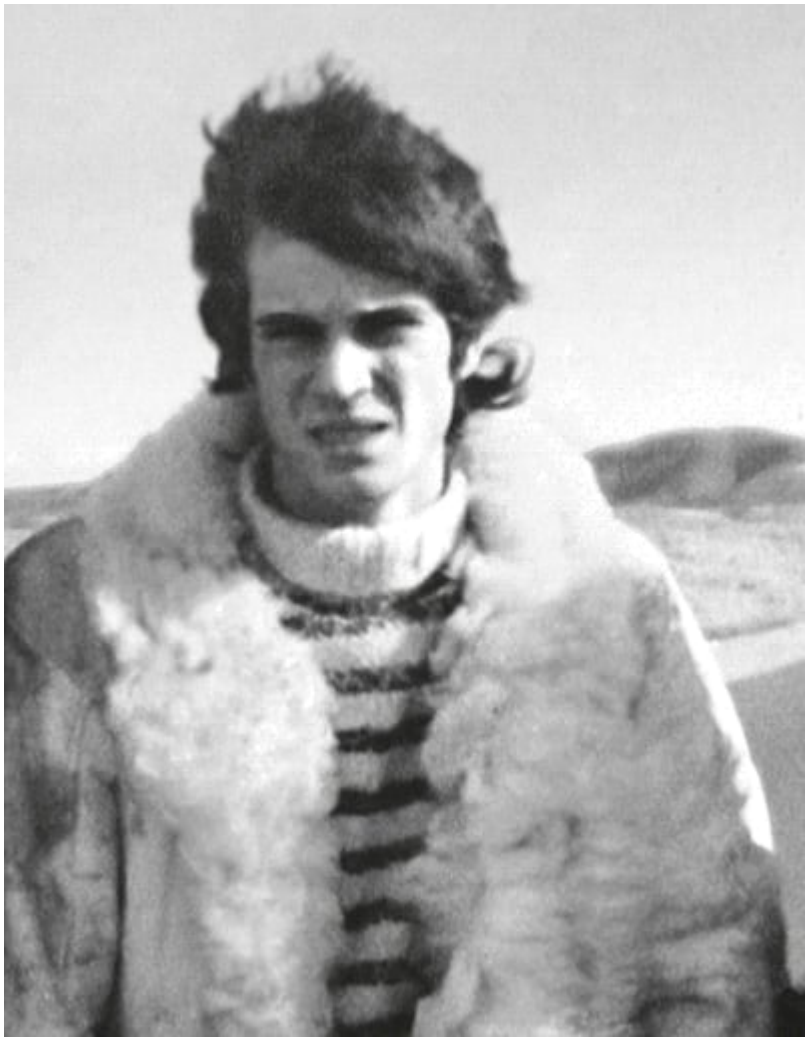
Era una comuna de seis hippies en la que había dos chicas. El deshielo ya había llegado y los riachuelos vigorosos de la montaña alimentaban el arroyo del fondo del valle. Comíamos naranjas del huerto y de vez en cuando aquel amable pastor nos traía un tayín de pollo con limones confitados o ciruelas pasas a cambio de unos pocos dírhams. Pero me sentía solo. Estaban todo el día colocados y me ignoraban, excepto la holandesa Monique, que desde el primer momento se sintió atraída por mí y yo trataba de esquivarla con

delicadeza.

Pasaban los días y Miguel seguía embobado. No parecía el cómplice de hacía apenas un año. Tenía la sensación profunda de haberme equivocado. Había imaginado otro viaje. Un mundo a dos. Caminaríamos por el Atlas, cruzaríamos la frontera y pasaríamos a Argelia, descubriríamos fascinantes y nuevos mundos, las fabulosas ruinas de Leptis Magna y recorreríamos la Cirenaica, fumaríamos hachís y probaríamos el opio. Quién sabe, quizá acabaríamos en Egipto y nos estableceríamos en El Cairo, el sueño de mi infancia.

Monique me dijo que el pastor les conseguía *majoun*, un dulce hecho con resina de hachís, almendras, especias, plantas del bosque y semillas de datura. Un alemán de la comuna decía que era muy potente; un alucinógeno que por sus efectos podía recordar al LSD. Contó que William Burroughs y Paul Bowles, de quienes aún no había oído hablar, solían tomarlo y que a partir de sus experiencias con aquella potente droga escribieron *El almuerzo desnudo* y *El cielo protector*. Monique insistió en que tomara el único pastelito de *majoun* que les quedaba.

Al cabo de un rato comencé a sentir su efecto. El volumen de la habitación parecía expandirse y las líneas dejaban de ser rectas. Cerré los ojos y me dejé llevar por pequeñas y agradables sacudidas que de las extremidades llegaban al cerebro en oleadas de placer, para seguir el sentido inverso y vuelta a empezar. No sé cuánto duraría en ese estado, pero de pronto me encontré escuchando los fuertes latidos de mi corazón y mi profundo respirar con el sonido del aire que penetraba en los bronquios como si me hubiera convertido en un ser minúsculo que estuviera viajando en el interior de mi propio cuerpo.



En el Atlas

No podría precisar el tiempo transcurrido, y al abrir los ojos vi mi alrededor como si estuviera reflejado en un espejo deformado que no parara quieto. Intenté incorporarme, pero no podía mover ni un dedo. No me asusté. Sabía que había tomado aquella droga tan potente y que ese debía de ser uno de sus efectos. «Ya pasará», me tranquilicé a mí mismo porque aquellos episodios de parálisis del sueño eran viejos conocidos. Era consciente de ello y no me quedaba otra que esperar.

La holandesa me acariciaba. Los hippies tocaban bongos y flautas de manera un tanto desacompasada al son de una *cassette* de Richie Havens. Sentí mi pulsación de nuevo, logré incorporarme y salí a la noche. Tendido en una hamaca, Monique me cubrió con una pesada

manta bereber y me besó con suavidad en los labios antes de entrar en la casa. Sonaba *White Rabbit*. Me pareció entender entonces el mensaje críptico que la poderosa voz de Grace Slick, de los Jefferson Airplane, cantaba tan solo para mí.

> *One pill makes you larger, and one pill makes you small*
> *And the ones that mother gives you, don't do anything at all*
> *Go ask Alice, when she's ten feet tall*
> *When the men on the chessboard get up and tell you where to go*
> *And you've just had some kind of mushroom, and your mind is moving low*
> *Go ask Alice, I think she'll know*
> *When logic and proportion have fallen sloppy dead*
> *Remember what the dormouse said*:
> *Feed your head, feed your head!*[5]

«Recuerda lo que dijo el lirón, Recuerda lo que dijo el lirón», me venían a la cabeza las palabras de Grace Slick una y otra vez. «¡Nutre tu cabeza!, ¡nutre tu cabeza!» Bajo el cielo estrellado fui entrando en un letargo del que recuerdo tan solo una desconocida sensación de bienestar físico, como si cada una de mis células tuviera vida propia y respirara. Las ranas se pusieron a cantar en la alberca. Su croar parecía seguir un patrón preestablecido. Comenzaba una con una potente llamada que al poco era contestada por un coro de congéneres desde un extremo del estanque. Repetían dos o tres notas de manera insistente en un poderoso crescendo que, como si la rana líder hubiera dado la orden, se terminaba de golpe. Solo entonces les daba la réplica otro grupo de ranas en el borde opuesto de la alberca repitiendo la misma pauta. De pronto todas croaban a la vez, hasta que el estridente sonido de la dominante se elevaba sobre la aparente cacofonía. Estaba maravillado, tratando de descubrir el esquema de aquellas claras pautas que repetían tan solo unas pocas notas, como en la partitura de un excéntrico compositor vanguardista.

Desperté cuando el sol despuntaba. Sentía todavía el poderoso efecto del *majoun*, pero ahora era distinto, más calmado y reflexivo. Me había ido muy lejos. Me sentía feliz. Las preocupaciones quedaban muy lejos retenidas como si fueran nubarrones, al otro lado del estrecho, por un viento del sur que les impedía avanzar. Sentí la imperiosa necesidad de abrazar a mi amigo.

En la casa, cuatro o cinco hippies estaban amontonados sobre unas alfombras apenas cubiertos por mantas bereberes. En una mesita había una jeringuilla y una banda de goma. En una habitación entreabierta, Miguel y Monique yacían desnudos en un jergón. Me senté junto a mi amigo y me quedé minutos observando su rostro. A la luz de las velas

lo veía como uno de esos perversos Dionisios de Caravaggio.

¿Por qué me había hecho venir de tan lejos? Dirigí la mirada a su sexo, que comenzó a desplegarse y a crecer. Miguel se despertó y, con la mejor de sus sonrisas, tomó mi mano y se la llevó entre las piernas. Al poco, Monique recorría con atrevimiento mi espalda, pero yo no estaba dispuesto a hacer un trío. Quería a Miguel para mí solo. Cansada de mi desdén, la holandesa me apartó a un lado y montó a horcajadas sobre mi amigo.

Miguel insistía en que folláramos los tres, pero Monique dijo entonces con fastidio que estaba cansada. «Follad entre vosotros», dijo. Mi amigo deslizó su mano hasta mi sexo. Me dejé llevar sintiendo tristeza porque tuve la convicción de que aquella intimidad no se iba a repetir. En aquel momento fui consciente de que estaba colgado de mi amigo. Nos quedamos dormidos junto a Monique en el jergón. Cuando desperté, Miguel se estaba lavando con el agua de un barreño.

Esperé la ocasión y, cuando estuvimos solos, intenté besar a Miguel. Me apartó diciendo que no recordaba nada de lo sucedido y que, en cualquier caso, estaría bebido o fumado. Me di cuenta de que sin la ayuda del alcohol o de las drogas se alzaba un muro entre nosotros. Desde que nos conocimos, su manera de buscarme y de acercarse a mí apenas se distinguía de un cortejo. Quizá él nunca fue consciente de ello, y yo tampoco hasta viajar a aquel perdido rincón del Atlas.

Yo estaba demasiado confundido, necesitaba alejarme por unas horas y salí a caminar. Llegué hasta la casa del pastor. Su familia me recibió con hospitalidad y me enseñaron su pequeño rebaño y su asno. También los telares en que las mujeres tejían bellos tapices de lana. Comimos, rebañando pan, un especiado guiso de pimientos y huevos en una olla de barro. Luego, tras el azucarado té a la yerbabuena, descansé en la habitación destinada a las visitas, donde apilaban colchones y almohadones. Me quedé varias horas pensando que tal vez Miguel acabaría preocupándose por mí y saldría a buscarme.

Pero no fue así. Quise hablar con Miguel para decirle que mi viaje había sido un error. Pero él acababa de tomarse un ácido y estaba demasiado ido. Recogí mi mochila y salí a hurtadillas de la casa. Cuando me di la vuelta para contemplar aquel valle por última vez, distinguí a lo lejos la silueta de Monique que oteaba en mi dirección.

Me senté en un murete observando los lagartos que cruzaban la pista. Un halcón volaba en lo alto. Al cabo de un rato me di la vuelta de nuevo con la vana esperanza de ver a Miguel. Pero Monique seguía sola en la terraza que dominaba el valle. Sí, ahora lo sabía. Estaba enamorado de Miguel y aquello era imposible. Las lágrimas fluyeron hasta agotarse mientras las sombras se cernían sobre aquella pista sin tránsito alguno. De pronto, me sorprendieron unos pasos. Era

Monique. Me traía pan bereber, aceitunas y queso de cabra. Se sentó junto a mí y me besó dulcemente.

Por fin se oyó el traqueteo de un motor y tras una curva asomó un camión de campesinos que llevaban a sus animales al mercado semanal. Rodeado de cabras y un asno, miré hacia atrás. Monique se quedó plantada en la pista hasta convertirse en un punto perdido en la inmensidad del Atlas.

Nunca volví a ver a Miguel. Algunos años después, me contaron que se había instalado en una isla griega. Una mañana de invierno, tras un fuerte vendaval, desapareció para siempre. Encontraron su bicicleta en un acantilado sobre el Egeo. Nunca se supo lo que ocurrió. Se habló de suicidio, también de que él mismo habría simulado su propia desaparición para huir de la justicia por algún lío de drogas y que estaría en la India o quizá en algún rincón del Brasil. Pero pasaron los años y, a pesar de que los delitos, de haberse producido, ya habrían prescrito, nunca regresó. Jamás hallaron su cuerpo, que imagino en el fondo del mar arropado por las posidonias como la estatua de bronce del sátiro en éxtasis que un pescador siciliano atraparía en sus redes frente a las costas de Túnez.

7

EL OJO DE BENGAZI

En 1970, Paco y yo decidimos asistir al festival hippy de la isla de Wight. El festín era más apetecible de lo imaginado en sueños. Jimi Hendrix, The Doors, Miles Davis, Sly and the Family Stone, Joni Mitchell, Donovan, Leonard Cohen, Jethro Tull, The Who, Ten Years After, o Emerson, Lake and Palmer. Viajamos con Mireia Sentís, la hermana de Marta, y con Alberto Segura, un amigo de Calella. Condujimos un dos caballos, sin parar hasta Le Havre, donde la policía identificaba a los numerosos jóvenes que de toda Europa se dirigían al festival y obligaba a dejar el coche en el puerto. La entrada en el Reino Unido era por Southampton y de allí nos llevarían al transbordador de la isla de Wight. No querían que pisáramos ningún otro lugar del país, como si fuéramos unos apestados.

Para Paco y para mí había llegado el momento de tomar contacto con jóvenes parecidos a nosotros de toda Europa, ajenos al asfixiante ambiente de nuestro país. Pretendíamos ser distintos de nuestros mayores. No queríamos comportarnos como se esperaba de nosotros y buscábamos algo de trascendencia en nuestras vidas. Éramos muy jóvenes para saber lo que queríamos, pero no tanto como para saber por lo que no estábamos dispuestos a pasar. En el transbordador coincidimos con un grupo colorido, todos ellos perfumados con pachuli y vestidos con ropas indias un poco a lo Incredible String Band. Eran mayores que nosotros y en cubierta liaban porros sin parar. Se trataba de Javier, su amante Enrique, Luis y Nuria que llevaba la melena rizada a lo Julie Driscoll, la cantante underground más atrevida de la época. Los chicos hablaban de budismo zen y de los templos de la India que habían visitado, pero Nuria se inclinaba por Ámsterdam, con el libérrimo club Paradiso en una iglesia desacralizada donde uno podía colocarse durante días y dormir en cualquier rincón porque no cerraban nunca las puertas.

Festival de Wight (foto de archivo)

Javier, Enrique y Luis me imponían respeto pues me sentía atraído hacia ellos, aunque nos separaban varios años y yo seguía siendo muy tímido. Nuria se encaprichó de Alberto, que le recordaba a un tipo muy guapo que había conocido en Goa, pero con el que no quiso «follar» porque le gustaba demasiado y ella era demasiado libre como para quedarse colgada. También le ofreció todo tipo de drogas que guardaba en una bolsa en su coño, en palabras suyas textuales.

Una colorida multitud se agolpaba en un campo frente a un enorme escenario. Muchos agitaban las melenas al viento o alzaban los brazos al cielo; otros hacían grandes pompas de jabón o jugaban con sus cometas. Había familias enteras con niños y mascotas. Elegimos un lugar que ya no abandonaríamos y nuestra referencia era una bandera pirata que alguien había izado. Cerca estaba Pau Riba con su grupo hippy de Formentera. Mireia hablaba con todo el mundo, en especial con unos californianos que parecían salidos de Monterrey, el mítico festival multitudinario que sirvió de ejemplo a todos los que vinieron después, de Woodstock a Glastonbury.

Pese a nuestro entusiasmo inicial, pronto comprobamos que el festival en cierto modo era un fiasco. Éramos más de medio millón de personas, el escenario se veía minúsculo, el sonido era deplorable y cuando el viento no soplaba a favor, casi había que aventurar quién estaba tocando. A las pocas horas, las letrinas quedaron atascadas y cayeron las separaciones de cartón entre las tazas de váter, de modo

que había que defecar al estilo soviético, codo a codo con el vecino, cosa que ninguno de nosotros ni siquiera intentó.

Tuvimos suerte en descubrir Canvas City, una gran carpa plateada hinchada con aire comprimido. Tendimos allí nuestros sacos y nos instalamos a pasar la noche. La gente tocaba bongos y flautas. Se fumaba tanto hachís y marihuana que al par de minutos solo con respirar uno quedaba muy colocado. Sonaba a todo volumen música experimental y grupos underground como Pink Fairies. En las paredes, al estilo del Rondhouse londinense, se proyectaban extrañas formas de colores piscodélicos que cambiaban todo el rato, expandiéndose y contrayéndose como amebas que se desintegraban en centenares de nuevas formas y crecían hasta juntarse de nuevo, como gotas de mercurio, al son de la música. De noche, la orgía psicodélica daba paso a proyecciones de clásicos del cine mudo como *El perro andaluz* o *Nanuk, el esquimal*, al son de sitar indio, rezos tibetanos, sonidos espaciales e incluso canto de ballenas. Ese lugar sí me gustaba. Era más anárquico, sucio y peligroso que el sucedáneo californiano del exterior.

Me decidí a tomar una de aquellas mescalinas del «coño» de Nuria. Anunciaron a los Hawkind y la gente de aquel *off Wight* enloqueció. Entre nubes de hachís, me dejé llevar por aquellas oleadas de sonido psicodélico y *punk avant la lettre* que alteraban la percepción de los volúmenes. Cuando ya no lo esperaba, sentí el fuerte impacto de la mescalina en mi cerebro y me vi flotando en aquel universo rítmico. Los Hawkind elaboraban capas superpuestas de sonido espacial y cada nueva inflexión o sorprendente ascenso de octava suponía un caleidoscopio de colores y sensaciones. Sentí cómo se abrían todos los poros de mi piel.

Nuria fumando un *shilom* (foto de Alberto Segura)

Se me acercó el tímido Luis, que apenas me había dirigido la palabra, y comenzó a acariciarme. Rodamos por el suelo riendo sin parar, despeinándonos y juntando las yemas de los dedos como él me contó que se haría en el futuro para follar, según la película futurista y de culto *Barbarella*, interpretada por una exuberante Jane Fonda.

Y en esas estábamos cuando los Hawkind atacaron un nuevo ritmo euforizante que nos hizo incorporarnos para agitarnos como locos. Nos movíamos a espasmos, cuando la carpa, por un fallo en el aire comprimido que la sustentaba, comenzó a caer sobre nosotros y la gente alzaba las manos para no acabar asfixiados y para permitir que los Hawkind continuaran con aquella épica psicodélica que nos estaba llevando a territorios desconocidos. Aprovechamos para caer de nuevo el uno sobre el otro. Justo entonces, la banda atacaba su *You shouldn't do that*!, y nos echamos a reír, esta vez olvidando las futuristas técnicas amatorias de Barbarella para practicar métodos más tradicionales, mientras Luis me mordisqueaba la oreja riendo: «¡No deberías hacer eso!».

Cada vez nos interesaba menos quién subía al escenario del festival. Además, la situación no tardaría en tornarse caótica, los lavabos estaban desbordados y faltaban alimentos y bebida. Un grupo de anarquistas franceses había conseguido derribar las vallas del festival y se producían escaramuzas, con lo que los responsables

acabaron por abrir las puertas de par en par provocando una avalancha humana. La situación se complicaba por momentos. El escenario se incendió poco antes de la actuación de Leonard Cohen. Se acabaron comida y agua y el gobierno británico decidió intervenir. Unos helicópteros comenzaron a sobrevolar el festival y a repartir agua y alimentos. Antes de que todo se descontrolara aún más, decidimos marcharnos. Esperamos en la cola de los autobuses que había dispuesto la policía británica hasta que por fin pudimos subir a uno que nos llevó al puerto. No se nos permitió visitar la isla de Wight, cuyos habitantes protestaban contra la invasión de los desaliñados drogados de toda Europa y nos obligaron a tomar el transbordador a Southampton y de allí a Le Havre, donde habíamos dejado nuestro dos caballos. Luis y su grupo querían apurar el festival hasta el último momento, y Alberto y yo comentábamos riendo que, mientras no acabaran con la reserva del «coño de Nuria», seguirían allí.

A Paco y a mí, Wight nos dejó un regusto amargo. No habíamos gozado del todo de la música, en parte por los problemas técnicos, y tampoco del contacto con otros jóvenes, muchos metidos en el «rollo», como se decía entonces, beatífico de sonrisas y tópicos hippies y otros en el mundo autodestructivo de la droga dura. No existían respuestas externas a nuestras inquietudes. Tampoco en aquel disperso movimiento contestatario. Poco a poco, tanto mi amigo como yo nos dimos cuenta de que, a pesar de sentir simpatía por todo aquello, estábamos de nuevo solos, quizá aún más que antes de emprender el viaje para ver a nuestros admirados Jim Morrison o Jimi Hendrix.

Atravesando las interminables carreteras secundarias de Francia, pensaba en lo ocurrido en la carpa con Luis y, aunque me excitaba al recordarlo, sabía que no tendría continuidad pues después se comportó como si nada hubiera sucedido. No había sido más que un encuentro en un viaje psicodélico. No tardaría en descubrir que aquel era un comportamiento típico en la comunidad gay de entonces. Se entregaban a alguien y luego, cuando coincidían en algún lugar por casualidad, actuaban como si nunca hubiera existido intimidad. Gentes que se abrazaban y se ignoraban al día siguiente. Tipos que actuaban como coleccionistas. No me atreví a contar a ninguno de mis amigos la experiencia que había tenido, ni siquiera a Paco, y de nuevo me encerré en mí mismo.

Por más que su recuerdo me regresara las noches de insomnio, no volví a ver a Luis, supe que se había marchado a San Francisco. Una tarde, en una de las reuniones marxistas de casa de Aniceto Císcar, a las que, de vez en cuando, invitaba a hippies y a otros «compañeros de viaje», como se decía entonces, coincidí con Javier que, acercando su boca hasta rozar mi oreja, se me insinuó. Me dijo que sabía lo

sucedido con Luis y que él había roto con Enrique y estaba libre. Supongo que esperaba algún tipo de señal por mi parte. Mi timidez me llevó a hacer lo contrario de lo que en el fondo deseaba, y en vez de responder a su invitación evidente, balbuceé una torpe excusa que lo apartó de mí el resto de la tarde. No había aprendido todavía que, en el juego de la seducción, al igual que hacen los insectos con sus feromonas, las señales nunca deben ser equívocas.

Durante una verbena en el ático de Aniceto, cuando este había dejado de obsesionarse con Violeta Parra y escuchaba a King Crimson, coincidí de nuevo con Javier, que me regaló otro de aquellos libros de Castaneda, cada vez menos interesantes, secuela de *Las enseñanzas de Don Juan* sobre las experiencias con el peyote. Me dijo que regresaba a la India. Insistió en que viajara a Srinagar y lo buscara. Le respondí que, tarde o temprano, acabaría visitándole, pero que antes quería ir a Egipto, mi viejo sueño.

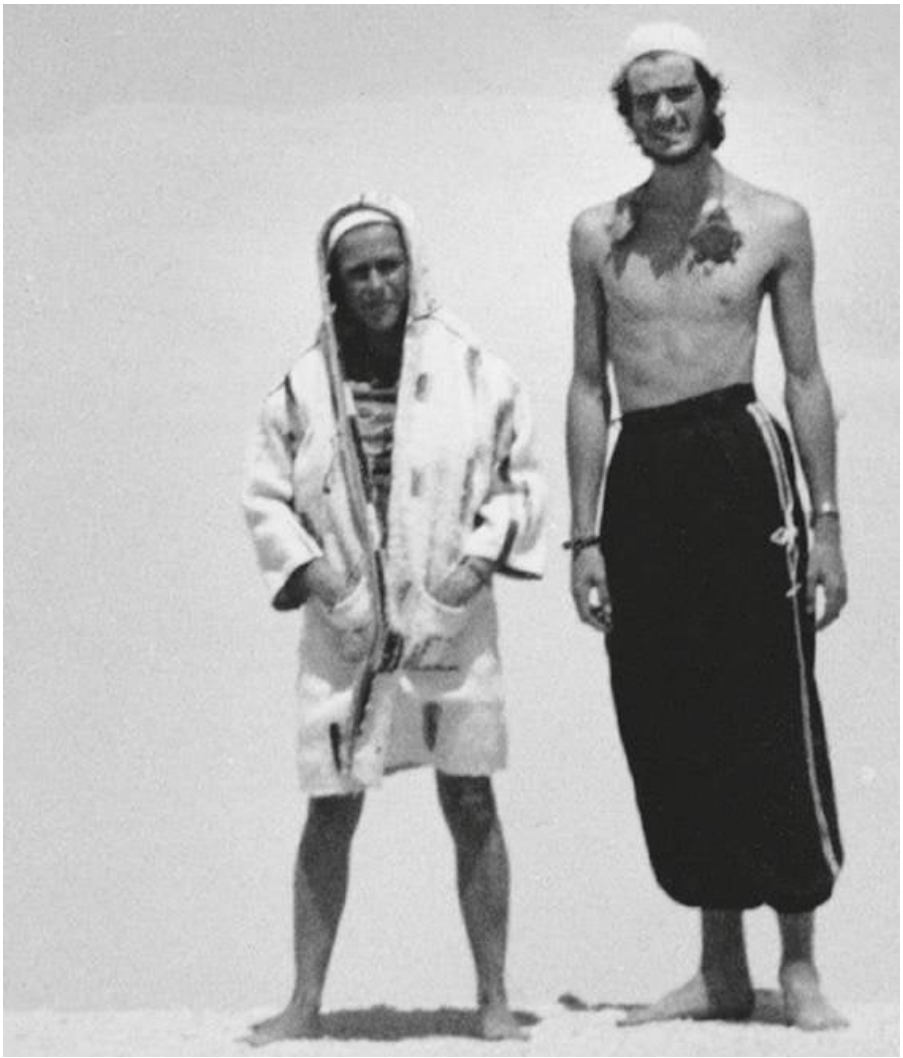
Con Paco hacíamos algunos trapicheos a pequeña escala. Vivíamos en comunas urbanas con colchones y cojines en el suelo entre un continuo desfile de gente. Uno sabía cuándo salía de casa, pero nunca cuándo iba a regresar. Cuando se acababa el contrato que nunca se nos renovaba, o nos echaban de los pisos, regresábamos por unos días a la casa familiar. Teníamos la suerte de ser de «*casa bona*» y que nuestros padres nos lo perdonaran todo. Estaban convencidos que se trataba de una rebeldía pasajera que, como la gripe, tarde o temprano acabaría por pasar. La universidad estaba cerrada casi todo el tiempo por los disturbios. A Paco y a mí no nos preocupaba, vivíamos al día y postergábamos la hora de tomar decisiones. El mañana ¡quedaba tan lejos!

En una ocasión, se presentó la policía en una de las viviendas que compartíamos porque la novia de un compañero de piso hizo un amago de suicidio para llamar su atención. Se cortó superficialmente las muñecas y salió a la escalera gritando y dejando un reguero de sangre, con el consiguiente escándalo de los vecinos, que llamaron a la policía. Paco y yo, que en ese momento nos dirigíamos al piso, entramos a tomar algo en el bar de la esquina y el camarero nos advirtió que no subiéramos pues la policía estaba deteniendo a todo el mundo. Al día siguiente *El Noticiero Universal* hablaba de una terrible orgía de sexo salvaje y drogas que había acabado en sangre. La prueba de tamaña promiscuidad y degeneración eran los pósters del Che, Hendrix, Angela Davis o Jim Morrison y que la casa estaba decorada con sujetadores. La realidad es que no había armarios y las chicas, tan desordenadas como nosotros, dejaban sus cosas tiradas en cualquier lugar. Por suerte no dieron con las drogas.

* * *

En el verano de 1972, Marta Sentís y yo decidimos viajar al Norte de África. Los dos habíamos caído bajo el embrujo de los escritores beat, como Jack Kerouac y, sobre todo, Allen Ginsberg, con su *Aullido*, que leíamos en ediciones argentinas. Eran el último movimiento romántico. Apenas cumplidos los veinte años vibraba con aquel canto al inconformismo y a la aventura. *Aullido* tenía un arranque increíble, del *free jazz* más osado, pero quien nos intrigaba en realidad era el enigmático Burroughs, que había probado todas las drogas y disparado a su esposa en uno de sus famosos colocones, creyéndose Guillermo Tell. Escribía con aquella técnica del *cut-up*. Tras acabar un texto, lo cortaba en pedazos, los desordenaba y los recomponía al azar tal como los recogía. Algo que reprodujeron los Stones de entonces en su inquietante *Casino Boogie*. Cogeríamos un viejo Land Rover de mi padre, que languidecía en un garaje. Teníamos algo de dinero ahorrado y decidimos que no pagaríamos ni una sola noche de hotel o pensión. Dormiríamos al raso y, en caso de lluvia, en el coche. A los quince días tomamos el transbordador de Almería a Melilla y nos adentramos en Argelia, visitando Orán y la casba de Argel. Yo pensaba en la Sarah de mi infancia. Mi espíritu libre de los ríos. ¿Se habría criado quizá en la villa que me cautivó y que dominaba un valle de olivos y almendros no muy alejado de las ruinas de Tipasa, la ciudad fundada por los fenicios tan querida por Albert Camus?

Recuerdo el temor que sentimos en Tlemcén al oír los disparos al aire desde unos coches que recorrían las calles como locos tocando la bocina con insistencia. Marta creyó que estallaba una nueva revolución, cuando en realidad se trataba de la comitiva de una boda. Poco a poco íbamos aprendiendo las costumbres y los códigos de conducta de aquellas sociedades tradicionales.



Con Marta Sentís en el Sahara argelino

Argelia nos impactó. Quedamos maravillados ante las majestuosas ruinas romanas de Timgad, fundada por el emperador Trajano en una interminable llanura de colores dorados y rodeada de montañas que se tornaban violetas al atardecer. Creímos encontrarnos en un lugar encantado de luz blanca y sombras violentas cuando llegamos a Biskra, la ciudad de adobe rojo donde André Gide vivió amores entonces inconfesables.

Hasta la independencia, el país fue un departamento francés y todo me recordaba a la Francia del sur. Los coches, la arquitectura, la tipografía de los rótulos e incluso las cartas de menú escritas a mano. En cierto modo, en Argelia revivía la Francia de mi adolescencia y el

recuerdo de aquella guerra colonial. Recordaba la llamada a filas de los hermanos de mis amigos franceses de Calella de Palafrugell. La canción *Le déserteur*, de Boris Vian, interpretada por Serge Reggiani, que la *senyora* Jover, una mujer muy culta y afrancesada, nos ponía siempre y que hablaba de un desertor que escribía una carta al presidente de Francia comunicándole que no pensaba ir a la guerra de Argelia. También las pintadas de la organización terrorista francesa OAS en las ciudades del Languedoc.

En aquellos años, el Frente de Liberación Nacional o FLN, el partido que encabezó el movimiento de la independencia, todavía gozaba de predicamento progresista. Mantenía relaciones estrechas con los cubanos y *black panthers* como Angela Davis, refugiados en la capital. Al ver *La batalla de Argel*, había quedado impresionado por la guerra sucia de Francia, el país de las libertades y las grandes palabras. Muchos años después, en Rabat, investigando para mi libro *Mil y una voces*, gracias a Fatima Mernissi, tuve la oportunidad de conocer a una famosa luchadora por la independencia de Argelia. Accedió a concederme una entrevista, pero me pidió que no mencionara su nombre, debía referirme a ella como *Muyaheda* o combatiente. Tampoco quiso que la fotografiara y dejé en su lugar una página en negro.

Ella participó en la lucha armada contra los franceses. Su aspecto y estilo europeos no levantaban sospechas y en más de una ocasión puso bombas en lugares frecuentados por los colonos. Me contó que jamás tuvo ningún escrúpulo moral por sus acciones violentas. «*C'était la guerre*!» exclamaba. Y yo me estremecía tratando de comprenderla. Una cosa era atacar a militares enemigos en una guerra y otra, hacer volar a gente inocente por los aires.

Los franceses irrumpían en la casba de Argel y torturaban a hombres, incluso a niños, delante de sus familias. Horrorizada, decidió unirse al FLN. Cuarenta años después recordaba aquellos tiempos en los que creyó en una revolución laica y socialista en el mundo árabe. Me confesó que los revolucionarios argelinos subestimaron la fuerza de la religión. Imbuidos de la educación republicana francesa no se dieron cuenta de lo que se estaba fraguando en las mezquitas ni de la ideología rigorista que difundían en las escuelas los profesores egipcios financiados por Arabia Saudí. Los franceses les habían vendido la idea de las libertades, pero no para los argelinos que nunca fueron considerados ciudadanos de pleno derecho.

El partido único que consiguió la independencia por la que ella tanto había combatido no trajo la igualdad republicana sino la corrupción. Cuando el pueblo se hartó, creyó encontrar la respuesta en el islam. La idea de la democracia con sus libertades iba asociada al colonialismo. Y, al igual que le sucedió a la izquierda anquilosada del

resto del mundo árabe, el ascenso, callado en un principio y luego imparable, de un islam político pillaría a la *inteligentsia* y a los gobiernos con el paso cambiado.

Entramos en Túnez por el lago de sal cristalizada de Chot el Yerid, que se tornaba rojo al atardecer y, tras interminables horas en la frontera, nos adentramos en Libia. Nos extasiamos ante las ruinas de la ciudad romana de Leptis Magna, con sus anfiteatros, los baños termales que aún conservaban las piscinas *frigidaria y caldaria*, incluso las letrinas de mármol y los canalillos de agua junto a los pies para lavarse y el extenso mercado, con los quioscos, también de mármol, casi intactos. Era una maravilla pasear entre los restos de la ciudad de la que fue oriundo Septimio Severo, una de las mejor conservadas de todo el Mediterráneo. Pasamos la noche en el antiguo puerto romano, compartiendo con los guardas sus *kebabs*, acompañados del fluir de un plácido mar que rompía con suavidad en la playa haciendo entrechocar los guijarros. Uno de los vigilantes improvisó canciones beduinas acompañado de nuestras palmas mientras aparecía la luna tras el perfil recortado de los templos.

Nos sumergimos en calas de aguas turquesa en las que, a escasos metros de profundidad, se vislumbraban columnas y muros de la época clásica. Llegamos hasta la Cirenaica atravesando una región montañosa de sabinas y matorrales. Un intenso olor a plantas aromáticas flotaba en el aire y las cigarras competían entre ellas en una maravillosa estridencia que me recordaba a los pinares de la infancia. Abundaban los conejos y las familias de perdices. Halcones y milanos acechaban a sus presas desde los postes de teléfono que seguían paralelos a la carretera. Pero no pudimos llegar a Tobruk, famosa por el sitio que Rommel y su Afrika Korps impusieron a los aliados, porque en aquellos primeros años de la Revolución Verde, Gadafi no permitía continuar hacia Egipto. ¡Tobruk! Cómo resonaba aquel nombre en mi cabeza desde aquella película en blanco y negro del cine Spring de la adolescencia, con soldados perdidos en el desierto y un cuartel general junto al mar en un lugar misterioso y polvoriento.

La Libia de Gadafi era un país joven. Hacía tan solo cuatro años que el coronel había derrocado al rey Idris, miembro de los sanusi, la cofradía sufí que en el siglo XIX conquistó los oasis del desierto líbico. Gadafi depuso la monarquía impuesta por los británicos.

En aquel viaje descubrí que a menudo me interesaba más la gente de los lugares que las bellezas naturales o las ruinas históricas. Venía de la universidad tardofranquista, que permanecía cerrada la mayor parte del año y en la que había perdido toda ilusión. Quería aprender por mí mismo. Estaba convencido de que la gente sencilla en

apariencia, sobre todo los ancianos, tenía muchas cosas que enseñarme. Mi curiosidad era, en la mayoría de los casos, bienvenida y correspondida con creces. Nunca sentí la animosidad que otros viajeros, en parecidas circunstancias, decían haber percibido. A las pocas semanas tenía una idea muy distinta del Norte de África y de sus habitantes. Aprendí más de la vida en unos meses allí que en años de universidad.

Yo vestía a menudo una camiseta, comprada al tuntún por mi madre en un mercadillo hippy, con la imagen de un puño que estrujaba un avión de caza estadounidense, lo que despertaba simpatía en aquel país con la revolución de Gadafi todavía caliente. Marta se moría por comer yogur y no sabíamos que era omnipresente en la dieta beduina. Mientras buscábamos dónde comprarlo, vimos un anuncio de Balkan Air, las líneas aéreas búlgaras, y entramos. Les dijimos que no queríamos viajar a ningún lado, solo probar el famoso yogur de su país. Nos presentaron a un árabe que nos invitó a pasar un par de días en su casa, donde comimos, como hemos recordado Marta y yo en tantas ocasiones, el mejor pescado de nuestras vidas. Un gran pargo sobre un lecho de cebolla con tomate, aceitunas negras, alcaparras, cilantro y limón confitado, regado con ouzo griego. Tras el postre nos mostró varios pasaportes de distintos países con su foto y nombres falsos. Marta y yo nos miramos sorprendidos y a partir de entonces lo llamábamos *el terrorista*, aunque quizá se tratara de un agente secreto con ganas de impresionar a una pareja de ingenuos. Decidimos no acudir a la siguiente cita, en la que nos iba a presentar a un personaje importante. Ni a Marta ni a mí nos daba miedo, por la inconsciencia de la juventud; como íbamos de buena fe, nada malo podía ocurrirnos. Pero algo nos decía que no era prudente involucrarse más y, sin contarle nada de nuestros planes, salimos del país.

A bordo de *Al Sudan*, el carguero que nos llevaba a Alejandría, no quisimos permanecer en el dormitorio colectivo asignado. Iba atestado de mujeres de negro, con un batallón de niños llorones y grandes cestos repletos de mangos para vender en destino. El calor y el ruido eran infernales.

A las pocas horas la gente vomitaba y ni se esforzaba por alcanzar los lavabos que, incapaces de contener más deposiciones, se desbordaban al ritmo del oleaje. La gente comenzó a hacer sus necesidades primero en las duchas y luego ya directamente en el suelo. El olor a orines, heces y vómito de mango era insoportable. Huimos de la tercera clase, saltamos unas barreras y nos instalamos en cubierta.

Recuperados por la brisa del mar, recordábamos la extraña historia del terrorista. ¿Y si preguntar por yogures búlgaros en Balkan Air era

el santo y seña para entrar en contacto con quién sabe qué peligrosísima organización? Reíamos.

Llevábamos en las mochilas sesudos libros de Erich Fromm y de Wilhelm Reich que nos habían recomendado en las reuniones de Aniceto Císcar y que apenas entendíamos. Marta tenía en su regazo *El almuerzo desnudo* de William Burroughs que me había regalado Paco. Se nos acercó una pareja de chicos ingleses que, sorprendidos, preguntaron: «*What are you doing reading Burroughs, little trendy*?» (¿Qué haces leyendo a Burroughs, «modernilla»?). Lo cierto es que Marta, con apenas veintidós años y aparentando aún menos, no parecía el prototipo de lectora de aquella literatura experimental inspirada por todo tipo de drogas.

Uno de los chicos me cambió uno de aquellos libros en inglés de Carlos Castaneda sobre el peyote que ya me estaba hartando por *The Blue Nile*, de Alan Moorehead. Me descubrió un mundo fabuloso que enlazaba con los sueños de la infancia y lo devoré sin respiro. Fue entonces, en aquella cubierta, donde nació en mí el deseo de acercarme a las fuentes del Nilo. El libro de Moorehead me reconectó con mi más profunda sed de aventura. Hablaba de los mamelucos, la casta guerrera de esclavos circasianos al servicio de los sultanes turcos que cobraron autoridad propia y llegaron a reinar en El Cairo; de las pirámides de los faraones negros de la Nubia, de los pantanos de papiros del sur del Sudán y de los elegantes pueblos nilóticos. Contaba historias sobre la epopeya sudanesa de El Mahdi, quien pretendía ser el último profeta y encabezó la rebelión de los derviches contra los británicos derrotando al general Gordon. El libro describía las orgías de carne en los palacios etíopes y cómo los sirvientes iban cortando filetes de las reses vivas pendidas del techo y los invitados comían la carne cruda adobada con fuertes especias. Me intrigó la misteriosa ciudad musulmana de Harar, donde se estableció Rimbaud y de la que también escribiera Michel Leiris en *L'Afrique Fantôme*. El etnógrafo francés se explayaba en contar su relación con las mujeres que practicaban los exorcismos del llamado *zar*, a los que yo asistiría una década más tarde en las terrazas de El Cairo islámico, y que entraban en contacto con aquel mundo de los *yenún*[6] que, tiempo después, tanto me habría de interesar.

Sí, partiría hacia lo desconocido y trabajaría en lo que fuera saliendo. Iba a curtirme en otros países y a aprender de otras culturas. No regresaría. A veces una conversación o un libro cambian el curso de una vida. Creo que sin la lectura en aquel momento de *El Nilo azul* mi vida hubiera seguido otros derroteros.

En la cubierta del *Al Sudan* mi amiga Marta dormía, pero yo no lograba conciliar el sueño. Me levanté empapado en sudor. El mar estaba como una balsa de aceite, se oían voces y una música lejana.

Me incorporé. Un marinero grande, calvo y de ojos penetrantes me estaba observando. Parecía el genio de la botella.

—¿Dónde puedo encontrar una ducha? —le pregunté.

Lo seguí por un laberinto de escaleras y escotillas de hierro. De pronto abrió una trampilla y estábamos en la clase superior. Por una puerta entreabierta se adivinaba un suelo de madera, tintineo de copas, risas y charlas en lenguas desconocidas. El marinero se detuvo.

—Ahí tienes una ducha —dijo.

A pesar de su color rojizo y el olor a óxido, el agua estaba deliciosa. A través del ojo de buey vi cómo la luna emergía del mar. Permanecí absorto con el bote de gel en la mano deseando que aquel barco, en vez de quedarse en Alejandría, continuara hasta Port Said, atravesara el canal de Suez y cruzara el mar Rojo hasta llegar a Adén para surcar el Índico en dirección a Bombay, lugares de procedencia de los barcos que me hacían soñar de adolescente cuando, con mi padre y su amigo, el señor Berdugo, recorríamos el puerto de Barcelona. ¡Qué lejos había llegado! Me vi a mí mismo en mi habitación de niño, soñando despierto, coloreando mapas de África con Sarah, y de pronto, ¡zas!, el gel se me escabulló de las manos. Fue entonces, al agacharme, cuando vi aquel ojo. El ojo del genio. El ojo del marinero que me observaba por el agujero practicado en el tabique de hierro precisamente a la altura de mis genitales.

8

LA DECISIÓN

Divisamos Alejandría cuando comenzaba a clarear. La ciudad emergía del mar como una aparición con los cristales de los edificios del puerto incendiados por la primera luz del sol. La policía de fronteras subió al barco para pasar los controles. Muchos pasajeros intentaban colarse o escapaban por las ventanas y los policías les aporreaban sin contemplaciones. Cuando por fin nos llegó el turno, nos negaron la entrada a Egipto con el Land Rover porque no disponíamos del *Carnet de Passage*, documento imprescindible para poder circular en determinados países. Nosotros no sabíamos nada de aquel papeleo. Éramos unos ingenuos que pretendíamos recorrer el Nilo, llegar al Sudán, continuar por Etiopía y acercarnos quizá al mar Rojo. Por unos momentos nos miramos con pánico. ¿Qué haríamos entonces? ¿Regresar a Libia? Uno de los oficiales egipcios nos sugirió que continuáramos hasta Beirut, el próximo puerto en el que recalaría el *Al Sudan*. No nos quedaba otra opción que continuar en el mismo barco. El policía nos vio tan abatidos que nos concedió un visado de tránsito por unas horas ya que el barco partiría hacia Líbano de madrugada.

El impacto de aquella luz tan mediterránea, de la arquitectura y también de los olores me trasladó a la Barcelona portuaria de las escapadas del colegio. Incluso el color de los taxis era parecido. En una plazuela descuidada crecía hinojo con sus flores amarillas. Desde entonces, siempre que veo esa planta olorosa, hago el ritual de llevarme a la boca un trocito de su tallo o algunas de sus semillas y me siento en casa. Mi territorio es cualquier lugar donde crezca. En los caminos, junto a antiguas murallas y viejos palacios desconchados por el salitre o en los solares abandonados, entre callejuelas, en los que los gatos duermen plácidos. Rincones encantados hasta media tarde, cuando ventanas y puertas se abren, se moja el pavimento y explota de nuevo la vida. ¡Cádiz, La Valetta, Palermo!

Recorrimos la cerrada bahía y el barrio de los pescadores hasta llegar al fortín de Qait Bey, donde, según la leyenda, se había alzado

el Faro de Alejandría. Caminamos por la *Corniche* hasta la plaza Saad Zagloul, con los bellos edificios que tanto recordaban a los de cualquier gran ciudad de Grecia o del sur de Italia. Tuvimos tiempo de observar la vida en los cafés de toldos verdes y mesas de mármol en las que elegantes caballeros se hacían encerar los zapatos mientras sorbían café *à la turque*. El gentío invadía las calles a media tarde, esquivando a los coches, tranvías y carruajes de caballos. Todo me hablaba de otros tiempos, quizá de entreguerras. Las pocas horas de las que disponíamos fueron suficientes para prometerme a mí mismo que algún día viviría en aquel país de mis sueños y Marta me juró que en el futuro viajaría conmigo a El Cairo.

Al llegar a Beirut descubrimos la ciudad de antes de las guerras interminables del Líbano, con sus bellos y elegantes edificios de la época de la administración francesa. Era un lugar muy cosmopolita, con cafés y tiendas exquisitas. Me sorprendió el ambiente moderno y en un escaparate me encontré con el *Exile on Main Street* de los Rolling Stones, aquel disco, desconocido para mí, que pondría fin a su etapa más fecunda e interesante, el último de ellos que compraría con ilusión. Marta y yo estábamos acostumbrados a dormir al raso en el campo y a los dos días marchamos a las maravillosas ruinas de Baalbeck, en el valle de la Bekaa, donde se produce el mejor hachís del mundo. Acampamos en un olivar y no tardaron en venir unos pastores con quienes compartimos cena y durmieron con nosotros, temerosos de que nos pasara algo.

Proseguimos hacia Damasco. La ciudad nos impactó con sus mezquitas y callejuelas. Yo añoraba los amplios paisajes de Libia y Argelia y las noches bajo las estrellas. Quizá estábamos cansados, y nos propusimos recorrer aquel magnífico país en un viaje posterior.

Atravesamos Turquía y los bellos pueblos de la costa muchos años antes de que llegara el turismo de masas, pero de pronto tuvimos que emprender a toda velocidad el camino de regreso a casa, pues Marta, que había enviado, sin excesivas esperanzas, una solicitud de trabajo administrativo a las Naciones Unidas de Nueva York acababa de ser aceptada. Según la carta que le envió su padre a la lista de correos de Estambul, la esperaban en dos semanas. Condujimos sin parar hasta llegar a Cannes, donde aparcamos nuestro sucio Land Rover, que no habíamos lavado desde la salida de España, en la elegante Croissette. A la mañana siguiente, salimos en ropa interior para lavarnos los dientes en la acera y echamos a correr hacia el mar con un bote de gel ante la mirada displicente de los remilgados veraneantes.

* * *

De nuevo en Barcelona, cada vez que veía a Paco le hablaba del viaje

por el Mediterráneo con Marta y de la sensación de libertad que había experimentado. La vida era un sinfín de caminos por explorar. Todo era posible. No queríamos hacer planes ni especular con el futuro. Solo queríamos vivir siguiendo nuestros impulsos.

En las reuniones clandestinas de Aniceto Císcar nos tildaban de «escapistas», según el lenguaje de la época, y nos consideraban inmaduros llenos de contradicciones. Tras un tiempo de flirteo con grupúsculos marxistas, decidimos alzar el vuelo. Además, parecía que el enemigo fueran los grupos rivales de izquierda en vez del franquismo. Recuerdo las asambleas interminables con las luchas entre anarquistas y los comunistas. Paco y yo nos enfrentamos al grupo de Aniceto, al que ahora debíamos llamar, por seguridad, decían, Marcos, y dejamos de tirar octavillas en las calles y de acudir a las manifestaciones cuando ellos nos lo mandaban.

Al igual que muchos de nuestra generación, estábamos abiertos al espíritu libre de los tiempos. Nos considerábamos unos *outsiders* en el círculo burgués en el que habíamos nacido. No nos conformábamos con lo que se esperaba de nosotros. Queríamos ser artistas y bohemios. En la Facultad de Letras había grupos que preconizaban el viaje a lugares remotos y el retiro a enclaves entonces fuera del tiempo, como Formentera o la Alpujarra. También la experiencia con las drogas lisérgicas y el viaje interior. Apenas habíamos salido del nido y el corazón nos bombeaba a tope.

En Les Gavarres (foto de Jordi Sardá)

Paco me preguntó por mi opinión sobre la homosexualidad. Eran los comienzos del *gay power*. De la aparición del *Transformer*, de Lou Reed, y de la salida del armario de David Bowie, a quien Angie, su mujer, acababa de sorprender en la cama con Mick Jagger, hasta entonces paradigma de la masculinidad y que ahora se maquillaba sin tapujos. El *gay power* era el último movimiento rompedor. Me contó que muchos amigos curiosos, considerados como «heteros», comenzaban a tener experiencias con otros hombres, sobre todo cuando estaban colocados. Paco sostenía que, aunque en principio no le atraían los hombres, si algún día llegaba a sentir atracción por uno se dejaría llevar sin que le importaran las habladurías.

Hubiera sido el momento de confesarle mi homosexualidad. A pesar del escarceo con mi amigo Miguel y la experiencia con Luis en

Wight, estaba todavía encerrado en mi concha. Me enamoré perdidamente de un amigo, a quien llamaré Antonio, de una manera enfermiza y no correspondida. Fueron tiempos de efímera felicidad y también de sufrimiento silencioso. Poco a poco, fui distanciándome del resto de amigos y de la vida intensa de la Barcelona de principios de los setenta, unos pocos años antes de que aparecieran revistas como *Ajoblanco* o *Star*, que se harían eco de la cultura y el mundo underground.

Una noche, Paco quiso saber qué me ocurría y vino a buscarme en su dos caballos para ir a charlar y fumar un porro a la Carretera de les Aigües, en la falda del Tibidabo, con la vibrante Barcelona a nuestros pies. Paco me sugirió que rescatara el Land Rover que languidecía de nuevo en un garaje y lo pusiéramos a punto para ir a la India. Además, teníamos el contacto de Javier, el amigo de la isla de Wight, que nos esperaba en Cachemira. Paco aseguraba que podríamos ganar dinero para ir subsistiendo a la vuelta con la artesanía india, que estaba muy cotizada. Era el momento de contarle el calvario por el que estaba pasando con aquel enamoramiento que no conducía a nada. Una vez más desaproveché la oportunidad de sincerarme con el amigo más fiel que tenía, y callé. No podía cumplir mi sueño de viajar a la India. Estaba atrapado en una gigantesca tela de araña.

Dejé de frecuentar a Paco porque mi infeliz relación con Antonio era excluyente. Mi vida acabó confundiéndose con la de él. Íbamos a todos los conciertos, tanto de música clásica como de los grupos alternativos que comenzaban a visitar Barcelona y, en ocasiones, salíamos de la ciudad e incluso dormíamos en la misma cama, pero yo, temiendo el rechazo, no me atrevía a dar el primer paso. Antonio venía a verme todos los días y si se retrasaba, yo sufría. Como en un relato obsesivo de Dorothy Parker, estaba siempre pendiente del teléfono. A veces pasaba de noche por debajo de su casa y dirigía la mirada hacia su habitación iluminada. La situación llegó al borde del colapso.

Una noche tuve un sueño erótico en el que mi amigo se me entregaba. Al despertar sentí una profunda tristeza y comencé a llorar sin consuelo. Cuando conseguí calmarme acudí a mi padre, lo abracé y se abrieron otra vez las compuertas del llanto. Le dijo a mi madre que fuera a dormir con mis hermanas y ocupé su lugar en la cama. Estuvo muy receptivo y cuando logró que me calmara, le conté lo que me ocurría.

Me dijo que fuera con cuidado porque si seguía por ese camino podría darse el caso de que, con el tiempo, mi amigo acabara con una mujer y entonces, ¿qué iba a hacer yo? Me sorprendió su reacción. No me estaba juzgando, a diferencia de los padres de amigos que pasaron por situaciones parecidas, como sabría años después. Mi padre temía

que me convirtiera en un desgraciado. Me estuve sincerando durante horas, y cuando amanecía me dijo: «Si quieres, se puede curar». Como si se tratara de una enfermedad, que era lo que se creía en muchos círculos en aquella época.

Me contó que el hijo de un amigo suyo había seguido un tratamiento y ahora estaba casado y con hijos. Logré dormir un rato y, cuando se vestía para ir a trabajar, me dijo que prefería contárselo él mismo a mi madre. Y ambos se comportaron luego como si la conversación nunca hubiera tenido lugar, una reacción típica de la burguesía de aquella época. Yo estaba roto por dentro. En realidad, yo no me quería «curar». No quería llevar una vida convencional de casado con una chica de buena familia, y con un puesto destacado en un banco o en una empresa, como le hubiera gustado a mi padre. Solo pensar en ello, me ponía aún más enfermo. Quería vivir a tope la época que me había tocado. Descubrir mundos y experimentar, pero había caído en un profundo agujero emocional del que necesitaba salir para proseguir mi descubrimiento personal. Me regresaron entonces los episodios de parálisis del sueño y las visiones hipnagógicas. Estaba tan confundido que necesitaba ayuda externa. Pero yo no quería dejar de ser homosexual, quería que Antonio, el amigo del que me había enamorado, me correspondiera, y eso parecía imposible. Quizá en lugar de un médico lo que yo necesitaba era en realidad un hechicero que me preparara un bebedizo.

Al día siguiente, nada más despertar, llamé a Antonio y fuimos a un parque que había junto a su casa. Sentados en el murete de un estanque, mientras los peces rojos evolucionaban en el agua, le dije lo que sentía. Decidí dejar de verle. Regresé llorando a casa con la mirada en el suelo. ¿Por qué tenía tan mala suerte? Luis, tras los escarceos en la carpa psicodélica de Wight, había actuado como si no hubiera existido nada entre nosotros, al igual que Miguel, que siempre me había buscado sin atreverse, y yo tampoco, a dar el primer paso, y que cuando se produjo aquella aproximación en la triste comuna del Atlas, me repudió a las pocas horas; o el mismo Antonio, que me asediaba con una amistad enfermiza que me estaba volviendo loco. ¿Por qué no podía vivir bonitas historias de amor, como Paco, por ejemplo, que siempre andaba enamorado de alguna chica interesante y era correspondido o como Marta a la que nunca le faltaban solícitos novios? De regreso a casa me aguardaba mi padre. Me explicó que había hablado con un amigo médico y que me esperaba un psiquiatra esa misma tarde.

El gabinete era oscuro, con muebles anticuados. El médico era un hombre bajito con perilla. Tenía mal aliento y escaso atractivo personal. Me dijo que antes de comenzar el tratamiento debía asegurarse de que yo era del todo homosexual, porque no era

infrecuente que, a esas edades, dos chicos se «enamoriscaran» el uno del otro y podía tratarse de algo circunstancial. Yo no sabía que una parte del tratamiento era a base de descargas eléctricas, los llamados electroshocks. Te ataban a una camilla, te ponían electrodos en las sienes y te colocaban un pedazo de goma en la boca para que no te mordieras la lengua. Te mostraban vídeos pornográficos masculinos y, cada vez que sentías excitación sexual, te aplicaban una descarga eléctrica.

Comenzamos la primera fase del tratamiento. Yo me tendía en una camilla, le ofrecía el brazo izquierdo y él buscaba una vena y me inyectaba Pentobarbital, un barbitúrico muy potente considerado el suero de la verdad. Entonces bajaba la intensidad de la luz y me dejaba a solas largos minutos.

Nada más sentir el fluido en las venas, me invadían una paz y un bienestar parecidos a los de la heroína. Cuando el médico regresaba a la habitación, me hacía hablar de mi vida, de la relación con mis padres, del colegio y de mi triste sexualidad. Después de las sesiones, yo solo recordaba retazos de lo que le había contado. Y al cabo de un tiempo, no recordaba nada.

Dudo que mi padre supiera en qué consistía con exactitud el «tratamiento», porque de ser así jamás lo habría permitido. Él creyó sin duda que mi homosexualidad era pasajera. Una atracción por un amigo, algo que no era raro en la adolescencia tardía, que con el tiempo pasaría. Mientras, el psiquiatra podía ser de ayuda para «encauzar» mi regreso al camino natural.

Aquel hombre me atiborró a pastillas. Tryptizol y Rivotril para dormir, Anafranil para levantarme y Tranxilium o Valium por si sentía angustia a lo largo del día. Durante casi un año anduve como un zombi, sin apenas leer ni poder concentrarme en los estudios. Se me trababa el habla y muchas palabras no acudían a mi mente. El psiquiatra me puso deberes. Era la última prueba. De no superarla, pasaríamos a la siguiente fase. Las descargas eléctricas. Tenía que ir a discotecas y ligarme a mujeres. No funcionó. No podía ir a la caza de nadie. Necesitaba, como mínimo, el juego de la seducción.

El día previo a la primera sesión de descargas pasé la noche en blanco. Por más pastillas que tomara, no lograba pasar de un duermevela. Era consciente de que mi homosexualidad había dejado de ser un problema. Mi problema era que la persona a quien quería no me correspondía y, como en las letras del flamenco o del blues, se trataba de una dolencia que ningún médico podía curar.

Me levanté y recorrí a pie todo el Ensanche y las Ramblas hasta llegar al muelle donde estaban atracados una reproducción de la carabela *Santa María* y el famoso junco *Rubia*, en el que un grupo de aventureros había venido desde Hong Kong a finales de los cincuenta.

Sentado en las gradas, me quedé absorto ante las luces que se reflejaban en el agua. El olor del puerto me llevó al pasado, cuando de pequeño navegaba con mi padre y el señor Berdugo. Yo jugaba a distinguir las banderas de los países en la popa de los barcos y a leer los nombres de los puertos de procedencia: Bombay, Monrovia o Mombasa. Me gustaba ver a los marinos encaramados en un tablón pintando de minio los viejos cascos o cuando ponían en marcha las gigantescas hélices, provocando un gran remolino de agua sucia. *KEEP AWAY FROM THE PROPELLERS*! (¡MANTÉNGASE ALEJADO DE LAS HÉLICES!), estaba escrito con grandes letras en la popa, y yo me estremecía al pensar lo que le ocurriría a alguien que cayera al agua y fuera atraído por las enormes palas. ¡Cómo me hubiera gustado embarcarme en uno de aquellos barcos a otras aguas más cálidas para no regresar jamás!

Sonó la sirena de un barco tirado por un remolcador, y recordé las palabras de niño, cuando me sentía atrapado y quería desaparecer: «¡Un día me iré y no me veréis más!». Al amanecer, me levanté y, Ramblas arriba, enfilé hacia el centro. Mientras observaba cómo los barrenderos regaban el pavimento, decidí no regresar al consultorio del psiquiatra. Ni siquiera lo llamaría para anular la cita. Lo primero que haría al llegar a casa sería tirar por el váter todos aquellos hipnóticos, ansiolíticos y antidepresivos que me estaban transformando en una sombra de mí mismo. Ya pillaría hachís en cualquier antro del «Chino» para combatir el mono de tanta pastilla.

Necesitaba contarle a alguien lo que me sucedía. Mi padre, desde mi confesión, se mostraba huidizo, convencido de que estaba en las buenas manos de un profesional. No tenía a nadie en quien confiar. Marta estaba trabajando en Nueva York. Dudé en llamar a Paco, que como yo había regresado por un tiempo de pobres resultados con nuestros *bisnes* al redil familiar. Temía que contestara su madre, antes de la misa matutina, o peor aún, su padre, el teniente coronel. Por suerte, mi amigo, que venía de una juerga, cogió enseguida el teléfono. Le pedí que huyéramos a la India cuanto antes. Se quedó tan entusiasmado que vino de inmediato para fijar los planes.

Nos encontramos en el Estudiantil, un bar de la plaza Universidad que no cerraba nunca, frecuentado por estudiantes y «gentes de mal vivir». Enseguida pensamos en Manuel Pijoan, un amigo común que siempre nos hablaba del malditismo de Kenneth Anger y del brujo Alister Crowley. Lo conocíamos de noches de farra en Les Enfants Terribles, un antro del Barrio Chino que había tomado el nombre de la novela de Jean Cocteau. Las paredes estaban decoradas con grandes pósters de la generación maldita de rockeros que murieron a los veintisiete años: Brian Jones, Janis Joplin, Jimi Hendrix o Jim Morrison. Recuerdo también una turbadora foto de Mick Jagger en

Performance, maquillado de buscona, con una gran peluca negra y sus famosos morros pintarrajeados de rojo. En aquel local acabábamos muchas noches agitando la cabeza a espasmos y tocando guitarras imaginarias a la manera de Hendrix, antes de acudir de madrugada a una panadería cercana a comer cruasanes recién horneados en compañía de locas, prostitutas, chaperos, *vedettes* ajadas y transformistas del Paralelo cuya gloria se había marchitado hacía tiempo y que actuaban en la Bodega Bohemia.

Manuel tonteaba con Sybille, la hija del cónsul de Francia en Barcelona que, en ausencia de sus padres, montó una fiesta con los que llamaba con cursi displicencia «*mes petits amis de la bohême*» (mis amiguitos de la bohemia), en el palacete de Pedralbes donde residían. Manuel y yo nos propusimos rodar una película en aquella mansión con amplias salas que se abrían a un jardín francés. Le dimos el pretencioso título de *Judas es constante*, inspirado en *Dante no es únicamente severo*, de mi primo Jacinto Esteva. Pero ahí acababan los paralelismos con la Escuela de Barcelona, porque en vez de en Antonioni pensábamos en las cintas underground que habíamos visto en los festivales al otro lado de la frontera. Los experimentos de Paul Morrisey y Andy Warhol, con Joe D'Alessandro; *La Cicatrice intérieure*, con Nico, y el inquietante Pierre Clementi; *200 Motels*, con unos enloquecidos Frank Zappa y Keith Moon; o *Pink Flamingos* de John Waters.

Judas es constante sucedía durante una representación de un *tableau vivant* de la Santa Cena en casa de unos aristócratas, cuando irrumpía Patricia Hearst con el Ejército Simbiótico de Liberación y se enfrentaba a una brigada de transexuales maoístas dispuestas a robar una réplica del Santo Grial. Todo acababa con una masacre final de aristócratas y actores. A falta de un guion convencional, contábamos con litros de zumo de tomate a modo de sangre.

El cámara era Josep Pascual, metido de lleno en el mundo del cine y del teatro alternativo, que vivía un momento de eclosión. La música ya la habíamos grabado con anterioridad y era una improvisación a la manera de William Burroughs y sus *cut-up*. Destrozamos un recetario de comida tradicional catalana de la abuela para crear un disparatado texto con inquietantes y nuevos significados. Enrique Valls atacaba con brío las teclas del piano e Yvette Montsalvatge improvisaba enloquecida sobre los *cut-up*. Mientras, otros repetíamos las palabras que al azar nos llamaban la atención y percutíamos las cuerdas metálicas del piano con cualquier objeto.

En Calella, Enrique Valls, con su melena a lo Jimi Hendrix, solía vestirse con una chilaba de color salmón y sacaba a la calle un pequeño clavicémbalo en el que tocaba, bajo una acacia frente a su casa, variaciones atropelladas del *Clave bien temperado*. No se lo

pensábamos decir, pero iba a ser el Jesucristo de la película. Ninguno de los personajes contactados, algunos actores amigos y otros de teatro experimental, conocían el papel que interpretarían porque buscábamos a propósito el caos. Sin embargo, la víspera del inicio del rodaje, nuestro cámara Josep Pascual fue detenido y encarcelado y en mi casa se produjo un registro policial.

A principios de los setenta, las autoridades franquistas se hallaban superadas por una nueva disidencia sin consignas políticas explícitas, un tipo de subversión que no estaban acostumbradas a reprimir. En realidad, se trataba de una revolución personal contra la asfixiante moral preconizada por la Iglesia y el Régimen. No sabían cómo actuar y decidieron preparar una enorme redada para escarmentar a aquella juventud díscola. Barcelona vivía entonces una eclosión alternativa que renacería de sus rescoldos unos pocos años después con el fin del dictador. Era la época de los festivales de música progresiva del Salón Iris, un antiguo ring de lucha libre donde confluían hippies, porreros, anarquistas, comuneros y bohemios de todo pelaje. Actuaban grupos de música progresiva como Máquina, con sus interminables solos, y los sevillanos Smash, atacando con brío el *Purple Haze* de Jimi Hendrix. Otros, en la órbita de la Incredible String Band, hacían folk psicodélico, como Música Dispersa o Pau Riba. Olía a porros. Era un lugar demasiado libre para aquella época y las autoridades decidieron reprimir a toda costa aquella insumisión pacífica. Los conciertos acababan siempre con carreras, enfrentamientos y disturbios, hasta que fueron prohibidos el día que tenía previsto actuar el grupo británico Free, que entonces despegaba con fuerza.

Según me contaría el propio Josep, en aquella época la Oficina de Narcóticos y Drogas Peligrosas de Estados Unidos, la predecesora de la actual DEA, había desmantelado junto a la inteligencia francesa la llamada *French Connection*, y Estados Unidos temía que las actividades delictivas se trasladaran a la costa española. Entrenaron a la Policía Nacional, con escasos resultados, por lo que decidieron que un cuerpo especial de la Guardia Civil se ocupara de la represión del tráfico de estupefacientes. Estábamos en las postrimerías del franquismo y la Benemérita temía lo que estaba sucediendo en Barcelona, con aquella eclosión de movimientos políticos y artísticos alternativos. Decidieron utilizar la excusa de la droga para atajar de cuajo la disidencia. Lo que preocupaba sobre todo al *Sistema*, como se decía entonces, es que ya no se trataba tan solo de jóvenes de los barrios obreros sino también de la burguesía, que estaban, a su manera, haciendo su revolución, ya fuera en la política o en las costumbres.

Josep me contó que confidentes de la Guardia Civil iban a los bares de alterne y se hacían pasar por compradores de droga. En uno de esos

locales les hablaron del Putas, un camello de poca monta que frecuentaba, con otro apodado el Chino, los círculos alternativos. Mi amigo cometió el error de dejar que el Putas escondiera unos ácidos en la terraza comunitaria de la casa de sus padres. Un veintiocho de diciembre, fecha que a ninguno de los implicados se le olvidará porque era el de los Santos Inocentes, la Guardia Civil hizo una gran redada en Cadaqués, deteniendo a toda la gente de aspecto inconformista. Yo acababa de dejar aquel pueblo, donde había pasado un par de días con los activistas de Aniceto Císcar, con quien nos habíamos reconciliado. Ya estábamos en la carretera de las interminables curvas cuando se produjeron las detenciones. Alguna desfavorable conjunción de astros se debía de estar produciendo, porque en aquellas horas la policía estaba poniendo patas arriba la casa de mis padres buscando drogas incluso en los cajones de ropa interior de mi madre y de la abuela. Cuando llegué casi de madrugada, contento y sin saber nada de lo ocurrido, mis padres, mi abuela y mi hermana Montse, me esperaban con caras largas. El piso estaba hecho un desastre, los cajones abiertos y la ropa esparcida por el suelo. Quien más, quien menos, todos trapicheábamos algo en aquellos círculos, aunque fuera para pagarnos los porros. Yo tenía escondido hachís en tubos de ensayo cerrados herméticamente y enterrados en la arena de uno de mis acuarios. Aquello me salvó. Yo debía de figurar en alguna de las agendas de sospechosos y mi casa estaría bajo vigilancia, porque cada tarde venían muchos amantes de la música ya que tenía una gran colección de LP de mi etapa de pinchadiscos. Josep Pascual y sus amigos del teatro solían dejarse caer de vez en cuando. También Gay Mercader, que me recordaba al actor maldito Pierre Clementi y que llegaría a ser el gran promotor de conciertos y amigo de Keith Richards.

Mi padre estaba furioso porque temía que le encontraran documentos de apoyo a causas catalanistas, un par de escopetas de caza sin declarar y unas monedas de oro sin factura que nos compró a cada hijo con motivo del aterrizaje en la Luna. A la muerte de mi padre nunca encontramos «las monedas de los astronautas», que desaparecieron sin duda durante aquella redada. A veces he llegado a pensar que mi padre consideró aquella sustracción como el pago tácito por la tenencia de armas y los papeles políticos y para evitar que el registro fuera a más. Quizá también para evitar que me detuvieran en el futuro con cualquier excusa peregrina, como solía suceder en aquella época.

Me sorprendió que a Paco no le ocurriera nada, cuando, por su carácter más expansivo que el mío, debía de figurar en todas las listas de sospechosos. Tampoco pasarían inadvertidos nuestros pequeños *bisnes*. Mi amigo me dijo que era debido al terror que tenía la policía

de indisponer al Ejército, al ser su padre teniente coronel. Su detención, por no hablar del registro en la casa familiar, donde siempre guardaba algo de hachís para pequeños trapicheos, habría supuesto un descomunal escándalo.

A los detenidos les pegaron y torturaron. La Guardia Civil pretendía dar la impresión de estar realizando una espectacular operación para combatir el tráfico de drogas y la lucha contra el Régimen. Además, el Putas, que también estaba entre los detenidos, se asustó durante los cacheos y se tragó los pocos ácidos que llevaba encima. En su delirio, sin que ni siquiera lo torturaran, confesó que en la terraza de los padres de Josep Pascual guardaba un pequeño alijo.

De madrugada, la policía se presentó en la casa de Josep sin orden de detención, y ante sus aterrados padres, le colocaron una pistola en la sien al grito de «¡Hijo de puta!, ¡vístete de una vez! ¡Os vamos a cortar los cojones!». Mi amigo se creía en una pesadilla. En el ascensor le pegaron dos puñetazos en el estómago que por momentos le hicieron perder el sentido. Lo arrastraron hasta el furgón y fueron a por más sospechosos, como si formaran parte de una banda terrorista que se financiara con el tráfico de drogas. En la Dirección General de Seguridad le colocaron una bolsa de plástico para sofocarle, le colgaron de una barra, le rompieron la nariz de un puñetazo y le aplicaron descargas eléctricas en los testículos, pero Josep poco tenía que contar, porque se trataba de un montaje del Régimen para mostrar su determinación ante una disidencia que estaba perdiendo el miedo. Años más tarde se encontró con uno de sus torturadores, el que le había roto la nariz, en un lugar de moda de Ibiza y no sintió ninguna animadversión.

Lo internaron por un tiempo en una celda de observación, junto a el Chino, en la prisión Modelo de Barcelona y al cabo de tres meses lo trasladaron a la de Guadalajara, donde las condiciones eran mejores. Estuvo encerrado un año y medio. Cuando por fin, al cabo de seis años, se celebró el juicio, la mayoría salieron absueltos. El único propósito de aquella ola represiva había sido atajar de cuajo cualquier atisbo de insurrección proveniente del mundo contracultural o alternativo. Todo aquello fue una gran pantomima montada con la excusa de los quince o veinte ácidos del Putas, de quien la mayoría de los detenidos ni siquiera había oído hablar. Por suerte no encontraron el hachís escondido en mi acuario, pues sin duda yo habría corrido la misma suerte que mi amigo Josep.

Semanas después del registro policial en la casa familiar, la situación con mi padre seguía muy tensa, y para colmo yo estaba pasando por un terrible síndrome tras cortar en seco aquella fuerte medicación del psiquiatra. Por si fuera poco, Antonio, a quien no veía desde hacía tiempo, me llamó para decirme que no quería perderme.

Pretendía reanudar aquella enfermiza relación, como si nada hubiera ocurrido. Era el momento de poner de una vez por todas tierra de por medio. El viaje a la India ya no podía esperar más.

Paco, Manuel y yo decidimos llamar a Carlos Mir, que estaba loco por el cine, y al arquitecto Xefo Guasch, que más tarde haría vídeos experimentales de la *movida* de las Ramblas y alojaría en su piso comuna a un joven Almodóvar. Estaba decidido. Viajaríamos en el mismo Land Rover que nos había llevado por África con Marta. Los mecánicos nos advirtieron de que el vehículo estaba hecho una piltrafa. «Os dejará tirados», reían, pero no nos importaba. Cuando eso ocurriera, lo venderíamos como chatarra. Sin embargo, tal como nos dijo un veterano de la ruta de la India, debimos hacernos con el *Carnet de Passage*. No sabíamos cuándo íbamos a regresar. «Si regresamos», puntualizaba siempre Paco. Unos días antes de la partida, Manuel nos dijo que al menos durante un par de semanas nos acompañaría Sybille, la hija del cónsul de Francia en cuyo palacete habíamos previsto rodar la fallida *Judas es constante.*

9

LE GRAND TOUR

La India era la meta de muchos jóvenes inquietos de la época, que emprendían el viaje utilizando transportes públicos, camionetas Volkswagen o destartalados vehículos todoterreno. Otros viajaban en autobuses de colores, llamados Rainbow o Magic Bus, que salían de Londres, Ámsterdam o incluso de la calle Vergara de Barcelona y llegaban hasta Katmandú, la capital del Nepal.

Se trataba de una peregrinación hippie que, al menos la primera vez, debía hacerse por tierra. Así como en los siglos XVIII y XIX el viaje a Italia para conocer sus maravillas artísticas y paisajísticas era considerado el *Grand Tour* por los inquietos de la época, la ruta de la India era el Gran Viaje de la segunda mitad del siglo XX.

Las lecturas de Herman Hesse, Alan Watts o Allen Ginsberg alentaban el periplo, así como el libro de Nicolas Bouvier *L'Usage du Monde*. Para algunos, la estancia de los Beatles en Rishikesh, en el Himalaya hindú, había supuesto un aliciente importante. Gente mayor que nosotros ya había pasado largas temporadas y volvían entusiasmados con las montañas del Himalaya, los ascetas hindúes y la espiritualidad que decían haber encontrado. Otros nos hablaban del hachís y del opio y de las relaciones que se establecían con otros viajeros que daban pie a una red de alojamientos recíprocos tras el regreso a Europa.

Nos contaban que la vida era muy barata y que con apenas cincuenta dólares se podía vivir durante todo un mes. Esas conversaciones nos hacían soñar. Es difícil verlo con los ojos de hoy. Muchos jóvenes, influenciados por el Mayo del 68 y la cultura underground, buscaban un mundo diferente. En España, además, teníamos el régimen franquista, con su privación de libertades y los valores fascistas que pretendían doblegar a una generación inconformista que ya no estaba dispuesta a acomodarse, como sin remedio hicieran sus progenitores, ni tampoco a abrazar las causas marxistas de sus hermanos mayores.

Precisamente fue nuestro desafortunado cámara, Josep Pascual,

una de las personas que más me incitó a hacer el viaje. Me contó que había viajado a la India en busca de respuestas al sin sentido de la existencia y que, cuando estaba a punto de tirar la toalla, le hablaron de un gurú que vivía en un glaciar. Tras una caminata de días por el Himalaya se encontró ante un hombre desnudo, en posición de loto, con una barba que le llegaba al pecho, tan reseco y quemado por el sol que parecía una momia. Se sentó frente a él y le pidió que le revelara el sentido de la vida. Josep me dijo que la respuesta le desconcertó y que ya hablaríamos del tema a mi regreso de la India pues era algo muy personal y no quería influenciar en mi búsqueda. Le contesté que yo no estaba buscando nada, que iba al encuentro de algo que no sabía qué era y ni siquiera de eso estaba seguro.

El viaje por tierra a la India no era en absoluto un paseíllo. Aparte de las grandes incomodidades materiales, no dejaba de suponer un riesgo e implicaba valentía, habida cuenta de los numerosos países que se debían atravesar, muchos de ellos políticamente inestables, y el peligro de robos, enfermedades, violaciones, estancias en prisión y otras grandes dificultades. Años más tarde, rememorando aquel viaje, todos coincidimos en que cambió nuestras vidas.

* * *

Salimos a principios de junio de 1973 y nada más llegar a la Junquera fuimos retenidos varias horas por la Guardia Civil. Éramos cinco melenudos con una joven francesa que además llevaba pasaporte diplomático y hasta que no localizaron a su padre, en aquella época sin móviles, no nos dejaron continuar.

Sybille, para no ser la *pauvre fille riche* (la pobrecita niña rica), como decía ella, no dejó que nadie tocara el volante hasta llegar a Bulgaria. Los extranjeros que cruzaban el país debían comprar bonos de combustible a precios abusivos en la frontera, donde la cola, sobre todo de camiones que se dirigían a Turquía, era interminable. Decidimos arriesgarnos y repostar más adelante.

Proseguimos por una sucesión de llanuras surcadas por tractores conducidos por campesinas que cubrían sus cabezas con pañuelos de colores. Aquí y allá se veían pequeños pueblos de casitas de madera y de vez en cuando algún monasterio ortodoxo. Casi de madrugada, paramos en un lugar desolado de la cordillera de los Balcanes donde había una gasolinera. En el surtidor nos dijeron que sin los bonos no nos suministrarían combustible y que debíamos regresar a la frontera, pero estábamos ya en reserva y además no era cuestión de desandar el camino. A las ocho de la mañana hablarían con un funcionario para tratar de solventar el problema. Todos estábamos muy cansados. Apenas habíamos parado desde que salimos, dormitando en el Land

Rover o en las áreas de descanso de las autopistas.

Debíamos de estar en un lugar alto ya que, pese a encontrarnos en verano, hacía fresco. Olía a bosque. Salí y estiré las piernas. Se oía el ulular de una rapaz nocturna que Manuel identificó entusiasmado como un búho real. A lo lejos, en la carretera, distinguimos un edificio y, aunque varias de las letras de neón en alfabeto cirílico estaban fundidas, se trataba sin duda de un hotel.

En la recepción todas las llaves colgaban en sus casillas. Tocamos el timbre de mesa, pero nadie acudía. Colgado en la pared, el retrato del dictador comunista Tódor Zhívkov nos observaba con severidad. Sybille percibió una música distante y, siguiendo su rastro, atravesamos un desangelado comedor con sillas volteadas sobre las mesas que olía a zotal y a col hervida.

Llegamos a las puertas de cristal opaco de un salón que nos trasladó a otro tiempo. La estancia, llena de humo y apenas iluminada con una luz aceitosa, olía a cerveza. Frente a un estrado había dispuestas algunas mesas. Casi no había público, solo algunos borrachines que no prestaban atención a la orquestina de mujeres de mediana edad disfrazadas de marineros con camiseta a rayas y boinas con borla roja. Tocaban valses y canciones patrióticas con acordeón, saxo, contrabajo y una batería que parecía de juguete.

Cuando las mujeres nos vieron, perdieron el compás por unos segundos y todos nos observaron como si vieran una aparición, para acto seguido mirarnos de reojo. Sonrientes, tocaron, por deferencia a nosotros, *Volare*, una vieja canción del Festival de San Remo. Quedamos hipnotizados por aquel ambiente. De vez en cuando, alguna de las mujeres dejaba el acordeón o el saxo en una silla y bajaba del estrado a beber vodka sentada sobre un campesino bigotudo. Más de uno acababa con *rouge* en los labios.

Al cabo de un rato entraron dos extranjeros con pinta de músicos de rock alemán, que era lo más rompedor entonces, con chaquetas de cuero, tejanos gastados y camisetas estampadas con la imagen del conocido personaje alcanzado por un rayo que advertía sobre el peligro de electrocución. Se dirigían a Teherán. Iban de *speed*, que nosotros rechazamos cuando nos ofrecieron, pues lo nuestro era la hierba y el hachís y no las anfetaminas.

Por suerte, les sobraban unos pocos bonos de combustible y nos dieron los suficientes para llegar a la frontera, a cambio de unas cervezas, unos platos de carne en salsa y col agria recalentada. Intercambiamos unas cintas de Bowie, que ya me estaban hartando, por otras de Amon Düll, Can y Neu. Uno era sueco y el otro alemán y hacían negocios, imagino que turbios, en la cosmopolita Teherán del Sha, que en aquella época era un imán para buscavidas y aventureros.

Al día siguiente llegamos a Estambul, que aún no era la gran

metrópoli de hoy sino una ciudad acogedora y con fuerte carácter. Recuerdo las casitas de madera que parecían dachas rusas y los cafés populares, con hombres de grandes mostachos que tomaban café *à la turque* y aspiraban con fuerza el humo que producía sonoros borbotones al filtrarse en la pipa de agua o *shisha*. Los limpiabotas, con sus bellas y decoradas cajas de bronce, llamaban la atención de los clientes golpeando el cepillo sobre el metal. En las calles de los barrios populares se veían estibadores que cargaban a la espalda pesados fardos, incluso frigoríficos. Abundaban los gatos callejeros, grandes y limpios, que campaban a sus anchas. Los tenderos les dejaban platitos con restos de comida y agua. A veces, sentado en un café escribiendo en mi diario, uno de aquellos gatazos me saltaba sobre el regazo y me exigía caricias con insistentes ronroneos. Los gatos rubios y los de tres colores eran los más cariñosos. Luego supe que los primeros acostumbraban a ser machos y los otros, hembras. Estambul es la ciudad de los gatos.

Construida sobre colinas que se alzaban a ambas orillas del Bósforo, las vistas, desde cualquier punto elevado de la ciudad o junto al agua, eran sorprendentes. Destacaban las cúpulas de Topkapi, el antiguo palacio de los sultanes, las mezquitas y la bóveda y los minaretes de Santa Sofía, sobre un mar de un intenso azul con un continuo desfile de barcos entre el Mediterráneo y el mar Negro. La ruta que siguieron los argonautas de Jasón en busca del vellocino de oro hace casi tres mil años.

Junto al agua, en un barrio apartado, se alzaban numerosos palacios otomanos pintados de tonos pastel. Los transbordadores cruzaban sin descanso el brazo de mar o surcaban el litoral con populares melodías turcas a todo volumen, y en la popa, las rojas banderas turcas con el creciente lunar ondeaban al viento, mientras una nube de gaviotas se disputaba los restos de comida que les arrojaba la tripulación. El primer puente que uniría Europa con Asia estaba aún en obras, y cada mitad de la ciudad, a caballo entre los dos continentes, conservaba una fuerte identidad.

Me llamaron la atención los seguidores de Atatürk, el padre de la Turquía moderna, que se reunían cerca de algunos monumentos luciendo orgullosos sus condecoraciones y sus poblados mostachos. Callejeamos entre tenderetes de *kebab*, en los que colgaban ristras de carne de cordero, cebollas, tomates y pimientos, o entre puestos de pescado en los que descansaban sobre hielo picado salmonetes, sardinas y pargos rojos de ojos relucientes que los tenderos se esmeraban en refrescar con agua helada. El humo de las brasas se mezclaba en el ambiente y abría el apetito. En los restaurantes flotantes, las familias comían sardinas especiadas y tajadas de dulce sandía mientras pasaban barcazas con gente que cantaba.

Por fin habíamos llegado a la puerta de aquel Oriente soñado desde la infancia. Paco y yo recordamos nuestras conversaciones en la «Carretera de les Aigües», con las luces de Barcelona a nuestros pies, cuando queríamos huir y partir a la India. Pues bien, ahí estábamos. En el magnífico umbral de Oriente, viajando con buenos amigos, lejos de casa y, en mi caso, huyendo también de los amores contrariados. Permanecía en suspenso nuestra angustia por el futuro. Todo quedaba maravillosamente lejos. Nos esperaban tiempos de libertad y de descubrimiento.

El Land Rover comenzó a fallar, se calentaba todo el rato y buscamos un taller para que trataran de arreglar, además, un fastidioso ruido que no auguraba nada bueno. El contratiempo nos iba a retener más de lo previsto. Nos instalamos en la terraza de un hotel con el curioso nombre de Utopía, donde nos encontramos por primera vez con viajeros que se dirigían a la India. Era lo más parecido a una peregrinación moderna. Nadie sabía con certeza lo que iba a encontrar o cómo la Ruta cambiaría su vida. Eran jóvenes que no querían vivir como sus padres, atrapados, como se decía entonces, en la rueda de las reencarnaciones. En el *samsara* del *Sistema*.

Pronto nos dimos cuenta de que no todo era tan idílico. En el Utopía coincidimos también con numerosos farsantes que hacían el camino. Recuerdo a uno con túnica y barbas de *sadhu*, o asceta hindú, que llevaba un cuenco de cobre en la mano y hablaba copiando los característicos ladeos de cabeza de los indios para reforzar sus palabras. Pretendía hacernos creer, además, que en tan solo cinco meses se había integrado tanto como para olvidar prácticamente su idioma. Nos advirtió de los numerosos hurtos en las pensiones y que no se nos ocurriera confiar en los viajeros occidentales solitarios y demasiado amistosos, pues a menudo se ganaban la confianza de los incautos y acababan robándoles. Parecía que se estuviera describiendo a sí mismo, como confirmamos más tarde cuando nos previno contra él un segundo personaje que, tal como nos advirtió un tercero, estaba colgado. Al parecer, llevaba semanas en el Utopía esperando que el consulado de su país lo repatriara. Muchos europeos se dedicaban a desvalijar a otros.

Algunos hippies del Utopía repetían un patrón que, con excepciones, iba a reproducirse a lo largo de la ruta. Pasaban horas intercambiando información sobre los lugares en que habían estado o que pensaban visitar. No hablaban de la gente, ni de la música tradicional, ni de la arquitectura o de la historia. Solo les interesaban los restaurantes y pensiones más baratos, como si se tratara de una competición sobre quién conseguía viajar por menos dinero, o por la cara, aprovechándose de la hospitalidad de los lugareños. En aquellos ambientes hippies de Estambul atraíamos la codicia de oportunistas y

buscavidas que estaban de vuelta de todo. Por suerte Xefo interrumpió una transacción descabellada que Paco estaba a punto de efectuar comprando dinero afgano a un tipo dudoso sin saber siquiera el cambio oficial. Utopía, el nombre de la pensión, no era desde luego el más adecuado.

Nosotros acabábamos de iniciar aquella ruta, no estábamos maleados y de momento nos quedaba dinero para continuar nuestro periplo acampando al raso, durmiendo en dormitorios colectivos o en pensiones de mala muerte. Disponíamos además de vehículo propio, aunque fuera viejo. Nuestras ropas eran todavía nuevas y occidentales. Aún no presentábamos el desaliño de semanas posteriores. Xefo, el mayor de nosotros, apenas contaría veinticuatro años. A pesar de ser todos muy distintos, nos protegíamos y cuidábamos como hermanos.

Cerca del Utopía estaba aparcada una camioneta Volkswagen pintada de colores al estilo de *Yellow Submarine* que nos llamaba la atención. Una tarde vimos a sus ocupantes, alemanes con ropas indias. Saltaba a la vista que no era la primera vez que hacían aquella ruta. Quisimos saber si nos podían recomendar algún lugar apartado y especial, pero nos miraron con la displicencia que a veces muestran los teutones. Nosotros éramos unos recién llegados, unos *parvenus*. Dijeron que iban a un lugar paradisíaco pero que no pensaban desvelar el nombre.

En la plaza de Sultan Ahmed, no muy lejos de la Mezquita Azul, había un café frecuentado por hippies y viajeros. Allí se intercambiaba información, gracias a un tablón de anuncios, y también libros de Huxley, Watts, Castaneda o de los *beats*. Paco era quien disfrutaba más con todo ello. A mí me interesaban la historia y la antropología de los lugares que iríamos recorriendo. No eran las ideas hippies lo que me impulsaba hacia la India, no buscaba el sartori o iluminación, sino la persecución de los sueños de la infancia. Una India idealizada que me hacía soñar desde niño cuando leí *El libro de la selva*, o cuando vi *La tumba india* o *El tigre de Esnapur* con mi amigo «agitanado» en el casino de El Figaró. Me habían impactado las fotografías de mi libro fetiche, *Les merveilles du monde*, que mi padre trajo a casa una tarde. A diferencia de Paco, a mí no me seducían Gurdieff ni las sabidurías orientales. Tantos años de religiosidad impuesta habían hecho de mí un descreído, inmune a cualquier tipo de espiritualidad dirigida. Era sin duda Paco quien apreciaba más los libros como *Siddharta*, de Herman Hesse, sobre la vida del joven Buda, o los de Krishnamurti, que a mí, aunque no me atrevía a confesarlo, me daban una pereza inmensa.

Era común entre hippies y alternativos tomar drogas para ir a un concierto. Colocarse con un ácido y asistir a una proyección de *2001, una odisea del espacio* era un clásico. Por aquel entonces se

desconocían muchos de los efectos de las drogas, que aún seguían teniendo un halo místico. Filósofos, escritores, artistas, músicos y científicos, atraídos por el aspecto introspectivo de sustancias que permitían llegar a territorios mentales vedados en el estado de vigilia, habían experimentado con el LSD antes de que fuera prohibido y pasara a ser elaborado, como la mescalina, en laboratorios clandestinos, con el enorme peligro de no poder controlar su contenido o calidad. Era una época ingenua, en que la culpa de todo se echaba al *Sistema* y a su empecinada lucha contra la *revolución pacífica*. La falta de información hizo que mucha gente se quedara colgada para siempre de los ácidos, o de la heroína, con el romántico aire de malditismo que le proporcionaron grandes adictos como Keith Richards, Pierre Clementi, Nico o Lou Reed. Muchos amigos cayeron en la trampa, pagando incluso con sus vidas.

En mis vaporosos recuerdos, Xefo nos ponía en fila y nos «daba de comulgar» introduciéndonos un ácido o una mescalina, según le diera aquel día y el aspecto que presentara cada cual. Los llevaba en pedacitos de papel secante que, a modo de puntos de libro, guardaba en una edición argentina de *Los vagabundos del dharma*. Algo imposible de detectar, entonces, por los sabuesos de las fronteras. Yo tenía cierta aprensión porque un conocido de Cadaqués, con el que tiempos atrás había compartido dormitorio en aquel lúgubre internado de montaña, acababa de quedarse colgado para siempre con un alucinado solo de Hendrix y, al igual que mi admirado Syd Barrett, se había convertido por culpa del ácido en un muerto viviente.

Xefo nos «dio de comulgar» mescalina en la azotea del Utopía antes de salir a visitar Santa Sofía y la Mezquita Azul. La rotundidad de la basílica y su espectacular cúpula impresionaba desde el exterior con sus altos alminares añadidos tras la conquista islámica. Al cruzar la puerta principal quedé aturdido por el gigantesco espacio interior y la cúpula de más de treinta metros de diámetro. Construida como basílica por el emperador bizantino Justiniano, tuvo una influencia decisiva en toda la arquitectura posterior. Los bellísimos mosaicos, con las figuras de Jesucristo y los ángeles sobre fondos dorados, resultaban impresionantes. Pensé en el efecto que causarían a la gente sencilla de siglos anteriores cuando traspasaran el umbral del templo. Debían de pensar que se encontraban ante la divinidad.

Me inquietó el severo Pantocrátor, que décadas más tarde reconocería en los Cristos de las iglesias sicilianas de Palermo y Monreale, de la basílica de Rávena y de la iconografía románica en general. Aquel Cristo inflexible era el del poder y el orden. En el llamado Cristo en Majestad, yo no veía al Jesucristo del amor o la caridad. Tampoco el de la sencillez de las Bienaventuranzas ni el que defendió a María Magdalena de ser apedreada.

Tras la conquista de Constantinopla por los turcos, la basílica fue convertida en mezquita, y en tiempos de Atatürk, a principios del siglo XX, transformada en museo. Destacaban los gigantescos medallones, donde estaban pintados en oro sobre fondo negro, en bella caligrafía *nasji*, los nombres de Alá, Mohamed y los cuatro primeros califas del islam, los llamados *rashidún*. Ante aquellas inscripciones comprendí que la superposición de elementos islámicos no era antagónica; todo lo contrario. Del mismo modo que del hinduismo surgió el budismo, tanto el cristianismo como el islam nacieron del judaísmo. Tras Mahoma, Jesús es el segundo profeta para los musulmanes. Y en aquel estado alterado de conciencia en que me hallaba, tanto aquel islam como cristianismo y judaísmo se me antojaron represores y enemigos.

A pesar de su monumental e incuestionable belleza, me asustó la fuerza de los símbolos que excluían cualquier duda sobre la existencia de Dios. Y así como en las grandes religiones uno puede encontrar un poco lo que busca o ya lleva puesto, del misticismo y el pacifismo a la intolerancia, la potencia avasalladora de aquella gran basílica me incomodó en lo más hondo porque no dejaba lugar al libre albedrío o a la disidencia.

Al atardecer visitamos la Mezquita Azul. Las nubes corrían veloces en el cielo ocultando el sol por largos intervalos y cada nuevo haz de luz que se colaba por las vidrieras descubría sorprendentes perspectivas. Los azulejos refulgían y bajo los efectos del alucinógeno cobraban movimiento como en un caleidoscopio gigantesco. El suelo estaba tapizado de alfombras y del techo pendían, dispuestas en grandes círculos, alargadas lámparas de cristal que parecían flotar en el amplio espacio. A diferencia de Santa Sofía y su severidad, la diáfana Mezquita Azul, con la ligereza de bóvedas y cúpulas y los elegantes diseños de sus azulejos, brindaba una sensación de ensoñación y descanso espiritual. Cada uno de nosotros se separó del grupo para descubrir embelesado y por su cuenta aquel lugar.

Un joven imán recorría el recinto con un incensario que lanzaba al aire nubes de resina olorosa del sur de Arabia. Se oía el murmullo cercano de la oración de un segundo clérigo musulmán que enseñaba a recitar a varios alumnos con las inflexiones propias del rezo coránico, apoyándose bellamente en las consonantes, con los repentinos y largos silencios que dotaban a la plegaria de dramatismo y musicalidad.

Los gatos campaban a sus anchas y fue entonces cuando advertí la especial relación de los musulmanes con aquellos felinos que se paseaban seguros entre los fieles sobre las alfombras de la mezquita. Alguno incluso dormitaba en los escalones del *minbar*, el púlpito islámico desde el que se pronunciaba el sermón del viernes, el día sagrado de los musulmanes.

Estaba acariciando un gato gris, cuando se acercó un joven imán de ojos negros. Me contó que, a diferencia de los perros, animales impuros, los gatos no anulaban la oración si se paseaban entre los fieles y tampoco tornaban impura el agua de las abluciones si bebían de los cuencos. Me explicó que Mahoma adoraba a los animales y tenía una gata llamada *Mueza* que en una ocasión lo salvó del ataque de una cobra. A menudo daba sus sermones con el felino en el regazo, y era tal el cariño que le profesaba, que un viernes, mientras Mueza dormía sobre una manga de la valiosa capa de la oración, el Profeta tomó unas tijeras y cortó la tela para no interrumpir su apacible sueño.

El joven imán me preguntó por mi religión y le contesté que había dejado de creer. Pude ver la sorpresa en su rostro. Descubrí que el ateísmo es algo inconcebible para un musulmán. Cinco veces al día, los muecines de todos los alminares del mundo repiten, desde hace catorce siglos: «No hay más dioses que Dios (Alá) y Mahoma es su Profeta». Y así el mensaje ha calado en lo más profundo de la psique de los musulmanes. El imán me sonrió y me tomó la mano. Me preguntó si iba a quedarme un tiempo en Estambul porque le gustaría ser mi amigo y convertirme en un buen musulmán. Me miraba embobado con una bella sonrisa sin retirar la mano. Me dijo que tenía unos ojos bonitos y extraños y yo pensé que sería por la mescalina, que me habría dilatado las pupilas.

Aquella noche, en la terraza del Utopía, cuando por fin unos hippies dejaron de cantar temas melifluos del *White Album* de los Beatles, nos sorprendió una ensordecedora llamada a la oración desde una mezquita cercana. Al hacerse por fin el silencio, me regresó con fuerza la sonrisa del joven imán y me pregunté si a él le estaría ocurriendo lo mismo.

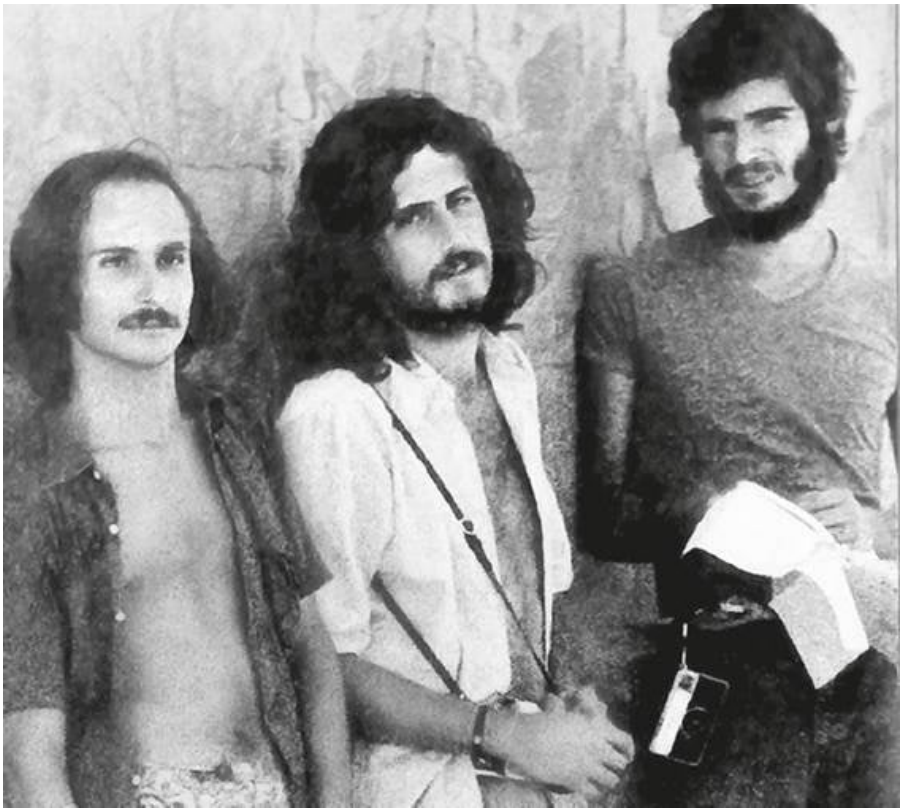
De Estambul proseguimos hacia el mar Negro. Xefo llevaba conduciendo toda la noche y, excepto Manuel, que iba de copiloto, los demás dormíamos. Al amanecer, nos despertó Manuel: «¡Para, para! ¡Es Hatussas, la capital de los hititas!». Un lugar inhóspito apenas visitado y que, sin embargo, fue la capital del Imperio que se atrevió a desafiar al faraón Ramsés II.

Pocas cosas me gustan más que caminar entre ruinas, por modestas que sean, en parajes desolados, con la compañía del canto de cigarras, huidizos lagartos o la ocasional culebra escondida entre las piedras mientras una rapaz evoluciona en el cielo. Resultó una maravilla descubrir los restos hoy humildes de la fabulosa Hatussas. Una puerta flanqueada por bellos leones de piedra o una esfinge alada tallada en la roca en un promontorio que dominaba un amplio y seco paisaje por el que corrían las sombras de las nubes realzando aquí y allá manchas

de verde y altísimos chopos.

Continuamos hasta Trabzon, la Trebisonda mencionada por Cervantes. Durante todo el trayecto, en los cafés donde parábamos, tanto Sybille como nosotros recibíamos proposiciones descaradas de los hombres. Si a Paco, a Carlos, a Xefo y a mí, con nuestras melenas y las descuidadas y pobladas barbas, no paraban de tirarnos los tejos, Sybille y Manuel, con sus camisas casi transparentes y provocativos pantalones cortados a la altura de las ingles, se llevaban la palma. Yo no sé quién les aconsejaría vestirse de esa manera en el corazón de Turquía. En una de las pensiones, cada vez que uno de los dos iba al baño del rellano, se asomaban al hueco de la escalera varios hombres bigotudos. Cuando en un lugar desolado cerca de la frontera con Irán los vi desaparecer por el retrovisor, vestidos como si estuvieran en cualquier pueblo de moda de la costa mediterránea, pensé que tendrían problemas.

Manuel y Sybille se dirigían a Capadocia y de allí a la costa turca para regresar a Estambul. Sybille viajaría luego a Francia y Manuel seguiría la ruta hacia la India utilizando transportes locales. Quedamos en encontrarnos en dos semanas en el hotel Khyber de Kabul, que nos había recomendado nuestra amiga la escritora Ana Briongos, pionera de los viajes por aquellas tierras.



Carlos Mir, Xefo Guasch y Jordi Esteva (foto de Paco Escudé)

El viaje de la pareja por Turquía no resultó fácil. Manuel nos contaría que los policías le tocaban los muslos y que, cuando se les ocurrió hacer autostop, fueron recogidos por un fornido turco en su camión cisterna y pasaron momentos de verdadero pánico ante aquel hombre fogoso de quien tuvieron que huir en un semáforo y refugiarse en un taxi que, providencial, se había detenido al lado. Aquel modo de vestir resultaba muy provocativo, incluso obsceno en el islam, donde no solo la mujer, sino también el hombre, deben ocultar las piernas. Milagrosamente salieron ilesos de los continuos asedios.

Mientras avanzábamos por los interminables altiplanos de Anatolia pensaba en aquellos rudos turcos del interior y las continuas insinuaciones que nos hacían. Eran tan insistentes que Xefo solía decir que por primera vez comprendía lo acosadas que debían de sentirse las mujeres en un mundo masculino. Mucho se había hablado de la bisexualidad de turcos y árabes. ¿No se trataría de un tópico? Desde luego, al menos en aquellas regiones no lo parecía en absoluto.

Las civilizaciones o los imperios necesitan para cohesionarse un enemigo exterior, y durante siglos, el de Europa fue el islam. El

Imperio otomano amenazaba el continente tras invadir Grecia, la cuna de la civilización europea, y llegar por los Balcanes hasta Viena. Occidente necesitaba vanagloriarse de su superioridad moral, ya que, tanto en la ciencia como en el pensamiento, hasta la Edad Moderna iban como mucho a la par. Entre los monjes y cruzados se difundió la idea de que Turquía y el mundo musulmán constituían una civilización decadente, entregada a todo tipo de vicios, entre los que destacaba la sodomía, que a partir de entonces ya no se desligaría del vago concepto de «Oriente».

El orientalismo había labrado durante siglos una imagen de las tierras del islam como lugares extremadamente sensuales, con sus harenes, *hamams*, zocos y callejuelas de las medinas, propicios para encuentros furtivos. A pesar de que el islam era considerado una religión represora, la sexualidad según el discurso orientalista era más libre que en Europa y la homosexualidad, muy frecuente. De ello daban fe Francis Richard Burton, André Gide o Juan Goytisolo.

Algunos de sus venerados poetas, como Abu Nuwas, eran abiertamente homosexuales y otros, magníficos y respetados, como Omar Jayam, escribían odas a la belleza de los escanciadores de vino y a sus miradas, que se clavaban como dardos. Sin embargo, al igual que en el África negra, el mundo árabo-musulmán conservó tras la independencia de sus países las leyes represoras de las potencias coloniales. La izquierda hizo suyas las pacatas ideas de sus homólogos occidentales respecto al sexo, y a la caída del panarabismo de Nasser triunfaron las ideas regresivas difundidas por Arabia Saudí.

Lo que resulta indudable es que en el orbe musulmán, al igual que en otras sociedades tradicionales, la radical división entre el mundo masculino y el femenino hace que la represión sexual sea muy fuerte. Y como en todos los ámbitos donde los hombres no tienen oportunidad de relacionarse con mujeres, como en las cárceles, comunidades religiosas, internados o cuarteles, son frecuentes las relaciones homosexuales esporádicas que, quizá, no se darían en condiciones de mayor libertad.

Proseguimos nuestro periplo en dirección a Irán por una bella y desolada región de espacios abiertos que se extendían con sus colores ocres y rojizos hacia lejanas montañas. Los rebaños de cabras y ovejas pastaban cuidados por niños con la ayuda de grandes y feroces perros. Aquellos pastorcillos nos acogieron en más de una ocasión con una lluvia de piedras. Esta era la región donde casi dos millones de armenios fueron aniquilados por el gobierno de los Jóvenes Turcos en el genocidio de 1915 que precedería al Holocausto nazi. Muchos consiguieron huir y habían establecido comunidades en Beirut, El Cairo, París, en diversas ciudades de Estados Unidos y en la que en

pocos años sería la República de Armenia, que formaría parte de la URSS.

Adolescentes kurdos junto al Land Rover (foto de Xefo Guasch)

A lo lejos comenzó a perfilarse la imponente silueta del monte Ararat, con sus nieves perpetuas. Paco había leído que unos historiadores soviéticos estaban decididos a escalar la montaña para buscar los restos del Arca de Noé. A Xefo le extrañaba porque los comunistas jamás permitirían una expedición que pudiera corroborar los textos bíblicos.

Paramos en un café junto a una gasolinera. El aire era puro y traía la fragancia de hierbas aromáticas. El monte Ararat aparecía en todo su esplendor, rotundo como el Kilimanjaro. Nos preguntaron si llevábamos armas y por primera vez nos dimos cuenta de que aquella ruta era peligrosa. Nos asustamos. La lluvia de piedras de los pastorcillos no se trató en absoluto de un hecho aislado y nos estaban advirtiendo de la presencia de bandidos; de modo que, en vez de dormir al raso en cualquier lugar, como de costumbre, decidimos proseguir hasta la frontera con Irán, aunque se nos hiciera de noche por el camino. El paso fronterizo solo permanecía abierto hasta el atardecer y nos encontramos con la barrera cerrada. Nos obligaron a entrar en un gran recinto vallado con algunos camiones y unos pocos coches locales. Una familia de nómadas levantaba su tienda de lana, otros viajeros hacían fuegos para cocinar. Distinguí a dos europeos. Habían llegado en un autobús turco que al arribar al puesto fronterizo

había dado media vuelta. A la mañana siguiente montarían en un bus iraní que salía del otro lado de la frontera. Hablé hasta entrada la madrugada con un inglés pelirrojo interesado en la arquitectura islámica. Me contó las maravillas que vería semanas más tarde, las mezquitas de Isfahán o los jardines mogoles de Shalimar en Cachemira. Fue la primera vez que oí hablar de los jardines del islam como representación del Paraíso en la Tierra, con su utilización del agua en fuentes, canales y estanques entre flores y una frondosa vegetación muy cuidada con esbeltos cipreses y chopos que simbolizaban la unión entre el cielo y la tierra. El sueño del habitante del desierto. El otro extranjero era un musicólogo alemán experto en budismo. Se dirigía al Himalaya para estudiar los mantras de los lamas y el sonido de las largas trompetas.

Sentí una gran ilusión. Estaba descubriendo el mundo y de pronto empezaba a conocer a viajeros inquietos cuya vida sí tenía un sentido. Xefo se acercó y dijo que, como en Irán era muy peligroso viajar con hachís, debíamos acabarlo aquella misma noche. Tras un par de rondas, me acurruqué en mi saco de dormir y sentí envidia sana de aquellos viajeros. ¡Qué claro tenían su futuro y cuán afortunados eran al haber encontrado una vocación que les apasionaba! ¡Qué vida más interesante de investigación y goce les esperaba! Ojalá algún día sintiera yo lo mismo por mi trabajo y dejara de ser un «*tasta olletes*», un diletante. Había perdido interés en una universidad que permanecía cerrada la mitad del año por disturbios. Me atraían Oriente y África. Estudiaba Económicas y Letras a la espera de que por fin se abriera la carrera de Antropología, pero pasaban los años y aquella especialidad no llegaba. Aquella noche tomé la decisión de dejar los estudios de ambas carreras en cuarto. No tenía más que una Instamatic, pero a mi regreso aprendería fotografía.

Paco y yo pasábamos por las mismas vicisitudes y teníamos anhelos parecidos. Buscábamos algo de trascendencia en nuestra vida. Queríamos volcar toda nuestra energía en algo que nos llenara y, mientras lo buscábamos, ahogábamos nuestra angustia en el hachís, aunque quizá contribuía a que nos enredáramos aún más en nuestra tela de araña.

Ni el padre de Paco ni el mío sabían qué hacer con nosotros. No éramos los hijos que habían soñado. Supongo que pensaban que en unos pocos años se esfumaría la rebeldía y enderezaríamos nuestras vidas. Pienso ahora en su sufrimiento, acaso noches sin dormir preguntándose dónde estaríamos. Nosotros también pasábamos noches en blanco preguntándonos por nuestro futuro, y a diferencia de ellos, en vez de atizarnos un par de whiskys para alejar la desazón, nos fumábamos un porro bien cargado que nos permitía entrar en un sueño tan pacífico como el que acabó por vencerme en aquel remoto

lugar, protegido de los bandidos por las vallas de la policía turca, mientras el inglés pelirrojo, fingiendo dormir, se apretujaba como quien no quiere la cosa contra mi espalda.

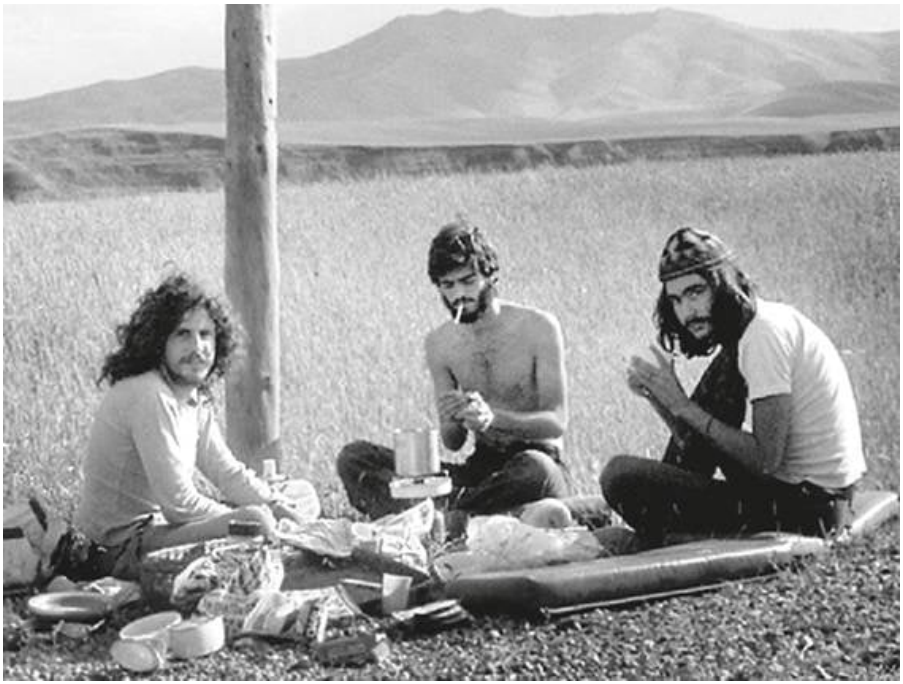
10

ESPÍAS AFGANOS

Teherán nos sorprendió por sus proporciones desmesuradas. Era una ciudad gris que se extendía interminable al pie de los desdibujados montes Elbruz, que solo al atardecer parecían recobrar relieve. Visité una librería internacional donde compré poemarios de Hafiz, Rumi y Omar Jayam, que desde entonces se cuentan entre mis favoritos. También *La conferencia de los pájaros* y el *Libro de los reyes* o *Shahnameh*, que me fascinaron.

En aquella gran ciudad, no encontrábamos alojamiento adecuado a nuestro bajo presupuesto y en el enorme bazar de Teherán dos jóvenes vendedores de alfombras nos propusieron ir a un camping frecuentado por hippies que hacían la ruta de la India. Como no estaba permitida la entrada a iraníes, en la recepción no se les ocurrió otra cosa que decir que eran afganos. Apenas intimamos y les perdimos la pista pues a ellos solo les interesaba ligar con europeas.

El motor del Land Rover seguía haciendo un ruido extraño y ya casi no tenía fuerza. Decidimos llevarlo a un concesionario oficial, pues sabíamos que no volveríamos a encontrar otro taller parecido en todo el viaje. El jefe de los mecánicos nos dijo que Franco y el Sha eran la misma jodida mierda: «*Fucking shit*!». Se quitó la dentadura postiza y, mirándonos a los ojos, afirmó que la policía política le había arrancado los dientes uno a uno. Dejó caer el mono de mecánico hasta la cintura y nos mostró una espalda con espantosas cicatrices de latigazos y quemaduras de cigarrillos apagados en su piel.



En las estepas de Irán; Xefo Guasch, Jordi Esteva y Paco Escudé (foto de Carlos Mir)

Por culpa de las reparaciones tuvimos que quedarnos una semana entera en Teherán. Sufríamos por Manuel pues no llegaríamos a tiempo a nuestra cita en Kabul. Para colmo, la misma noche en que decidíamos la ruta, en la pequeña Grundig que siempre me acompañaba, oí en la BBC que acababan de deponer al rey de Afganistán y el país, mientras no se calmara la situación, cerraba hasta nuevo aviso sus fronteras. Manuel, que ya andaría por Kabul, quedaba a su suerte y nosotros tomaríamos la ruta, muy poco frecuentada, del desierto del sudeste para entrar en Pakistán por la belicosa región de Baluchistán. Aquella carretera, poco recomendable entonces y también en la actualidad, era la única manera de evitar Afganistán y proseguir nuestro camino hacia la India. No sabíamos que era una de las vías de entrada de opio y de heroína y también del mercado de armas de Peshawar en Pakistán. Para nosotros era tan solo otra carretera más en el mapa en ruta hacia nuestro auténtico objetivo. Nada ni nadie podía detenernos.

La población del campo y de las montañas de Irán aún no había emigrado en masa a las ciudades. Abundaban las tribus nómadas que dormían en tiendas de lana tosca. Las ciudades de provincia no tenían entonces los inmensos arrabales de hoy, y de las carreteras rurales se pasaba directamente, tras cruzar las grandes puertas de las murallas, a

las intrincadas callejuelas. La gente era generosa y hospitalaria.

Irán era un país de paisajes abiertos y de ciudades espléndidas, como Isfahán, Qashan o Shiraz. Nadie como los persas dominaba la arquitectura del ladrillo, que combinado con los azulejos produce efectos de bellísima armonía. Hasta viajar a Irán desconocía que el color azul pudiera tener tantas tonalidades. La mezquita Masjed i Shah de la plaza Naghsh-i Jahan de Isfahán me impactó. Su orientación era muy curiosa porque, para que no desentonara con la arquitectura de la gran plaza, la entrada se construyó paralela a la acera, rompiéndose la necesaria alineación con La Meca, que hubiera ocultado en parte la visión de la enorme cúpula. Tras atravesar el pórtico y el posterior corredor de azulejos de más de siete colores, entre los que predominaba el turquesa, se accedía a una maravilla arquitectónica, orientada ya a La Meca, que nos dejó aturdidos por su inmensidad y apabullante belleza. Frente al *mihrab*, justo debajo del centro de la gran cúpula, en un lugar señalado en el suelo por un recuadro de piedra, se producía un efecto acústico asombroso: las palabras se repetían en un eco de hasta doce voces. Un *mullah*, con los ojos y barba de Sean Connery, vino hacia nosotros para entonar en el recuadro mágico, con su voz de barítono, una emotiva llamada a la oración que nos estremeció.

Me sorprendieron las casas palaciegas de las ciudades iraníes, con sus estanques pintados de azul y sus patios con granados, naranjos y cipreses; también las estancias con una multitud de pequeños espejos, casi como mosaicos, en las paredes y en el techo que de noche cobraban mágico fulgor a la luz de las velas. El fluir del agua resonaba en el patio. Imaginaba tiempos pasados, cuando los mercaderes, recostados sobre almohadones de seda, escuchaban bellas improvisaciones del violín persa de púas o kamanche y a los intérpretes, que cantaban a los excelsos poetas persas con una técnica vocal de sorprendentes vibratos creando el efecto de que de su garganta surgían dos voces.

En Shiraz, junto a la tumba del poeta Hafez, tuve el placer de escuchar a un hombre anodino en apariencia pero que estaba dotado de una voz de gran sensibilidad que, pudoroso, la tornaba en apenas un susurro cuando alguien se le aproximaba. Me acerqué con sigilo y esperé a que volviera a cantar a viva voz, cuando me descubrió. Me oculté tras unos arbustos y así jugamos al gato y al ratón hasta que sonriendo ya no volvió a esconder su bello canto:

> Con los rizos al viento, perlado de sudor, riente y ebrio,
> camisa desgarrada, entonando una oda y la copa en la mano,
> los ojos pendencieros, la ironía en los labios,

a media noche, junto a mi lecho se sentó.
Acercó la cabeza a mi oído y en un tono triste
dijo: «Mi inquieto enamorado, ¿tienes sueño?
El amante al que ofrecen de noche un vino tal,
¡que adore el vino o en el amor sea pagano!».

Los jardines eran muy bellos, con pabellones de columnas de madera de cedro abiertos a los estanques y rodeados de terrazas escalonadas de flores y árboles. Entonces yo todavía no era consciente de la gran influencia que aquella refinada cultura tuvo en la arquitectura o en la jardinería de la India de los mogoles. Las pinturas persas eran magníficas, con escenas que representaban a un príncipe que escanciaba vino en la copa de un joven sobre un fondo de intrincadas formas que parecían inmensas olas convertidas súbitamente en piedra. El paisaje de aquellas miniaturas no era fabulado. Se trataba de la representación de las montañas del Zagros. La influencia china resultaba evidente, como a su vez la pintura persa había influido en el arte chino. Un intercambio mutuo, constante a lo largo de los siglos, fruto sin duda de los contactos de la Ruta de la Seda. Años más tarde, en la provincia china de Dunhuang, que recorrí con Miquel Barceló, me di cuenta de la influencia persa en las pinturas de las cuevas de los ascetas budistas, con aquel azul tan característico que subyugaba al pintor mallorquín.

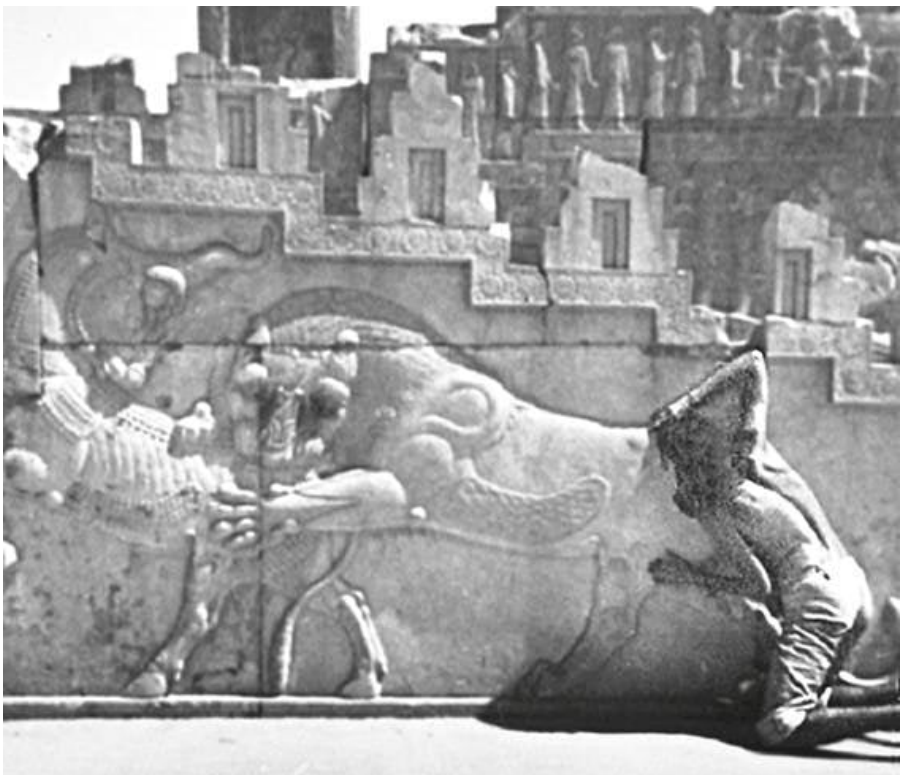
Me impresionó la tumba del rey Ciro, de más de dos mil quinientos años de antigüedad, construida sobre bloques cuadrados de piedra. En su interior, en la época de Alejandro Magno, se hallaba el sarcófago de oro del rey y abundantes joyas que desaparecieron con el pillaje. Durante la invasión árabe, los sasánidas, la dinastía anterior al islam, evitaron su destrucción aduciendo que se trataba de la tumba de la madre de Salomón.

Naqsh-e Rostam fascinaba con las tumbas cavadas en la roca. Se le llamaba así porque una de las figuras talladas en la piedra recordaba a Rostam, el héroe mítico cuyas hazañas fueron recogidas por Ferdousi en el *Shahnameh* o *Libro de los Reyes*, aquella épica de caballerías que yo leía sin parar desde que la encontré en la librería en Teherán. Pero en realidad el relieve representaba el triunfo de Sapor I sobre el emperador romano Valeriano y Filipo el árabe.

Llegamos al atardecer, cuando la luz dorada hacía más vivos los relieves. Destacaban cuatro imponentes tumbas de los arqueménidas en forma de cruz. Las de Darío I, Xerxes, Artaxerxes y Darío II. En la tumba de Darío I sobrecogía el relieve que representaba al rey, frente al fuego sagrado zoroástrico, con las manos alzadas en señal de adoración al disco alado Farvahar, símbolo del dios Ahura Mazda.

Ante la tumba de Xerxes, recordé la batalla de las Termópilas en el

480 a. C., un acontecimiento que, según contaba el padre Calasanz en la clase de historia, decidió el destino de la civilización, al derrotar los griegos al ejército invasor bárbaro y déspota. Y, sin embargo, aquellos mismos griegos, hijos de los valientes héroes que habían defendido la libertad un siglo y medio después, al mando de Alejandro, se comportaron como verdaderos bárbaros al reducir a cenizas y cascotes las ciudades del Imperio persa.



Paco «mordiendo» a un león de las escalinatas de Persépolis

Muy cerca se elevaba una inquietante edificación, Ka'ba-i Zartosht, conocida como el cubo de Zoroastro, que al parecer había sido un templo del fuego eterno. Nos llamaron la atención sus proporciones, las incisiones rectangulares en la piedra y unas ventanas cegadas en los lados. Hasta hoy ningún arqueólogo ha sabido explicar la función exacta de este monumento que me hizo imaginar sacerdotes de barbas largas alimentando con leña de cedro el fuego sagrado.

En aquella época no había turismo en Irán y pudimos dormir al aire libre frente a aquellos antiguos monumentos. La luz de la luna que resbalaba sobre los relieves, varias veces milenarios, me hizo soñar. De nuevo recordé al padre Calasanz hablándonos del libro

sagrado del Zend Avesta y del zoroastrismo que, junto a la veneración al dios solar de Akenatón, se trataba del primer culto monoteísta.

Cuando llegamos a Persépolis todos sentimos un nerviosismo especial. Tras la maravillosa noche a la luz de la luna frente a las tumbas de los reyes arqueménidas, nos encontrábamos ahora ante los restos de la ciudad que fue la orgullosa capital de su imperio. Nos maravillaron las puertas flanqueadas por enormes toros de inspiración asiria con torso humano, los grifos mitológicos, con la mitad del cuerpo de águila y el resto de león, y también los edificios que seguían la tradición faraónica. Uno podía aventurarse entre las columnas y los templos y admirar en soledad los imponentes bajorrelieves esculpidos en piedra junto a las escalinatas con representantes de todos los pueblos de Persia, fornidos hombres de grandes ojos y pobladas barbas que rendían honores a Darío I y a su sucesor Xerxes I.

Viajando por el desierto de Irán me asombraban los edificios fortificados de ladrillos de adobe que se hallaban desmoronados. Se trataba de las ruinas de los caravasares. Grandes construcciones de dos plantas con un gran patio interior en el que descansaban los camellos, alrededor del cual se alineaban los almacenes de mercancías de la Ruta de la Seda. En la planta superior se alojaban los mercaderes. Todo Irán estaba lleno de sus ruinas y años más tarde algunos caravasares serían restaurados.

Me fascinaron las callejuelas intrincadas y los sinuosos y enormes bazares, como el de Kerman, que se extendía por más de dos kilómetros. La misteriosa Yazd, con sus torres del viento, sabios hallazgos arquitectónicos que captaban el aire tórrido del desierto y lo enfriaban haciéndolo pasar por el subsuelo o por un estanque, dotando a las viviendas de un frescor natural. En aquella ciudad todavía vivían los antiguos seguidores de Zoroastro, muchos de los cuales, los llamados parsis, huyeron a la India tras la invasión islámica, estableciéndose en Bombay. En las cercanías pudimos ver el templo del fuego en Chak Chak, donde la princesa sasánida Nikbanou se refugió de los invasores árabes que la perseguían y solicitó ayuda a Ahura Mazda, el dios zoroástrico. La montaña se abrió en dos y la princesa se internó en la roca, que se cerró tras ella. De las paredes brotó un hilillo de agua que la leyenda asegura que son sus lágrimas. El ruido de la gota al caer, *chak, chak, chak*…, dio nombre a la cueva en cuyo interior ardía el fuego eterno que simboliza al dios zoroástrico.

En las afueras de Yazd, las Torres del Silencio se elevaban sobre dos colinas. Eran grandes construcciones circulares con una fosa en el interior donde colocaban a los muertos para que fueran despedazados y devorados por los buitres. Los cuerpos humanos no podían entrar en contacto con ninguno de los cuatro elementos sagrados: tierra, agua,

aire y fuego.

Entre el laberinto de callejuelas que conducían al largo bazar abovedado de Yazd sobresalían las bóvedas de los baños persas. Un haz de luz se abría paso entre el denso vapor que permitía adivinar a un grupo de hombres fornidos, apenas cubiertos por un pedacito de tela empapada, arrojándose, unos a otros, cubos de agua fría como en una película de Parajanov. Por sus caras angulosas y la nariz recta, de amplias aletas, me parecieron dignos herederos de los sacerdotes de las escalinatas de Persépolis que habíamos admirado hacía muy poco. Cuando cesaron en sus juegos, se tendieron sobre el mármol caliente gruñendo de satisfacción mientras el masajista les enjabonaba y frotaba con un gran estropajo, dejando al descubierto por largos segundos sus firmes y velludas nalgas.

De noche, bajo una lluvia de estrellas, durmiendo al raso al pie de un solitario chopo a la orilla de un arroyo, fantaseaba con las promesas que creí adivinar en las miradas que, entre el vapor, fingí ignorar.

En la librería de Teherán había hojeado un libro con viejas e impactantes fotografías de la ciudadela de Bam, en la provincia de Kermán, la mayor ciudad del mundo construida en adobe, cuyos orígenes se remontan al siglo VI a. C. No entraba en nuestros planes visitarla porque se hallaba lejos de todo, pero al escoger la ruta del sur decidimos que valdría la pena acercarnos. Tras varias horas de conducción por un desierto montañoso llegamos ante una muralla que se extendía por kilómetros y que dejaba adivinar construcciones altas. Recorrimos parte del perímetro de la antigua ciudadela hasta llegar ante un portón de madera cerrado a cal y canto. Unos campesinos nos acompañaron a buscar al guardián. Nos obsequiaron con albaricoques y té. Era la primera de las muchas invitaciones que recibiríamos en aquella región. Hasta entonces, con nuestras absurdas prisas por llegar a la India, apenas habíamos dedicado tiempo a disfrutar de aquellos lugares. En la zona este de Turquía nos habían recibido a pedradas y estábamos cruzando demasiado rápido aquel interesante país. Nos dejaron la gran llave, con el compromiso de que la devolveríamos antes del anochecer.

Cuando Paco empujó la pesada puerta, fue como penetrar en un mundo de cuento. Encerrada entre altos muros se extendían a nuestros pies las ruinas de una gran ciudad de adobe, con sus callejuelas, palacios y mezquitas, incendiada por los afganos a finales del siglo XIX y que, desde entonces, había permanecido deshabitada. Bam fue una importante etapa de la Ruta de la Seda. Ferdousi cuenta en su libro que una princesa que hilaba algodón descubrió un gusano en la manzana que estaba mordisqueando. No lo quiso matar y, al cabo de

un tiempo, vio sorprendida cómo tejía un capullo de seda. Admirado por el descubrimiento, su padre ordenó amurallar la ciudad para guardar el secreto del origen de las maravillosas telas de seda que con el tiempo se comenzaron a disputar los mercaderes.

La ciudadela de Bam (foto de Xefo Guasch)

Al igual que las demás ciudades del sur de Irán, Bam contaba con las llamadas torres de viento para refrescar el interior de las viviendas. Quedamos en silencio, aturdidos por tanta belleza. Algo debió de ocurrirnos porque comenzamos a caminar en diferentes direcciones, perdiéndonos en el laberinto dorado donde el viento ululaba sin descanso, acompañado del graznido de los cuervos bajo uno de los cielos más azules que jamás haya visto.

Muchos edificios estaban derruidos, pero en otros se podía entrar y curiosear en las estancias. Yo entornaba entonces los ojos y me entretenía en adivinar las telas y almohadones que en su día decoraron las salas, y las jarras y vasijas en las alacenas adornadas de arabescos. La ciudad entera parecía encantada y yo tenía la sensación de que en cualquier momento podía retornar a la vida y oírse el cacareo de las gallinas, el chapoteo de un cubo en el pozo o el maullido de los gatos mientras el humo azulado de las cocinas ascendía hacia el cielo y una bulliciosa muchedumbre, tocada con turbantes o parapetada tras mantos de colores, invadía las callejuelas. En aquella ciudad olvidada, a pesar de que nunca he sido ágil, me movía casi como un funambulista saltando de viga en viga por las

azoteas desmoronadas sin temor a la altura. Esa sensación de penetrar en un lugar mágico y prohibido la sentiría después en otros lugares. ¿Sería así Zarzura, el oasis perdido en el desierto líbico? ¿O Ubar, la orgullosa ciudad sepultada por la arena del «Cuadrante vacío»?

En el desierto, envuelto en luz cegadora, cuando los contornos se desdibujaban y todo llevaba casi al desvanecimiento, me parecía estar a punto de abandonar el estado de vigilia. Tiempo y espacio daban la impresión de confundirse y no resultaba imposible lo extraordinario. Imaginaba la llegada de las caravanas de camellos a los caravasares ante la curiosidad de los habitantes por ver las valiosas mercancías de los lugares más alejados de la Ruta de la Seda. Acudían jóvenes para ayudar a descargar los camellos y guardar los artículos lujosos en los almacenes. Porcelanas y sedas de China, gemas o especias de la India se intercambiaban por alfombras del Asia central, artículos de cuero, oro y sal, o por marfiles, plumas y pieles de animales salvajes traídos de África por los árabes del mar. Tras la cena, los mercaderes cerraban tratos comerciales mientras músicos y bailarinas los deleitaban.

En el laberinto de Bam (foto de Paco Escudé)

Bam sería un hervidero de pueblos. Afganos con rasgos achinados,

negros de ojos claros, esclavos rubios del Cáucaso, árabes de nariz prominente y ojos almendrados. Todos con sus vestimentas, chilabas o caftanes y los distintos turbantes. Una nube de color entre las callejuelas del zoco y, de vez en cuando, como si fueran sombras, las mujeres cubiertas de negro de pies a cabeza que salían de un portal para meterse en otro.

Los hombres se reponían de las duras jornadas del viaje en los *hamam*, donde los criados les frotaban la espalda, o bebiendo vino al cobijo de una parra. Algunas ancianas gozaban de prestigio, fumaban la pipa de agua y aconsejaban a sus maridos. La primera mujer de los comerciantes ejercía su tiranía sobre las otras tres con las que ellos podían desposarse, según el islam. En el hogar, donde a menudo convivían todas aquellas esposas, se entablaba una encarnizada lucha por el poder que se dirimía en un coto vedado a los hombres. Para aliviar la fogosidad de los viajeros, a veces se casaban por horas. Era el llamado *sigheh*, un tipo de contrato matrimonial que era una forma de prostitución encubierta. Así eran aquellos territorios del islam.

Vagué por la ciudad encantada hasta vislumbrar a un joven con el pecho descubierto y tocado con un turbante. Sentí un estremecimiento, cerré los ojos durante unos largos segundos y, al abrirlos de nuevo, la figura seguía ante mí. Tras el aturdimiento inicial, distinguí a contraluz el rostro de Paco, que se había protegido la cabeza con la camiseta. Nos observamos sonrientes como embobados. Sus pupilas estaban tan dilatadas como las de un gato en la oscuridad. Habría jurado que iba de ácido.

A medida que nos acercábamos a Pakistán la vegetación se tornaba más escasa hasta desaparecer por completo. Cuando llegamos a la frontera, una construcción precaria junto a una barrera levadiza, los policías rodearon el Land Rover y comprobaron la matrícula. Nos metieron en un cuarto y el que parecía de mayor rango me preguntó: «*Are you afghan spies*?» (¿Son ustedes espías afganos?). Me sorprendió aquella pregunta y creí que se trataba de una broma. «*Of course we are*!» (¡Claro que lo somos!), contesté. La respuesta les puso muy nerviosos. Nos comunicaron que estábamos detenidos. Se quedaron las llaves del coche, el dinero y los pasaportes y nos encerraron en el calabozo del puesto fronterizo.

Pasaban las horas y nos dijeron que las autoridades provinciales estaban de camino para interrogarnos. Intenté decirles que había creído que era una broma, pero ya no querían escuchar. Teníamos hambre y desde la ventana enrejada veíamos, a lo lejos, un par de viejos camiones junto a una apedazada tienda de campaña donde los escasos conductores que se aventuraban por esa carretera paraban a relajarse, a comer o a beber té.

Me acerqué a los barrotes de la puerta y pedí hablar con el policía que nos había interrogado. Le dije que todo había sido una confusión y que ellos tenían el coche, el dinero y el pasaporte, que éramos inocentes y además no seríamos tan estúpidos como para huir. ¿Adónde nos íbamos a dirigir en aquel desierto? El policía rumió la respuesta unos segundos y aceptó. Nos dijo que podíamos salir dos mientras los otros quedaban bajo custodia.

Paco y yo caminamos por la carretera hacia la tienda nómada. Allí nos dijeron que entre Irán y Pakistán se extendía, durante una decena de kilómetros, una tierra de nadie sobre la que ninguno de los dos países tenía jurisdicción. En una mesa había una pequeña balanza romana y tacos de hachís y opio. Nos miramos, pero no hizo falta hablar para entender que no resultaría prudente mostrar interés. Cualquiera de aquellos personajes podía estar confabulado con la policía.

Regresamos al puesto de la frontera para relevar a nuestros compañeros encerrados. El jefe de los policías nos hizo pasar a su despacho. En una ventana había dispuesto un ingenioso artilugio hecho de pequeñas ramitas envueltas en tela de gallinero que eran humedecidas por un tubo agujereado que goteaba agua. El viento del desierto pasaba a través y enfriaba la habitación como un aparato de aire acondicionado. De hecho, era el mismo principio. No se desaprovechaba nada; el agua sobrante recogida en un canalillo regaba unos tímidos árboles en aquel secarral. El policía, encantado de que admirara el invento, dijo que nos dejaba salir a todos a dormir a la tienda del té. Nos advirtió que las autoridades llegarían de buena mañana y no se atrevía a aventurar lo que ocurriría después. «Todas vuestras cosas están a salvo conmigo», dijo con una sonrisa, llevándose la mano al corazón.

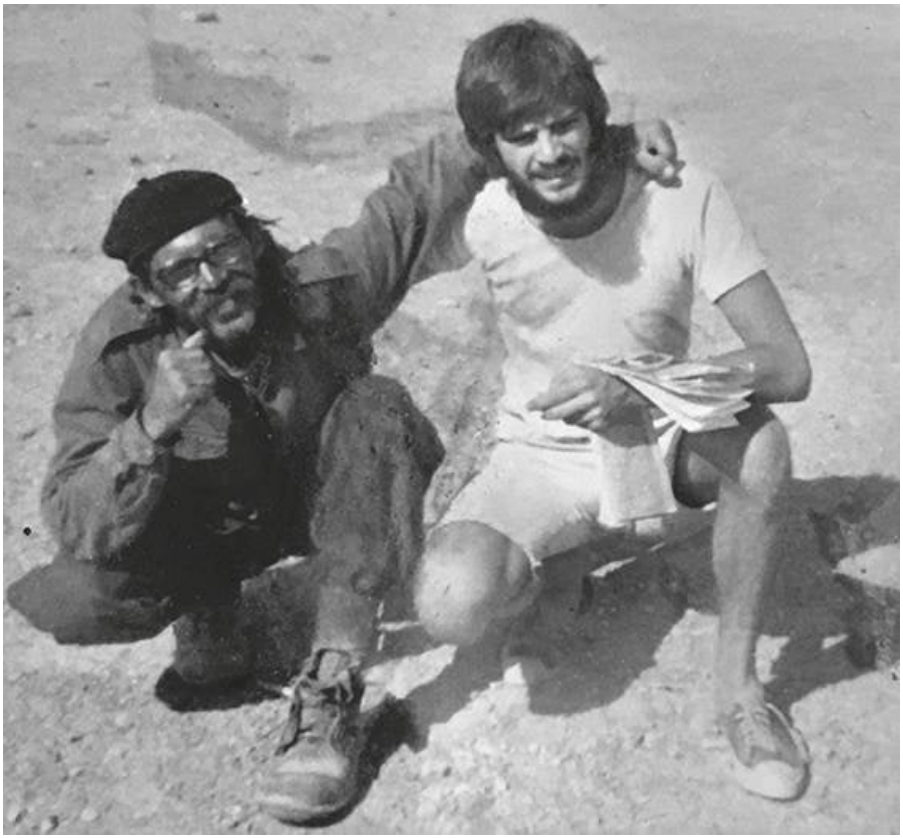
Nos dirigimos de nuevo hacia la tienda del té. Un personaje que parecía dormido se levantó para acercarse. Por sus ojos rasgados nos pareció de Extremo Oriente. Hablaba un perfecto inglés. Su nombre era Al Rambler y era un periodista indonesio que se encontraba en Pakistán cuando el gobierno de su país lo acusó de comunista. Al intentar renovar el pasaporte no solo le fue denegado, sino que supo que era perseguido. Huyó hacia Irán y al llegar a la frontera no le dejaron continuar sin visado. Apeló a las Naciones Unidas, pero su caso parecía archivado mientras pasaban los meses. No podía regresar a Pakistán y tampoco entrar en Irán, de modo que se había quedado atrapado en tierra de nadie, a merced de la generosidad de los vendedores de té y de los pocos camioneros que se aventuraban en aquella peligrosa ruta.

«Vamos a casa», nos invitó. Quedamos extrañados porque, aparte del edificio de la frontera, no se apercibía construcción alguna en

aquel desierto considerado como tierra de nadie. Caminamos hasta llegar a una mata de espinos que en aquella inmensidad nada parecía distinguirla de cualquier otra. «¡Esta es mi casa!», exclamó. Entre las ramitas apiñaba unos pocos enseres protegidos por una manta de lana que extendió en el suelo para que nos acomodáramos. Improvisó un fuego con ramas secas y, sobre ellas, pronto bailaba ya una tetera. La conversación derivó hacia la política, pero nosotros no queríamos hablar del Sha ni de Pakistán. Ya no nos fiábamos de nadie.

Nos tendimos bajo el cielo estrellado preguntándonos qué nos ocurriría al día siguiente. No tuvimos mucho tiempo para especular porque nuestro anfitrión nos habló largo y tendido de su sueño de visitar Europa y establecerse en París. Tenía una visión romántica de la Sorbona y de Francia. Para él era el paraíso de la cultura y de la libertad. Si no fuera por las fotos que nos hicimos con este pintoresco personaje, juraría que había sido un *yin* del desierto.

Poco después del amanecer, vino a buscarnos un policía ya que las autoridades estaban a punto de llegar. Nos encerraron en el calabozo hasta que por fin aparecieron los oficiales. Parecían disgustados por haber tenido que desplazarse desde Zahedán, a varias horas del único puesto fronterizo abierto en aquella época. Lo primero que hicieron fue interrogarnos por separado para ver si coincidían los relatos. Insistían en el asunto de los espías hasta que nos dimos cuenta de que todo el problema radicaba en los dos jóvenes que unas semanas antes nos habían acompañado al camping de Teherán haciéndose pasar por afganos, justo el día en que había sido depuesto el rey de aquel país.



Con el apátrida Al Rambler (foto de Paco Escudé)

Pasadas unas horas, nos devolvieron las llaves, el dinero y los pasaportes y pudimos continuar. Cruzamos la frontera pakistaní y penetramos en el indomable Baluchistán, donde una sucesión de montañas desérticas se extendía hacia un infinito roto por cumbres coronadas de nieves perpetuas. No había rastro de poblados ni de vegetación. De tarde en tarde surgían tras las curvas hombres barbudos, fusil kaláshnikov al hombro, cartucheras ceñidas a la cintura y tocados con turbante, que nos ordenaban por gestos aminorar la marcha. Tras escrutarnos con ojos de aguilucho, nos permitían continuar. La cosa se estaba poniendo caliente y estábamos inquietos porque no íbamos a llegar de día a la ciudad de Quetta. Aquel era un paraje inhóspito controlado por bandidos o guerrilleros armados hasta los dientes. ¿Dónde dormiríamos?

Decidimos parar en lo que parecía un cafetín. En el interior del cubo de adobe, una decena de baluchis armados nos observaron como si estuvieran viendo visiones. En cuanto cruzamos el umbral, el más joven se llevó la mano al gatillo del kaláshnikov mientras otro, de

barbas largas y ojos grises de mirada profunda, lo detenía. Tomamos un té rápido ante aquellos orgullosos hombres que nos escudriñaban en silencio con sus ojos ribeteados de kohl.

Regresamos a nuestro vehículo y, pasados unos metros, tras una curva, el hombre de los ojos grises se cruzó en medio de la carretera con su kaláshnikov. Frené en seco. ¿Qué podía hacer? Se sentó en el asiento del copiloto. Me fijé en sus manos fuertes, en su bello y recio rostro, con una amplia nariz recta. Pasados unos minutos, ya había descartado la idea del robo o del secuestro. Si nos había parado era porque querría que le acompañáramos a un destacamento o quizá a su poblado. Sin hablar ninguna lengua en común, nos entendimos por gestos y al cabo de un par de horas nos propuso desviarnos por una pista. Estábamos todos inquietos, pero nuestro acompañante sonreía y en sus ojos no se veía malicia alguna.

Descendimos a un valle encajonado entre ásperas montañas, surcado por un furioso arroyo. Tras una decena de kilómetros, el estrecho valle se ensanchaba haciendo posible el cultivo en terrazas y permitiendo frondosos huertos bajo los altos chopos regados por las aguas del arroyo que ahora se mostraba en calma. Al poco, llegamos a un poblado de adobe con leña amontonada sobre las azoteas. Un gran árbol presidía una plazoleta.

Nos salió a recibir un cheij que, por sus rasgos, era sin duda familiar de nuestro acompañante. Cabalgaba un corcel negro con las crines trenzadas. Le acompañaban unos baluchis de la familia. Vestían amplias y largas camisas de tonos marrones hasta las rodillas sobre bombachos del mismo color. Lucían pobladas barbas y se tocaban con turbantes o bonetes profusamente decorados. Algunos portaban kaláshnikovs y cartucheras. Al igual que nuestro hombre, ribeteaban sus ojos con kohl, en imitación al Profeta, lo que proporcionaba mayor fulgor y profundidad a sus miradas. Las mujeres, de bellos y grandes ojos claros bajo pobladas cejas, vestían de vivos colores y permanecían en segundo plano. Algunas hacían ademán de ocultar su rostro sujetando una punta del manto con los dientes. Sin duda eran un pueblo recio y esbelto.

Nos invitaron al interior de una gran estancia con kilims en el suelo y coloridos edredones apilados unos sobre otros con numerosos almohadones para recostarse contra las paredes. Me admiraba el lenguaje corporal de aquellos hombres, cómo se acomodaban con la elegancia y soltura de un grabado orientalista. Un joven entró con una gran bandeja de cobre y la depositó en el suelo. El anciano nos sirvió un té claro, afrutado y muy dulce. Nos invitó a que probáramos los albaricoques y frutos secos de su vergel. Por las ventanas, niños y adolescentes de ambos sexos nos observaban con los ojos muy abiertos como a seres de otro planeta.

Antes del anochecer, el cheij se disculpó y salió con sus hombres al exterior para hacer las abluciones previas a la plegaria. Tras una emotiva llamada a la oración, todos se colocaron detrás del anciano mientras anochecía y se levantaba una suave brisa. Acabada la plegaria, el cheij nos daba una vez más la bienvenida. No tardó en acudir un joven con una jofaina y un bello aguamanil de plata con el que nos escanció agua de rosas en las manos mientras un segundo joven nos ofrecía una toalla de lino blanco. Otros trajeron arroz y viandas. El cheij partió unos patos con sus propias manos ofreciéndonos los pedazos más apreciados. Teníamos hambre. Todos nos miraban con curiosidad y parecían contentos cuando nos veían apurar la carne de los huesos.

Unos muchachos entraron con quinqués, que dispusieron en el suelo mientras la veintena de hombres del poblado, agrupados de cinco en cinco, comían en cuclillas y en silencio en torno a nuevas bandejas.

Acabada la cena llegó de nuevo el té, esta vez más ligero. El cheij se dirigió a nosotros llevándose la mano al corazón y señaló al hombre que habíamos transportado en el Land Rover. Uno de los hombres iba traduciendo sus palabras. Trataba de explicarnos, en rudimentario inglés, que Baluchistán estaba dividido entre Irán, Afganistán y Pakistán, y que ellos luchaban por su libertad. Nunca quisieron pertenecer a Pakistán tras la partición de la India, pues no se sentían cercanos ni a los musulmanes indios ni a los punyabíes. El cheij nos prometió custodia y para ello nos iba a proporcionar a uno de sus hombres, que nos escoltaría hasta Quetta, pues el camino era más agreste aún y no faltaban bandidos ni forajidos.

Cuando el sueño comenzaba a vencernos, el cheij nos invitó al exterior, donde habían dispuesto unos *charpoys*, los catres de cuerda trenzada tan comunes en el subcontinente indio. Cada uno de nosotros tenía incluso su mesita de noche, con una jarra de agua, uvas y galletas. Los baluchis se retiraron ceremoniosos mientras unos jóvenes nos repartían grandes almohadones y mantas coloreadas porque, a pesar de que los días eran calurosos, las noches comenzaban a ser frías.

Sobre el bajo continuo de un canto de grillos se imponía el intenso croar de las ranas, el ulular de la lechuza o el maullido de una gata en celo. De vez en cuando, un sonoro rebuzno interrumpía la armonía. Olía a jazmín. El murmullo del arroyo cercano nos invitaba al sueño. Qué maravilloso lugar. De no ser por el barbudo armado, jamás hubiéramos podido disfrutar de sitio parecido ni conocido a aquellas gentes con las que, muy a nuestro pesar, no pudimos comunicarnos como hubiera deseado. Aquel sería el preludio de noches parecidas que iba a vivir a lo largo de mis años de nomadismo en los que iría

conociendo a gentes hospitalarias y sencillas, nobles y bellas. Noches en las que me contaron leyendas y mitos.

No puedo negar que aquellos recios baluchis de mirada profunda me resultaban inquietantes. Aquel hombre de los ojos grises me parecía poderosamente atractivo. Una vez leí que existía un componente sexual en el viaje. Algo que impulsaba a regresar una y otra vez, si no al mismo lugar sí a la misma cultura. En mi caso, al mundo islámico. Un universo donde las miradas y las complicidades podían resultar equívocas.

Cuando uno está lleno del impulso vital de los veintipocos años resulta fácil, por no decir inevitable, confundir los estímulos. Mi sexualidad despuntaba con fuerza. Bajo el cielo plagado de estrellas, encuadrado por las ramas de altos chopos, recordé la turbación que me provocó el hombre del torreón de Calella. ¿Fue ahí donde comenzó mi viaje? ¿O quizá de niño ante aquel herrero del El Figaró que me recordaba a un sátiro de los bosques de Grecia? Aquella turbadora sensación la buscaría de manera inconsciente, a lo largo de los años, en Oriente con la secreta esperanza de reencontrarla.

A la mañana siguiente, los niños nos cargaron el Land Rover de melones y sandías y el hombre armado prometido por el jeque nos acompañó para velar por nuestra seguridad hasta la levantisca ciudad de Quetta. El poblado entero salió a despedirnos y les observé por el retrovisor agitando sus manos hasta que desaparecieron.

A las pocas horas aumentó el tráfico y se sucedían los poblados. De vez en cuando unos grandes carteles advertían a los automovilistas, en inglés y en urdu, de que solo estaban autorizados a pararse en las áreas valladas custodiadas por la policía.

Luego, todo se desvanece para mí, porque me sobrevinieron unas fuertes fiebres y durante un par de días, mientras recorríamos la región montañosa de Multán, estuve delirando. Paco me suministraba antibióticos y otras pastillas, al tuntún, con la esperanza de que, si no funcionaba una, lo haría la otra, como así sucedió. Tras tragarme medio botiquín, recobré repentinamente el conocimiento en Lahore, cerca ya de la frontera, cuando la humedad y el calor eran sofocantes. El cielo oscuro anunciaba una lluvia que se resistía.

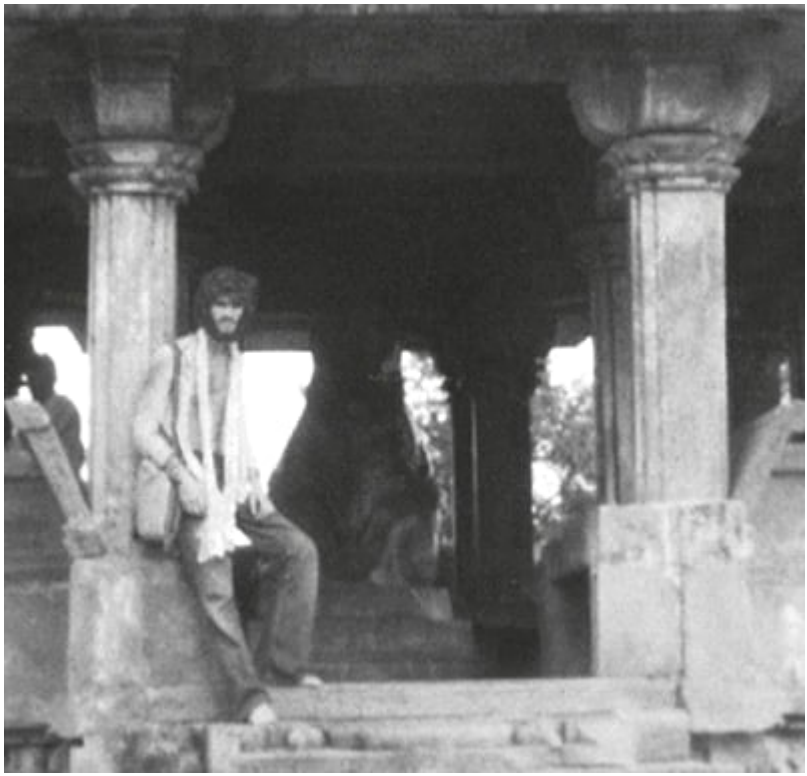
El colorido de las calles ya presagiaba la India. La gente miraba al cielo esperando las lluvias del monzón que harían posible la vida durante los meses siguientes.

11

LA FRAGANCIA DEL ALMIZCLE

Como sucedía en tantos puestos fronterizos de Oriente, los vehículos de un país no tenían permiso para adentrarse en el territorio vecino, de modo que los ocupantes de los *rickshaws*, taxis colectivos, autobuses e incluso carros se veían obligados a cruzar a pie la frontera con todo tipo de bultos, ayudados en muchos casos de porteadores. La cola de camiones era interminable y tras varias horas de espera pudimos entrar en la India. A diferencia de mis amigos, no sentí una excitación especial. Había disfrutado cada instante de lugares tan austeros como la ciudadela de Bam o el poblado baluchi, y presentía que en aquel universo abigarrado en el que nos adentrábamos no volvería a vivir momentos tan intensos.

Bajo el cielo plomizo, todo era un festival de colores. Resultaba difícil avanzar por una ruta invadida por grandes carretas tiradas por bueyes, búfalos o dromedarios. Las mujeres lucían vistosos saris o camisas largas de seda sobre bombachos. Sorprendía descubrir cómo, apenas a unos metros de la carretera, la gente se ponía a defecar a la vista de todos. Los camiones, pintados de todos los colores, con sus bocinas ensordecedoras colocadas en batería sobre la cabina, imponían la ley del más fuerte que obligaba a coches y camionetas a detenerse o a dar peligrosos volantazos para no ser embestidos. Para acabarlo de complicar, los *rickshaws*, tirados por hombres a menudo descalzos, maniobraban peligrosamente entre las carretas, los viandantes y los escasos automóviles Ambassador.



En un templo dedicado a Shiva (foto de Paco Escudé)

En aquel bochorno, un gran trueno anunció el monzón y todo desapareció bajo una densa cortina de agua. Alegres y empapados, los campesinos cantaban para dar la bienvenida a las benditas lluvias que acabarían con meses de sequía. «Unámonos a ellos», dijo Paco y mirando hacia las negras nubes dejamos durante largos minutos que la lluvia tan esperada nos calara. Felices y chorreantes, sin mediar palabra, subimos de nuevo a nuestro querido Land Rover.

Cuando amainó paramos a comer algo. Nos sorprendieron los puestos de nuez de betel, donde unos hombrecillos nerviosos, que echaban espumarajos rojos por la boca, preparaban las raciones de aquel fuerte estimulante psicoactivo. En una hoja de betel, envolvían cardamomo, canela, tabaco, cal muerta y la nuez de la planta y se llevaban el paquetito a la boca. El efecto de mascarla era fulminante. Equivalía, decían, como mínimo a seis tazas de café o a una fuerte ingesta de hojas de coca. Ayudaba a superar el cansancio y a vencer la somnolencia, aunque creaba una fuerte adicción. Al poco de ingerirla se producía una fuerte salivación de un rojo intenso que los adictos al betel escupían sin parar, manchando paredes y aceras.

Tras un potente *curry*, nos dejamos llevar por unos cánticos que

nos condujeron de sopetón a un templo escondido en un bazar. Ante la atenta mirada de un sacerdote brahmín, unas mujeres de vistosos saris de seda se postraban a los pies de una gran estatua del dios mono Hánuman, engalanado de sedas y collares de flores naranja. Le restregaban los pies con pétalos y ofrendas de comida al ritmo de unos mantras pegadizos que me rondarían por la cabeza durante unos días. Hánuman, con su ejército de simios voladores, ayudó al dios Rama a liberar a su esposa, la fiel Sita, que había sido secuestrada por Rávana, demonio de diez cabezas.

La imagen de los fieles postrados a los pies del dios mono me produjo gran impacto. Educado en el catolicismo, por más que hubiera dejado de creer en Dios, la imagen era muy poderosa. Aquella era la «idolatría», como decían los curas, que combatió Moisés al bajar del monte Sinaí con las Tablas de la Ley cuando encontró al pueblo elegido entregado al dios Baal. Me recordaba a aquellas películas coloniales de la infancia en que los «paganos» hacían sacrificios a dioses sanguinarios.

En este viaje visitaría otros lugares sorprendentes, como el templo de las ratas sagradas de Bikaner, donde se adoraba a millares de roedores que surgían a borbotones de las aberturas en los suelos de mármol y campaban a sus anchas por las salas y los patios sagrados. Eran tan descaradas que trepaban por los ricos saris de las peregrinas para comer con fruición, en repujadas bandejas de cobre o plata, los elaborados curris que habían preparado para ellas. No faltaban en la India otros templos peculiares, como el de las cobras, donde los sacerdotes besaban la cabeza erecta de los peligrosos ofidios; o una cueva perdida en las estribaciones del Himalaya, donde al parecer un gran *yoni* o vagina de piedra, el símbolo de la diosa Devi, menstruaba una vez al año.

En el exterior del templo de Hánuman había puestos de té y tenderetes para los peregrinos con estampas del dios mono, escenas del Ramayana y pétalos y alimentos para hacer las *pujas* u ofrendas. Una familia de macacos saltaba con gran estrépito sobre los tejados de chapa metálica. Aquellos simios se colgaban de un brazo y alargaban el otro para robar comida. Los vendedores, a diferencia de los que vería más tarde en los mercados o en las estaciones de tren, apenas les prestaban atención porque allí, en el templo de Hánuman, eran considerados animales sagrados.

Los monos eran los señores de los tejados en las ciudades de la India. Robaban fruta en los mercados e incluso introducían sus manos entre los barrotes de los vagones en las estaciones para hacerse con comida. A menudo, a la sombra de los grandes árboles que presidían los pueblos, donde tenía lugar la vida social, se reunían las simias con sus pequeños en brazos y parloteaban entre ellas. Me divertía pensar

que hablarían de los méritos de sus retoños.

Los simios eran muy descarados. Desde lo alto de los árboles arrojaban a los transeúntes los objetos robados que no les satisfacían. Se decía que, en una ocasión, los monos se habían llevado del despacho de Indira Gandhi informes comprometedores para la seguridad del país. Los servicios de inteligencia, que ni por asomo habían considerado semejante posibilidad, acusaron a Pakistán. La India preparaba ya una respuesta ejemplarizante cuando, pasadas unas horas, encontraron en el jardín de la residencia los documentos hechos añicos.

Proseguimos hacia el norte. Nuestra meta era Srinagar, en la región de Cachemira, donde buscaríamos a Javier, a quien Paco y yo habíamos conocido en el festival de Wight y que tanto había insistido en que lo visitara. Las carreteras atravesaban bosques de esbeltas coníferas con líquenes grises que colgaban de las ramas como extrañas cabelleras. Ascendíamos elevados puertos para descender después por barrancos de vértigo en cuyo fondo rugían los ríos del monzón y del deshielo. Algunos campesinos estaban sentados en cuclillas al borde de la carretera y fumaban la pipa de agua, que allí llamaban *hooka*, impasibles ante el paso de los vehículos que casi les rozaban. Nos deteníamos en puestos de té donde servían samosas picantes y bebíamos el azucarado *chai* indio, hervido con leche, clavo y cardamomo. La luz que se colaba por las rendijas jugaba con el humo de las brasas de las cocinas de barro. No puedo olvidar el dulzón olor del *chai*, el de madera de sándalo o el del humo de la *hooka*.

De nuevo en ruta, Xefo nos preparaba *shiloms* bien cargados y soñábamos con la belleza de Cachemira, de la que los pocos conocidos que la habían visitado contaban maravillas. Ya no podíamos dormir al raso como en Turquía, Irán o Baluchistán porque la estación del monzón había comenzado. En los puestos de té, por unas rupias nos permitían extender en el suelo nuestros sacos de dormir. ¡Qué lejos habíamos llegado! Sin embargo, yo añoraba la austeridad de los amplios paisajes áridos de Irán o de Turquía y a sus gentes elegantes, salidas de un libro oriental de caballerías.

Me preguntaba si el barroquismo de la India, apenas intuido, era lo que yo buscaba. Habíamos recorrido el Punyab, dormido en Chandigarh, la ciudad diseñada por Le Corbusier, y atravesado parte del estado de Jammu. Quizá era pronto aún para formarme una opinión sobre el país. Pero sus gentes me resultaban demasiado nerviosas, en los templos reinaba una cierta histeria y me molestaban la actitud y el rudo trato de los sacerdotes brahmines con los fieles. Tal vez era solo una primera impresión. No quería generalizar, pero los primeros impactos dejan huella.

En ruta a Cachemira, nos dirigíamos de nuevo a tierras del islam, a una región cercana cultural y geográficamente al Asia central. Pronto comenzamos a cruzarnos con pastores trashumantes de barbas pobladas, tocados con bonetes musulmanes, que llevaban chalecos y largas camisas sobre bombachos y se protegían con chales bordados. Las mujeres, sin velo, de ojos almendrados y nariz recta, rivalizaban con ellos en belleza y porte. Los ancianos tenían las barbas anaranjadas, teñidas de alheña, y más de uno cargaba a los hombros corderos de pocas horas que no cesaban de balar.

Tras un difícil paso, la ruta serpenteaba hacia un país de ensueño. En sus lagos, espejos quietos de un gris azulado, se reflejaba el imponente Himalaya, entre grandes nubes que no siempre lograban ocultarlo. Los cachemires utilizaban sencillas barcas de madera llamadas *shikaras*, donde transportaban plantas acuáticas como forraje, hortalizas e incluso corderos. Los pájaros martín pescador, con sus picos de coral rojo y pecho brillante turquesa, se lanzaban incansables sobre los peces plateados. Llegamos al lago Dal, tapizado de nenúfares, y buscamos la casa-barco de Javier. Nos dijeron que acababa de regresar a Barcelona y que no volvería hasta entrado el otoño.

Nos instalamos en la casa barco de los Goosani, una numerosa y amable familia cachemir. Como todos los del lugar, eran fervientes nacionalistas musulmanes y estaban a favor del líder Cheij Abdala, que preconizaba la unión a Pakistán. Cachemira era una región de tradición islámica que, en vez de formar parte de Pakistán tal como se había estipulado en la partición de 1948, había quedado finalmente bajo el dominio de la India.

Con Carlos Mir en la casa barco de los Goosani, lago Dal, Srinagar
(foto de Xefo Guasch)

Los Goosani nos acogieron con afabilidad, incluso nos permitían entrar en sus aposentos y en la cocina, donde nos recibían las mujeres vestidas de colores con pañuelos anudados a la cabeza que no tenían reparo alguno en ser fotografiadas. De noche todos se reunían y cantaban preciosas melodías *qawal* acompañados de un pequeño armonio portátil y la percusión de una tabla. Textos de grandes poetas sufíes que, tras la introducción a cargo del hijo mayor de la familia, eran coreados por todos, para regocijo de sus mujeres, que participaban con discreción en la velada. Era una música muy bella que dos décadas después darían a conocer en Occidente formidables intérpretes como Nusrat Fateh Ali Khan o los Hermanos Sabri. Recuerdo en especial un *qawal* muy emotivo:

> Dejad que el mundo adore a Dios, que la humanidad alabe lo divino.
> Unos lo buscarán en La Meca; otros, en Benarés.
> En cuanto a mí, yo lo he encontrado en mi amado.
> ¿Acaso no sería a sus pies ante quien debería postrarme?

Años más tarde, cuando Nusrat Fateh visitó Barcelona, fui a entrevistarle a su hotel para la revista *Ajoblanco*. Le hablé de mi viaje por Irán, Pakistán y Cachemira. Sin que yo se lo pidiera, dispuso el armonio portátil sobre la cama de su habitación y me cantó aquel

qawal preferido de los Goosani. La emoción me embargó y, al acabar, el gran maestro Nusrat me besó en la frente. Aquella noche, ante un público en su mayoría pakistaní, me dedicó el bello *qawal* y no pude por menos que recordar a aquella familia cachemir y las plateadas aguas del lago de Srinagar.

Acompañábamos a los hijos a pescar y a visitar los huertos flotantes, construidos sobre restos de cañas que se mecían en el agua y a los que añadían tierra hasta que tomaban una consistencia dura. Las islas podían moverse e incluso trasladarse sin esfuerzo. Resultaba curioso remar entre los huertos apartando los que impedían el paso. En ellos correteaban las gallinas a salvo de zorros, jinetas y otras alimañas. A veces, los campesinos colocaban huevos de pato en los nidos de las cluecas, que cacareaban horrorizadas al ver a sus hijos adoptivos echarse al agua, convencidas de que se iban a ahogar.

Aquí y allá se elevaban hacia el cielo chopos inmensos, y en las orillas del lago se encontraban los famosos jardines de Nishat y Shalimar, de diseño mogol, con estanques y pequeños canales que descendían suavemente hacia el lago.

Enfilamos la difícil carretera que conducía al Ladakh, o Pequeño Tíbet. Las laderas de las estribaciones del Himalaya estaban tapizadas de flores entre altas coníferas; unos caballos de largas crines pastaban tranquilos y en lo alto, las águilas oteaban los prados en busca de conejos y grandes roedores. Yo deseaba recorrer el Ladakh, aquel lugar de aridez extrema, desde que tuve en las manos *Los tesoros del Himalaya*, libro que había comprado mi padre en el bar Cristal en la planta baja de la casa de la infancia. Era una joya que contenía imágenes de lamaserías y de enormes estatuas de Buda recubiertas de láminas de oro. Me había sorprendido una fotografía a doble página tomada desde la terraza de un monasterio, en la que un lama de rojo contemplaba un inmenso pedregal que descendía hacia el lejano río Indo, sobre un fondo de elevadas montañas rojizas y ocres coronadas de nieve. La escena lograba transmitir una sensación de amplitud como pocas veces he vuelto a percibir en otra imagen. Era un paisaje soñado. Me impactó de tal modo que me hice la promesa de recorrer algún día aquel lugar.

No lo conseguí, tras una hora de conducción, una barrera impedía el paso tanto a los extranjeros como a los indios no residentes. Los militares nos dijeron que estaba prohibido continuar. En aquella región se habían producido enfrentamientos con el ejército chino y era considerada por Delhi como inestable.

Diego Azqueta, Paco Escudé, Carlos Mir, Jordi Esteva, dos novicios budistas y un gato (foto de X. Guasch)

De vuelta a Srinagar, mientras compartíamos un *shilom* al atardecer, Peter, un mochilero de Seattle que acababa de llegar a casa de los Goosani, nos habló de la peregrinación a la cueva de Amarnath, en el Himalaya, a más de cuatro mil metros de altura, para contemplar el falo de hielo que simbolizaba a Shiva. Todavía frustrados por el viaje fallido al Ladakh decidimos acompañarle, pero cuando al día siguiente fuimos a gestionar los permisos necesarios para adentrarnos en aquella zona remota, nos enteramos de que el ascenso se hacía tan solo durante la luna llena de julio, que acababa de pasar. Decidí que algún día, más pronto que tarde, regresaría a Cachemira.

Con Peter seguimos hasta Dharamsala, donde estaba el gobierno del Dalái Lama en el exilio. Era apenas un par de calles con algún hotelito, escuelas para los refugiados tibetanos y unos pocos talleres de artesanía. A lo largo de la calle mayor, se encontraban los característicos molinos tibetanos de bronce, con inscripciones de rezos, que los fieles hacían girar con las manos. En las azoteas de las casas ondeaban al viento banderitas de colores con oraciones budistas. Con eterna sonrisa en los labios, hombres y mujeres agitaban los molinillos de oración que portaban en la mano mientras susurraban el mantra *Om mani padme hum*.

Apenas había hippies, pues las drogas no estaban bien vistas. Unos

pocos extranjeros estudiaban yoga o historia del Tíbet. Permanecimos algunos días y tuvimos la oportunidad de asistir a una audiencia con el Dalái Lama. Éramos una treintena de personas, todas tibetanas, excepto nosotros. Cuando apareció, con su amplia sonrisa, todos se postraron ante quien para ellos era una reencarnación del Avalokiteshvara, el *bodhitsattva* de la compasión.

Habían transcurrido más de dos décadas desde la invasión china del Tíbet y aún llegaban refugiados que habían desafiado heladas ventiscas mientras atravesaban los altos pasos del Himalaya hasta llegar a la seguridad de la India. Nos contaron que todavía existía la guerrilla tibetana, financiada por Estados Unidos. Sus valientes combatientes, los llamados *khampa*, operaban desde el remoto reino de Mustang y siguieron en activo hasta que el Dalái Lama, tras el deshielo de las relaciones entre China y Estados Unidos, exhortó a la guerrilla a que abandonaran la lucha armada. Me suscribí a la revista *Tibetan Review*, cuyo logo era la silueta de la Potala, que recibiría durante algunos años.

Tenaces, los tibetanos intentaban preservar su cultura. Tenían escuelas de medicina tradicional y conservaban su folklore y costumbres. Mantenían la vana esperanza de que un día regresarían a Lhasa. Un capítulo más en una historia injusta, como el genocidio del pueblo armenio bajo el gobierno de los jóvenes turcos, la ocupación de Palestina por Israel o el no reconocimiento del pueblo kurdo a pesar de las promesas británicas. Desmantelada la guerrilla *khampa*, Mao podía ejecutar la política de hechos consumados que iba a cambiar por completo la composición étnica del Tíbet. Como en el vecino Xinjiang, el antiguo «Turkestán chino», donde los uigures, sus auténticos habitantes, pasaron a ser minoría en su propio país. Hoy, los tibetanos o uigures que se atreven a alzar la voz son acusados de terroristas, ante la pasividad del pueblo chino, narcotizado por el desaforado consumismo.

Continuamos por el estado de Himachal Pradesh siguiendo el curso de caudalosos ríos que bajaban con fuerza del Himalaya. Atravesamos auténticas junglas y volvimos a ascender entre altas coníferas hasta llegar a Manali, donde vimos aparcada, junto a un bello templo hindú de madera que recordaba a las antiguas pagodas del Japón, la camioneta Wolkswagen, pintada al estilo de *Yellow Submarine*, de aquellos hippies que en Estambul nos miraron por encima del hombro. Habíamos descubierto el secreto que guardaban con tanto celo. Pasamos de largo sin saludarles. Ahora, nosotros también nos habíamos graduado.

Permanecimos unos días de asueto y lavamos por primera vez a conciencia el Land Rover, que había acumulado la suciedad, el polvo y

la arena de meses de viaje. Nos cortamos las uñas y como si fuéramos simios examinábamos, unos a otros, nuestras cabelleras en busca de algún piojo. Leíamos, escribíamos nuestros diarios y enviábamos aerogramas, las cartas sin sobre que vendían en las estafetas de correos. Xefo se encargaba de que no faltaran hachís y opio, que solíamos compartir con un *sadhu* que meditaba en el tronco vacío de un gran árbol. Nos preguntábamos qué habría sido de Manuel, por dónde andaría. En la lista de correos de Srinagar tampoco habíamos recibido noticias de él. ¿Tendríamos mejor suerte en la capital del país?

La Delhi que conocimos no era la megalópolis actual, una de las ciudades más contaminadas del mundo. Se componía de dos ciudades bien diferenciadas: la Vieja Delhi y la Nueva Delhi. Esta última, fundada por los británicos tras el traslado de la capital desde Calcuta, era una ciudad jardín con avenidas imperiales y edificios oficiales de arenisca roja, casas coloniales con veranda entre árboles donde moraban loros, simios y atrevidas ardillas.

Recuerdo Connaught Place, una extensa plaza de arquitectura londinense. Sobre la hierba, por unas pocas rupias, unos hombres daban masajes y otros limpiaban con bastoncillos las orejas de los clientes. Algunos confeccionaban horóscopos. Había toda suerte de vendedores de chucherías, refrescos y también aguadores. Una tarde un sij se nos acercó a Xefo y a mí para preguntarnos en un inglés pomposo: «*Do you have by chance a femenine companion for fucking purposes*?» (¿No tendrían por causalidad alguna compañía femenina para propósitos «folladores»?). Cuando rumiábamos la respuesta, por supuesto negativa, nos sorprendió aún más con su inglés victoriano: «*Or perhaps any of you gentlemen would agree for sexual intercourse with myself*?» (¿O acaso alguno de ustedes, caballeros, aceptaría tener intercambio sexual conmigo?).

Solíamos frecuentar el Indian Coffee House de Connaught Place. Era deliciosamente colonial, con sus numerosas columnas y cortinas de varillas de bambú que tamizaban la luz creando interesantes sombras. Numerosos ventiladores colgaban del techo y una multitud de camareros con turbantes coronados por una cresta colorida se daban la media vuelta cuando un cliente alzaba la mano para captar su atención. Era un lugar de reunión de artistas, estudiantes e intelectuales y de los viajeros que querían comunicarse entre sí.

Estaba cerca del American Express, donde muchos hippies iban en peregrinación para ver si por fin había llegado el cheque de sus familias para continuar viajando o para regresar a casa. Algunos habían sido robados o se encontraban en un estado mental deplorable por el abuso de drogas, incapaces de valerse por sí mismos y a merced

de la voluntad de sus embajadas, no siempre sensibles o a veces desbordadas por el alud de solicitudes de repatriación. Encontré a personas que se habían desplazado a la India en busca de sus hijos o hermanos, o ¡incluso de sus padres!, de los que no habían tenido noticias en meses. A algunos jamás les encontraron. Para ellos, el sueño hippie acabó en pesadilla.

En aquella época, sin tarjetas de crédito, ni móviles, ni internet, los bancos obtenían pingües beneficios al retrasar al máximo las transferencias para cobrar intereses. Era peligroso viajar con dinero y solían utilizarse los cheques de viaje, que tenían seguro, y en caso de robo, tras la correspondiente denuncia, American Express abonaba la cantidad sustraída. Más de una vez, algunos comerciantes, quizá demasiado avispados, nos proponían comprar nuestros cheques por la mitad de su valor para revenderlos ellos en el mercado negro. Un negocio redondo para los hippies sin escrúpulos, habida cuenta de que, pasadas unas semanas, además del montón de rupias pagadas por los comerciantes, acabarían cobrando de American Express el importe íntegro de los cheques supuestamente hurtados.

Cerca de Correos se agrupaban decenas de escribanos que, a mano o en viejas máquinas, escribían formularios o cartas que les dictaban los clientes analfabetos. En algunas tiendas del centro tenían fotografías de los Beatles comprando libros o discos. Aunque George Harrison adquirió su sitar en Benarés, había una tienda que de manera un tanto ambigua se presentaba como el lugar donde lo había adquirido.

La Vieja Delhi, con sus callejuelas atiborradas de gente, resultaba mucho más interesante. Era la antigua capital de la India mogol, con su Fuerte Rojo y otras maravillas de arenisca roja. Había templos de todas las religiones del subcontinente. Destacaba sobre todo la Gran Mezquita, que, durante la oración principal del viernes, registraba una afluencia tan impresionante que los fieles llenaban incluso la enorme explanada exterior.

Nos alojamos en Paharganj Street, una de las calles más abigarradas de la ciudad, en el Vivek, un hotel entonces espartano con una terraza desde la que se dominaba todo el barullo. Ajenos al caos de las calles en que deambulaban las vacas sagradas y zigzagueaban los *rickshaws*, caminaban *sadhus*, con su cabellera apelmazada a lo rasta, totalmente desnudos, sin que a nadie, ni siquiera a la policía de aquel país puritano, pareciera importarle. Eran hombres santos que se negaban a portar vestimenta alguna, pues desnudos habían nacido y así habrían de vivir y morir. Tan solo llevaban en una mano un pequeño cuenco de cobre, en el que recogían la comida que les ofrecían los vendedores callejeros, y en la otra, el tridente de hierro que simbolizaba a Shiva. En la frente se restregaban ceniza o polvos

rojizos y ocres.

En lo alto, buitres, águilas y cuervos se disputaban el cielo y en las ramas de los árboles las palomas se arrullaban y los loros se hacían carantoñas. No faltaban los monos, que saltaban de azotea en azotea sin desaprovechar la oportunidad de hacerse con algún botín. Cerca del Vivek había una calle donde en la acera, sobre hojas de plátano o papeles de periódico, los vendedores callejeros disponían frutas y hortalizas. Olía a incienso y a podrido. A pesar de ser consideradas sagradas por el hinduismo, los vendedores se veían obligados a ahuyentar a las vacas pues al menor descuido les robaban verduras y frutas, momentos de confusión que solían aprovechar los espabilados monos para descolgarse de algún techo y agarrar algún mango o un montón de plátanos.

Algunas tiendas eran tan pequeñas que apenas cabía en ellas el vendedor en cuclillas. Me sorprendían los pretenciosos nombres para unos lugares tan reducidos. Había rótulos que rezaban: *NEW INDIAN EMPORIUM* (NUEVO EMPORIO INDIO) o *ALL INDIA SUPPLIES* (SUMINISTROS DE TODA LA INDIA), y no faltaban incluso letreros en los que se leía: *FINANCED BY THE STATE BANK OF INDIA* (FINANCIADO POR EL BANCO ESTATAL DE LA INDIA), como si aquellas tienduchas minúsculas hubieran necesitado de una gran inversión. En una ocasión, tras pedir un refresco nos contestaron en aquel inglés victoriano que los indios habían hecho tan suyo acompañado de los característicos ladeos de cabeza: «*Sorry, but it is out of stock at this very moment*» (Lo sentimos, pero en este preciso momento nos encontramos sin existencias).

En las aceras había templetes con estatuillas de piedra de los dioses más populares del panteón hindú cubiertas de flores y con humeantes barritas de incienso perfumado. Ganesh, el dios niño con cabeza de elefante, el protector del hogar, era el más querido por la gente común. Algunos viandantes se detenían unos segundos para inclinarse con devoción y tocar la figura mientras musitaban unos mantras. Familias enteras vivían en la calle y disponían sus enseres en la acera. Así como aquellos *sadhus* sin ropa alguna.

En el Vivek Hotel había sobre todo hippies. Muchos estaban colgados, algunos esperaban dinero o la repatriación, otros se iban consumiendo y gastaban lo poco que les quedaba. Carlos Mir me contó que impidió que un sij montado en un *rickshaw* secuestrara a una suiza del hotel que andaba todo el día tan «pasada de rosca» que ni siquiera fue consciente de lo que le había ocurrido. Fue el primero en advertir que aquellos jóvenes indios vestidos con pantalones pijama y camisas transparentes que pululaban por el hotel, sirviendo refrescos y vendiendo pequeñas cantidades de droga, hacían horas extra en el *charpoy* de algunos viajeros para redondear el sueldo.

Aparte de los bellos edificios históricos, en Delhi había otros lugares maravillosos, como el sorprendente Qutab Minar o el Museo Nacional, con bellísimas miniaturas y estatuas. En la cartelera del *Times of India* podían encontrase los espectáculos de danza *hindostani* o conciertos de música clásica india. Era una ciudad estimulante donde no faltaban lugares curiosos, como el observatorio de un marajá excéntrico o el hospital para pájaros de los jain. Los miembros de esa religión corrían con todos los gastos del edificio, que contaba con sala de operaciones e incluso aire acondicionado para atender a los halcones, loros, palomas y otros pájaros heridos que traían los fieles. Lo entendí cuando supe que los jain creían de manera tan estricta en la reencarnación, que sus sacerdotes se tapaban la boca con una mascarilla de tela para evitar tragar algún insecto que pudiera ser una reencarnación humana e incluso barrían el suelo antes de pisarlo para evitar matar hormigas y otros insectos.

En Correos no nos esperaba aerograma alguno de Manuel, pero la tarde anterior a nuestra partida, en el Indian Coffee House, unos franceses nos hablaron de un chico español que habían conocido en Amritsar. Cojeaba un poco y hablaba mucho, sobre todo de animales. No podía ser otro que nuestro querido amigo. Dijeron que andaría por Nepal.

* * *

Continuamos hacia Benarés por la famosa Grand Trunk Road, la Ruta 66 de los hippies. Partía desde Kabul, ascendía el peligroso paso Khyber y entraba en Pakistán por Peshawar para continuar hasta Lahore y acceder a la India por Amritsar, desde donde seguía hacia Delhi y atravesaba todo el norte hasta llegar a Calcuta.

A pesar de ser más grande y transitada que otras carreteras, las normas de circulación seguían siendo las del subcontinente indio. Es decir, la ley del más fuerte. Los grandes camiones circulaban por el centro de la calzada, jamás se apartaban y además hacían sonar sus estridentes bocinas. Más de una vez debimos dar arriesgados golpes de volante para evitar ser embestidos. La gente utilizaba las carreteras para caminar de un pueblo a otro, pero también como secadero de pimientos y otros vegetales que los vehículos debían sortear al igual que a las personas, vacas, cabras o búfalos. A veces, en los lugares menos transitados, los animales e incluso las personas se tendían en el pavimento. En los cruces importantes se agrupaban gasolineras, talleres mecánicos y casas de comida, y cada conductor escogía el establecimiento según su religión. Recuerdo las Guru Nanak Petrol Station, por el nombre del fundador del sijismo, donde naturalmente repostaban los sijs.

En la Grand Trunk Road, conducir pasadas las siete de la tarde era una locura, pues las normas de circulación eran aún más laxas y los camiones iban siempre con las luces largas. Solíamos descansar en los mismos lugares que los camioneros, pues en ellos nos sentíamos protegidos. Los puestos de comida eran muy extensos, con cocinas al aire libre e inmensas ollas donde hervía el aceite rojizo en que freían samosas y pescado. Unos adolescentes se esmeraban en amasar la harina para hacer *chapatis*, los panes indios que cocían en las paredes de los grandes hornos de barro, y unos niños iban de mesa en mesa repartiendo té en unos bellos cuencos de arcilla que, una vez sorbida la infusión, se estrellaban en el suelo. El humo de las cocinas, iluminado por fluorescentes de colores, ascendía hasta el cielo mientras sonaba la voz irritante de las estrellas de Bollywood. Aquel verano estaba de moda la canción *Hare Rama, Hare Krishna*, de la película homónima, en que la protagonista huía de su vida convencional tras un grupo de hippies hasta que su novio acababa por encontrarla y la obligaba a regresar al redil.

En aquellos establecimientos, se realizaban masajes y se alquilaban *charpoys* por unas rupias. La actividad de los fogones no remitía hasta bien entrada la noche y ya antes del amanecer mientras los musulmanes se postraban con la frente en el suelo, los hindúes alzaban sus brazos hacia el sol. Los empleados se desperezaban para preparar el *chai* del desayuno en grandes teteras. A esas horas, los conductores sijs se disponían a lavarse. Se quitaban la red que les sostenía la barba y se despojaban del turbante, dejando al viento sus largas cabelleras, que no podían cortar por tabú religioso. Parecían entonces guerreros o demonios del Ramayana. A continuación, se quitaban la ropa hasta quedarse en un sucinto taparrabos que dejaba las potentes y peludas nalgas al descubierto. Se ponían, entonces, de cuclillas bajo el chorro de la bomba manual de agua que accionaban sus ayudantes. A menudo, en aquella postura, el taparrabos, incapaz de ocultar por más tiempo los poderosos atributos, dejaba escapar su prominente sexo sin que pareciera importarles. En un país tan poblado resultaba casi imposible la privacidad, carencia que era compensada por un simple y discreto desvío de la mirada y un olvido voluntario de la desnudez percibida. Paradojas de una sociedad puritana.

Llegamos por fin a Benarés. La ciudad me pareció un universo en sí misma. Un laberinto de callejuelas, como en otras ciudades indias, pero mucho más claustrofóbico. Los puestos de artículos para las *pujas* u ofrendas y las tiendas de las mejores sedas de toda la India se alternaban con los comercios relacionados con la industria de la muerte; desde maderas, esencias y resinas olorosas para la incineración a guirnaldas de flores o pétalos de todos los precios. El

laberinto ocultaba numerosos templos, con sacerdotes vestidos de amarillo o rosa que recitaban mantras hasta la extenuación acompañándose de crótalos, címbalos y campanas. Abundaban los refugios y albergues para los familiares de los fallecidos que serían incinerados y para la multitud de peregrinos que acudían de todo el subcontinente para purificarse en las aguas sagradas del Ganges.

Con Xefo Guasch y el encantador de serpientes (foto de Paco Escudé)

Las comitivas funerarias portaban a hombros la angarilla del fallecido y se hacían a un lado cada vez que se topaban con las procesiones de sacerdotes de las diferentes sectas. Unos *sadhus*, desnudos e incircuncisos, caminaban por las callejuelas, en solitario o en grupo, recogiendo limosnas o los alimentos que les daban tenderos y fieles. Los ancianos, llegados por centenares cada día de todo el país, deambulaban como sombras esperando morir para ser incinerados en la ciudad más santa de toda la India. Ciegos y tullidos trataban de llamar la atención golpeando cuencos metálicos. Algunos escupían la

saliva roja de la ingesta de betel. Los monos se descolgaban de los tejados para robar comida a los viandantes desprevenidos y regresar en dos o tres saltos a sus atalayas a la espera del próximo ataque.

De los banianos que crecían en las casas ruinosas o en plazuelas, colgaban grandes zorros voladores que por millares surcaban el cielo rojo del atardecer. El cuadro se completaba con las famélicas vacas sagradas, que entorpecían con su lento y errático caminar aquel abigarrado flujo de seres que desembocaba en el Ganges. Yo estaba aturdido. Aquel río de creyentes me hacía pensar en el fluido de la sangre por las venas, con sus glóbulos y plaquetas. Benarés se me abría como el vientre de un animal que mostrara sus vísceras.

El laberinto acababa bruscamente en las grandes y altas escalinatas de piedra, los llamados *ghats*, que descendían hasta desaparecer en el Ganges, y donde se agolpaba la multitud. *Sadhus* y maestros yoguis en taparrabos, o sin ropa alguna, hacían complicados ejercicios en las gradas protegidos del sol por grandes sombrillas de caña. Los peregrinos se introducían vestidos en el río sagrado para el baño ritual. En el agua, se lavaban, rezaban, bebían y ofrecían sus *pujas* dejando flotar ofrendas y velas de aceite. Los saris, en el caso de las mujeres, y los *dhotis*, en el de los hombres, se adherían al cuerpo como una segunda piel, desvelando formas y curvas. Algunos ancianos, que habían renunciado a todo y se dejaban morir, bebían con la mano el agua sagrada. La vida continuaba y los niños, ajenos al drama de la existencia, daban brincos en las gradas o elevaban por los aires sus cometas de colores mientras los sempiternos monos aprovechaban cualquier distracción para disputarse la comida de los peregrinos con los amenazantes cuervos.

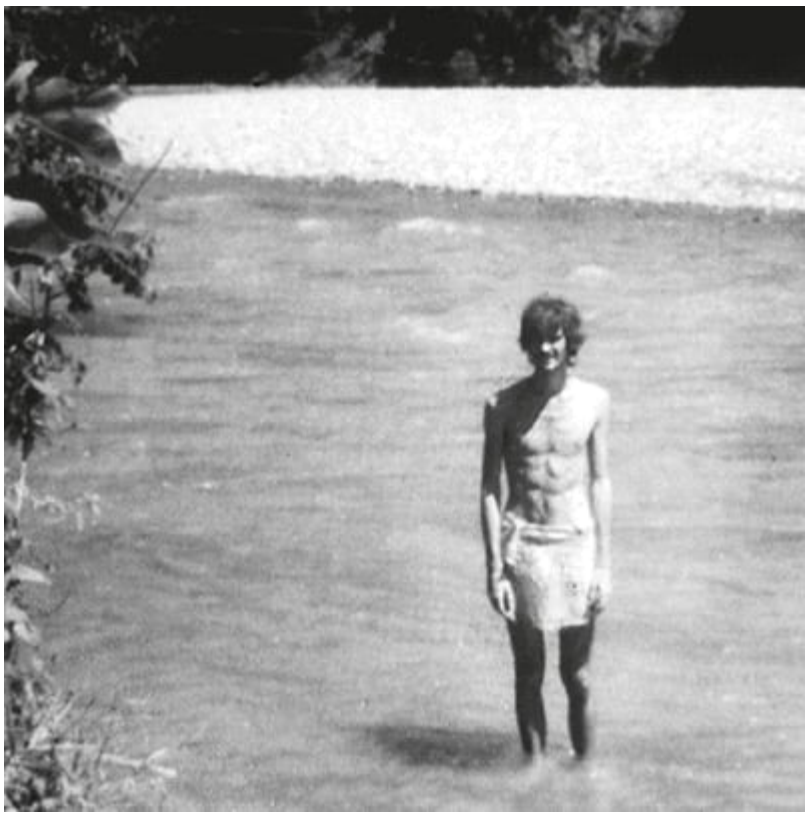
En una zona específica de los *ghats*, se disponían las piras donde se incineraba a los muertos según su riqueza. Cuanto más adinerado, más grande era la pira y de mejor calidad la leña y las flores. Un paseo en barca frente a las gradas permitía distinguir cadáveres medio calcinados o incluso de bebés que flotaban, pues a los de los menores de un año se los arrojaba al río sin quemarlos. Tras la caída del sol, la visión de los atestados *ghats*, con la humareda que desprendían los fuegos de las piras y el penetrante olor a carne humana quemada, no dejaba indiferente. Decían que Benarés era el gran teatro de la vida, pero, a Paco y a mí, la ciudad santa del hinduismo nos pareció un mal sueño y sentimos alivio cuando subimos al Land Rover para abandonarla.

* * *

Proseguimos hacia el norte y, entrada la noche, cuando atravesábamos un puente, quedó deslumbrado ante nosotros un caracal de orejas

puntiagudas. Quedamos hechizados ante su belleza y el tiempo se detuvo hasta que pasados unos pocos minutos apagamos las luces para que el asustado felino pudiese huir.

Dormimos en otro de aquellos establecimientos al aire libre para los camioneros y al día siguiente una patrulla del Ejército nos obligó a circular en convoy por los constantes ataques de los *dacoit*, los bandidos rurales del centro de la India, y además porque nos acercábamos al territorio de la guerrilla maoísta, llamada *naxalita*. Y así proseguimos escoltados, sin libertad de acción, hasta llegar a la frontera de Nepal.



Baño en un río sagrado (foto de Paco Escudé)

Aquel Katmandú de principios de los setenta era un lugar idílico. No había turismo organizado y sí numerosos restaurantes y hotelitos baratos para los hippies. Los templos de madera eran fabulosos. Me fascinaron los ojos de Buda, aplastados por el centro, que observaban el mundo desde lo alto de las estupas, grandes construcciones en forma de media esfera que albergaban reliquias. Recuerdo una mañana en que unos hombres llevaban por las callejuelas decenas de

búfalos y cabras para sacrificar ante la diosa Devi, dejando un río de sangre y olor a muerte. Los campos de arroz se extendían a los pies de un Himalaya cubierto por las nubes del monzón. El hachís era excelente; hacía tan solo unos meses, debido a las presiones internacionales, habían sido clausurados los establecimientos legales que lo suministraban en paquetes con el sello de la familia real. A pesar de ello, se podía obtener en cualquier esquina y se seguían confeccionando pastelitos de un fuerte cannabis.

Una mañana, camino de la pensión, Carlos avistó a Manuel entre la muchedumbre. Corrimos hacia él. Aquella noche Paco se ocupó de que no nos faltaran varios de aquellos fuertes pastelitos de hachís. A pesar de la alegría del encuentro, estábamos cansados del viaje. No es fácil convivir con cuatro amigos pegados las veinticuatro horas durante cuatro meses y, sin embargo, no recuerdo roce ni enfado alguno. Pero llegó el momento de separarnos. Cada uno necesitaba volar por su cuenta.

Corría el 11 de septiembre de 1973. Recuerdo la fecha porque en la pequeña Grundig acababa de oír que Salvador Allende había sido asesinado en el Palacio de la Moneda. Carlos decidió abandonar el grupo. Paco, Xefo, Manuel y yo regresamos a Delhi desde donde Xefo volaría a España a cumplir con el servicio militar y los demás no sabíamos muy bien qué hacer. Debíamos tratar de vender el Land Rover, que funcionaba cada vez peor y con el que ninguno de nosotros se veía capaz de regresar a casa. Tarea difícil, porque para viajar a algunos países de Oriente habíamos necesitado el llamado *Carnet de Passage*, que aseguraba que el vehículo no sería vendido en ellos. Para su expedición, se nos había bloqueado una cantidad respetable en una cuenta que habíamos abierto con Paco, fruto de nuestros trapicheos, y por tanto la venta debía ser superior o parecida al montante retenido en España si no queríamos perder el depósito.

Llegados a Delhi, lo ofrecido por el Land Rover no llegaba a cubrir la multa a pagar en Barcelona por exportación ilegal. Un funcionario de la Embajada nos sugirió que lo mejor sería fletarlo en Bombay y devolverlo a España. Nos dio el contacto del cónsul, un goano con el curioso nombre de Napoleón Fernández. De Bombay pensábamos viajar a Goa, aunque yo no lo tenía muy claro. No me atraía en absoluto aquel paraíso tropical hippie del que, sin embargo, todos los viajeros hablaban maravillas.

En la oficina de Correos recibimos la grata noticia de que el envío de artesanía había sido un éxito y volvimos a comprar telas y abalorios para mandar a casa. También llegaron por fin los dos aerogramas que Manuel había expedido meses antes y en los que nos comunicaba sus planes. Reímos y aquella noche, por primera vez desde que emprendimos la Ruta de la India, bebimos una botella de

vino.

Sin dos de nuestros compañeros y con la certeza del fin de la aventura, el viaje a Bombay fue melancólico. Paco nos sorprendió diciendo que estaba harto de la India, quería instalarse en Formentera y meditar en qué hacer con su vida. Para empezar, había decidido dejar las drogas, al menos por una buena temporada. ¿En qué momento se produjo aquel drástico cambio? Desgraciadamente no duró, porque de regreso a casa se enganchó al caballo.

Una noche paramos en una aldea. Unos hombres acudieron a la casa de té donde íbamos a dormir para decirnos que nos esperaba un señor muy importante. Nos invitó a su casa y cenamos bajo un chamizo. Lo acompañaban un par de matones. Pronto vimos que no había sido una buena idea aceptar. Bebían un fuerte aguardiente casero que rechazamos y al poco rato estaban totalmente borrachos.

Aquel cabecilla local, con la boca llena de espumarajos rojos de nuez de betel, intentaba meter mano a Manuel. Mi amigo le gritó y nos incorporamos para marcharnos, pero nos retuvieron con disculpas. A los pocos minutos volvió a la carga, esta vez acompañado de sus dos sicarios, que pretendían propasarse con Paco y conmigo. Me levanté y grité: «¡Rápido! ¡Al coche!». No nos resultó difícil alcanzar el vehículo porque a duras penas se sostenían en pie.

A pesar de los golpes en el capó y de que uno de ellos sujetaba por la ventana a Manuel, que se defendía a puñetazos, conseguimos zafarnos y el Land Rover, esta vez sí, arrancó a la primera. Uno de ellos se plantó ante el vehículo, pero al ver que estábamos decididos a arrollarlo se apartó en el último momento mientras su compinche corría durante unos metros agarrado a la puerta.

Recogimos las mochilas y salimos del pueblo a toda velocidad. Al amanecer llegamos a Damán, antiguo enclave portugués, con sus iglesias y arquitectura colonial. Soplaba un fuerte viento del mar de Arabia y nos instalamos por dos días en un hotel sobre un promontorio que dominaba un enfurecido mar gris envuelto en una atmósfera de arena y salitre. Dios sabe las horas que llegamos a dormir, como si en aquel estado de aletargamiento dejáramos de pensar en nuestro futuro que, pasados los meses de aventura, de nuevo nos inquietaba. Nos costaba continuar hacia Bombay, porque sabíamos que era el destino final y allí acababa nuestro sueño tan esperado que en algún momento se había torcido.

Éramos muy jóvenes, aún debíamos cumplir el servicio militar y estábamos decepcionados con los estudios que algunos incluso habíamos abandonado. Hasta Benarés nuestro ánimo había ido en ascenso y fue en aquel lugar tan irreal donde nos topamos con nuestras realidades y se produjo el punto de inflexión. ¿Había sido

aquel viaje un aplazamiento de nuestros conflictos existenciales?

En Bombay acabamos en el Salvation Army (Ejército de Salvación), un lugar decrépito que, a pesar de los chinches y pulgas y del penetrante olor a humedad, no estaba desprovisto de cierto encanto. Bombay conservaba un aire colonial y una multitud de bonitas calles de casas con columnas y jardines entre los que zigzagueaban los *rickshaws* y los viejos Ambassador de la época británica. Los autobuses rojos de dos pisos le daban un aire muy londinense.

Un interesante barrio parsi acogía a los seguidores de Zoroastro que huyeron de Irán tras la invasión musulmana. En sus templos, prohibidos a los infieles, se veneraba un fuego sagrado que no se había extinguido durante siglos. En los alrededores de la ciudad se alzaban las Torres del Silencio. Recordé las de Yazd que habíamos visto hacía unos meses en Irán.

Contacté con el cónsul Napoleón Fernández para tratar de fletar el Land Rover. Extremadamente eficaz, tras unas pocas llamadas de teléfono, nos encontró una naviera que además permitía pagar en destino, con lo que Paco y yo pudimos dedicar los beneficios de nuestros trapicheos a llenar aún más el vehículo con artesanía.

En el Salvation Army compartimos habitación con Hakim, un iraquí de ojos negros y barba recortada. Enseguida simpatizamos. El calor era terrible; sorprendí su mirada más de una vez mientras me cambiaba y él sonrió cuando se topó con la mía haciendo lo mismo. Era estudiante de ingeniería. Había numerosos jóvenes de Bagdad en las universidades de Bombay porque el Irak baasista y la India de Indira Gandhi tenían muchos acuerdos de cooperación ya que ambos giraban en torno a la órbita soviética.

El viaje que ahora llegaba a su fin había reafirmado mi fascinación por el mundo islámico. Me sentía bien entre aquellos hombres afables de mirada profunda. La India, en cambio, me resultaba lejana. Los cultos en los templos eran atrayentes, sin duda, con sus sorprendentes rituales y sus lluvias de polvos de colores, sacrificios de animales y gente arrodillada ante las ratas sagradas, cobras o monos. Pero todo me era ajeno. Incluyendo los complicados textos del Ramayana o de los Vedas.

El antiguo mundo islámico, en cambio, me atraía y estimulaba. Leía una y otra vez los poemas de Hafiz, Rumi y sobre todo de Omar Jayam, que había comprado en la librería de Teherán. En ellos veía el inexorable paso del tiempo, el goce del momento detenido en la sonrisa del escanciador de vino y la evocación de las ciudades antaño orgullosas convertidas en poco más que polvo. Y recordé la hechizada ciudadela de Bam. De ahí me transporté al atractivo y sensual porte de los baluchis y a los momentos de miradas intensas. Pero el viaje estaba

concluyendo y deseaba vivir, aunque fuera un único encuentro, con uno de aquellos hombres con los que había fantaseado en el *hamam* de Irán o en el Baluchistán.

Decidí quedarme solo en Bombay. La noche anterior a la partida de Paco y Manuel a Goa, alguien entró en la habitación, pero Paco lo increpó y el ladrón consiguió escapar. Al día siguiente, acompañé a mis amigos a la estación de tren y nos despedimos con gran emoción. De regreso al Salvation Army, Hakim me esperaba con una gran sonrisa. Me propuso que nos cambiáramos a una habitación para los dos a fin de evitar sorpresas como la de la noche anterior. Adujo, con mirada pícara, que por unas rupias de más podríamos disponer de dos llaves.

Aquella noche hacía mucho calor y la humedad era tan alta que apenas uno salía de la ducha ya sudaba de nuevo. Ninguno de los dos podía conciliar el sueño y nos observábamos de reojo, con prudencia, incapaces de dar el primer paso. Cuando por fin concilié el sueño, no duró; desperté empapado de sudor y una vez más salí al patio a refrescarme. Al regresar a la habitación me coloqué bajo el ventilador y entonces, seguro de que me estaba observando, dejé caer la toalla. La luz verde de neón del Salvation Army, que se filtraba entre las persianas, dejaba entrever en la penumbra el cuerpo desnudo de Hakim, que ya no fingía dormir y que, con las pupilas dilatadas como un gato, con un gesto me reclamaba a su lado.

Entrada la mañana, desperté solo en la habitación. Los enseres de Hakim habían desaparecido. Por un momento me invadió el temor de que se hubiera llevado mi pasaporte y mi dinero. Registré equipaje y bolsa. No me faltaba nada. En la recepción dijeron que había pagado su cuenta y se había marchado.

Me acerqué a la compañía de transportes y entregué el Land Rover, que ya solo funcionaba a trompicones con las dos primeras marchas. Qué sensación más extraña la de abandonar aquel querido vehículo que me había llevado a tantos lugares extraordinarios. Aquel cascarrabias de hierro a quien, tan a menudo, le gustaba dejarme tirado. Había visitado casi todos los talleres de mecánica de la interminable ruta. Ojalá hubiera hecho fotografías de todos ellos y de los mecánicos, pero en aquella época tan solo tenía una pequeña Instamatic. ¡Mi querido Land Rover! Gracias a él, ¡cuántos momentos inolvidables había vivido con Marta alrededor del Mediterráneo, de las ruinas de Leptis Magna en Libia a los monasterios de Bulgaria! Y ¿qué decir de la Ruta de la India? Desde Barcelona habíamos conducido, tras atravesar todo Oriente Medio, hasta llegar a la mismísima frontera de la China para proseguir hasta Bombay, donde ahora lo metía en un barco que meses más tarde llegaría a Barcelona para ir directo al desgüace. Sabía que ya nunca lo volvería a conducir.

Me dirigí al cercano café que Hakim frecuentaba. Los estudiantes discutían alrededor de humeantes tazas de té. En un aparte, un grupo leía poesía. Me senté cerca. No habría pasado media hora cuando entró Hakim. Al verme hizo ademán de irse, pero yo me levanté y le agarré del brazo. Caminamos por la calle y me dijo que lo de la noche anterior no podía repetirse. No estaba bien y debíamos ser fuertes ante las tentaciones. Por eso se había ido, para no tener ocasión de volver a caer. Le respondí que yo volaba en unos días y me preguntó, apenado: «Entonces, ¿no nos volveremos a ver?».

Hakim, como en cierto modo a mí me seguía pasando, luchaba consigo mismo. Pese a mi temprana salida del armario ante mi padre, con mis amigos nunca hablábamos de mi homosexualidad ni la de Carlos. Sin embargo, eran mucho más abiertos de lo que yo creía. Yo era mi propio censor. A nuestro regreso, Xefo me contó que una tarde en Benarés, de vuelta de una función de circo indio con Carlos, nos encontraron a Paco y mí en la habitación de la pensión, ciegos de opio y con los ojos maquillados de kohl. Estaban convencidos de que mientras ellos disfrutaban del circo nosotros habíamos estado follando como conejos en la habitación. Reí hasta que me dolió el estómago. Jamás se me habría ocurrido algo así con Paco, un «hetero» recalcitrante y para mí un hermano.

Hakim me miraba con atención. Aseguraba que debía marcharse, pero no lo hacía. Sus ojos estaban brillantes y húmedos. Finalmente pateó una piedra y se fue. Lo seguí con la vista hasta que desapareció en un callejón. Necesitaba acariciar de nuevo su piel suave y sentir su excitante sudor mezclado con el aroma a almizcle con el que les gusta perfumarse a tantos orientales. Solo pensar en que no volvería a gozar de esa sensación embriagante me trastocaba.

Por la noche, de regreso al Salvation Army, noté cómo alguien tiraba de mi pantalón. Era un niño de la calle e intenté zafarme porque le creía un pedigüeño, pero por señas me condujo a un cafetín donde me aguardaba Hakim. Al verme se le iluminó el rostro. Me apretó la mano por debajo de la mesa mientras me decía que un compatriota suyo, estudiante como él en la universidad, que se hallaba por una temporada de regreso en Bagdad, le había prestado su habitación alquilada y que le gustaría compartirla conmigo. Quedé en silencio. Hakim me miró fijamente mientras me rozaba la rodilla. Y acepté su proposición.

Yo pasaba largas horas en aquella habitación añil de paredes desconchadas con viejas fotografías de un soldado barbudo y de una bella mujer cubierta con un pañuelo de colores. Sobre un desvencijado ropero, unas maletas viejas se apilaban hasta el techo. En una mesa cubierta de hule rosado, bajo una gran reproducción nocturna de la

Kaaba, descansaba un hornillo de queroseno, una tetera ennegrecida y algunas tazas descascarilladas.

La ventana daba a un ruidoso patio de vecinos, con las paredes manchadas de escupitajos de betel y lleno de ropa tendida, en el que la llamada a la oración musulmana se mezclaba con rezos hindúes, rabietas de niños y discusiones de vecinas que se increpaban a gritos desde sus ventanas. Varias radios sintonizadas en emisoras distintas sonaban a todo volumen con la irritante voz de Lata Mangeshkar, que prestaba su voz a las actrices de Bollywood. Los olores a zotal, *curry* e incienso no lograban disimular el de los bajantes rotos. Los cuervos graznaban y de noche, cuando todo parecía calmarse y tan solo se oía el lloriqueo de un bebé, los jadeos de alguna pareja o los chillidos agudos de las ratas, se imponía el guirigay de los gatos en celo y los ladridos de los famélicos perros callejeros. Teníamos un lavabo comunal y un barril de agua para ducharnos con una gran lata de conserva.

Conseguí opio y me puse a escribir una historia sobre una europea heroinómana que se prostituía en Bombay y que estaba a merced de un camello local. Ella tenía alucinaciones y en la apoteosis final aparecía la Reina Victoria montada en un gran elefante. Se llamaba *Bombay, 1984*. Era una fecha entonces todavía lejana que remitía al libro de Orwell, con su *Big Brother* que nos observaba y controlaba. El manuscrito se ha perdido, o andará sepultado en alguna caja en mi estudio, y quizá sea mejor así.

De día, Hakim y yo actuábamos como si durante la noche nada sucediera entre nosotros. Solo de madrugada, cuando en el cuchitril el calor se hacía soportable, nos volvíamos a abrazar.

Nunca más supe de Hakim y su recuerdo regresa a mí cuando en un cafetín o en un zoco de Oriente siento de nuevo la fragancia del almizcle.

12

BUM, BUM, SHANKAR!

Paco era muy avispado para los *bisnes*. Cuando el Land Rover llegó a Barcelona, colocamos la artesanía en los mercadillos hippies. Con el beneficio de los últimos trapicheos pagamos el flete y liberamos la cuenta bloqueada del *Carnet de Passage*. El cuento de la lechera nos salió bien y, por sugerencia de Xefo, hice unos cursos de fotografía y laboratorio con un profesional conocido suyo de quien me convertí en ayudante al poco tiempo. Apenas salía porque quería aprender y además Paco y yo nos distanciamos y Marta, mi Marta, seguía en Nueva York. Regresé por un tiempo a la casa paterna y monté un laboratorio en el baño. De día ayudaba al fotógrafo en su estudio y pasaba largas noches, escuchaba Bach y música india, mientras veía cómo surgían las imágenes en las cubetas como por arte de magia. Al cabo de un año, cuando me sentí seguro para realizar reportajes, decidí regresar a la India. Esta vez con Ramón Puigmartí, que con el tiempo se casaría con mi hermana Isabel. Quería hacer aquella peregrinación a la cueva de Amarnath, de la que tanto me había hablado Javier en la isla de Wight y Peter, el americano, en Cachemira. También pretendía recorrer el Ladakh, pues empezaban a conceder permisos para su visita. Quería abrirme camino como fotógrafo, había apalabrado unos reportajes con una revista y allí tendría la ocasión de curtirme.

Autorretrato con Ramón Puigmartí en el lago Dal, Srinagar

Si en el primer viaje a la India recorrimos las principales carreteras, las pistas del Himalaya y numerosos talleres de mecánica, en esta ocasión Ramón y yo hicimos centenares de kilómetros de tren en vagones de tercera. Quería enseñarle la belleza de Cachemira y los amaneceres brumosos en el lago Dal. Una vez en Srinagar, nos dirigimos a la casa-barco de Javier. Un sirviente nos hizo esperar porque el *sahib*, como dijo, estaba meditando. Olía a madera de sándalo. Nos trajo té persa y pastelitos de coco. Pasado un buen rato, ante nuestra insistencia, nos condujo por fin ante Javier.

Cubría su desnudez con un escueto taparrabos y estaba en postura de loto frente a una estatuilla de Shiva ante la que quemaba barritas de incienso. Nos observó con el rabillo del ojo, esbozó una sonrisa beatífica y continuó con sus mantras. Cuando terminó, hizo sonar una campanilla y, tras una reverencia ante el altar, se dio media vuelta y nos habló pausadamente. Tuvimos la impresión de que sobreactuaba. Hablaba, acompañándose de los ladeos de cabeza tan propios de los indios, como si se hubiera mimetizado con ellos. Se excusó, pues esperaba a un maestro para unas lecturas religiosas, y le dijo al sirviente que nos acompañara a una estancia desde la que se divisaba la casa flotante de los Goosani, con quienes tan a gusto me había sentido en la visita anterior. Pasada una hora le dijimos al sirviente que fuera a buscar a Javier, pero tenía órdenes de no molestarle hasta acabar los rezos. Todo nos pareció una impostura y le pedimos que

nos acompañara en *shikara* a casa de los Goosani. Nos olvidamos de Javier y, pasados unos días, conseguimos por fin los permisos para la peregrinación a la cueva sagrada de Amarnath, que albergaba un enorme *lingam* de hielo, el símbolo fálico de Shiva. Nunca volví a ver a Javier.

* * *

La dura procesión de varios días estaba encabezada por un *sadhu* que portaba un tosco tridente de hierro, estandarte del dios Shiva y símbolo de sus tres atributos: creador, destructor y regenerador. Tras él, desfilaba una comitiva de más de cinco mil peregrinos. En los paisajes grandiosos del Himalaya cachemir, aquella multitud de caminantes de todas las edades, muchos vestidos de naranja, otros totalmente desnudos, resultaba impresionante. Los *sadhus* y algunos devotos hacían la peregrinación descalzos sin que pareciera importarles el caminar sobre pedruscos o fango. Los primeros días ascendimos entre altas coníferas antes de dar paso a un universo de hielo y piedra. Al anochecer, el *sadhu* que dirigía la procesión detenía la marcha y en pocos minutos levantaban unas viejas tiendas de campaña del ejército indio y encendían hogueras para guarecerse del frío, cortante como un cuchillo. Era una ciudad efímera que se montaba cada tarde y se desmontaba al amanecer.

Mezclados entre los peregrinos había vendedores ambulantes, sobre todo musulmanes, que al atardecer montaban puestos de té, freían samosas y preparaban sencillos *curries* vegetarianos. Algunos vendían mantas, chales o bufandas porque el frío aumentaba cada noche. En cinco días, pasamos de los dos mil metros a unos difíciles cuatro mil que hicieron abandonar la comitiva a muchos peregrinos que fueron presa del mal de altura. Atravesamos bosques y pastos tapizados de flores surcados por riachuelos de los que bebíamos con las manos, ante la mirada de huidizos gamos y descaradas ardillas. Nos cruzamos con familias de pastores musulmanes que se desplazaban con sus rebaños bajo el omnipresente vuelo de las águilas y los buitres del Himalaya.

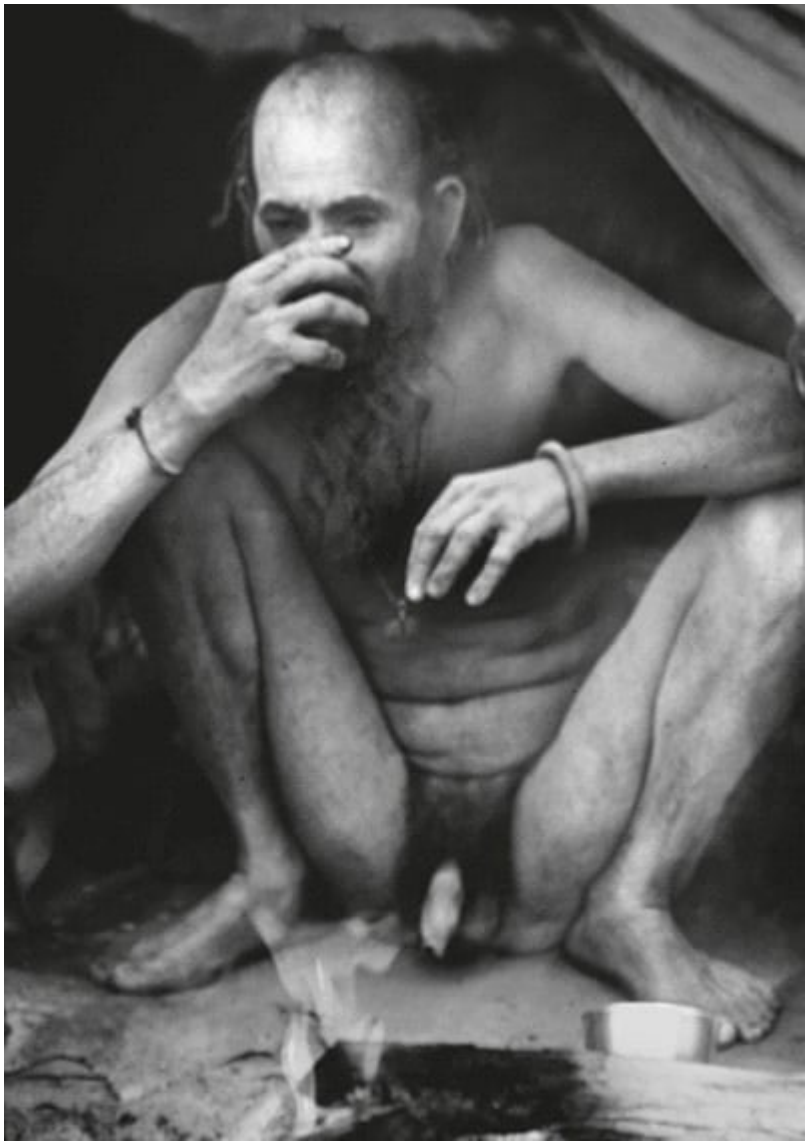
Una noche llovió durante horas, y al amanecer todo era un lodazal. El tortuoso camino se tornó más difícil si cabe. Había que ir con extremo cuidado de no resbalar. Me admiraban los ancianos, que no se detenían ante las adversidades ni la dureza del trayecto, apoyándose en un bastón, en el brazo de sus familiares o en el de jóvenes musulmanes que por unas rupias atendían a los peregrinos y que en algunos tramos los cargaban a sus espaldas. Muchas personas impedidas o muy ancianas, deseosas de hacer la peregrinación a toda costa y a veces con los ahorros de toda una vida, eran transportadas

en palanquines.

Descanso en la ascensión (foto de Ramón Puigmartí)

Aquella noche me robaron las botas, porque cometí el error de dejarlas demasiado cerca de la pared de la tienda, cuya tela no llegaba hasta el suelo. Cuando descubrí su falta pensé que la peregrinación se había acabado para mí. Pero un militar me explicó una técnica de supervivencia del ejército indio de montaña. Me dijo que me pusiera todos los calcetines que tuviera, uno encima del otro, que sumergiera los pies en barro arcilloso y lo dejara secar. Seguí al pie de la letra sus indicaciones y, con aquellas botas improvisadas, que no me quitaría hasta acabada la peregrinación, pude continuar.

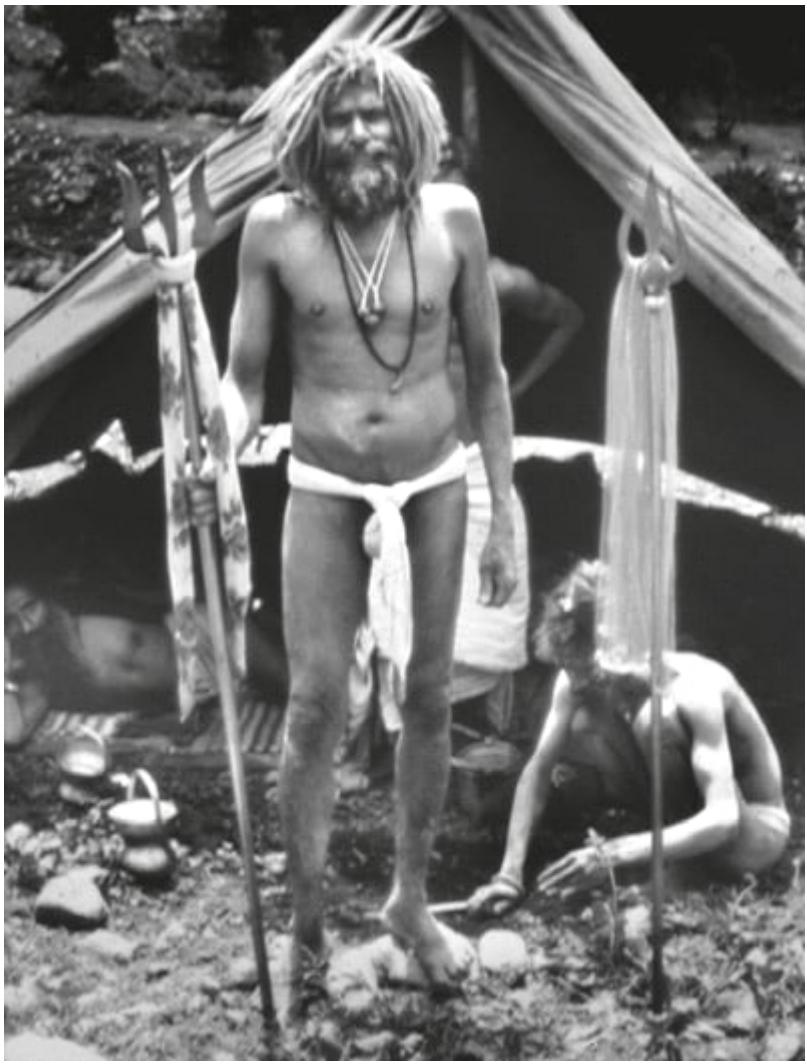
Al tercer día, la vegetación desapareció y el paisaje se tornó un universo de rocas. Por primera vez vimos glaciares. Los *sadhus* se bañaban en las pozas del agua del deshielo, se cubrían de cenizas y, tal como vinieron al mundo, proseguían el ascenso con los tridentes de Shiva en la mano.



Sadhu

Noche tras noche, el fervor religioso iba en aumento y los cánticos se hacían más poderosos. Sobrecogía contemplar los humos azulados de las acampadas, que se alzaban hacia un cielo gris que presagiaba lluvia. Llegada la oscuridad, siguiendo el rastro de un murmullo de cantos, crótalos y címbalos que llegaba a ráfagas, entrábamos en una apedazada tienda de campaña en la que un destacado religioso, vestido de naranja, improvisaba trémolos y otras acrobacias vocales acompañándose de un armonio portátil al ritmo de la tabla. Yo era feliz porque estaba cumpliendo uno de mis sueños de niño. Había

conseguido penetrar en una de mis queridas láminas de la biblioteca de mi infancia. Además, fotografiaba sin respiro sin que la cámara pareciera molestar lo más mínimo.



Sadhu con el tridente de Shiva

Un *sadhu* desnudo, con las rastas anudadas en un moño y recubierto por entero de ceniza, nos ofrecía un gran *shilom* de hachís aceitoso y humeante que se fumaba en corro. «*Bum, bum, Shankar*!», había que exclamar antes de aspirar. Los pulmones se expandían, todo daba vueltas y por unos instantes el mundo se tornaba borroso. Pero enseguida los contornos se superponían y acaban por coincidir, para apercibir de nuevo y con toda claridad el corro de *sadhus* incircuncisos

que repetían los mantras hipnóticos hasta que les llegaba el turno del *shilom*.

Recordé al padre Calasanz cuando nos hablaba de los *hashishin*, palabra que provenía del árabe y que significaba fumadores de hachís. Era el nombre de una secta islámica dirigida por Hasan al Sabah, también conocido por *El viejo de la montaña* que asesinaba a sus enemigos de manera despiadada. El padre Calasanz nos dijo que la palabra «asesino» derivaba de *hashishin* y que, bajo los efectos de esa droga, se despertaban los instintos más bajos y terribles. Algunos historiadores apuntan, no obstante, que los *hashishin* fumaban tan solo para calmarse, tras cometer sus ataques, en su fortaleza de Alamut, en Persia, un recinto amurallado que encerraba maravillosos jardines y fuentes, al parecer con doncellas y efebos dispuestos al placer. Una representación del paraíso islámico en la Tierra, donde no faltaba el mejor hachís del mundo. Pensaba yo en esta historia, rodeado de *sadhus* desnudos, cuando llegó de nuevo mi turno. Aspiré el humo hasta casi reventar y dediqué con cariño uno de aquellos «*Bum, bum, Shankar*!» al padre Calasanz. ¡Qué maravillosamente lejos quedaba todo!

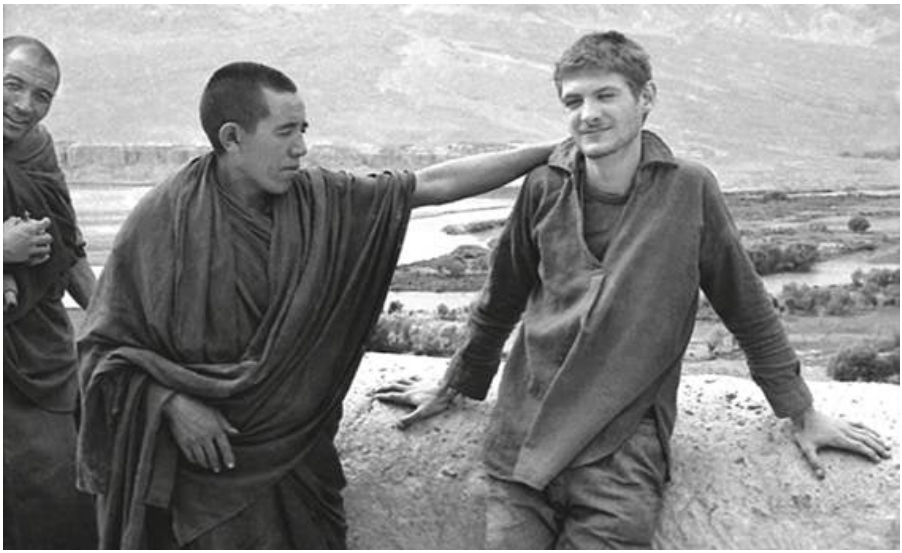
La comitiva parecía una serpiente en ascenso por un difícil puerto de cuatro mil metros cuya cabeza se perdía en la creciente niebla. Ante la falta de oxígeno y lo empinado del camino, los peregrinos, lejos de amedrentarse, sacaban fuerza de su fervor, apretaban el paso y entonaban mantras que retumbaban en la montaña. Un pequeño traspié significaba la caída por el vertiginoso precipicio de guijarros. Las patrullas del ejército indio, apostadas en lugares estratégicos, se ocupaban de dispensar medicinas, diuréticos contra el mal de altura y oxígeno para los ancianos, algunos de los cuales eran evacuados. Se encargaban también de retirar los cuerpos de quienes morían en el ascenso.

La excitación aumentaba a medida que nos acercábamos a la cueva sagrada en cuyo interior Shiva pasó años mientras meditaba hasta descubrir el *Secreto de la Revelación Eterna*, que comunicó a su esposa Parvati. Como recuerdo de la iluminación divina, una de las manifestaciones de Shiva se transformó en un *lingam*, o falo, de hielo, una estalagmita que se formaba durante la luna llena de julio y variaba de tamaño según el ciclo lunar, expandiéndose con los plenilunios.

Al llegar por fin a la gruta sagrada, los peregrinos se agolpaban para adorar al majestuoso *lingam* y también a un témpano menor, que correspondía a Ganesh, el dios niño de cabeza de elefante. Los soldados, armados de varas, trataban de contener a la muchedumbre para evitar atropellos y estampidas. En el interior de la cueva, para que la peregrinación fuera completa, los devotos debían avistar dos

palomas, que eran los dos servidores de Shiva que se transformaron en aves mientras el dios le confiaba a Parvati los Secretos Supremos. Muchos creyeron distinguir las palomas en lo alto de la cueva y sonreían extasiados, pero yo apenas pude percibir un aleteo, porque la histeria se había apoderado de la masa de peregrinos, que caían de rodillas ante el falo de hielo con el tiempo justo para depositar sus ofrendas antes de ser arrastrados por la marea humana. En la confusión, salí despedido, lastimándome brazos y rodillas, sin poder tomar una fotografía aceptable del *lingam* sagrado, ni hacer la *puja* de flores y arroz que alguien debió de recoger y ofrendar por mí.

* * *



Ramón Puigmartí en el monasterio de Lamayuru, Ladakh

Tras la peregrinación proseguimos hacia el vecino Ladakh, que en el anterior viaje con el Land Rover no pudimos visitar por estar vedado el acceso. Desde el autobús, que nos llevaba por carreteras serpenteantes, contemplábamos inquietos los vertiginosos precipicios. Cada pocos kilómetros, unos carteles rogaban por el eterno descanso de los militares indios despeñados al vacío, lo que no contribuía a nuestra tranquilidad. También distinguíamos, desde las alturas, autobuses como el nuestro estrellados contra las rocas ochocientos metros más abajo. Continuamos ascendiendo por aquella carretera con tramos sin asfaltar y a veces tan estrecha que apenas permitía el paso de un único vehículo. En aquellas montañas remotas confluían antiguas rutas de caravanas. No quedaba muy lejos el afgano Nuristán,

donde vivían los descendientes, decían, de los soldados de Alejandro Magno.

Al anochecer, el autobús comenzó a descender hacia el fondo del valle, donde rugía furioso el río Indo. En la agreste población de Kargil los pasajeros descansamos en un dormitorio colectivo con decenas de *charpoys*. Escogimos el grupo de los que parecían más interesantes y al poco rato ya estábamos compartiendo unos *shiloms* bien cargados. Entrada la noche nos sorprendieron los gritos de una manifestación musulmana en contra del gobierno indio y a favor del líder cachemir Cheij Abdala, de quien eran partidarios mis queridos Goosani. Nunca olvidaré los gritos y las consignas que repetían, aunque no las entendiera. El frío era intenso pero seco y me acurruqué en el saco de dormir, sintiendo en los pies la bolsa con el pasaporte y el dinero, tal como había aprendido a hacer en los vagones de tercera, cuando en las estaciones aparecían a través de los barrotes de la ventana unas manos que intentaban arramblar con lo que fuera.

Cuando por fin llegamos a Ladakh, de población budista emparentada con la tibetana, decidimos recorrerlo a pie o con transportes locales y dormir en los monasterios. Recuerdo las miradas atónitas de los campesinos cuando nos encaramábamos a la caja de un camión y el rostro de sorpresa del chófer cuando golpeábamos la cabina para que se detuviera porque habíamos divisado una lamasería en lo alto de una montaña. Tras una ardua ascensión, dificultada por la endiablada altura que nos dejaba sin aliento, descansábamos unos minutos antes de llamar a las enormes puertas.

Monasterio de Tyksé, Ladakh

Siempre había un monje amable que nos acogía en su celda. A veces nos llevaba sin preámbulos a las cocinas, con todos los cacharros de cobre dispuestos en las paredes. Nos mostraba las esculturas y las bellas pinturas tibetanas o *tankas*. Asistíamos a los rezos hipnóticos de los monjes, que repetían mantras con sus voces graves, a las que se iban incorporando otras más agudas en octavas cada vez más altas, acompañadas de crótalos y címbalos. De pronto sonaban las larguísimas trompetas y unos monjes percutían inmensos gongs con un ritmo solo en apariencia desacompasado. Todo quedaba envuelto en una nube disonante que no se desvanecía hasta que el último lama

abandonaba la sala de rezos. Compartíamos con los monjes la *tsampa*, o harina de centeno, mojada en té negro con manteca de yak y sal, o un caldo con unas pocas hojas de nabo. También, muy de vez en cuando, sabrosos *momos*, empanadillas vegetales cocinadas al vapor. Eran noches de silencio interrumpido de madrugada por el rumor de las plegarias, los cantos de las aves nocturnas o los cercanos aullidos de lobos y chacales. Las lámparas de manteca de yak iluminaban las estatuas de Buda y velaban nuestro sueño.

No dejaba de pensar en cuán diferente era todo aquello del judeocristianismo y su idea de culpa. El budismo era una sabiduría para dejar de sufrir. Todo lo contrario de lo que era grato al dios judeocristiano para alcanzar la salvación. Sentí una gran simpatía por aquellos cultos, influidos por la antigua religión animista *Bon*, con sus espíritus y demonios y su respeto por la naturaleza y los animales. Recuerdo la elegante frugalidad de un monje tibetano en un largo viaje de dos días en autobús, cuando en una de las paradas sacó una única galleta de su zurrón y bebió tan solo un sorbo de agua. Cada noche, pasaba revista a las maravillas contempladas durante el día y, mientras acariciaba el ocasional gato que buscaba mi calor, me entregaba al sueño.

Un tiempo después, caminamos durante un mes por el Himalaya nepalí para asistir a las ceremonias del Mani Rimdu en el monasterio budista de Thyangpoche, a los pies del Everest. Durante tres días se celebraban unos rituales muy próximos a la religión animista *Bon*, con la que el budismo había hecho un interesante sincretismo. Durante las teatrales ceremonias, los monjes, con sus máscaras, representaban la lucha entre las fuerzas positivas y los demonios al son de trompetas tibetanas, percusión y cantos repetitivos budistas con profunda voz de bajo. Durante el tiempo que duraron las celebraciones, fotografié como un loco cuanto veía.

Tras el festival budista quisimos continuar hasta la base del Everest, pero me sobrevino el mal de altura y un médico voluntario japonés que estaba al cuidado de la comunidad sherpa me obligó a descender, tan rápido como fuera posible, de los cuatro mil quinientos metros, en que estábamos, hasta los tres mil quinientos de Namche Bazar para proseguir el descenso al siguiente día.

Aquella misma tarde llegamos a Namche Bazar. Era el 20 de noviembre de 1975. La anciana sherpa que se ocupaba del albergue hacía girar su molinillo de oración mientras la radio escupía noticias en una lengua que sonaba parecida al hindi. «¡Franco!», distinguía de vez en cuando entre frases para mí incomprensibles. «¡Franco!», repetía aquella voz. Pero la mujer permanecía inmutable con sus rezos, que interrumpí para preguntarle por lo que estaban diciendo y, tras pegar el oído al viejo receptor, ladeó la cabeza para descansarla

sobre su mano dando a entender que el tal Franco había muerto. El descorchar de botellas de champagne en España halló eco a miles de kilómetros y la anciana hizo el negocio del año con la barra libre de *chang*, el licor casero de arroz con que obsequiamos a todos los parroquianos. Cuando entré en el excusado, antes de acostarme, el chirriar de la desvencijada puerta provocó una sucesión de gruñidos en el piso de abajo. Alumbré con la linterna el agujero abierto en el suelo de madera y vi, asombrado, a varios cerdos que se disputaban el mejor puesto para recibir el preciado regalo que les caería a continuación.

* * *

A los pocos meses, Ramón regresó para hacer el servicio militar y escribí a Marta, que había dejado el trabajo en las Naciones Unidas y voló a un Katmandú que aún tardaría unos pocos años en entrar en el catálogo de los viajes organizados. La noche anterior a su partida, ciegos de aceite de hachís, en la pensionucha en la que convivíamos con grandes ratas, contemplé con asombro cómo el aura brillante de los santos envolvía la cabeza de Ramón.

Con Marta, para distraernos de los días enteros que pasábamos en autobuses destartalados, desafiando precipicios y curvas endemoniadas en un paisaje idílico de casitas de adobe y terrazas de arrozales, con el Anapurna alto y blanquísimo al fondo, recordábamos nuestro viaje por el norte de África y la aventura con *el terrorista*. Cuando más hartos estábamos del autobús, solíamos imitar la voz de una señora muy «extremada», como decían entonces los mayores, que, antes de partir a aquel nuestro primer viaje alrededor del Mediterráneo, nos leyó en la playa de Calella la carta de uno de sus gigolós italianos: «*Doppo que lei e partita non mangio ne dormo piu*» (Desde que usted se marchó ya no he conseguido comer ni dormir). Frase que nos quedó grabada y que utilizamos aún entre nosotros para señalar la añoranza mutua y las ganas de volvernos a ver. En una de las paradas del autobús para comprar naranjas, té o chucherías desde la ventana, se aproximó un encantador de serpientes con una cobra que mostraba su lengua bífida. Marta estaba tan alterada y cansada de evitar a los vendedores que no advirtió de qué se trataba y apartó a la cobra de un manotazo. Supongo que al ofidio le habrían extirpado las glándulas del veneno o estaría medio muerto. Y le dije riendo: «¡No hay cobra ni pitón que pueda contigo!».

El viaje con Marta por el subcontinente indio acabó en las islas Maldivas. Una mañana, en Sri Lanka, caminando por Colombo, nos sorprendió la placa de una fachada: REPRESENTACIÓN DEL

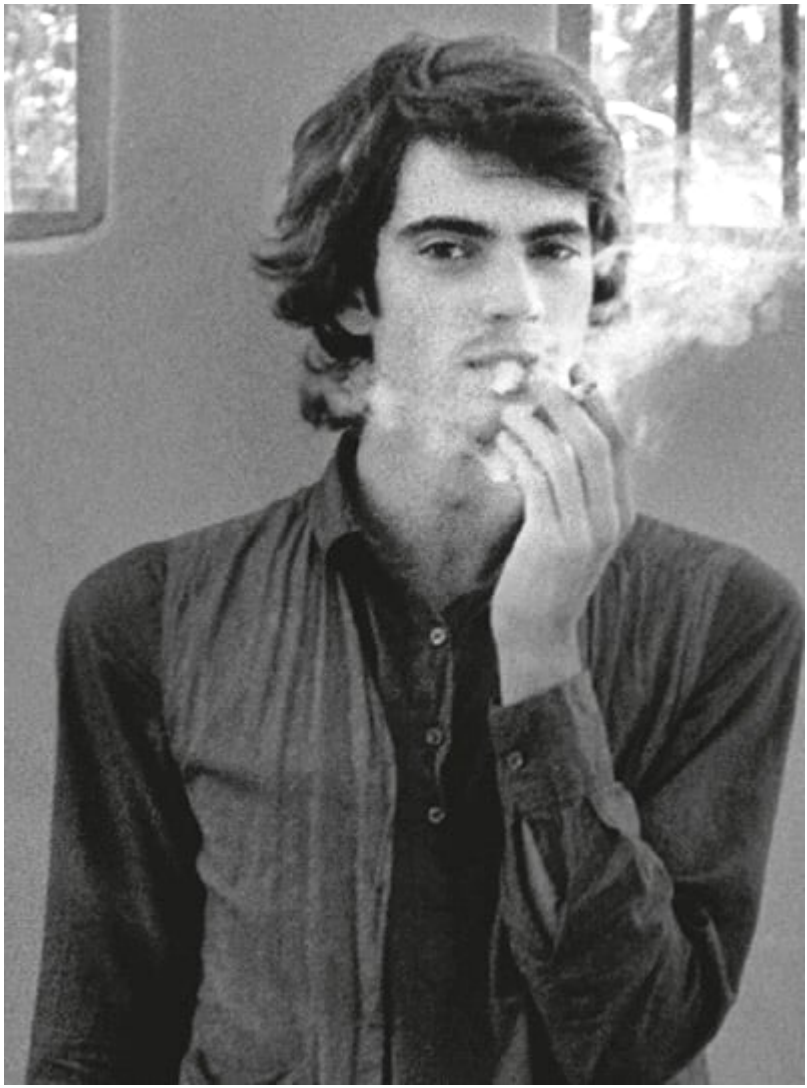
GOBIERNO DE LAS ISLAS MALDIVAS. Marta no había oído hablar nunca del archipiélago, pero yo, alumno aventajado en geografía, sabía que se trataba de un conjunto de atolones paradisíacos. Entramos. Nos dijeron que había algún vuelo mensual desde Colombo y que no se necesitaba visado, pero sí debíamos asegurarnos de que nos sellaran el pasaporte en el aeropuerto.

Desde el avión, nos maravillamos ante el espectáculo de los atolones, inmensos círculos de color turquesa perdidos en el azul intenso del Índico. En su interior destacaban islas de arena blanca cubiertas de cocoteros, bañadas por aguas tan cristalinas e incoloras como un arroyo de montaña. Aterrizamos en la isla en que estaba el aeropuerto y las dependencias de aduana y policía. Desde allí se cogía una barcaza a Malé, la capital, que ocupaba todo el perímetro de otra pequeña isla.

Tras aterrizar, nos entretuvimos haciendo unas fotos a un lagarto de colores y, cuando por fin llegamos al cobertizo de la aduana, vimos que el último policía que quedaba se dirigía al embarcadero. Corrimos tras él acordándonos de la advertencia que nos habían hecho en Colombo sobre el pasaporte. El policía nos dijo que daba igual, que se acordaría de nosotros, que no pasaba nada.

En la barcaza conocimos a Mario, un italiano que acababa de despedir a un amigo. Nos confesó, sin preámbulos, que había estado metido en drogas y que su estancia en Maldivas lo había salvado. También nos dijo que solo había una sucia, además de cara, *Rest House* en Malé y que podríamos alojarnos en casa de Ibrahim, un conocido suyo, que tenía dos esposas y un montón de críos.

La casa era de piedra de coral rematada por un techado de palma que permitía el paso de la brisa marina. Tenía dos habitaciones con cama de matrimonio, pues Ibrahim alternaba sus noches entre las dos mujeres, y también dos cocinas, pues ninguna quería probar la comida de la otra, dos salas grandes donde dormían los niños y una habitación para familiares de otras islas, que alquilaba a los viajeros despistados. Las necesidades fisiológicas se hacían en el gallinero entre patos, gallinas y pavos. Con una pequeña pala que había colgada en el chamizo, se cavaba un agujero y se cubría después con la tierra extraída. Pero el «tesoro» no duraba mucho escondido pues al poco era desenterrado por una multitud de picos. Ibrahim poseía, además, una pequeña isla a medio día de navegación en la que tenía a dos chicos que recogían cocos, alimentaban a las gallinas y hacían salazones de pescado.



En Kandy (foto de Marta Sentís)

Caminar por aquella ciudad de madrépora, sin coche alguno, era viajar a otro tiempo. Las calles eran de arena blanca y los muros, de roca de coral, de los que sobresalían papayos y nogales indios. Al caer la tarde, se oía cómo la gente sacaba agua de los pozos y se lavaba. También el lloriqueo de los niños, a los que, como en todo el mundo, no les gustaba el baño. Ibrahim nos acogió con hospitalidad y acordamos quedarnos unos días. Años después, supe que aquella pequeña población adormecida se había convertido en una anodina y densa ciudad. En el lugar de las casas de madrépora de coral y sus frutales, se alzaban altos y baratos edificios.

Pasados unos días, para nuestro contento, Ibrahim nos propuso pasar un tiempo en la pequeña isla que explotaba como granja. Zarpamos de noche en un velero tradicional. Pronto dejamos la seguridad del atolón para salir a un mar abierto y en calma. El aire era cálido y olía a sal. La proa cortaba el mar, rebosante de plancton luminiscente, y dejaba dos estelas verdes y brillantes, como si estuvieran iluminadas desde debajo de las aguas con potentes focos. Bajo aquel cielo tan estrellado me sentí como en un relato de Henri de Monfreïd, aquel escritor francés que me había hecho soñar con sus aventuras de contrabandistas y traficantes de hachís en el mar Rojo.

Al amanecer nos adentramos en un atolón. Los delfines y los peces voladores nos acompañaban. Gráciles charranes de pico rojo, tan blancos que el azul del Índico se reflejaba en sus pechos, volaban a ras del agua; otras aves, más grandes, con silueta de pequeños pterodáctilos, surcaban el cielo. Jugaba con mi mano en el agua, cuando uno de los pescadores me agarró del brazo y tiró de él. Con gestos, enseñaba los dientes como si mordiera y señalando el océano, me dio a entender que estaba lleno de peces peligrosos, como no tardamos en comprobar cuando echó el palangre y al poco extrajo un par de barracudas y un pequeño escualo.

Nos aproximábamos a una isla de arena blanca y, nada más alcanzar el pontón de madera donde íbamos a atracar, me zambullí en aquellas aguas transparentes llenas de hojas que, para mi asombro, cobraron vida inesperadamente para desaparecer en unos instantes. Eran peces que imitaban la forma y el colorido de las hojas, incluso su vaivén en el agua, para evitar a los depredadores. Solo en caso de fuerza mayor, se acordaban de su verdadera naturaleza y nadaban.

Nos acomodaron en una cabaña de ramas de cocotero con varios *charpoys* donde íbamos a dormir junto a los dos jóvenes que se ocupaban de recoger los cocos, de preparar salazones de pescado y de dar de comer a las gallinas. Dejamos las mochilas y fuimos directos al mar. Sumergirse en aquellas aguas era una borrachera de colores lisérgicos; el coral aún no se había blanqueado ni tornado mortecino. No puedo olvidar las volteretas en el agua y las risas de emoción al salir a la superficie. También el respeto que nos producía el abismo azul, con los peces cada vez más grandes y las siluetas de tiburones que nos ignoraban pero que nos daban pánico, hasta que acabamos por acostumbrarnos.

No existía retrete alguno, se hacía en la playa. Las gallinas iban detrás de ti y daban cuenta de las deposiciones, a veces se disputaban el premio con los grandes cangrejos. Horas más tarde, la marea acababa por limpiarlo todo y, con la bajamar, la playa aparecía radiante.

Marta Sentís en Sigiriya, Sri Lanka

Cada mañana, antes de que saliera el sol, una gallina cacareaba y me saltaba encima con frenético aleteo y me picoteaba las orejas hasta que conseguía levantarme. Yo debía esperar a que pusiera un huevo, que luego colocaba con cuidado en una cesta. Solo entonces la ufana gallina salía al exterior y yo regresaba a mi *charpoy* para seguir durmiendo. A veces acudían pescadores y nos mostraban sus capturas. Los días se sucedían sin sobresaltos. Era un paraíso y por tanto no tardé en aburrirme. Algunas noches, trataba de recordar las mejores imágenes que había tomado durante los largos meses de viaje, sobre

todo en la India, pero aquellas islas paradisíacas no me inspiraban.

Añoraba los brumosos lagos de Cachemira y las veladas en la casa-barco de los Goosani cuando escuchaba la extraordinaria música *qawal* que interpretaba el hermano mayor al que todos secundaban en los coros. Recordaba los precipicios del Himalaya, los *sadhus*, los rezos de los monjes y la vida en los monasterios, los accidentados viajes en autobús con sus pintorescos personajes, los templos, con sus estatuas y figurillas, las bellas *tankas* budistas y los mandalas, con sus complicados signos. Incluso echaba de menos el olor de las velas de manteca de yak que tanta náusea me habían provocado. Y sí, también recordaba aquellos *shiloms* descomunales que parecían reventar los pulmones. Sin embargo, nunca creí, a diferencia de muchos viajeros y amigos, que encontraría en Oriente una respuesta espiritual a mis preocupaciones.

Estaba decidido a escuchar la voz interior y a hacer en cada momento lo que estuviera acorde con mis principios. Ese era mi camino, que improvisaba a cada paso. No creía en gurús, profetas o salvadores. Como cantaría Van Morrison, un tiempo después, «*No guru, no method, no teacher*».

En aquel rincón del Índico, recordé las palabras de Josep Pascual, mi amigo, el cámara de mi frustrada película encarcelado la víspera del primer día de rodaje. Me contó que en la prisión de Guadalajara recordó las palabras del *sadhu* del Himalaya, cuando le dijo que dejara de vagar por la India y regresara ¡a los supermercados de Occidente! En la soledad de su celda, después de tanto tiempo aislado, comprendió que la vida no tenía sentido alguno.

Marta me sorprendió con el anuncio de que se había traído dos ácidos en un papel secante que le había regalado el bueno de Xefo. Una mañana, cuando me levanté para que la gallina pusiera su huevo, advertí que Marta no estaba en su *charpoy*. Me había dejado una nota con el secante y mi ácido. Lo tomé. Caminé por la playa de un blanco cegador, donde los cangrejos corrían de lado moviendo sus patas como bailarinas en un *pas de deux* un tanto errático. Mar y cielo se confundían como un espejo. Distinguí a Marta a lo lejos escribiendo en la arena con una ramita. Era una carta a su madre en la que reafirmaba su libertad para hacer lo que quisiera en su vida, aunque a su progenitora no le gustara.

La imité. Me desahogué escribiendo todo lo que me había estado castrando en mi vida, y también el deseo que me perseguía desde la infancia, vivir en El Cairo. Nos leímos nuestras respectivas cartas. Reímos. Marta me contó que quería regresar a Nueva York. Pero, aunque fuera por unos meses, me acompañaría a El Cairo. Nos abrazamos y, con las pupilas aún dilatadas, nos quedamos lo que nos

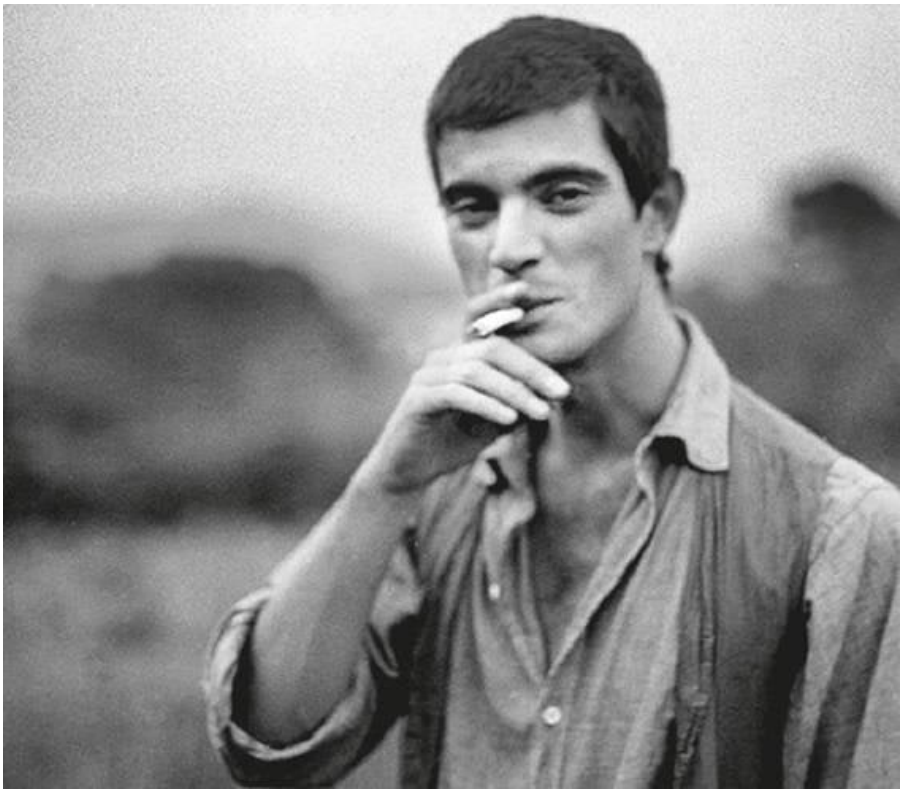
parecieron horas contemplando el horizonte y las nubes, como orlas de algodón de una *tanka* budista, hasta que llegó la pleamar y lo borró todo.

Al cabo de unas semanas decidí volver a mi ciudad y Marta prefirió quedarse un tiempo recorriendo las islas. A su regreso, me contó que tras mi partida se puso de moda en Malé una canción triste y pegadiza. Cansada de oírla por todas partes, se decidió a preguntar por la letra y le contaron que trataba de un chico europeo que abandonaba a su novia en una isla y ella lo buscaba desesperada por todo el atolón. Nuestra historia.

13

EN BUSCA DE KURTZ

Al llegar a Barcelona me encontré desubicado. Aquellos viajes a la India que nos iban a abrir «las puertas de la percepción», como repetíamos con Paco emulando pretenciosamente a Aldous Huxley, aumentaban por el contrario mi desazón pues a cada regreso me topaba con la misma realidad. Apenas veía a Paco, que había iniciado el descenso al mundo del «caballo». Miguel, mi otro cómplice, había desaparecido sin dejar rastro y su cuerpo descansaría en el fondo del mar y Marta se había quedado en las Maldivas antes de regresar a Nueva York. Sin Paco me veía incapaz de reemprender los *bisnes* y pequeños pases e intenté retomar el trabajo de pinchadiscos, pero los amigos con los que solía trabajar ya no querían saber de mí porque decían, y con toda la razón, que a la que reunía algo de dinero les dejaba plantados. Revisé las decenas de carretes y diapositivas que había hecho en la India y comprobé que tenía interesantes reportajes sobre la peregrinación a Amarnath, el Ladakh y sobre los rituales animistas *bon* en las faldas del Everest que conseguí publicar en *La Vanguardia* y en las revistas *Periplo* y *Ronda Iberia*, aunque no daban lo suficiente para vivir. Además, los beneficios de los anteriores trapicheos estaban ya muy mermados, por más que en aquella época uno pudiera alquilar una habitación por muy poco dinero en un piso comuna en el barrio Gótico o en El Born, que por entonces se conocía como el barrio de la Ribera.



En Les Gavarres (foto de Ana Milá)

A pesar de estar contento con mis fotografías, por mi afán de encontrar una salida comercial rápida, había descuidado el blanco y negro, que era lo que en realidad me interesaba. Al examinar las hojas de los contactos, descubrí ilusionado los claroscuros, sombras pronunciadas y blancos a menudo quemados que me remitían a las imágenes de aquellas películas coloniales que veía con mi amigo «agitanado» en el Casino de El Figaró y que me habían obsesionado. Una imaginería alentada más tarde por la obra cinematográfica de un mago de las luces como Jacques Tournier, que convertía películas de bajo presupuesto, como *La mujer pantera* o *Anoche anduve con un zombie*, en grandes obras con luces que se colaban entre rendijas, aspas de ventiladores y sábanas adivinadas tras grandes mosquiteras. Y también por uno de mis referentes estéticos: la vieja serie de televisión en blanco y negro *The Twilight Zone (La zona crepuscular)*, traducida muy libremente como Dimensión desconocida, vista en la adolescencia, en la que el protagonista sufría un trauma o un accidente y entraba en otra realidad, recorriendo ciudades vacías en las que sin embargo quedaban rastros de presencia humana, a veces tan recientes como el humo de un cigarrillo en un cenicero o un grifo

goteante. Era una serie de ciencia ficción que hacía una crítica velada pero mordaz de la sociedad americana y del macartismo. También me gustaban Bernard Plossu, Robert Frank, Koudelka y otros fotógrafos centroeuropeos, cuyas fotografías me hacían soñar y me revelaban nuevos aspectos cada vez que las contemplaba.

Barcelona vivía la eclosión de las libertades que el fin de la dictadura trajo consigo, pero yo seguía encerrado en mí mismo y sin recursos. Y, cuando peor veía mi futuro, surgió la oferta de un conocido del padre de Paco que acuñaba monedas conmemorativas. Me dijo que yo tenía el perfil que buscaba. Alguien que hablara idiomas y conociera el carácter y las «costumbres orientales», dijo, pues se trataba de acompañar a sus clientes árabes de paso por Barcelona. El sueldo era modesto, pero las propinas de los caprichosos «orientales» eran muy generosas y me permitieron compartir un piso en la calle Calabria con unos conocidos que hacían teatro alternativo, y ahorrar para futuros viajes.

A las pocas semanas conocí a Abderrahmán Kibeida, general sudanés consejero del presidente Yaafar el Numeiry, que estaba en Barcelona para cerrar un acuerdo comercial. Era un hombre alto y corpulento de tez muy negra, casi azulada. Le acompañé a los mejores restaurantes de la ciudad y a los espectáculos de cabaret de La Scala, un gran local de *varietés*, que sería destruido por un atentado atribuido en un principio a la anarquista CNT y posteriormente a infiltrados de la policía.

Una noche, después de dar cuenta mano a mano de media botella de whisky, el general me confesó que había estado involucrado, junto a su hermano, en el secuestro del líder congoleño Thsombe y en dos golpes de Estado en Sudán. Tras un severo juicio, su hermano fue condenado a muerte y él a cadena perpetua. Entre copa y copa, me contó que, después de interminables interrogatorios y torturas en Jartum, pasó cinco años encerrado en una celda sin apenas luz en el sur del país. Allí cogió unas fiebres palúdicas y un «dolor de huesos» que ya no le iba a abandonar en la vida. Para colmo, la humedad del trópico le pudría literalmente los pies, que no tardaron en llenársele de gusanos, y no los perdió de milagro. Los carceleros le trataron bien porque, según me contó, él era un político, y en los países dictatoriales africanos nunca se sabía lo que podía ocurrir, pues el conspirador o miembro de la oposición que permanecía olvidado durante años en una cárcel, tras un nuevo golpe de Estado, podía acabar siendo ministro o incluso el nuevo presidente.

Un día lo llevé a comer a casa de mis padres. Le conté que, después de mis viajes por el norte de África y la India, no encontraba mi lugar en Europa. Me animó a visitarle al Sudán, pero yo estaba pendiente de mi incorporación al servicio militar.

Cuando al cabo de medio año Marta regresó de América, me invitó a vivir con ella en un ático que dominaba la ciudad, en el mismo edificio que sus padres. En la Barcelona en torno a Las Ramblas habían aparecido personajes creativos y anárquicos que proclamaban a gritos una sexualidad libre. A Marta le propusieron el trabajo de foto fija en la película de Ventura Pons sobre Ocaña, el artista que se paseaba vestido de mujer por La Rambla agarrado del brazo de Nazario y del siempre elegante Camilo. Gracias a ello, nos asomamos al círculo bohemio y alternativo de la ciudad. Mi amiga se hizo novia de Mariscal, que vivía en el piso comuna de la Plaça del Pi con Nazario y Pepichek, entre otros personajes de paso, como Ceesepe o los regulares Ocaña, Onliyú y Camilo. Mi admirado Colm Tóibín, en un delicioso relato en el que hablaba de esta época, contaba que había sido seducido en Las Ramblas por dos de nuestros nuevos amigos y había participado en un *ménage à trois*.

Era una época loca. Aún no había aparecido el sida y, en los círculos que comenzamos a frecuentar, todo el mundo experimentaba con el sexo, pero yo continuaba encerrado en mi concha. Un tiempo más tarde supe que me apodaban «el adolescente». Los nuevos amigos solían visitarnos y a veces se quedaban unos días con nosotros. También venían muchos personajes de aquella Barcelona que contribuyeron al cambio de costumbres de la época y estaban muy implicados en la antipsiquiatría, en el feminismo y en el movimiento de liberación homosexual. Vivían en comunas y acudían a casa de Marta como si fuera un balneario, a darse un baño de agua caliente con espuma y a descansar de tanto trasiego bohemio de los pisos compartidos y comunas del barrio de La Ribera o de La Rambla. Con Mariscal pasábamos noches enteras en el ático de Marta ayudándole a pintar los cristales para la exposición en la galería Mec-Mec, para la que Xefo filmó un vídeo en el que yo hacía de marinero y me metía vestido en la bañera donde se estaba relajando la helenista Maite Calvo, mi amante en la ficción. Recuerdo el día en que el portero nos avisó por el telefonillo de que habían colocado una bomba en el edificio, ya que el padre de Marta era diputado de UCD, el partido político de Adolfo Suárez, y todos corrimos escaleras abajo. Ocaña, que aquel día iba de Scarlette O'Hara, con una falda sobre un exagerado miriñaque, chillaba desaforadamente mientras conjuraba a todas las vírgenes y santos de su pueblo a orillas del Guadalquivir.

Con Marta pasábamos noches enteras ampliando fotografías en un laboratorio improvisado. Poco a poco, comencé a adquirir una mirada propia con mis fotos en blanco y negro. Jugaba con las luces y con los disparos difíciles cuando el fotómetro de la cámara me indicaba que no podían hacerse las tomas. Contenía la respiración y disparaba a un quinceavo de segundo con la lente totalmente abierta. Me maravillaba

cuando, a la luz roja, veía surgir la imagen en la cubeta. Sobre todo cuando la foto presentaba varias lecturas y no agotaba su fuerza a la primera visión. ¡Sería lo que perseguiría!, me decía con cierta presunción. Fotos que fueran como pequeños mandalas y contaran historias.

Un día, Nazario se presentó en el ático de Marta con un amigo pintor llamado Joan y fue un mutuo *coup de foudre*. Joan me tiraba los tejos con descaro y de nuevo salía a flote la inseguridad que me dominaba. Lo rechacé. A los dos o tres días coincidimos en la Cúpula Venus, un lugar alternativo de Las Ramblas donde aquella noche actuaba una cantante «trans» entre *punk* y *glam*, con acompañamiento *noise* de guitarras. Joan me sonrió con su burlón rostro de sátiro griego y con un gesto me reclamó a su lado. Luego fuimos al Jazz Colon a bailar *funk* y acabamos en El Elefante Blanco, un antro gay en una bocacalle oculta de Las Ramblas. Allí coincidimos con Copi, el loco escritor argentino que en aquellos momentos era célebre en el mundo underground por *El baile de las locas*, una novela descabellada de unas travestis, o quizá «trans», que acababan expulsadas de todas las casas y ellas, despechadas, dejaban abierta la espita del gas de la cocina y una estufa encendida y bajaban a un bar cercano a esperar la explosión. Copi llevaba mal su creciente fama en los circuitos alternativos y nos lo llevamos, junto a un ligue suyo y al antropólogo Alberto Cardín, a casa de Marta, que estaba pasando unos días en París. Hablamos hasta el amanecer. Cuando finalmente se fueron y el sol rojo que emergía del mar se colaba entre las rendijas de las persianas, Joan y yo nos quedamos solos por primera vez en la cama de sábanas de satén negro de mi amiga.

Congeniábamos porque, aparte de estar los dos locos por la música y amar los mismos libros, odiábamos las mismas cosas. Por fin conseguía estar con alguien que me correspondía, y era una sensación maravillosa. El mundo había cambiado. Le hablaba de la India y del mundo árabe. Por la noche bebíamos hasta caer redondos y a menudo se traía a terceros a cualquiera de las casas en las que dormíamos pues, en aquella época de comunas y pisos compartidos, ninguno de los dos tenía domicilio fijo. Joan aseguraba que se trataba tan solo de un juego y yo, poco dado a las *partouzes*, lo toleraba sin ningún entusiasmo.

Pasados unos meses, cuando se me acabó la posibilidad de pedir nuevas prórrogas, llegó el momento de incorporarme a filas. Me habían destinado al Sahara, de policía militar, pero alegué una escoliosis. El mismo día en que los militares me consideraron inútil para servir a la patria, le dije a Joan que comenzaba a estar harto de aquella vida de resacas y noches en blanco y de dormir cada día en una casa distinta.

Necesitaba dejar todo aquello. Me quería ir lejos y abrirme camino en el mundo de la fotografía. Le propuse que me acompañara al Sudán, el país de las películas de aventuras de la infancia, como *Las cuatro plumas* o *Khartoum*. Le dije que allí se juntaban los dos Nilos y que sería maravilloso viajar con él y seguir la huella del explorador Richard Burton. Le regalé los libros de Alan Moorhead. Pero Joan, tan arriesgado en sus gustos artísticos y en sus experiencias sexuales, no se atrevió. Apenas pintaba y estaba metido de lleno en un nihilismo que no iba más allá de lo inmediato. Además, aunque él quizá no lo supiera, era un gran conservador y me dijo que le asustaba viajar fuera de Europa.

Aquel impulso nómada que me rondaba desde la infancia volvió a manifestarse y no me quedaba otro remedio que dejarme llevar. Escribí, entonces, al general Kibeida anunciándole mi intención de viajar al Sudán. Me ayudó con el difícil visado y a las pocas semanas desembarcaba en el país más grande de África, del que nadie de mi entorno sabía nada. Excepto mi primo Jacinto, que se hallaba en el sur del país. Estaba decidido a ir a su encuentro.

* * *

Jartum, situada entre el Nilo Blanco y el Azul, me impactó. Era una ciudad somnolienta de casitas de dos plantas. El calor era tan intenso que la gente caminaba en zigzag persiguiendo las sombras de los grandes árboles tapizados de flores rojas. Los hombres vestían impolutas *yelabías* de ligero algodón blanco, transparente a contraluz, y las mujeres iban envueltas en vaporosas telas de colores. Apenas había circulación. Me pareció una ciudad jardín. Muchas calles estaban protegidas por altos árboles bajo los que dormitaban tendidos en los *charpoys* o camas de cuerda, que allí llamaban *angarabe*, los porteros o los bedeles de los edificios gubernamentales. Cuando estaban hartos de la algarabía de los numerosos pájaros posados en las ramas, con dos sonoras palmadas lograban acallar por un rato aquella bulla.

Por las noches los jóvenes se reunían en L'Athenée, una cafetería de la colonia griega que contaba con centros sociales, iglesias, tiendas y hoteles. A pesar de su modestia, albergues como L'Acropole o Fonduq Al Sharq, resultaban prohibitivos para mí.

El general Kibeida dirigía una oficina de turismo, aunque nunca apreció en ella la menor actividad, entre otras cosas, porque no había turistas en Sudán. Creo que en realidad se dedicaba al tráfico de influencias. Contaba con un ayudante que tenía seis dedos en cada mano y dos secretarias casi tan corpulentas como él, que vestían telas de colores, lucían profundas escarificaciones en las mejillas y

despedían una fuerte sexualidad. El general me recibió afectuoso y me ofreció una de las habitaciones donde podía estar el tiempo que quisiera y esa misma noche me obsequió con una cena en el Nilo Azul.

Kibeida tenía su lancha anclada frente al Nile Hotel, un bello edificio colonial protegido del sol por enormes árboles. Lo acompañaba Isham Sharfi, un hombre atractivo de pelo ensortijado y aspecto árabe. Su apariencia era un tanto ruda. Una de aquellas reencarnaciones de Hefesto que tanto me atraían. Era comunista y adoraba a Um Kulzum. Isham contaba que, en algunas épocas del año, el río estaba infestado de cocodrilos y si te topabas con uno en el agua, lo mejor era nadar río adentro porque atacaba golpeando con la cola y, para hacerlo, debía apoyar las patas en tierra firme. También me habló de un cocodrilo que, durante las crecidas, se paseaba por la avenida del Nilo Azul aterrorizando a la gente. Según afirmaba Kibeida, de vez en cuando, se desprendían pedazos de tierra de la orilla que flotaban debido a la maraña de raíces, juncos y barro. Verdaderas islas flotantes, capaces de soportar incluso el peso de unas cabras, de una pobre lavandera despistada o de un desgraciado que defecaba junto al río. Cuando eso sucedía, los involuntarios pasajeros de esas islas contemplaban horrorizados cómo lo que creían tierra firme de pronto se desgajaba de la orilla y se encontraban a la deriva, Nilo abajo, arrastrados por la fuerte corriente en aquel río infestado de hipopótamos y cocodrilos.

Navegamos hasta el lugar donde el Nilo Blanco, procedente del lago Victoria, y el Nilo Azul, del lago Tana en Etiopía, confluían dibujando una lengua de tierra en forma de trompa de elefante, «*jartum*» en árabe, que daba nombre a la ciudad. Los dos inmensos ríos fluían paralelos a distintas velocidades, con diferente color y densidad; tardaban varios kilómetros en mezclar sus aguas. El general me explicó que el Nilo Azul, pese a haber sido considerado durante mucho tiempo por los exploradores como un mero afluente del gran Nilo, era en realidad la rama del río que aportaba más caudal y el famoso limo de las fabulosas cosechas de los faraones. Al entrar el Nilo Blanco en el Sudán formaba la inmensa región de Sudd, en la que el río casi desaparecía entre pantanos y cientos de brazos. Debido a la enorme evaporación se estaba excavando el canal de Jonglei, que acabaría por desecar el hábitat de los pueblos nilóticos shilluk, nuer y dinka. El gobierno sudanés, apoyado por Arabia Saudí, estaba empeñado en convertir Sudán en el *bread basket* (granero) de los árabes sin importarle la suerte de aquellos orgullosos pueblos ganaderos.

Kibeida me dijo que Sudán, Etiopía y Egipto tenían intereses contrapuestos y mantenían una lucha soterrada por el control del agua. Etiopía y Sudán querían construir nuevas presas y conseguir un

mejor reparto y por ese motivo había tantos egipcios en el país. Muchos de ellos, verdaderos agentes encubiertos.

—Nuestros queridos vecinos —dijo riendo el general— ya nos hacían la vida imposible en la época faraónica. Nosotros pertenecíamos al reino de Kush y a veces éramos los sudaneses quienes conquistábamos Egipto, llegando incluso a fundar una dinastía tan importante como la XXV. Nuestra riqueza arqueológica es inmensa y muy desconocida.

Atracamos cerca de la confluencia de los dos ríos y caminamos unos minutos hasta llegar ante un viejo navío de hierro con un cañón en la proa.

—¡Es el *Al-Melik*! —exclamó Isham—, ¡el barco de guerra de Kitchener!

Como el resto de la flotilla británica del Nilo, era más bien una modesta barcaza de hierro adaptada para la guerra. Apenas se distinguía su nombre en la popa y la maleza comenzaba a atraparlo. Aquella reliquia de la guerra colonial que tenía ante mí, y que en unos pocos años sería pura chatarra, había cambiado el curso de la historia del Sudán y asegurado el poderoso dominio británico. El conde Horatio Herbert Kitchener había vengado la humillación sufrida una década atrás por los británicos capitaneados por el general Gordon, apodado Gordon Pachá, héroe de las campañas de China y del norte de África. Los seguidores de El Mahdi, el líder religioso que se autoproclamaba como el último de los profetas, habían derrotado al considerado como ejército invencible del general durante el asedio de Jartum. Gordon fue decapitado y su cabeza, clavada en una pica. Poco después, El Mahdi murió de fiebres tifoideas. Diez años después de la derrota británica, Kitchener, a bordo de aquel oxidado y modesto navío que contemplábamos, había acabado por aplastar a los «rebeldes» sudaneses para establecer el condominio angloegipcio sobre el país, que se prolongaría hasta mediados del siglo XX.

De regreso a la lancha cambiamos el rumbo y remontamos unos kilómetros el Nilo Azul para ancorar en un lugar tranquilo en el que chapoteaban grandes peces. Isham y el secretario de los seis dedos en cada mano frieron una gran tilapia que acompañaron de *guirguir*, una rúcula muy picante, y tahina de sésamo en la que mojábamos pedazos de pan de pita y tiras de pepino. Llegaba hasta nosotros el intenso sonido de un bajo y, como a oleadas, el aire *reggae* del *Zimbabwe* de Bob Marley que estaba muy en boga por su poderoso ritmo y mensaje reivindicativo. El general me propuso tomar unas copas en el Blue Nile Club. Atracamos en un pequeño espigón y ascendimos por un bello jardín iluminado con bombillas de feria. Había mesas bajo grandes ficus y la gente bailaba animadamente ahora al ritmo de *Living on the front line*. Destacaban los africanos con sus trajes

coloridos y unos pocos europeos del cuerpo diplomático. También chicas de la noche y chaperos eritreos. No faltaban los travestis con sus exageradas pelucas. Todos bailaban al son de una banda mixta compuesta por sudaneses, etíopes, árabes y un par de rastafaris que atacaban con brío temas de Bob Marley, James Brown y música local. La gente cantaba y reía. Se bebía alcohol como si fuera la última vez, y para los más borrachines así era, porque poco después el presidente Numeiry aplicó la *sharia* o ley islámica y escenificó su decisión, frente a la prensa, vaciando varias botellas de Johnny Walker en el Nilo.

Derviche en éxtasis, cofradía de Hamad el Nil, Omdurmán

No permanecimos mucho tiempo en el Blue Nile Club porque el general tuvo un repentino acceso de aquella fiebre palúdica que le regresaba con recurrencia desde sus años de prisión en el sur del Sudán. Unos días después Kibeida marchó a los Emiratos por negocios y encomendó a Isham que cuidara de mí. Le dije que me sentía solo en el apartamento de la oficina y prefería mudarme a un lugar en el que pudiera hablar con la gente. Me sugirió que me trasladara al albergue de la universidad, unos sencillos barracones en una gran explanada atravesada por las vías del tren de Port Sudán. En aquel lugar crecían unos grandes arbustos con frutos en forma de pequeño balón verde cuya savia, como no paraban de advertirme «era muy venenosa e incluso podía quemarte los ojos».

En el albergue universitario había muchos refugiados de los países

limítrofes: ugandeses, eritreos y sobre todo etíopes. Adam, Gayton y Bashe Bayene fueron mis amigos. Todos esperaban el visado para viajar a Holanda o Alemania, que en aquellos tiempos tenían leyes más permisivas para los refugiados. Cada poco y sin avisar, se iba alguno. Se sabía por los zapatos. No fallaba. Cuando compraban zapatos nuevos, desaparecían a medianoche.

Recuerdo a un grupo numeroso de estudiantes egipcios que habían ido a Jartum porque allí les resultaba más fácil aprobar los cursos que se les resistían en su país. Al igual que la mayoría de sus compatriotas, se comportaban con prepotencia con los sudaneses. También había algún mochilero despistado que pretendía continuar hacia el sur y se veía perdido en la inmensa trampa del Sudán, porque los permisos para viajar por el interior del país eran difíciles de conseguir, ya que se necesitaban salvoconductos, y las comunicaciones en barcazas por el Nilo eran complicadas. A menudo se interrumpían los servicios durante semanas, e incluso meses, en el lugar más inesperado por falta de alguna pieza de recambio. En las zonas desérticas, se viajaba sobre sacos de cemento en las cajas de los camiones Bedford sin otra protección que un gran pañuelo a modo de turbante que cubría media cara para resguardarse del sol y de la arena arrastrada por el viento.

Jartum me cautivó tanto que olvidé por un tiempo la idea de viajar al sur al encuentro de Jacinto. Cada viernes asistía con Isham al ritual de los derviches de Omdurman. En aquellos años, la ciudad aún no había engullido la llanura desértica en la que se levantaba el elegante mausoleo de Cheij Hamad el Nil, líder sufí de la cofradía *qadiriyah*. Los viernes por la tarde, bajo un sol de justicia, la gente atravesaba la gran explanada para llegar al vasto cementerio junto al santuario. Muchos portaban las banderas verdes del islam y algunos lucían *dreadlocks* como los rastafaris. Llegados a la tumba se disponían en círculo y, a la orden de un cheij, comenzaba la percusión hipnótica y los fieles evolucionaban con ritmo. A bastonazos, un oficiante trataba de impedir que los asistentes enfervorecidos invadieran el perímetro donde se celebraba el ritual. Aparecían los derviches con coloridos vestidos de *patchwork* y algunos percutían címbalos recitando: «*La illah ila Allah*!» (¡Solo hay un Dios!).

Agitaban brazos y manos y emitían sonidos guturales al tiempo que giraban sobre sí mismos. Un cofrade portaba un incensario humeante. Algunos derviches caían en trance, con los ojos en blanco, evolucionando erráticamente con movimientos espasmódicos hasta arrastrarse por el suelo. Les calmaban con agua de rosas e incienso y regresaban a la ceremonia o eran apartados por otros cofrades. Las letanías hipnóticas realzadas por el percutir de grandes panderetas y de jadeos acompasados me proporcionaban una extraordinaria paz. Aquel ritmo era poderoso y más de una vez me sorprendí a mí mismo

siguiéndolo con todo el cuerpo. Entonces siempre había alguien que pretendía arrastrarme al centro para que danzara con los derviches, pero naturalmente me negaba. Por más que aquella espiritualidad fuera más allá de las diferencias entre las religiones, yo no tenía creencias y no quería inmiscuirme en aquellos rituales que, aunque heteredoxos en el seno del islam, tenían unos códigos bien definidos. Me sentía como en el teatro total que preconizaba Artaud. No hacía falta tratar de comprender lo que estaba sucediendo porque la emoción penetraba, más que por la cabeza, a través de todos los poros del cuerpo. Años después, viviría sensaciones parecidas en Costa de Marfil durante las ceremonias animistas de los akán que se desarrollaban también en el interior de un círculo considerado mágico al abrigo de cualquier demonio o fuerza negativa. Tras la llamada a la oración de *al fagr*, cesaba la danza mística y todos se dirigían a la tumba del santo mientras el sol perdía fuerza y se volvía blanco.

En el albergue de la universidad de Jartum había gente muy dispar. Los dos o tres mochileros nos juntábamos con egipcios y estudiantes de Uganda y Etiopía huidos de la dictadura de Amin Dada o de la de Mengistu. Recuerdo a Heini, una coqueta finlandesa que se había casado en Londres con un sudanés, pero que al llegar a Jartum se topó con la oposición de su familia política y su marido acabó por repudiarla. La vida de Heini había dado un vuelco y ahora intimaba con hombres importantes y se pasaba las tardes acicalándose en los lavabos comunes antes de acudir al Blue Nile Club, para continuar en el Fonduq Al Sharq con sus amantes y regresar al amanecer al albergue al que accedía reptando por un agujero oculto bajo las alambradas que protegían el recinto. Solíamos desayunar juntos en el *Sharia Hospitalia*, la calle de los hospitales, *foul medames*, habas pintas, rúcula, feta y batidos de gajos de pomelo con hielo y azúcar. Muy cerca del albergue había una cantina de la policía donde acudía con Heini a tomar té ante las miradas vidriosas de los oficiales.

Entre los egipcios del albergue conocí a Mohamed, un pícaro alejandrino. Me contaba cómo se colaba en bodas o en fiestas de gente desconocida para atiborrarse de comida. Había descubierto la insaciabilidad sexual, según él, de las sudanesas ricas, a las que se «beneficiaba», cuando sus maridos estaban ausentes, y ellas le devolvían los favores con regalos. «Ya puedes estudiar cuanto quieras», solía decirme cuando me veía con un libro, «pero si quieres vivir y follar sin dinero yo puedo enseñarte.» Un día acepté su invitación para cenar. Presentía que íbamos a colarnos en algún lugar donde no habíamos sido invitados, pero no me importaba, porque con él siempre sucedía algo. Era a finales de Ramadán. La cena se celebraba en un edificio de la universidad, al lado de una mezquita.

Sentados en mesas alargadas había unos cincuenta estudiantes sudaneses, egipcios y algunos musulmanes subsaharianos. Todos llevaban largas barbas. Mohamed me hizo sentar a su lado. «Tú haz lo que hagan todos, y no digas nada. Si te preguntan algo les diré que te has convertido al islam.» Ya era demasiado tarde para echarme atrás y, sin comerlo ni beberlo, me vi enfrascado en una plegaria colectiva. Nadie me prestaba atención. ¿Qué pasaría si me descubrían? Cuando acabó el rezo, un tipo con una larga barba soltó una arenga contra la maldad de América y el sionismo. En aquella época yo comenzaba a chapurrear el árabe y, aunque me perdía muchas cosas, adivinaba de qué hablaban. Me llamaba la atención la falta del sentido del humor de aquellos barbudos.

Tras la soflama, repartieron un rancho de arroz y pollo. Yo estaba intranquilo, pensaba que tarde o temprano se levantarían para hacer las abluciones en los lavabos de la mezquita. Me veía lavándome pies, orejas, manos y boca imitando a los fieles. El cabrón de Mohamed disfrutaba con mi angustia. En un momento de la cena, el imán se dirigió a los extranjeros para pedirnos que nos presentáramos. Comenzó un etíope, luego siguieron un ugandés y otro que parecía nigeriano. El siguiente era Mohamed y luego me tocaría a mí. Observé sus caras expectantes, con la *zibziba* marcada en la frente, el callo que se les forma de tanto golpear la cabeza en el suelo durante los rezos. Aquello era demasiado para mí. Me llevé las manos a la barriga y fingí un retortijón, que acompañé de un gruñido. Me levanté y corrí a encerrarme en uno de los retretes. Al cabo de un buen rato, salí corriendo.

Con Isham, solíamos frecuentar de noche el jardín del Royal Hotel, donde bajo grandes árboles de mango tomábamos un brebaje que llamaban pomposamente *sherry*. Durante las conversaciones con mi amigo constaté, por primera vez, el avance imparable del islam más reaccionario. Me contó que los integristas cada vez tenían más fuerza, envalentonados por el ascenso de Jomeini en Irán que, aunque fuera chií y por tanto rival de los suníes la corriente mayoritaria en el islam, mostraba a todos los musulmanes el camino a seguir. Me dijo que incluso los izquierdistas apoyaban la revolución de Jomeini porque combatía la tiranía. Isham no lo veía nada claro. Él era ateo y sostenía que quienes apoyaran a los musulmanes, tarde o temprano, acabarían prisioneros de ellos.

Un día no vino a buscarme, y tampoco los días siguientes. Cuando Kibeida regresó de sus viajes, me dijo que dejara de preguntar por él pues el Sudán atravesaba momentos de turbulencias políticas y mi amigo había pasado a la clandestinidad.

Hice amistad con Ali, que trabajaba en el albergue y procedía de la cercana isla de Kuku, en el Nilo Blanco. Íbamos a nadar a la presa de

Yébel Aulia, un lugar en el que el ruido de las turbinas generadoras de electricidad asustaba a los grandes cocodrilos del Nilo, pero no a los peces gato, que nos rozaban las piernas produciendo pequeñas descargas. Tras el baño me tendía al sol y observaba los pequeños pájaros de colores que parecían joyas voladoras. Mis preferidos eran unos cuya cola iridiscente superaba cinco o seis veces la longitud de su pequeño cuerpo.

Las vísperas de los viernes solían celebrarse bodas y siempre éramos bienvenidos. La música era excelente, con acordeón, percusión, guitarra eléctrica y saxo. Los cantantes, de voz profunda, improvisaban sobre la poderosa sección rítmica con punteos de guitarra a lo James Brown, mientras sonaban los tambores *darbuka* y los bongos. Todos bailaban; las mujeres, envueltas en coloridas telas, imitaban el movimiento de las palomas ondulando rítmicamente el cuello, y ellos, en sus inmaculadas *yelabías*, evolucionaban a su alrededor. Emulaban el cortejo de esas aves, con los brazos en alto y chasqueaban los dedos mientras emitían sonoros «*tchi-tchi*» con los dientes apretados. Era un baile que destilaba una fuerte sensualidad.

Recuerdo el intenso olor de los perfumes. A incienso y a maderas aromáticas el de las mujeres, y a almizcle el de los hombres. Aquel almizcle que tanto me recordaba al Hakim del Salvation Army de Bombay. El día de la boda, las mujeres lavaban a la novia con esponjas vegetales, la sentaban desnuda en una silla especial sobre un incensario y la cubrían con un manto para que el aroma de las resinas olorosas penetrara en cada poro de su piel, en el sexo y le perfumara incluso la cabellera, que lustraban a continuación con aceites perfumados.

Avanzada la ceremonia, traían las viandas. A los invitados especiales, y yo lo era por ser un *jauaga* o europeo, nos servían vísceras crudas muy especiadas cortadas en dados. Yo sentía repulsión por aquellos pedazos de pulmón o hígado sin cocinar y un día les dije que mi dios había ordenado: «No probarás la carne que no haya pasado por el fuego». El alcohol abundaba en el Sudán, ya fuera el llamado *sherry* o el *arrack* de dátiles, y también la *meriza*, una bebida hecha a partir de pan fermentado. Fumábamos *bango*, la fuerte marihuana sudanesa.

Echaba en falta a Isham, su vehemencia en las discusiones y sus vivarachos ojos negros. Decidí que había llegado el momento de dejar Jartum y de viajar por fin al sur del Sudán. A la región de Ecuatoria, hoy por fin nación soberana tras largas décadas de guerra contra el norte musulmán. La obtención de los permisos resultó engorrosa. Horas de cola en el Ministerio del Interior, ¡a pesar de contar con la ayuda del secretario de Kibeida para agilizar el proceso! En el exterior, a la sombra de grandes árboles, una multitud analfabeta, al igual que

en el Post Office de Delhi, se agolpaba en torno a escribanos que cumplimentaban trámites a máquina o redactaban cartas personales a mano.

* * *

A los pocos días viajé al puerto fluvial de Kosti. Iba en la caja de un camión Bedford y los compañeros de viaje no dejaban de ofrecerme comida y termos con un fuerte té especiado. El poblado era una sucesión de chabolas de tela ondulada. Niños, cabras, gallinas y perros famélicos correteaban entre charcos de aguas negras. En el embarcadero del río estaba atracado el barco. Se llamaba *Negm al Nil* o *La estrella del Nilo*. En realidad, se trataba de un par de barcazas oxidadas unidas con cuerdas y cables a un viejo barco fluvial propulsado con ruedas de palas. Una versión *Mad Max* de los barcos del Misisipi. A golpes de bastón, la policía frenaba a la turba, que pretendía subir antes de hora. Cuando por fin tocaron un silbato, todos se precipitaron sobre la cubierta para disputarse el espacio.

No sé cómo conseguí ser uno de los primeros en acceder al barco, supongo que empujado por unos funcionarios que se convertirían en mis celosos protectores durante todo el viaje. Pasados los momentos iniciales de histeria, el ambiente se volvió más relajado. Además, los funcionarios se encargaban de expulsar a quienes pretendían ocupar mi sitio. Me sorprendía que ellos, de bella piel chocolate como la mayoría de los sudaneses del norte, se refirieran a los sureños como los «negros», que encima eran *kafir* o infieles, y aunque algunos se declaran cristianos creían en los espíritus. Decían que el sur de Sudán era una región muy atrasada y que tarde o temprano acabaría islamizada. Pero aquella zona del país pronto se vería envuelta de nuevo en la guerra contra Jartum que desembocaría, casi tres décadas después, en la independencia.

Baño matutino en el Nilo Blanco

Cuando se puso en marcha *La estrella del Nilo*, la embarcación entera vibraba y crujía como si fuera a desmantelarse. El barco dejaba una alargada nube de humo negro y una estela de agua sucia con restos de jacintos flotantes, la planta acuática oriunda de América del sur, que constituía una verdadera plaga para la navegación pues se enredaba en las hélices. A veces nos cruzábamos con aquellas islas flotantes de las que hablaba Kibeida, y yo sonreía mientras trataba de distinguir a la asustada lavandera o al pobre cagón a la deriva.

Unos hombres cocinaban habas, arroz y un estofado que siempre sabía igual. Avanzábamos entre riberas de papiros en las que las grandes aves acuáticas como las garzas reales, coronadas con bellas crestas, las cigüeñas negras de pico de coral, ibis sagrados y todo tipo de aves zancudas, permanecían quietas como estatuas al acecho de peces y anfibios. Me sorprendió el picozapato, un ave palustre, grande y muy difícil de ver, con un enorme pico no muy alargado que le daba un aspecto primitivo, como de otra era. En los bancos de arena, los cocodrilos dormitaban quietos, con las gigantescas fauces abiertas de par en par flanqueadas de amenazantes colmillos, dispuestos al ataque al menor movimiento. Abundaban las curiosas y esbeltas palmeras, llamadas de la Tebaida, que se ramificaban en varios troncos. Eran sagradas para los egipcios y se han encontrado sus frutos en importantes tumbas. De tarde en tarde, unos humos azulados se elevaban desde las chozas cónicas de pequeños poblados y a nuestro paso, se aproximaban hombres en canoas hechas de troncos vaciados.

A medida que nos adentrábamos en el sur, los lugareños llevaban menos ropa, hasta mostrarse sin siquiera taparrabos. A veces distinguíamos la nube de polvo de rebaños de grandes cebúes moteados de largos y grandes cuernos, como los de las maquetas del museo egipcio de El Cairo. Los cuidaban altísimos pastores que portaban lanzas. Al atardecer, escuadrones de grandes aves migratorias surcaban el cielo en dirección al norte, quizá al delta del Danubio, huyendo de los rigores de la canícula africana.

Sentía que aquello era una aventura, la primera de mi vida. La India tan solo había sido un preludio. Allí estaba solo con mis pensamientos. No sentía peligro alguno. La gente me cuidaba. «Uno recibe lo que da», me decía a mí mismo y nada podía ocurrirme. Al anochecer, cuando el sol se teñía de rojo y era tragado por el humedal de papiros, abría la libreta y, a la luz de un quinqué, rodeado de una multitud de insectos voladores, anotaba mis impresiones. Era un paisaje que no había sido mancillado por el hombre. Pensaba en Irán o en la India, donde en cualquier rincón había vestigios de olvidadas civilizaciones: un muro desmoronado, pedazos de cerámica o terrazas de antiguos cultivos cubiertas de maleza. Pero, aquí, en el corazón del Sudán, todo quedaba muy lejos y en un radio de al menos dos mil kilómetros tan solo había desiertos, sabanas o junglas. Sin apenas rastro de presencia humana; unos pocos pueblos nómadas, cuya huella material, chozas de paja y cercados de arbustos, desaparecía en la humedad del trópico en menos de una década. Me hallaba en el *wilderness*, la «tierra salvaje», donde las grandes hojas del trópico escondían amenazantes invertebrados como grandes arañas o el milpiés africano, las serpientes eran de picadura letal, y las flores desprendían un olor dulzón y nauseabundo a la vez. La placidez en los remansos del río, tapizados de flores de loto, ocultaba la amenaza de monstruos dispuestos al ataque: cocodrilos de hasta seis metros o hipopótamos capaces de emerger de improviso volteando una canoa y de partir a un hombre en dos con sus mandíbulas.

En aquel país, tan poco poblado, de interminables espacios y sin carreteras, en el que solo era posible desplazarse por el desierto en la caja de viejos camiones o descender el Nilo Blanco a bordo de perezosos vapores de ruedas, me sentía como un proscrito maravillosamente feliz. Allí conseguía por primera vez ser «otro». Sudán estaba resultando un revulsivo para mí. Décadas después, al contemplar en el Museo Arqueológico de Nápoles los frescos de Pompeya de tema egipcio, reviví aquella sensación de adentrarme en un mundo primigenio que tuve en el Nilo Blanco. A los romanos les gustaba decorar las villas patricias y los palacios con escenas nilóticas que a menudo entraban en el terreno de la fantasía. Ante aquellas estampas de hipopótamos, cocodrilos, papiros y palmeras de la

Tebaida, reviví la emoción que sentí a bordo del *Negm el Nil. La estrella del Nilo*.

¿Qué me esperaría en Juba? ¿Resultaría fácil fotografiar a los dinkas? Buscaría a mi primo Jacinto, el inconformista que había abandonado una prometedora carrera de arquitectura primero y luego sus inquietudes cinematográficas, para desaparecer en el corazón de África huyendo de un mundo que se le había vuelto ingrato y pequeño. Su rebeldía me atraía y en cierto modo resultaba una inspiración, entre otras cosas, por el rechazo que causaba a burgueses y biempensantes. Era un *fin de race*, acaso el último ejemplar realmente interesante de la burguesía barcelonesa. Lo imaginaba como un moderno Kurtz, perdido, como él, en algún lugar de la jungla.

Tras filmar en Mozambique y en el Congo unos documentales que no llegó a editar, Jacinto obtuvo una concesión de caza en la República Centroafricana. Esto es lo que me separaba de él. Antes incluso de que se utilizara la palabra «animalista», yo ya lo era. Jacinto pronto tuvo grandes problemas con Jean-Bédel Bokassa, aquel presidente caníbal que se autoproclamó emperador. Mi primo cayó en desgracia y, según su padre, fue encerrado por un tiempo en una jaula. Logró escapar y huyó al vecino sur del Sudán donde, según decían, se estableció como cazador *free lance*. Pero los tiempos estaban cambiando y la caza, hasta hacía poco el *summum* de la masculinidad y del romanticismo colonial, comenzaba a ser considerada como algo repudiable, además de expoliación pura y dura de un patrimonio que pertenecía a los africanos. Me intrigaba la personalidad de mi primo y su búsqueda dolorosa del sentido de la vida, porque él no había nacido para vivir tranquilo. Ahora yo iba a su encuentro y no sabía si él recordaría a su primo, un renacuajo la última vez que lo vio.

Al cabo de unos días, al llegar a una pequeña población, se produjo un incendio en el navío y, tras momentos de pánico, mucha gente se echó al agua con sus pertenencias. Pronto fue sofocado y a las pocas horas pudimos continuar hasta llegar a Malakal, un enorme poblado habitado en gran parte por los shilluk, orgulloso pueblo nilótico de pastores altos y guerreros capaces de permanecer de pie con una pierna doblada apoyada en la rodilla de la otra, como las aves zancudas, mientras contemplaban el lento transcurrir del Nilo Blanco.

Juba era la capital de la región autónoma del sur, cristiana y animista, que gozaba de una amplia autonomía tras el alto el fuego en la enquistada guerra con el norte musulmán. Era una población triste que languidecía en aquel clima tórrido y húmedo: un conjunto de edificios cochambrosos entre míseras chozas. Como almas en pena, deambulaban desnudos, o en harapos, los desplazados de la guerra contra el Norte y los que huían de las luchas tribales. Mezclados entre

estudiantes y funcionarios, merodeaban leprosos, tullidos y mutilados por golpes de machete disputándose las basuras con cuervos y marabúes, observados por los buitres desde las ramas de los grandes árboles. Abundaban los Mercedes de los ricos refugiados ugandeses, huidos de las persecuciones étnicas de Amin Dada. Iban a toda velocidad por las calles sin asfaltar, convertidas tras las frecuentes lluvias en un lodazal, obligando a los desheredados de la tierra a apartarse de un salto para no ser embestidos. No faltaban los todoterrenos de Naciones Unidas y de algunas organizaciones humanitarias. Resultaba curioso ver a los dinkas, que caminaban desnudos por las calles embarradas y desangeladas de Juba, cuando se cruzaban con los musulmanes del norte, cubiertos de la cabeza a los pies con sus *yelabías* y turbantes.

Me dirigí al Juba Hotel, que aún conservaba algo de los tiempos de los británicos. El calor era asfixiante por la humedad y en el hotel se agolpaban en torno a las mesas del bar pintorescos personajes como en una novela de Graham Greene, pues aparte de los ricos refugiados ugandeses, había cazadores occidentales y mercenarios encubiertos. También espías o informadores de los americanos, soviéticos, egipcios o saudíes, todos con intereses no siempre coincidentes que querían conocer de primera mano el estado de las prospecciones petrolíferas, pues se decía que el sur de Sudán flotaba literalmente sobre inmensas bolsas de crudo. Allí pregunté por Jacinto y me remitieron a la compañía de safaris de un mozambiqueño, de origen portugués, a quien llamaré João Da Silva. Mi presupuesto no me permitía dormir en aquel lugar y me alojé en un albergue mugriento cuyas toilettes *à la turque*, colapsadas por las deposiciones, estaban tan repletas de gusanos amarillos que debía esperar a la noche para «hacerlo» tras unas matas en plena calle.

Da Silva me recibió afable en el bungalow de su compañía de safaris cuya veranda estaba protegida por mosquiteras debido a la malaria rampante. De mediana edad, moreno y de cabello canoso, vestía ropa de cazador y, a modo de collar, lucía dos colmillos de facocero. En las muñecas llevaba varias pulseras de pelo de jirafa y de elefante, amén de un enorme Rolex de oro blanco. Tenía cierto atractivo, aunque le faltaba por lo menos un palmo de estatura para ser un personaje de Hemingway. En una pared de la oficina habían firmado con pintura miembros de la familia Franco y otros oligarcas españoles, así como varios dictadores latinoamericanos y millonarios del lobby petrolero tejano. En una mesa había un gran aparato de radio, al que no prestaba atención, que emitía retazos de conversaciones entre interferencias y acoplamientos. Cuando le dije que buscaba a mi primo Jacinto, frunció el ceño. «¡Vaya personaje, tu pariente!», exclamó. Me contó que las relaciones no eran siempre

fluidas y que debía de estar con unos cazadores, en una zona remota. «¿Te gustaría contactar con él?» Sin esperar respuesta, se levantó y comenzó a manipular la radio. Al cabo de largos segundos, y pese a las interferencias, creí reconocer la voz de mi primo, hasta que quedó sepultada en un alud de ruidos. «Ven esta noche», me dijo Da Silva, «lo intentaremos de nuevo.»

Tampoco fue posible entonces, y le conté, ante unas cervezas en la terraza del Juba Hotel, que quería hacer un reportaje sobre los dinkas para la revista geográfica *Periplo*. Me observó con curiosidad. Le debía intrigar que un joven se presentara por las buenas en aquel lugar recóndito del mundo con su Nikon y que además fuera pariente de aquel personaje tan poco convencional del que, por lo visto, como estaba descubriendo, todos recelaban. Me dijo que, en África, por encima de las diferencias, los «blancos» debían ayudarse unos a otros. Era una regla no escrita. Me propuso instalarme por unos días en el campamento de Gemeiza, junto al Nilo Blanco, muy cerca de un poblado dinka. «Además», me dijo, «te será más fácil comunicarte con tu primo porque no hay las interferencias de las emisoras del Ejército y del aeropuerto.»

A la mañana siguiente vino a buscarme Zé, uno de sus cazadores, de pelo encrespado y de ligeros rasgos africanos, en su Jeep descapotable. En la parte trasera llevaba a dos muchachos dinka, a quienes ni siquiera me presentó, que iban sobre sacos y cajas. Conducía a toda velocidad, sin apartarse cuando algún desheredado invadía la calzada. Sin ningún preámbulo, me dijo que Jacinto era un personaje difícil y había hecho pocos amigos entre los blancos. «Parece ausente, como si no fuera de este mundo.» Fuimos a un gran almacén en cuyo interior había depositados colmillos de elefantes e hipopótamos, pieles curtidas de león y leopardo con cabeza y garras, también de cebras y otros animales, y *pufs* hechos con patas de elefante o tapizados de piel de mono blanquinegro. El olor a carne, podredumbre y formol era intenso y sentí un profundo rechazo. Me repugnaba además, pensar que apenas unos días antes aquellas bellísimas criaturas hubieran correteado por la sabana, saltado de árbol en árbol o nadado en el Nilo. Me dijo que debía comprobar el estado de un encargo de un rico venezolano. Me contó que la compañía de Da Silva era una de las pocas a las que el gobierno sudanés había concedido permiso y que un hermano del presidente Numeiry era uno de sus socios. Allí, en aquel lugar siniestro, estuve a punto de abandonarlo todo y regresar a Jartum, pero me pudo la curiosidad por contactar con Jacinto y sobre todo tratar de hacer el reportaje sobre los dinkas; sin embargo, mal empezaba cuando con los primeros que me topaba eran tratados como esclavos. Lleno de dudas

y con sentimiento de malestar, recordaba a los amigos africanos del albergue de Jartum.

Pronto dejamos Juba y los míseros poblados de las afueras para adentrarnos en la sabana. De vez en cuando nos cruzábamos con dinkas desnudos que portaban lanzas y custodiaban enormes rebaños. «Fíjate qué pollas tienen los cabrones», decía Zé con ojos acuosos, «nunca he visto cosa igual. Ni en Mozambique.» La noche cayó rápidamente como sucede en aquella región del mundo. Olía a humedad y a tierra mojada, al aroma embriagante de las flores del trópico y a putrefacción. De pronto un gran animal quedó inmóvil en la carretera ante nuestros faros, con sus ojos brillantes como flashes.

A medianoche llegamos al campamento. Unos pocos bungalows en forma de chozas cónicas alrededor de una más grande donde estaba el comedor y una sala. Me enseñaron mi sencilla cabaña. A través de la ventana con mosquitera llegaban los sonidos de África: el canto de los grillos, el ulular de las aves nocturnas, y los aullidos de los monos. Pero más inquietantes aún resultaban el lloro de los cocodrilos o la fuerte brama de los hipopótamos del cercano Nilo. Zé me había advertido que por nada del mundo se me ocurriera, de noche, salir de la cabaña.

Cuando desperté fui al bungalow central. Allí me esperaba María, una portuguesa de Macao que era la encargada del campamento. Me contó que Zé había regresado a Juba, de buena mañana, por órdenes de Da Silva. Le hablé de mi intención de fotografiar a los dinkas y me acompañó al poblado cercano. Mantenían encerrado al ganado en un cerco de espinos, y me sorprendió ver que, cuando una vaca cebú separaba las piernas, corrían tras ella con un cuenco de calabaza para recoger los orines, o colocaban la cabeza bajo el chorro del animal para lavarse. Pensé en los romanos y lo preciada que era la orina de los soldados por los lavanderos debido a su poder detergente y desinfectante. En una choza, un hombre cubría de ceniza a otro mientras le hacía una imposición de manos. La ceniza, además de ser considerada un producto de belleza, ahuyentaba a los mosquitos y a los parásitos. Allí tomé una de las mejores fotografías de mi vida que, sin duda, estimuló el interés que tenía desde niño por profundizar en aquellos rituales de trance y posesión de los que Sarah me había hablado en Villa Rosa.

María añoraba su vida en Macao, las maravillosas puestas de sol que incendiaban el cielo de rojo y los hermosos amaneceres cuando el sol emergía del mar. Mi malestar era creciente. ¿Qué hacía yo con aquella gente? Al día siguiente Zé y otro cazador llegaron en dos Jeeps con un matrimonio tejano, de la ciudad de Amarillo, y su hijo adolescente vestidos con ropa de safari hecha a medida, según ellos me contaron, por los sastres de una conocida tienda del londinense

Old Bond Street. Seguí tomando fotografías de los dinkas y una noche Zé y su compañero me invitaron a compartir una botella de whisky y unos canutos de *bango*. Zé nos sorprendió con un grito: «¡La puta mosca!», y pidió a su compañero que calentara un cuchillo en el quinqué. A continuación, se abrió una pequeña herida en el antebrazo, que presionó con los dedos hasta que apareció una larva blanca. La extrajo con los dedos y la pinchó con la punta del cuchillo; la larva se retorcía mientras se quemaba en la llama. «Es la mosca de la selva», dijo, «la pillé en Jambio, por donde anda siempre tu primo Jacinto, una zona de bosque tan tupida que siempre es de noche. Te pica y te pone un huevo bajo la piel. Luego el gusano te devora poco a poco la carne.»

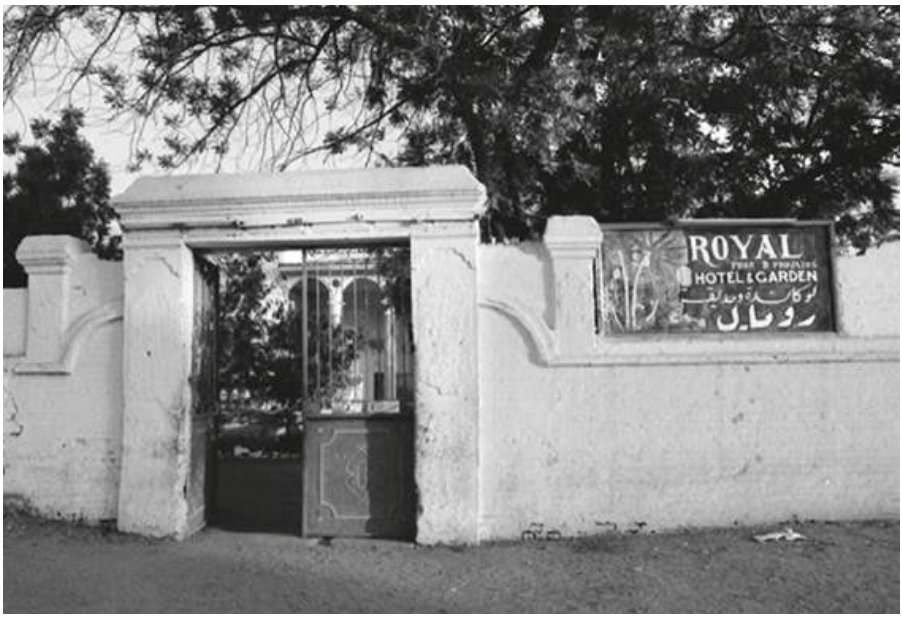
Continuamos fumando hasta que todo comenzó a dar vueltas y me desvanecí. Los dos cazadores se asustaron, me quitaron la ropa y me metieron bajo la ducha. «Zé, te has pasado», dijo su compañero, «¡este tío se nos va!» Yo era consciente de todo lo que decían, pero no podía moverme. El colocón era de primera magnitud, como cuando tomé el poderoso *majoun* en la comuna del Atlas. Cuando por fin recobré el movimiento, me acompañaron a mi bungalow.

A la mañana siguiente, cuando fui de nuevo al poblado, me salió al paso un dinka vestido y con gafas. Había conseguido estudiar en las misiones de Juba y era ahora profesor. Se dirigió a mí malhumorado. Me dijo que los árabes les robaban y masacraban. Los blancos les habían prometido un país propio tras la descolonización y ahora, varias multinacionales occidentales excavaban un enorme canal para encauzar las aguas del Nilo Blanco que iba a desecar la región pantanosa del sur. Además, tipos como Da Silva, con la complicidad de los peces gordos de Jartum, estaban cazando sus animales. «Y ahora apareces tú con tu cámara para robarnos el alma.» Guardé mi Nikon en la bolsa y estuve a punto de decirle que tenía toda la razón. Mi afán por hacer un reportaje sobre los dinkas y por encontrar a mi primo me había llevado por arenas movedizas. «Quien vive con perros acaba ladrando», recordé el antiguo refrán árabe. Pensé en mis amigos africanos del albergue. ¡Si me vieran ahora fraternizando con el «enemigo»! ¡No, no podía continuar así! Al diablo el reportaje robado y también la infructuosa búsqueda de mi primo. Regresaría a Jartum.

* * *

En la capital todo continuaba igual. Kibeida seguía fuera del país y los amigos africanos me recibieron con alegría. Aquella misma tarde, el eritreo Bashe Bayene apareció con zapatos nuevos. Nadie dijo nada. Todos lo sabíamos. Zapatos nuevos, desaparición a medianoche. Invité entonces a mis amigos ugandeses Adam y Gayton al Royal Hotel.

Brindamos por la nueva vida que le esperaría en Europa a nuestro amigo eritreo. En una mesa cercana, unos sudaneses cantaban acompañándose de palmadas y el sonido de cucharas contra las botellas. Se nos unieron y la fiesta continuó mientras la noche avanzaba. Cuando llegó el momento de regresar al albergue, les dije que me quedaba. Les aseguré que volvería pronto y que uno de los sudaneses con los que compartíamos mesa me acompañaría. Marché con los nuevos amigos para seguir nuestra juerga particular en el Shish Kebab, un lugar de mala nota.



Royal Hotel & Garden, Jartum

Pero en un momento dado todo se desvaneció. Recuerdo un golpe en la cabeza, en plena calle, de madrugada. Nada más. No sé cómo llegué hasta el albergue. A las pocas horas despertaba en el dormitorio que compartía con los amigos africanos. No recordaba cómo había llegado hasta allí porque en mi mente había un vacío. Gayton me refrescaba la frente con un paño. «Te han dado un buen puñetazo», repetía. De pronto, Adam exclamó: «¿Dónde está la bolsa que llevabas siempre al cuello con tu pasaporte y el dinero?». ¡Me habían robado!

Uno de los egipcios me presentó a un compatriota suyo que trabajaba para la policía sudanesa e intentamos recomponer lo sucedido. La policía afirmaba que alguien me había llevado a la comisaría del distrito pero que yo estaba demasiado borracho como para contarles nada. De modo que me invitaron a que descansara un

rato en un *angarabe* y cuando me incorporé me dejaron marchar. No sé si aún conservaba mis cosas o me agredieron al salir. Por la tarde asistí a un reconocimiento policial antes de que se celebrara el juicio. Ante mí desfilaron varios sospechosos, pero yo no reconocía a nadie, excepto a dos habituales de las noches de Jartum y afirmé su inocencia. Cuando entró el juez, lo reconocí al instante. Era otro asiduo del Royal, un borrachín gracioso. Una madrugada se confundió de casa, se metió en la del vecino y se echó a dormir en la primera cama que encontró. Por la mañana, la sirvienta entró en la habitación, pegó un grito y llamó a la policía. Cuando llegaron los agentes, se dieron cuenta de que se trataba del conocido juez aficionado a la bebida y se cuadraron ante él.

—¿No reconoce a nadie? —me preguntó el juez, comenzando el interrogatorio.

—No, señor.

—¿Cómo es posible?

—Estaba bebido.

—¿Muy bebido?

—Sí, señor juez.

—*Dead drunk*? (¿borracho perdido?) —insistió él.

—Sí, señor.

—¿Qué había bebido?

Le dije una conocida marca de *sherry* local.

—¡Acabáramos! —exclamó—. La próxima vez —me guiñó un ojo— atrévase con el *arrack*, es mucho más fuerte pero nunca es traidor.

Me acordé de las historias que se contaban sobre sus noches y pensé que quizá podría aplicarse su propia recomendación.

Gracias a los documentos expedidos por la policía, en la embajada me renovaron el pasaporte, y Sudan Airways, la llamada *Inshallah Airways* (Líneas aéreas «si dios quiere») porque nadie sabía ni cuándo saldrían ni cuándo iban a regresar, me extendió sin costos un nuevo billete de vuelta y además con fecha abierta. En cuanto a los cheques de viaje, el banco que representaba a American Express me entregó unos nuevos sin rechistar.

«Puedes estar contento», me dijo Gayton mientras me acompañaba al restaurante Fonduq Al Sharq, el preferido de nuestra amiga Heini, «aquellos tipos con los que te quedaste no nos gustaban, pero resultaba imposible hacerte entrar en razón». Celebramos con los amigos que aquella historia no hubiera acabado peor.

Gayton se encontraba indispuesto desde la mañana. Yo tampoco estaba bien y sentía un zumbido que fue aumentando durante la celebración. De regreso al albergue, Gayton cayó fulminado al suelo. Colocamos un *angarabe* bajo unos grandes árboles y sus amigos le

refrescaron el rostro como habían hecho conmigo. Poco después, yo también me desvanecía. Vino un médico del hospital cercano con su maletín y analizó muestras de nuestra sangre en un pequeño microscopio. «Malaria», diagnosticó el doctor sin inmutarse y a continuación extendió una receta encabezada por la frase en inglés: *Malaria parasytes are to be seen.*

Me tendieron en otro *angarabe* junto al de Gayton y durante diez días nos cuidaron alimentándonos con zumos de frutas y mucha agua. Me sentía como en una especie de viaje psicodélico. Dormía mucho, recordaba cosas sucedidas en la infancia en las que nunca había vuelto a pensar y en lo ocurrido en Juba. En los momentos de lucidez, Gayton y yo estrechábamos nuestra amistad. Me contaba historias de cuando recorría el campo de Uganda con su padre, un obispo protestante asesinado por el sanguinario dictador Amin Dada, y de los casos de brujería que habían presenciado y yo le explicaba las historias de los gitanos de El Figaró. Algunos de los recuerdos de aquellos primeros años de mi niñez me regresaron con aquella enfermedad que tanto preocupaba a los amigos africanos. Aunque sin duda era peligrosa, la viví, a pesar de los episodios de escalofríos en los que me dolían todas las articulaciones y el fuerte dolor de cabeza, como si se tratara de un introspectivo viaje alucinado.

La malaria me adelgazó aún más. Me miré en el único espejo del albergue. Tenía la cara demacrada y la escasa ropa, gastada por el viaje, me venía grande. Decidí ir a uno de los numerosos sastres que con su máquina de coser ofrecían sus servicios bajo los árboles en una calle cercana al hotel Meridien para tratar de que me copiaran en algodón blanco una camisa y unos pantalones.

Y ahí estaba. En plena calle. ¡Jacinto! Saliendo del hotel. Alto, corpulento, con su porte elegante y aquellos ojos rasgados heredados, quizá, del mítico bandolero del que siempre hablaba y del que, según afirmaba, descendíamos. Al verle, vi también a su padre y al mío. También reconocí mis ojos. Los ojos del lejano salteador de caminos. Sentí la necesidad de abrazarle. Iba acompañado de dos tipos con pinta de cazadores. Me miró sorprendido sin reconocerme y cuando yo estaba a punto de abrir la boca, uno de sus compañeros me dio un empujón diciendo que les dejara en paz y me apartara. «¡Estoy hasta los cojones de hippies pedigüeños!», exclamó. Mi aspecto tras la malaria debía ser el de un yonqui. Me quedé sin habla. Dejé que se fueran y permanecí clavado en la acera hasta que desaparecieron.

De regreso al albergue, traté de adecentarme al máximo y acudir al Meridien, pero me sentía débil y la cabeza me daba vueltas. La malaria atacaba de nuevo, aunque no tan intensa porque por mi sangre todavía debía de correr algo de quinina. Tomé de nuevo la medicación y esta vez en dos días estaba de nuevo en pie.

Mi primo Jacinto Esteva (foto de Carla Cerati)

Me acerqué al hotel: Jacinto había dejado el país aquella misma mañana. Nunca volví a ver a aquel primo rebosante de talento que durante mi adolescencia era para mí ejemplo de rebeldía. Años después, supe que había decidido desaparecer en la selva, cerca del río Vovodó. Su angustia había ido en aumento tras el suicidio de su hijo de diecinueve años. No me gustaba su vertiente de cazador, yo me encontraba en las antípodas, pero comprendía su *malaise* hacia todo lo convencional y hallaba coherencia en su trayectoria solo diletante en apariencia.

Al cabo de los años, su hija Daria me contaría que Jacinto quería vengarse del mal trato que le había dado Bokassa cuando acabó la concesión de los territorios de caza y planeó con unos socios sacar diamantes de la República Centroafricana. En una zona abierta de la selvática región fronteriza de Jambio, Jacinto esperaría el aterrizaje de una avioneta con la fabulosa carga, cubriendo su Jeep con papel de

aluminio para que fuera visible desde el aire. Pero algo se torció y aquella avioneta jamás llegó a despegar. Jacinto fue traicionado por sus socios. Nunca supo qué había ocurrido con los diamantes.

* * *

Cuando el calor de Jartum se hizo insoportable, me subí a la caja de uno de los destartalados camiones Bedford con destino al mar Rojo, en compañía de mi hermana Isabel y Ramón, que habían volado a Jartum. El conductor no podía asegurar la duración del viaje pues estábamos en la estación húmeda y podían formarse riadas repentinas que a menudo tardaban varios días en remitir. Atravesábamos interminables llanuras de piedras calcinadas por el sol. El segundo día, surgió de la nada un grupo de unos diez hadandaua, de tez tabaco, bellos rostros angulosos y abundante cabellera encrespada, a lo Jimi Hendrix, en la que clavaban un peine de madera en forma de tridente. Parecían sacados de los bajorrelieves de la Nubia. Portaban escudos y lanzas y se anudaban en el antebrazo un porta amuletos de cuero y un puñal, con el que no vacilaban en cortarse un pedazo de carne, o incluso amputarse un dedo, si les mordía una pequeña serpiente del desierto que produce una rápida necrosis. Aquellos hombres esbeltos se dirigían a las montañas de Erkowit, un lugar asombroso de acacias retorcidas entre rocas negras, cerca del mar Rojo, donde abundaban avestruces y leopardos.

Los aguerridos hadandaua eran los *fuzzi wuzzi* tan temidos por los británicos durante la campaña contra el líder religioso El Mahdi, aquel visionario que se proclamaba como el último de los profetas. Pese a su inmerecida fama de pueblo cruel y fiero, su valor era tal que fueron ensalzados por Rudyard Kipling en un poema. Me parecieron acogedores, aunque reservados, con sus sonrisas que mostraban dientes blancos y perfectos.

Aquella noche me despertaron unas pisadas como de niños que caminaran a hurtadillas. Era una familia de simios que buscaban restos de comida. Uno de los hadandaua les tiró una piedra. Recuerdo el fulgor de sus ojos y los dientes blancos iluminados por los rescoldos del fuego que habían hecho para ahuyentar a las fieras. Nos observamos durante un rato y quiso contarme algo, pero no nos entendíamos.

Con la incipiente brisa, nos llegaba la melopea de una anciana que la tarde anterior, como si se tratara de un *yin*, había surgido de la nada y trepado, con agilidad pasmosa, a la caja del camión. Sus harapos negros dejaban entrever unos pechos agostados y lucía en las mejillas una escarificación tribal que parecía producida por el zarpazo de una pantera. Viajaba con una cabra, tan negra como ella, a la que

arrojaba del camión durante las paradas para que diera cuenta de algún arbusto espinoso. La vieja sorbía la leche directamente de sus ubres y suspiraba: «Cuando muera la cabra, será una señal de Dios para que me vaya con ella». El conductor me contó que, en realidad, Dios ya la había llamado a su lado y debíamos ser respetuosos con una persona cuya alma ya estaba en el Paraíso.

Aziza, mi hermana Isabel y Ramón Puigmartí en nuestra cabaña de la Tihama, Yemen

La luna creciente orientada hacia arriba, como la que corona las mezquitas, iluminaba el perfil de las montañas de Kassala, en forma de gibas de camello, recortadas en el cielo estrellado. Imitando con gestos a los simios, un hadandaua me dio a entender que los monos podían ser agresivos. Me costó dormir. Me preguntaba cuáles eran los motivos que impulsaban a alguien a dejar, de manera voluntaria, un mundo seguro para vagar en la soledad de semejantes parajes. ¿Descubrir otros mundos?, ¿huir del entorno?, ¿quizá de uno mismo? Me había dejado llevar por un impulso y no me arrepentía. Me acerqué al fuego, abrí mi diario y escribí: «Quizá todo sea mucho más sencillo y viajar no sea sino partir en busca de los sueños de la infancia».

Al día siguiente, los hadandaua golpearon con insistencia las paredes de la caja del camión y se bajaron en una llanura de piedras brillantes en dirección a un punto indeterminado de la inmensa nada. Pasadas unas horas llegamos a Sauakin, donde nos apeamos. Era el

antiguo puerto de los árabes del mar, situado en una isla pegada a la costa, abandonado por el poco calado de sus aguas en beneficio del cercano Port Sudán. Lo que había sido un próspero emporio era hoy un laberinto en ruinas de mezquitas, almacenes y palacios de piedra blanca de coral, habitado por el viento, el salitre y los *yenún*. Allí conocí a un viejo mercader que me propuso viajar al puerto de Moka, en la orilla yemení del mar Rojo, en busca de los árabes del mar.

Yemen era un país de ensueño, de ciudades con altas casas de adobe o piedra de hasta ocho pisos. Las ventanas estaban festonadas con arabescos y rematadas por rosetones de colores. Era un país muy montañoso, pero las lluvias del monzón permitían cultivar la tierra en terrazas escalonadas en las laderas. En la región costera de la Tihama convivimos con un viejo capitán que había perdido el juicio, con su esposa y dos bellísimas nietas de ojos de almendra.

Cerca estaban ancorados unos pescadores nómadas que acudieron a mí cuando vieron que hacía el muerto en el agua. Aquellos hombres, capaces de hacer apneas impresionantes, desconocían lo que era dejarse flotar. Todos querían aprender y yo sostenía en el agua aquellos bellos cuerpos de piel tostada, por más que ellos estaban convencidos de que sin agitar piernas y brazos no iban a conseguirlo. Se hundían y tragaban agua. Para ellos el mar era su modo de vida, no un lugar de ocio y relajación.

En el cabo que cerraba una estrecha ensenada, descubrimos un *dhow* o velero árabe con una metralleta en la proa y unos hombres que dormitaban bajo un chamizo no muy lejos de un secadero de pescado. Me alejé asustado. Eran guerrilleros eritreos que cruzaban el sur del mar Rojo para refugiarse y al mismo tiempo pescar y hacer salazones con que alimentar a la guerrilla.

Recuerdo Thula, una población en la montaña donde las azoteas de sus altas casas servían de almacén para la madera y el trigo. Estaba rodeada por una muralla de piedra con una descomunal puerta que se cerraba cada día tras la oración del atardecer. El zoco, el más bello que había visto hasta entonces, era muy frecuentado al mediodía debido a la venta del *qat*, un potente narcótico de uso legal que paralizaba el país por entero a partir de la dos de la tarde. Antes de la oración del atardecer, sacaban a pasear a los presidiarios, para escarnio suyo y advertencia a la población. Avanzaban por las calles arrastrando bolas de hierro y, por si no fuera suficiente, con grilletes que les desollaban los tobillos. Los niños se burlaban de ellos, y cuando los prisioneros se les acercaban, huían despavoridos y les tiraban piedras desde lejos. En un molino del zoco, una camella con los ojos tapados tiraba durante todo el día de la gran rueda de piedra.

Con toda seguridad llevaba años haciéndolo, sin haber vuelto a ver jamás su querido desierto ni a otros camellos. Thula era un lugar bello y en cierto modo cruel en el que tan solo los cables eléctricos que taladraban antiguos arabescos y muros nos indicaban en qué siglo estábamos. Era un país cerrado y feudal. El gobierno central de Sana no dominaba todo el territorio y en muchas regiones eran los jeques locales quienes ostentaban el poder. Sus soldados controlaban las carreteras y a menudo retenían a los taxis colectivos y les hacían pagar una mordida, o secuestraban a funcionarios o a hombres vestidos de paisano sospechosos de ser militares del Gobierno. Nosotros fuimos retenidos, varias veces y en una ocasión por más de un día. Trabamos entonces una cierta amistad con la soldadesca de un jeque local y les hacía mucha gracia que empuñáramos sus armas, en especial los kaláshnikovs.

Con un soldado del jeque rebelde de Thula (foto de Teresa Ricart)

En Yemen tuve la suerte de conocer a personajes que me hablaron de su historia y de sus mitos, recogidos años más tarde en mi libro *Los árabes del mar*. De regreso a Jartum, Isabel y Ramón volaron a Egipto. A los pocos días, el general Kibeida me comunicó que debía viajar de inmediato a Barcelona pues mi hermana pequeña, se encontraba entre la vida y la muerte tras una fuga de gas mientras se duchaba.

* * *

De regreso, tras unos días de angustia, mi hermana comenzó a recuperarse. Una vez más presentía una época triste, y de nuevo me socorría Marta, mi fiel escudera que se había mudado a Vía Laietana, cerca del puerto. Me instalé en su casa. Llamé a Joan y reemprendimos la relación. Mi amiga tuvo una paciencia infinita con nosotros porque llegábamos como cubas a la hora del desayuno y nos despertábamos bien entrada la tarde con una gran resaca. Nos dejábamos caer por los antros del Barrio Chino y los bares gitanos de Montjuïc y apenas nos dejábamos ver por Zeleste, Magic y otros lugares frecuentados por «progres» y bohemios porque vivíamos un excitante mundo a dos. Aunque a veces salíamos de nuestra burbuja para conversar y beber con sus amigos pintores como García Sevilla, Broto o Grau. Alguna noche acabábamos en el piso de Marta donde les proyectaba diapositivas del Sudán en blanco y negro que interesaron mucho a un joven y atrevido Miquel Barceló.

A pesar de lo trepidante de aquella época bohemia yo sentía, cada vez con mayor fuerza, las ganas de partir. Contaba además con la complicidad de Marta, a quien había estado martilleando sin cesar con el viaje a El Cairo, antes de que Joan apareciera en mi vida, desde aquel amanecer en la Maldivas en que escribimos sobre la arena las cartas a nuestros padres. De modo que yo posponía una y otra vez la fecha de partida porque me asustaba poner fin a esa relación, la primera en mi vida en que era correspondido. Todo tomó un inesperado giro cuando una madrugada, mientras tomábamos unas cazallas en el Arco del Teatro, al final de La Rambla, Joan me dijo que a los cuarenta pensaba dejar el «mariconeo» para casarse con una mujer y tener hijos. ¿A qué venía eso? ¿El «mariconeo»? La zafia expresión remitía a un jugueteo frívolo. Aunque yo no pensaba en absoluto en el futuro, quería seguir y explorar aquella relación sin pensar en el tiempo. Para mí, lo nuestro no era un «mariconeo» y, aunque me había vuelto a colgar de Joan, aquella conversación lo cambió todo. Confrontado con mi firme voluntad de marcharme, ya no se atrevió a pedirme que me quedara. Me hizo prometer que no alargaría demasiado el viaje. Me aseguró que, a su manera, me esperaría, que no iba a enamorarse aunque se enrollara cada noche con un tipo distinto. Pero sus poco delicadas palabras habían roto algo muy profundo. Ya nada volvería a ser igual entre nosotros.

Pasaron los días y Joan actuaba como si jamás se hubiera producido la conversación. Una mañana, tras un par de días de farra, encontré una nota en el piso de Marta.

Querido Jordi:

Después de que me convencieras para viajar a El Cairo, ahora no hay quien te saque de esta ciudad. Me has hecho cambiar de fecha cuatrocientas veces. Estoy harta. Cuando leas esto, estaré ya en Egipto. Te enviaré un telegrama y te diré dónde estoy. Deja la llave en la portería. Te quiero,

MARTA

14

LA MADRE DEL MUNDO

Mi amiga me esperaba en un sencillo *fonduq* del barrio de Ezbekía. A pesar del caos circulatorio, de las aceras invadidas de gente y de una aparente histeria colectiva, me sorprendieron la hospitalidad y la simpatía de los egipcios. Pasaba horas en las terrazas de los cafés, en que los parroquianos, ajenos al tráfico y al bullicio, charlaban distendidos sorbiendo el café turco o aspiraban el humo de las *shishas*. Los edificios, aunque descuidados, eran elegantes. Al cabo de dos días, ya nos saludaban por la calle, y en los restaurantes populares los camareros recordaban nuestros gustos. El Museo Egipcio era una inagotable maravilla por descubrir, así como el barrio islámico. El Cairo, aquella bulliciosa ciudad, llamada por los árabes «*Um e dunia*» o «La madre del mundo», correspondía a nuestra curiosidad con generosidad y afecto.

Aunque habían transcurrido siete años desde el último enfrentamiento con Israel, me sorprendieron los muretes de ladrillo que, ya fuera por desidia o porque los egipcios no acababan de creer en el alto el fuego definitivo, seguían protegiendo las entradas de los edificios de la metralla de las bombas. En muchas ventanas se veían tiras de cinta aislante pegadas en cruz a los cristales para que el impacto de las explosiones no los rompiera en mil pedazos. Incluso los faros de muchos automóviles todavía iban pintados de azul para no ser distinguidos desde el aire por la aviación enemiga.

Tal como nos había aconsejado la escritora Cristina Fernández Cubas, fuimos al Centro Cultural Español para darnos a conocer y tratar de conseguir algún trabajo, ya que no teníamos fecha prevista de regreso. Nada más entrar, salió a nuestro encuentro el director, Adrián Rodríguez, luciendo una capa española sobre pantalones y camisa de brillante seda amarilla. Olía a Eau Sauvage, fragancia muy popular en aquella época. En una mano sostenía dos paquetes de Rothman's y un encendedor Dupont de oro blanco y en la otra, un cigarrillo del que la mitad ya era ceniza. Seguían todos sus movimientos dos nerviosos caniches blancos cuyas uñas producían

dentera al resbalar en el viejo parquet.

Lo observé con simpatía mientras se desprendía con gesto rápido de la capa y la entregaba al ordenanza Abdala. Nos dijo que iba de amarillo porque él era canario y nos preguntó si estábamos de paso. Cuando le dijimos que pensábamos vivir por un tiempo en la ciudad y que buscábamos trabajo, nos preguntó si hablábamos inglés. Cuando le dijimos que sí, se le iluminó la cara y exclamó: «*Alhamdulilá*!» (¡Gracias a Dios!). Nos dijo que le sacaríamos de un gran apuro. Se había comprometido con el ministro de Agricultura egipcio y le acababan de fallar unas becarias que en el último minuto no se habían atrevido a viajar al país. El trabajo consistía en hacer traducción simultánea, del inglés y del francés al español, para el Ministerio de Agricultura. También nos propuso un puesto en Radio Cairo Internacional que pronto iba a quedar vacante.

Entró en su despacho a llamar por teléfono y al poco salió sonriente, sin abandonar un minuto los dos paquetes de Rothman's ni el Dupont ni tampoco el nuevo cigarrillo que fumaba con ahínco. Nos tendió un papel con una dirección y, entre toses y apartando a sus dos caniches, nos dijo que madame Soraya, del Ministerio de Agricultura, nos esperaba al día siguiente a las diez de la mañana. Cuando le contamos que estábamos en un espartano *fonduq* del barrio de Ezbekía, nos advirtió que no ganaríamos para repelente de chinches. Nos sugirió que fuéramos a hablar, de su parte, con madame Jackie, una dama copta que tenía una boutique de complementos de moda cerca de Talat Harb, la avenida que cruza el ensanche de El Cairo.

Madame Jackie nos recibió en su boutique. De mediana edad, iba teñida de rubio y vestía de luto; suspiraba, como tantos otros coptos de la alta burguesía, con emigrar a Canadá, lo que consiguió con el tiempo. El piso que nos alquiló en la zona de Bab el Loq, a dos pasos de Medan Tahrir, estaba en el aparentemente tranquilo callejón de Mohamed Sidqy. Aparentemente, porque en El Cairo nada es tranquilo. El piso tenía un bello y viejo parquet muy gastado, vetustos butacones de terciopelo rojo y ventanas con persianas venecianas que no solo permitían el paso del aire, sino que actuaban de cámara oscura y proyectaban en el techo, a todo color, las siluetas borrosas de coches y transeúntes. El baño era tan antiguo como los muebles. Para calentar el agua se debía introducir una resistencia en un gran barreño y cuando la enchufabas bajaba la intensidad de la luz de todo el piso. La escalera era el hábitat de ruidosos gatos en celo y al ascensor le faltaban todos los botones excepto el del ático.

Nuestra casera hablaba un peculiar francés con acento egipcio que nos recordaba al de la cantante Dalida, de origen cairota, elegida Miss Egipto en 1955. Nos aleccionó sobre el uso del ascensor. Había que cerrarlo de un portazo y pulsar el único botón del tablero. Al llegar al

tercero debíamos abrir las dos puertas a la vez, levantar con la rodilla una de las manivelas del freno del ascensor, sacar la mano por la rejilla y abrir la puerta desde fuera. Todos los movimientos debían estar bien sincronizados si no queríamos perder la mano en el caso de que, justo en aquel momento, alguien reclamara el ascensor. Tras un delicioso «*voilà*!», nos hizo repetir el proceso hasta que lo aprendimos. Se disculpó por el estado del piso y prometió enviarnos una brigada de limpieza.

—¡Les ruego que excusen el estado lamentable del apartamento! ¡Hemos tenido árabes!

—¡Pero, madame Jackie!, ¿acaso no es usted también árabe?

—*Mais non, monsieur*! —repuso indignada—. *Je suis égyptienne*!

Entonces supe que para muchos cairotas los árabes eran los habitantes del desierto o de la península Arábiga, «gentes traicioneras, sucias y de poco fiar». Tras tomar posesión de nuestro flamante piso, decidimos bajar a por algo de comida y una botella de vino egipcio para celebrarlo, pero al cerrar la puerta nos preguntamos los dos a la vez: «¿Has cogido la llave?». Pasamos la noche en el Ismailia House, que dominaba Medan Tahrir, en cuya terraza se apostarían, treinta años después, las televisiones de medio mundo para transmitir en directo la revolución que se gestaba en la plaza. En aquel mismo hostal se alojaban los alumnos del Ministerio de Agricultura con los que íbamos a trabajar. Pero aquella noche, sorprendidos por el variopinto ir y venir de huéspedes asiáticos, africanos y latinoamericanos, aún no sabíamos que traduciríamos precisamente para ellos.

Al día siguiente, madame Soraya nos recibió en el Ministerio de Agricultura. Vestía una rebeca Vitos de angora rosa y jersey del mismo color rematado por un largo collar de perlas que se le enganchaba siempre en uno de sus senos. Era la directora del departamento de traducción y tenía una corte de secretarias y funcionarias que le reían todas las gracias. Nos contó que cada tres meses «daba», dijo como si los impartiera ella, cursos para ingenieros agrónomos de países en vías de desarrollo y que nosotros nos ocuparíamos de la traducción para los latinoamericanos. Era un trabajo muy bien pagado. Lo que nos permitió no solo vivir con holgura, sino escoger incluso los días en que iríamos a trabajar. Además, Adrián insistió en que cogiera el trabajo de Radio Cairo Internacional. Estuve casi dos años, pero acabé por dejarlo pues no había viajado a Egipto para hacer pluriempleo y, aunque interesante y divertido, no estaba tan bien pagado como el del ministerio.

A madame Soraya no le gustó Marta porque era una mujer libre que no le reía las gracias y vestía como quería: pantalones con estampado de ensaladilla rusa o de pulpos y calamares que Mariscal

había diseñado para ella y camisetas con eslóganes muy atrevidos para aquella sociedad pacata. Además, madame Soraya le cogió unos celos terribles; se dirigía a ella siempre con un escueto «Marta», mientras que yo era «*monsieur* Georges». Pronto hizo correr la voz de que yo era mucho mejor traductor que ella. Lo que no era cierto porque Marta había vivido en Inglaterra y en Nueva York. Pero, a decir verdad, me gané la simpatía de los agrónomos hispanos pues hacía chistes en plena traducción y jugaba expresamente con los divertidos malentendidos entre las variantes de la lengua.

Cada semana llevábamos a los agrónomos de visita a alguno de los museos de El Cairo. Madame Soraya era muy perezosa. A veces aducía jaqueca y se quedaba en el autocar y yo debía ocuparme de todo. En una ocasión en el Canal de Suez, a bordo de un barco del Ejército, tuve que traducir al español, al inglés y al francés las parrafadas de un capitán que solo hablaba en árabe. También en el Museo de El Cairo me dejó en la estacada y a los agrónomos, les leía los escritos a pie de urna añadiendo algo de cosecha propia. Me aburría y entonces improvisaba. Como en la interpretación de los hallazgos arqueológicos hay mucho de especulación, descubrí, para mi asombro, que muchas de mis conjeturas, hechas para cubrir el expediente, a menudo eran acertadas. Los ingenieros agrícolas estaban encantados.

* * *

Durante mis primeros días en El Cairo utilizaba el árabe aprendido en los largos meses que había viajado por el Sudán y el Yemen. Les hacía gracia mi mezcla de acentos considerados pueblerinos y no tardaron en advertirme de que no podía dirigirme a un camarero como se hacía en Jartum. Porque un «*Esma*!» (¡oye!), dicho en Egipto, era inapropiado, por seco y maleducado. Debía optar por un más ceremonioso: «*Ya rais, hatli qahwa law samaht*!» (¡Oh, «jefe», tráigame un café por favor!), recalcando el vocativo «*ya*». Me inscribí en la Universidad Americana de El Cairo para estudiar árabe clásico, aprender a leer, a escribir y a descubrir por fin cómo funcionaba la gramática para comenzar a conjugar los verbos. Adrián Rodríguez me recomendó a Abderrahman Elafi como profesor de *ameya*, el dialecto coloquial, distinto al *fusha*, el lenguaje culto utilizado en literatura, prensa y televisión. Ahora, con los años, he olvidado mucho de lo aprendido y solo tras un par de semanas en un país árabe me comienza a regresar con cierta fluidez el dormido vocabulario.

En el minúsculo callejón contiguo al edificio de casa había un pequeño café, y cuando los vecinos necesitaban refrescos o un tentempié descolgaban cestas atadas con un cordel y gritaban a pleno pulmón: «*Ya Am Mohamed!, Ya Am Mohamed*!». El anciano portero iba

a buscar el encargo y lo colocaba en la cesta, como todavía se sigue haciendo en muchas poblaciones del sur de Italia. Junto al cafetín había un *makuagi* o planchador que utilizaba viejos armatostes de hierro fundido calentados con carbón. Se llenaba la boca de agua, apretaba con fuerza los labios y escupía con cuidado, vaporizando sobre las camisas para que al plancharlas quedaran perfectas. Al lado había una pollería con gallinas, patos y pavos vivos. Los clientes escogían el animal y el pollero lo degollaba de un tajo según el rito musulmán, tras proferir «*Bismillah al Rahman al Rahim*» (En nombre de Dios el poderoso y misericordioso). Luego, tras dejarlo desangrar por completo, lo introducía unos minutos en agua hirviendo para que resultara más fácil desplumarlo. Seguidamente lo desventraba, lo descuartizaba y lo entregaba en un paquetito aún caliente. Decidí volverme vegetariano por un tiempo, régimen al que regresé hace más de una década. También engordaban pichones, para lo cual disponían de dos jóvenes cuyo trabajo consistía en mascar pan y queso hasta hacer una masa en la boca. Cogían de uno en uno a los polluelos, les abrían el pico y escupían el amasijo en el buche.

A grandes voces, los *munaged* (colchoneros) ofrecían cambiar la lana o el algodón de los jergones viejos, operación que yo recordaba haber visto de pequeño en El Figaró. Algunos días, los traperos se anunciaban a gritos de *roba vecchia* (trastos viejos), y quienes tenían cacharros o antiguallas para vender les respondían del mismo modo desde las ventanas. Además de *roba vecchia*, en el dialecto cairota había muchas otras palabras que provenían del italiano, como *gelati, vatrina, fatura o mobilia*, debido a la presencia de una numerosa colonia italiana a principios del siglo XX. En el lenguaje coloquial también se colaban palabras procedentes del francés, del griego, del inglés y del turco.

A pesar de vivir en un callejón sin apenas tráfico, el zumbido de El Cairo era constante, aderezado además con los chillidos metálicos de las comadrejas, que se perseguían entre sí ajenas a los transeúntes y a los coches como si la ciudad fuera solo de ellas. Al atardecer acudían los basureros, o *zabalin*, con sus carros arrastrados por sucios mulos o asnos que transportaban los desperdicios que recogían por los pisos. Acarreaban la basura a un barrio periférico a los pies de la colina del Moqatam y la clasificaban en grandes montículos. Los *zabalin* eran una casta despreciada por su oficio; eran cristianos y criaban cerdos que alimentaban con la materia orgánica reciclada. Recuerdo a Mounir, un hombre de hermoso y noble rostro oculto tras la roña. Alguna vez lo acompañaban sus dos hijas de pelo rizado y grandes ojos grises bajo pobladas cejas. Cuando venían a casa les daba té, galletas y, de vez en cuando, algo de dinero para ropa. Se quedaban muy extrañados de que alguien, que no fuera de su casta, les ofreciera algo más que

indiferencia o reproches y los mirara directamente a los ojos.

De noche remitía el rugido de El Cairo y llegaba matizado a nuestro callejón. Exceptuando al ocasional vecino incívico o a algún irritante claxon, parecía haber una tregua, rota de tanto en tanto por inquietantes disparos contra los perros callejeros, que a veces escapaban malheridos y llenaban la madrugada de aullidos lastimeros que acababan tras un último tiro.

Delante de casa vivían unos músicos checos de la orquesta de El Cairo con los que intercambiábamos cosas por la ventana. Cuando necesitaban algo, uno de ellos salía al balcón y tocaba con un trombón el estribillo de *Que Viva España*. Mi escalera era bastante peculiar. Por el patio interior se oía a Um Kulzum, música griega y también francesa, sobre todo a Patachou, una cantante ya entonces olvidada incluso en su París natal. Encima de los músicos vivían unas jóvenes que bailaban con tejanos y camisetas apretadas. Si les hubiera tomado una foto cada seis meses hubiera conseguido algo así como un termómetro de la evolución de la sociedad egipcia, pues a cada temporada añadían alguna prenda a su vestuario. El último año de mi estancia en aquella casa, ya se tocaban con el *hijab* islámico fruto de la presión social.

Los vecinos del piso de arriba se peleaban cada noche y, a veces, al día siguiente aparecían con moratones. La primera vez que sucedió pensamos en intervenir, pero no tardamos en comprobar que la riña acababa siempre por dar paso a gimoteos acompasados, capaces de despertar a todo el edificio, que culminaban al unísono en júbilo final.

La terraza había sido ocupada, como muchas otras casas burguesas de El Cairo, por una familia de campesinos del Delta que criaba gallinas, pavos e incluso alguna cabra. Tiraban las sobras de comida por la ventana y en nuestro balcón se acumulaban huesos de pollo y todo tipo de porquerías. Un día, cansado de rogarles una y otra vez que fueran más cuidadosos, subí a su terraza indignado por las pieles de patata que acababan de tirar. De nuevo en casa, mientras me vanagloriaba ante Marta de mi *savoir faire*, advertimos cómo una monda de naranja perfectamente cortada en espiral caía, como a cámara lenta, por la ventana y se enredaba en la barandilla del balcón.

En el segundo piso vivía Hisham con una hermana dulce y recatada, un hermano militar, que siempre estaba de maniobras en la zona de Suez, y los padres: un severo empleado de banca y una madre efusiva y rolliza que se pasaba los días cocinando hojas de parra con Um Hasan, la anciana sirvienta. No olvido al antipático gato persa que acudía a buscar caricias y al minuto se hartaba y daba un zarpazo. A veces se armaba una pequeña revolución cuando las mujeres de la

casa preparaban *halawa* con miel y azúcar para depilarse piernas, brazos, cara y pubis. Otras veces se hacían la *hena*, o alheña, mezclada con té muy negro y yogur, que aportaba vitaminas. Hisham tenía la pared forrada de anuncios de pintalabios y cremas faciales y era muy afeminado. Comenzó a venir a casa y a contarnos historias de amor sustituyendo los nombres de sus hombres por los de mujeres. Un día Marta le preguntó: «Y tu última novia, ¿lleva barba o bigote?». Enrojeció como pocas veces lo he visto hacer a alguien y luego se echó a reír. A partir de aquel momento fuimos su paño de lágrimas y a veces le dejaba que subiera a casa a algún tipo encontrado en la calle. Nos contó lo difícil que era ser gay en Egipto y, además, temía que su hermano mayor lo descubriera porque, según él, sería capaz de matarlo. Confesó que le gustaba ligarse a chicos por la calle y que en más de una ocasión la policía estuvo a punto de pillarlo en los lavabos de la estación de Ramsés, donde se practicaba un peligroso *cruising*, pues mezclados entre los homosexuales había chantajistas, confidentes y policías.

* * *

Caminar de día por el centro de El Cairo se hacía insoportable por el ruido y los bocinazos constantes. Los coches no respetaban los semáforos y cruzar las calles se convertía, los días en que uno no tenía los reflejos preparados, en tarea casi imposible. Más de una vez había tropezado por el mal estado del pavimento. En una ocasión, al cruzar una calle, me di con el bordillo de la acera y caí en el suelo. El azar quiso que aterrizara justo delante de una farmacia donde fui atendido de los cortes en la cara rodeado de un pequeño corro de transeúntes amables.

A menudo asomaban en la acera gruesos cables eléctricos con el cobre apenas protegido y algunos grandes transformadores chisporroteaban en plena calle sin que nadie prestara atención. Las terrazas de los edificios estaban llenas de basura y restos de obras. En la cuadrícula de las bulliciosas calles del ensanche cairota había pequeñas travesías sin apenas circulación donde los aparcacoches se hacían cargo de los vehículos. Entre los altos edificios había estrechos pasajes en los que la luz cenital iluminaba humeantes cafetines. Un magnífico remanso de paz entre tanto desquicio urbano. En El Cairo, la paciencia siempre era recompensada. Todo tenía su antídoto.

Algunos días me preguntaba qué me retenía en aquella caótica ciudad y me entraban ganas de largarme, pero enseguida la bonhomía de la gente me hacía jurarme a mí mismo que nunca me iría. Los sentimientos de amor y rechazo se sucedían o incluso se solapaban a lo largo del día. Además, nadie sabía quién era yo y tenía la

maravillosa oportunidad de reinventar mi vida.

Pronto aprendí a subir a los autobuses atiborrados de gente que nunca se detenían en las paradas, había que correr tras ellos cuando aminoraban la marcha y esperar a que la maraña de brazos de los pasajeros te agarrara y aupara como los tentáculos de una hidra para hacerte desaparecer en el interior.

En la manera de relacionarse la gente y en los establecimientos anticuados y cafés reencontré la urbanidad y la distinción propia del tiempo de nuestros abuelos. Bajo los toldos de lona verde, los limpiabotas se esmeraban con los cepillos mientras los clientes leían los periódicos del día o discutían animadamente entre ellos, abandonando por un instante pensamientos o disertaciones para aspirar el humo de la *shisha*, que emitía sonoros borboteos al pasar por el recipiente de cristal lleno de agua. Sobre las mesitas redondas de mármol o cobre siempre había un gran vaso de agua refrescante junto al café turco. En el ensanche de El Cairo, la elegancia del París de entreguerras aún no había desaparecido del todo.

Aquella ciudad, en la que se cambiaba de siglo según el recorrido de la línea de autobús, me fascinó. En apenas media hora, uno podía trasladarse del centro al barrio fatimí y perderse en el zoco de las especias, recorrer las callejuelas y admirar las mezquitas antiguas. Mi favorita era la de Ibn Tulún, de proporciones perfectas, con su minarete, que recordaba a un zigurat, desde el que se divisaba un mar de azoteas polvorientas y la ciudadela, con la mezquita de estilo otomano de Mohamed Ali, el fundador del egipcio moderno, recortada sobre la colina del Moqattam. Al oeste, los raros días en los que la polución no era extrema, se lograba divisar, a lo lejos, el antiguo acueducto del Fustat e incluso las pirámides de Guiza entre nubes de arena y polvo.

Nos hicimos amigos de todo el mundo. En especial de Guirguis, el zumero copto del mercado que exprimía, ayudado por sus hermanos, caña de azúcar, naranjas, zanahorias y granadas por unas pocas piastras. Era un *saidi*, un campesino del Alto Egipto, de grandes mostachos y *yelabía* de amplias mangas. Tenía una colección de pequeños cuadros y estampas del Sagrado Corazón y de Mari Guirguis (San Jorge), el gran santo del Egipto copto, patrón de los imposibles, como nuestra Santa Rita, a cuya iglesia acudían tanto cristianos como musulmanes a encenderle velas para suplicar su ayuda.

Me gustaban los cafés del mercado, donde los parroquianos introducían bolitas de hachís en su *shisha*. Uno de los verduleros se encaprichó de mí. Me daba opio y apretaba el puño hacia arriba para dar a entender que «la ponía muy dura». «¿Quieres probarlo?», me preguntaba con sonrisa maliciosa, y yo reía. Cuando llegaba a su puesto del mercado, me agasajaba con una frase de cortesía que

siempre me arrancaba una sonrisa: «*Menawar Misr kullaha ya basha*!» (¡Iluminas Egipto por entero!, ¡pachá!), y yo debía responder: «*Da nurak*» (¡Es tu luz!). Pronto aprendí a responderle con un zanjante: «*¡Il nur da min Saad el Ali!*» (¡Toda esta luz viene de la gran presa de Asuán!).

Un día aporrearon la puerta. Era Hisham. Pensé que se había metido en uno de sus líos o que quizá venía a refugiarse para huir del cazurro de su hermano militar. Pero no era nada de eso. «¡Corred! ¡Venid a casa! ¡Hay tiros en el Parlamento de España!»

Bajamos tan rápido como pudimos y en la vieja televisión en blanco y negro, que funcionaba a base de porrazos, pasaban imágenes del asalto de Tejero al Congreso. Marta y yo estábamos horrorizados. Desde los teléfonos de las casas resultaba imposible hablar con Europa, y en Correos las colas eran enormes. Nos prometimos que, si el golpe triunfaba, no regresaríamos a nuestro país.

15

EL SOLDADO

Marta estaba enfrascada en una serie de fotos sobre El Cairo y yo aproveché unas vacaciones para viajar a Marsa Matruh, en el Mediterráneo, cerca de la frontera libia. El tren salía de la estación de Ramsés, en la enorme y bulliciosa plaza del mismo nombre, donde se erguía una colosal estatua del gran faraón que sería reemplazada por una réplica debido a los estragos de la contaminación. Por si fuera poco, un par de autovías elevadas de varios carriles sobrevolaban la plaza.

De aquella estación caótica, partían los trenes a Alejandría y a Asuán y llegaban cada minuto los de cercanías, cargados hasta los topes. Trasladaban a diario a unos tres millones de personas que regresaban a sus hogares al terminar la jornada. Al bullicio de los numerosos pasajeros se sumaba el de los porteadores y el de los vendedores ambulantes. Los ladronzuelos confundidos entre la masa se aprovechaban de la situación. Era famoso el *express* nocturno de Asuán, que tomaban las parejas que no estaban casadas pues en los hoteles se exigía a los egipcios el libro de familia para poder alojarse en la misma habitación. Los amantes reservaban dos compartimentos individuales contiguos y así disponían de una larga noche mientras al otro lado de la ventana, entre veloces palmeras, fluía imperturbable el Nilo plateado.

El tren de Matruh era muy antiguo. Iba casi vacío porque tardaba muchas horas y existían mejores opciones, como el autobús o el taxi colectivo, que hacían el largo recorrido en la mitad de tiempo. Me gustaba tomar ese tren de bellos y antiguos vagones de madera. Una reliquia de la época del rey Faruk.

Después de dejar los interminables arrabales de El Cairo, proseguimos por los campos de cultivo del Delta antes de bordear el desierto y distinguir a lo lejos alguno de los monasterios coptos de Wadi Natrun. A cada rato pasaba un joven con vasos de té. A las pocas horas llegamos a las cercanías de Alejandría y atravesamos el lago Mariut, el Mariotis de *El cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell,

adonde iban a cazar patos antes de la revolución los aristócratas y la numerosa colonia extranjera. Los pescadores del lago vestían negros bombachos de tiro largo y chalecos brillantes a rayas, fumaban la *shisha* en sus toscas canoas de madera y se dedicaban también al tráfico de hachís, escondiendo su mercancía en el laberinto de juncos.

Tras dejar a un lado la gran ciudad, transcurríamos paralelos a un Mediterráneo de arenas blancas y de un azul tan intenso como el mar de Formentera. La burguesía egipcia todavía no había descubierto el lugar y no existía ni un solo hotel ni urbanización de las que en la actualidad se suceden en la costa sin dejar apenas resquicios. Pasamos por El Alamein, donde se libró la gran batalla entre las tropas aliadas de Montgomery y las del Eje de Rommel que decidió el devenir, a favor de los aliados, de la Segunda Guerra Mundial en el Norte de África.

De vez en cuando el tren frenaba con brusquedad y quedaba parado durante largos minutos sin razón aparente. Aquellos altos en medio de la nada podían durar incluso una media hora. En uno de ellos me dijo un revisor: «¡Baja conmigo y nos tomamos un té!». Ni siquiera se trataba de una estación, sino de un pequeño chamizo en el que dormitaban unos hombres sobre bancos de madera. Me acomodé junto a los ferroviarios, vestidos de azul, mientras algunos viajeros se sentaban en otras mesitas o en los estribos de los vagones. Pasaba el tiempo y no llegaba el momento de partir. Los revisores fueron subiendo uno a uno y me quedé con un tipo simpático que me retenía con preguntas, hasta que le dije preocupado:

—Deberíamos subir, ¿no crees?

Pero no reaccionaba y, ante mi insistencia, se encogía de hombros.

—Bueno, yo subo —dije—. No quiero quedarme aquí en medio de la nada.

—No te preocupes —rio—, el tren no marchará. Bebe el té con tranquilidad.

—Yo no estaría tan seguro. Los revisores ya han subido. Igual en cualquier momento suena el silbato y nos deja aquí tirados.

—No, no.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque ¡yo soy el conductor!

Reí. Eso es lo que me enamoraba de Egipto. Cuando aún había tranvías en el centro de El Cairo, recuerdo que un conductor echó el freno y empezó a llamar a voces a un hombre de la calle: «*Ya Mahmud!, ya Mahmud*!». Ante la indiferencia de los viajeros, se bajó para charlar un buen rato con él. Al subir al tranvía exclamó, como si todos conociéramos a su amigo: «¡Era Mahmud! ¡No lo había visto desde la guerra de los Seis Días!».

El conductor del tren de Matruh me invitó a la cabina. Los mandos eran muy antiguos y desde allí la perspectiva era distinta. Frente a nosotros se extendía un paisaje desértico. Pequeños olivos, higueras y frutales crecían cerca de la costa y, entre arbustos secos, los niños pastoreaban rebaños de cabras y ovejas. De vez en cuando se veían camellos junto a pequeños refugios de piedra. Era el territorio de los orgullosos Awlad Ali (Hijos de Alí), un clan beduino de gran prestigio. Altos y de mirada penetrante, sus esbeltas mujeres de ojos de almendra apenas se cubrían el rostro, vestían de colores y lucían joyas de oro. Los veíamos en las frecuentes paradas cuando se acercaban al tren. A menudo el conductor debía accionar el silbato con insistencia porque a los camellos les había dado por tenderse junto a las vías o para que se apartaran los indolentes perros que dormitaban en los travesaños.

Al atardecer llegamos a Marsa Matruh, donde me subí a una carreta taxi tirada por un asno. Era apenas una larga calle con algunas cafeterías en las que los soldados egipcios, con las camisas y las botas desabrochadas, jugaban a la *taula* (backgamon árabe) y fumaban la *shisha*. Algunos beduinos formaban corros en la calle y se cogían de la mano. Apenas se veían mujeres. Era un mundo de hombres. Parecía una población desangelada en la última frontera. En el fin del mundo.

Me alojé en el Fonduq Rio, un hostal a cargo de una señora griega de mediana edad, con las cejas dibujadas y los labios pintados de bermellón que me recordaba el anticuado look germano, un poco a lo Dietrich, de la tía Pepita de la infancia. Cuando entré, charlaba en griego con unas compatriotas y a mí me pareció que hablaban de filosofía por los «sintagmas», «cosmos», «logaritmos» y «paradigmas» con que trufaban sus cotilleos. Todas ellas vestían floreados camiseros de verano parecidos a los que llevaba mi abuela dos décadas antes. Se levantó un tanto fastidiada por tener que atender a un cliente. En las casillas de la recepción se acumulaban las llaves y el viejo teléfono parecía puramente decorativo. En inglés, me pidió el pasaporte y me exigió tres noches de adelanto. Al responderle en francés, su rostro se distendió como solía sucederles a las damas de las librerías de El Cairo. En Lenhart and Landrock, donde vendían además imágenes en blanco y negro de los célebres fotógrafos de principios del siglo XX, o en la *Librairie Française*, cerca de la plaza de Kamal Basha. El inglés era el idioma práctico de los negocios y el francés, como sostenían aquellas damas *fin de race*, era la lengua de la gente educada y con clase.

«Debería haberme advertido que hablaba francés», dijo cuando le tendí el pasaporte apartándose un mechón de pelo con coquetería. Al acercarme la mano al bolsillo, dijo: «¡Oh, de ninguna manera! *Monsieur je vous en prie*! Ya abonará su habitación el día de partida».

Accionó el timbre de mesa del mostrador e indicó con aires de grandeza a un sirviente nubio, tocado con un fez, que llevara «*les bagages de monsieur*» a su habitación, como si aquel decadente hostal fuera el Winter Palace de Luxor. «*Mes bagages*» consistían en una única mochila cubierta del polvo del viaje. La habitación era sencilla y limpia. Un balcón daba a una calle sin coches, frente a un animado café donde unos soldados bromeaban. Sonaban los secos golpes de las fichas del backgamon egipcio. Se oía a Um Kulzum y a lo lejos brillaba un mar absolutamente turquesa.

Fumando *shisha* en un cafetín del puerto de Marsa Matruh

Me tendí en la cama bajo las aspas del ventilador. Trataría de obtener el permiso para viajar a Siwa. Soñaba con el legendario oasis, de gran prestigio en la Antigüedad por ser la sede del oráculo de Amón. De hecho, Matruh, la salida natural al mar de Siwa, fue conocida en otros tiempos como Ammonia, en honor al dios egipcio identificado por los griegos con Zeus y por los romanos con Júpiter. Imaginaba las fotos que quería hacer, claroscuros contrastados sin mucha definición para resaltar el aspecto onírico de aquel asombroso lugar. De pronto las aspas dejaron de voltear en el techo y un calor húmedo y pegajoso invadió la estancia. Oscurecía y me dirigí al puerto tras pasar por un coqueto barrio de veraneo de los griegos de Alejandría. En el único muelle estaba atracada una pequeña fragata de

la armada egipcia y varias barcazas de pescadores. En una de ellas, uno remendaba unos aparejos mientras un joven luchaba con un hornillo de gas que se le resistía.

—Se habrá acabado el butano, tontaina —le dijo su compañero despeinándole.

Me miraron con curiosidad y me dijeron *Itfaddel*! (¡Adelante!), expresión utilizada por los egipcios cuando van a comer o a tomar un té y pasa alguien por su lado. Correspondería al «si usted gusta» castellano, hoy en desuso. La experiencia dicta si se trata de mera cortesía o de un ofrecimiento sincero.

«*Ya Salam Aleikum*», oí a mi espalda. Dos hombres saltaron al barco con bolsas que entregaron al chico del hornillo. Sacaron cebollas y tomates y el joven se dispuso a cortarlas para un sofrito, mientras otro descamaba un gran pescado rojo y lo lavaba en un cubo con agua de mar.

—No te quedes ahí. ¡Sube! —me conminó un pescador de barba canosa—. ¡Anda, dame la mano!

Me dijeron que pescaban esponjas, pero ahora estaba prohibida la recolección y se las apañaban como podían. Adel, que así se llamaba el pescador, me recomendó que visitara la playa de Rommel, donde aún quedaban restos bajo el agua de un tanque de la Segunda Guerra Mundial.

En el muelle había una taberna que también era tienda de ultramarinos. Ponían a Um Kulzum. Me gustaba sentarme frente a las barcazas de pesca mientras escuchaba a la diva. Cuando ella pronunciaba «*il leil*», la noche, era como si un manto negro cayera y lo oscureciera todo. Acaso la larga noche que desde siglos se había cernido sobre Egipto, dominado por potencias extranjeras, desde los griegos o los romanos hasta los árabes y los otomanos. Nasser acabaría con aquella presencia al derrocar a la dinastía turca tutelada por los británicos. Aquel desgarro de Kulzum significaba además la larga noche que caía sobre el corazón de la diva. Cantaba los infortunios amorosos escritos para ella por los mejores poetas árabes. «*Eddini horreyati. Itlaq edeya*» (Quítame esas correas que atenazan mis manos y devuélveme la libertad), decía en una de sus más famosas estrofas de *Al Atlal* y el público entero enloquecía porque aquellas cadenas significaban también la liberación del yugo extranjero. Por eso el binomio Nasser-Um Kulzum estaba en lo más profundo del corazón del pueblo llano, porque la cantante apoyó desde el primer momento la revolución de los Oficiales Libres de 1952 y los egipcios se referían a ella como *I Sit*, la Señora. Aunque habían pasado más de diez años de la muerte de Nasser, su fotografía, junto a la de la gran diva, fallecida en 1975, continuaba presidiendo muchos establecimientos al lado de la imagen obligatoria, y a menudo más pequeña, de Sadat

para dejar bien claro cuáles eran las preferencias.

En estas estaba yo, extasiado con Um Kulzum, cuando me sorprendió una voz. «*Ya jauaga*!» (¡Oh, europeo!). Se trataba de Adel, el pescador de esponjas. No aceptó una cerveza pero sí *arrack* egipcio, un aguardiente capaz de levantar a un muerto. La conversación nos llevó a la política y me contó que los egipcios estaban hartos de la hipocresía de los otros países árabes y de su beligerancia contra Israel. Hablaban mucho, decía el pescador, pero quienes ponían los muertos eran los egipcios. Apoyaba a Sadat y los acuerdos de paz con Israel. Postura común, entonces, a la de tantos otros egipcios del pueblo llano que, en unos pocos años, se revertiría del todo con el avance del islamismo que, poco a poco, fue calando entre las capas populares empobrecidas. Bebimos hasta que empezó a trabársele la lengua. Me dijo que le daba vergüenza regresar en ese estado a su barcaza. Yo no podía ni quería llevarle al hotel, de modo que lo acompañé a un chamizo en la playa donde acabamos la noche.

Por la tarde me acerqué al puerto, pero la barcaza había desaparecido. El chico de la taberna me dijo que aquellos pescadores de esponjas eran como los *raghar* (gitanos), no se sabía cuándo llegaban ni cuánto tiempo permanecerían atracados en el puerto, por lo que no les fiaban y les obligaban a pagar al contado.

No conseguí el permiso de estancia en Siwa pues, dada su cercanía a una Libia hostil, se hallaba bajo una jurisdicción militar muy recelosa y parca con los permisos, incluso para los propios egipcios. Debería esperar un par de años más para cumplir el deseo de visitar el oasis del Oráculo del Sol. Mi amigo Adrián Rodríguez, director del Centro Cultural Español, me resultaría más adelante una ayuda indispensable con los complicados trámites.

* * *

De vuelta en El Cairo, en las largas noches en que me costaba conciliar el sueño y la libido me atormentaba, me preguntaba qué estaba haciendo yo allí. Había dejado la explosión artística y vital de mi ciudad para conocer aquella megalópolis oriental donde era feliz, sí, pero era una sociedad muy conservadora, y me resultaba difícil encerrarme de nuevo en el armario del que con tantas dificultades había logrado salir.

En una ocasión un amigo de Badajoz me vino a visitar con su hermano. Viajamos en tren a Asuán y alquilamos una faluca. El barquero tendría por lo menos veinticinco años más que yo, cabello largo y canoso, tez chocolate, nariz recta y unos ojos de lobo bajo pobladas cejas. Nos propuso viajar en faluca hasta Luxor. Le dije que lo pensaríamos y por la noche acudió al hotel Continental, frente al

Nilo, una decrépita reliquia de madera de la era de los ingleses que años más tarde se quemaría en un aparatoso incendio. Acordamos partir a la mañana siguiente tras hacer acopio de provisiones en el zoco.

La faluca era grande y dormíamos en cubierta sobre colchonetas. El Nilo se abría espléndido ante nosotros. Pasados unos kilómetros, siguiendo el curso hacia el norte, a nuestra izquierda, el desierto se precipitaba sobre el río. Sobre las montañas ocre destacaban las tumbas de los gobernadores de Qubbet al Hawa. Se distinguían también algunas construcciones coptas y morabitos de santos musulmanes. Para los antiguos egipcios la orilla occidental del Nilo siempre fue el país de los muertos. A la derecha se sucedían los palmerales y los campesinos llevaban a abrevar a sus animales a las orillas del río. Mujeres de negro portaban ánforas en la cabeza. Un perro nos ladraba corriendo sin descanso por una lengua de arena. Sobre un talud, en el que los abejarucos habían cavado sus nidos, un campesino accionaba un *shaduf*, una primitiva pértiga o cigoñal con la que conseguía extraer agua del río mediante una vasija de cerámica atada en un extremo y un contrapeso en el otro.

Mohamedin, que así se llamaba el barquero, canturreaba unos aires nubios mientras surcábamos el Nilo en zigzag con la vela henchida persiguiendo la brisa. Compramos tilapias a unos pescadores y las asamos por la noche ancorados en la orilla. Nos bañamos, y yo, tal como hacia Mohamedin, bebía el agua del Nilo con las manos. Visitamos el templo de Komombo, dedicado al dios cocodrilo. Ya de noche saqué una botella de whisky y, cuando mis amigos dormían, Mohamedin y yo nos pasábamos la botella, de la que bebíamos a morro. Desaparecimos en la orilla entre acacias espinosas y amanecimos rodeados de la enorme polvareda de un gran rebaño de camellos recién llegado del Sudán, y que sería embarcado en un transbordador hasta Edfu. Continuamos el viaje dos días más. Por las noches, a la luz de la luna, el barquero y yo volvíamos a desaparecer en los bancos de arena y permanecíamos entre los juncos hasta que, poco antes del alba, sonaba el canto a la oración desde alguna aldea cercana y Mohamedin se abstraía por momentos para musitar un rezo mientras chapoteaban los peces.

* * *

Las mañanas ociosas de invierno me gustaba caminar por El Cairo hasta el barrio de Al Husein, donde al parecer está enterrada la cabeza del nieto del Profeta, muerto en la batalla de Karbala, a quien los chiíes consideran su heredero legítimo. Nada más salir de casa, enfilaba las calles del Ensanche cairota, con sus edificios diseñados

por arquitectos franceses e italianos, testigos de una época cosmopolita y elegante. Los cafés me recordaban a los de las fotos antiguas de bistrós parisinos o a los del Paralelo de Barcelona, donde hombres con sombrero *borsalino* leían periódicos o hablaban con señoras de atrevidos tocados. Pero, en El Cairo, las mujeres apenas frecuentaban los cafés. Las tiendas del Ensanche cairota, como L'Orientaliste, parecían salidas de una película de Max Ophüls, donde se vendían reproducciones de los grabados de la campaña de Napoleón. Había magníficas zapaterías y camiserías a medida como Le Chemisier Georges; la librería Livres de France, regentada por una dama egipcia que hablaba siempre en francés con sus amigas; boutiques en cuyo escaparate estaba dispuesta en batería una docena de pequeños y elegantes maniquíes, de apenas dos palmos, con pijamas, batas de seda y zapatillas, o floristerías a las que podía haber acudido Mrs. Dalloway a comprar centros de mesa para su célebre fiesta.

Tras cruzar el Ensanche se llegaba a la gran plaza de la Ópera, donde se había alzado el bello teatro encargado por el jedive Ismail Pachá con motivo de la inauguración del Canal de Suez en el que Verdi estrenó su *Aida*. Pero el teatro se quemó a principios de la década de los setenta. El centro estaba ajardinado y ocupado en gran parte por el Casino Havanna, una cafetería al aire libre con mesitas bajo grandes ficus decorados con bombillas de colores adonde solían acudir las parejas en busca de intimidad. Cruzaba la plaza una avenida en cuyas aceras se extendían puestos de libros de viejo. En el extremo que limitaba con el barrio popular de Attaba, se levantaban edificios porticados con multitud de tiendas y puestos de relojes, gafas de sol, radios y televisores viejos. Allí abundaban las pensiones baratas, frecuentadas por muchos sudaneses, sobre todo en agosto, cuando huían del calor de Jartum y venían a un Cairo, para ellos más fresco, que ¡estaba a más de cuarenta grados! Cerca, se levantaba un teatro de variedades llamado Casino Granada, donde se representaban espectáculos pícaros, al límite de la censura.

Me gustaba seguir hasta los almacenes Sednaoui, un imponente edificio con una gran cúpula, en la mejor tradición de establecimientos como las Galerías Lafayette. El Cairo había sido una distinguida y moderna ciudad con edificios de gran empaque: el Teatro de la Ópera, los museos copto, islámico o faraónico, las villas junto al Nilo o las grandes avenidas surcadas por coches de época. Recuerdo la bronca monumental en el cine Rio de la avenida Talat Harb, en pleno centro de la ciudad, viendo *En busca del arca perdida*, cuando alguien, no recuerdo si el protagonista, exclamaba: «¡A nuestros pies, El Cairo!», mostrando una provinciana ciudad de Túnez, de casas de una planta y tejados planos. Los espectadores pateaban el

suelo. «¡Ese poblacho no es El Cairo!», gritaban indignados. Los estudios de Hollywood no mostraban sensibilidad alguna por el rigor histórico sobre todo cuando se trataba de los países árabes.

Desde la plaza de la Ópera, tenía dos posibilidades para caminar hasta el barrio de Al Husein: seguir por la calle Al Azhar o bien por la *sharia* Al Muski. La primera se había convertido en un horror pues, además de la suciedad y del intenso olor a orines, la avenida había sido ocupada por los enormes pilares de hormigón de una autopista urbana elevada. En algunos tramos los coches pasaban a menos de dos metros de las viviendas y desde ellos se veían los interiores de las casas. Prefería tomar la calle Muski ocupada siempre por puestos donde se vendía ropa de saldo, quincallería y baratijas de plástico. Un mercadillo tan concurrido que a veces costaba avanzar entre el gentío. Por si fuera poco, no faltaba la ocasional camioneta que pretendía abrirse paso, motos ruidosas o carretas tiradas por asnos que a veces decidían plantarse entre los puestos, ante el fastidio de tenderos y viandantes. La popular calle llegaba hasta la mezquita de Al Husein pero yo prefería desviarme antes y perderme por las callejuelas de las especias en cuyas tiendas, entre sacos de anís estrellado, comino o cardamomo, había otros con estrellas de mar o camaleones secos y, en las paredes, pieles de cocodrilos de la Nubia y extraños lagartos del desierto. Tiendas a medio camino entre las de especias y las de hechicería, donde los mercaderes dirigían sus negocios con viejos teléfonos de baquelita, tal como hiciera Salim Alwan, el rico comerciante de *El callejón de los milagros* de Naguib Mahfuz. Luego proseguía por los bazares de los anticuarios y de souvenirs sin detenerme ante los cantos de sirena de los vendedores. Y por fin llegaba al café Feshawi, que en temporada baja apenas era frecuentado por turistas.

En aquel popular café de estilo otomano, con espejos, divanes y mesas de mármol que se desparramaban por el callejón en el que estaba ubicado, el desfile de limpiabotas, vendedores ambulantes y pedigüeños era continuo. Recuerdo una mañana de un frío diciembre en la que un hombre barbudo, mientras musitaba letanías, dejaba libritos de oraciones en las mesas; tras él, un ciego de ojos blanquecinos acompañado de un lazarillo hacía sonar un plato con unas pocas monedas. Intentando romper la indolencia de los clientes, un hombrecillo, embutido en un traje brillante y tocado con un turbante rematado por un enorme rubí de puro vidrio, arqueaba las cejas mientras repetía las misteriosas palabras *gar-gar* con las que anunciaba su magia.

Me estaba preguntando qué habría sido de la anciana adivina del Feshawi cuando apareció. Vestía toda de negro y se cubría con un chal

del que asomaba una toca que le daba un aire de abadesa renacentista. En su rostro surcado de arrugas destacaban los ojos, que parecían más hundidos al ir realzados con generosas aplicaciones de kohl. Yo evitaba su mirada pues siempre había recelado de echadores de cartas y pitonisas. Pero aquella mañana tan poco concurrida de invierno, como único extranjero, yo era la presa más indicada. Eligió mi mesa y pidió un café turco y yo, una segunda *shisha*. En ese momento pasó un viejo con un humeante incensario. Lo detuve para darle unas monedas y me llevé, moviendo la mano hacia el pecho, aquel humo oloroso de la Arabia del sur que alejaba los malos espíritus. No sabía qué hacer. No quería que aquella mujer me leyera la mano, ni el poso del café. Acaricié el peludo gato que se desperezaba en la silla contigua, aspiré la larga boquilla de la *shisha* y, por largos instantes, me quedé absorto contemplando cómo la bocanada de humo se elevaba y jugaba con la luz que se colaba en el callejón. Con el rabillo del ojo vi que, atenta, esperaba el momento de tomar mi mano y leerla. Una vez más, desvié la mirada hacia uno de los gastados espejos turcos que me devolvían la imagen deformada de aquel ambiente fuera del tiempo. Fue entonces, una vez desvanecida en el aire la última voluta de humo del narguilé, cuando, reflejado en el espejo, lo vi.

Era un soldado con uno de aquellos rostros de estatua faraónica que tanto abundan en el campo egipcio. Me miraba con sus grandes ojos de *lust* (lujuria), como dirían los ingleses. Desde aquella vez con el herrero de mi infancia, no había vuelto a experimentar una atracción tan animalesca.

Intenté pensar en otra cosa pero regresé al espejo y ahí seguía, inmutable, aquel rostro del antiguo Egipto que, al igual que los escanciadores de vino de los poetas persas, lanzaba dardos con su mirada. Dejé a un lado mis miedos y le sonreí. Con un gesto lo invité a sentarse a la mesa. La pitonisa, que lo escudriñaba todo con sus ojos de aguilucho, me apretó la mano y se levantó para ir a la caza de alguno de los parroquianos que comenzaban a llenar el café tras la oración en la mezquita cercana de Al Husein. Percibí un destello pícaro en sus ojos realzados de kohl.

—¿Te gusta el opio? —me preguntó el soldado.

Lo miré a los ojos, negros y grandes; pasé a sus largas manos. Su acento era *saidi*, del Alto Egipto. Un intenso calor me recorrió el cuerpo.

—Sí —respondí, pensando que el opio era lo de menos.

—Tengo un lugar —dijo.

Nos perdimos por una maraña de callejuelas alejándonos de los bazares para turistas. Dejamos atrás la calle de las antiguas madrazas y mezquitas, pasamos junto a la de Sayeda Nefisa, santa musulmana muy dada a los milagros en cuyo honor se celebraba un conocido

ritual sufí de *zikr*, y nos acercamos a Bab el Foutua, donde abundaban los almacenes de cebollas y de los oscuros sótanos se veían surgir hombres con los rostros tiznados de carbón. El olor a comida y a perfumes orientales se mezclaba con el de la podredumbre. Sonaba la sempiterna Um Kulzum y el rezo musulmán en las radios. Acabé por perder mis puntos de referencia. Me veía a mí mismo como en una novela en la que la trama se iba escribiendo a medida que nos adentrábamos en aquel territorio ignoto de callejuelas entre apiñados edificios que se apuntalaban unos a otros como las cartas de un inmenso castillo de naipes a punto de desmoronarse. Solo existía aquel soldado. Aquella estatua egipcia en movimiento que tiraba de mi mano, y que, de vez en cuando, se detenía y me miraba con ojos húmedos. Llegamos a un callejón lleno de basura y de edificios semiderruidos y nos detuvimos ante el único que parecía quedar en pie. Ascendimos por una escalera angosta a la que le faltaban varios escalones. Parecía a punto de derrumbarse en cualquier momento. En algunos tramos debíamos agacharnos. Salimos a una azotea llena de desperdicios y trastos viejos y subimos por unos peldaños inestables hasta un antiguo palomar. El soldado manipuló el candado con una ganzúa que llevaba en el bolsillo. Había una letrina a la turca, un hornillo y un camastro desecho. Riendo, nos empujamos el uno al otro y acabamos revolcados en el sucio jergón.

Por el ventanuco entreabierto se veía un alto minarete y las azoteas de El Cairo, que se prolongaban hacia el infinito. Nos sorprendió la llamada a la oración y él musitó un *Allahu akbar*. Acabado el rezo, le pregunté: «¿No me habías invitado a fumar opio?».

Rio. Se llamaba Ayman. «¡Espérame!», dijo.

Se vistió sobre el camastro, pues apenas había lugar en la habitación. Se puso un calzón blanco, los pantalones de soldado, una camisa verde sin mangas, la chaqueta, se calzó las botas y se caló la gorra. «Regreso en diez minutos», dijo.

Cuando se marchó, me incorporé y me dirigí a la puerta. ¡Me había encerrado! Encendí un cigarrillo. Oía el arrullo de las tórtolas y, a lo lejos, Um Kulzum cantaba desde una radio:

> Partí muy lejos para olvidar mi amor por ti
> y despedirme de tu corazón tan cruel.
> Olvidé mi promesa
> y mi alma está enardecida desde que hui
> pues tu amor todavía corre por mis venas.
> Mi corazón todavía sangra de deseo, pero tú me rechazas
> obligándome a beber de la copa del desespero.

Pensé que aquel cuchitril no sería suyo sino de algún pariente o

conocido. Había ropa amontonada y fotos de familia en la pared. Una gran imagen de la Kaaba en La Meca. Por momentos me trasladé a la habitación de Bombay que había compartido con Hakim. ¿Cuántos años habían pasado? ¿Ocho?, ¿nueve quizá?

Oí pasos en la escalera. ¿Y si se trataba del genuino dueño? Me levanté sin hacer ruido, cogí la ropa y me metí en la sucia letrina. Si no era Ayman, tendría tiempo de salir corriendo y ya iría vistiéndome por la escalera. Con el corazón que me bombeaba a tope, oí que alguien manipulaba el cerrojo.

Era Ayman. No había encontrado opio, pero extrajo de su bolsillo un hachís negro y aceitoso. Le pedí que me hablara de su pueblo en el Alto Egipto, de las grandes barcazas que transportaban alfarería desde Quena y las ceremonias de trance junto a las tumbas de los santos. Era ya de noche, cuando dijo: «¡Rápido, tenemos que irnos! ¡Puede volver!».

Nos vestimos tan deprisa como pudimos y bajamos los escalones de dos en dos. Ya en la calle, junto al edificio, intercambió unas palabras con un tipo desaliñado que con toda seguridad era el inquilino. «Por poco», dijo y se echó a reír. Caminamos hasta una calle concurrida y me pidió que le pagara el hachís. Tomé un taxi no sin antes darle mi dirección.

Pasadas unas semanas, el soldado Ayman llamó a mi puerta. Serían las diez de la mañana. Fue como si viera a un aparecido. Me dijo que había estado de maniobras en el desierto.

Se presentaba en los momentos más imprevistos. Un día no encontré el dinero destinado a pagar el piso. Lo busqué por todas partes, aunque estaba seguro de que él se lo había llevado. Pero me resistía a creerlo. Cuando regresó, no me atreví a decirle nada. En una ocasión, pretendió que me sometiera a caprichos que yo no estaba dispuesto a consentir. Me incorporé al momento, comencé a vestirme y le dije que debía irse pues esperaba a gente de la embajada. Aquella misma noche eché en falta unos dólares que tenía guardados en un cajón entre unas cartas.

Regresó otra vez. Había cambiado de actitud, pero ya no era lo mismo. Se sentía culpable, no paraba de justificarse y yo comenzaba a inquietarme porque presentía un comportamiento psicótico. Le dije que me había robado y que no quería verlo más. Me explicó que necesitaba el dinero y comenzó a improvisar una triste historia sobre su padre. Quería seguir la relación y me prometió devolverme lo sustraído, pero yo le dije que, como cantaba Um Kulzum, «*Es sabir hudud*». «La paciencia tiene un límite.»

16

EL CAFÉ ZAHRET AL BUSTÁN (LAS FLORES DEL JARDÍN)

Hacía varios meses que se había ido Marta y comenzaba a plantearme si aquella vida de pluriempleo, con los trabajos en el Ministerio de Agricultura y en la radio, era la que yo quería. Llevaba más de un año en El Cairo y en los últimos tiempos me había atrapado la rutina. Cada día acudía muy temprano al cafetín que estaba en un callejón junto a Ismailia House. Mientras esperaba al autobús del ministerio y a que bajaran los becarios, escribía en mi diario. Luego, al cruzar el Nilo con los agrónomos, escuchaba a Um Kulzum en el walkman, preguntándome si no debería dar por acabada la etapa cairota para viajar de nuevo al Sudán y proseguir hacia el mar Rojo y el Índico en busca de los árabes del mar con quienes había soñado desde que viera *Simbad el marino* proyectada en una sábana por los zíngaros en la plaza de El Figaró.

Echaba de menos a Marta. Juntos habíamos vivido aventuras durante nuestros largos viajes. Y ahora estaba solo en aquel mundo tan masculino que a menudo me asfixiaba. A pesar de vivir juntos y ser íntimos amigos, no nos habíamos comunicado mucho en los últimos tiempos. Cada uno seguiría su camino, pero, sin duda, la vida haría que nos fuéramos encontrando. Cuando ella dejó el trabajo en el ministerio, se volcó en sus fotografías mientras que yo no paraba de trabajar y encima asistía a clases de árabe clásico en la Universidad Americana de El Cairo. Cuando uno se levantaba, el otro se acostaba y en las pocas horas libres yo solía fumar hachís u opio. Años más tarde, Marta me dijo que no había visto habitación tan sucia como la mía, con la ropa desperdigada por el suelo, libros amontonados, restos de pan debajo de la cama y por todas partes platos con montañas de colillas. Fumaba, me pasaba las horas leyendo y escuchaba a Um Kulzum. Pero nadie sospechaba de qué manera vivía, y mucho menos en el ministerio, donde siempre sería, sobre todo para madame Soraya, el respetable «*monsieur* Georges».

El trabajo para el Ministerio de Agricultura me resultaba fácil y estaba pagado en dólares, que cambiados en el mercado negro me

procuraban montones de libras egipcias. Guardaba aquellos ahorros en el doble fondo de un escritorio que por fortuna Ayman jamás encontró.

Con el tiempo comencé a coger soltura y a aprender recursos para solventar momentos de dudas en la traducción. Un día, mientras uno de los profesores se entretenía preparando el proyector de diapositivas, entré en la cabina de la traductora de francés y la encontré soplándose los dedos en plena manicura. Era una dama elegante que también hacía teatro y salía por televisión. Me miró, con los ojos muy pintados bajo las cejas dibujadas. «Madame, ¿cómo traduciría *random cross-pollination*?», le pregunté, y ella, sin levantar un segundo la vista de sus uñas, me respondió con acento impostado como si recitara a Corneille o a Racine: «*Monsieur, je n'ai aucune idée. Dites n'importe quoi*!» (No tengo ni idea, *monsieur*. ¡Diga lo primero que se le ocurra!).

Me ocupaba de los becarios de América Latina, casi todos centroamericanos. Hice amistad con algunos durante las excursiones programadas. Pasé un mes entero en Abu Quir, cerca de Alejandría, donde se produjo la batalla naval con que los británicos pusieron fin a las pretensiones napoleónicas sobre Egipto. Estaba harto de compartir habitación en los albergues del ministerio, de modo que escogí el pequeño anexo del Zephyrion, un restaurante muy frecuentado los días de fiesta por su excelente pescado. Era un lugar especial y solitario. Un edificio destartalado sobre un saliente rocoso que se adentraba en el Mediterráneo donde alquilaban una habitación que enseguida me cautivó. Daba al mar y cuando soplaba el viento del norte parecía que fuéramos a salir despedidos y tenía que cerrar las ventanas para evitar las salpicaduras de agua sobre la cama.

Tras visitar cultivos de algodón o granjas hasta bien entrada la tarde, me resarcía del duro trabajo cenando en una sala, vacía entre semana, pintada de azul turquesa con figuras de pulpos, calamares y peces de colores en una de las paredes, y camellos, pirámides y esfinges en otra. Una noche, acudió un numeroso grupo de clientes de piel oscura y pensé que serían nubios o sudaneses. Algunos, que parecían policías de paisano, me observaban inquisitivamente. No tardaría en comprobar que se trataba de Numeiry y su escolta. El presidente sudanés vestía una *yelabía* de un blanco tan impoluto como el de su turbante. Grandes escarificaciones surcaban sus mejillas. Numeiry, el presidente que había escenificado la adopción de la *sharia* vaciando un cargamento entero de Johnny Walker en el Nilo, se volvió hacía mí, alzó su copa y me sonrió desde la distancia.

Recuerdo la maravillosa sensación de libertad en aquella habitación colgada sobre el mar gris del invierno alejandrino. Nadie me esperaba en ningún lugar. No tenía la menor intención de regresar

a Barcelona, la ciudad de la que había huido. Había soñado con partir y desaparecer, y lo había conseguido. Leía un libro tras otro. Los tomaba prestados de la biblioteca del Centro Cultural Español, todos de la picaresca del Siglo de Oro. Qué enorme gozo las aventuras del *Lazarillo* o de *La lozana andaluza*. También leía literatura egipcia contemporánea, que me ayudaba a comprender mejor aquella sociedad. Naguib Mahfuz era su Balzac, Zola o cualquiera de los hermanos Bashevis Singer y, gracias a él y a sus sagas fui conociendo la evolución de aquella fascinante sociedad desde la *Nahda*, el renacimiento cultural de finales del siglo XIX, hasta los tiempos de Nasser. En sus libros hablaba de la mujer y aparecían personajes homosexuales, lo que hasta entonces era tema tabú. Incluso ponía en duda la religión, lo que le valió grandes críticas.

Poco a poco fui interesándome cada vez más por aquel país que había elegido para vivir. Leí a otros grandes contemporáneos como Yusuf Idriss o Sonallah Ibrahim, mucho más político. Todos grandes escritores como el joven Ibrahim Abdel Meguid. ¿Quién iba a decirme que un par de años más tarde trabaría amistad con algunos de aquellos autores o incluso acabaría en la cárcel con uno de ellos? También aprendí del país gracias a las películas antiguas, sobre todo las de Youssef Chahine. Algunas, como *Al Ard (La tierra)*, me recordaban a mi admirado Satyajit Ray tanto en la forma, con planos en denso blanco y negro con influencias del cine soviético, como en el contenido. Hablaban de un mundo que se resistía dolorosamente a los nuevos tiempos e incluso a su desaparición. Una constante, en el cine y en la literatura egipcia de la época.

Aunque se trataba de un tiempo que recuerdo feliz, tan solo me faltaba un gran tema fotográfico en el que volcar mis inquietudes tanto estéticas como sociales. Era ambicioso, quería acercarme a la sabiduría de los ancianos. Me interesaba captar el paso del tiempo. No tanto el cambio rápido que se estaba produciendo. No me interesaba lo contemporáneo *per se*, que obsesionaba tanto a mis coetáneos, porque me alejaba de aquel mundo ancestral que se desvanecía y que me había interesado desde niño. Alguien debía reflejar los cambios, pero también alguien tenía que capturar los estertores de aquel mundo que desaparecía. Soñaba con aquellos paisajes abiertos de Asia central y las ciudades de adobe derruidas y calcinadas por el sol. ¡Cómo me hubiera gustado jugar con aquellas sombras y luces difíciles en el laboratorio! También con los rostros bellos y antiguos de los dinkas del Sudán, con el porte de pueblo rudo y a la vez noble de los baluchis o reflejar el ambiente místico y antiguo de la peregrinación a la cueva sagrada de Amarnath. A veces pensaba que era una lástima que en aquel largo viaje a Oriente no dispusiera de las herramientas para expresarme. Me doté de ellas pocos años después con esfuerzo y afán

de superación, examinando y siendo el crítico más implacable de mi propio trabajo, tras noches enteras encerrado en mi laboratorio del cuarto de baño. Demasiado pronto, sí, pero todas aquellas experiencias forman parte de mi proceso de aprendizaje. De no haberlas vivido, quizá no me hubiera inclinado por la fotografía.

En la soledad de mi habitación, presentía que estaba a punto de hallar lo que buscaba. Solo necesitaba esperar, porque comenzaba a intuir que había que dejar espacio a que actuara el azar. Solo en serena vigilia aparecería el gran tema soñado.

* * *

Tras el desayuno en el Zephyrion, tomaba el tren de cercanías y me acercaba al albergue del ministerio. Visitábamos granjas de ganado, manufacturas de algodón y fábricas de conservas. De entre todos los becarios, hice amistad con Séraphin que, al ser francófono, no estaba en el grupo que yo dirigía. Era un ingeniero agrícola del antiguo Zaire. Sosteníamos largas conversaciones en los cafetines de Abu Quir. Él quería ser historiador pero su padre, un hombre influyente, se empeñó en que también estudiara ingeniería agrónoma para explotar unas tierras que el Ejército había asignado a su clan tras una reforma.

En aquellos cafés fumábamos la *shisha* mientras sonaban grabaciones de Um Kulzum, remezcladas con eco para dar la impresión de que la diva cantaba desde el más allá. Insistía en que debía visitarle. Me mostraría la región remota del Congo en la que estaban trabajando. Me hablaba de Senghor, Aimé Césaire y del movimiento político y cultural de la *négritude*. Fue la primera persona que me hizo reparar, estábamos a principios de los ochenta, en el importante componente africano de la civilización egipcia, distorsionado por la visión eurocentrista.

También me habló del arte ifé de los yorubas y sus bustos de hierro colado, tan bellos que cuando llegaron los europeos les atribuyeron un origen externo al continente. Aquellas «gentes primitivas», aseguraban, no podían ser capaces de lograr un arte tan perfecto. Lo mismo ocurría con las misteriosas murallas de forma cónica de Zimbabue. Durante años se las consideró de origen fenicio hasta que se demostró su total africanidad.

Me hablaba de las atrocidades de los misioneros, que en su empeño por acabar con los sacerdotes de la espiritualidad africana, a quienes llamaban hechiceros, combatían las religiones africanas tachándolas de demoníacas o de puras supercherías. Séraphin insistía en que aquellos hechiceros no eran tales, sino sacerdotes y médicos tradicionales. Aquellas conversaciones avivaron mi interés por las historias de las ceremonias de trance de la Sarah de mi infancia. Años

después, aquella temprana curiosidad me llevaría a Costa de Marfil y a Ghana para fotografiar y filmar dos documentales.

Mi amigo me habló del horror de la colonización del rey Leopoldo de Bélgica y de la terrible sangría que, durante siglos, supuso para África la continua captura de sus mejores hombres y mujeres para ser vendidos como esclavos a los europeos y enviados al Nuevo Mundo. Me descubrió la complicidad de Stanley en las torturas y vejaciones de los congoleños, sometidos prácticamente a la esclavitud. Contaba que durante décadas en Europa y en Estados Unidos, se exhibieron «tribus traídas directamente de la selva» y que, en poblados reconstruidos en Europa, remedaban la vida que llevaban en sus tierras antes de ser capturados, para entretenimiento de las nacientes clases medias, en gran parte enriquecidas precisamente gracias al expolio de los países colonizados. Eran verdaderos zoológicos humanos que mostraban a aquellos desdichados en un remedo de su estado natural de «salvajismo» para justificar la misión civilizadora y la explotación. Y entonces me vinieron a la memoria las imágenes de las revistas del desván de Villa Rosa que hablaban de las grandes exposiciones coloniales de las metrópolis europeas. Recordaba la imagen de una niña muy blanca, con su vestidito de cintas y bordados, izada en volandas por africanos en taparrabos. En otra fotografía, unos curas de blanco impoluto bautizaban a «salvajes» semidesnudos en un caudaloso río de Guinea.

Más tarde supe que la funesta moda llegó a España. En el Retiro de Madrid se exhibieron «indígenas» de zonas remotas de Filipinas, y en Barcelona, familias enteras de la etnia ashanti procedentes de Ghana. Me produjeron profunda desazón las fotografías de las burguesas de Bruselas, acompañadas de sus hijos, dando de comer a niños africanos encerrados tras una palizada como si fueran los monos del parque; o el rostro asustado de una de aquellas matronas endomingadas, que parecía temer el mordisco del niño «salvaje», apenas humano. Muchos de aquellos hombres murieron de frío en el último de los infames zoos humanos. Pero la palma de la ignominia se la llevaría una vez más Bélgica cuando, diez años después de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, no se le ocurrió otra cosa que organizar, con motivo de la Exposición Universal de 1958, un zoo humano con más de cuatrocientos «ejemplares» traídos directamente del Congo. El país donde los machetes del rey Leopoldo amputaron manos y piernas de una población entera encerrada en un inmenso campo de concentración cuyos límites coincidían con las fronteras coloniales.

Mi amigo se quejaba de que lo poco que se escribía sobre África era siempre en términos peyorativos. En los medios occidentales se hablaba de luchas tribales y de las atrocidades cometidas durante las guerras, promovidas con frecuencia desde las antiguas potencias

coloniales para seguir controlando los minerales raros, el oro y los diamantes.

Todo era oscuro y cruel en los relatos de los escritores europeos. No sabían ver más allá de los conflictos étnicos, consecuencia del trazado de las fronteras dibujado con tiralíneas por las potencias coloniales en un despacho de Berlín a finales del XIX. Solo se fijaban en lo truculento, cuando en Lagos, Abiyán o Dakar había importantes movimientos literarios o artísticos. Séraphin me habló también de la escena musical de Kinshasa, con grupos que incorporaban *jazz* y *funk* a la música tradicional y de artistas modernos que hacían fetiches con tuercas de hierro, restos de automóviles, huesos y dientes de animales.

Imposición de manos, poblado dinka de Gemeiza, actual Sudán del sur

Hacíamos planes. Él quería que fuera a su boda. La última noche de su estancia en Egipto lo llevé al *Nadi al Iunani* o Club Griego, en otras épocas un lugar elegante, del que ahora tan solo quedaba un recuerdo de oxidados espejos y gastados cortinajes. Cenamos observados por la cabeza de un alce disecado que nadie sabía cómo había llegado a orillas del Nilo. Le hablé de mi experiencia con los dinkas del sur del Sudán y de aquella foto de la imposición de manos que había hecho. Una foto que abriría una nueva vía en mi trabajo, pues, años más tarde, me daría impulso para adentrarme en aquellas creencias que se conocían de manera vaga como «animismo». Al igual que en el mundo antiguo, tenían primordial importancia la adivinación, el trance y la posesión. Pero entonces no me fue posible

continuar. Fue la última foto que hice en aquel lugar donde un dinka ilustrado me acusó de robarles el alma. Y mirando hacia atrás, con la experiencia de los años, pienso que quizá no fui honesto, pues no conviví con ellos sino con los cazadores blancos, a quienes detestaba.

Mi amigo quería seguir la noche. Tras unas demoledoras copas de *arrack* en Le Cap D'Or, nos acercamos dando tumbos al National, un hotel hoy derruido para construir un centro comercial, en cuya planta baja había un bar muy peculiar en el que elementos art déco se combinaban con reproducciones kitsch de estatuas faraónicas. Aquel local era frecuentado por gentes del cine y de la música y por muchos intelectuales africanos. Séraphin se empeñó en que abordáramos a unas bellas eritreas, sin duda profesionales. Ante su repetida insistencia, le dije que me gustaban los hombres. Quizá creyó que se trataba de una broma, porque los africanos no suelen ser muy receptivos en este aspecto. Pero, pasados unos segundos, noté un brillo especial en sus ojos y me confesó riendo que ya se le había pasado la idea por la cabeza, porque nunca le hablaba de mis amoríos. Añadió que yo le recordaba a su mejor amigo del colegio, que estaba casado y vivía su sexualidad en secreto. Insistió en que le hablara de mis líos y le conté mi aventura con Ayman, el soldado.

Si habíamos entrado en el National dando tumbos, salimos casi a gatas. Séraphin se veía incapaz de llegar a la residencia del Ismailia House; además, le daba vergüenza que sus compañeros de habitación lo vieran en tal estado. Me dijo que lo llevara a mi casa. No recuerdo cómo llegamos, pero sí cómo nos desplomamos en la cama uno encima del otro. Desperté con el corazón acelerado. Estábamos desnudos y Séraphin me acariciaba con suavidad, como si no quisiera despertarme del todo.

Le prometí que iría a su boda pero, *hélas*!, su dirección estaba en una de las libretas que me robó la policía egipcia cuando me detuvo. Años después, en el norte del Sudán, me vino su recuerdo cuando visité las pirámides de Meroe, perdidas en un desierto naranja, o viendo los bellos grabados de Apedemak, el dios león que acabó por sustituir al mismísimo Amón en aquel lejano reino de Kush, una civilización que, aunque recordaba a la faraónica, era fundamentalmente africana y negra.

* * *

Por las noches acudía a Radio Cairo International, un moderno rascacielos de forma circular rematado por una alta torre frente al Nilo. En el piso donde trabajaba, los télex de los despachos vacíos, a esas horas, escupían las características cintas de papel agujereadas que nadie recogía y que se desparramaban por el interminable corredor

circular iluminado por fluorescentes fríos y verduscos como los de una morgue. Al final del pasillo estaban los servicios internacionales donde yo trabajaba. Allí solía coincidir con una dama nigeriana que vestía coloridos *bubús* estampados y llamativos tocados a juego, un caballero armenio con un sombrero *borsalino* negro y la dama egipcia traductora de francés con la que coincidía en el Ministerio de Agricultura. Yo me ocupaba de las emisiones en español en onda corta para América Latina y debía traducir las noticias y los textos desde el inglés. Los servicios exteriores de Radio Cairo International habían sido creados durante la época del movimiento de los países no alineados del que Nasser fue uno de sus fundadores junto a Nehru y Suharto. Desde El Cairo se radiaba en una multitud de lenguas del mundo entero y también de dialectos africanos.

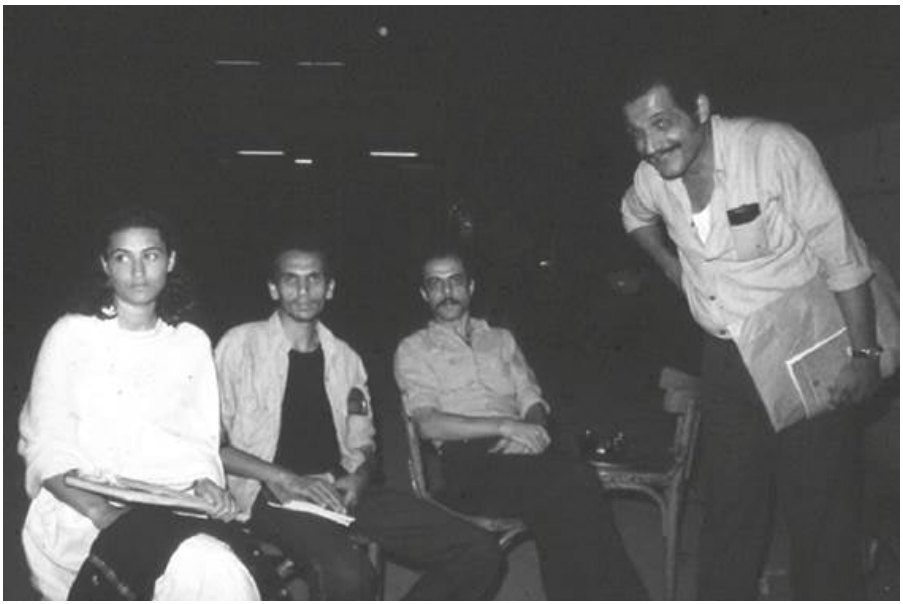
Las noches de Ramadán eran bellas y apacibles en el barrio tradicional del Bulaq, donde estaba el edificio de la radio. Había una multitud de callejuelas iluminadas con bombillas de feria, y de los cables tendidos entre las casas colgaban maquetas de pequeñas mezquitas con cristales de colores y velas en su interior. Cuando acababa el trabajo en aquel Ramadán de verano iba a dar una vuelta, a menudo con el ingeniero de sonido. La gente nos invitaba a dátiles, té y comida. Pero aquel barrio popular tan querido estaba sentenciado. Pronto construyeron la mole del Ramsés Hilton y las callejuelas que daban al Nilo fueron arrasadas por bulldozers para elevar rascacielos anodinos y autopistas urbanas intrincadas como gigantescos escalextrics.

A las tres de la mañana tenía a mi disposición un coche de la Radio Televisión Egipcia, y al llegar a casa debía gritar bien alto para que Am Mohamed, el anciano y adorable portero nubio, se levantara de su camastro junto al ascensor y me abriera la puerta. Los vecinos no quisieron darme una llave que me hubiera evitado el tener que molestar a aquel pobre anciano. Me dijeron que siempre habían obrado así y que para eso le pagaban.

Una noche, el coche de la radio no pudo entrar en mi calle pues todas las bocacalles estaban bloqueadas con jaulas de madera. Habían convertido el callejón en un inmenso gallinero por el que campaban a sus anchas gallinas, patos y ruidosos pavos. El tipo de la pollería se disculpó diciendo que sería tan solo por unas horas y, al amanecer tan pronto vinieran a llevarse las aves, limpiaría el pavimento de plumas y excrementos y abriría de nuevo el callejón. Desde la cama seguía oyendo todo el cacareo y el canto descarado de los pavos hasta que, gracias al hachís, conseguí dormir.

Cuando salía del Ministerio de Agricultura compraba algún periódico junto a la cafetería art nouveau Groppi y me sentaba en la

terraza del café Riche, a dos pasos de casa. Era un establecimiento con mucha solera situado en la avenida Talat Harb, que comunicaba la plaza Tahrir con el barrio de Ezbekía. Tenía una terraza protegida por un toldo verde y en las paredes del interior colgaban fotografías de Naguib Mahfuz, Um Kulzum y de otros cantantes, intelectuales y escritores que habían frecuentado el local. En aquel histórico lugar solían reunirse los miembros de la resistencia del levantamiento nacionalista de 1919 liderado por Saad Zaghloul. El Riche tenía su leyenda. Se dice que el rey Faruk se prendó allí de Nariman Sadek, su futura y segunda esposa. Años después, en un reservado, solían confabular Nasser y los jóvenes generales de la revolución que acabaría con la monarquía y con la presencia británica. El gran Naguib Mahfuz lo convirtió en su cuartel general hasta que algunos escritores mediocres se le enfrentaron por su apoyo a los acuerdos de Camp David. Ofendido, Mahfuz cambió sus cuarteles al desangelado Café Alí Babá, en la plaza Tahrir, donde treinta años después se produciría el levantamiento revolucionario que el gran escritor no llegó a ver.



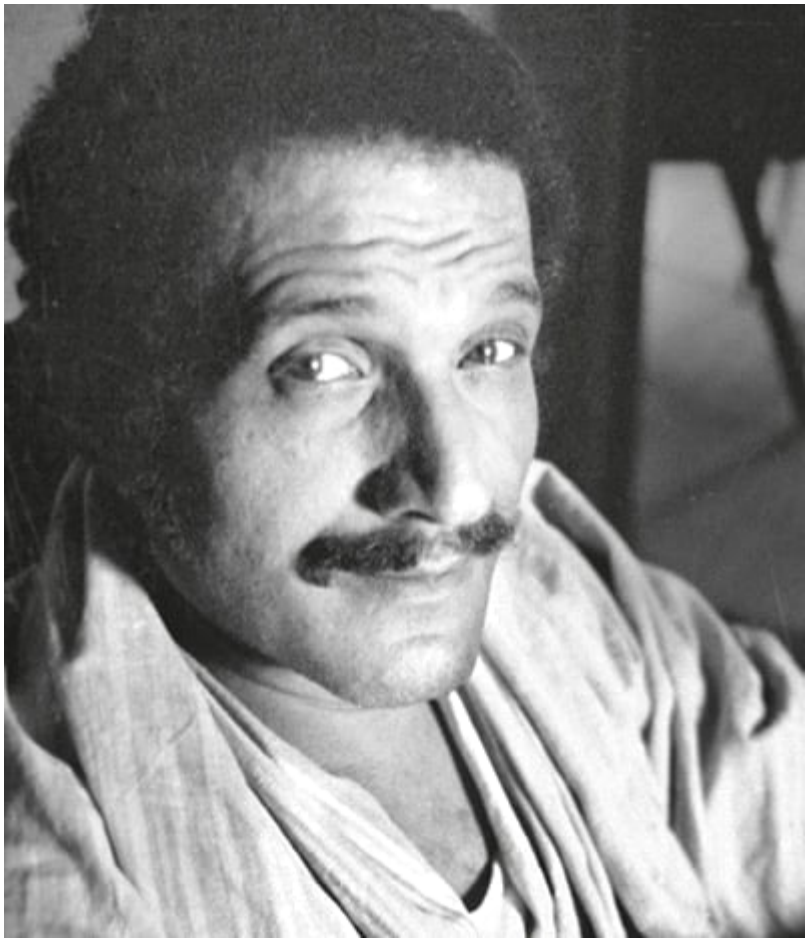
Lourdes Domingo, Omar el Fayumi, Mursi Sultan y Mustafa Abdelaziz, Zahret Al Bustán

Cerca del café Riche, estaba el popular Qahwa Zahret Al Bustán (El café de las flores del jardín), un lugar muy agradable con dos camareros encantadores que mimaban a los clientes asiduos. El gordinflón Said, con su peluda y blanca panza que sobresalía entre la

ropa, se ocupaba sobre todo de las pipas de agua y de los tableros de ajedrez o de la *taula*, el backgamon egipcio. Y Ahmed, un apuesto y canoso cincuentón que perdía todo su encanto cuando abría la boca y mostraba la dentadura agujereada, se hacía cargo del té y de los cafés a la turca. Justo en el edificio de enfrente, en el principal, vivía una señora griega de cabellera blanca, enfundada siempre en una vistosa bata de seda con bordados de aves y flores. Se pasaba las horas abriendo y cerrando postigos y regando unas plantas que la contaminación de El Cairo no conseguía agostar del todo. Parecía uno de aquellos personajes de Lawrence Durrell que saltaban sin darse cuenta de un idioma a otro, del árabe al inglés o al francés y de este al italiano o al griego. Aquel piso sería ocupado años después por el pintor Adel Siwi, quien me confesó que alguna madrugada sentía una presencia.

En el Zahret Al Bustán, los parroquianos bebían infusiones y café, jugaban a la *taula* y esperaban la *shisha* que Said les traía aspirando el humo. En todo El Cairo no se cambiaban o apenas lavaban las boquillas, y las infecciones de hongos, incluso la tuberculosis, eran rampantes entre los fumadores, de modo que, con el tiempo, el Ministerio de Sanidad egipcio decretó el uso de boquillas de plástico individuales. Funcionarios y estudiantes comían en el café bocadillos de pan de pita con hígado encebollado de un puestecillo callejero o *kebabs* de un tenderete contiguo en el que un hombre campechano avivaba las brasas con un abanico de plumas blancas. Frente al café había una *gamaia*, un economato donde se vendían artículos de primera necesidad subvencionados, y cuando tocaba el día del pan o del jabón, se formaban colas interminables.

Al café acudían intelectuales, sobre todo poetas; se sentaban en corro y se leían sus escritos en árabe clásico con la voz un tanto impostada de quienes utilizan una lengua que no es la del lenguaje hablado. Repetían clichés de la gloriosa poesía árabe y persa de otros tiempos y también lorquianos, en los que el talle de la amada se cimbreaba como el esbelto ciprés, los labios eran siempre de sangre o coral y las mejillas tan rojas que avergonzaban incluso a las afamadas granadas de Isfahán. Había otro grupo de poetas, llamado *Al-Asuat* (Las Voces), con los que sostenían una inocente pugna. Eran mucho más modernos y pretendían renovar la poesía. Los asiduos al Zahret Al Bustán mantenían rivalidad con los clientes del cercano café Riche, de precios más elevados, a quienes consideraban poco menos que vendidos al *Sistema*. Pero, por mucho que criticaran a aquellos intelectuales, todos se cuidaban de pasar por el Riche o, al menos, asomarse unos segundos para ver quién había y luego ponerles verdes en el Zahret Al Bustán.



Mi amigo el juez progresista Mustafa Abdelaziz

Mustafa Abdelaziz era uno de los habituales más interesantes del café. Un juez progresista y aristócrata de porte elegante y trato exquisito, emparentado con el líder histórico nacionalista Saad Zagloul. Cuando acababa el trabajo, se dejaba caer por el café para fumar la *shisha*. Nos teníamos mutuo aprecio y conversábamos un buen rato. Se despedía siempre con la misma frase: «Me voy al *maktab al thani*» (mi segundo despacho). «*My second office*», apostillaba en inglés. Y el «*second office*», lo sabíamos todos, era el bar Stella, donde se castigaba el hígado con fuertes licores locales. Después compraba algo de comida preparada y se dirigía a la cercana estación de Bab el Luq para coger el tren que le llevaba a Helwan donde tenía una casa de dos plantas que apenas conservaba la elegancia de otros tiempos. Por más que bebía, nunca lo vi borracho. Era de esos bebedores a los que no se les traba la lengua ni acaban dando tumbos aunque se

traguen el bar entero: simplemente, caen como una piedra cuando llegan al límite.

Otro gran personaje del café Zahret Al Bustán era sin duda William al Malik. Tenía ojos de aguilucho bajo pobladas cejas, nariz prominente y cuidada cabellera blanca que peinaba a ambos lados. Era un hombre atractivo que vestía como un caballero inglés de campo. La gente volvía la cabeza a su paso. Jamás hablaba de política. Se había casado con una canadiense que ninguno de sus amigos habíamos visto y vivía la mitad del año en Vancouver. En El Cairo tenía un piso antiguo en Talat Harb, muy cerca de la plaza Tahrir, con una preciosa entrada de doble escalinata con barandilla de hierro forjado y un ascensor de madera que era una verdadera joya de los años veinte del siglo pasado. El piso, oscurecido por cortinajes como si la falta de luz fuera a aislarle de un mundo que había seguido un camino muy distinto al soñado, estaba lleno de objetos antiguos, fósiles, pipas y cachivaches, como un gabinete de curiosidades del siglo XVIII. Tenía un viejo laboratorio con una ampliadora realmente *vintage* donde yo iba a menudo a revelar negativos. Mi amigo estaba loco por los relojes antiguos de bolsillo, comprados en los anticuarios de Jan el Jalili de Heliópolis e incluso de Tesalónica o Estambul. Los limpiaba y reparaba con esmero para guardarlos por centenares en grandes muebles de caoba. Solía ir al café Zahret Al Bustán cuando menos frecuentado estaba para jugar alguna partida de *taula*, antes de regresar a la seguridad de su casa, lejos de las habladurías y de las conversaciones que consideraba una pérdida de tiempo.

Haj Abdelatif

El día del Eid, la popular fiesta religiosa del cordero, los campesinos del Delta, los llamados *fellahin*, llenaban el centro de El Cairo de animales que vendían para ser sacrificados por las familias. Sentados en el café con sus fulares de fantasía, contaban el dinero de sus transacciones, y amontonaban los billetes que recogían en paquetes gruesos como ladrillos. Abu Jalil, un simpático hombrecito, se ocupaba del mercado negro y de la compraventa de dólares en aquellos inciertos tiempos de inflación y devaluación constante.

Todo era supervisado por Haj Abdelatif, un *fellah* que parecía un *capo*, propietario de casi todos los establecimientos de la calle: el café Zahret Al Bustán, el parking, el taller de mecánica, la zapatería Madrid, regentada por uno de sus hijos y en la que jamás vi entrar, en las decenas de horas consumidas en el café, a un solo comprador, y la igualmente poco frecuentada verdulería a cargo de otro de sus vástagos. El día de la fiesta religiosa del cordero, el poderoso Haj Abdelatif cortaba la circulación del callejón y mandaba disponer en plena calle mesas alargadas para más de cien comensales, con

gigantescos peroles de arroz y un contundente estofado para los pobres. Excepto el negocio del café, y hasta cierto punto el del parking, el resto de los establecimientos parecían puras tapaderas, pero nadie hablaba de ello.

El *capo* del callejón me llamaba «*ya habibi jauga*» (mi querido europeo) y me saludaba de lejos con complicidad y respeto llevándose la mano a la sien, al estilo militar, porque me veía en el café departiendo con el juez Mustafa Abdelaziz o con Abu Jalil, el de los dólares, y debía pensar que siempre andábamos tramando algo.

Un día, como cada semana, pasé por el Centro Cultural Español donde me esperaba una carta de Xefo. Me sorprendió pues, tras nuestro viaje a la India, cada uno se fue por su lado y apenas habíamos coincidido. Abrí el sobre en uno de los cafetines de los callejones que se encuentran entre las ruidosas y transitadas calles del ensanche cairota, verdaderos remansos de paz donde refugiarse del frenético vaivén de la ciudad.

> Querido Jordi:
>
> Nuestro querido Paco ha muerto. No sé si sabes que por fin estaba limpio y que trabajaba en Ibiza acompañando a turistas que hacían excursiones en barca. Había quedado con él en el Amnesia a medianoche. Estuve esperándolo varias horas hasta que me harté, y no le di mayor importancia porque ya sabes cómo era de olvidadizo. Al salir vi mucho jaleo de ambulancias, policía y curiosos junto a un autobús aparcado y una moto tumbada. Había alguien tendido en el asfalto. A los dos días supe que aquel cuerpo en el suelo era el de nuestro queridísimo amigo, atropellado por aquel autobús cuando acudía en moto a nuestra cita. Estamos todos muy jodidos.
>
> Cuídate mucho,
>
> XEFO

17

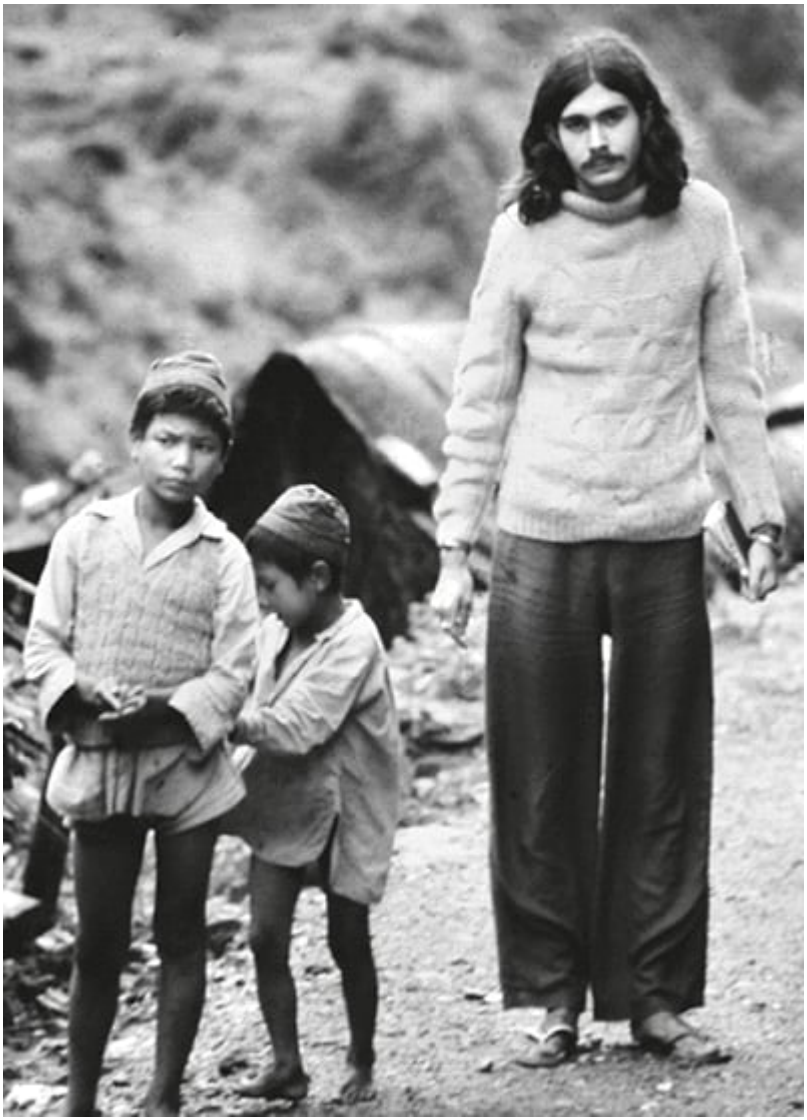
LA CUARTA PIRÁMIDE

Sentí una punzada en el pecho y durante largos segundos perdí el mundo de vista. Rodeado de parroquianos que sorbían café a la turca, no pude reprimir las lágrimas. Se había ido mi cómplice de tantos años.

Recordé nuestra emoción de juventud cuando, diccionario en mano, conseguíamos por fin descifrar las letras de aquellas canciones que nos intrigaban, como *Like a Rolling Stone* de Dylan o el críptico *Break on through the other side* de los Doors. Reviví nuestras charlas en la Carretera de les Aigües, en la falda del Tibidabo, con las titilantes luces de Barcelona a nuestros pies, cuando Paco me decía que antes de cambiar el mundo debíamos hacerlo nosotros mismos y me proponía abandonar a nuestras familias. Leíamos a los *beats* y a Rimbaud. Nos jaleábamos mutuamente y soñábamos con viajar a la India y probar todas las drogas.

Sonreí al recordar aquellas palabras de Kerouac que a Paco tanto le gustaba repetir: «Los únicos que me interesan son los locos. Los que están locos por vivir, locos por hablar, locos por salvarse. Los que nunca bostezan o repiten frases comunes, sino que arden, arden, arden… al igual que las bengalas amarillas que explotan en el cielo como arañas entre las estrellas…».

Pensé en nuestros *bisnes*, con aquellas fabulosas plusvalías ganadas en tiendas y mercadillos que nos permitieron viajar e ir tirando. No podía olvidar nuestro viaje iniciático a la India, las noches al raso en Persépolis, el descubrimiento del Baluchistán o el aturdimiento en Benarés. Me vino a la memoria la noche en que nos sorprendió a Joan y a mí en la cama de un piso comuna de La Ribera, en «plena faena», y me dijo que estaba contentísimo de ver que por fin había dado un paso hacia delante.

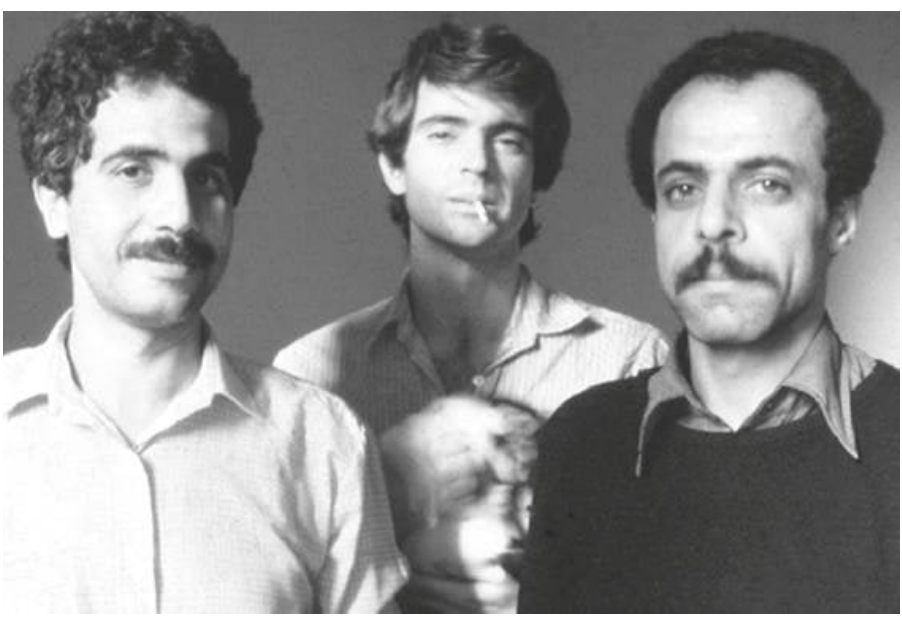


Paco Escudé en Nepal, junto a la frontera china, 1973 (foto de Xefo Guasch)

Recordé su abatimiento y decepción de los últimos días en la India. Luego, Paco cayó en el «caballo» y yo pasaba cada vez más tiempo en Oriente. A pesar de la alegría que sentíamos cuando coincidíamos, nos habíamos distanciado. Estoy seguro de que nuestros caminos se hubieran ido entrecruzando y en la edad adulta hubiera sido de nuevo el gran amigo de siempre, depositario de tantos recuerdos conjuntos, sin él hoy incompletos, o incluso idos. Paco había sido mi hermano y ahora, de pronto, ya no estaba. Con su muerte desapareció una

historia común que, como las cajas de alta seguridad, solo se podía abrir con dos llaves distintas. Y la suya me faltaría para siempre.

Aquella terrible noticia me hizo reaccionar. Pasé unos días preguntándome si no habría llegado ya el momento de emprender una nueva aventura, pero todo cambió en un minuto cuando conocí a Mursi Sultan en el Zahret Al Bustán. Fue su risa descarada y franca lo que me llamó la atención, porque la forma de reír no miente nunca y la de Mursi era la de alguien realmente libre y distinto a la mayoría de la gente. Un día se sentó a mi mesa y comenzó a hablarme. Teníamos muchas cosas en común, y sin darnos cuenta nos convertimos en inseparables. Mursi me hablaba de sus novias y, pese a que yo no le contaba nada de mi vida amorosa, él respetaba mi privacidad. Me dijo que él seguía siendo marxista y le contesté que yo era más bien *omaryjayamista*, por el pensamiento del descreído poeta del vino que apreciaba la belleza del instante. Mi nuevo amigo me enseñó otro Egipto, muy distinto al de los vendedores del mercado o al de Jan al Jalili, que yo entonces frecuentaba. Me presentó a sus amigos, el traductor del ruso y ensayista Bashir Isibay, el realizador de televisión Hasan Abdel Ghani o el poeta Mohamed Seif. De no haber sido por ellos, no me habría quedado mucho más tiempo en El Cairo. Creía equivocadamente que la ciudad ya me había ofrecido todo.



Hasan Abdel Ghani, Jordi Esteva con la gata Carmen y Mursi Sultan en mi piso de El Cairo

Comencé a conocer a gente interesante, a Hanan Kamel, una

estudiante de ópera, a los pintores Omar el Fayumi y Assem Sharaf, al traductor Ahmed Hasan y a su novia de aquellos tiempos, Arwa Saleh, que escribió un libro sobre la lucha comunista en Egipto y que acabó tirándose por una ventana, o a la dulce Widad que dirigía un departamento de arqueología. Mi piso se convirtió en una prolongación del café, donde todos eran bienvenidos y en la cocina siempre había una olla con algún guiso. Vivía con una becaria llamada Lourdes Domingo y con la arabista italiana Bianca Longhi. Mi hermana Isabel acompañada de Ramón Puigmartí empezó a visitarme con frecuencia y decidieron casarse en El Cairo. Xavier, hermano de Ramón, que acababa de regresar de México donde había vivido unos años, también se quedaba a menudo en casa y comenzó a hacerlo aún con mayor asiduidad cuando se enamoró de mi amiga Bianca.

En el Zahret Al Bustán conocí a Safaa Fathy, una joven e inconformista estudiante con un cabello a lo *garçon* que resultaba muy atrevido en aquella sociedad tan conservadora en la que, aunque no tanto como hoy en día, muchas mujeres se cubrían la cabeza. Procedía de El Minya, la provinciana y bella ciudad del Alto Egipto, cercana a Tell el Amarna, patria de Nefertiti y de Akenatón. Se hizo muy amiga de Isabel. Estaba muy metida en los grupos contestatarios de la universidad y en el teatro alternativo. Un día nos llevó a ver una performance, en un gran hangar donde habían dispuesto las sillas sobre un estrado circular, iluminado por grandes velas, en cuyo centro los actores evolucionaban emulando los movimientos de las ceremonias de trance del sufismo popular. En una ocasión vimos con ella *Mucho ruido y pocas nueces*, de Shakespeare, pero creo que fue la última obra a la que asistimos, pues era en árabe clásico por lo que resultaba frustrante no pillar más que alguna frase al vuelo.

La vida de Safaa había sido difícil. Resultaba duro ser rebelde en la conservadora sociedad del Alto Egipto, donde las mujeres estaban férreamente sometidas a la voluntad del padre o del marido. Los crímenes de honor estaban a la orden del día y si alguna desafiaba las normas podía ser asesinada por alguno de los hombres de su familia. A menudo aparecían cuerpos de mujeres flotando Nilo abajo pero las autoridades apenas realizaban investigaciones. Su padre era el jefe de la policía de la región y Safaa chocaba con él, sobre todo desde que le anunció su intención de casarse con un escocés que trabajaba como lector de inglés en la Universidad de El Minya. Su padre hizo todo lo posible para retener a Safaa, quien huyó a El Cairo y, para escapar de la potestad paterna a la que las mujeres solteras estaban sometidas de por vida, se casó con Bashir Isibay. Una vez en Europa obtuvo el divorcio, se casó con el escocés y se quedaron en París.

* * *

Cuando dejé el trabajo en la radio, espacié también mis jornadas en el Ministerio de Agricultura. Era tal la demanda de traductores simultáneos que me permitía escoger los días en que iba a trabajar. Además, el dinero que atesoraba en el escondite de mi escritorio aumentaba día a día. Madame Soraya, que siempre estaba hablando por los codos con sus secretarias o revolviendo entre montañas de blusas anticuadas que una de sus acólitas le traía del puerto franco de Port Said, me reprochaba, según ella, mis pocas ganas de trabajar. Decía que «*monsieur* Georges solo trabaja por el dinero», y yo le replicaba: «*Exactement comme vous, chère dame*», y ella reía coqueta.

Por primera vez podía dedicarme a fotografiar sin preocuparme del dinero. Solía caminar hasta el barrio islámico para asistir a los *mullid*, las fiestas conmemorativas de santos y profetas. El más espectacular era el *Mullid el Nabih*, que celebraba el nacimiento del profeta Mahoma, algo prohibido por las corrientes wahabitas financiadas por Arabia Saudí que, recelosas y enemigas de la religiosidad popular, dedicaban sus esfuerzos a reprimirla e incluso demolían antiguos morabitos y lugares de culto a los santos.

Con ocasión del *Mullid el Nabih*, acudían familias enteras de todo Egipto, que se instalaban en el interior de las espaciosas mezquitas fatimíes con mantas, cojines, edredones, enseres de cocina y con los pollos y corderos que iban a ser sacrificados durante las celebraciones. A las pocas horas, comenzaba el ritual del *zikr*, que conducía a un estado de éxtasis. No se trataba del elevado *zikr* de los sufíes turcos o persas, con sus estilizados giros, que buscan la unión del alma con Dios. Era un *zikr* ejecutado por los estratos más populares de la sociedad, incluidos soldados y policías. Los participantes se movían alternativamente hacia ambos lados al ritmo hipnótico de grandes panderetas y recitaban letanías en honor al Profeta. A medida que avanzaba la ceremonia se aceleraba el ritmo, y algunos soltaban unos emotivos «¡Alá!» que acababan convirtiéndose en jadeos y violentos gemidos, no desprovistos de una carga sexual sublimada que a veces llegaba al paroxismo. Otros ponían los ojos en blanco y entraban en un trance tan fuerte y violento que debían ser reducidos por los asistentes. Para calmarlos, les daban a beber agua de rosas y los envolvían en vapores de incienso. Mientras las mujeres cocinaban en grandes calderos, los niños, ajenos a la ceremonia, jugaban al escondite saltando entre la gente. Me asombraban aquellos campamentos improvisados sobre el mármol de las mezquitas centenarias. El humo de los guisos y de los incensarios inundaba los amplios espacios, y la luz de los quinqués o de las lámparas de aceite apenas permitía adivinar las elevadas cúpulas. Todo me trasladaba al fabulado Cairo de las láminas orientalistas, de personajes con

vestimentas de seda y vistosos turbantes que efectuaban un ritual de *zikr* más sofisticado que el de los desgarbados soldados rasos.

Durante unos meses no me perdí ningún *mullid* pero, por desgracia, los negativos de las fotografías me fueron confiscados un tiempo después por el *muhabarat*, la temida policía secreta egipcia. Solían acompañarme a los rituales del *zikr* Assem Sharaf y Omar el Fayumi, dos amigos del café, hoy destacados pintores. Poco a poco nos fuimos introduciendo en aquel mundo. Íbamos a morabitos alejados o a barrios míseros de El Cairo y en todas partes éramos bien recibidos. Conocíamos ya a muchos habituales que nos invitaban a *mashi*, verduras rellenas de carne o a *wara einab*, arroz y carne aderezados con eneldo y envueltos en hojas de vid. Todo regado con un té muy dulce que hervían en las teteras más grandes que he visto. En una ocasión, durante un *mullid* que se celebraba en la Ciudad de los Muertos, alrededor de las tumbas de los mamelucos, me sorprendió la presencia de algunas mujeres cuyos movimientos era tan rítmicos y violentos como los de los hombres. Mi amiga Hanan me contaba que, a lo largo de la historia del islam, el patriarcado había silenciado a muchas mujeres de gran valía, algunas de las cuales habían ocupado incluso cargos de poder, como la sultana Shajarat al Durr, así como a muchas místicas, como Sayeda Nafisa, enterrada en El Cairo.

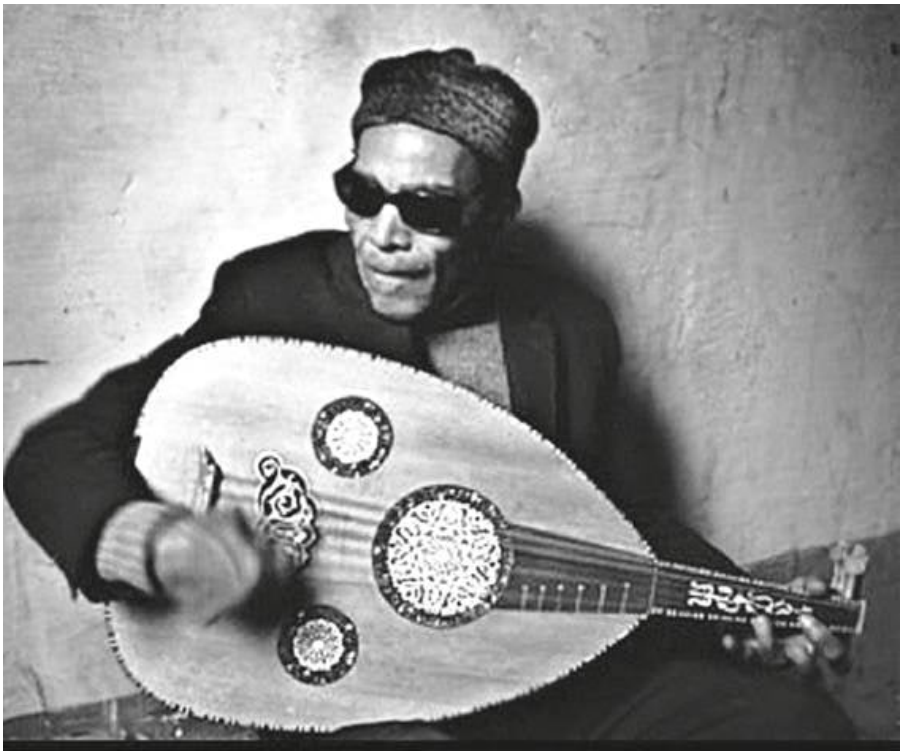
La música de los *mullid* era muy bella. En algunos barrios de El Cairo la interpretaba un cheij popular con un micrófono chirriante. Los temas se iniciaban con un largo lamento acompañado de flauta, que acababa cuando entraba la percusión y el cantante lanzaba a los cuatro vientos loanzas al Profeta. Tal como hacen algunos cantaores de flamenco, que introducen estrofas de la copla en sus bulerías, los cheij populares intercalaban estribillos o largos fraseos de Um Kulzum que volvían locos a los asistentes. Con Omar y Assem comprábamos *cassettes* del *zikr*, ante el menosprecio de los amigos más intelectuales, que preferían a la almibarada y políticamente comprometida Fairuz cantando sus *sucreries libanaises*, almíbar libanés, como las calificaba con sorna un amigo musicólogo marroquí.

Muchas de las familias instaladas en las mezquitas habían hecho de los *mullids* una forma de vida. Peregrinaban durante todo el año, de Alejandría al Alto Egipto, llegando incluso a remotas zonas del mar Rojo disputadas con el Sudán y vivían de limosnas. Durante un tiempo, pensé en seguir a una de aquellas familias y fotografiarla.

Hasan Abdel Ghani era uno de los grandes amigos de Mursi. Al igual que yo, estaba empleado en el edificio de la Radiotelevisión Egipcia, pero no coincidíamos nunca porque yo trabajaba de noche. Un día me llevó al popular barrio de al Gouriya para conocer a Cheij Imam, una figura muy importante de la oposición. Era un religioso ciego con grandes inquietudes sociales que cantaba canciones de

protesta extraídas de los poemarios de Ahmed Fouad. Vivía con Mohamed Ali, su acompañante y percusionista. En la terraza de la vieja casa se celebraban ceremonias de *zar* supervisadas por un oficiante. Al poderoso ritmo de la *darbuka* y del canto repetitivo, mujeres de las clases populares bailaban hasta la extenuación tras ser poseídas por sus demonios. Cuando clareaba el día, el oficiante conseguía que las energías negativas abandonaran sus cuerpos. Era una ceremonia colectiva de trance, una catarsis, no muy distinta a las *leilas* de origen africano de las capas desfavorecidas de Marruecos, que daba un respiro a aquellas mujeres maltratadas por aquella sociedad patriarcal.

Cuando iba a visitar a mis nuevos amigos, mientras subía los desvencijados peldaños de la empinada escalera tratando de no partirme la crisma, oía tras la puerta la voz de Cheij Imam: «*Ya jauaga! Ahlan, ahlan u sahlan! Taala bi sura*!» (¡Oh, europeo! ¡Bienvenido! ¡Ven corriendo!). Cheij Imam reconocía mis pisadas. Ya se sabe que los ciegos desarrollan el sentido del oído hasta extremos que nos parecen imposibles, pero también es cierto que yo tengo una forma particular de andar. Desde siempre arrastro los pies, lo que provocaba el enfado de los malditos curas del colegio. «¡Los zapatos!», me reprendían, y pasados unos minutos aún los arrastraba más. Al fin y al cabo, era una de las pocas armas que tenía entonces para afianzar mi singularidad.



El cantante revolucionario Cheij Imam

Cheij Imam me tenía un cariño especial. Cuando yo me acomodaba sobre el colchón a modo de canapé, cogía el laúd y me cantaba aquellas canciones que unos pocos años atrás habían sido coreadas en las manifestaciones de estudiantes y obreros comunistas contra el régimen y que se convirtieron en himnos contestatarios. Cheij Imam era un símbolo de la justicia social y de la resistencia. Aunque era un jeque religioso, jamás cantaba sobre el islam ni se metía en cuestiones morales ni las juzgaba. En mi estudio, conservo una vieja copia de un retrato que le hice mientras tocaba el laúd, con el rostro acariciado por la luz del invierno.

* * *

Mursi solía decirme que por mi culpa había regresado a Um Kulzum. Como muchos intelectuales de su generación, él también había dado la espalda a la gran cantante, que era un mito en todo el mundo árabe. Para ellos representaba aquella sociedad inamovible y fatalista, lenta como el fluir del Nilo. La asociaban con la era de Nasser, llena de promesas incumplidas. A mí, sin aquellos condicionantes, me parecía

una médium que lograba provocarme, con sus improvisaciones y gemidos, algo no muy distinto del trance.

Mursi, ante mis muestras de devoción por ella y mi escaso entusiasmo por la mediocre música de los cantantes comprometidos, fue cayendo de nuevo en su embrujo. Y más aún cuando regresábamos de nuestras frecuentes excursiones al barrio de Bataniya, por donde ningún cairota respetable se dejaría caer, provistos de gomoso hachís. Mursi me narraba incontables historias sobre ella o me traducía sus canciones del árabe clásico al dialectal. Hasta su muerte, cada mes estrenaba en el teatro de Ezbekía o en el de Qasr el Nil un tema que era grabado en disco y emitido por Radio Cairo y que a veces podía durar más de una hora. Durante la transmisión, el mundo árabe se paralizaba por entero. De Casablanca a Bagdad y de Alejandría a Jartum, la gente se reunía en sus casas o en los cafés, para escuchar a su diva. Los príncipes del Golfo pagaban fortunas para verla y la colmaban de regalos y joyas. Era muy nacionalista, muy ligada a Nasser, y apoyó la revolución egipcia sin titubeos. Naguib Mahfuz y otros grandes escritores escribían sobre ella en sus novelas y relatos, porque era alguien muy especial, un mito, una de las grandes artistas que aparecen una vez cada cien años, como Maria Callas, Billie Holiday o Édith Piaf.

Su voz era grave y prodigiosa. En lugar de apoyarse en las vocales, como en la música occidental, enfatizaba las consonantes, que alargaba hasta lograr el arrebato, ayudada por una asombrosa técnica vocal parecida a la de los grandes saxofonistas y trompetistas de jazz, la llamada respiración circular. Mientras prolongaba sus larguísimos sostenidos, continuaba inhalando aire por la nariz. El público deliraba y estallaba en júbilo, como se aprecia en las grabaciones de la época, y ella se crecía e improvisaba. Recuerdo uno de sus conciertos, grabado en VHS, en el que, ante la entusiasta acogida del público a uno de sus fraseos y con un gran dominio teatral, ordenó a los músicos que empezaran de nuevo. Cuando la diva comprobaba que sus gemidos y lamentos enloquecían al público, los repetía con mayor ahínco, para desesperación de los músicos, que rebuscaban inútilmente aquellas notas improvisadas entre las páginas de las partituras. «*Shaetana*!» (¡Diabla!), exclamaba en aquellos momentos mi amigo Mursi. Su gran emoción al cantar y las repeticiones elípticas eran parte de su atracción emocional. Su técnica vocal se debía también a lo que había aprendido de niña recitando el Corán y otros textos sagrados, con las complicadas inflexiones de voz y, aunque parezca contradictorio, los difíciles y expresivos silencios. Su padre, un afamado cheij, daba clases de recitado coránico a los jóvenes, y un día Um Kulzum, que apenas contaba doce años, se atrevió a cantar. Todos quedaron admirados, y desde aquel momento su padre la disfrazaba de niño

para el *zikr* y otras celebraciones religiosas. Esta conformidad del padre a que ella recitara supuso una revolución. Hasta entonces las mujeres casi nunca se habían atrevido a cantar textos religiosos. Y la fuerza de Kulzum superaba a la de cualquier hombre.

Lourdes Domingo y Mursi Sultan, Fonduq Al Hossein

Años después, convertida en gran estrella, vestía vaporosos trajes de alta costura y se adornaba con resplandecientes joyas que le regalaban los príncipes árabes. En una mano sostenía siempre un pañuelo de seda que escondía, según algunos, una bola de opio que penetraba en la piel a través de los poros. Cuentan que, en su camerino, hacía quemar el mejor incienso del sur de Arabia mezclado con resina de hachís de Baalbeck. Era una médium, y conseguía que la gente entrara casi en trance. Poetas y músicos de reconocido prestigio disputaban entre sí para ofrecerle sus mejores obras y se dice que en ocasiones les daba largas para acabar imponiendo sus condiciones. Cuentan que, en una ocasión, el solista de salterio interpretó un inspirado solo que levantó al público, por lo que, en el intermedio, Um Kulzum, presa de los celos, le prohibió volver a improvisar. Acabado el concierto, el gran músico se retiró a su ciudad natal para no volver a tocar jamás.

Con Mursi fumábamos hachís hasta quedar tendidos en el suelo, extasiándonos con aquella música. Cuando uno de los dos conseguía

incorporarse, calentaba de nuevo la tetera y, mientras tomábamos aquel té Arousa tan fuerte, mi amigo me contaba historias de la diva. Durante unos años le surgió una poderosa rival. Se trataba de la princesa drusa Asmahan, una belleza de turbadores ojos claros, hermana del cantante Farid el Atrash. Su voz potente y lánguida era la única que podía ensombrecer a Um Kulzum. Según el decir del pueblo llano, ambas se odiaban, y durante la Segunda Guerra Mundial, tanto los servicios secretos de los aliados como los de las potencias del Eje trataron de acercarlas a su causa porque sabían que el pueblo egipcio las seguiría; tan grande era su adoración por ellas. Asmahan representaba la aristocracia y el *ancien régime* de origen otomano, mientras que Um Kulzum simbolizaba el renacer nacionalista egipcio y, llegado el momento, la revolución.

Los egipcios de las clases populares cuentan que Asmahan murió de modo misterioso cuando rodaba una película en la que le era infiel a su marido, algo inaceptable para la moral de la época. En una de las escenas finales perdía el control de su automóvil y se precipitaba en el Nilo. Pero en el rodaje Asmahan no pudo frenar a tiempo para que la sustituyeran por un maniquí. Se dice que Um Kulzum, tan envidiosa como la reina de Blancanieves, había hecho cortar los cables del freno, y el coche, tras flotar largos segundos, acabó por hundirse en el Nilo. Y se cuenta que en ese momento surgió de las aguas un ave blanca, el alma de la princesa desgraciada, que se elevó hacia el cielo.

Me encantaban esas historias, apócrifas sin duda, pero que expresaban el sentir del pueblo llano. ¡Qué importaba si eran ciertas o no! Lo que me interesaba y atraía era la poesía y la magia de los relatos.

Mursi me contaba que, cuando Nasser murió, Anuar Sadat, el nuevo rais, y su esposa, Jehan Sadat, intentaron relegarla a un segundo plano. Pero, a pesar de las obras sociales de la primera dama y de sus inauguraciones de hospitales, en las que buscaba fotografiarse dando besos a niños huérfanos, no suscitaba la misma admiración que la diva. Cuando esta acudía a los orfanatos que financiaba debían cortar las calles por el tumulto que se formaba en las inmediaciones. Para el pueblo, *I Sit* (La Señora) era tan solo Um Kulzum, no la advenediza y distante Jehan Sadat, que encima no era una verdadera egipcia sino una maltesa de ambición desmesurada.

Um Kulzum conocía a Sadat desde los inicios de Nasser, y Jehan Sadat estaba resentida porque nunca tuvieron a su marido en gran consideración. El nuevo rais, de familia humilde, era hijo de una sudanesa de piel muy oscura y había sufrido de joven los prejuicios por su color. Era el último superviviente político de los oficiales que gestaron la revolución pues, como suelen hacer los gobernantes autoritarios, Nasser se fue librando de todo aquel que pudiera disputar

su liderazgo. Sadat, a quien todos consideraban un tipo mediocre e incapaz de hacerle mucha sombra, sería por tanto su sucesor. Los egipcios de a pie decían con sorna que Sadat era el mozo de los cafés. Por todo ello, Um Kulzum, como en su día hiciera Nasser, lo trataba con cierta condescendencia.

En una ocasión, durante una velada oficial en un palacete de Zamalek junto al Nilo a la que habían acudido destacados miembros del Ejército, del gobierno, del cuerpo diplomático y de la sociedad cairota, Um Kulzum se dirigió a Sadat con la familiaridad con que acostumbraba a tratar al anterior rais. Viendo que el presidente no reaccionaba a su llamada, elevó la voz y se dirigió a él con el apelativo familiar que utilizaba con Nasser. Alterada, Jehan Sadat le advirtió, de viva voz para que todos la oyeran, que debía dirigirse al Jefe del Estado conforme exigía el protocolo oficial. Además, añadió airada, la única en Egipto que merecía el apelativo de *I Sit* (La Señora) era ella. Um Kulzum, sin mediar palabra y tras una demoledora caída de ojos, reclamó su capa y abandonó la sala con la cabeza muy alta. Marchó a su villa de Zamalek, junto al Nilo, se metió en la cama y ya no despertó. Su tiempo había pasado. La muerte de Nasser había cerrado una época y ella no estaba dispuesta a vivir los años de vulgaridad y corrupción que se avecinaban. En realidad, la diva estaba sentenciada por una enfermedad renal incurable, pero al fantasioso pueblo egipcio le gustaban las historias dramáticas.

La muerte de Um Kulzum produjo una conmoción que sacudió al mundo árabe por entero. Una explosión de llanto inimaginable, superior incluso a la del fallecimiento de Gamal Abdel Nasser. *The Times* publicó que se trataba de la egipcia más importante desde Cleopatra. Las calles de El Cairo se inundaron de gritos desgarradores. La comitiva funeraria iba precedida por príncipes y embajadores del mundo árabe. La explosión de duelo fue tal, que las autoridades decidieron retirarse cuando la muchedumbre se apropió del cuerpo para llevarlo a la mezquita de Al Azhar, en vez de a la mezquita prevista en un barrio elegante. Una vez allí, temiendo graves disturbios o incluso el robo del cadáver, la familia y sus músicos favoritos decidieron trasladar el cuerpo en ambulancia al que sería su último lugar de reposo.

Durante décadas, la llamada «cuarta pirámide de Egipto» reinó en todas las emisoras, casas y taxis del mundo árabe. Pero aquel reinado que parecía inamovible no duraría para siempre. Su música dejó de ser omnipresente para convertirse en la de *min zamaan*, la de otros tiempos, la que escuchaba la vieja generación. Cuando los avances digitales comenzaron a dominar las vidas de la gente, ya no se disponía de tiempo para escuchar una de aquellas gloriosas canciones de Um Kulzum que podían prolongarse por más de una hora. Yo

también dejaría de escucharla, pero en mi caso no fue por hartazgo ni por falta de tiempo, simplemente había dejado de fumar hachís.

18

QAHWAT EL FIRAN: EL CAFÉ DE LAS RATAS

Un día, Mursi me llevó a su despacho cerca de la gran plaza de la Ópera. Trabajaba en un departamento estatal que se ocupaba de las ayudas sociales en casos de derrumbe de casas, incendios o inundaciones. Las frecuentes catástrofes, pocas veces debidas a causas naturales, se producían sobre todo por negligencia y desmesurado afán de lucro. Sin estudio alguno de carga de pesos, los propietarios poco escrupulosos iban añadiendo pisos a los edificios hasta que acababan por desmoronarse. A pesar de las pérdidas humanas y materiales, los responsables rara vez pagaban por ello, pues contaban con la complicidad de altos cargos del Ayuntamiento y de la Justicia.

A ambos lados de la entrada del edificio, abogados, médicos y dentistas se anunciaban en placas doradas, tan viejas que hacían dudar de que alguno siguiera con vida. La portería estaba presidida por un ascensor de madera que había conocido tiempos mejores. Ni siquiera mi bregado amigo se atrevía a utilizarlo. El piso donde se encontraba el despacho de Mursi se hallaba en un estado lamentable y al andar temblaba todo el suelo como si fuera a hundirse. Al abrir la puerta de la cocina, dos ratas corrieron hacia un montón de papeles amontonados en el suelo; sobre una grasienta encimera descansaba un hornillo junto a una tetera y una *kanaka*, el recipiente de cobre para hacer el café turco. Una de las habitaciones estaba ocupada por un sucio jergón y la contigua por un viejo sofá en el que los muelles habían conseguido asomarse tras reventar la tela; la puerta de otra estancia apenas podía abrirse porque el falso techo se había desplomado. En la habitación que servía de despacho, los cristales estaban tan sucios que no se distinguía el exterior. Sobre una mesa polvorienta, junto a unos viejos archivadores metálicos, había un teléfono anticuado que, misteriosamente, aún funcionaba. Las palomas habían hecho sus nidos en los huecos de la pared desconchada. En cuanto al lavabo, daba la impresión de que nadie lo había limpiado en años. Esa era su oficina.

El despacho de Mursi parecía salido de un relato de Albert Cossery,

el escritor egipcio que, desde su habitación en una sencilla pensión de París donde residió más de seis décadas hasta su muerte, escribió en francés novelas costumbristas sobre los egipcios. Hijo de un rentista, se pasaba todo el día yendo del sofá a la cama. Cossery se entregó desde niño al arte del mínimo esfuerzo y apenas escribía media página por semana. Su pluma era ácida y certera.

Resultaba una gran paradoja que aquel lugar tan destartalado fuera el departamento de edificios en ruinas del Ministerio Egipcio de Asuntos Sociales. Yo llevaba ya muchos años viajando y viendo la penosa adaptación de la burocracia a los nuevos tiempos, sobre todo en los antiguos países administrados por los británicos: facturas con tres copias en papel carbón para comprar unos simples calcetines en los almacenes estatales Le Salon Vert, en la calle Mahmud Basiuny de El Cairo; funcionarios de los ferrocarriles que guardaban el absurdo papeleo de la simple compra de un billete entre cientos de archivadores a punto de desplomarse y aplastarles; o interminables colas para rellenar inútiles formularios amontonados en estantes. En una ocasión, cuando un funcionario de un departamento de tráfico fue a archivar, entre montañas de inservibles papeluchos y viejas carpetas, una petición de retirada de una multa, salieron volando unos gorriones que habían anidado allí. Sentí alegría por aquella ocasional revancha de la naturaleza contra los agravios que le causaban los hombres, del mismo modo que la sentía al ver una vieja carretera con el asfalto resquebrajado por la maleza, ante las viejas casas estranguladas por las raíces aéreas de los árboles del trópico, o por las telarañas en algún rincón de Villa Rosa que las aterrorizadas *minyones* de la abuela habían pasado por alto durante uno de sus frenéticos *dissabtes*.

Nos sentamos en unas sillas destartaladas y me contó que iba cada día unos minutos a aquel despacho donde hacía algunas llamadas personales, antes de salir a la calle y dirigirse al Riche o al adyacente Zahret Al Bustán. En su Port Said natal, Mursi había trabajado como funcionario del Ministerio de Asuntos Sociales. Era algo que hacía para subsistir, porque lo único que le interesaba era la literatura. Era muy conflictivo en el trabajo y además militaba en la extrema izquierda. Sus superiores querían desembarazarse de él y lo enviaron al departamento central en El Cairo, donde continuó su actividad clandestina. Acabó en la cárcel y, cuando lo soltaron, decidió dejar de trabajar y sobornaba a los enfermeros, que le conseguían una baja tras otra por supuestas depresiones.

Sus jefes se hartaron tanto de él que finalmente acabó en aquella decrépita oficina del departamento de siniestros junto a un secretario y a un bedel que había perdido la razón en la última guerra contra Israel y había acuchillado a su antiguo director. Tras pasar un tiempo

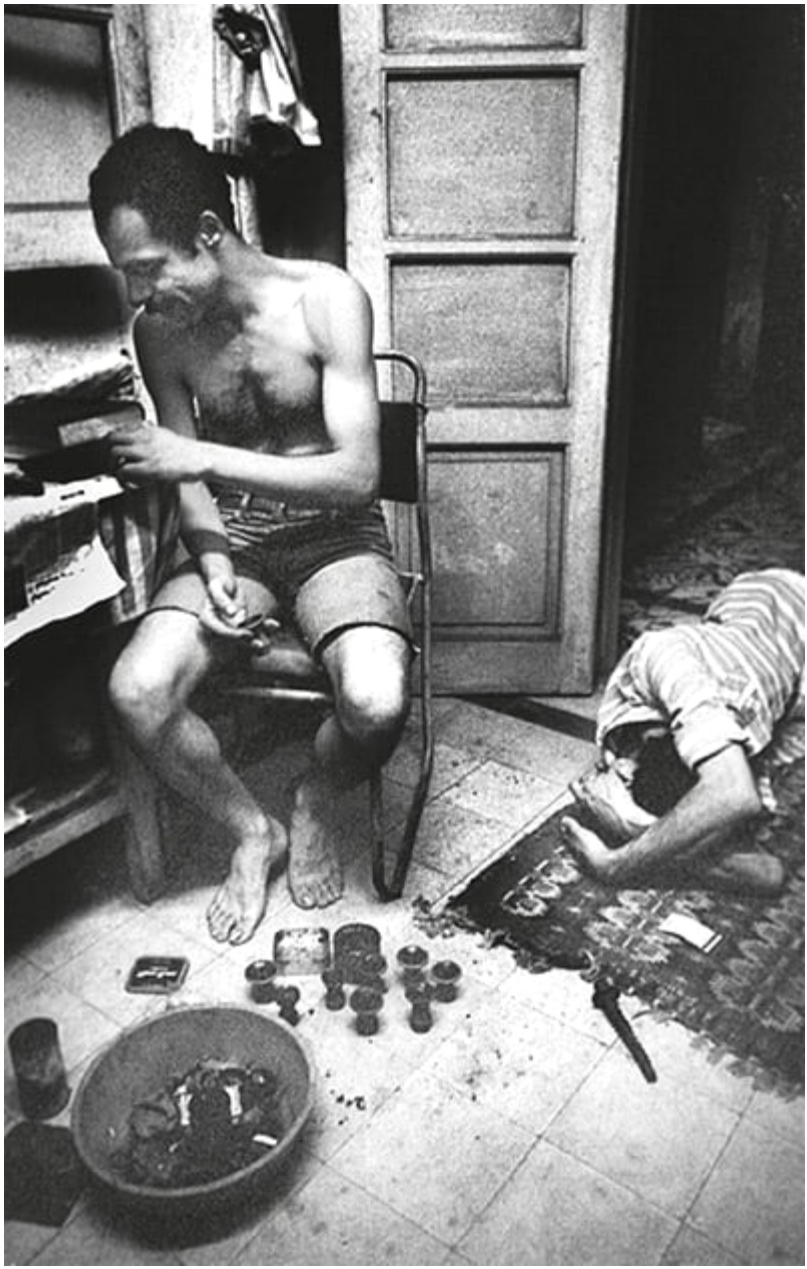
en un hospital psiquiátrico, lo habían metido en el despacho de Mursi. Se presentaba en el trabajo con chilaba y zuecos y, si alguien se metía con él, «se quedaba en pelota picada y mostraba al reír una dentadura carcomida mientras se agarraba el pene y se la pelaba».

Un día, le dio uno de sus ataques y emprendió una loca carrera por la oficina con un cuchillo. Mursi se escondió tras el sofá mientras aquel enajenado gritaba: «*Ya ma'arras*! (¡cabronazo!). ¡Me cago en los hijos de puta de Port Said!». Y entonces aquel loco, confundiéndolo con Mursi, agarró al secretario y lo comenzó a acuchillar. Al oír los gritos, mi amigo salió de su escondite, cogió una silla y se la estampó en la cabeza con todas sus fuerzas. «Yo estaba acojonadísimo», decía Mursi, «¡esas cuchilladas me estaban destinadas! Entonces dejé de sentir lástima por él y atestigüé para que lo encerraran de una vez por todas en el manicomio.». Mursi me contó que el profundo tajo que le dio al pobre secretario en la cabeza «le recordaba a un coño».

* * *

Yo estaba encantado con las vidas de mis nuevos amigos. Porque eran totalmente distintas a las del medio burgués del que yo procedía. Me reafirmaban en mi empeño de escuchar tan solo la voz interior. Quizá no supiera con exactitud lo que quería o buscaba, pero sabía muy bien por lo que no estaba dispuesto a pasar. Y si no había acabado ninguna de las dos carreras que había comenzado, no me arrepentía lo más mínimo porque estaba en el lugar que había elegido y con la gente que me gustaba. No pensaba en absoluto en mi lugar de origen, ni siquiera en la familia. Quedaba todo muy lejos, como sepultado en otra vida. Además, mi economía iba viento en popa. ¿Para qué preocuparme entonces?

Cuando madame Jackie me expulsó del piso, pues le habían llegado quejas de los vecinos de que era un desfile continuo de gente y que subarrendaba habitaciones, me fui a vivir por un tiempo a casa de Mursi. Un piso del barrio de las pirámides compartido con otros dos compañeros y al que se llegaba por una calle sin asfaltar llena de cascotes y basura, con grandes charcos debidos a los frecuentes reventones de cañerías o de malolientes bajantes. La ventana de su cuarto daba a un descampado en el que vivían una veintena de gatos a quienes alimentábamos tirándoles sobras de comida. Recuerdo en especial a una gata a la que llamábamos *Picassa* porque las caprichosas manchas negras de su cara le daban un delicioso aire cubista. Otra era «la sexy», por sus sensuales andares y la graciosa mota negra que le dividía la cara en vertical dándole un aire a lo Veronica Lake.



Mursi preparando cazuelitas de hachís del barrio de Bataniya

Mursi me contó que durante una temporada hizo de pujador en el cabaret Kansas de la Avenida de las Pirámides, donde los ricos turistas de Arabia Saudí y del Golfo Pérsico colocaban billetes en el generoso escote de las bailarinas del vientre mientras el animador anunciaba su nacionalidad. Mi amigo actuaba como si fuera un simple cliente pero

su misión consistía en aumentar las cantidades aportadas, naturalmente con dinero del local, cuando las pujas parecían adormecidas. Lo hacía en nombre de Egipto y el animador jaleaba a la concurrencia: «Egipto ha hecho la aportación más elevada. ¿Se quedarán nuestros hermanos del Golfo de brazos cruzados?». Los «hermanos del Golfo», que ante los egipcios se sentían culturalmente inferiores y solo disponían de sus petrodólares para destacar sobre ellos, caían en la trampa por lo que el pecho de la danzarina no tardaba en quedar tapizado por un montón de libras y riales. La moderna odalisca, apoyada tan solo en los dedos de los pies, imitaba el sinuoso movimiento del camello al tiempo que movía el pecho y, al ritmo de golpes secos de *darbuka*, cimbreaba la cadera haciendo cascabelear toda la quincallería con la que cargaba. Saudíes, qataríes o kuwaitíes competían con los clientes de los Emiratos, diferenciables para el egipcio común por el diseño de sus pañuelos.

Mi amigo me enseñó a imitar acentos, desde el del puerto de Alejandría, con sus expresiones vulgares, hasta el no menos arrabalero de Port Said. Y me invitaba a ensayarlos en el barrio de Bataniya cuando íbamos a comprar hachís. Frente a la casa de uno de los camellos más importantes de aquel lugar de tan mala fama, se establecían dos colas, una para los porros y el opio y otra para las pastillas. Mursi me decía: «Habla como si fueras de Port Said», y colaba, porque siempre he sido bueno imitando acentos y no me extendía demasiado. Además, mi aspecto no les extrañaba porque en Port Said había mucha mezcla y podía pasar por descendiente de griegos o libaneses.

Solíamos frecuentar las llamadas *gorsas*, que estaban siempre en lugares muy escondidos. Eran fumaderos clandestinos donde se consumía hachís y opio. Recuerdo uno en especial, camuflado bajo grandes cajas de cartón apiñadas en un callejón sin salida. En el interior, apenas iluminado por una única bombilla, una decena de hombres se apiñaban sobre un par de tablones. Un viejo con un único diente avivaba las brasas mientras otro, con una cicatriz que le atravesaba la cara, las recogía con una pinza y las depositaba en un colador que agitaba mientras soplaba para que no se apagaran. A continuación, abría una pringosa caja metálica y extraía un gomoso hachís de color negro, que con olerlo ya colocaba, y lo ponía sobre las brasas de la cazoleta de la *shisha*. El cliente aspiraba hasta estallar en una tos incontrolable. Luego, atendían al siguiente y así se establecían rondas. Cuando uno ya estaba satisfecho, pagaba y se iba. No estaba bien visto permanecer más de la cuenta en aquel lugar donde no se servía té ni café. La primera vez que entré en uno de aquellos fumaderos, no pude por menos que recordar las rondas de hachís en la peregrinación a la cueva de Amarnath y el «*Bum, bum, Shankar!*».

Al salir de aquellos maravillosos antros, todo daba vueltas. Nadie se escandalizaba en aquellas callejuelas donde la gente respetable jamás se aventuraba. En una ocasión, entraron en una *gorsa* dos de aquellos policías desgarbados, tan habituales en El Cairo, con los botones de la estrecha chaqueta a punto de estallar y las botas desabrochadas. Por un momento se me paró el corazón, pero ellos aguardaron su turno y tras un par de rondas de hachís se despidieron con un *Salam aleikum*.

Una noche, tras pasar un buen rato en uno de aquellos fumaderos del barrio de Bataniya, nos dejamos guiar por la música de la danza del vientre hasta llegar a una plazuela donde se celebraba una boda popular. Una bailarina entrada en carnes se contoneaba con procacidad. El padre del novio nos invitó a compartir mesa y nos ofreció una *shisha* bien cargada y un fuerte *arrack*. Al cabo de unos minutos todo empezó a darme vueltas, hasta que de pronto perdí el sentido y me vi flotando en ese túnel de luz del que hablan quienes han estado a las puertas de la muerte. Como ellos, vi desfilar ante mí las escenas principales de mi vida, como en una película, mientras me invadía una gran sensación de paz. A pesar de la parada cardíaca, no había llegado mi hora. Durante un tiempo que no puedo precisar, sentí como si alguien me masajeara el pecho. Cuando abrí los ojos, tenía ante mí el rostro de los novios y de un grupo de invitados que me observaban con preocupación. El padre del recién casado continuaba masajeándome el corazón. De pronto alguien gritó: «*Allahu Akbar*!» (¡Dios es el más grande!), y las mujeres comenzaron a lanzar ululatos desde las ventanas. ¡Me hallaba de nuevo entre los vivos!

Un día de principios de octubre de 1981, aporrearon mi puerta. Yo padecía uno de mis accesos de fiebre, que alguna vez he atribuido a una posible tuberculosis causada por la *shisha* ya que un chequeo rutinario posterior desveló que había tenido aquella enfermedad que en algunos casos podía confundirse con una fuerte gripe. Cuando abrí la puerta, me encontré a mi vecino Hisham, muy alterado. «¡Es la revolución!», repetía. «¡Qué Alá nos ayude!» No cesaba de lanzar exclamaciones, y yo le pedí que se calmara de una vez y me contara lo ocurrido. «¡Han asesinado al rais! ¡Han disparado a Sadat! ¡Es la revolución islámica, como en Irán! ¡Corre, vete al aeropuerto! ¡Lárgate mientras aún estés a tiempo!» Lo tranquilicé y le dije que se encerrara en su casa. Bajé al portal, salí al callejón y vi, a lo lejos, que la muy transitada calle Bab el Loq aparecía desierta. Un inquietante silencio se abatía sobre el siempre ruidoso El Cairo.

Boda en el barrio de Bataniya

Se estableció el toque de queda, y durante unos días, a partir de las seis de la tarde, solo la policía, el Ejército y los periodistas internacionales, provistos de un chaleco de identificación, caminaban por las calles. El café Zahret Al Bustán estaba vacío. Los habituales se temían que hubiera algo más tras aquel asesinato y que acabara por levantarse la facción islamista del Ejército. Los cairotas, tan proclives a las muestras de dolor que desembocaban en verdaderas catarsis, como fueron los entierros multitudinarios de Um Kulzum o de Nasser, esta vez no salieron en tromba a despedir al rais asesinado.

Sadat, premio Nobel de la Paz por los acuerdos con Israel, no era querido por su pueblo, sin embargo algunos se lamentaban de que lo hubieran matado como a un perro. «Así no se mata a un musulmán», me dijo el dueño de la pollería, como si lo importante no fuera el magnicidio en sí, sino la manera de cometerlo. A los pocos días, cuando pareció que todo estaba controlado, las calles de El Cairo volvieron poco a poco a la normalidad, y Mubarak, a quien apodaban *La vache qui rit* por su parecido con la vaca de los quesitos, era el nuevo rais. Nadie iba a echar en falta a Sadat, tan solo los consumidores de hachís, conocidos como *hashash*, pues a los pocos meses Mubarak desató una campaña que acabó con los supermercados de droga de Bataniya y las *gorsas*, que tanto nos gustaban a Mursi y a mí. Dejó de llegar el buen hachís del Líbano y lo poco que se encontraba venía de Marruecos, y además cortado con anfetaminas.

Así que por un tiempo nos pasamos al fortísimo *bango*, la hierba sudanesa, que al menos no estaba alterada.

* * *

Me gustaba mucho viajar con mi amigo a Port Said. Su madre vivía en el antiguo barrio colonial de casas de madera, con un aire del Hong Kong de las fotografías antiguas. Aquellas callejuelas habían sobrevivido al gran incendio de la guerra, cuando la coalición de británicos, franceses e israelíes atacaron a Egipto tras la nacionalización del estratégico y lucrativo Canal de Suez ordenada por Nasser. Por aquel barrio deambulaba a sus anchas un pelícano maltrecho que había decidido quedarse en tierra y al que todos le daban pescado. A veces, cuando cruzábamos en ferry el canal para ir al barrio de Port Fuad, veíamos a un grupo de delfines que vivían en aquellas sucias aguas.

Recuerdo en especial Qahwat el Firan donde se reunían ladronzuelos y otras gentes de mal vivir. Port Said era puerto franco y allí llegaban mercancías de todo el mundo que, introducidas ilegalmente en Egipto, generaban suculentos dividendos. Quien más, quien menos se aprovechaba de la situación. En el café, unos contrabandistas de poca monta hacían los preparativos de todas las noches. Se enrollaban telas de seda en las piernas y se sujetaban con esparadrapo relojes en el pecho. Contaban con la complicidad de algunos taxistas, que también ocultaban todo tipo de sustancias prohibidas en un doble fondo del vehículo. Quienes ya habían acabado con el ritual del camuflaje se sentaban en círculo alrededor de un hombrecillo tullido que se expresaba con sonidos guturales. Sostenía en la mano una pipa de agua que cargaba de hachís y nos la iba pasando. Said el Sharaidi era el cabecilla de los contrabandistas y se dedicaba a todo tipo de trapicheos y al mercado negro. Lo conocí en plena crisis del jabón, cuando en los economatos del gobierno las estanterías estaban vacías. Resultaba complicado conseguir una sola pastilla en el país y, sin embargo, su casa estaba repleta de cajas de jabón, escondidas bajo las camas, amontonadas en el pasillo o apiladas sobre los armarios. Era un tipo muy independiente y atractivo, cuando no mostraba su estropeada dentadura, que había dejado su puesto de funcionario en Alejandría para regresar a Port Said y dedicarse al contrabando. Le llamaban el «Corsario». Mursi me dijo que Said siempre había sido un pillo y que en el Ejército ya apuntaba maneras, pues robaba neumáticos y recambios de los vehículos militares para venderlos en el mercado negro, incluso en tiempos de combate, lo que, de ser descubierto, le habría acarreado un consejo de guerra.

Un día que íbamos muy fumados, Said me dijo bromeando: «*Ya*

jauaga, ¿por qué no te vienes esta noche con nosotros?». No sé cómo a Mursi y a mí se nos ocurrió meternos en aquella absurda historia que hubiera podido acabar mal para ambos; pero uno no se lo piensa dos veces cuando es joven. La curiosidad y el riesgo nos podían.

Said escogía a los hombres que irían en cada taxi. Debíamos aparentar que no nos conocíamos. «Contar con un *jauaga* entre nosotros nos irá de perlas para disimular ante los aduaneros», no se cansaba de repetir. Cuando todos estuvimos listos, con los relojes pegados al pecho y las sedas enrolladas en las piernas, Said llamó a los conductores y nos distribuyó en tres taxis. ¡Qué subidón de adrenalina cuando pasamos la aduana tras haber sobornado a los funcionarios introduciendo algunos billetes entre la documentación del vehículo! Cuando dejamos la carretera que conducía a El Cairo y enfilamos la de Damieta, Said apagó las luces y comenzó a aullar de contento y a dar volantazos.

«Está loco», susurró Mursi, «se ha tragado no sé cuántas anfetaminas.» Por primera vez fui consciente del peligro.

Nos deslizábamos zigzagueando por una peligrosa carretera que parecía flotar sobre una albufera mientras sonaba a todo volumen *By the Rivers of Babylon* y la luna perdía su color anaranjado para tornarse blanca. Said se volvía hacia nosotros como si no fuera él quien condujera: «¡Vamos en barca! ¡Estamos rodeados de agua!», gritaba zarandeando el volante, mientras los postes de electricidad desfilaban enloquecidos por la ventana.

«¿Sabéis nadar?», preguntaba riendo, y el retrovisor nos devolvía la imagen de sus dientes carcomidos. En ocasiones, cuando la carretera se ensanchaba lo suficiente como para permitir el paso de otro vehículo, dejaba que uno de los taxis de la expedición nos adelantara y jugaban a embestirse como las cuadrigas de un circo romano. A punto estuvimos de estamparnos contra un grupo de búfalos domésticos que había elegido aquella carretera solitaria para tenderse al fresco. Aquella locura se hacía interminable. A nuestro paso se levantaban aves acuáticas que dormitaban en el asfalto. Por fin, cuando el efecto de las anfetaminas pareció atenuarse, Said prosiguió su errática conducción sin mayor contratiempo que un par de cabezadas que, de no haber sido por nuestros gritos, nos habrían precipitado al fondo de la laguna.

Amanecía cuando por fin llegamos a un grupo de casuchas envueltas en la niebla, seguidos por el resto de la comitiva. Said aporreaba con insistencia el claxon mientras derrapaba en una explanada junto a aquel mísero poblado de pescadores, trazando círculos cada vez más estrechos, hasta que comenzaron a prenderse las luces de quinqué en las ventanas y a oírse los ululatos de las mujeres. Mursi abrió la ventanilla y vomitó. Por fin había terminado aquel

carrusel de locura. La humedad era terrible, pero unos hombres consiguieron encender un magnífico fuego junto a unas barcas varadas en un lecho de guijarros.

Bajo la atenta mirada de los taxistas, nos fuimos desprendiendo del botín, que las mujeres hacían desaparecer en el interior de las viviendas, donde cada mercancía era recibida con una oleada de ululatos. Los niños nos trajeron arroz y pescado recalentado. Las mujeres nos observaban sonrientes desde las ventanas. Un viejo desdentado tañía una pandereta jaleando a algunos de los nuestros, que se levantaron y empezaron a bailar alrededor de un barbudo que se contoneaba con procacidad con la cabeza cubierta por un velo. Todos nos asustamos cuando se acercó demasiado al fuego y se le prendió uno de los pañuelos anudados a la cintura. Por suerte, el viejo desdentado se lo arrancó a tiempo. Pasado el sobresalto, las mujeres rieron felices. Más tarde nos condujeron a una gran habitación donde habían dispuesto esteras y mantas. Dormimos pegados unos a otros como sardinas en lata, sin enterarnos de las picaduras de pulgas y chinches. Al cabo de unas horas, nos despertaron y nos ofrecieron un fuerte té y más pescado con arroz recalentado.

* * *

De regreso a Port Said, Mursi me contó que la excursión de la noche anterior le había traído recuerdos de la guerra, de cuando Nasser nacionalizó el Canal de Suez en 1956. Su familia había huido en una pequeña barca, atravesando aquella misma albufera, de los bombardeos francobritánicos, apoyados por Israel, que castigaron a la población de las ciudades del Canal.

Unos días antes de los bombardeos les visitó su tío, que traía unos prismáticos, y desde la terraza pudieron ver a una multitud de paracaidistas lanzándose al vacío desde los aviones enemigos. En la calle, un camión repartía armas a la población, que corría para intentar abatirlos antes de que tocaran tierra. A los pocos días azotó Port Said una ola de frío tan intensa que llegó a caer aguanieve, algo inusual en aquella región.

Mursi estaba ayudando a su madre a limpiar el arroz, cuando les sorprendió el estruendo de las bombas.

—Del susto que me llevé, se me cayó el plato al suelo y mi madre, en vez de regañarme, no dijo nada y me arrastró al sótano —contaba Mursi—. Al día siguiente nos vino a buscar mi padre, acompañado de mi hermana, que vivía con él. Mis padres se habían divorciado hacía cinco años, y el encuentro fue muy frío. Aunque era un hombre que iba siempre muy elegante, en aquella ocasión me sorprendió pues vestía un abrigo viejo y llevaba una barba de varios días. Tras recoger

a mi tía y a mi abuela, corrimos como locos por las calles sorteando las explosiones. Conservo grabada la imagen como si fuera hoy mismo. Mi tía llevaba un vestido azul muy moderno con grandes flores blancas y la abuela iba de llamativo blanco y rojo. Mi madre, que venía de una familia muy religiosa, se cubría de los pies a la cabeza con una *melaia* negra.

»Acababan de bombardear los depósitos de petróleo y unas descomunales columnas de humo negro se elevaban hacia el cielo oscureciéndolo todo en pocos segundos. No puedo olvidar el ruido atronador y la visión de mi querida ciudad en llamas. Las casas de madera de aquellos preciosos barrios coloniales ardían como teas. El olor y el ambiente eran asfixiantes. Nos quedamos petrificados ante aquella lluvia de muerte, y mi padre nos apremió: "¡Vamos, vamos! ¿O queréis que nos achicharren como a pollos?". La gente iba de un lado a otro, desesperada, sin saber qué dirección tomar. Alguien gritaba: "¡A la albufera, a la albufera!", y todos echaron a correr hacia allí. La laguna era el único lugar por el que podíamos escapar del fuego. Jamás olvidaré los gritos desesperados de aquella gente que, como nosotros, lo estaba perdiendo todo. Por fin llegamos al atracadero. La multitud se agolpaba en la escalerilla de un barco de poco calado. Pero pedían una libra de la época por persona y mi padre se negó, no tanto por el precio abusivo sino por la falta de seguridad, pues no paraba de subir gente a aquella embarcación. Recuerdo que nos enfadamos con él porque nosotros queríamos huir de aquel infierno como fuera. Además, las bombas sonaban cada vez más cerca y el olor y el estruendo eran aterradores. Pero entonces tuvimos un increíble golpe de suerte. No lejos de allí, vimos una barca de remos que estaba vacía. No sabíamos de quién era, pero mi padre nos ordenó subir y se puso a remar. El frío era intenso. Recuerdo a mi abuela y a mi madre calentándose las manos con el aliento. Parecía que fumaran.

»Al atardecer dimos alcance al barco. Había quedado atrapado en el lodo y la gente se agolpaba en una de las cubiertas. Debido al exceso de peso, el barco comenzó a escorar peligrosamente hasta volcar. El griterío dio paso a un súbito silencio, roto a intervalos por el fragor del bombardeo. Fue escalofriante. En unos minutos murió ahogada una multitud de personas. Mi madre comenzó a recitar suras del Corán y, por una vez, el descreído de mi padre no se metió con ella. Remó toda la noche mientras yo achicaba el agua. A lo lejos aún se veía el fulgor de las explosiones y se oía el estruendo, ahora atenuado. Estábamos calados hasta los huesos. Al cabo de unas horas pasó una barcaza que nos socorrió. Nos cubrieron con mantas y nos dieron algo de pan seco y té, y así nos pudimos salvar. Empapados y muertos de frío, caminamos durante horas hasta la casa de unos parientes donde nos quedamos varias semanas. Dormíamos

apretujados compartiendo unas pocas mantas que no alcanzaban para todos.

»Cuando regresamos a Port Said y vi aquel paisaje devastado, con las columnas de humo que aún salían de los escombros, me eché a llorar. Era desolador. Entre los cascotes distinguí una máquina de coser Singer, un libro de gramática francesa, la cabeza de una muñeca y unos zapatitos de niña. Murió mucha gente. Poco a poco la vida recomenzó y nos apañábamos como podíamos, pues faltaba de todo. No había cristales en las ventanas y para resguardarnos del frío teníamos que tapar los huecos con pedazos de paracaídas de los enemigos abatidos. Un día mi madre me llevó al cementerio a leer la oración de la *fatiha* para los fallecidos. Habían sido tantas las víctimas de los bombardeos que las tumbas llegaban hasta la playa. El temporal había desbaratado muchas. En un montículo sobresalían unas botas y me acerqué para cogerlas, pero mi madre me apartó de un tirón porque las calzaba el cadáver semienterrado de un soldado.

»La ocupación duró de octubre a diciembre. Ni los americanos ni los soviéticos veían con buenos ojos aquella aventura de israelíes, franceses y británicos. Egipto ganó la partida y el Canal pasó a manos del país. Yo era muy pequeño para comprender la geopolítica. El Reino Unido y Francia ya no eran las grandes potencias de antaño y tanto la URSS como Estados Unidos comenzaban a disputarse el mundo y ya no toleraban las aventuras coloniales de países que habían dejado de ser determinantes.

Mursi y yo solíamos regresar de Port Said a El Cairo en taxis colectivos por la carretera del desierto. Nos sentábamos con el conductor y enseguida entablábamos conversación, que proseguíamos en algún puesto de té en plena carretera mientras el resto de los ocupantes dormitaba en el taxi. Nosotros, sin ninguna prisa, charlábamos de mil cosas y fumábamos una pipa de agua cargada con aquel excelente hachís de Baalbeck con el que los taxistas que hacían aquella ruta solían trapichear. En una ocasión coincidimos con Sami, un taxista conocido de Mursi, que nos invitó a acabar la noche en su casa en El Cairo.

Durante el trayecto, mientras mi amigo daba una cabezada, me daba cuenta de la suerte que había tenido de conocerle. Gracias a él estaba teniendo acceso a otro Egipto muy distinto. Ya no me planteaba partir una vez más hacia lo desconocido. Quería y buscaba un tema en el que volcar mis inquietudes de fotógrafo. Mursi es uno de los mejores amigos que he tenido y en cierto modo estábamos creando un mundo a dos con nuestras incursiones en los fumaderos de opio y en el poco recomendable barrio de Bataniya. Por no hablar de nuestra reciente actividad como contrabandistas de poca monta. ¡Qué poco sospechaba madame Soraya que su estimado «*monsieur* Georges» no

era tan respetable como parecía a simple vista!

Al llegar a El Cairo, los pasajeros descendieron cerca del barrio de Al Husein y nosotros fuimos a casa del taxista. Mursi me tenía reservada una sorpresa, pues en vez de ir a Shubra, Imbaba o a cualquier otro barrio popular, como yo pensaba, nos adentramos en la Ciudad de los Muertos, el gran cementerio mameluco, una vasta colección de panteones que habían sido ocupados por desplazados de la Guerra del Canal. En el antiguo mausoleo de mármol donde ahora vivía Sami, los niños compartían colchones en una amplia estancia con filigranas y arabescos en la que tiempo atrás las familias aristocráticas velaron a sus muertos. Sami despertó a su mujer para que preparara té y recalentara algo de comida. Más tarde, nos propuso probar el opio que guardaba para las ocasiones especiales y nos invitó a salir al patio del panteón. Me quedé asombrado. Era un lugar espectral. A la luz de la luna, las sábanas tendidas entre las tumbas de gloriosos guerreros, jaleadas por una ráfaga de viento, luchaban por escapar.

* * *

Por fin trabajaba mucho menos y era feliz descubriendo aquel Cairo bohemio, aunque seguía sin encontrar un tema en que volcar toda mi energía. Pero pronto lo haría. A principios de los ochenta, los Oasis eran desconocidos para los cairotas. Tan solo los disidentes del régimen nasserista, los comunistas y sus familiares habían oído hablar de ellos, ya que en el oasis de Jarga había una de las peores cárceles para políticos. Fue el armenio Chant Avedissian quien me habló por primera vez de los Oasis. Lo conocí gracias a Marta quien, pocos días antes de regresar a Europa, pasó por delante de L'Orientaliste, una de aquellas fabulosas tiendas de El Cairo, hoy desaparecida, en la que vendían láminas y grabados antiguos. En la vitrina había unas postales en un blanco y negro muy contrastado que, aunque herederas de las imágenes de los principios de la fotografía, eran contemporáneas por el encuadre y el tratamiento. La señora de la tienda, una de aquellas damas egipcias políglotas y cultas, le dijo que eran de Chant Avedissian, un joven artista armenio.

Durante un tiempo lo traté mucho. Era una de las personas más reservadas que he conocido. Con su penetrante mirada de lobo, tras profundas cejas, y su nariz grande, parecía un personaje de mi admirado cineasta armenio Parajanov, de quien siempre me hablaba, que se inspiraba en las miniaturas persas y en las culturas del Cáucaso. Me permitía utilizar su laboratorio instalado en el lavabo de su casa y allí revelé muchos de mis negativos del *zikr* y de las callejuelas del viejo Cairo. Me mostró sus bellos trabajos sobre el barrio islámico, con fotos de sombras y columnas en profundo blanco y negro. Durante un

viaje al oasis de Bahariya tomó unas imágenes que me impresionaron. No eran muchas, pero las suficientes para ver que aquel era un mundo aparte. Trabajaba con Hasan Fathy, el arquitecto del adobe que se inspiró en la tradición popular de Egipto y, sobre todo, en el legado cultural copto. Estábamos a principios de los ochenta. Era la primera vez que oía hablar de aquel gran creador que sería imitado un tiempo después en todo el mundo, especialmente en Nuevo México y Arizona. Mi amigo Chant había fotografiado para él sus sabias construcciones en el desierto hechas con materiales locales que resultaban frescas durante el día y acogedoras en las frías noches.

Una tarde, mientras me mostraba sus contactos sobre los Oasis, me animó a que los visitara. Yo le dije que no quería meterme en su terreno y me contestó que él ya no quería seguir fotografiando, pues se estaba pasando a las artes plásticas y había comenzado a pintar, en clave pop oriental, cuadros de Um Kulzum, Farid el Atrash y otros iconos egipcios. Trabajos que con el tiempo acabarían nada menos que en la colección permanente del British Museum, de la Smithsonian o de la Fundación Botín, entre otros.

Chant había estudiado en Montreal y en París, hablaba a la perfección media docena de idiomas y dominaba cuatro alfabetos. Era contrario al canon occidental que subvaloraba el arte, la literatura o la música procedentes de culturas extraeuropeas. Pasábamos horas conversando mientras esperaba a que se secaran los negativos. No dejábamos de recomendarnos libros o discos a los que atribuíamos un poder casi iniciático. Nos interesaban sobre todo los malditos y los locos. Artaud, Quincey, Hafiz y los poetas sufíes. Fue el primero que me habló de François Augiéras y su *Viaje de los muertos* y de René Daumal el autor del inclasificable *El monte análogo*. Me dio a conocer al pintor armenio Sarian, de sombras duras y colores *fauve*. A los dos nos gustaba el cine de Satyajit Ray de quien solo habíamos visto *El Mundo de Apu* en aquella época sin internet. Recuerdo que un día las paredes de su casa aparecieron tapizadas de fotografías de los asesinos de Sadat tomadas durante el juicio, vestidos a rayas como en los cómics y encerrados en una jaula. Los criminales le aterrorizaban, pero al mismo tiempo le atraían sus mentes. Todo le interesaba y conseguía transmitirme su entusiasmo. Fuera de su casa rara vez nos veíamos porque él no salía jamás de allí. Parecía como si temiera la luz del sol.

Aquel mismo año expuse en *L'Atelier des Écrivains et des Artistes du Caire*, una colección de fotos de los dinkas tomadas en el Sudán. Allí acudió Mohamed Seif, amigo de Mursi y compañero de cuitas políticas, que trabajaba en la red estatal de *Bet al Thaqafa* (Casa de Cultura). Me dijo que era oriundo de los Oasis y le hablé de mi intención de hacer un viaje exploratorio. A los pocos días consiguió

presupuesto y el encargo de la Casa de Cultura para fotografiar aquellos lugares. Aquel fue sin duda un viaje iniciático que hizo que me quedara indefinidamente en Egipto. Es más, cambió el rumbo mi vida.

El día en que planeaba el viaje con Seif, aporrearon la puerta de casa. ¿Quién podía llamar de tal manera? Por un momento pensé en el soldado Ayman, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi y además le había dejado clara mi postura. Por si acaso, entorné la puerta de la sala y fui a abrir.

Ayman presentaba un aspecto agreste. No quería dejarlo pasar. A Seif le hubiera sorprendido que un *jauaga* refinado pudiera tener relación con un desaliñado soldado del Alto Egipto. Pero ese no era el motivo. Yo no estaba dispuesto a seguirle el juego. Le dije que tenía una reunión de trabajo y que me esperara en el café de la cercana estación del tren de Helwan.

Me excusé ante Seif diciendo que volvía a tener problemas con aquel vecino impresentable de la azotea y, tras rechazar su ofrecimiento para mediar en el asunto, fui al café de la estación de Helwan. Y allí estaba, con cara de no haber roto nunca un plato.

Me recordó al Ayman del primer día. Le dije que todo había acabado y que era un ladrón. En el café, rodeados de gente, me atrevía a hablarle a la cara sin temer una reacción violenta. Bajo la mesa me cogió la mano, que retiré de inmediato. Por un momento me enterneció. Me miraba desconcertado. No sabía cómo retenerme. Yo sentía una innegable atracción por él, pero no estaba dispuesto a más chantajes ni robos. Además, aquel asunto comenzaba a inquietarme. «Ayman», le dije muy serio, «¿tú sabes lo que son el Mossad, la CIA o el KGB?» Me observó largos segundos con aquellos ojos profundos, faraónicos. «Sí, Ayman, los servicios secretos. Aquí los llamáis *muhabarat*.» Él pegó un respingo. «Pues trabajo para el *muhabarat* español», improvisé. «No vuelvas por aquí, no me gustaría que te sucediera algo.»

Apuramos los tés. Ayman se levantó y, cabizbajo, caminó lentamente hacia la estación, esperando quizá que lo llamara. Cuando se dio la vuelta por última vez, vi que se secaba los ojos. Estuve a punto de correr tras él. No volví a verle. Aunque, a veces, cuando llamaban a la puerta a horas no habituales, me hubiera gustado toparme con sus grandes ojos acuosos y su porte de egipcio antiguo.

19

HACIA LOS OASIS

Una mañana de febrero de 1982, Mohamed y yo partimos hacia el oasis de Jarga. El autobús iba hasta los topes. Había gente incluso en el pasillo y, por si fuera poco, muchos depositaban sacos de arroz y bolsas a los pies de otros pasajeros que ni siquiera conocían. Mohamed batallaba contra quienes pretendían atiborrarnos de fardos, pero una gruesa mujer vestida de negro de pies a cabeza consiguió colocar bajo nuestro asiento unas gallinas atadas por las patas. Las pobrecitas, tras el alboroto inicial, quedaron tan quietas y calladas que parecían muertas.

Tras atravesar las áreas residenciales de Garden City y de Al Maadi, dejamos atrás barrios de altos y apedazados edificios de ladrillo para continuar por polígonos industriales. Más tarde discurrimos por descampados atravesados por postes de alta tensión mientras un sol aún sin fuerza trataba de abrirse paso entre la contaminación y la neblina. En ocasiones, el autobús rodaba paralelo al Nilo; en otras, avanzábamos entre amplias acequias tapizadas de jacintos de agua que obturaban canales y compuertas. En los tramos que habían sido limpiados, chapoteaban patos, gansos y algún búfalo. Unas mujeres lavaban la ropa, que tendían sobre los arbustos a pie de carretera. Al sol del mediodía los niños se bañaban desnudos en aquellas aguas que, según decían, estaban infestadas de bilarzia, la enfermedad que acabó con el cantante y actor Abdelhalim Hafiz, ídolo de anteriores generaciones, que aún era llorado.

En el límite del desierto, protegidos por barreras de casuarinas que evitaban el avance de la arena, se sucedían campos donde se cultivaba alfalfa, caña de azúcar o flores amarillas de caléndula para uso medicinal. Por los caminos polvorientos transitaban grupos de niños uniformados que se dirigían a la escuela y campesinos montados a horcajadas sobre asnos o en carretas tiradas por dromedarios. Gracias a mi trabajo en el Ministerio de Agricultura me había convertido en un pequeño experto en cultivos, y Mohamed se sorprendía divertido de mis conocimientos. «¡Cuántas fotos perdidas!», me decía. No sé qué

habría dado yo por haber detenido el autobús para capturar aquellas imágenes.

Las casitas de los pueblos eran de adobe, muchas de ellas pintadas de colores y algunas con ingenuos dibujos de la Kaaba, de barcos y de aviones. Eran las viviendas de los haj, los fieles que habían viajado a La Meca para cumplir con el precepto de la peregrinación, el quinto pilar del islam y, durante su ausencia, los familiares pintaban el medio de transporte empleado.

Al rato ya nos habíamos acomodado a nuestro pequeño espacio. ¡Todavía faltaban unas ocho horas para llegar! Incluso logramos echar alguna cabezada. Mohamed despertó airado por el picotazo de una de las gallinas; las cogió por las patas y las fuimos pasando de mano en mano hasta que llegaron a su rolliza dueña, recostada sobre unos sacos de arroz, que despertó con gesto de fastidio. Aprovechando la confusión, uno de los campesinos del pasillo consiguió hacerse un sitio en nuestra banqueta.

Cuando el sol comenzó a calentar, recuperamos la vitalidad. Mohamed, educado en una sociedad cerrada y religiosa como la egipcia, me preguntó por mi relación con Dios. Por un momento, me quedé desconcertado. Hacía años que su existencia había dejado de ser un problema para mí. Le conté la anécdota del momento preciso en que decidí dejar de creer, cuando perdí la apuesta conmigo mismo de conseguir llegar a la escuela caminando por el bordillo de la acera. Pero el problema era distinto en una cultura como la islámica. Mohamed me contó que él había sido un niño muy contemplativo e inseguro. La idea de la existencia de Dios lo atormentaba tanto en la adolescencia, que un día entró en una mezquita decidido a no moverse de allí hasta recibir una señal divina. Al ver que su hijo no llegaba, sus padres avisaron a la policía y a familiares y conocidos, pero fue en vano. Cuando Mohamed regresó al cabo de tres días, les dijo, muy serio, que Dios no existía. La madre se puso a gritar, pero su abuelo materno dijo que lo dejaran en paz porque el niño iba para comunista y todos eran hijos de Dios.

Me contó que su abuelo había luchado en el Sudán con las tropas angloegipcias de Kitchener contra los seguidores del líder religioso El Mahdi, quien, unos pocos años atrás, había vencido y matado al general Gordon. Aquellas tropas, según se decía, cometieron grandes atrocidades. El abuelo de mi amigo le contaba que los más exaltados profanaron la tumba de El Mahdi, «el último de los profetas», fallecido de tifus, y desmembraron su cuerpo. Al parecer, el propio Kitchener se hizo con el cráneo, que utilizó como copa de vino. También le contó que pasaron muchas penalidades. Cuando se quedaban sin agua, los soldados fustigaban a los caballos para que corrieran y se bebían el sudor.

Mohamed me dijo que admiraba la curiosidad de algunos jóvenes europeos que dejaban el bienestar de sus hogares y se lanzaban al mundo para conocer otras culturas. «Aquí, desconocen incluso su propio país. En El Cairo o Alejandría, nadie sabe nada de los Oasis», comentaba asombrado. «Solo saben de ellos por la cárcel de Nasser.» Mi amigo opinaba que en Oriente no se daban personajes como Richard Lane, Richard Francis Burton o Lawrence de Arabia, que intentaron entender el corazón de los árabes, luchando incluso junto a ellos. Yo le mencioné a Ibn Batuta, pero objetó que de eso hacía ya demasiados siglos y que además se movía en un mundo conocido para él. «Lo fundamental para que las sociedades avancen es la curiosidad», dijo, «y los árabes hace siglos que la hemos perdido.» Yo no era consciente entonces de que era la curiosidad lo que le hacía a uno sentirse vivo. Ignoraba que la pérdida de interés y la falta de ilusión eran lo que nos envejecía.

Mi amigo Mohamed era una persona que sabía escuchar, y en su compañía el resto del mundo parecía evaporarse. Le hablé de mis proyectos. Tenía dinero ahorrado de mi pluriempleo en El Cairo y todo el tiempo del mundo porque, toreando a madame Soraya, había conseguido organizar los días de trabajo a mi antojo, algo que ella tan solo permitía a su «*monsieur* Georges». Sin haber llegado aún a los Oasis, ya soñaba despierto con las fotografías que pensaba tomar.

Al mediodía, el interior del autobús ya parecía otro. Los pasajeros habían cubierto las ventanas con telas para evitar el sol y se mostraban relajados y contentos, a pesar de que muchos continuaban hacinados en los asientos o tendidos en el pasillo sobre sacos y bártulos varios. Disputaban entre ellos por ofrecernos su hospitalidad; bebíamos de sus termos de té y nos daban naranjas, dátiles, hogazas de pan y queso seco.

El conductor detuvo el autocar y anunció: «*Esteraha*!» (¡Descanso!). Bajamos y nos dirigimos a una destartalada cafetería de estilo soviético junto a una gasolinera en la que destacaba la carcasa quemada de un autobús junto a una montaña de piezas de automóvil oxidadas y viejos neumáticos. El suelo estaba manchado de aceite de motor y olía a orines. Tras el chirrido de acople de los altavoces sonó la llamada a la oración de una pequeña mezquita. Casi todos los viajeros corrieron a hacer las abluciones. Los perros famélicos que dormitaban en la sombra se alejaban con fastidio cuando la gente se dirigía a los lavabos. Unos cuervos luchaban suspendidos en lo alto contra un viento endemoniado que arrastraba nubes de arena levantando plásticos y papeles por los aires.

Por fin dejamos el valle del Nilo para adentrarnos en un monótono desierto de piedras. Contemplando aquel paraje hostil, resultaba difícil imaginar que, en tiempos no tan remotos, el Sahara fuera una sabana

parecida a la del Sahel. Quedaban como testigos los secos cauces de los *ued* o las pinturas rupestres en los abrigos de las rocas, con representaciones de jirafas, cebras o antílopes que en otras épocas poblaron aquellas tierras. Pero a medida que el clima fue cambiando, los hombres comenzaron a emigrar a los valles del Níger o del Nilo. Al parecer, en algunos perdidos oasis del Sahara, en el Chad y en Mauritania, todavía sobrevivían cocodrilos que, al secarse los ríos, quedaron atrapados en grandes y profundas charcas.

* * *

Los uahatíes, como se llamaba a los habitantes de los Oasis, temían las tempestades de arena porque a veces formaban dunas que, en unos pocos años, sepultaban poblados y vergeles. El desierto no era un lugar seguro, aseguraba Mohamed. Se contaban historias de incursiones de «crueles tribus negras» procedentes de oasis perdidos. En sus confines deambulaban hordas que se dedicaban al pillaje y esclavizaban a los desafortunados con quienes se topaban. Para los uahatíes, el desierto era como un océano en el que se sentían desvalidos y perdidos, pues creían que seguían vigentes las antiguas historias y carecían del sentido de la orientación de los beduinos.

De pronto, aquella inacabable meseta de piedras acababa bruscamente en una depresión del terreno de unos trescientos metros. El conductor paró para que los pasajeros, protegidos de la arena arrastrada por el viento con turbantes y pañuelos, pudieran orinar. Una de las mujeres montó guardia detrás del autobús para que ningún hombre se les acercara.

—«¡Jarga!», exclamó el conductor.

Aquí y allá destacaban los poblados de adobe entre los palmerales que moteaban el desierto. Al contemplar aquel paisaje recordé las palabras del geógrafo griego Estrabón, recogidas por el historiador Ahmed Fakhry, cuando escribió que los Oasis tapizan el desierto líbico como las manchas la piel del leopardo. Para Herodoto eran las «Islas de la bendición», verdaderos remansos de paz para quienes se aventuraban en aquel medio hostil. Feudo, además, del maligno Set, que despedazó a Osiris y morada de la Medusa de los griegos de mirada que transformaba a los hombres en piedra y a la que Perseo decapitó.

Tras cruzar un gran palmeral llegamos a la ciudad de Jarga. Resultó una decepción: una sucesión de avenidas vacías con viviendas de varios pisos de estilo soviético diseñadas en El Cairo. Nos vino a buscar Ustaz Atif, un funcionario de la Casa de Cultura, que nos llevó a una residencia oficial, en un desangelado edificio de hormigón. Mi amigo y yo nos miramos decepcionados.

La ciudad antigua era otra historia. Un conjunto de casas de adobe, entre callejones laberínticos y a menudo cubiertos como algunos *kasr* del sur de Marruecos o del Yemen. Desprendía un aire de decadencia y, aunque muchos edificios se habían derrumbado, todavía conservaba su antigua magia. Era mi primer contacto con la arquitectura de los Oasis. Me cautivó que algo tan sencillo como el adobe pudiera generar formas de tal belleza. En algunos tramos, los pasadizos transcurrían bajo las casas y de vez en cuando un pozo de luz provocaba interesantes juegos de sombras. Reinaba un gran silencio. Nos cruzábamos con campesinos con sombreros de paja, con mujeres de negro que se cubrían el rostro a nuestro paso y con adolescentes montados en pequeños asnos de grandes ojos ribeteados de negro y con una raya oscura que les recorría el lomo, de la crin a la cola. Caminando por las estrechas callejuelas conseguimos olvidar la parte nueva de la ciudad y el desangelado lugar en el que dormiríamos.

De noche, sentados en un cafetín del barrio antiguo, oímos los ululatos de unas mujeres, un batir de palmas y el tañido de unas panderetas. Se trataba de una procesión nupcial tras la prueba del pañuelo. Entre muestras de júbilo, las mujeres exhibían en alto la tela ensangrentada que demostraba la virginidad de la novia. Mohamed me confesó que nunca lo había visto y yo le dije que en España los gitanos aún lo hacían. Le conté que en la picaresca española abundaban las historias de ancianas que recosían el himen y de esposas que emborrachaban al marido la noche de bodas para que no recordara nada y manchaban el pañuelo con la sangre de una pobre paloma. Mohamed rio y dijo que en Egipto aún se contaban historias parecidas.

Aquella noche escribí en mi diario:

> Un oasis es un milagro, una mancha verde en un entorno yermo en el que resurge la vida cada noche tras la puesta del sol. Muy de tarde en tarde, el sol se oscurece y todo parece anunciar lluvia, pero el calor es tan intenso que las gotas se evaporan antes de llegar al suelo. En contadas ocasiones, cuando llueve en abundancia, brotan flores vistosas de pequeños troncos retorcidos que hasta entonces parecían piedras y se forman charcas en hondonadas resecas. A las pocas horas se pueblan de una multitud de pequeños organismos, larvas e insectos acuáticos. Crecen rápidamente para completar a contrarreloj su ciclo vital, porque la charca no tardará en secarse. Mientras, sirve de abrevadero a las gacelas de colas juguetonas, a los jerbos o ratas canguro y a los *fénecs*, los pequeños zorros del desierto. Si coincide con la época de la migración de las aves, los cisnes negros de pico rojo del Sudán,

los ánades del Nilo y muchas otras aves procedentes del interior del continente hacen un alto en el camino para refrescarse, antes de proseguir hacia el delta del Danubio.

Al día siguiente, Ustaz Atif vino a buscarnos. No muy lejos de Jarga, se levantaba en pleno desierto la necrópolis cristiana de Bagauat, de construcciones de adobe rematadas por cúpulas. La recorrimos despacio; admirábamos las pinturas coptas con representaciones de Jonás y la ballena, del arca de Noé o del sacrificio de Abraham. No había cruces, porque en aquella temprana época se utilizaban los peces como símbolo del cristianismo.

Los Oasis eran conocidos desde la Antigüedad. Durante la época faraónica tuvieron gran importancia por su potencial agrícola, muy superior al actual, y también por su valor estratégico. Actuaron como auténticos bastiones desde los que defender el valle del Nilo del hostigamiento continuo de las hordas del desierto y de las invasiones procedentes de Libia. Durante el período romano gozaron de gran prosperidad, se cavaron pozos y se construyeron acequias y molinos. Las comunidades florecieron dotándose de basílicas y necrópolis, algunas muy bien conservadas, como la de Bagauat que estábamos visitando. Trataba de imaginar cómo serían los habitantes, cómo vestirían y en qué consistirían las ceremonias para honrar a sus muertos en las capillas y mausoleos donde celebrarían los banquetes rituales con los platos preferidos del difunto. ¿Cómo sería la música? ¿Y los instrumentos? Con toda seguridad, tocarían flautas al ritmo de la percusión, quizá también la lira, como se veía en los grabados faraónicos. De una forma u otra, esta había llegado hasta nuestros días transformada en la llamada *simsimía*, un instrumento de cuatro o cinco cuerdas muy popular entre los beduinos que parecía salido de un relieve faraónico.

Nos quedamos embobados al contemplar, con la primera luz de la mañana, aquellos antiguos edificios funerarios que se extendían sobre suaves colinas en la inmensidad del desierto. Mohamed me dijo que el arquitecto Hasan Fathy se había inspirado también en la antigua arquitectura copta. De pronto, sobre el silbido del viento, se impuso un agudo canto de notas cortas. Mi amigo rio. «Un *yin*», dijo, y escrutó el terreno intentando localizar al autor de tan sorprendente canto. Ustaz Atif señaló hacia un cañizar. Allí estaba. Un pajarillo de color pardo saltaba de junco en junco y a veces se quedaba con una patita en uno y la otra en el de al lado, asiéndose a ellos con sus delicados dedos prensiles. A pequeños saltos, nos mostraba alternativamente la cabeza y la cola. De pronto pasó a una octava más alta. ¿Cómo un pájaro tan pequeño podía tener tal potencia de canto? Nos acercamos con sigilo mientras él seguía con su danza y sus seductoras melodías,

pero, cuando estábamos a unos pasos, alzó el vuelo obsequiándonos con otro desafiante ascenso en la escala del pentagrama. Ustaz Atif nos dijo que era un *zarzur* del oasis de Zarzura.

«¡Zarzura!», exclamó Mohamed. «Mi padre nos hablaba de ese oasis, que está más allá del océano de arena conocido como Baher el Raml. Era una ciudad amurallada, cerrada a cal y canto, que descubrió un beduino cuyo camello se había alejado del campamento. El lugar estaba encantado, y quienes lo visitaban regresaban siendo otros.» Aquella legendaria ciudad, perdida en la arena, fue buscada sin éxito por viajeros árabes y occidentales. El último fue el conde húngaro Ladislaus F. Almàsy en los albores de la Segunda Guerra Mundial, cuya aventura fue recogida, muy idealizada, en la película *El paciente inglés*.

Aquella misma mañana proseguimos hacia el nuevo Baris, en el extremo sur del oasis de Jarga, construido por Hasan Fathy para albergar a los habitantes de la región. Estaba totalmente vacío y comenzaba a desmoronarse, pues no había conseguido atraer a ningún poblador. Se trataba de un gran zoco alrededor del cual se extendían algunas calles y bellos edificios de adobe con techos abovedados. Una gran muestra de su talento. Mi amigo lo había entrevistado poco antes de su muerte y él le había confesado su tristeza por el estado de su querido proyecto. Pese a su enorme prestigio, Hasan Fathy era ignorado en Egipto por las autoridades. No les convencía porque su manera de hacer, empleando métodos de construcción y materiales locales, como piedra o ladrillos cocidos al sol, chocaba con la mentalidad obtusa, y sobre todo corrupta, de los urbanizadores de El Cairo, que, formados en la época soviética, consideraban el hormigón y las varillas de hierro símbolo inequívoco de modernidad. Además, al tratarse de materiales locales y baratos, ni los funcionarios ni los altos cargos podían obtener comisiones jugosas. Mohamed me hablaba de las virtudes de las casas tradicionales, agradables en las frías noches de invierno del desierto y frescas en verano, todo lo contrario de aquellas feas construcciones de pisos que recordaban a los arrabales de las grandes ciudades egipcias. Me pidió que tomara fotos para ilustrar un artículo que pensaba publicar en una conocida revista de arquitectura.

Mi amigo no quiso quedarse en aquel lugar habitado tan solo por los fantasmas y proseguimos hasta el antiguo poblado de Baris, a varios kilómetros de distancia, un bello poblado de casas de adobe. Allí, Ahmed, un conocido de Ustaz Atif, nos invitó a su casa y nos acomodó en la *odat el diuf*, o habitación de invitados, en la que había edredones de tosca lana y cojines arrinconados sobre un gran *kilim* beduino. Unas palabras del Corán, escritas en bella caligrafía y festoneadas con sencillos arabescos, recorrían las paredes. Los niños

de la casa se sentaron frente a nosotros, cuchicheando y observándonos como si vieran a gente de otro planeta. Al poco entró la esposa de Ahmed, acompañada de dos hijas adolescentes. Vestían prendas de colores vivos y bajo el chal asomaban unas cabelleras negras y rizadas. Reían, muertas de vergüenza. Nos saludaron interponiendo entre nuestras manos y las suyas la tela con la que se cubrían para evitar el contacto pecaminoso con la piel del sexo opuesto. Tras las presentaciones, Ahmed las invitó a sentarse, pero al poco les pudo la vergüenza y desaparecieron entre risitas al interior de la casa, un espacio vedado a las visitas masculinas.

Dormitamos un rato mientras un agradable olor a especias comenzaba a flotar en el aire. Uno de los hijos de Ahmed acudió con un aguamanil, seguido de otro que portaba una jofaina con un pedazo de jabón y una toalla para lavarnos las manos. Luego nos trajeron la comida en grandes bandejas y una *sultanía*, una fuente sopera acompañada de pedazos de pan de miga tupida y un plato con dátiles. Al abrir la tapa nos envolvió un exquisito aroma. Era un guiso de pato, coles y orejones de albaricoque sobre un lecho de arroz blanco. Siguiendo las normas de urbanidad del desierto, nuestro anfitrión partió con sus propias manos el ave y nos ofreció los muslos. Tras el almuerzo, en el que apenas hablamos, pues los egipcios de campo no acostumbran a hacerlo mientras comen, bebimos agua.

¡Cuántas escenas de la hospitalidad de las sociedades tradicionales musulmanas comenzaba a atesorar en el recuerdo! Desde la estancia en el poblado de los aguerridos baluchis, a la temporada entre los pescadores de la Tihama en el Yemen, sin olvidar los días en el Sudán. En el exterior, los rayos del sol se filtraban entre las hojas de las altas palmeras y caían sobre albaricoqueros, olivos y naranjos. Las primitivas norias de agua eran accionadas por bueyes con los ojos tapados. En uno de los campos, un hombre labraba la tierra con un arado de madera que parecía sacado de una de las maquetas del Museo Egipcio de El Cairo. Tirado por dos bueyes, surcaba la tierra fértil de color chocolate. A su paso acudían las aves para darse un festín de lombrices e insectos. Me sentía en la mítica Arcadia. Una Arcadia arábiga.

Ahmed nos llevó a un chamizo y nos acomodamos sobre una estera. Hizo un fuego con ramitas y puso a hervir una tetera que dejó bailar durante largos minutos sobre las brasas. Sirvió tres tacitas. La primera de té amargo, la segunda muy dulce y la tercera perfumada con *rihan*, una hierba aromática que acababa de cortar. Me maravillaba aquel lugar, con la luz tan intensa y los olores del campo. Los pájaros cantaban con fuerza, sobre todo las tórtolas y, de vez en cuando, se oían rebuznos. Nos saludaron unos campesinos y Ahmed los invitó a sentarse. Vestían *yelabías* de colores crudos que anudaban

a la cintura, dejando al descubierto unos calzones largos de color blanco. Me fijé en las manos agrietadas y en los pies, que mostraban una espesa capa de piel callosa. En sus capazos llevaban grandes vainas con los estambres blancos de la palmera macho, que sorprendentemente olían a semen. Los acompañamos al palmeral, donde se encaramaron con pasmosa facilidad a los altos troncos y ataron los estambres masculinos a las flores femeninas para polinizarlas. Nos explicaron que en unos meses tendrían la cosecha de dátiles. Algunos, los mejores, eran tan frescos que no resistían el transporte y debían consumirse in situ; otros eran almacenados o exportados al valle del Nilo, y los de peor calidad se los daban a los asnos o a las gallinas que los picoteaban con voracidad.

De regreso al chamizo, nos tendimos en la estera. Ustaz Atif nos contó que Baris era la primera etapa en territorio egipcio de la legendaria ruta de *Darb al Arbain*, o de los «Cuarenta días», conocida desde tiempos de Herodoto. Desde Kobe, cerca de El Fasher, en el Sudán, llegaba hasta Asyut, en el valle del Nilo, al sur de El Cairo. Era una ruta muy difícil y peligrosa. Además de las condiciones climatológicas, que podían tornarse muy adversas, con tormentas de arena que borraban las huellas de anteriores caravanas, abundaban los asaltos de los tibbu y otros pueblos, verdaderos piratas del desierto, dedicados al pillaje. Mohamed me contó que había leído los relatos de Kamel al Din y Hassanein Bey sobre aquella vía, que se remontaba al imperio medio faraónico y que dejó de utilizarse a finales del siglo XIX. Fue una importante ruta comercial entre el Sudán y Egipto y por ella se transportaban valiosas mercancías como pieles de animales, plumas de aves, marfiles y sobre todo esclavos.

Al atardecer nos dirigimos a un manantial que surgía a borbotones a casi cincuenta grados. Nos metimos en calzoncillos, entre nubes de vapor. Enseguida llegaron los campesinos de la polinización, sudados y cansados del duro trabajo. También el que araba con los bueyes. Se desnudaron completamente y se metieron en el agua con nosotros, lo que no dejó de sorprenderme, pues en los territorios del islam los hombres nunca se muestran sin ropa entre ellos; pero estábamos en un oasis alejado y allí las costumbres debían de ser otras. «¡Salgamos, estamos rompiendo su intimidad!», dijo Atif. «¡Pero si son ellos los que han roto la nuestra!», rio Mohamed. «Además a mí no me importa que estén sin ropa. Pero, bueno, es su oasis, y somos nosotros en todo caso quienes sobramos.»

Atif, Mohamed y yo salimos del agua, pero yo para quitarme los calzoncillos y zambullirme de nuevo, esta vez sin ropa. Ahmed hizo lo mismo. «*Ustaz Jordi*!», exclamó escandalizado Atif. «*Kulina regala*!» (¡Estamos entre hombres!), repuso el campesino Ahmed incorporándose con toda naturalidad y mostrando sonriente su

desnudez mientras me ofrecía jabón y estropajo vegetal.

Mohamed y Atif se pusieron a charlar y el resto permanecimos en el agua. Entre el vapor cálido de la alberca apareció la Vía Láctea encuadrada por las palmeras. Una estrella fugaz surcó el cielo y en aquel momento deseé que mis fotografías de los Oasis aparecieran algún día reunidas en un libro.

A la mañana siguiente, de regreso a la ciudad de Jarga, nos desviamos hacia Munira, donde estaba la prisión de Wad el Gedid. Un lugar que el abandono hacía aún más siniestro. En aquella cárcel, Nasser, aunque era aliado y amigo de los soviéticos, había encerrado sin contemplaciones a los más prestigiosos intelectuales y activistas de izquierda. Mi amigo, el escritor Sonallah Ibrahim, uno de los encarcelados, me había contado que, tras su detención, lo peor fueron las torturas en las dependencias de El Cairo y que, una vez en la cárcel de los Oasis, cesaban los malos tratos. Allí se estaba entre correligionarios y amigos, la flor y nata de la intelectualidad egipcia, entre la que fluían largas y fructíferas conversaciones. Evitaban a toda costa permanecer ociosos y organizaban talleres y seminarios. Construyeron con sus propias manos un teatro donde se interpretaban obras de Alfred Farah, otro de los ilustres encarcelados. Artistas como el surrealista Fouad Kamel o Hasan Fouad decoraron pasillos y celdas. Me habló de otros presos destacados, muchos de ellos conocidos míos o incluso amigos, como William Ashaq, llamado «al Malik», o el juez Mustafa Abdelaziz. Me contó que algunas noches, cuando llegaba un prisionero joven, en las celdas de los presos comunes se improvisaba una fiesta y algunos imitaban los ululatos de las mujeres. Celebraban una especie de boda y uno de los veteranos forzaba al pobre recién llegado, a quien llamaban durante la ceremonia «*farja beda*» (gallina blanca), que pasaba entonces a ser propiedad de su violador.

Baño con los campesinos (foto de Mohamed Seif)

Comencé a fotografiar las celdas, las letrinas, la cocina y el pequeño teatro. Trataba de imaginar a mis amigos en su día a día. Mohamed estaba emocionado. «¡Aquí estuvieron encerrados tantos compañeros!», suspiró. «A muchos, la cárcel los destruyó y no volvieron a ser los mismos. Les robaron la ilusión. Diría que incluso el alma.»

Mohamed me contó que Nasser soltó a los intelectuales de izquierdas un poco antes de la guerra de los Seis Días.

—A mi generación —me explicaba—, nos educaron con la idea de que Egipto era invencible pero había mucha demagogia por parte del rais, y en seis horas todo acabó: ¡La aviación israelí destruyó a la egipcia antes de que tuviera tiempo de despegar! Todo estaba pésimamente planificado. Deberían haber levantado hangares para proteger aquellos valiosos aviones comprados a la URSS, pero todo el cemento se había destinado a acabar la presa de Asuán. La propaganda de Nasser proclamaba triunfante: «Hemos abatido más de cien aviones israelíes», pero a las pocas horas se vio que no era cierto. Toda aquella palabrería acabaría por pasar factura al rais.

—¿Tú estuviste en la Guerra de los Seis Días? —le pregunté.

—Vi cosas terribles que prefiero no recordar —contestó.

—Pues dejémoslo —dije.

—No, no. Nunca hablaré de las atrocidades que viví en la guerra, pero no me importa contar lo que me ocurrió después.

—Adelante.

—Volví de la guerra muy alterado y mi madre insistió para que fuera al médico militar. Estaba tan desquiciado que un conocido psiquiatra del Ejército me atiborró de medicamentos muy potentes. Yo, que venía de la extrema izquierda, era muy crítico con Nasser porque su demagogia nos había llevado al desastre. Envalentonado por aquellos montones de pastillas que me obligaban a tomar, decidí escribirle una larga carta. A los tres días, agentes de los servicios secretos, los del *muhabarat*, se presentaron en casa. Me tuvieron incomunicado en una celda durante más de un mes y cada mañana, al alba, oía un trajín en el corredor. Me encaramaba entonces a la rejilla situada encima de la puerta y veía horrorizado cómo transportaban cadáveres envueltos en sábanas ensangrentadas. Eran los oponentes de Nasser en el Ejército. Me temía lo peor, pero a diferencia de los otros prisioneros yo era un don nadie. Pasado un mes parecieron acordarse de mí y me llamaron para un interrogatorio. Estaba aterrorizado después de lo que había visto por la mirilla y por los gritos que se oían por la noche. Pero no me torturaron. Me consideraban un pobre diablo que había dejado de ser peligroso, obligado además por un psiquiatra del propio Ejército a sobrevivir con potentes barbitúricos. Cuando subió Sadat al poder, decretó una amplia amnistía para los oponentes de Nasser y me asignaron una renta mensual, que sigo percibiendo, porque yo no había dejado el Ejército voluntariamente.

»Aquella debacle de Nasser fue la llamada *Naqsa*, la "Derrota". No se trataba solo de que habíamos perdido la guerra. Era una humillación. El rais nos había inculcado que podíamos desafiar a Occidente y reconquistar las tierras palestinas arrebatadas por Israel. Nos hizo creer que los árabes, capitaneados por Egipto, éramos invencibles. La izquierda, incluso la que había sido encarcelada, también le creyó y acabó apostando por él. Con la *Naqsa* todas las ilusiones se vinieron abajo. Los de mi generación no aprobábamos que la izquierda se aliara con los nasseristas y creamos un partido clandestino. Nuestros amigos Hasan Abdel Ghani y Mursi Sultan estaban con nosotros; también Ibrahim Mansur que, aunque un poco mayor, estaba desengañado de su generación. ¿Lo conoces?

Mursi me lo había presentado. Era un intelectual afable con ojos dotados de gran fuerza. Tenía un aire de líder antiguo y justo, casi homérico. Habíamos trabajado juntos en el Cairo de los fatimíes. Fotografié para él mezquitas y madrazas abandonadas y minaretes en ruinas. Durante más de un mes estuvimos recorriendo las callejuelas de aquel barrio, descubriendo monumentos islámicos que apenas se sostenían en pie y que yo fotografiaba a la salida del sol para capturar las luces más favorables. Pero, como tantos otros negativos, acabaron en manos del *muhabarat*. Recuerdo nuestras conversaciones en

cafetines perdidos de las callejuelas del barrio islámico que no hubiera sido capaz de encontrar sin él. Me hablaba de los orígenes de El Cairo, Al Qaahira. «La victoriosa.» Conocía cada rincón y su historia. Su curiosidad era enorme y quería que le hablara de mis experiencias durante el viaje a la India en Land Rover, que tanto le divertía y apreciaba. También que le contara curiosidades del Yemen y del Sudán.

Tanto en Ibrahim Mansur como en Mohamed Seif y en los conocidos del Zahret Al Bustán, adivinaba una desazón profunda. Una herida. Los veía vencidos. Habían tirado la toalla. «*Mafish amal*!» (¡No hay esperanza!), solían decirme en el café. Y no se referían tan solo a la situación económica, sino a un hondo malestar interior.

—¡Quedamos muy marcados por la *Naqsa*, por el espíritu de derrota! —me confesó Mohamed—. Sin esperanza y divididos. Abandonamos aquel nuevo partido porque no había democracia interna. Uno de los que pactaron con Nasser intentó incluso asesinarme con un cuchillo en el barrio de Ataba. Era un conocido actor comunista que estaba en uno de los grupos del *Amn el Daula*, el aparato de seguridad del Estado entrenado por los soviéticos.

Mohamed suspiró.

—Tuvimos un rey enviado al exilio; luego una revolución cuyo primer presidente, Mohamed Nagib, fue prisionero de por vida de Nasser tras el golpe de Estado; después sufrimos a Nasser, que acabó muriendo envenenado; luego, a ese títere de Sadat, que pactó con Israel y ahora al mediocre de Mubarak. Pero el Nilo fluye lento y los campesinos siguen con sus bueyes y sus técnicas de los tiempos faraónicos.

* * *

Ustaz Atif nos había conseguido un camión que repartía bombonas de butano para continuar hacia el oasis de Dahla. Al principio, ni a Mohamed ni a mí nos hacía gracia alguna viajar con tan peligrosa carga, pero Hamid, el camionero, de sonrisa franca y ojos expresivos, nos tranquilizó. Además, aquella carretera apenas era frecuentada y no teníamos otra oportunidad a la vista. Había difíciles tramos invadidos por las dunas que requerían mucha pericia. Se trataba del Baher el Raml, el famoso océano de arena que habían descrito viajeros musulmanes y europeos. Una defensa formidable, a lo largo de los siglos, contra los ataques de las hordas del desierto. En aquella región del Sahara, como relata Herodoto, la arena sepultó al ejército de cincuenta mil hombres del rey persa Cambises, que atravesaba el desierto en dirección a Siwa para destruir el insolente oráculo de Amón, que había vaticinado el rápido fin de su dominio sobre Egipto.

Todavía hoy muchos arqueólogos y exploradores sueñan en dar con el ejército de Cambises. La falta de humedad habría preservado los cuerpos de los soldados y sus armas, las monturas, las lujosas tiendas y los enseres de los oficiales.

A medida que nos acercábamos a Dahla, de donde era oriunda su familia, aumentaba el nerviosismo de Mohamed. Era su primera visita y estaba emocionado. Su padre le había contado historias de cuando era niño. Los sanusi, procedentes de Libia, invadieron los oasis egipcios huyendo del ejército italiano. Constituían una cofradía fundada por Sayed Mohamed Ibn Ali al Sanusi durante su peregrinación a La Meca a finales de los años treinta del siglo XIX. El movimiento era una reacción rigorista contra la relajación en las costumbres de quienes se habían desviado del verdadero islam. En 1916 se apoderaron de Mut, la población más importante del oasis de Dahla. En aquella época los Oasis eran lugares remotos y estaban abandonados por El Cairo. Sus habitantes intentaron en vano resistir la invasión y se vieron obligados a pedir auxilio al gobernador británico de Asyut. Las autoridades coloniales no podían tolerar la expansión de aquel movimiento religioso ultraconservador y anticolonialista del que tal vez podría surgir un nuevo «Mahdi», como había ocurrido ya en el Sudán unas décadas antes. Ordenaron, por tanto, el bombardeo de las posiciones tomadas por aquellas cofradías sanusis cuyo avance parecía imparable.

—En aquellos años, mi padre estaba gravemente enfermo —explicó Mohamed—. Era un niño que se había quedado calvo y no podía mover las piernas. Mis abuelos se habían hecho a la idea de que le quedaban pocos meses de vida. Cuando los británicos comenzaron a bombardear las posiciones de los sanusi, aquellos campesinos del remoto oasis creyeron que se trataba del fin del mundo y huyeron despavoridos hacia el palmeral. Nunca habían visto aviones, y los tomaron por pájaros de hierro que escupían fuego. En la confusión, se olvidaron del pequeño desahuciado. Mi abuela contaba que se quedó sin habla y se echó a llorar sin consuelo cuando vio a aquel pobre niño paralítico y moribundo, a quien todos daban casi por muerto, corriendo hacia ellos mientras caían las bombas. «¿Por qué me habéis abandonado?», gritaba. Todos creyeron que se trataba de un milagro. ¡Hacía más de seis meses que había dejado de caminar!

»Con el paso de los años lo casaron, como aún se hace en el campo, con una prima que pronto se quedó embarazada. Mi padre nos contó que eran felices pero el destino quiso que madre e hijo murieran en el parto. Más tarde, sus propios hermanos le arrebataron las tierras y emigró a El Cairo, donde se estableció en el barrio popular de Bab el Shariya. Se volvió a casar y nacimos nosotros.

»Un día, encontró a un esclavo de la familia.

—¿Un esclavo? —pregunté sorprendido.

—Sí. Tras el bombardeo de los ingleses, los habitantes de Mut capturaron a los sanusi que no habían conseguido escapar y los esclavizaron. A él lo dejaron libre al cabo de unos años y se fue a El Cairo a empezar una nueva vida. Ayudó a mi padre a conseguir trabajo en un molino tradicional de harina. Un día, el propietario decidió hacer obras en el local, y para ello, tal como acostumbraban a hacer en aquella época quienes estaban en contacto con la brujería, necesitaban hacer un sacrificio humano y libar la sangre inocente sobre la rueda de moler. Capturaron a un niño de la calle y lo asesinaron de un tajo en el cuello. Mi padre se quedó traumatizado y abandonó el trabajo.

—¡Pero eso va contra el islam! —dijo Hamid, el camionero, dirigiéndose a mí—. ¡Eso no es islam! —repetía horrorizado.

—No, claro que no —aseguraba Mohamed—. Es una antigua costumbre bárbara.

—Algo satánico, sin duda —añadió Hamid.

—Recuerdo una noche —continuó Mohamed—, cuando ya vivíamos en el barrio de Shobra, en que mi padre llegó trastornado. Tenía fuertes temblores y cuando logramos que se calmara, nos contó que había visto cómo unos hombres acuchillaban a otro, una escena que le hizo revivir el horror de aquella pobre criatura sacrificada. Tuvo un acceso de fiebre y estuvo enfermo durante más de cuarenta días. Detestaba El Cairo, pero tenía que sacar a la familia adelante. Consiguió abrir una pequeña tienda de ultramarinos y con mucho esfuerzo nos dio una educación a todos los hijos. Me encantaba cuando nos contaba historias de juventud. Por eso me emociona tanto viajar a los Oasis.

Observé a mi amigo. Tenía los ojos húmedos. ¡Qué privilegio viajar con él a su lugar de origen! «Mohamed, cuéntame más cosas de tu padre», le pedí.

—Un día, cuando él apenas tendría doce años, mi abuelo lo llevó a visitar a unos familiares al pueblo de Balat. A su regreso pasaron cerca del pueblo de Bashandi y mi abuelo dijo: «Aquí viene la gente a buscar momias y oro. Ven, hijo, vamos a ver si nosotros también tenemos suerte». Tras recitar una sura del Corán, comenzaron a excavar. Al poco encontraron un sarcófago en cuyo interior había una momia y objetos valiosos. Mi padre se encaprichó de un broche incrustado de piedras preciosas y mi abuelo, que desconocía el gran valor de aquellos hallazgos arqueológicos, permitió que se lo quedara. Al llegar a casa, su hermano mayor se lo arrebató y fue a ver al señor Nashuani, un antiguo comerciante de sal que se había enriquecido con las antigüedades que vendía a los ingleses. Tenía campesinos que excavaban para él, y a cambio de las valiosas piezas, cuyo precio no

podían ni sospechar y que acabarían en el mercado negro, les daba arroz, azúcar, sal y víveres. No tardó en convertirse en uno de los hombres más ricos de todo Egipto y en alcalde de Mut. ¡Aquel hombre avaro había conseguido la valiosa joya de mi padre por un puñado de té y azúcar!

Hamid detuvo el camión para estirar las piernas y contemplar la vista. El oasis de Dahla se extendía en una gran depresión, con las montañas de Abu Tartur al fondo. El paisaje de acacias recordaba a una sabana africana en tiempos de sequía. Caminamos unos pasos y percibimos a lo lejos el cadáver de una vaca. Estaba momificada por la sequedad y el viento del desierto. Conservaba todavía la piel y en algunas partes se veían los huesos e incluso los órganos internos, brillantes y pulidos por el viento y la arena. Imaginé entonces aquella legendaria ruta de *Dar el Arbain*, jalonada, según contaban los beduinos, por una ristra de esqueletos de camellos y de esclavos que no resistieron las duras condiciones de la travesía. Siniestros mojones de hueso blanco que relucían a la luz de la luna o durante las tormentas de arena y guiaban el camino.

Mi amigo Mohamed Seif

Al llegar al oasis de Dahla, por tratarse de una zona remota del desierto, debimos registrarnos en un puesto militar, donde nos atendió un apuesto capitán. Mohamed dijo que con toda seguridad lo habían destinado al Sahara por ser crítico con el régimen. Los soldados que

tenía de ayudantes eran tan atractivos como él.

—¿No te has dado cuenta? —me dijo Mohamed al salir—. El capitán, en la soledad del desierto, se ha vuelto homosexual y se rodea de chicos guapos con los que sin duda se acuesta. Esto ocurre mucho entre los militares, y aún más si están alejados de sus casas. Mira Kitchener, por ejemplo, bajo cuyo mando estuvo mi abuelo, o el propio Gordon, que murió contra El Mahdi, los dos fueron grandes homosexuales. Quizá no lo fueran antes de entrar en el Ejército, pero como siempre estaban rodeados de hombres y privados de compañía femenina hicieron de la necesidad virtud.

Horno de pan en el poblado de Qalamon

Mut era la capital y debía su nombre a la diosa del cielo de los antiguos egipcios, esposa de Amón, que, protectora, se arqueaba sobre Geb, el dios de la Tierra. La ciudad tenía unos feos arrabales, aunque no tan grandes y agresivos como los de Jarga. Su decaído barrio antiguo todavía conservaba carácter. La familia de Seif nos acogió con forzada hospitalidad. Seif me recordó que no se habían portado bien con su padre. Quizá por eso Mohamed había tardado tantos años en viajar allí.

Los Oasis rezumaban historia, y, a pesar del sustrato copto y posteriormente musulmán, lo faraónico siempre había estado presente. Mohamed, tras visitar una de las coloridas y modestas tumbas cerca de Mut, decoradas con toscos pero bellos dibujos que representaban el culto a la fertilidad, me dijo que, incluso en la actualidad, en todo el

Alto Egipto y en los Oasis, algunas mujeres con problemas para quedarse embarazadas acudían a unos lugares precisos para celebrar antiguos rituales, sin saber que, en aquellos mismos sitios, muchos siglos antes las mujeres habían efectuado parecidas súplicas a los antiguos dioses. Incluso se descubrían a menudo en el subsuelo cámaras dedicadas a Isis, a Menu, el dios lunar y de la vegetación, y a otros dioses menores que proporcionaban a sus fieles la tan ansiada fertilidad.

Me sorprendió la belleza del pueblo de Qalamon, en lo alto de una colina que dominaba un extenso palmeral y un lago de sal con el fondo de las montañas de Abu Tartur difuminadas por el sol del mediodía. Vino a nuestro encuentro el *umda*, o jeque local, que portaba un espantamoscas en la mano. Era calvo y tenía la cabeza redonda y un rostro expresivo con grandes ojos «íberos» como los de Picasso. Tras desayunar en su huerto nos invitó a recorrer el pueblo. Una mujer amasaba y cocía pan en un precioso horno de barro decorado con filigranas. Caminamos entre las callejuelas y desde un minarete se divisaba aquel pueblo intrincado de barro que parecía salido de un sueño. Los materiales de construcción debían de ser los mismos que los de las viviendas del Egipto faraónico: troncos de palmera o de sicomoro a modo de vigas y ladrillos de adobe cocidos al sol. Solo los templos y los monumentos de la realeza o de los sacerdotes estaban construidos en piedra y las casas de adobe no habían resistido el paso del tiempo. Se lo comenté a Mohamed y me dijo: «Estás en lo cierto. Además, el nombre Qalamon debe venir de *"qala"*, ciudadela en árabe, y de "Amón", el dios egipcio. Esta es, nada más y nada menos, que ¡la ciudadela de Amón!».

Al caminar por sus callejuelas sentía una sensación muy especial, como si hubiera penetrado en la lámina de un cuento. Aquella noche, cuando apagamos el quinqué, le dije a Mohamed que no tenía ganas de hablar y me dormí con la imagen del pueblo encantado. Algo que todavía me recuerda divertido mi amigo: «Yo quería comentar contigo todo lo que habíamos visto, pero me dijiste: "Ahora no, Mohamed. ¡Déjame soñar con Qalamon!"».

Otro bello pueblo era Al Qasr, con sus alfareros que moldeaban cuencos y grandes tinajas. También unos curiosos cántaros en forma de dátil alargado. Callejeando, llegamos a una herrería donde unos niños accionaban un gran fuelle y un hombre modelaba herraduras golpeándolas con un mazo contra el yunque. Al instante me vino a la cabeza mi herrero de la infancia. Si Qalamon me recordaba a la antigua Súmer, Al Qasr me hablaba de los primeros tiempos del islam.

Acompañados por uno de los delegados de la Casa de Cultura para la que trabajaba Mohamed, visitamos un hallazgo de sarcófagos de la época ptolemaica depositados en una cueva cerrada por un enrejado.

En aquel país, los descubrimientos eran tan numerosos y frecuentes que, cuando no eran de primera magnitud, preferían enterrarlos de nuevo o guardarlos en un lugar seco. Los museos y los almacenes de Egipto no daban abasto a tanto hallazgo.

Los pueblos de Dahla fueron considerados por Hasan Fathy como los más bellos de todos los Oasis. Los campesinos construían con ladrillos de adobe y, sobre los muros, aplicaban capas de barro fresco que modelaban con sus propias manos, lo que les proporcionaba una textura casi orgánica. En aquellas estrechas callejuelas, uno se sentía como si avanzara por las paredes de un órgano interno que en cualquier momento fuera a echarse a palpitar. La gente era amable y hospitalaria, y las mujeres no desaparecían en las habitaciones posteriores, como en tantos otros lugares de Egipto, sino que lo observaban todo con inquisitivos ojos negros.

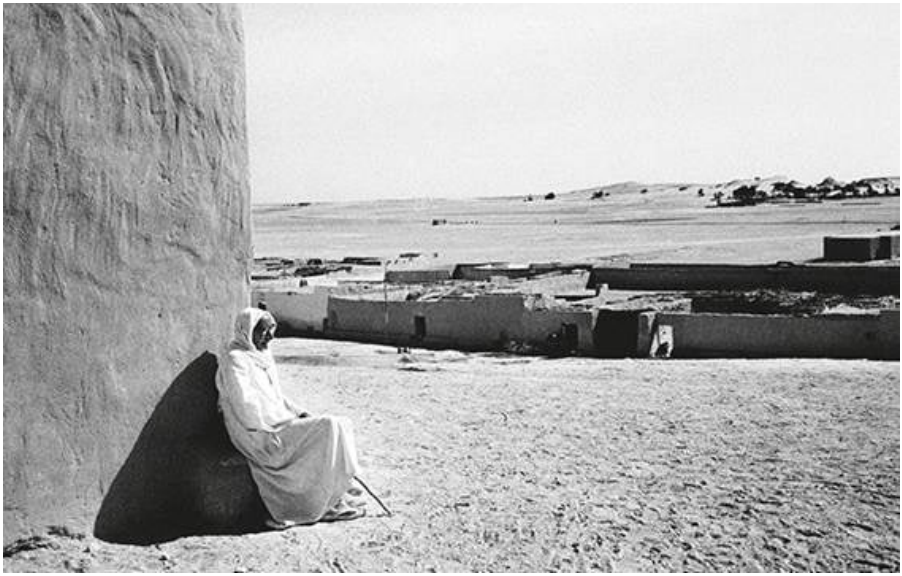
La cordillera de Abu Tartur, siempre en la lejanía, se presentaba gris y uniforme durante el día, pero al atardecer recobraba el volumen y mostraba sus escarpados peñascos de roca negra y brillante entre laderas de arena naranja. En Dahla había cultivos más extensivos que en los otros oasis. Resultaba impresionante ver las grandes manchas de intenso verde de los cereales entre las colinas pedregosas del desierto. En los cementerios se erguían tumbas de santos con la cúpula ojival de adobe, tan querida por Hasan Fathy, que era característica de los Oasis. Muy pocas disponían de estelas, a lo sumo de un pequeño cercado de barro. Casi siempre se trataba de simples montículos de arena sobre los que se depositaba una rama de palmera. A los pies del difunto se abandonaba un cuenco que en determinados días del año se rellenaba de agua que bebían los pájaros.

* * *

Pasados unos días, proseguimos nuestro viaje a Farafra en un camión que hacía el trayecto de noche y, al amanecer llegamos a las puertas de aquel lugar encantado. Mohamed suele recordar mi lectura a viva voz de fragmentos de un libro del historiador egipcio Ahmed Fakhry donde se contaba que Farafra era conocida en tiempos de los faraones como la tierra de Hathor, la diosa vaca, diosa del cielo y de las mujeres, de la fertilidad y del amor. En las estelas de la necrópolis de Tebas, se la denomina Señora de Occidente, es decir, del desierto líbico.

Farafra conservaba parte de su muralla y una gran puerta. A finales del siglo XV, debido a los ataques de los beduinos y de las hordas procedentes de Libia, Sudán e incluso Chad, muchos pueblos de los Oasis se fortificaron. Olvidados de nuevo en el desierto, fueron visitados por los primeros viajeros románticos y sus historias dieron

pie a todo tipo de leyendas.



Anciano de Farafra

Nada más cruzar la gran puerta de Farafra, haciendo honor al antiguo nombre del oasis, apareció una vaquilla que se restregaba contra nosotros como un gato y nos seguía por las callejuelas. A esa hora, la población parecía encantada. «¡Zarzura!», exclamó Mohamed. Un anciano de blanco impoluto, sentado a las afueras del pueblo en un poyo de ladrillo junto a un muro, escrutaba el desierto que se extendía inabarcable. Le dije a mi amigo que era la viva imagen de un profeta y este me explicó que los farfaronis, los habitantes de Farafra, eran muy parcos en sus gustos y no fumaban jamás ni bebían *arrack*, o licor de dátiles, como en otros lugares del desierto. Al igual que los habitantes de Siwa, tenían más sangre beduina y libia que el resto de los uahatíes y eran muy distintos a ellos. Los farfaronis fueron los primeros en acoger las ideas religiosas de los sanusi, que establecieron en la población una importante *zawiya*, un centro de enseñanza. A los niños que parecían tener aptitudes, los enviaban al oasis libio de Jaghub, donde el movimiento tenía su *zawiya* principal.

Se dice que los farfaronis conocían la hora del día por las sombras y la de la noche por la posición de las estrellas. En una ocasión, dado su aislamiento, dudaron del día de la semana en que se encontraban, algo de suma importancia para cumplir con la obligación de la oración del viernes, y se vieron obligados a enviar a un emisario al oasis de Dahla para averiguarlo.

De tanto en tanto, los nómadas hostiles del desierto, que solían ser subsaharianos o beduinos, les robaban cosechas, camellos y animales y raptaban a las mujeres. Cuando podían, los pacíficos farfaronis, que a pesar de su aura de misticismo sabían defenderse, daban caza a los ladrones y recuperaban sus pertenencias. John Gardner Wilkinson, viajero y pionero de la egiptología británica, visitó Farafra en la segunda década del siglo XIX y dice que sus habitantes le contaron que uno de los ataques había sido perpetrado por «negros» procedentes de la legendaria Zarzura.

Caminamos por aquella población que parecía desierta hasta llegar a un antiguo castillo semiderruido, o *qasr*, donde solían refugiarse los farfaronis cuando eran atacados. Todas las familias importantes disponían de una estancia donde guardar, a salvo de ladrones, los excedentes agrícolas. A principios del siglo XX, solo una mujer anciana tenía derecho a dormir en el *qasr* y ella era quien permitía al miembro principal de cada familia acceder a su almacén. Ahmed Fakhry la había fotografiado en los años treinta. Se llamaba Sa'adah. Ahora había una anciana de rostro arrugado que dormitaba junto a su chivo negro de barbas de demonio. Vestía igual que su antecesora en el cargo, y mostraba tan gran parecido a ella, que debía ser hija suya o tal vez nieta. Mohamed intentó averiguarlo, pero no logró comunicarse con la mujer porque su dialecto le resultaba incomprensible.

Con un grupo de campesinos

A medida que transcurría la mañana, fueron apareciendo algunos campesinos en sus asnos camino de los huertos y acompañamos a uno que se dirigía con su hijo pequeño a una poza de agua caliente donde nos desentumecimos de la fría noche. Un poco de pan extraído de su zurrón, miel de Farafra, aceitunas y dátiles constituyeron un maravilloso desayuno para nosotros.

Si en algunos rincones de Jarga, y sobre todo en Dahla, creí acceder a un mundo prohibido, en Farafra estábamos inmersos en él. En un mundo antiguo que aún no se había desvanecido y que me conectaba con los sueños de infancia, con la felicidad que me embargaba ante las viejas fotografías de los libros de geografía humana de mi padre y con las historias que nos contaba Sarah en Villa Rosa. Yo soñaba entonces con los países fabulosos que había tras las montañas azules de los relatos persas. Y, sin duda, Farafra era uno de ellos. En aquel paraíso fuera del tiempo, El Cairo resultaba un lugar extraño y alejado.

Sí. Ahora estaba convencido. Los Oasis serían el tema en el que volcaría todo mi esfuerzo durante los años siguientes. Estaba decidido a aplicar lo aprendido e intuido en mis últimos trabajos para intentar reflejar aquella sensación de ensoñación que sentía. Incluso pensaba en ampliar las copias con tres revelados distintos para obtener una escala cromática de grises amplia e interesante. Porque llevaba solo carretes Tri X en blanco y negro. No me interesaba el color, lo consideraba anecdótico, casi contraproducente para el trabajo que quería hacer. No quería detenerme en la belleza del lugar. Tampoco captar espejismos ni dunas, ni los templos faraónicos semienterrados en la arena. Me interesaba la gente. Pretendía fotografiar a los uahatíes en sus quehaceres cotidianos, no alterados por la modernidad. Huía del orientalismo. El color me hubiera alejado de lo que quería transmitir. Me impuse dos reglas: nunca fotografiaría si yo no estaba involucrado en la escena y solo lo haría cuando estuviera sucediendo algo. Un cambio de luz, una determinada postura o unas figuras en una conversación que me sugirieran una historia. Mi actitud era la del cazador paciente, virtud heredada de mi padre; acaso también de aquel lejano salteador de caminos de ojos rasgados del que, según mi primo Jacinto, todos descendíamos. Buscaba la mejor hora, perseguía las sombras y esperaba el momento mágico para disparar con la Nikon. Quería atrapar el espíritu del lugar y eso solo podía hacerlo en blanco y negro. Quizá era demasiado ambicioso, pero contaba con el arrojo de la juventud, que lo justifica casi todo, y aunque quizá sonara pretencioso, buscaba lo inefable. Y andaba en estas cavilaciones, cuando apareció el emisario del *Umda* de Farafra para que fuéramos a su casa.

Era un anciano elegante que vestía americana negra sobre *yelabía*

del mismo color y se tocaba con un turbante de hilo blanco. Escondía sus ojos cansados tras unas oscuras gafas redondas y se ayudaba de un bastón al caminar. Nos acogió en su casa, donde pasamos unos días. Nos presentó a otros próceres del lugar, a Ustaz Mahmud, orgulloso poseedor de un revólver y algo caciquil, y a Am Sanusi, que a pesar de su nombre no compartía muchas costumbres de la antigua cofradía y fumaba con gusto el narguilé.

Por la noche, el umda de Farafra nos hablaba de las leyendas del desierto, de las «tribus negras» procedentes del Chad y del Sudán, que robaban y esclavizaban a los habitantes. De la ciudad de Zarzura, perdida en las arenas, «una ciudad amurallada, resplandeciente como el cristal y repleta de fabulosos tesoros», contaba, «cuyos habitantes dormían el sueño del encantamiento convertidos en piedra. Toda ella es de mármol y solo la encuentran quienes se pierden durante las tempestades de arena, pero nadie, nadie, nadie, regresa cuerdo de ella», concluía refugiándose en una condescendiente sonrisa que no acertaba a disimular su firme creencia en la leyenda.

20

BAJO LA CONSTELACIÓN DE ESCORPIO

Aquel viaje activó en mí algo tan profundo que regresé a El Cairo siendo otro. Cierto, aquel desierto no era tan espectacular como el del Tassili o el del Teneré, los habitantes no vestían de azul con vistosos ropajes como los tuaregs, ni se tocaban con elegantes turbantes, las mujeres no lucían complicadas joyas de plata o ámbar y los poblados resultaban simples cubículos de adobe comparados con las orgullosas ciudades del Yemen o con Jaisalmer, la perla del desierto del Thar. Y, sin embargo, sentí una atracción por los oasis de Egipto como no había tenido nunca por otro lugar. Me cautivaron la sencillez y el gran valor que se daba a cosas que en nuestra sociedad de la abundancia pasamos por alto. Saborear el agua fresca de un manantial, comparar los frutos de un vergel con los del vecino, mojar una hogaza de pan recién horneado en aceite de oliva prensado en rueda de piedra, preparar té en el suelo con las ramas de un arbusto y perfumarlo con una hierba aromática recién cortada o bañarse en una poza de agua cristalina. Estaba decidido a dedicarle a aquel proyecto fotográfico todo el tiempo que fuera necesario.

Permanecí un tiempo en El Cairo resolviendo asuntos pendientes y negociando con madame Soraya mis futuras y cada vez más espaciadas jornadas de trabajo en el Ministerio de Agricultura. Pero lo que me retuvo, sobre todo, fue la ampliación de copias fotográficas en el lavabo de mi amigo Chant Avedissian. Estaba contento porque algunas de las imágenes se acercaban a la sensación de atemporalidad que buscaba para reflejar aquel mundo tan ajeno al ajetreo de los tiempos modernos.

Muchos años después, al estudiar las hojas de contactos para la revisión del proyecto, me di cuenta de lo austero y parco que era con los disparos. No necesitaba realizar varias tomas de la misma escena, dos intentos me bastaban para transmitir lo que buscaba; es más, a menudo la primera toma era la definitiva. Era algo muy directo. Me movía encuadrando con el visor y, de pronto, ¡zas! Ya lo tenía: había cazado aquel punto en el espacio desde el que la composición cobraba

sentido. Una vez hallado ese punto, cualquier nueva toma resultaba superflua. Pero de no dar con él, no valía la pena disparar, pues el resultado era siempre decepcionante.

Mohamed Seif ya no me acompañaría en futuros viajes porque recibió la triste noticia de que su hijo Karim tenía una leucemia de la que acabaría recuperándose tras múltiples tratamientos y una larga convalecencia. No me costó ni un segundo convencer a Mursi Sultan para que viajara conmigo. A un pícaro como él apenas le tomó media mañana conseguir una baja médica para dejar por un tiempo aquella oficina medio en ruinas. Tras aprovisionarnos «de todo» en nuestro querido y poco recomendable barrio de Bataniya, fuimos a la estación de autobuses desde donde partimos sin fecha de regreso.

Durante el largo viaje conocimos a Mansur, un grandullón que parecía la versión beduina de Gerard Depardieu. Viajaba con su hijo Sami, de apenas diez años. Nos ofreció pan y queso blanco. Acababa de cerrar unos negocios en el mercado de camellos de Imbaba tras visitar a quien él denominaba con especial énfasis «su doctora». Los imaginaba cogidos de la mano, desafiando aturdidos el tráfico de la caótica ciudad, sorteando vehículos en la plaza Ramsés o en el barrio de Bab el Luq, a dos pasos de casa, donde se concentraban las pequeñas clínicas privadas visitadas por los pueblerinos que acudían a la ciudad.

Nos confesó orgulloso que era el último de los camelleros de Bahariya. Sus antepasados habían participado en expediciones por el desierto y conducido a los peregrinos a los puertos del mar Rojo, donde se embarcaban rumbo a Yeda camino de La Meca. Camiones y automóviles habían acabado con las caravanas, por lo que ahora criaba sus camellos para venderlos como animales de tiro o por su carne. Al final del trayecto nos dijo que lo buscáramos al pie de la montaña de Yébel Raba, donde solía acampar con su rebaño.

En Bawiti, la principal población del oasis de Bahariya, sobre una colina que dominaba las casas de adobe, con el fondo del palmeral y las montañas del desierto, se encontraba el único *fonduq* del oasis. Pertenecía a Haj Saleh, un hombre tan feo como simpático que conducía un UAZ, un todoterreno soviético de la época de Jruschov. El establecimiento era muy animado y debía de tener mala fama pues era un secreto a voces que allí se bebía alcohol a pesar de estar prohibido en aquel oasis tan tradicional. Por las noches, lo frecuentaban Anwar Hadun, a quien todo el mundo llamaba Am Anwar, es decir, «tío Anwar», y Am Jairy, «tío Jairy». También se dejaba caer por allí Ahmed, hijo y gran rival de Am Anwar. Padre e hijo se disputaban mi amistad por lo que procuraban no coincidir allí: cuando venía uno, no se presentaba el otro. Ahmed me decía: «No le digas a mi padre que he fumado hachís y he bebido contigo». Exactamente lo mismo me decía

el celoso Am Anwar respecto a su hijo.

Haj Saleh chapurreaba el inglés y conocía algunas palabras en francés y alemán aprendidas de los pocos mochileros que se dejaban caer por el oasis. Los parroquianos decían admirados: «*Bikalam kul el lughat*!» (¡Habla todas las lenguas!). A menudo me invitaba a su casa, donde conocí a su esposa, tan poco agraciada como él. A Haj Saleh lo llamaban «Haj» porque había hecho la peregrinación a La Meca, aunque solía afirmar, ante la mirada escéptica de los asistentes, que a pesar de que se había alejado por un tiempo del buen camino cuando se casara su hija y le diera nietos, haría de nuevo la peregrinación, y esta vez dejaría de beber para siempre y se convertiría en un musulmán de conducta intachable. Nunca dejaría de fumar hachís, afirmaba, porque ni en el Corán ni en ningún hadiz, o dicho del Profeta, constaba que estuviera prohibido. Mursi me explicó que, aunque los textos religiosos no hablaban en términos explícitos del cannabis y sus derivados, muchos estudiosos consideraban que cualquier sustancia que alterara la consciencia era *haram*, o vetada para los creyentes.

Aquel hombre había pasado mucho tiempo en el Sudán conduciendo camiones de una compañía de exploraciones petrolíferas, y por las noches, cuando la cerveza le soltaba la lengua, nos relataba historias que lo habían sorprendido. Contaba que en los pueblos al sur de Jartum preparaban grandes peroles de *meriza*, una bebida alcohólica muy popular hecha de la fermentación de dátiles, mijo y sorgo. Cuando los campesinos querían capturar monos, depositaban un gran cuenco de aquel brebaje bajo un árbol y esperaban a que los simios, atraídos por el olor dulzón, bajaran al suelo para beber hasta emborracharse. Los hombres del pueblo los reducían entonces a golpes y los ataban para venderlos. Todos parecían conocer sus historias, pero no les importaba oírlas una y otra vez. Además, los relatos de aquel hombre tenían el atractivo añadido de irse enriqueciendo y transformando cada vez que los contaba.

Al atardecer, tras la oración del *magreb*, la compañía de electricidad ponía en marcha un ruidoso generador de gasoil que soltaba una pestilente columna de humo negro. Poco antes de la medianoche, tres apagones rápidos y consecutivos advertían que a los diez minutos nos quedaríamos sin luz hasta la noche siguiente. Todos se apresuraban a prender los quinqués de queroseno. Era también el momento en que los habituales del *fonduq* encendían sus anticuadas linternas para emprender el camino de regreso a sus casas. Solo se quedaban Am Jairy, Am Anwar y otros «balas perdidas». Haj Saleh aprovechaba para preparar la *shisha* con la que fumábamos hachís del barrio cairota de Bataniya, suministrado bajo mano, al igual que el alcohol, por uno de los conductores del autobús.

A medida que transcurría la noche, la conversación o, mejor dicho, el divertido monólogo de Haj Saleh se volvía más procaz. Hablaba de los asombrosos atributos masculinos de los pueblos nilóticos o de la piel fresca y suave al tacto de las mujeres etíopes, cuyos pechos eran turgentes «*zay il manga mush mestawia*» (como el mango aún no maduro).

Haj Saleh, Hanan Kamel y unos amigos

Bahariya me fascinó. Los vergeles y huertos, protegidos por un extenso palmeral, eran de una sorprendente belleza y sus habitantes, los más hospitalarios y alegres de todo el desierto. Habíamos llegado en invierno. Las acequias del agua, que brotaba de las entrañas de la tierra a más de cincuenta grados, desprendían columnas de vapor entre los olivos y árboles frutales protegidos por las palmeras. Tanto como la belleza del lugar, me atrajo la afabilidad de la gente, hasta tal punto que decidí utilizar Bahariya como base para mi trabajo sobre los Oasis. Mursi se quedó tan prendado del lugar que pidió el traslado.

Mi hermana Isabel me visitó en más de una ocasión. Y también Hanan Kamel, una estudiante de ópera que frecuentaba el Zahret Al Bustán y que solía comentarme lo difícil que resultaba ser mujer incluso en el entorno intelectual. Debía ir con cuidado para que no la tildaran de «fácil» en aquel mundo tan patriarcal. Se entusiasmó tanto con Bahariya como con las anécdotas de Haj Saleh. También con los manantiales, donde se bañaba con un recatado camisón. Cuando

alguien se acercaba, pasábamos del árabe al inglés para que no advirtieran que era una mujer egipcia que viajaba sola. Mi amiga la arabista Bianca Longhi, con quien compartía mi piso de El Cairo, también solía visitarme y pronto se hizo gran amiga de Haj Saleh y de Am Anwar. Una noche fuimos a bañarnos a un manantial de agua sulfurosa. El lugar era magnífico, bajo las altas palmeras y el cielo de estrellas. Olía a azahar. Cerramos los ojos para relajarnos cuando, de pronto Haj Saleh gritó: «¡Bianca ha desaparecido!». Tras unos momentos de angustia, la rescatamos del fondo y la colocamos sobre el murete que rodeaba el manantial. Mi amiga se había desvanecido por la alta temperatura del agua y las emanaciones de azufre. La luna acariciaba su joven y bello cuerpo, que el camisón, pegado a la piel, no acertaba a ocultar. ¡Respiraba! Cuando por fin abrió los ojos, Haj Saleh exclamó: «¡Una estrella ha caído del cielo!».

Am Jairy, parroquiano habitual de las noches del *fonduq*, lo observaba todo con sus ojos de zorro. Solía repetir frases como: «*Il leil leil, u il nahar, nahar*» (El día es el día y la noche es la noche). Tras una ronda de *shisha*, levantaba el índice en señal de advertencia antes de exclamar: «*Ahama haja, il hedu*» (Lo más importante es la tranquilidad). «*Fahimt izzay*?» (¿Lo has comprendido?). Poseía tierras y vivía en una antigua casa de adobe. A veces me invitaba a comer y, a diferencia de Am Anwar, me presentó a su mujer. Me gustaba acompañarlo a su almazara, donde prensaba las aceitunas con ruedas de piedra. En ocasiones venían sus dos hijos. Yo sentía gran ternura por el más pequeño, que era mudo.

Algunas noches Am Jairy me mostraba un televisor en blanco y negro comprado en El Cairo que cubría con un tapete de fantasía cosido por su esposa. Cuando prendía el aparato la pantalla se llenaba de la característica «nieve» gris. De vez en cuando aparecían unas sombras y exclamaba contento: «¿Lo ves? ¡Funciona! Ya falta poco para que llegue la señal». Con Mursi comentábamos que aquella «señal» lo cambiaría todo para siempre, pues los uahatíes de Bahariya, al ver los culebrones cairotas, descubrirían sus carencias. La publicidad les crearía necesidades superfluas e inalcanzables, llenándoles de frustración. Ocurre siempre lo mismo cuando una cultura frágil y aislada entra en contacto con otra tecnológicamente más avanzada que actúa como un tumor invasivo, como ya había sucedido en la ciudad de Jarga y comenzaba a pasar en Mut. Pero todavía faltaban unos años para que la electricidad, y con ella la televisión, llegaran a Bahariya o a Farafra. Yo pretendía fotografiar a los uahatíes en sus actividades cotidianas, en aquel microcosmos envuelto en un océano de arena. Y lo quería hacer antes de que todo cambiara, de que la gente abandonara sus atuendos, sus útiles de

campo de épocas romanas o faraónicas e incluso sus casas de adobe para trasladarse a tristes viviendas de hormigón o ladrillo industrial.

Un día, Am Jairy me invitó a la ceremonia de circuncisión de su hijo mudo. El ambiente era festivo, como de boda. Las mujeres de la casa habían preparado un festín y de vez en cuando, desde las habitaciones interiores, dejaban escapar sus ululatos a oleadas. Poco a poco, la habitación de los huéspedes se llenaba de hombres mientras el niño miraba a su alrededor aterrorizado, pues sus amigos mayores le habrían contado en qué consistía aquel ritual. Cuando llegó el cheij, Am Jairy me pidió que lo ayudara a sostener a su hijo mientras le subían la *yelabía* y le bajaban los calzones. Sujeté con fuerza al pequeño. Cuando el cheij abrió la caja del instrumental, el niño explotó en un llanto estremecedor. No había para menos, ante aquellos temibles instrumentos quirúrgicos y grandes tijeras que tendrían al menos cien años. El pobrecillo apenas se resistió.

Un tiempo después sorprendí a aquel niño, que yo creía mudo, hablando con su hermano. Debido a su timidez, nunca se atrevió a soltar una palabra delante de mí aunque, cuando me veía, se me enroscaba al cuello. Siempre que iba a viajar a Bahariya, le compraba algún juguete en los puestos callejeros de El Cairo, como un pequeño deportista de plástico que, accionado por cuerda, nadaba dando vueltas en un barreño de agua.

De tarde en tarde, acudía al *fonduq* Latif el jefe de la policía local, un hombre canoso de unos cincuenta años con ojos de lobo que, a pesar de ir siempre mal afeitado, tenía un aire elegante. Me recordaba a Mohamedin, el barquero del Nilo. No bebía alcohol y al igual que sus hombres, era *hashash*, un fumador de hachís. Una noche, dos de sus policías llamaron a la puerta de mi habitación para preguntarme, de parte de Latif, si tenía algo de costo, pues habían agotado sus existencias y el conductor de autobús que hacía pequeños trapicheos estaba indispuesto en El Cairo. Les hice pasar y liamos un porro. Cuando ya se iban, les di la mitad de lo que tenía, por lo que sonrieron de oreja a oreja y se marcharon agradecidos. Al día siguiente vino a buscarme Latif para invitarme a pasar el día con sus hijos al pie de una colina roja, donde fluía un manantial caliente. Su hija Yamila (Bella) destacaba entre sus hermanos. Hacía honor a su nombre pues era una de las adolescentes más atractivas que he visto, de cabellera negra, tez blanca, labios rojos y ojos grises. Latif me agradeció el regalo de la noche anterior. ¡Qué curioso! ¡Me había convertido en camello de la policía!

Se establecieron turnos para el baño y, mientras los hombres dormitábamos a la sombra de las palmeras junto a una acequia, Yamila y sus hermanas chapoteaban en la poza de agua caliente vigiladas por una vieja criada negra, hija de esclavos, según me contó

Haj Saleh.

Desperté rodeado de camellos, algunos tan pequeños que apenas tendrían unas semanas. Junto a ellos estaban el beduino Mansur y su hijo Sami, con un camello blanco de dos días. No habíamos advertido su llegada, ya que los camellos tienen un almohadón carnoso en la planta del pie que amortigua el sonido de sus pasos. Pero sí habíamos sentido el roce apenas perceptible de sus patas con la hierba y los matorrales, confundiéndolo en el sueño con el de una ligera brisa. Había decenas de ellos.

Aziz primo de Ahmed Hadun, Sami hijo de Mansur y Ahmed Hadun

«*Ya jauaga*!», exclamó contento cuando nos abrazamos. Se sentó con nosotros y nos dio a beber leche de camella en un cuenco. Latif me advirtió de que podría provocarme diarrea, si no estaba acostumbrado, pero probé un poco. Era espesa, con un ligero sabor salado. Mursi bebió un poco más y tuvo que refugiarse a toda prisa detrás de un matorral.

Yamila sufrió un desvanecimiento por haberse expuesto demasiado al sol. Mansur encendió entonces un fuego con las ramitas de un arbusto, para calentar aceite de oliva que le aplicó en las sienes mediante enérgicas fricciones. A continuación, pellizcó unos puntos precisos en las cejas y el color regresó a sus mejillas de adolescente. Cuando Latif nos dijo que Mansur era un buen curandero, este confesó que todo lo había aprendido de su «doctora», una anciana beduina del barrio de Imbaba, en El Cairo. Aquella mujer practicaba la antigua

medicina del desierto, que combinaba las incisiones con agujas y el tatuaje con las sangrías y la liberación de flemas y otros humores. Mansur añadió que, en una ocasión, su doctora había salvado la vida al pequeño mediante sangrías en el pecho. Cuando nos despedíamos, nos invitó a pasar unos días con él en el desierto. En la fecha señalada, acudimos a la cita Haj Saleh, Am Jairy, Mursi y yo mismo. Am Anwar no quiso venir a causa de su precario estado de salud. Llegamos a un poblado situado a media hora de Bawiti, pero no advertimos ningún rastro de los animales de Mansur. Cuando ya creíamos que nos habíamos confundido de fecha o de lugar, apareció a lo lejos sobre su camello, seguido de otros cuatro animales. Nos sugirió montar a pelo sin miedo, pues eran camellas seleccionadas para nosotros y muy pacíficas, a diferencia de los impetuosos machos. A una orden suya, los animales se arrodillaron para que pudiéramos subir.

Haj Saleh, Jordi Esteva, Ahmed Hadun, Mursi Sultan, Bianca Longhi y Mansur Nadhi

Al principio, Haj Saleh se resistió pero, cuando vio que la cosa iba en serio y que yo me agarraba a los pelos de la giba, montó su camella a regañadientes. Mansur entonó una melopea hipnótica al ritmo del andar perezoso de las camellas que pareció calmarlas. Yo me abrazaba al cuello de la mía, susurrándole palabras para congraciarme con ella y evitar que se echase a correr o me tirara al suelo. Recorrimos un paraje de negruzcos volcanes extinguidos. No habríamos cabalgado ni

un par de horas, cuando llegamos a un lago de sal cristalizada cuya superficie se rompía como un espejo bajo las pezuñas de nuestros animales. Más tarde aparecieron los primeros arbustos, cada vez más tupidos, que pronto dieron paso a una vegetación de grandes juncos y palmeras asilvestradas, junto a una charca en la que nadaban unas fochas. A una orden de Mansur las camellas se arrodillaron. Quise acariciar a la mía, convencido de habérmela ganado, pero me amenazó con unos dientes enormes desde su boca llena de espuma.

A lo lejos, en el límite del desierto, rumiaba su gran rebaño. ¿Cuántos camellos tendría? ¿Treinta, cincuenta? Caminamos hacia ellos. Mansur dijo que, cuando se acercaba la noche, se alejaban de la vegetación para evitar los mosquitos. Al aproximarnos, advertí que los animales llevaban los tobillos delanteros atados con una cuerda para que no escaparan. Mansur me enseñó a amasar un pan redondo y muy delgado y a cocerlo bajo una fina capa de arena sobre la que depositaba las brasas. Luego, con unas grandes tijeras, me mostró como trasquilar a un gran camello, que, dado el arisco carácter de aquellos animales, se mostraba sorprendentemente afable.

A la puesta de sol todos se alejaron para hacer sus abluciones con el agua de un bidón, excepto el descreído Mursi. El viento silbaba entre las piedras. Se alinearon hacia La Meca y Mansur entonó una emocionante llamada a la oración. Las montañas parecían beberse la última luz del sol tomando el color del vino antes de disolverse en la penumbra. En aquellos momentos, en el desierto, bajo la Vía Láctea, en los que sueño y vigilia se confundían y parecía posible viajar en el tiempo, me embargaba una sensación de beatitud casi física y pensaba en los grandes místicos que buscaron la soledad de las arenas.

—¡Qué lejos está El Cairo! —Mursi rompió el silencio con cara de felicidad.

Encendimos un gran fuego antes de acomodarnos sobre sacos y mantas para beber el famoso té oscuro y fuerte de los Oasis. Sobre las brasas colocaron una gran olla con verduras y pedazos de un ganso salvaje cazado por Mansur. Nos sentamos en círculo alrededor de la gran bandeja de las viandas. Como de costumbre, el anfitrión partió el ave con las manos y nos ofreció los mejores pedazos. Comimos en silencio y al acabar, tras los eructos de rigor, nos lavamos las manos y la boca con el agua del bidón.

Acabada la cena, comenzaron a contar historias. Yo estaba entusiasmado por encontrarme entre personas que aún gozaran con los relatos. Haj Saleh preparó una *shisha* con fuerte hachís que nos pasábamos en un silencio tan solo roto por el sonido de los borbotones de agua de la pipa y las toses ocasionadas por aquel maravilloso humo perfumado que quemaba los pulmones. Ninguno de los beduinos quiso fumar. Mansur habló de unas pequeñas esfinges deterioradas que

había en uno de los patios de Bawiti y de los *yenún* que vivían en las casas deshabitadas del palmeral. Unos eran protectores y otros hostiles, como la *ghula*, una ogresa transformada en una mujer bellísima que seducía a los hombres para devorarlos. Mi amigo el camellero contaba que los suelos de las casas se hundían, desvelando pasadizos y cámaras mortuorias de los antiguos egipcios, y que más de un conocido suyo había encontrado allí joyas y oro. Parecían fabulaciones, pero unos años más tarde, el arqueólogo egipcio Zahi Hawass encontró muchos sarcófagos de la época ptolemaica cubiertos con máscaras, pecheras de oro y objetos valiosos, precisamente en el lugar donde se habían producido aquellos hallazgos fortuitos y que todos conocían en el oasis pero que nadie quería revelar.

Con Ahmed Hadun, su primo Aziz, el viejo 1600 y nuestra tienda. Completa felicidad

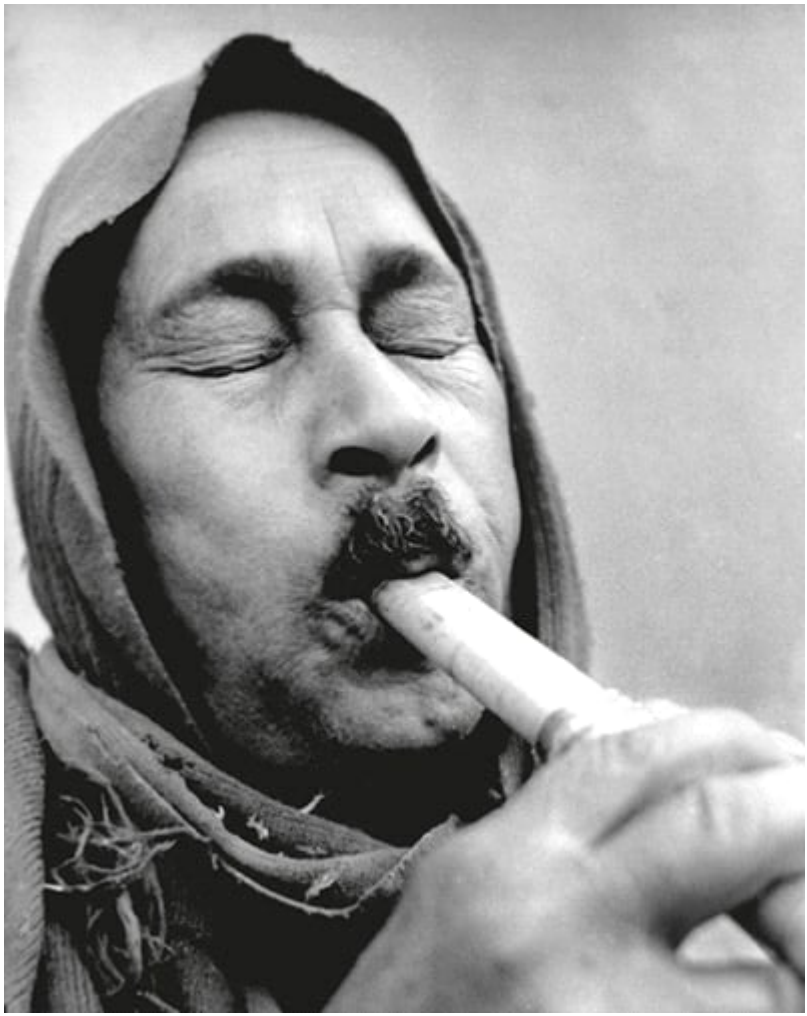
Imaginé que regresaba a la infancia y que en la bola de cristal de la pitonisa de feria me veía a mí mismo en el desierto, tumbado junto a un fuego y rodeado de beduinos. Abrí los ojos. Tendido en la arena, experimenté una vez más aquella sensación de salir despedido hacia el infinito, de tener vértigo al revés. Fue como en la infancia, cuando nos tumbábamos en el tejado del cobertizo de Villa Rosa con mi hermana y nuestra amiga Mari Nuri, para intentar distinguir el *sputnik* soviético de la perrita *Laika*. O como en la playa de Sauakin, en el Sudán, donde decidí salir en busca de los árabes del mar, uno de los sueños de mi primera adolescencia.

* * *

Cuando regresé a El Cairo para revelar los nuevos negativos, pues temía que se estropearan con las altas temperaturas del desierto, y para cumplir con los días de trabajo prometidos a madame Soraya, pensé que sería interesante disponer de un vehículo para poder desplazarme a voluntad por los Oasis. Además, en aquellos lugares tan solitarios, podría recoger a los uahatíes que esperaban el paso de un camión o de un vehículo militar, los acompañaría a sus casas, trabaría amistad con ellos y quizá me permitirían fotografiar su entorno. Corrí la voz y mi amigo del café Riche, el periodista Abdu Guber, me consiguió un viejo y espacioso Fiat 1600.

Pronto comprobé que la adquisición no era una bicoca. Con toda seguridad, aquel coche había sufrido un accidente grave pues tenía los amortiguadores tan deteriorados que, por más veces que lo llevé al taller de Haj Abdelatif, el capo del café Zahret Al Bustán, siempre conservó un aspecto desgarbado, como de animal apaleado. Cargaba además ligeramente hacia el lado izquierdo y la rueda trasera explotó en dos ocasiones cuando circulaba a gran velocidad por las poco transitadas carreteras de los Oasis. La primera vez me temí lo peor, pues perdí el control del vehículo durante largos instantes, aunque conseguí actuar con sangre fría y reducir las marchas sin pisar jamás el freno, hasta que el vehículo se detuvo.

De entre todos los asiduos del *fonduq* de Haj Saleh, Am Anwar y su hijo Ahmed fueron mis mejores amigos y nos hicimos inseparables. Am Anwar era un gran músico que tocaba el *mizmar*, un curioso instrumento de viento que sonaba como una chirimía distorsionada. Cuando lo tocaba, parecía que lo acompañara un segundo músico, en un registro más grave. Se escuchaban dos voces a la vez, quizá por diseño de ese instrumento, parecido a la flauta doble de las danzarinas de los relieves egipcios.



Am Anwar tocando el *mizmar*

Como tantos habitantes de los Oasis, Am Anwar desconocía su edad. Nació en una época y en un lugar en que no tenía la menor importancia. Debía rondar los sesenta, a juzgar por las canas y la edad de sus hijos mayores. No sentía la menor curiosidad por conocer «lo de ahí afuera» porque todo cuanto llegaba del valle del Nilo destruía las costumbres y el equilibrio centenario de los Oasis. A diferencia de la mayoría de los egipcios, no soportaba a Um Kulzum porque le parecían ridículas las historias y los sufrimientos provocados por el amor. En los Oasis, los matrimonios estaban concertados casi desde el día del nacimiento de los futuros cónyuges, que solían ser primos. Raras eran las ocasiones en que dos jóvenes podían verse a solas o que pretendieran esposarse contra la voluntad de la familia. El mundo de

los hombres y el de las mujeres estaban radicalmente separados. Ellas reinaban en el interior de las casas. Ellos ni siquiera comían o cenaban con sus esposas, quedando reducida la intimidad a la de la alcoba. De todos mis amigos de los Oasis, tan solo pude conocer a la mujer de Haj Saleh y a la de Am Jairy, porque eran hombres más modernos.

Con Haj Mairy y Am Anwar en los extremos y unos familiares

Las canciones de los Oasis hablan sobre todo de lealtad entre amigos, más que de amor. Cuando se centran en un tema amoroso, solo aluden a momentos robados, como el de un admirador escondido entre las matas que queda prendado de la belleza de una joven que va a buscar agua. En la poesía árabe se canta el amor imposible, el más elevado de todos, el famoso amor hudrí; pero en los Oasis no existía ese tipo de amor. Am Anwar se reía de Um Kulzum cuando oía frases como «lejos de ti tan solo tengo lágrimas».

Mi amigo era muy celoso. Cuando yo llegaba al oasis de Bahariya, debía visitarlo antes que a nadie para que no se ofendiera. De lo contrario se expresaba tan solo con monosílabos durante un buen rato. A pesar de sus escasos recursos, siempre procuraba agasajarme con una buena cena. Nos sentábamos entonces sobre una estera, en un cubículo de adobe donde la ventana enmarcaba una esbelta palmera rebosante de dátiles. De vez en cuando, el borrico Simsim se asomaba por la ventana como si quisiera participar en el encuentro. «Una noche», contaba Am Anwar, mientras su hijo Amr escanciaba agua de

rosas sobre las manos de un comensal, «Simsim metió la cabeza y soltó tal rebuzno que se me cayó al suelo la *sultanía* con el estofado».

Tras la cena solían acudir amigos. Am Anwar contaba entonces historias picantes o se iniciaban discusiones sobre temas prácticos de convivencia, como los problemas del reparto del agua. Cuando se producía un silencio en la conversación, uno de ellos dejaba escapar suspirando un «*La ilah ila Allah*» (solo existe un Dios), a lo que otro contestaba «*Mohamed Rasul Allah*» (Y Mahoma es su Profeta). Todo ello constituye la profesión de fe del islam, siendo considerado musulmán quien pronuncia estas frases. En una ocasión, tras un suspiro de Am Anwar, le di la réplica sin darme cuenta: «*Mohamed Rasul Allah*». Todos se quedaron con la boca abierta. «¡El nazareno acaba de convertirse al islam!», exclamó un hombre de barba luenga y visible callosidad, la *zibziba*, en la frente. Yo no sabía cómo salir del apuro pero Am Anwar acudió en mi ayuda: «*Zae badu, Bilah Lazim, il nazrani da ahsan min jomsumit muslimin*!» (¡Por Dios! ¡Qué más da! ¡Este nazareno es mejor que quinientos musulmanes!).

Acabado el ágape, Am Anwar, siempre celoso de sus hijos, consentía que entraran en la habitación, pero estos, en señal de respeto, nunca fumaban ante él. Más tarde caminábamos hasta alguna poza de aguas calientes y sulfurosas que manaban de las profundidades. Bebíamos cervezas o *arrack* y fumábamos hachís. A la luz de la luna, cobijados por las palmeras, nos bañábamos en aquellas aguas medicinales sin más preocupación que la de contar estrellas fugaces.

Aunque era el músico más apreciado de los oasis de Bahariya y Farafra, alguna poderosa razón le impedía tocar con frecuencia, porque cuando tocaba el *mizmar* se acordaba de su primogénito fallecido, que solía acompañarle a la percusión con una especie de *darbuka*, también llamada *tabla baladi*. Cuando corría la voz de que Am Awar iba a tocar, el pueblo entero acudía con sus grandes *radiocassettes* forradas de telas chillonas para grabarle. Si le llamaban de poblados alejados, sonreía de oreja a oreja olvidando todos los pesares pues le aguardaban días de camaradería y aventura. Regresaba a casa victorioso, cargado de miel, dátiles, aceitunas y un sinfín de anécdotas con las que encandilar a grandes y pequeños.

Yo lo acompañaba en su recorrido por los poblados del oasis de Bahariya. Habíamos formado un tándem que nos beneficiaba a los dos. Cuando llegábamos a un poblado, mientras Am Anwar desplegaba una vieja balanza romana, acompañado de su hijo Amr pero casi nunca de Ahmed, que siempre quería mostrar su espíritu independiente, yo recorría las callejuelas gritando a pleno pulmón: «*Nishtere shabashib bi jamastasher ersh, u alumonia qadima bi etnasher*!» (¡Compramos chancletas rotas por quince piastras y viejos platos de aluminio a doce!). Y su hijo Amr, que ya apuntaba maneras de pícaro, me daba la réplica con una voz chillona que me reventaba los oídos.

Nuestra llegada parecía devolver la vida a aquellos pueblos de barro aletargados bajo el sol. Como por encantamiento, se abrían las sencillas puertas de madera, con bellos y grandes cerrojos, y aparecían en el umbral mujeres de negro que mordisqueaban el velo para cubrir a medias su rostro. Las más coquetas dejaban escapar un mechón de cabello, lustrado con aceite de oliva en el caso de las jóvenes, teñido de naranja por la alheña, las ancianas. Muchas se adornaban con un gran aro de oro que les taladraba la nariz y con collares de cuentas del mismo metal, parecidos a las joyas de la época faraónica. Tras el asombro inicial ante aquel *jauaga* que se expresaba en árabe imitando el acento de los Oasis, las mujeres desaparecían en el interior de las casas para salir, al poco, con chancletas y platos viejos. A cambio de mi trabajo como eficaz reclamo publicitario, Am Anwar, que nunca me presentó a su mujer ni me permitió ver el rostro de sus hijas, que ni siquiera me dejó saludarlas al estilo de Bahariya, hacía todo lo posible para que pudiera fotografiar a las mujeres de los demás.

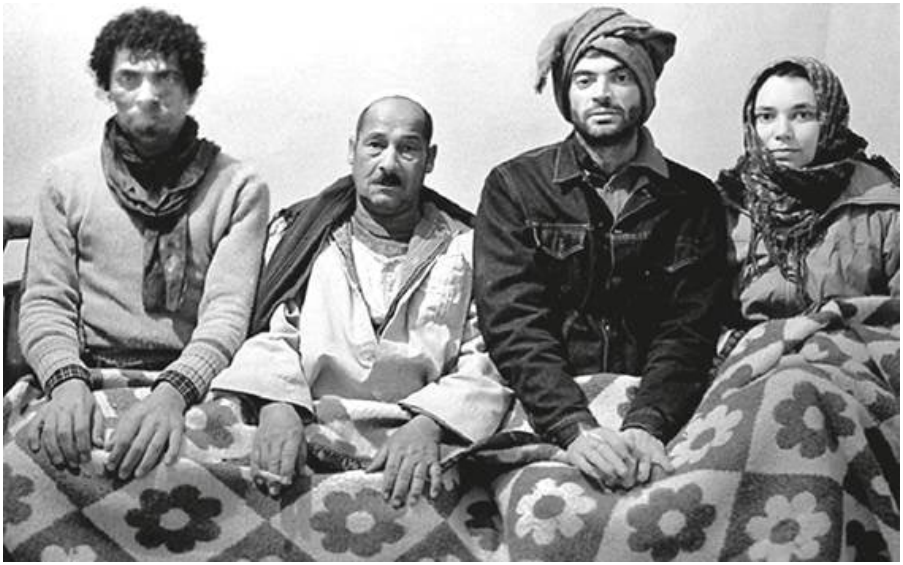
Tras pesar aquellos pedazos de plástico y los platos de aluminio a mis ojos inservibles, comenzaba un intenso regateo que formaba parte de un ritual. Nos obsequiaban con té y dátiles y compartíamos la comida. Nadie se atrevía a discutir con mi amigo, el gran músico y buhonero. Cuchicheaba a mi oído: «Esta es Faiza, Hoda o Samira, con

todas ellas estuve a punto de casarme, luego iremos a sus casas. Seguro que me regalarán un buen saco de alfalfa para mi asno *Simsim* u orejones para la sopa. Esta es Haja Sakina, acabó con el zoquete de Mahmud. Si le decimos que los dátiles del pueblo vecino son mejores, seguro que nos regalará unos pocos kilos para sacarnos de nuestro lamentable error».

Me contó que una madrugada, mientras Haja Sakina hacía las abluciones íntimas tal como prescribe el islam tras una noche de pasión, un escorpión escondido en el paño la picó precisamente en el sexo. Comenzó a gritar de dolor. Sus familiares y vecinos la rodeaban. «*Garasitki feen*?» (¿Dónde te ha picado?). «*Garasitki feen*?», repetían. Pero la pobre mujer no se atrevía a contar lo sucedido. Su marido quiso llamar al *rifai*, el curandero religioso que libera los hogares de serpientes, alacranes y arañas. Hacía masajes con ungüentos de hierbas que aliviaban el dolor. Cuando aquel hombre le preguntó dónde le había picado, ella contestó: «*Mush qader aqul*!» (¡No lo puedo decir!). Haj Saleh, estalló en carcajadas al escuchar la historia, que no se cansaba de repetir y exclamaba: «¿Dónde te ha picado?» (*Garasitki Feen?*), un latiguillo que solo unos pocos comprendíamos y al que respondíamos: «*Mush qader aqul*!» (¡No lo puedo decir!). Palabras mágicas que afianzaban nuestros lazos de amistad porque nos hacían sentir cómplices.

Ahmed había heredado el carácter de su padre. Aunque no tenía talento para el *mizmar* poseía una bella voz. Nos hicimos muy amigos. Recuerdo las noches de luna llena, cuando la luz era tan fuerte que se apreciaban los colores, fumando la *shisha* en el tejado del *fonduq*. Me contaba de sus viajes por la zona de Marsa Matruh con dos o tres compañeros, fumando y tocando música beduina. Me llamaba la atención su manera de ver la vida que, salvando las diferencias culturales, me recordaba a la Beat Generation, a algún héroe de John Fante o a los pícaros de *Tortilla Flat*, la novela de Steinbeck, una de las favoritas de Mursi. Ahmed detestaba la vida convencional, quería vivir errante, en la carretera, disfrutando el momento, sin comprometerse ni pensar en el mañana. Los beduinos Daoud el Malaki y Abu Awab, de la zona de Marsa Matruh, eran sus intérpretes favoritos y me contagió su afición por ambos. Uno se acompañaba del *mizmar*, al igual que el padre de Ahmed, el otro prefería la simsimía. Ahmed conducía muy bien por lo que yo le cedía el volante de mi Fiat 1600, sobre todo en los tramos arenosos. Con su pericia, aprendida en el Ejército, casi lo convertía en un todoterreno. Visitábamos lugares alejados, donde solíamos pasar un par de días. Su colaboración fue muy valiosa para mis fotografías pues facilitó mi acercamiento a la gente y a su modo de vida.

* * *



Assem Sharaf, Am Anwar, Jordi Esteva y Bianca Longhi. Una noche de frío intenso

Ningún lugar de aquel extenso oasis me impresionó tanto como Al Hayz, cuyas casas de adobe, erigidas sobre unas formaciones rocosas rodeadas de un extenso palmeral, se reflejaban en un gran estanque donde nadaban patos y gansos. En la distancia se extendía el llamado Desierto Negro, salpicado de volcanes extintos cubiertos de piedras negras. Am Anwar me presentó a Haj Mairy, un anciano de noventa años que conservaba una agilidad pasmosa. Solíamos dormir en su casa y nos mostraba orgulloso sus vergeles, que rebosaban de dátiles, granados, naranjos y olivos. Nos contaba que había devuelto la vida a aquel lugar idílico cuyos pozos se habían secado en su juventud, obligándole a emigrar a El Cairo. Pasado un tiempo, cuando consiguió unos pocos ahorros, reunió a unos cuantos jornaleros y, con la ayuda de un primitivo artilugio para cavar pozos a gran profundidad, halló agua de nuevo. En aquel lugar fantaseaba yo con construirme un refugio.

No muy lejos de allí, se adivinaban los vestigios de cultivos antiguos, de cuando Egipto era el granero de Roma, que fueron abandonados en la Edad Media al secarse los pozos. Todavía se percibían los trazados de las acequias. En sus inmediaciones, se levantaban los restos del muro de un campamento militar romano y de una basílica cristiana dedicada a san Jorge o Mari Guirguis. Había sido un lugar muy importante. Un día, buscando pedazos de cerámica

con Ahmed, encontramos restos de huesos muy blancos esparcidos entre tamariscos y arbustos espinosos. Muy pronto nos dimos cuenta de que eran humanos, cuando distinguimos calaveras y cabezas de fémur. Anochecía y el viento silbaba cada vez con mayor fuerza. Dedos de arena corrían entre aquellos huesos que parecían brillar con luz propia. Echamos instintivamente a correr, como hacía de pequeño con el *nano* «agitanado» cuando uno de los dos decía haber visto una presencia en la ventana del falso castillo medieval, junto al río turbulento que fluía cerca de Villa Rosa. Según me contaron, un tiempo después, se trataba de un antiguo cementerio copto expoliado por buscadores de las decoradas mortajas con las que los cristianos antiguos de Egipto enterraban a sus muertos. Telas que alcanzaban precios extraordinarios en el mercado negro de antigüedades.

En los Oasis, me movía con una familiaridad que se vio acrecentada con la relectura de *Don Quijote*, durante una enfermedad que el médico del destacamento militar cercano no me supo diagnosticar. Pasé diez días en el *fonduq* de Haj Saleh, cuidado por el beduino Mansur y sus pócimas, con fuertes accesos de fiebre pero disfrutando con aquella lectura que me remitía a lo que yo mismo estaba viviendo allí. Las almazaras del aceite, las tahonas de piedra para moler la harina, los hornos de pan, los útiles del campo y de barbería, las forjas humeantes, las tinajas de agua fresca en los callejones o los pícaros como mi amigo Am Anwar. Salvando las distancias entre Islam y Cristiandad, se me antojaban dos modos de vivir y de entender el mundo muy parecidos.

Qué alegres días de camaradería y gozo, cuando Am Anwar, Haj Saleh y unos cuantos amigos de Bahariya fuimos invitados por Ustaz Mahmud, cacique de Farafra, a la boda de su primogénito. Aquel hombre apreciaba la música y su generosidad con los artistas era conocida por todos. Preparamos la expedición cargando el portamaletas de mi coche con algo de leña, mantas, almohadones, algunos utensilios de cocina y comida. En el viejo Jeep soviético de Haj Saleh, dispusimos bidones de agua y gallinas que sacrificar y asar por el camino. Pensábamos montar una fiesta en el Desierto Blanco, un lugar de belleza espectral, con enormes y caprichosas formaciones calcáreas que semejaban grandes saurios, esfinges o huevos de aves monstruosas. La tierra estaba tapizada de piedras ferruginosas que parecían clavos. Mientras preparaban un fuego en el que cocinar, Ahmed, el hijo de Am Anwar, y yo estuvimos un buen rato buscando entre los guijarros. Hallamos un extraño mineral que recordaba a una Venus paleolítica de senos y nalgas prominentes.

Mansur y sus beduinos

Una vez acabado el suculento estofado, Haj Saleh preparó la *shisha* y Anwar sacó el *mizmar* de su zurrón. Tras mojar la boquilla, inició una lenta introducción. Con aquel profundo lamento, un verdadero «quejío», mi amigo parecía convocar a los *yenún* del desierto. Apoyado sobre un saco frente al fuego, sentí un intenso escalofrío al escuchar aquel sonido hipnótico. Am Anwar, con unas pocas notas que sostenía hasta lo imposible, tocaba una melodía tan antigua como la historia de los Oasis.

De pronto, cuando mi amigo aceleró el ritmo, todos soltaron al unísono un estremecedor «¡Alá!». Acompañaban las notas, ahora rápidas, con lo que tenían a mano; entrechocaban platos de aluminio, percutían cucharas en botellas de cerveza o golpeaban los bidones con las manos. Estábamos extasiados. La constelación de Escorpio, con sus pinzas bien definidas, brillaba sobre el contorno de las montañas. A partir de aquel día, la buscaría en todos mis viajes; cuando llegaba a un lugar de cielo nítido, no me quedaba tranquilo hasta que lograba identificarla.

Me sentía feliz entre aquellos hombres del desierto, en plena noche estrellada, sin ataduras ni añoranza alguna. Mi casa era aquella, adonde me había llevado mi impulso nómada. «Un día me iré y no me veréis más», repetía de niño. Así lo hice y por fin había llegado, ahora lo sabía, donde siempre había querido estar, siguiendo la llamada de los zíngaros de la infancia que me hacían soñar con sus películas de aventuras y su espíritu libre y errante.

Aquella noche, en el Desierto Blanco, el tiempo se detuvo. Lágrimas de felicidad inundaron mis ojos. Viví un momento de gracia solo comparable al lejano amanecer de la infancia en el que, desde la ventana de mi cuarto, en Villa Rosa, contemplé los rayos del sol abriéndose paso entre una neblina azulada para teñir de oro el olivo donde se posó aquella oropéndola amarilla y negra.

21

EL OASIS DE AMÓN

Vista de Arghumi

Durante años, el nombre de Siwa, al igual que los de Samarkanda, Zanzíbar o Tombuctú, había despertado en mí el deseo de partir. Siwa, conocida en la Antigüedad como el oasis de Amón-Zeus, era un destino difícil por su cercanía a una levantisca Libia que, por aquellos tiempos, vivía la Revolución Verde de Gadafi. El oasis se hallaba bajo una jurisdicción especial, por lo que el acceso estaba vedado incluso a los egipcios. Tan solo los beduinos de Marsa Matruh podían desplazarse allí para intercambiar tapices de lana, cabras y ovejas por aceite y dátiles. Se trata del enclave más oriental de la cultura bereber, propia de los territorios situados en el occidente del islam, y el idioma de sus habitantes proviene de un tronco lingüístico distinto al árabe.

En aquella época, los militares comenzaban a conceder, a cuentagotas, permisos de visita de tan solo tres días, por lo que solicité la inestimable ayuda de Adrián Rodríguez, director del Centro Cultural Español, que movió cielo y tierra y echó mano de sus contactos con intelectuales allegados al gobierno. Me acompañó varias mañanas a los despachos militares hasta que conseguí un insólito permiso para permanecer dos meses en Siwa. Por su parte, Mohamed Seif había contactado además con la Casa de Cultura local para que me consiguieran una invitación oficial, lo que representaba una presión más sobre los responsables del Ejército.

Tras poner a punto mi coche en el taller del callejón del Zahret Al Bustán, tomé la carretera del desierto hacia el Mediterráneo para dirigirme a Marsa Matruh, donde llegué entrada la noche. Como la señora griega del Fonduq Rio aún estaba despierta, le ordenó al criado nubio que cogiera *les bagages* de «*monsieur* Georges» y le acompañara a su «habitación de siempre». «Mounir le llevará un *casse-croûte* (tentempié)», dijo. Pasados unos minutos, di cuenta de pan reseco, feta amarillento y arrugadas aceitunas. Triste resopón, que en francés había sonado apetecible y elegante.

Al día siguiente, emprendí el viaje a Siwa. Me palpé el bolsillo. Sí, conservaba la recomendación que mi amigo Am Anwar, del oasis de Bahariya, había escrito para su antiguo patrono, Yusif Mansur. En el desierto, las cartas obraban maravillas. Lograban abrir las puertas de una población obsesionada por la genealogía y la pertenencia al clan. El saludo habitual era: «*Inta min min*?» (¿Tú de quién eres?). Am Anwar había trabajado para Yusif en la recogida del dátil y la aceituna. Recordaba aún la lengua siwi de la que me enseñó la treintena de palabras no olvidadas, como *agursini* (perro) o *aman somatem* (agua fría). Cuando le dije que quería visitar el oasis de Siwa, escribió una larga carta sin saber si su amigo estaría vivo o muerto, pues no había vuelto a tener noticias de él.

Tras dejar Marsa Matruh, la escasa vegetación de pequeños árboles frutales y olivos dio paso a campos pedregosos donde sobrevivían retorcidas higueras y pastaban pequeños rebaños. Las pastorcillas beduinas ponían en vereda, con certeras pedradas, a las cabras que intentaban alcanzar los higos alzándose sobre las patas traseras. Los camellos rumiaban junto a las toscas tiendas de lana del clan de los Awlad Ali. A los pocos kilómetros todo se volvió aún más seco. De vez en cuando un conejo cruzaba la carretera mientras un halcón oteaba desde lo alto. Pronto alcancé un páramo donde el viento hacía rodar matas de espinos y levantaba pequeños torbellinos de arena que succionaban cuanto encontraban a su paso. Giraban sobre sí mismos como peonzas corriendo por el desierto hasta chocar con una piedra grande y descargar cuanto arrastraban. Los beduinos decían que se

trataba de *efrits* o duendecillos. Pasado un tiempo, el terreno comenzó a elevarse y a convertirse en un desierto gris y pedregoso, entristecido aún más por veloces nubarrones del Mediterráneo, que parecían a punto de dejar caer una lluvia siempre postergada.

A menudo debía apartarme para dejar vía libre a los convoyes militares. Los puestos de control eran constantes y, cada vez que mostraba el salvoconducto, debía reiterar los motivos de mi viaje a Siwa, como si la carta del Ejército y la de la Casa de Cultura no fueran suficientes. Tampoco podía rechazar el té que se me ofrecía, por lo que, cada vez, me quedaba un rato con aquellos soldados aburridos, derretidos de calor en sus tristes cubículos de adobe.

Por fin, el sol consiguió vencer a las nubes y el bochorno se hizo aún más intenso. Me paré a mitad del trayecto en un sencillo puesto de té, un chamizo con fogones de barro en los que humeaban un par de peroles con estofado y una gran tetera ennegrecida. Allí solían detenerse, a pasar las horas de calor, los camiones militares y los Jeeps que transportaban petróleo o soldados. Tendidos en las esteras beduinas, todos esperábamos a que bajara el sol para continuar.

Al mediodía, un soldado entonó la llamada a la oración que, a excepción de unos pocos cristianos coptos, todos atendieron. Se dispusieron a hacer las abluciones prescritas: se lavaron manos, cara y pies con el agua de un gran bidón bajo otro chamizo cercano. Con las botas en la mano, caminaron de puntillas para no quemarse en la arena hasta colocarse tras el soldado que dirigía la oración. Se me acercó un capitán copto para charlar un rato.

Le intrigaba la presencia de un *jauaga* en aquel lugar tan remoto. Le conté que recorría los Oasis haciendo fotografías de los habitantes. Quedó sorprendido por mi interés por esas gentes «atrasadas y analfabetas» que se expresaban en una jerga incomprensible, en un entorno, además, lleno de las moscas más pegajosas de todo Egipto. No pude resistirme a replicarle: «He recorrido casi todos los Oasis. He conocido allí a grandes músicos populares y a ancianos muy sabios. Son grandes narradores de historias y expertos en medicina tradicional. Hay mucho que aprender de ellos aunque desconozcan el mundo exterior o la vida moderna. Me gusta escuchar sus historias alrededor de un fuego».

El militar me miraba con ojos de asombro, que se fueron cerrando poco a poco hasta que se quedó dormido. Cuando regresaron sus compañeros, se tendieron sobre las esteras. El lugar se convirtió enseguida en un concierto de ronquidos que no logró acallar la música beduina de la *radiocassette* del empleado del chamizo. Arropado con el sonido hipnótico del *mizmar*, me cubrí el rostro con un pañuelo para evitar la luz y las moscas que se paseaban por mi cara. Dormí feliz, cansado por el viaje y las emociones. Lo hice tan profundamente que,

cuando desperté, los militares ya se habían ido. «Aquel capitán que habló con usted le ha dejado esto», me dijo el chico de los tés alargándome una bolsa con dátiles, pan beduino y el llamado *gibna qadima* o queso viejo. También una estampa de san Bishoy, un asceta muy querido por los coptos que vivió en una cueva en Wadi Natrun. Tenía visiones, en una de las cuales se le apareció Jesucristo de anciano. Mientras le lavaba los pies en señal de bienvenida, Bishoy reconoció en él al hijo de Dios. Este consintió en que bebiera el agua de la palangana, a lo que los seguidores del santo atribuyen que su cuerpo permanezca hasta hoy incorrupto.

Como se me estaba haciendo tarde, empecé a considerar la posibilidad de quedarme allí, pero el encargado me rogó que llevara a Siwa a un hombre mayor que rezaba la oración vespertina del *fagr*. Acepté, solía hacerlo. Además, no quería conducir solo en el desierto y menos de noche. Era siwi y su árabe era precario. Caía la noche cuando aparecieron los jerbos, llamados también ratas canguro, unos divertidos roedores que se movían a saltos sobre sus alargadas patas traseras. En un par de ocasiones quedaron deslumbrados por los faros unos bellos fénec, los pequeños zorros del desierto, de color claro y hocico pronunciado. La conversación era casi imposible, por lo que mi acompañante se durmió al cabo de un rato. En algunos tramos la carretera parecía cuajada de pequeñas luces. Eran los ojos de grandes escorpiones, de cacería nocturna, que devolvían la luz de los faros del coche.

Superado el último control militar, la carretera comenzó a descender hacia la depresión en la que se encontraba el oasis. Puse una de aquellas *cassettes* beduinas que me había regalado mi amigo Ahmed y la melopea hipnótica me hizo apreciar cada segundo del descenso al soñado oasis de Siwa. Mi acompañante seguía durmiendo. Paré el motor antes de apearme. La luz de una luna menguante, aún poderosa, se abrió paso entre los nubarrones. Como en una aparición, surgieron grandes formaciones de rocas calcáreas. Gigantescos paralelepípedos, conos, pirámides y otras formas geométricas que me parecieron perfectas, como caprichos de los dioses arrojados sobre el océano negro de palmeras y lagos de sal cristalizada, resplandecientes a la luz de la luna.

Pasé el resto de la noche en casa de mi acompañante. Una sólida casona de adobe de pisos, con muros muy gruesos. Dormí en la sala de invitados. Por la ventana contemplaba, alzada sobre una colina, la derruida ciudadela que recordaba a un gigantesco termitero. Una inesperada lluvia en 1926 había disuelto el adobe de alto contenido en sal como si fuera caramelo. Al fulgor de la luna creí encontrarme en la encantada Zarzura.

* * *

Las noticias volaban en el oasis. Apenas se levantaba el día, cuando la policía vino a buscarme. Les mostré mi permiso y me alertaron de la prohibición de dormir en las casas de los siwies. Prefería no alojarme en la impersonal *Guest House* del gobierno, algo alejada del centro, por lo que opté por el único *fonduq* del oasis, un lugar espartano y limpio. Allí me alojé en compañía de un maestro de escuela y un cheij de la mezquita de Al Azhar que velaba por evitar la recaída de los siwies en sus «depravadas costumbres». Era *vox populi* que, desde tiempos inmemoriales, los varones «practicaban la sodomía» entre ellos, como los hombres de Lot. Desde mi ventana dominaba el zoco y la antigua ciudadela derruida.

Me resultó fácil encontrar a Yusif, el antiguo patrono de mi amigo Am Anwar. Le conté el motivo de mi estancia en Siwa y me ayudó en todo momento. Me sorprendieron los rasgos físicos de los siwies pues algunos eran pelirrojos de ojos azules, otros parecidos a los bereberes, y abundaban los africanos descendientes de esclavos, una de cuyas rutas pasaba por el oasis antes de acabar en el Mediterráneo.

No se veían mujeres en el espacio público. Apenas unas sombras cubiertas de negro que salían precipitadamente por una puerta para desaparecer por otra. Ni siquiera acudían al zoco, donde eran los hombres quienes hacían las compras. En Siwa, al igual que en el Yemen, la desigualdad entre los sexos era disparatada y la comparación de la condición de las mujeres siwies, reducidas prácticamente a la esclavitud, con la de sus hermanas, ya no hablo de las de Alejandría o de El Cairo sino de las de los otros oasis, resultaba deprimente.

Según relata el historiador Ahmed Fakhry, cuando una mujer siwi enviudaba, recibía el nombre de *ghula*, aquella temida ogresa de la que ya había oído hablar en Bahariya, que se acercaba con malas artes a los hombres para devorarlos. Desde el momento en que el marido era enterrado, todos evitaban el contacto visual con la viuda porque su mirada traía el infortunio. Las mujeres la llevaban a una poza, la despojaban de joyas y vestidos y, tras un baño ritual, la vestían de blanco, el color del luto. A partir de ese momento debía vivir recluida durante cuatro meses. Una anciana le llevaba comida y bebida una vez al día. Al resto de los familiares solo les estaba permitido hablar con ella a través de una puerta cerrada. Durante esos meses no podía cambiarse de ropa, lavarse o peinarse, ni aplicarse kohl en los ojos o ponerse joya alguna. Además, nadie debía mirarla a los ojos durante un año. Acabado aquel duro período de luto, la mujer podía casarse de nuevo.

Cada mañana acompañaba a Yusif en su carreta hasta los vergeles,

al encuentro de sus *zagalah*, como llamaban en siwi a los aparceros. Trepábamos a las datileras y yo ayudaba también a recolectar aceitunas. Desayunábamos pan recién hecho, queso blanco y olivas, y, cómo no, los renombrados dátiles de Siwa, tan dulces que parecían confitados. Sobre unas ramas humeaba siempre una gran tetera. Tendido en la estera, veía el cielo azul enmarcado entre palmeras.

Un joven *zagal* se encaramaba a una palmera, otro recogía aceitunas, mientras los demás seleccionaban dátiles para cargarlos en las alforjas o quemaban rastrojos. Yo les ayudaba y ellos me enseñaban. Reíamos. A menudo, el palmeral permanecía en un silencio que apenas quebraban el intermitente canto de los pájaros, el sonido de las hojas en la brisa o inesperados rebuznos. De vez en cuando, la bella voz de un *zagal* llenaba el aire con estrofas melancólicas que otro retomaba desde su palmera, y así sucesivamente hasta que todos callaban a un tiempo y el palmeral quedaba de nuevo hechizado. A pesar de cierta familiaridad ganada con el paso de los días, siempre tuve la sensación de ser un intruso. Jamás intimé con nadie como hiciera en Bahariya con Haj Saleh, Am Jairy, y sobre todo con Am Anwar y su hijo Ahmed Hadun. Con este compartía incluso una manera de ver la vida, dejando a un lado las diferencias culturales.

Yusif y sus *zagalah*

De regreso a la ciudadela, solíamos detenernos en la almazara de Yusif para recoger un aceite de oliva de intenso color verde. Nos

acompañaba uno de sus *zagalah*, que, con voz de tenor, cantaba acompañado del chirriar de las ruedas y del batir de su mano en un *jerrican* con letras góticas en alemán. Cerca de Siwa, durante la Segunda Guerra Mundial, se libraron importantes batallas que dejaron en la arena todo tipo de restos metálicos, como bidones de agua y gasolina. Todo se aprovechaba. Yusif me habló de la bañera de hierro de Rommel que, al parecer, se encontraba en la vivienda de uno de los jeques del oasis. A toda esa chatarra, encontrada a toneladas en el desierto, la llamaban *Hadid libi*, «hierro libio».

En los vergeles, los *zagalah* vestían unas túnicas de lana tosca de color crudo con un ancho cinturón de lana trenzada sobre holgados pantalones. Un atuendo muy distinto al de los campesinos de los otros oasis o a los del valle del Nilo. Constituían una auténtica casta. Hasta hacía poco, no se les había permitido entrar en la ciudadela de Siwa, ni mucho menos pasar la noche en ella. No podían casarse hasta los cuarenta años. Tenían fama de pendencieros con costumbres licenciosas, les gustaba beber *lagbi*, un fuerte licor de savia fermentada de palmera, y cantar largos lamentos acompañados de la simsimía. Solían maldecir su suerte al cantar: «No podemos soportar nuestra condición. Estamos atrapados entre las montañas y el mar».

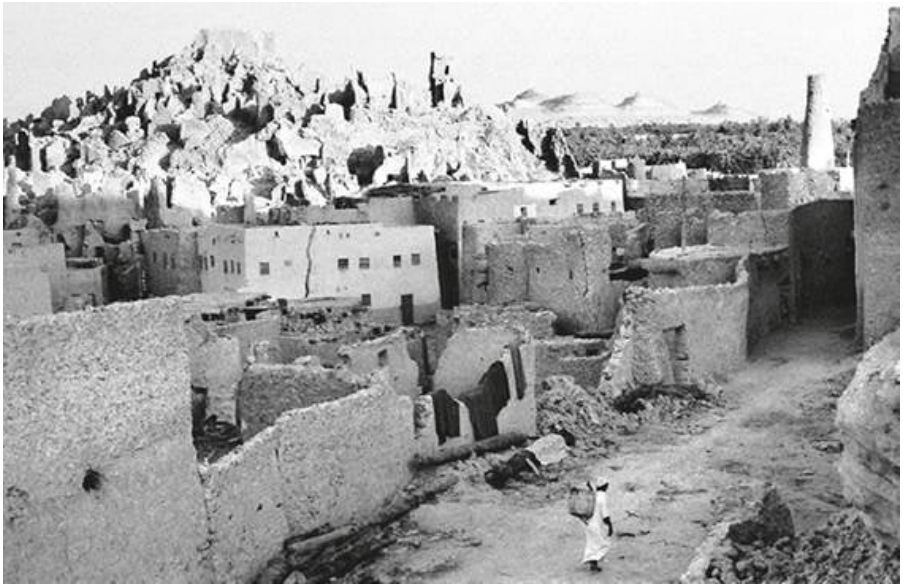
Debido a la férrea moral y a los prejuicios decimonónicos, casi ningún viajero del siglo XIX se atrevió a escribir sobre las prácticas homosexuales de los habitantes del oasis. Había que leer entre líneas. Los hombres siwies se casaban con sus *zagalah*, pagando unas dotes o *mahr* a veces superiores a las de las bodas convencionales. Aquellos aparceros solían cantar una oda a un amante masculino: «Acude a mí o partiré a tu encuentro, porque ya no tengo paciencia para esperarte un solo minuto más». C. Dalrymple Belgrave, en su libro *Siwa, the Oasis of Jupiter-Amon*, afirmaba que los siwies no tenían moral pues «estaban convencidos de que cualquier vicio era válido».

A diferencia de los uahatíes de Bahariya, los siwies parecían siempre ensimismados y se mostraban muy desconfiados. Durante siglos, habían recelado de los extranjeros. El explorador Frédéric Cailliaud se quedó perplejo durante su visita en 1819 porque, a pesar de que contaba con una carta del mismísimo Mohamed Ali, pachá y vicerrey de Egipto, para que los jeques de Siwa le brindaran todo su apoyo, tras varios días de intensas negociaciones, solo le permitieron visitar algunos huertos y ruinas faraónicas. Hasta el último día no pudo entrar en la ciudadela.

Zagalah quemando rastrojos

Según Cailliaud, los siwies recelaban sobre todo de los cristianos, porque traían la desgracia. Otros viajeros occidentales como James Hamilton, Heinrich Von Minutoli, Gerhard Rohlfs o Georg Steindorff visitaron Siwa, encontrando siempre la animadversión de sus habitantes. A finales del siglo XIX el intolerante movimiento sanusi, que preconizaba el retorno a la pureza del islam, comenzó a tener una influencia creciente entre la población del oasis.

Los indomables siwies siempre recelaron de los gobernadores y monarcas de El Cairo. En 1928, el rey Fuad visitó el lugar y, escandalizado, prohibió los matrimonios homosexuales, aunque al parecer continuaron celebrándose durante algunas décadas. Cuando, su hijo, el rey Faruk, visitó el oasis con una expedición en los modernos todoterrenos de entonces, los jeques locales, ataviados con sus mejores *yelabías* con sus capas ribeteadas en oro y perfumados con incienso y almizcle, quedaron decepcionados al ver que el monarca vestía pantalón corto y, debido al calor, portaba una simple camisa con la que exhibía un pecho sudoroso. No sintieron ningún respeto por aquel monarca que les ofendía con su exigua vestimenta y su deprecio absoluto por el protocolo del lugar, máxime cuando preguntó sin rodeos si en Siwa se seguía practicando el «antiguo vicio».



Un caminante llega a la ciudadela de Siwa

En aquel oasis perdido, tenía la sensación de haber viajado en el tiempo a algún rincón rural del mundo clásico. Romanas me parecían las túnicas de los campesinos y las carretas tiradas por asnos, que recorrían a gran velocidad los caminos del palmeral. Romanos eran también a mis ojos los canales de riego, las acequias y las piscinas de piedra, con sus escalones perdidos en la profundidad de aquellos manantiales de color esmeralda. De vez en cuando emergían a la superficie grandes burbujas de aire. Los *zagalah* nadaban protegidos por calzones de algodón crudo. Recuerdo en especial Ain al-Shams, el Manantial del Sol, donde, según la leyenda, solía bañarse Cleopatra. Según se contaba, aquella poza era fría al mediodía y fresca a media tarde, para solaz de los campesinos que volvían acalorados tras la dura jornada de trabajo. El agua se volvía caliente al anochecer y hervía con furia a medianoche.

Una mañana, cuando me bañaba gozando de aquel lugar asombroso y de la fauna que lo habitaba, tritones, pececillos plateados, renacuajos y libélulas, se acercaron unos campesinos. Uno de ellos me observaba con descaro mientras yo nadaba.

—*Fih haga*? (¿Ocurre algo?) —pregunté importunado.

—Según —contestó.

—¿Según qué?

—Cada año el genio de esta poza se cobra la vida de un hombre como tributo.

—Supongo que será el espíritu de Cleopatra —bromeé.

—No, en serio —dijo el campesino—. Aquí habita un *yin* y cada año se ahoga alguien.

—Y este año, ¿se ha cobrado ya alguna víctima? —me quedé mirándole con inquietud.

Se quedó pensativo.

—No, aún no —contestó.

—Pues no voy a ser yo el tributo de este año.

Eché a nadar hacia la pared de la poza para saltar fuera, sin advertir que mis calzoncillos se habían quedado flotando en el agua por el impulso, con lo que me encontré desnudo ante los *zagalah*, que se desternillaban de risa.

A veces nos quedábamos hasta entrada la noche sin que faltaran historias alrededor de un fuego humeante que alejaba a los voraces mosquitos.

—Hace ya muchos años —Yusif traducía del siwi al árabe—, un *zagal* negro se refugió en uno de los huertos huyendo de su amo, de cuya hija, la joven más bella de todo el oasis, se había enamorado. Durante el día, se escondía entre la maleza y, por la noche, untaba su cuerpo con aceite de oliva para que resbalara si alguien trataba de atraparle. No tardó en correr el rumor de que un *yin* negro habitaba en aquella zona del palmeral.

»Un buen día, la muchacha desapareció. La buscaron durante dos semanas por los rincones más alejados, en el corazón de Yébel al Maut, la montaña de los muertos, y en las cuevas de una inmensa roca en forma de caracol. Los *zagalah* se sumergieron en el Manantial del Sol y en otras pozas profundas, la buscaron incluso en los lagos de sal cristalizada, hasta que uno de los jeques aseguró que un *shaitan*, o demonio, la había devorado.

»Ninguno de los *zagalah* quería trabajar en el huerto maldito, que se convirtió en una zona tupida de maleza donde moraban serpientes y alimañas. Según dicen, algunas noches se oyen los suspiros y risas de los dos amantes, que se mofan de quienes osan aventurarse en el corazón del palmeral.

Yusif me presentó a Mahmud Mansur, un joven siwi que había estudiado en Alejandría. Le pedí que me llevara al templo del oráculo mencionado por los grandes del mundo antiguo: Herodoto, Píndaro o Plinio entre otros.

Apenas quedaban restos de su antiguo esplendor. Los orígenes del oráculo eran misteriosos, aunque era conocido desde la dinastía XXVI. Según uno de los mitos fundacionales, en él se estableció una de las dos sacerdotisas africanas del templo de Amón en Tebas, cuando fueron desterradas al desierto. Una de ellas se quedó en Grecia, en el

templo de Dodona, donde se convirtió en la voz del oráculo. Su compañera, tras un tiempo en Libia, recaló en Siwa. Fue la sibila de Amón, a quienes los griegos asociaron con Zeus y los romanos con Júpiter.

Dos siglos después, tras fundar la ciudad de Alejandría, Alejandro Magno desembarcó con sus soldados en Amonia, la actual Marsa Matruh, para dirigirse a Siwa, donde consultar su famoso oráculo. Quería que Amón-Zeus le confirmara su paternidad, pues, según narró Plutarco, el día anterior a la boda de sus padres, los reyes Filipo y Olympia, un rayo de Zeus cayó en el vientre de la reina engendrando a Alejandro. De acuerdo con otras versiones, el mismísimo dios de los cielos tomó forma de serpiente para copular con Olympia. Sin embargo, al igual que sucediera unos siglos antes con el ejército de Cambyses, Alejandro también se perdió en el desierto. Pero cuando el monarca macedonio creía llegado el fin, Amón-Zeus envió dos cuervos que les guiaron hasta el templo del oráculo. Diodoro de Sicilia dice en cambio que se trataba de dos serpientes silbantes.

Al bajar de la carreta, mientras Mahmud examinaba los cascos de su asno, me pareció oír el silbido de una serpiente. Caminé despacio hasta un murete de piedra derruido detrás del cual distinguí entre la maleza dos grandes serpientes entrelazadas. Como siempre me ocurre ante esos reptiles, me quedé absorto. Mahmud me apartó con brusquedad. «¿Te han picado?», me preguntó. «No, claro que no», repuse. «Son muy venenosas, alejémonos», me conminó. Le dije riendo que quizá eran descendientes de las serpientes silbantes que salvaron a Alejandro de morir sepultado por las dunas.

El templo se erguía sobre un promontorio rocoso agrietado por el paso de los siglos. Grandes pedazos se habían desgajado arrastrando con ellos parte de los muros del templo, hoy desperdigados entre las palmeras. Aunque solo conservara un recuerdo de su majestuosidad de antaño, seguía siendo un lugar mágico y romántico. Apenas quedaban algunos de los muros que delimitaban los dos grandes patios donde se hacían las procesiones en homenaje a Amón. En aquel lugar, Alejandro Magno fue recibido con todos los honores y el sumo sacerdote se dirigió a él otorgándole el título de hijo de Amón-Zeus y «Dueño de todos los países». Años después, tras el fallecimiento de su amante, Hefestión, Alejandro consultó de nuevo el oráculo para que otorgara rango divino a su fiel amigo. Pero no consiguió del todo su propósito, pues Amón-Zeus tan solo consintió en que su querido Hefestión recibiera el culto dispensado a los héroes.

Desde aquel lugar extraordinario se dominaba el palmeral y los lagos de sal. Al fondo, se levantaban las colinas de Yébel al Daacrur, de formas cónicas casi perfectas. Cada mes de octubre, se celebraba allí el *mullid* de Sidi Slamani, al que acudían todos los siwies para las

ceremonias del *zikr*.

De regreso, fuimos a Yebel al Mauta, la montaña de los muertos, a la que ningún siwi osaba acercarse de noche porque, según los *zagalah*, en ella moraba una multitud de *yenún* malévolos. Vino corriendo a nuestro encuentro un hombrecillo desdentado, con un manojo de llaves que probó una a una hasta dar por fin con la que abría la cancela del pasadizo que conducía a las entrañas de la montaña. Me cautivó el trazo tosco del período ptolemaico. Sobre todo, la bella tumba de Si Amun, donde Nut, la diosa que sostiene la bóveda celeste, escanciaba llaves de la vida junto a un sicomoro. Nos irritó el olor acre de los excrementos de los murciélagos que, asustados por nuestras voces y por la luz del quinqué que portaba el guarda, se descolgaron, uno tras otro, del techo del pasadizo para volar rozando nuestras cabezas. Alcanzamos una gran cámara decorada con frescos de vivos colores que representaban ofrendas a los dioses. Continuamos por aquel pasadizo cada vez más estrecho, hasta que tuvimos que arrastrarnos por el suelo para avanzar. La angustia me pudo y tuve que salir de allí.

Un día, llegó una extraña pareja vestida de negro. Un americano de unos sesenta años con su compañera, una suiza mucho más joven, que viajaban en una lujosa autocaravana. Buscaban mi amistad de una manera un tanto forzada, algo en ellos me producía desconfianza. Se aprovechaban de la ignorancia de aquellos confiados uahatíes para hacerse, a precios irrisorios, con bellos collares, grandes discos solares, anillos y tobilleras de plata y oro, así como con las hermosas telas con que las siwies se cubrían durante las bodas. Un valioso patrimonio que revendían en galerías *D'Art Ethnographique* de Ginebra y Zúrich.

Me sonsacaron información. Les hablé del oasis de Al Qara. Yusif me había contado que, en las cercanías de Siwa, se hallaba un extraño oasis habitado por descendientes de esclavos traídos del corazón de África. La población de aquel lugar se mantenía siempre constante en sesenta habitantes, ya que existía una maldición según la cual, si se superaba esa cifra, alguien debía morir. Cuando una mujer iba a dar a luz, el habitante más viejo, o el más enfermo, era trasladado a Siwa para evitar que falleciera al nacer la nueva criatura.

Los dos se sintieron tan atraídos por la historia, que negociaron con los militares para poder visitar aquel extraño oasis con Mahmud y conmigo, pero pocas horas antes de salir de expedición dijeron que ya no nos necesitaban. Quizá no querían testigos de las compras que pensaban efectuar. Me sentí utilizado. Un tiempo después, un diplomático español me dijo que la pareja había tenido problemas. Se les relacionaba con espionaje y con la CIA, acusación que debería tomarse con prudencia, dada la tendencia de los egipcios a la fabulación y a los rumores. Sin embargo, mi instinto me decía que no

eran trigo limpio. Un buen día desaparecieron sin que volviera a saber de ellos, ni a recordarlos siquiera. Pero el destino quiso que un día volviera a toparme con ellos.

* * *

La estancia en Siwa fue un sueño. Permanecí unos dos meses aislado del mundo exterior en aquel lugar asombroso que parecía impermeable a cualquier influencia externa. Los días transcurrían lentos y maravillosos hasta que llegó el momento de la partida pues las autoridades locales no estaban autorizadas a prorrogar mi permiso. Mientras conducía entristecido a Marsa Matruh, recordé una tarde en el huerto de Yusif cuando, tras rendir buena cuenta de un glorioso *méchoui* de cordero, asado dentro de un agujero cavado en la arena y recubierto de brasas, aparecieron unos músicos que se sentaron con nosotros. Acompañado de la *simsimía*, un cantante de voz grave entonó una melodía rítmica e hipnótica. Otro de los intérpretes seguía el ritmo rascando una botella. Tras un largo preludio, entraron todos a la vez con palmas y el cantante elaboró una complicada estrofa poética. Cuando menos lo esperaba, cambió el ritmo. Se llevó la mano a la oreja y, subiendo unas octavas, comenzó a cantar a gritos, como en trance, sin desafinar ni un ápice. Nunca había escuchado algo semejante. Era como si el espíritu de aquel lugar antiguo se expresara a través de aquellas prodigiosas cuerdas vocales. El *lagbi*, savia de palmera fermentada, corría de mano en mano. Algunos *zagalah* se incorporaron y comenzaron a moverse sinuosamente en corro, acercándose unos a otros, pegándose a la espalda, con jadeos y movimientos obscenos. «Vámonos», dijo Yusif. Yo quería quedarme, pero me insistió en que tendríamos problemas. «¿No comprendes? Digan lo que digan los jeques o los egipcios de El Cairo, las antiguas costumbres no se olvidan de la noche a la mañana. Además, las autoridades son muy estrictas desde que unos *zagalah* intentaron propasarse con un joven arqueólogo alemán. Ahora no permiten que los forasteros participen en sus fiestas. Si saben que has asistido a una, yo mismo tendré problemas. Vámonos. *“Ashan hatri, bas!”* (¡Hazlo tan solo por mí!).».

De regreso, entre los vergeles, unos *zagalah* vestidos con sus burdas túnicas acudían a la fiesta atraídos por el sonido de los tambores, serpenteando en los caminos a toda velocidad con sus carretas, desafiándose entre sí, levantando nubes de polvo mientras bordeaban el lago de sal cristalizada, que en el ocaso parecía un espejo de fuego.

22

EL CÁNTARO SE HACE AÑICOS

En un viaje a El Cairo para revelar los numerosos carretes disparados, me esperaba una carta de mi padre en que me anunciaba su visita. No lo había visto desde hacía unos dos años. A pesar del cariño y del mutuo respeto, nuestra relación era distante. Él no entendía la vida que yo llevaba. Contrariamente a los hijos de sus amigos, pasaban los años sin que yo «me labrara un porvenir». Llamaba «rebeldes sin causa» a los jóvenes de mi generación que, como yo, no pensaban en el «futuro». Pero el futuro no existía para mí. La vida era una sucesión de presentes.

Nuestra primera excursión desde El Cairo fue para visitar el monasterio de Santa Catalina en el Sinaí. En aquel remoto lugar al pie de la montaña donde Moisés recibió de Yahvé las Tablas de la Ley. Al ver la «depravación» del pueblo judío, entregado en su ausencia al dios pagano Baal, estrelló furioso contra la roca aquellas tablas de piedra. El interior del monasterio estaba lleno de antiguos y bellos iconos. En uno de los patios se encontraba la fuente que manó de la roca al contacto con el cayado del profeta. Una monja checa se encaramó para beber el agua milagrosa, con tan mala suerte que resbaló y cayó al suelo cuan larga era. Cuando acudimos a su rescate y, mientras mi padre le mojaba cariñosamente las sienes con el agua sagrada, aparecieron unos campesinos cristianos.

«*Ya jauaga*!», exclamaron y vinieron hacia mí con los brazos abiertos. «¿Les conoces?», me preguntó mi padre mientras la monja volvía en sí. «¡Claro!», contesté. Eran Guirguis y sus hermanos, los zumeros cristianos del mercado de Bab el Loq, que estaban de peregrinación religiosa. Tras los abrazos y los ceremoniosos saludos de rigor, les presenté a mi padre al que hicieron múltiples reverencias. Una vez la monja recuperada, continuamos la visita de aquel monasterio ortodoxo protegido desde hacía siglos por un clan beduino musulmán. Al llegar ante la famosa «zarza ardiente» del Antiguo Testamento, tanto la monja como los zumeros fueron presa de gran excitación. «¡Oh, si pudiéramos cortar un trocito y plantarlo allá en el

pueblo!», dijo el más joven, «nos daría gran *baraka* (bendición).» No era tarea fácil, pues había que encaramarse a las rejas que la protegían. Todos me miraron y me auparon, incluida la monja, para que cortara un trozo. Pero cuando estaba a punto de conseguirlo, nos amonestó a gritos un pope desde una de las ventanas. Enseguida acudieron monjes de todas partes para llevarnos ante el abad, que nos retuvo más de media hora en su despacho, propinándonos una gran bronca en una mezcla incomprensible de griego y oscuro árabe dialectal, mientras nosotros intercambiábamos miradas pícaras, como niños traviesos.

Luego viajamos al golfo del Sinaí, a Dahab, un antiguo poblado beduino convertido entonces en sencillo *resort* mochilero de cabañas de palma, para amantes de los corales. La corriente arrastró a mi padre durante un baño y yo me lancé al agua en su rescate. Tras unos momentos de pánico, pude llevarle a la orilla cuando logré que dejara de agarrarme el cuello. Por primera vez en mi vida, era yo el protector. Me inspiró una gran ternura. De repente, me pareció casi un anciano. ¡Era más joven de lo que yo soy ahora!

Le llevé al oasis de Bahariya, con tan mala suerte que la dichosa rueda de mi viejo automóvil estalló en pleno desierto. Como de costumbre, fui reduciendo las marchas sin frenar hasta conseguir detener el coche sin mayores contratiempos. Pero mi padre estaba lívido. Le mostré el poblado de Al Hayz, donde me quería construir una casa; le presenté al anciano Haj Mairy, que le impresionó por su extraordinaria vitalidad. Por la noche, en la pared de la habitación, apareció una gran araña, una *abu surufa*, inofensiva, según los uahatíes, e incluso muy apreciada por ser depredadora de escorpiones y tarántulas. Mi padre acabó con ella de un zapatazo, ante el disgusto de Haj Mairy. Las arañas, además, eran gratas al profeta Mahoma, a quien habían salvado la vida en una ocasión, cuando estaba a punto de ser alcanzado por sus enemigos. Al parecer, el Profeta se escondió en una cueva y, al momento, una araña tejió una tupida tela en la entrada, dando la sensación de que nadie la había cruzado en meses. Y gracias a aquel providencial arácnido, evitó ser capturado.

Quería llevarle al oasis de Farafra pero, tras el aparatoso reventón, le daba reparo subir a mi coche, así que decidimos viajar con Mustafa, un amigo de Haj Saleh que disponía de un todoterreno de la compañía minera para la que trabajaba. Dos mochileras alemanas que estaban en el *fonduq* de Haj Saleh se apuntaron a la expedición y, al día siguiente, se presentaron con unos pantaloncitos cortos, camisetas muy ajustadas y sin sujetador. No era la vestimenta más adecuada para un país islámico, y menos en un lugar tan tradicional como los Oasis. Para colmo estábamos en Ramadán. Mustafa se negó a que se sentaran junto a él, para evitar pensamientos impuros en aquel mes

tan sagrado.

Atravesamos el Desierto Negro, salpicado de montañas que parecían volcanes extintos. Al cabo de unas horas, el paisaje cambió radicalmente cuando entramos en el Desierto Blanco, aquel lugar espectral en el que tan feliz había sido con Am Anwar y los amigos de Bahariya, cuando fuimos a la boda en Farafra. Al llegar al control militar, nos hicieron bajar del coche para conducirnos al interior de una sucia habitación. Los soldados, que no habían visto a una mujer en meses, y menos tan ligeras de ropa, devoraban a las alemanas con los ojos. El sargento nos dijo que nosotros podíamos continuar, pero que las chicas debían quedarse. Nos negamos en redondo. Estuvimos discutiendo durante más de dos horas hasta que mi padre, para mi sorpresa, se plantó ante ellos y les dijo que eran hijas de un alto cargo de la Embajada alemana por lo que, de persistir en su actitud, se verían envueltos en graves problemas. Al final partimos con ellas. Nos alojamos en el sencillo *fonduq* de Farafra, donde mi padre les dijo que, les gustara o no, su atuendo no era el más indicado para viajar por tierras del islam. Si no querían renunciar a su forma de vestir, añadió, quizá sería mejor que las próximas vacaciones las pasaran en Mikonos o en Ibiza.

La irrupción de mi padre en mi mundo egipcio me había entristecido y retrotraído a otras épocas. Desde mi temprana salida del armario, no habíamos vuelto a sacar el tema. Yo no me sentía cómodo para hablarle de mi vida. Un día, pasados unos años, me preguntó: «*Com ho tens, allò*?» (¿Cómo tienes aquello?), como si me estuviera preguntando por mis índices de glucosa en sangre. Yo le contesté con un escueto «*Molt bé*» (Muy bien) mientras pensaba en los ojos negros de un sevillano con quien mantenía entonces una relación tormentosa que interrumpí tras consultar el I Ching.

Lo cierto es que nunca volvió a mencionarse «el tema» pero mi padre dejó de hacer chistes o alusiones burlonas a los homosexuales. Si alguna vez surgían en la conversación comentarios sobre alguien que fuera de «la acera de enfrente», o del «*ram de l'aigua*», como se decía con poco tacto, él afirmaba tajante que la condición sexual de las personas no tenía la menor importancia. Yo no me atrevía a mirarle ni a buscar su complicidad. Vista la poca disposición a retomar el «tema» por las dos partes, yo hacía como si nada le hubiera contado.

Nunca nos entendimos; siempre hubo entre nosotros suspicacias, además del tema de la homosexualidad, por supuesto, que evitábamos cuidadosamente. Su personalidad patriarcal creó una gran inseguridad en la familia. Me quiso, claro que sí. A pesar de que no le gustara o no comprendiera lo que yo hacía, siempre estuvo a mi lado cuando, perdido en el mundo, necesité de su ayuda. Pero nunca se me acercó,

de niño o adolescente, a preguntarme por mis intereses, por los motivos de mi malestar en el colegio, por saber si estaba contento o me sentía feliz en resumidas cuentas. Quería que yo fuera una prolongación suya, que siguiera el camino que él me había trazado de antemano. Sin embargo, pocos años después de su fallecimiento, me sorprendió que un primo mío, que casi tenía su edad, me hablara de lo orgulloso que mi padre se sentía de mí, de que estuviera consiguiendo mis objetivos, profundizando en mis intereses. Y que nuestras opiniones, a pesar de todo lo que discutíamos, eran muy parecidas. ¿Por qué no me lo dijo nunca?

«Pero ¿por qué te atrae tanto este país?», me preguntaba. Yo reí y le dije que él tenía la culpa. Se quedó asombrado. Le expliqué que las historias de su viaje a Egipto que me contaba cuando yo era pequeño me habían marcado para siempre. Aquel país de ensueño me había ayudado a sobrellevar la etapa oscura del colegio y aquellos años de hierro. Le conté los problemas que había tenido en la infancia y del *bullying* al que me sometieron ciertos compañeros. Le hablé del terror a saberme homosexual y de la noche en que le abrí mi corazón y de cómo él, tras la empatía inicial, la solidaridad, incluso, optó por el silencio. Le dije que él llamaba rebeldía a lo que en realidad era la expresión de mi necesidad de dar un sentido a mi vida y no seguir un camino marcado. «¿Y por qué no me contabas esas cosas?», repetía. «¡Cuántas veces intenté hablarte, explicarte mis sentimientos!», le dije. No quise continuar removiendo el pasado. De nada serviría ya abrir viejas heridas.

Amanecía. Los pescadores de El Cairo se acercaban a la orilla con sus pequeñas falucas. Nos fundimos en otro gran abrazo. La más sentida muestra de cariño entre ambos desde mi remota infancia, cuando me lanzaba a su cuello cada vez que llegaba a Villa Rosa. Al día siguiente le acompañé al aeropuerto. Al despedirnos, me entregó un sobre. «Acéptalo», me dijo, «son unos dólares para que cambies las ruedas del coche. ¿Me lo prometes?»

Muchos años después cayó enfermo de los pulmones. La última vez que ingresó en el hospital, prácticamente no abandoné la UCI en un mes. La doctora de paliativos me pidió que lo acariciara, ya que tal vez fuera consciente de nuestra presencia junto a él. Al tomarle la mano, creía percibir cierta presión, por momentos. Un día, las curvas de los monitores comenzaron a moverse de forma errática, a dibujar señales cada vez menos intensas hasta quedar quietas en una interminable línea recta. Le cerré los ojos.

No sé qué daría por tenerlo junto a mí y que me contara aquellas anécdotas de la guerra que entonces me parecían aburridas. Yo tampoco fui cariñoso con él. Antes de incinerar su cuerpo, coloqué en el ataúd un amuleto de protección para los viajes largos que me había

confeccionado mi amigo Cheij Nabhany, poeta de la isla de Lamu. Sentí una gran tristeza, pero las lágrimas no acudieron a mis ojos. Pasados unos meses, conduciendo por una autopista mientras llovía a mares y sonaba Schubert en la radio, tuve un incontenible acceso de llanto que me obligó a parar en el arcén. Al son de los desolados acordes de aquella sonata, lo sentí tan cerca que busqué inútilmente su mano.

* * *

En el café Zahret Al Bustán, Mursi me dio la buena noticia de su inmediato traslado a Bahariya. Mi amigo estaba feliz, pues allí apenas tendría trabajo y dispondría de mucho tiempo para escribir. Lo acompañaría el pintor Assem Sharaf, amigo de ambos. Les pedí que buscaran una casa grande, ya que estaba un poco harto de andar de un lugar a otro y soñaba con vivir una larga temporada en mi oasis preferido.

Mi hermana Isabel amasando pan con los soldados

Al cabo de una semana llegaron mi hermana Isabel y su marido, Ramón. Tras unos días en El Cairo decidimos viajar al oasis de Dahla para continuar por Farafra hasta Bahariya, al encuentro de Mursi.

Salimos un martes y 13 de enero de 1985. Siempre lo recordaré, pues a menudo me he preguntado si no se trató de una premonición. Tomamos la carretera del Alto Egipto junto al Nilo. Hicimos algunas paradas en pequeños cafetines frecuentados por campesinos *saidis*, de mostachos afilados, chilabas de amplias mangas y un chal como turbante; los mayores, con sus cayados, recordaban a elegantes patriarcas gitanos. Sonaban *cassettes* de *zikr* a todo volumen mientras los parroquianos fumaban la popular *shisha* y bebían té humeante a ruidosos sorbos. Paramos a dormir en El Minya, que era en aquellos tiempos una bella ciudad de casitas coloniales, muy cerca de Tell el Amarna, la capital del faraón Akenatón y la reina Nefertiti.

Proseguimos hasta Asyut para tomar la carretera del desierto. Llegados al gran precipicio que dominaba la depresión del oasis de Jarga, nos sentamos en una roca a contemplar los lejanos palmerales, de los que sobresalían algunos poblados de adobe. Eché a caminar para tomar fotos de aquel paraje, cuando algo me sobrecogió. Dispersos entre los pedruscos, distinguí los restos calcinados de un camión. Tuve un presentimiento, corroborado por los trozos ennegrecidos de bombonas de butano esparcidos en un gran radio. ¡Se trataba de aquel camión en que había viajado con Mohamed Seif por primera vez a los Oasis! ¿Qué habría sido de nuestro amigo Hamid, el camionero? ¿Seguiría su espíritu vagando por aquellos lugares? Busqué unos instantes de recogimiento para enviarle mi recuerdo.

Pernoctamos en Jarga y al día siguiente llegamos a Mut, en el oasis de Dahla, donde debimos registrarnos en el puesto policial y mostrar nuestros pasaportes. De vuelta a Mut, tras visitar los manantiales de aguas calientes y sulfurosas, vi la autocaravana de aquella pareja que me había dejado plantado en Siwa después de haberles animado a visitar una población alejada y organizado el viaje. Se comportaron como si nada de eso hubiera sucedido. Es más, como uno suele tropezar dos veces con la misma piedra, acabé acompañándolos a los bellos pueblos de Balat y Bashandy, donde nos sorprendió una tormenta de arena junto a unas antiguas murallas. Cuando amainó, proseguimos nuestro recorrido, deteniéndonos para fotografiar un gran árbol mecido por el viento, apenas visible en medio de la tempestad. Estaba componiendo la escena, cuando con el rabillo del ojo, entreví una figura que se acercaba. Esperé, y cuando entró en el campo de visión disparé, consiguiendo una de las mejores fotos de mi vida. Un inquietante personaje de espaldas, vestido con una *yelabía*, que cargaba una azada. Parecía la parca en un paisaje de tormenta y ramas torturadas.

De regreso a Mut, el americano de la autocaravana me preguntó por la situación de la oposición en El Cairo. Le contesté que no sabía gran cosa de la política interna del país, pero él insistió en el tema. Me

molestó su exagerado interés, pero no le di mayor importancia. Luego, con Isabel y mi cuñado comentamos lo extraños que nos resultaban. Les hablé de mi experiencia con ellos en Siwa, a lo que mi hermana replicó que parecían espías. Yo también había tenido esa sensación. De regreso al sencillo *fonduq*, disparé una fotografía a unos asnos que correteaban alegres entre las tumbas del antiguo cementerio.

Tormenta de arena, oasis de Dahla

Durante la cena, mientras comentábamos la maravillosa excursión del día, apareció Rami, un conocido copto que trabajaba en Correos. Nos invitó a su casa, por lo que no regresamos al *fonduq* hasta bien entrada la noche. No habrían pasado dos horas, cuando oímos un gran estruendo. Alguien intentaba derribar la puerta. Tres individuos armados irrumpieron en la habitación. Sin mediar palabra, me redujeron y esposaron, ante la atónita mirada de Isabel y Ramón. Registraron todos los rincones para hacerse con mis cosas pero, cuando uno de ellos cogió una pequeña mochila con carretes de fotos, mi hermana se armó de valor para arrebatársela, argumentado que era suya. No se atrevieron a llevarle la contraria, pero se llevaron una bolsa que jamás volvería a ver. Contenía una vieja Rollei, dos cámaras Nikon y los carretes de las fotos que había disparado aquella misma tarde, aunque el de la foto de la tormenta y el de los asnos en el cementerio se salvaron milagrosamente. Miré a mi hermana y masculló con rabia: «¡Han sido los putos americanos de la

autocaravana!».

Me introdujeron de mala manera en la parte de atrás de mi propio coche entre dos de aquellos tipos. No, no podía estar ocurriendo aquello. Recorrí por última vez en mi vida aquella carretera de dunas por la que había transitado en sentido inverso hacía un par de años con Hamid, el butanero que había volado por los aires. Pensaba en Isabel, en cómo se sentiría, viendo a su hermano secuestrado por la temida policía secreta egipcia. Y en Ramón, su esposo, mi gran amigo y compañero de aventuras por el Himalaya. Estaba aturdido, como hipnotizado. Sospechaba que se trataba de algo muy serio, pero por momentos me tranquilizaba pensando que mi hermana contactaría pronto con la embajada acabando en pocas horas con aquel tormento.

En el cuartel de Jarga se me trató a empujones ante un malhumorado comisario a quien habían levantado de la cama. Me obligaron a desnudarme e inspeccionaron la ropa. Se quedaron la cartera y el pasaporte. Tras repetidos intentos, lograron comunicar con El Cairo. «*Etmasak*!» (Ya lo hemos cogido), los oí decir: «*Elbes el hedum*!» (¡Ponte la ropa!), me ordenó el comisario con desprecio como si le diera asco mi desnudez.

Por la ventana desfilaban aquellas queridas escenas de la vida rural de Egipto, pero yo apenas les prestaba atención, pensando que tal vez me pegarían o torturarían. Se contaban barbaridades del *muhabarat*. Se atrevían incluso con los extranjeros, que desapa-recían en el fondo del Nilo o cuyos cadáveres magullados acababan en una cuneta. Era algo conocido. Fui consciente del peligro que corría, de que aquello podría no solo cambiar mi vida por entero, sino incluso acabar con ella.

Los momentos de pesimismo se alternaban con otros en los que pensaba que pronto saldrían de su error y me soltarían. Tardamos todo un día en llegar a El Cairo, donde entramos avanzada la madrugada. Solo pensaba en despertar de aquella pesadilla. Me llevaron a los sótanos del Ministerio del Interior, en la calle Cheij Rihaan, ante un hombre alto con bigotillo y ojos inquisidores y dos policías tan malcarados que recordaban a los actores de una de aquellas poco creíbles películas egipcias de Adel Imam. De nuevo me hicieron desnudar completamente para humillarme, una táctica habitual para que los prisioneros se sientan vencidos y vulnerables. Comenzó el interrogatorio, cegado por la potente luz de la lámpara de la mesa. Se negaban a comunicarme el motivo de mi detención. En algún momento oí la palabra *irhabi*, «terrorista». Uno de los policías, mientras se frotaba las manos dispuesto a pegarme, dijo: «*Ya rais, nebtedi*?» (¿Jefe, empezamos?). Su superior se quedó pensativo unos momentos antes de responderle: «*Matebaash aabid, matensaash innu*

siasi w jauaga» (¡No seas zoquete! No olvides que es un político, y además europeo). Recordé entonces las palabras de mi amigo, el general sudanés Kibeida, cuando me contaba que los prisioneros políticos eran tratados con cierta deferencia porque, en las dictaduras, nunca se sabía el giro que podía dar la historia; el opositor que hoy estaba en la cárcel mañana podría ser ministro o incluso presidente.

Yo no podía creer lo que estaba ocurriendo. Les recordé que, después de vivir en Mohamed Sidqy y en casa de Mursi, en Guiza, me había trasladado con mi amiga Bianca y unas becarias españolas a un edificio situado precisamente frente a aquel Ministerio del Interior en el que nos encontrábamos. Por lo tanto, no solo estábamos vigilados con cámaras, sino que un policía controlaba las entradas y salidas en la portería. De modo que no era precisamente el escondite ideal para un terrorista. El tipo del bigotillo me ordenó callar. Debía limitarme a responder a lo que él me preguntara. Los energúmenos que me habían apresado y vigilado durante el viaje le entregaron las llaves de mi coche y el pasaporte. Se fueron sin decir palabra. «¡Ya puedes vestirte!», me ordenó aquel pez gordo del *muhabarat*, arrojándome la ropa a la cara.

Me esposaron antes de introducirme en un furgón policial. Amanecía. Con la sirena a todo volumen, atravesamos El Cairo hasta llegar a la cárcel de alta seguridad de Al-Qanater. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Aquella era la siniestra prisión donde encerraban a los condenados a muerte o a cadena perpetua. De ella, decían, solo se salía «con los pies por delante». Apenas vi la fachada porque me obligaron a agacharme mientras me empujaban al interior. Tras un cacheo rutinario, me condujeron a una habitación donde me hicieron desnudar, una vez más. Los funcionarios se reían, mientras uno me apretaba las tetillas, otro me daba una palmada en el trasero. Creyendo que no les entendía, proferían obscenidades mientras me obligaban a inclinarme y a separar las nalgas.

Entramos en la nave central tras franquear tres enormes verjas que el celador de la prisión abría y cerraba sucesivamente, con los característicos ruidos metálicos de cerradura, tan bien conocidos por quienes han estado en prisión. Sonidos imposibles de olvidar, que regresan incluso en pesadillas, para torturarte. Como casi todas las cárceles, o las que conocía por las películas, constaba de varios pisos de celdas alrededor de un alargado patio central. Subimos varios tramos de escaleras, me introdujeron en una celda y cerraron la puerta con estruendo. Me encontré ante una treintena de prisioneros, entre los que reconocí al escritor Ibrahim Abdel Meguid, a Bashir Isibay, a su discípulo Hosni y a algunos de los poetas que frecuentaban el Zahret Al Bustán.

—¿De modo que el extranjero eras tú? —rio Bashir—. Escribieron

mal tu nombre en el periódico. Pusieron algo así como Stevian, y todos creímos que se trataba de un armenio.

—Pero ¿qué está ocurriendo? —pregunté.

—Nos han involucrado a todos en una conspiración política… —dijo Hosni.

—… ¡para derrocar al Gobierno! —apostilló indignado el poeta Ahmed Taha.

—Ha salido la noticia en la prensa —intervino Ibrahim Abdel Meguid, un conocido escritor que comenzaba a despuntar en el mundo árabe—. Hace dos días que estamos prisioneros.

—*Awlad el qalb*! (¡Hijos de perra!) —dijo Bashir—. Lo tenían todo programado. ¡En el periódico *Al Ahram* publicaron que te habían detenido en El Cairo junto a alguno de nosotros durante las manifestaciones en la Feria Internacional del Libro contra la presencia de Israel y la posterior quema de su pabellón!

—¿Cómo? Pero ¿qué tontería es esa? —repliqué—. Ni siquiera sabía que se celebraba esa feria. ¡Estaba a mil kilómetros, en los Oasis, con mi hermana y mi cuñado! Y ellos se han quedado tirados allí, sin la mitad de sus cosas y sin transporte. ¡El *muhabarat* se ha quedado hasta con el coche!

—Es todo una pantomima —sentenció Bashir—. Dicen que formamos parte de una célula trotskista. Al parecer… ¡tú eres el enlace exterior de la Cuarta Internacional! La noticia ha saltado al extranjero. ¡Hasta Vanessa Redgrave se ha solidarizado con los «trotskistas» detenidos!

—Pero yo no tengo nada que ver, y no soy trotskista. ¿Qué locura es esta?

—Cada año suelen hacer lo mismo —explicó Bashir—. Especialmente desde que Reagan es presidente. Los americanos dan mucho dinero a Egipto. Es el país del mundo que recibe más ayuda, después de Israel. Una partida importante la destinan a la lucha anticomunista. Mubarak necesita presentar cada año un dosier completo de acciones represoras contra los comunistas. Pues se lo inventan todo. Aparte de brutos, los del *muhabarat* son unos inútiles.

—Encima, la izquierda está descabezada desde hace tiempo —intervino el poeta Mohamed Suleiman—. Ya no representa peligro alguno para el *Sistema*. Ahora, el peligro son los islamistas. De momento ya se cargaron a Sadat y se han infiltrado en todos los estamentos. Pero el gobierno quiere dinero a toda costa, así que esos dosieres que presentan a los americanos les van muy bien.

—¡Pero son falsos! —repuse.

—Sí, claro, pero a ti te ha tocado la china.

—Les resultabas incómodo —dijo Ibrahim Abdel Meguid—,

andabas todo el día con tu amigo Mursi Sultan, que está vigiladísimo, y en el Zahret Al Bustán. Pero los del *muhabarat* no son tan eficaces. ¡No sabían que te pasabas la mitad del tiempo en los Oasis!

Por fortuna tampoco sabían de mi afición al hachís ni de mis periódicas excursiones con Mursi al sospechoso barrio de Bataniya. Tampoco que solíamos frecuentar los fumaderos de otras barriadas poco recomendables.

* * *

Colchonetas y mantas no alcanzaban para todos, así que debíamos acurrucarnos unos contra otros para mitigar el frío de enero en aquella húmeda prisión. Cuando uno se daba la vuelta, todos debíamos cambiar de lado. De pronto, en medio de la noche, oímos un fuerte batir de palmas, tañido de panderetas y ululatos.

—Una nueva boda —dijo Hosni—. Otra *farja beda* (gallina blanca).

Ya sabía de qué se trataba, me lo había contado el escritor Sonallah Ibrahim. Uno de los veteranos acababa de esposarse con un joven prisionero recién llegado. Aquella noche lo violaría por primera vez. Solo él podría hacerlo en el futuro, a no ser que cediera al muchacho temporalmente a cambio de cigarrillos. La moneda de la prisión.

Después de los angustiosos momentos vividos durante el secuestro, el viaje y la detención, por fin conseguí relajarme. Me habían capturado y encerrado. ¿Qué otra cosa me podía ocurrir? Además, seguía convencido de que me liberarían a las pocas horas. Pero al amanecer, cuando vi proyectada en la pared la sombra de los barrotes de la ventana de la celda, comprendí que no se trataba en absoluto de una broma.

Establecimos turnos de limpieza. Cada día inspeccionábamos con cuidado las colchonetas en busca de pulgas y chinches. Los baños, como era de esperar, eran un desastre. Consistían en unas viejas y maltrechas placas turcas cubiertas de la gruesa capa de inmundicia acumulada durante años. En los mismos cubículos estaban las duchas, simples tuberías oxidadas que al desaguar en el retrete expelían un olor nauseabundo. Para disponer de agua caliente, el manitas del grupo había improvisado una primitiva resistencia eléctrica con un ladrillo por el que hacía pasar la espiral de una libreta que enchufaba a la corriente. En aquel ingenioso hornillo calentábamos una olla que le había proporcionado uno de los carceleros a cambio de algún paquete de tabaco. Organizamos turnos para la ducha diaria obligatoria con el fin de evitar al máximo los parásitos que infestaban la cárcel.

A la hora de la comida, repartieron rollitos de hojas de parra con arroz y eneldo, coles rellenas de carne, faláfel y pollo, todo de excelente calidad y muy casero. A mí me extrañó sobremanera hasta que me explicaron el fenómeno: cada día la esposa o madre de uno de los prisioneros preparaba comida para todos los de la celda. Aquel esmero y dedicación de los familiares me enterneció. La alimentación de la cárcel era pura bazofia. Cuando llegaban los dos presos con las perolas, siempre rechazábamos aquellos estofados que parecían vómito.

Bashir solía contar anécdotas heroicas de sus estancias en prisión. A diferencia de los otros compañeros de celda, encerrados por su oposición al régimen, él era un conocido traductor y en cierto modo un profesional de la política. Había estudiado en la URSS y, aunque era trotskista, simpatizaba inexplicablemente con el sistema comunista soviético. Lo secundaba su fiel Hosni. Yo conocía a ambos, pues durante un tiempo les había frecuentado. Recuerdo una reunión en un confortable piso del barrio rico de Zamalek donde vivía uno de sus acólitos, un joven alejandrino que estudiaba en El Cairo y que, por cierto, no me cayó bien. Y más, cuando Mursi me comentó que se entendía con la joven sirvienta a la que trataba muy mal. Por muy marxista que se declarara, reproducía las peores costumbres de los señoritos burgueses. Recuerdo el rechazo que me produjo ver una foto de Lenin en aquel entorno. Me alegré de verla tirada en el suelo, al cabo de un rato, arrastrada quizá por una repentina corriente de aire. Ya en la calle, le dije a Mursi con sorna que tal vez la había derribado yo con el pensamiento.

Durante una de mis estancias de trabajo con los agrónomos sudamericanos en Alejandría, ante la insistencia de Bashir, llamé a aquel joven con quien quedé a las cinco de la tarde en la cafetería Le Trianon. Era un famoso establecimiento estilo años veinte, con la misma decoración y, yo diría, que casi con los mismos camareros de aquella época. Un tanto decrépitos pero todos ellos políglotas y con mucha más categoría que cualquiera de los clientes, a pesar de los puños gastados y los lamparones que lucían. Esperé en vano durante casi dos horas, con la sensación creciente de haberme confundido de día. De regreso a El Cairo, me dijeron que el amigo de Bashir había sido detenido a la entrada de Le Trianon. Además, entre los miembros de su organización, no sé si llamarla así, se rumoreaba que yo lo había delatado. ¿Delatado de qué? Si no sabía ni a qué se dedicaba ni dónde vivía, ni me importaba lo más mínimo.

Aparte de los encarcelados, la policía había interrogado a muchos sospechosos del Zahret Al Bustán. Mursi me confesaría por carta que habían ido a verlo y le habían preguntado por mí. Él, al igual que Mohamed Seif, era un «valor» ya demasiado «amortizado», el

muhabarat necesitaba «sangre nueva» para resultar creíble, no podía cebarse una y otra vez en los mismos «opositores». A menudo he llegado a sospechar que fui denunciado por aquel alejandrino con quien había quedado en Le Trianon, ya que la policía liberaba a los delatores o a quienes revelaban nombres. Algo absurdo, por otra parte, ya que no existía conspiración alguna, no siendo además ninguno de nosotros, excepto Bashir o Hosni, iniciado en política ni mucho menos trotskista.

Mis compañeros de celda me cuidaban. Yo era el conocido *jauaga* del Zahret Al Bustán. Había hecho varias exposiciones en El Cairo y era, además amigo de históricos personajes de la oposición como Mustafa Abdelaziz, William el Malik, Sonallah Ibrahim o el propio Mohamed Seif. Yo fui, además, el fotógrafo del gran Ibrahim Mansur, con quien había recorrido palmo a palmo el barrio fatimí, además del *jauaga* mimado de Cheij Imam, el mítico cantante contestatario. Mis compañeros de celda no eran políticos, sino escritores, poetas, médicos y abogados que molestaban al régimen.

Pasaban las horas mientras me preguntaba por qué la Embajada no daba señales de vida. O qué había sido de mi hermana y de Ramón. Hosni se hizo cargo de mí. Se instaló a mi lado y me prestó *Calígula*, de Camus, en francés, además de unos cuantos cómics que resultaron burdos panfletos maniqueos, con empresarios demoníacos frente a luminosos obreros angelicales. No sé cómo había conseguido introducir todo aquello en prisión, ya que nos cacheaban a la entrada. A pesar de que no era la lectura más apropiada para aquellos días, devoré el libro de Camus en pocas horas. «Quiero la luna», decía Calígula. Yo también la quería. Quería gozar de la luna del desierto junto a mis amigos, mientras escuchaba las improvisaciones mágicas de Am Anwar, acompañado de los bramidos de los camellos de Mansur y el ulular del viento. ¿Qué ocurriría con mi trabajo sobre los Oasis? ¿Podría regresar algún día allí para continuarlo? Me habían arrancado de los oasis cuando más contento y feliz me sentía, cuando ya soñaba con construirme la casa en el pequeño poblado de Al Hayz.

Al día siguiente vinieron a buscarme dos policías, que me introdujeron en un furgón para llevarme ante el fiscal general del Estado. Allí, esposado como si fuera a escapar, el fiscal se me dirigió en árabe, interrogándome durante varias horas como si yo perteneciera realmente a una peligrosa organización. Harto ya de aquella patraña, dejé de hablar en árabe para negarme varias veces en inglés a contestar a ninguna pregunta más de no ser en presencia de un representante de la Embajada, un abogado y un intérprete oficial de español.

De nuevo en la celda, mi ánimo estaba por los suelos. Mis compañeros trataban de ser amables y de quitar hierro al asunto. Yo

agradecía aquellos gestos, pero lo veía todo muy negro. A la mañana siguiente me llevaron esposado a la sala de visitas, donde me esperaba mi hermana, con la cabeza cubierta por un pañuelo, a la musulmana, por requerimiento de las autoridades. Nos abrazamos, desahogando entre lágrimas la emoción tantos días contenida. Me contó que se dirigieron a la Embajada en cuanto llegaron a El Cairo. La policía no les había informado de mi detención. Llegaron a temer que se tratara de uno de aquellos siniestros secuestros del *muhabarat*, de consecuencias impredecibles. El puesto de embajador estaba vacante y el responsable en funciones, un perfecto imbécil, se había mostrado muy desagradable pues, al parecer, mi detención le estropeaba sus planes de unas cortas vacaciones en Luxor.

Pronto, la noticia del encarcelamiento de intelectuales en Egipto saltó a los diarios europeos, que cuestionaban la versión oficial sobre las detenciones. En España, Carlos Sentís, el socialista Salvador Clotas, el periodista Carles Bosch y el galerista Toni Estrany, representante por aquel entonces de mi hermana Isabel, comenzaron a mover hilos. La noticia fue difundida en prensa y televisión, algo inesperado para las autoridades egipcias y de lo que tomaría buena nota la Embajada de Egipto en Madrid.

Isabel me contó que, en el exterior de la prisión, había un montón de familias acampadas en el jardincillo de la entrada, esperando el turno de visitas mientras cocinaban y preparaban té. Más tarde me confesó que el viaje de dos días en diferentes taxis colectivos desde el oasis de Dahla hasta el centro de El Cairo fue la experiencia más triste de su vida. No podía apartar de su mente a aquella pareja de la autocaravana; le entró la paranoia de que todo el mundo pertenecía a los servicios secretos y que les espiaban. Una noche se despertó muy alterada y salió desnuda al pasillo. Ramón la encontró lloriqueando, acurrucada junto a la puerta del ascensor. ¡Cómo se habían torcido las cosas! Nosotros, jóvenes e ingenuos, creíamos que el destino estaba de nuestro lado, que nada malo podía ocurrirnos…

Al cabo de dos días me llevaron de nuevo ante el fiscal pero su actitud fue radicalmente distinta. Por fin contaba con un intérprete oficial y con un funcionario de la Embajada española. El señor Suárez, a diferencia de los altos cargos de la Embajada, fue amabilísimo. Siempre le estaré agradecido por ello. La acusación sostenía que yo había recibido dinero de la Cuarta Internacional para financiar las actividades del grupo clandestino y que había instigado los disturbios, así como el incendio del pabellón de Israel en la Feria Internacional del libro. Alegué que, en el momento de los hechos, yo me encontraba a más de mil kilómetros de El Cairo. Una coartada demostrable, puesto que me habían detenido ese mismo día en el oasis de Dahla. No podía estar en el desierto y en la Feria del Libro de El Cairo a la vez.

No tenía el don de la ubicuidad. No era un *yin*, y mucho menos un dios.

No sabían nada de mis actividades en el desierto. Les hablé de mi trabajo e incluso de la exposición de mis primeras fotografías de los Oasis en el Centro Español, auspiciada por la Embajada de España y Bet al Thaqafa, la red de centros culturales dependientes del Ministerio de Cultura de Egipto. Les dije, además, que el servicio de seguridad del Ejército egipcio me había concedido un permiso de sesenta días para realizar mis investigaciones antropológicas en Siwa y que iban a extenderme uno nuevo para visitar determinadas zonas «sensibles» del desierto. Sabía que esto les incomodaría, porque en cierto modo les enfrentaba al Ejército, bajo cuya protección, gracias al director del Centro Cultural Español, me encontraba. Les estaba dejando en ridículo, mostrándoles que el poderoso *muhabarat* nada sabía de mis actividades fotográficas.

Estaba claro que la policía secreta me vigilaba, pero aquellos agentes no sabían a qué me dedicaba. Me veían en el Zahret Al Bustán, en *L'Atelier des Écrivains et des Artistes du Caire* y en el café Riche, focos según ellos de disidencia y subversión. Me preguntaron de qué conocía a Ibrahim Abdel Meguid y a otros escritores. Les dije que sus obras estaban traducidas en Europa, y que era un gran admirador de su trabajo por lo que me había acercado a ellos.

Los servicios secretos habían inventado aquella patraña y encarcelado a varios intelectuales, exceptuando a Bashir y a Hosni, sin implicación política alguna, y a mí mismo, el *jauaga* del café. Ese que, en vez de tontear en el Hilton o en los clubes deportivos de Guiza, prefería la compañía de las gentes marginales de El Cairo islámico o de los bohemios izquierdistas del café Zahret Al Bustán.

En la cárcel, los ánimos estaban alicaídos. Acababan de comunicarnos que nos querían condenar a trabajos forzados en el desierto por nuestro supuesto intento de derrocar al gobierno por la fuerza armada. Habíamos pasado de intelectuales molestos y subversivos a nada menos que terroristas. Para matar el tiempo, hablábamos de política, de arte y de literatura. Cada uno expresaba sus pensamientos. Hosni y Bashir aseguraban que aquella condena era un farol y que en seis meses como máximo nuestro caso sería revisado y quedaríamos libres. Yo les dije que a ellos dos todo aquel asunto les supondría una medalla más en su lucha por una improbable revolución, pero para el resto sería muy distinto. Sobre todo para mí, pues estaba convencido de que cuando me liberaran sería expulsado del país sin contemplaciones. Ibrahim Abdel Meguid me preguntó por qué me sentía tan atraído por Egipto y yo les hablé de la sensación de libertad que sentía allí, aunque, como la realidad se había encargado de demostrar, era una libertad frágil, precaria, y finalmente falsa. Les

hablé de mi vida en los Oasis y de mis fotos. Resultaba curioso, porque ninguno de ellos había estado en aquellos lugares. Les expliqué que había decidido vivir un tiempo en Bahariya y que tenía pensado construirme algo en el pequeño oasis de Al Hayz para pasar largas temporadas. Y quizá luego proseguiría mi aventura por el Sudán y el Chad. O por el Índico. Pero aquel golpe bajo de los servicios secretos lo había desbaratado todo. ¿Cómo se podía jugar así con el destino de la gente? Les conté sobre mis ansias de huida desde niño. Había conseguido pasar al otro lado del espejo de Alicia, pero ahora ese mismo espejo me expulsaba de nuevo al exterior y me devolvía al punto de partida.

Durante el siguiente interrogatorio, el fiscal se vio sobrepasado, avergonzado incluso, por aquellas acusaciones que no se sostenían. Con aire funcionarial, como un mero trámite, sacó de un dosier otros argumentos peregrinos. Me acusaban de enseñar kárate a células subversivas. Yo alegué que un superficial examen físico de cualquier médico demostraría a las claras que yo no era un hombre deportista. Además, había sido declarado inútil para el servicio militar, a lo que Suárez añadió que contactaría con el Ejército español para conseguir un certificado. Me acusaron entonces de transportar propaganda subversiva en mi coche. En ese momento temí las conocidas malas artes que empleaba el *muhabarat*. A buen seguro, se sacarían de la manga octavillas o panfletos que yo jamás había visto. Yo lo negué, y el ordenanza trajo una carpeta de la que extrajo dos ejemplares de las revistas *Time* y *Newsweek* con sendas portadas de Gadafi y Jomeini. No pude contener la risa. «¿Y esto es subversivo?», exclamé atónito. «Pero si las compré en el quiosco que está junto a la cafetería Groppi, ¡en pleno centro de El Cairo! Además, son las revistas americanas por excelencia. ¡Las que recibe cada semana el presidente de Estados Unidos en su despacho de la Sala Oval!» Suárez intervino para decir que la noticia estaba teniendo eco en España, y el fiscal enrojeció. Sabía mejor que nadie que se trataba de una mascarada. «No lo entiendo», dijo. «Aquí debe de haber una confusión. Quizá una venganza.»

No volvieron a llamarme hasta pasados tres días, ya que coincidía con el viernes de los musulmanes y una posterior fiesta religiosa. De nuevo en la celda, cerraba los ojos y me trasladaba a la Calella de mi primera adolescencia. Revivía las sensaciones de niño, cuando atrapaba con las manos minúsculos camarones que parecían de cristal o alimentaba a las anémonas de tentáculos iridiscentes con pedacitos de queso del bocadillo. Recordaba las praderas de posidonias, que ocultaban grandes nacras de más de medio metro de altura, los tomates de mar y los mejillones adheridos a los islotes de las Formigues, la Cova d'en Gispert, una gruta de contrabandistas, de

aguas azules, cuyos reflejos desvelaban las grietas del techo mientras los cangrejos, asustados por el motor de la barca, corrían de modo errático por la roca. Pero abría los ojos y de nuevo veía las sombras de los barrotes.

Por primera vez desde que nos habían encerrado, nos dejaban salir a la galería. Hosni me advirtió que hablara lo mínimo con los prisioneros comunes, pues además de confidentes no tenían reparo alguno en violar a los jóvenes, con el silencio cómplice de los carceleros. Mi presencia, yo era joven y bien parecido, entre aquellos hombres curtidos que habían perdido la libertad para muchos años o incluso para siempre, no pasaba inadvertida. Eran tipos duros, de rostros surcados por cicatrices de navaja, con alguna oreja cortada o incluso llagas de ácido en la piel. Cuando salía a la galería, se me acercaban y, convencidos de que no entendía sus palabras, me decían procacidades. En una ocasión visité el cafetín que había en nuestra planta, donde un prisionero tuerto preparaba cafés a la turca que se pagaban con un cigarrillo Cleopatra. Su mirada lasciva me incomodó, pero cuando me invitó, o mejor dicho, me conminó a pasar a una habitación contigua, presentí el peligro. Salí de allí sin acabar el café. Ya en la galería vino a mi encuentro un carcelero para advertirme que no se me ocurriera salir de la celda si no iba acompañado. «*Inta shebab, gamil u jauaga w… hina mafish bennat*» (Eres joven, guapo y europeo, y… ¡aquí no hay chicas!), me dijo con ojos vidriosos. Una noche, tras los ululatos y vítores de una nueva violación, se oyó el eco de unos disparos a lo lejos. La mayoría dormía, pero unos pocos estábamos despiertos y yo adivinaba el miedo en sus rostros iluminados por la luna.

* * *

Ya no confiaba en que me soltaran sin más ni en poder regresar a los Oasis. Y, ¿qué había ocurrido con mi coche, con mis cámaras y con mi dinero? Por suerte, gran parte de los ahorros de mi trabajo en el Ministerio de Agricultura se encontraban a salvo en el banco, desde que unos pocos meses antes las autoridades egipcias autorizaran abrir cuentas en el país a los residentes extranjeros. Los ánimos de los compañeros, exceptuando a Bashir y quizá a Hosni, estaban por los suelos. También los míos, porque, a pesar de que el fiscal no veía ya delito alguno en las acusaciones en mi contra, se resistía a firmar la orden de liberación, probablemente presionado por el todopoderoso *muhabarat*. Al final conseguí dormir. Al despertar, el ambiente era aún más sombrío pues corría la voz de que un prisionero que intentaba escapar había sido abatido. Eran los disparos de la noche anterior.

Al cabo de veinticuatro horas interminables me llevaron de nuevo

ante el fiscal. Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi a mis padres, acompañados del señor Suárez y de un abogado egipcio. Estaban muy asustados; acababan de llegar a El Cairo. Todavía tenía eco la famosa película *Midnight Express*, en la que un joven traficante occidental era violado en una cárcel turca. Pero a mí no me pegaron ni torturaron. Con los prisioneros políticos estaba seguro. Le pedí al fiscal que me quitaran las esposas para poder abrazar a mis padres. Y emulando a Um Kulzum en *Al Atlal*, reproduje la célebre estrofa que encendía a su público: «*Eddini horreyati! Itlaq edeya*!» (¡Devuélveme mi libertad! ¡Libera mis manos!). Me pareció percibir en el impenetrable rostro del fiscal una media sonrisa que cortó de raíz en cuanto nuestras miradas se cruzaron. Suárez le entregó un telegrama del ejército español en el que se certificaba que yo había sido considerado no apto para el servicio militar. La absurda teoría de que había dado lecciones de kárate a células terroristas caía por su propio peso. El fiscal declaró que me liberaría en breve, pero ¿por qué no lo hacía de una vez, si me consideraba inocente?

Al cabo de unos días me llevaron de nuevo ante él. Por indicación del abogado, mis padres se habían quedado en el hotel. Sospecho que aquel letrado, con buenas conexiones en las altas esferas, procuraba que me retuvieran más tiempo en la cárcel para seguir extorsionando a mis padres y a la Embajada. El fiscal dijo que me dejaba en libertad, aunque con la prohibición estricta de abandonar El Cairo durante un mes. Añadió que contactarían conmigo para algunas cuestiones rutinarias. Solicitó mi firma y la del responsable de la Embajada pero agregó que la burocracia era lenta, máxime cuando se acercaban dos días de fiestas religiosas que paralizarían toda actividad, por tanto, aún tardarían unos tres días en sacarme de aquella cárcel siniestra. Creí percibir una sonrisa de satisfacción en el rostro del abogado. El responsable de la Embajada y yo mismo firmamos la carta antes de que me devolvieran a la cárcel.

Al cabo de tres días vinieron a buscarme, me esposaron de nuevo y me introdujeron en el furgón. Me quedé de piedra al abrir la portezuela para bajar cuando, en vez de verme en un hotel o en la Embajada, me encontré, una vez más, en el siniestro Ministerio del Interior. ¡Pero qué pesadilla era aquella! Me llevaron a los sótanos ante aquel desagradable hombre de bigotillo y ojos inquisidores, de la primera noche de mi detención, que no paraban quietos. Ordenó que me quitaran las esposas y sentados frente a frente, bajo el potente haz de luz de los interrogatorios, me ofreció un cigarrillo, que rechacé. Me dijo que el *muhabarat* se había equivocado conmigo pero que jamás lo admitirían.

—Por cierto —prosiguió—, te doy veinticuatro horas para que dejes este país y no regreses nunca.

Me quedé tan sorprendido que tardé un tiempo en reaccionar.

—Pero tanto el señor Suárez de la Embajada como yo hemos firmado un documento por el que me comprometo a no dejar El Cairo en el plazo de un mes. La justicia ha dicho…

Rio mostrando su dentadura amarillenta, esperó largos segundos y espetó:

—¡Me meo en la justicia! ¡Me cago en ella! ¡La justicia soy yo! ¡La policía no se equivoca nunca! Tienes veinticuatro putas horas para largarte y no regresar nunca. Hemos terminado.

Se puso en pie y se dirigió a la estantería de libros haciendo ademán de consultar algo. De pronto se volvió hacia mí, accionó un timbre y entraron los dos desagradables policías de la primera noche. En ese momento comprendí que me estaba forzando a cometer un delito, a ser un prófugo para, entonces sí, poder detenerme con motivo. Me lo jugué todo al decirle:

—Usted mismo ha dicho que soy inocente. De acuerdo, me voy del país, no tengo otro remedio y lo acepto, pero deme un día más.

Conociendo el carácter egipcio, un tanto indolente, sabía que no llamaría inmediatamente al aeropuerto para dar la orden de detención. Me vigilarían y esperarían a la tarde o a la mañana siguiente para avisar a la policía de fronteras.

—Amo este país, desde pequeño soñaba con vivir aquí —insistí—. Y ahora me obliga a abandonarlo. No voy a cuestionar su decisión, por más que vaya en contra de lo firmado, pero deme un poco más de tiempo, se lo suplico. Quiero ver por última vez las pirámides, ir al barrio islámico, pasear por el ensanche, entrar en el Museo Egipcio…

Se quedó pensativo durante largos segundos, esbozó una sonrisa y dijo:

—No quiero que veas a ninguno de tus amigos comunistas ni que hables con la prensa.

Me preguntó por mi amiga Bianca, la arabista con quien yo había compartido vivienda y viajado por los Oasis pero a quien no veía desde hacía dos meses pues había regresado temporalmente a Italia para los exámenes de fin de carrera. Respondí que no sabía nada de ella aunque me extrañó aquella pregunta. ¿Qué le importaba a él? ¿Pretendían involucrarla también en aquella pantomima o se trataba de una burda amenaza?

—Para tu información —apartó el foco cegador de mis ojos— llegó ayer en el vuelo de Alitalia procedente de Milán.

Cuando ya estaba en el dintel de la puerta, custodiado por los dos policías, me volví para preguntarle:

—Si me considera inocente, ¿por qué me obliga a dejar el país?

—¡La policía egipcia no se equivoca nunca! —replicó.

Le miré asombrado. ¿Cómo se podía ser tan cínico?

—Por cierto, saluda a tu amiga Bianca de parte del *muhabarat*. Y no lo olvides. —Arqueó las cejas mientras me advertía con el índice—. ¡Te doy cuarenta y ocho putas horas para que te largues de Egipto!

Los policías me introdujeron en otro coche negro. Allí dentro estaba el siniestro abogado. «Tus padres te esperan en el hotel», dijo. «No quiero que hables con nadie ni veas a ninguno de tus amigos. Es peligroso. Te vigilan. Me ha costado conseguir tu libertad a cambio de que dejes el país.» Me quedé estupefacto. Pero ¿al lado de quién estaba? Yo nunca le dije que quería irme de Egipto. Allí tenía mi vida y mis amigos. También aquel proyecto sobre los Oasis al que dedicaba todo mi esfuerzo e ilusión.

* * *

A través del cristal ahumado distinguía las calles que habían sido mías, el café Horriya, lleno de gente, la plaza de Bab el Loq. Pensé en mis amigos zumeros del mercado y en la aventura en el monasterio de Santa Catalina. Pasamos frente al café donde cada mañana esperaba el autobús del Ministerio de Agricultura. Proseguimos por la cornisa del Nilo. Las falucas me hicieron pensar en Mohamedin y nuestras noches ancorados en el Nilo, cerca de Komombo, el templo de los cocodrilos sagrados.

Llegamos al Meridien junto al Nilo. Mientras me registraba en la recepción, noté que dos hombres me observaban. Se notaba a la legua que eran policías de paisano, pues desentonaban en aquel lugar. Me siguieron hasta el ascensor sin ningún disimulo y subieron conmigo. Me dirigí a la habitación de mis padres, donde también me esperaban mi hermana y Ramón. Los abracé y les conté lo sucedido. Isabel dijo: «¡Estos cabrones te están obligando a cometer un delito!». Le pedí a mi cuñado que bajara a la recepción para reservar billetes para el próximo vuelo con destino a cualquier ciudad de Europa. «Debemos salir de Egipto antes de que llegue la orden de detención», les dije. Al cabo de media hora estábamos en un taxi camino al aeropuerto, conteniendo el aliento hasta el instante en que cerraron las puertas del avión. Mi madre y mi hermana llevaban escondidos los negativos que habíamos podido salvar.

Me quedé adormilado, recostado en la ventanilla. Sobrevolábamos el entramado de El Cairo islámico, el barrio de Al Husein con las viejas mezquitas en las que se practicaba el *zikr* y aquellas callejuelas donde me perdí con el soldado. Ahora atravesábamos el ensanche cairota y nos acercábamos al edificio de la Radiotelevisión Egipcia, junto al Nilo, donde tantas noches había trabajado. ¡Cinco años en aquella querida ciudad que ahora me obligaban a abandonar! ¡No

podía ser que todo acabara de esa manera! Dejamos atrás la isla de Zamalek y distinguí el edificio del Ministerio de Agricultura. ¿Sabría Madame Soraya que su *monsieur* Georges era un *irhabi*, un terrorista? A lo lejos despuntaban las pirámides de Guiza, donde tan feliz había sido en compañía de Mursi, fumando hachís con los guardianes y brindando con *arrack* a la salud de Imhotep. El avión dio un bandazo. Minutos después, ¡allí estaba! La siniestra prisión de alta seguridad de Al Qanater, visible desde el aire. ¿Qué sería de mis compañeros de celda? Más allá, el Nilo se dividía en una multitud de canales. Sobrevolábamos la región de Kafr el Cheij, donde me alojaba con los becarios del Ministerio de Agricultura durante nuestras visitas al delta del Nilo. Me entretuve recordando a Séraphin, al agrónomo congoleño con quien había intimado. ¡Si él supiera por lo que yo estaba pasando!

Pronto divisamos la playa de Abu Quir con el popular Zephirion, en cuya habitación sobre el mar pasé unos días tan solitarios como felices. El avión cambió de rumbo. Muy abajo, Alejandría se extendía sinuosa a lo largo del Mediterráneo. Se reconocía el puerto así como la amplia bahía rematada por el fortín de Qait Bey, donde en otros tiempos se levantaba el faro de la Antigüedad. Recordé el Bistrot L'Elite y a su dueña, la dama alejandrina copta que solía codearse con Kavafis, Durrell y Forster. Bordeamos la costa hasta llegar a Marsa Matruh, el punto de partida hacia Siwa y el oráculo de Amón.

Los pasajeros apenas prestaron atención cuando el comandante anunciaba tal o cual ciudad o punto de interés. Sin embargo, para mí, aquellos lugares constituían hitos en mi vida. Acaso los capítulos más importantes.

Volando sobre mar abierto, avisté la larga estela de un viejo barco. De pronto, me vi a mí mismo, unos años atrás, en la cubierta del Al Sudán, rumbo a Alejandría, siguiendo el impulso nómada de la infancia, fraguado desde aquellos lejanos días de Villa Rosa, cuando aún tenía el mundo entero por descubrir. Y en ello iba cavilando cuando el avión viró el rumbo y enfilamos decididamente hacia Europa. En Egipto había conseguido por fin ser otro. Y ahora, como en el cuento, el cántaro se había roto.

EPÍLOGO

De regreso a la ciudad de la que había huido cinco años atrás, comencé a tener un sueño recurrente. Volaba de manera errática, un poco como los grandes escarabajos de verano que no saben dirigir su rumbo. Al principio, maravillado por el hecho de volar, solo me fijaba en el cielo azul de Egipto. Pronto distinguía el zoológico de Guiza, sobrevolaba el Ministerio de Agricultura, planeaba sobre la isla de Zamalek, con sus jardines y villas, cruzaba el Nilo y veía el edificio de la Radiotelevisión Egipcia. A lo lejos, divisaba las rosadas cúpulas del Museo de El Cairo mientras me acercaba a Tahrir, la inhóspita plaza donde años después estallaría la revolución. Me sentía feliz. Estaba a punto de conseguir lo que más anhelaba, sentarme en el café Zahret Al Bustán o en el Riche a esperar a mis amigos cairotas, al juez progresista Mustafa Abdelaziz o a Mursi Sultan. Pero, *hélas*!, de pronto despertaba con sudor frío en mi casa del puerto de Barcelona.

A veces, el sueño se torcía llevándome por lugares ajenos a las calles familiares de El Cairo. Unos hombres larguiruchos y encorvados me miraban de reojo y, a medida que avanzaba por callejuelas cada vez más estrechas, sus orejas se volvían más puntiagudas y los rostros más aguileños. Unos sucios colmillos asomaban por entre los labios agrietados y sus facciones cobraban trazos animalescos. Parecían criaturas surgidas de los experimentos del Doctor Moureau. Segundos después, me veía atrapado en el interior de un pasadizo en el que resultaba imposible avanzar o retroceder, para encontrarme de sopetón ante un espejo. Mis ojos eran de color amarillo y estaban inyectados en sangre.

La Barcelona que encontré a mi vuelta poco tenía que ver con la que yo recordaba. Me ocurría lo que al pescador del cuento persa de mi infancia, que regresaba a la aldea que creía haber dejado unos días atrás pero no la reconocía pues en realidad había transcurrido todo un siglo. En apenas cinco años, la ilusión y el ímpetu creativo de mi ciudad habían dado paso al desencanto y a un cierto nihilismo. Ya no me reconocía en ella.

Lejos de los Oasis, no encontraba sentido a mi vida. Tras unos meses de encierro en casa, escuchando a Bach, a Um Kulzum y música

sufí, comencé a perderme en los antros de la ciudad portuaria, pocos años antes de que, uno a uno, fueran sucumbiendo a la especulación inmobiliaria de los Juegos Olímpicos. Los amigos de otras épocas eran incapaces de aguantar el ritmo de mis desquiciadas noches, y ahora los compañeros de correrías eran otros: ladronzuelos, locas, camellos de poca monta, transexuales y travestis. La Tina, la China, la Mala, la Canaria o Paca la Tomate, a quienes acompañaba en sus anárquicas actuaciones en clubes de mala nota. A altas horas de la noche, apoyado en la barra de algún tugurio, cerraba los ojos y regresaba a Egipto. Tras unas copas, la penumbra del local daba paso al sol del desierto. Junto a mí, estaba Ahmed, el hijo de Am Anwar, con quien planeaba viajar al encuentro de sus amigos músicos del clan de los Awlad Ali. Más tarde, se me aparecía Mansur, con quien conversaba largamente mientras bramaban sus camellos y las estrellas de Escorpio aparecían sobre las montañas. Entre vapores de alcohol y hachís, regresaba cada noche al paraíso del que había sido expulsado, hasta que levantaban con estruendo la persiana metálica del local y el sol lo inundaba todo. Egipto había dejado de ser un lugar real para convertirse en el refugio de mi mente, al que acudía cuando más perdido estaba.

A veces coincidía en mi deambular nocturno con Joan. Los dos huíamos de nosotros mismos entregándonos a la noche. Cuando mi amigo me veía aparecer con aspecto desaliñado y las pupilas dilatadas, me decía que le recordaba a un personaje de novela rusa. Y quizá no iba desencaminado porque, roto por dentro, ebrio y drogado, me había quedado sin proyecto alguno de futuro. Pero mi gran compañero de correrías de aquellos tiempos fue Toni. Le vi por primera vez, antes de viajar a Egipto, en el Zeleste, local barcelonés frecuentado por los bohemios de la época. Destacaba entre la aparente uniformidad, de ponchos, jerséis gruesos o ropas indias, porque vestía a lo *Querelle*, la película de Fassbinder sobre el relato de Genet, con camiseta de rayas y pantalones de marino francés. Alto, barbudo, con mirada de loco, parecía un joven capitán Haddock. Acudía ya entrada la madrugada, acompañado de un colombiano con aspecto de príncipe andino. Parecían tocados por una luz especial que hacía que los demás rostros quedaran desenfocados. Me inquietaban, quería acercarme a ellos, pero me parecían inalcanzables. No necesitaban a nadie.

Cinco años después, a mi regreso de Egipto, nos hicimos inseparables. Acompañábamos a Paca la Tomate a sus actuaciones esporádicas en discotecas clandestinas a las que se accedía en montacargas, o a garitos camuflados en la trasera de un taller de automóviles, donde, a las siete de la mañana, las «gentes de mal vivir» se ponían hasta las botas de paella recalentada y calamares en su tinta. Todos estaban convencidos de que Toni y yo éramos amantes

pero, aunque en un tiempo lo fuimos, la relación de complicidad que nos unía se fortaleció precisamente cuando dejamos de serlo.

Yo tenía una permanente sensación de provisionalidad, de vivir en una pesadilla de la que deseaba despertar para retomar mi maravillosa aventura solitaria en los Oasis. ¿Estaría pagando por la osadía de haberme creído libre, de haber seguido el impulso nómada que me guiaba desde la adolescencia? Algo se había roto sin remedio. Se había abierto un cruel abismo entre el antes y el después. No se trataba de un mal sueño. Tarde o temprano debería negociar conmigo mismo una nueva vida lejos de mi paraíso perdido. Mientras ese momento no llegaba, la variopinta *troupe* a la que frecuentaba cada noche me ayudó a pasar los días, o mejor dicho las madrugadas, porque, como los vampiros, vivíamos solo para la noche.

No duró mucho aquel desvarío, quizá año y medio. Apareció el sida, con timidez primero y después con fuerza, llevándose por delante, como la locura asesina que retrató Ginsberg en las primeras estrofas del *Aullido*, a muchas de las mentes más inconformistas y creativas de aquella generación. Un tiempo después, cumplidos los cuarenta, Joan cumplió aquel vaticinio que había significado un punto de inflexión en nuestra relación y se casó. Pero cada día estaba más esquelético y acabó por fallecer. Hasta el final, nos unió un lazo profundo. Nunca quiso revelar el nombre de su enfermedad. Aunque nadie lo verbalizara, todos sabíamos que se trataba del «puto» sida. Toni lo seguiría poco después. Una noche, en el Dickens, me mostró el brazo, lleno de pústulas. «Al principio pensé que habría pillado algo en la playa de la Barceloneta», me dijo. «¡Es la puta enfermedad! Tú tienes aún media vida por delante: ¡Escribe todas esas historias que me cuentas de madrugada! ¡No malgastes tu vida!»

No volví a verle. En aquella época nadie preguntaba. Todo el mundo *sabía*. Uno a uno, fueron cayendo los cómplices de aquellas noches. Me hubiera gustado acompañarlo hasta el final, pero el sida era entonces un vergonzante estigma, por lo que mi amigo, como tantos otros, desapareció en silencio. Y yo actué como el avestruz, escondiendo la cabeza bajo el ala. A menudo pienso que su consejo me salvó la vida, porque me hizo abrir de una vez los ojos y reaccionar. Echando la vista atrás, constato que a todos los cómplices de aquella farra sin fin se los llevó la plaga.

Una mañana de marzo de 1987 me levanté a por un vaso de agua cuando, tras un brutal estruendo, temblaron hasta los cimientos del edificio. Los cristales estallaron en mil pedazos, los picaportes de la gran ventana que daba al puerto pasaron rozándome como metralla antes de clavarse en la pared. Abajo, en el paseo de palmeras, la gente corría despavorida mientras todo parecía en llamas. ETA había puesto

una de sus bombas. Minutos después llegaron las ambulancias en un tumulto de sirenas mientras se elevaba hacia el cielo una espesa columna de humo y los curiosos comenzaban a amontonarse.

Aquella noche, por primera vez en muchos meses, me quedé en casa. Debía encarar de una vez por todas la realidad y enderezar aquel despropósito que me conducía a la destrucción. A menudo amanecía en camas extrañas junto a tipos a los que ni siquiera recordaba, de los que huía a hurtadillas. Otras veces, sin saber cómo había llegado a casa, me quedaba dormido con el cigarrillo en la mano hasta que el olor y el humo que salían del colchón me hacían reaccionar. Por no hablar de la mañana en que me desperté entre arcadas, cubierto por mi propio vómito. Por fortuna, conseguí darme la vuelta y salvarme de morir ahogado.

Y entonces, me llamó Pepe Ribas. Me dijo que quería reflotar la revista *Ajoblanco*. Aquello me ayudó a salir del marasmo y durante siete años participé en aquel proyecto. Allí aprendí a sintetizar y a ordenar mis pensamientos ante el ordenador.

Un día conocí a Jordi Tresserras, amigo de amigos comunes. Apareció en mi vida en el momento justo. Cada vez que coincidía con él, pensaba que era la persona con la que me gustaría vivir y envejecer. Él consiguió sacarme del pozo emocional en el que había caído tras mi expulsión de Egipto. Seguimos juntos desde hace más de tres décadas, codo con codo, haciendo libros y documentales en África, Oriente y Colombia. Nos casamos. Debía de estar escrito. *Maktub*, como dirían los árabes: esta vez para bien.

* * *

El tiempo iba pasando, y con él, el sueño de regresar a Egipto. Al igual que los judíos brindaban cada año por el retorno a Jerusalén, yo lo hacía por volver a El Cairo. Dejé *Ajoblanco*, tras siete años de intenso trabajo, para partir de nuevo tras los sueños de infancia: el África animista, los puertos de Arabia y del Índico o la remota isla de Socotra. Fotografiaba, escribía, filmaba, pero mi mirada era ahora la del observador. Ya no era actor. El impulso nómada se había desvanecido. Y los años corrían, ¡siete, doce, quince…! Los Oasis eran un recuerdo cada vez más lejano.

Jordi Tresserras en el antiguo Africa House, Zanzíbar, 1989

A finales de los noventa por una serie de casualidades tuve acceso a un alto cargo de Exteriores que me pidió un informe de lo ocurrido años atrás en Egipto. Unas semanas más tarde me sorprendieron aquellos estridentes ruidos del fax hoy olvidados. Cuando leí el encabezamiento del Ministerio de Asuntos Exteriores, tuve la sensación de que despertaba de un letargo. Se me comunicaba que, tras las pertinentes gestiones, el Ministerio del Interior egipcio autorizaba mi entrada en el país. Las lágrimas me nublaron los ojos durante un buen rato impidiéndome continuar la lectura. Entonces entendí aquellas letras de blues o de flamenco, que siempre creí exageradas, en las que el llanto impedía al amante leer la carta de despedida.

Por lo visto, durante una visita a Egipto de la reina emérita junto con altos funcionarios de Exteriores para firmar con Mubarak unos acuerdos sobre la participación española en la Biblioteca de Alejandría, mi contacto habló en un aparte con el rais egipcio. Una sola llamada de este bastó para que mi nombre desapareciera de los ordenadores de la policía. En el fax se me aconsejaba que viajara a El Cairo cuanto antes y me presentara ante el embajador español. Me facilitaban una serie de números de teléfono por si era detenido. A los pocos días aterrizaba en la ciudad que un día sentí mía.

Fue un ejercicio de nostalgia. Muchos de los lugares que solía frecuentar ya no existían o habían sido desvirtuados hasta quedar irreconocibles. El Cairo era una ciudad en la que eran frecuentes las

tertulias en los cafés, maravillosamente anticuados, donde la gente discutía de poesía o literatura, leía *Al Ahram* o *Le Journal d'Egypte* aspirando el humo del narguilé mientras les enceraban los zapatos. ¡Cómo había cambiado todo! Habían desaparecido los deliciosos Café du Brésil, con su decoración déco. La pastelería y restaurante Groppy se había quedado en la mitad y ya no servían alcohol. Las cafeterías de la cadena À l'Americaine o bien estaban decrépitas o las habían transformado en locales de comida rápida. Incluso el Feshawi, el famoso café de los espejos, tan frecuentado por los turistas, había sido cercenado para ceder espacio a puestos de baratijas. El célebre café Riche, estaba cerrado temporalmente.

Muchos amigos habían muerto, emigrado o desaparecido sin dejar señas. Iluso de mí, había creído que en Egipto todo permanecería igual por más años que transcurrieran, que los amigos y conocidos estarían en el café Zahret Al Bustán, congelados en el tiempo como en una moviola, esperando mi llegada para recobrar el movimiento y abrazarme. Habían desaparecido también el cosmopolitismo y aquellos personajes de Forster que saltaban de un idioma a otro. El Cairo me pareció un lugar sucio donde todo me resultaba ajeno. Incluso casi había olvidado el árabe coloquial.

¿Conviene regresar a los lugares donde uno ha sido feliz? A los pocos días de llegar a aquella ciudad a la que tanto había anhelado volver, me encontré contando los días que me faltaban para abandonarla. El viaje me dejó un regusto amargo pero me liberó de mi obsesión con Egipto permitiéndome involucrarme en nuevos proyectos. Un buen día, en mi casa del puerto de Barcelona, cuando ya había dejado de soñar que era capaz de volar y que en sueños regresaba a El Cairo, sucedió algo inesperado. Recibí una llamada desde Egipto. Era Talat Shahin, el traductor al árabe de mi libro *Los árabes del mar*. «¡Eres el autor extranjero invitado este año por la Feria Internacional del Libro de El Cairo!», me comunicó exultante, «y te va a presentar nada menos que Ibrahim Abdel Meguid.» Me invitaban los responsables de aquella feria donde, según el *muhabarat*, los «trotskistas» de la prisión habíamos promovido disturbios e incluso incendiado el pabellón de Israel. Por si fuera poco, me presentaría mi compañero de celda ¡Ibrahim Abdel Meguid! ¡Qué dulce venganza!

* * *

Con Assem Sharaf, Mohamed Seif, Samia Mehrez y Hoda Lotfi en L'Estoril

El interior de L'Estoril, situado en una callejuela del centro de El Cairo, aparecía difuminado por la mortecina luz de los viejos apliques y el humo del tabaco. Voces y risas se confundían con el canto lánguido de antiguas divas árabes. Unos pocos incondicionales, supervivientes de las tertulias del Cosmopolitan y de otros bares ya desaparecidos, se atrevían con whisky o ron local ante la barra de madera oscura. Antes de acudir a L'Estoril, solían dejarse caer por el bar Stella o Le Cap D'Or, lugares decrépitos llenos de encanto. Algunos llevaban peluquín o el cabello teñido de negro. Hojeaban *Al Ahram* o departían con una elegante mujer copta sentada en un extremo de la barra, una auténtica *fin de race* que mantenía conversaciones en árabe y francés, alternando el móvil con un anticuado teléfono de baquelita. Por lo general, eran bastante mayores que el resto de los clientes y hablaban entre ellos con la complicidad de quienes observan a las nuevas generaciones con cierta condescendencia.

En las mesas, escritores y pintores discutían sobre literatura y arte. No faltaban unos pocos extranjeros residentes en la ciudad. Un grupo de estudiantes jovencísimos hablaba de política. Ninguno de ellos habría nacido cuando yo fui expulsado del país. Apenas hacía un año de la llegada del general Sisi al poder, y todavía andaba atareado encarcelando a los hermanos musulmanes, antes de ocuparse de la izquierda. De momento ya había limpiado el caos de las calles de El Cairo y acabado con la inseguridad que la misma policía había

propiciado al vaciar las cárceles de ladronzuelos y pequeños criminales. Durante el corto período en que los hermanos musulmanes se mantuvieron en el poder, las colas en las gasolineras y los cortes de luz y agua fueron interminables. Desde las altas esferas se había creado a propósito una sensación de desconcierto para que el pueblo comenzara a ansiar la mano dura de un líder fuerte capaz de poner orden en el caos propiciado por la llamada *zaura* o revolución. El vendaval de la plaza Tahrir.

Sorprendía la cantidad de mujeres que participaban en las discusiones. Una joven de negro con *hijab*, muy maquillada, con un cigarro humeante en la mano, charlaba animadamente mientras bebía cerveza con sus amigas. Otra, tocada con un pañuelo de fantasía que le ocultaba el cabello, brindaba con su acompañante con una copa de Valmont. ¡Qué buen nombre el del perverso vizconde de *Las amistades peligrosas* para un espumoso egipcio!

En el cercano Le Grillon se organizaban tertulias artísticas y literarias. Era el lugar ideal al que acudir tras un *vernissage*, una representación teatral o cualquier otro acto relacionado con la cultura. Por eso, tras cenar en L'Estoril con un grupo de amigos, habíamos ido allí para celebrar la presentación de *Arab el Baher*, la traducción al árabe de mi libro *Los árabes del mar*, en la Feria Internacional del libro de El Cairo. Mi amigo Mursi Sultan alzó su copa de Valmont para brindar por el éxito del libro.

Formábamos una mesa variopinta, a la que se iban añadiendo artistas y escritores. Yo recordaba Le Grillon de antaño, frecuentado por clientes de la edad que teníamos nosotros ahora. Personajes de aspecto bohemio, con sus boinas y fulares, que me habían resultado misteriosos e interesantes pero que no me había atrevido a abordar. ¿Les ocurriría lo mismo a los jóvenes que nos observaban con curiosidad desde otras mesas? Ahora nos tocaba a nosotros ser los «mayores». Pero no estaba muy seguro de que resultáramos tan «misteriosos e interesantes» como los de antes, del mismo modo que tampoco debían de serlo tanto los de entonces.

* * *

Ibrahim Abdel Meguid, antiguo compañero de prisión y hoy escritor reconocido, fue muy generoso conmigo durante su presentación de *Arab el Baher*. Al día siguiente lo cité en el café Zahret Al Bustán pues necesitaba hablar con él a solas.

Las mesas del modesto café de antaño se extendían ahora por casi toda la bocacalle, incluso por el callejón adyacente que conducía al café Riche y por el interior de la antigua *gamaia*, el antiguo economato con bienes de primera necesidad subvencionados por el gobierno. Las

bellas sillas de madera con la efigie de Cleopatra y las mesitas de mármol o latón habían sido sustituidas por mobiliario de plástico. Haj Abdelatif, el *capo* del callejón, había muerto y con él habían desaparecido la tienda de verduras y la zapatería Madrid.

Un fuerte viento agitaba el jacarandá frente al piso donde había vivido aquella dama griega de las vistosas batas de seda a la que me gustaba observar desde el café Zahret Al Bustán. Se veían muchos jóvenes y sobre todo mujeres que se movían con desparpajo y fumaban la *shisha*. Las cosas, aunque despacio, cambiaban en aquella sociedad. Junto a la entrada del café, algunos parroquianos de cierta edad jugaban a la *taula* mientras soltaban volutas de humo. Escudriñando sus rostros, pude reconocer a algunos. ¡Toda la vida en el café haciendo lo mismo! Recordé las horas pasadas en el Zahret Al Bustán, donde todos hablaban de sus proyectos, de los libros que iban a escribir o de los cuadros que iban a pintar, mientras el tiempo y la vida, lejos de aquel lugar, corrían. Sentí nostalgia, incluso cierta melancolía. Los años habían caído como una losa. La gente parecía la misma, también sus conversaciones y sus actos; habían transcurrido treinta y cinco años y daba la impresión de que nada se había movido, excepto el inexorable paso del tiempo, que pesaba sobre los rostros y los andares de antiguos conocidos. ¡Cuántos sueños rotos y vidas truncadas esperando, en aquellas mismas sillas, que sucediera lo que jamás sucedería! Yo también, sentado en una de aquellas sillas, me preguntaba a menudo qué sería de mí en el futuro. Ahora lo sabía, porque el futuro había acabado por llegar. No debería haber regresado allí, como tampoco debería haber vuelto a Villa Rosa o a las prístinas calas de Calella. No, uno no debe regresar jamás a los lugares donde ha sido feliz.

Ibrahim había perdido sus aires de galán de cine egipcio. Le agradecí la presentación de mi libro así como el elogioso artículo que había escrito para el suplemento de un prestigioso diario cairota.

—¿Sabes que este café es ahora muy conocido por lo sucedido en nuestra época? —me dijo—. No recuerdo si fue en *Al Ahram* o en *Al Azhar* donde se publicó un reportaje en el que salía nuestro amigo Mursi y nos mencionaban a todos los incondicionales. También hablaba de ti. ¡«El famoso *jauaga* del Zahret Al Bustán»! Este café es ya un clásico, y nosotros le dimos fama y lo pusimos de moda.

—¡Vaya! —exclamé.

Permanecimos en silencio observándonos durante largos segundos. El fuerte viento se llevó por los aires los apuntes de una estudiante en una mesa cercana. Amigos y clientes se levantaron para atraparlos. Las ramas del jacarandá parecían a punto de ser arrancadas por otra de aquellas sacudidas.

—Estoy escribiendo sobre aquellos días —me sorprendió Ibrahim

después de dar un sorbo a su café turco.

—¡Y yo también! —exclamé.

—¿Ajustando las cuentas con el pasado? —rio mi amigo.

—Es increíble cómo un suceso como el que vivimos pudo resultar tan distinto para cada uno de nosotros —comenté.

—¿Has podido hablar con alguno de los compañeros «trotskistas»? —preguntó irónico.

—He pasado antes por el café Riche y ahí estaba Bashir Isibay, con montones de libros sobre la mesa. Me ha dicho que estaba traduciendo.

—Pues no sé si es el mejor lugar para concentrarse. ¿Y qué te ha contado?

—No mucho más de lo que yo sabía. Que todo fue una pantomima pero que a él no le afectó demasiado porque estaba convencido de que no iba a permanecer mucho tiempo encarcelado. Creo que le pareció un gaje más del oficio. Sin embargo, a mí me cambió radicalmente la vida.

—Bashir era el único que estaba comprometido políticamente —dijo Ibrahim.

—Me ha contado que le confiscaron todos sus escritos, que, por supuesto, nunca le devolvieron. Dice que el *muhabarat* busca «destruir a la persona», pero que con él no lo consiguió.

—Cada cual lo ve a su manera —suspiró Ibrahim—. Pero en esto tiene razón. Era una práctica heredada de la era de Nasser. Cada año encarcelaban a gente de partidos izquierdistas. Y en 1985 nos tocó a nosotros. Arrestaron a unos treinta hombres de distintas tendencias. Nos acusaron de trotskistas porque en casa de Bashir encontraron libros de Trotski, y tú eras el agente de la Cuarta Internacional. *Masrahiya*! ¡Teatro!

Como para subrayar sus palabras, una nueva ráfaga de viento sacudió el jacarandá, esta vez con tal fuerza que arrancó una gran rama que lanzó sobre unas mesas que por fortuna estaban vacías, provocando un gran revuelo.

—¡Ha sido el espíritu de la mujer griega! —reí—. ¿Te acuerdas de aquella misteriosa mujer?

—¡Sí! —exclamó—. ¿Cómo puedes recordar tantas cosas?

—Porque no he dejado de pensar un solo día en El Cairo y en todo lo ocurrido aquel maldito enero de ¡1985!

—Para mí también fue traumático —reconoció Ibrahim.

Lo miré sorprendido.

—Yo estaba escribiendo precisamente sobre la detención de un novelista al que arrestaban a las tres de la mañana y de pronto oí que alguien aporreaba la puerta. Al abrir y encontrarme a esos cabrones

del *muhabarat*, se me paró el corazón. ¡Acababa de describir aquella misma escena! A menudo me pregunto si no lo buscaría de manera inconsciente. Se llevaron todos mis escritos, más de trescientas *cassettes* de música y grabaciones de las conferencias que había dado a lo largo de los años y que pensaba recopilar en un libro. ¡Todo perdido para siempre!

»Les supliqué que no hicieran ruido para no despertar a mis hijos. Me llevaron a la prisión. Durante los interrogatorios me preguntaron por ti pero, como tu nombre estaba mal escrito, les dije que no te conocía. Afirmaron que eras un peligroso agente subversivo. Al cabo de unos años escribí dos historias cortas y rehíce aquella novela premonitoria porque se habían quedado con el borrador. ¡Tú sales en el último capítulo!

—¿Has seguido en contacto con los otros compañeros de celda? —pregunté.

—De vez en cuando veo a alguno por casualidad en alguna presentación o incluso aquí o en el café Riche. Pero, ya sabes, yo paso la mayor parte del tiempo en Alejandría. A quien vi hace poco es a Mohamed Suleiman. Se quedó realmente traumatizado. ¿Te gustaría verlo? Trabaja aquí en el centro, a dos pasos. ¿Lo llamo?

Al cabo de media hora tenía ante mí a Mohamed Suleiman. Me costó reconocerlo. Los grandes ojos de aquel hombre apuesto se veían hoy apagados tras el grueso cristal de las gafas. Ahora, su tez era olivácea y demasiado arrugada para su edad. Sus cabellos enmarañados se habían vuelto blancos. Recordé su imagen de joven poeta, un poco rimbaudiano, de ojos vivaces, dispuesto a comerse el mundo, leyendo sus poemas en voz alta ante un corro de admiradores en el Zahret Al Bustán. Solía acudir con Luz, una arabista española con la que se iba a casar. Nos abrazamos con emoción, y sin preámbulos abordó el tema que lo atormentaba.

—¿Has sabido algo de Luz? —preguntó.

—Hablé con ella un par de veces por teléfono hace muchos años —le dije—, cuando yo trabajaba en la revista *Ajoblanco* y queríamos publicar un artículo sobre el cine egipcio. Hablamos de todo lo ocurrido y me dijo que ella tampoco podía regresar a Egipto.

—Se fue a Chile —suspiró—. No nos hemos vuelto a ver.

—¡Vaya! Lo siento.

—También a ella la detuvieron, pero la soltaron a las pocas horas. La acusaban de ser un enlace trotskista. ¡Como tú! —exclamó—. Luego, no sé si porque era mujer o para fastidiarme a mí, la expulsaron del país sin contemplaciones. Luz fue lo mejor que me ha ocurrido en esta vida, pero me la arrebataron.

Sentí gran ternura por aquel hombre destrozado, que se lanzó a un monólogo emotivo que no quise interrumpir.

—Nosotros éramos poetas. Amábamos la literatura. Nuestro grupo se llamaba *Al-Asuat* (Las Voces). Queríamos hacer algo nuevo y moderno. Ya en 1981, antes de que mataran a Sadat, pasé por algo parecido y me detuvieron. Ya no dejaron de controlarme. No estábamos metidos en nada, pero tanto el café Riche como el Zahret Al Bustán eran un nido de espías del odioso *muhabarat*. Estaban en todas partes. Incluso algunos que creíamos amigos eran confidentes porque les amenazaban con la seguridad de sus familias o con airear aspectos embarazosos de su vida personal. Todos los que frecuentábamos el Riche y el Zahret Al Bustán estábamos vigilados y fichados por los servicios secretos. ¡Tú también! ¡Había espías incluso entre nuestros compañeros de celda!, pero no voy a dar nombres, ¡qué más da! Uno de ellos acabó suicidándose por los remordimientos.

»Me dijeron que era muy fácil retenerme en la cárcel por cinco años, tan fácil como introducir una bomba en mi casa y acusarme de terrorista. Me propusieron convertirme en chivato a cambio de que Luz pudiera regresar. Me negué en redondo. Yo nunca sería un delator. Intentaron doblegarme con dinero, premios y publicaciones. Pretendían comprar a los escritores, pero ¿cómo podía aceptar algo así después de lo que me hicieron?

»El *muhabarat* me quitó todos mis escritos, que están perdidos para siempre. Aún no he podido redactar una línea sobre lo que ocurrió. ¡Me veo incapaz! A los tres meses acabaron por soltarme, pero no me dejaban salir del país. Me retiraron el pasaporte. No podía viajar al encuentro de Luz, ni ella podía venir a Egipto. Nos destruyeron. Ella quería trabajar en la Universidad de El Cairo tras acabar su doctorado, pero todo se fue al garete. La boda, el trabajo… ¡Todo! Aquello cambió mi vida de arriba abajo. Toda mi existencia ha girado en torno a ella. Mi último libro se llama *Nur*. ¡"Luz" en árabe!

»Cuando por fin, ¡al cabo de tantos años!, le dieron permiso para regresar, nos citamos en Le Grillon. Pero había pasado demasiado tiempo, y mi familia había conseguido casarme con una prima.

Llamé a mi amigo Mursi y le conté que había estado con Ibrahim y con Mohamed Suleiman hablando de los días en la cárcel. Quedamos al atardecer en el Zahret Al Bustán donde me anunció que tenía una sorpresa para mí pero que debíamos ir al cercano café Horriya (Libertad), a dos minutos de mi antigua casa en Mohamed Sidqy. De camino entramos en mi antigua portería. El ascensor estaba más desvencijado, si cabe, que en mi época. En tres décadas no habrían gastado una sola libra egipcia en mantenimiento. ¿Vivirían aún allí los vecinos? ¿Isham, el joven de los amores desgraciados que se liaba con

el primero que pillaba en la calle? ¿Los descuidados ocupas de la terraza? Ahí estaba, igual, el pequeño café cuyo empleado servía a los vecinos del edificio colocando los refrescos en un cesto que estos izaban con una cuerda. También la lavandería, parecía como antes, aunque unas modernas planchas de vapor habían sustituido a los antiguos armatostes de hierro. A nuestro paso, el dueño de cabello canoso levantó la vista y me miró con curiosidad, como tratando de reconocerme, y entonces adiviné en sus cansados ojos la mirada del tímido joven de antaño que nos traía a casa la ropa recién lavada y planchada.

Llegamos al café Horriya, uno de los más bellos de El Cairo. Amplio, con espejos y ventanales que, cuando llegaba el calor, se abrían de par en par sobre sobre la plaza de Bab el Luq. Me recordaba a las fotos de los cafés parisinos de los años veinte. Los establecimientos de la ciudad habían cambiado mucho, pero entrar en el Horriya era hacerlo en el túnel del tiempo. Permanecía igual, con las mismas paredes amarillentas y el olor a amoníaco y a zotal que salía de los lavabos cuando alguien abría la puerta. En más de una ocasión, de vuelta del Ministerio de Agricultura, me había detenido en aquel café, vacío al mediodía, para fumar la *shisha*, escudriñado por los grandes ojos amarillos de un gato gris. Allí me sentía tranquilo y relajado, sin otra preocupación que contemplar el corro de moscas girando en torno a un haz de luz como los planetas alrededor del sol.

Había grupos de amigos bebiendo cerveza, también algunos extranjeros, con seguridad estudiantes de árabe, pero muy pocos, dado que la situación política y los frecuentes atentados habían ahuyentado incluso a los viajeros más intrépidos. De pronto se levantó de una de las mesas un hombre de unos sesenta años que me observó con sus ojos de lobo.

Tardé largos segundos en reconocerlo. Era Ahmed Taha, otro de los compañeros de celda.

—¡Ahmed! —exclamé.

—*Ya jauaga*! —gritó de alegría, y nos fundimos en un fuerte abrazo —. ¡Traiga dos botellas más y unos altramuces, por favor! —ordenó al camarero.

Se disculpó por no haber ido a la presentación de mi libro.

—Permanezco muy al margen de todos los eventos —dijo—. Cuando me llamó Mursi, fue una auténtica sorpresa. Pero ¿cómo estás? Veo que sobreviviste. ¡Has engordado!

Percibí en su mirada un halo de tristeza que no recordaba. Era otro de aquellos valientes poetas malditos del grupo Las Voces, que iban a comerse el mundo. Sus poemas, el legado de su juvenil y valioso *spleen*, reflejaban la *Naqsa*, el espíritu de derrota de los intelectuales egipcios. Poemas perdidos para siempre, destruidos por la policía

secreta egipcia. Me pregunté si él también adivinaría un poso de tristeza en mis ojos.

Permanecimos observándonos en silencio, sin saber por dónde empezar. De pronto exclamé:

—¡Nada parece haber cambiado aquí!

Ahmed rio.

—¡Mira! —Señaló hacia los ventanales.

—No veo nada —dije.

—*Aiwa*! (¡En efecto!) —exclamó Mursi—, allá arriba.

Vi el impacto de una bala que había atravesado limpiamente el cristal, dejando apenas unos rasguños alrededor del agujero.

—Durante la revolución dispararon balas de verdad —dijo Ahmed.

—Pero todo ha acabado —sentenció Mursi—. La revolución ya no tendrá lugar.

—No sé, la gente ha perdido el miedo —dijo Ahmed—. Hay reuniones de estudiantes en todas partes. Además, las chicas participan activamente. Los dos años de los islamistas han sido un desastre y un tiempo perdido, y ahora con los militares…

—Ya veremos lo que durará esta supuesta apertura… ¡Acabaremos por echar en falta a Mubarak! —vaticinó Mursi.

Tras un largo silencio, Ahmed comenzó a recordar:

—A mí me daban mucho miedo los prisioneros de aquella cárcel. Sin duda la peor de todo el país. Temía que nos pegaran o que nos violaran. ¡Uno ha oído tantas historias! Por suerte estábamos todos juntos en la misma celda. ¿Te acuerdas de las fiestas que montaban cada vez que se follaban a un joven o a un recién llegado? Yo fui el último al que soltaron, no sé por qué razón. Me metieron en una celda con presos comunes. Estaba cagado de miedo. Nadie me dijo cuál era mi crimen, pues yo no militaba en ningún partido político. Cada jueves, los de Las Voces teníamos reuniones poéticas en casa. La policía se presentó una madrugada. Se llevaron mis libros, mis fotos, y lo que es peor, todos mis poemas. ¿Sabes lo que significa esto para un creador? Yo no tenía copias de mi trabajo porque en aquella época no existían los ordenadores personales. ¡Y no me sabía todos los poemas de memoria! Fue un drama. Al cabo de unos meses conseguí el pasaporte y me marché a Chicago donde vivía un conocido. Estuve allí más de diez años. Y me casé.

Se quedó con la mirada perdida. En ese momento sentí una gran afinidad con Ahmed. De pronto, sus ojos recuperaron la vida y continuó.

—Me costó mucho superar aquello. Cuando regresé de América, los del *muhabarat* quisieron amedrentarme de nuevo, pero iban con tiento porque, siendo mi esposa americana, suponían que yo habría

adquirido la doble nacionalidad. Pero no, nunca quise obtenerla pues quería regresar a Egipto y no echar raíces en Chicago.

Nos despedimos con un gran abrazo.

De camino a la Pensión Roma, donde nos alojábamos, Mursi me propuso una última copa en el After Eight. Estaba situado en un callejón, casi neoyorquino, entre altos edificios de los años cincuenta, con escaleras exteriores de incendio, que me recordaba aquellas portadas míticas en blanco y negro de los Stones de mi adolescencia. Era un club oscuro, lleno de humo, pero se respiraba tanta libertad que parecía una cava de jazz del Greenwich Village de la época *beat*. Unos músicos nubios interpretaban temas tradicionales con toques jazzísticos y *funk*, para deleite del joven público y de algunos bohemios. Las mujeres fumaban, bebían y bailaban entre ellas. Pensé en la sorpresa que se llevaría más de un analista político occidental ante la libertad que flotaba en el ambiente, ya que no se correspondía en absoluto con la imagen machacona sobre la sociedad egipcia que repetían las televisiones. Se trataba de una minoría, sí, pero existía.

Le dije a Mursi que había sido muy emotivo reencontrar a aquellos compañeros de celda, que me sentía culpable por haber creído que aquel suceso me había afectado a mí más que a ellos. Pero es que fue el hito más importante de mi vida, con unas consecuencias demoledoras. En cierto modo, supuso el fin de la inocencia. La magia se había ido.

—Mursi, ¿recuerdas que solía decirte que en Egipto me sentía libre y que tenía la impresión de ser demasiado feliz?

—Nunca se es demasiado feliz —rio Mursi—. ¿No decías siempre que no eras marxista sino *omarjayamista*, por el descreído poeta del vino? Pues demuéstralo: ¡Venga, bebamos la última copa! ¡Pidamos un Valmont!

—Parece ser que aquella felicidad no podía durar —proseguí—. Algo debió de ofender a los dioses.

—¡Vamos, no le des más vueltas! Todo eso sucedió hace demasiados años. Además no hay marcha atrás. «*Maalesh*!» (¡Déjalo estar!). ¡Brindemos por los viejos tiempos, por nuestra amistad y por nuestras locuras de juventud! ¡Por el recuerdo de Said el Corsario y por nuestra noche de aprendices de contrabandistas!

—¡Por todas las *shishas* rebosantes de hachís que fumamos en las *gorsas* y en el Café de las Ratas de Port Said! —brindé yo.

—Así me gusta, dejemos la tristeza a un lado. No se puede regresar al pasado.

—Quizá por eso estoy escribiendo, para exorcizarlo, aunque resulte doloroso removerlo. Van apareciendo sucesos olvidados, nuevas

conjeturas y conclusiones inesperadas. Mohamed Chukri me dijo que para él la escritura era un arma contra los que le robaron la juventud.

—¡Una venganza! —exclamó Mursi—. ¡Qué gran sentencia!

—¿Te acuerdas de cuando íbamos a los fumaderos de opio del barrio de Bataniya y luego nos pasábamos horas hablando de mil cosas en cualquier cafetín?

—¿Y aquella noche en que nos pusimos ciegos de opio en la Ciudad de los Muertos con Sami el taxista? ¡Cómo te enfadaste de madrugada!

—¿Y qué esperabas? —repliqué—. No todos los días duerme uno en un panteón mameluco. Además, a ti te daba mal fario. ¡Y lo que nos costó encontrar transporte a esas horas!

—¿Y las noches en blanco al pie de las pirámides? —dijo Mursi sonriendo—. Siempre me acuerdo de la noche en que desapareciste con la botella de *arrack*.

—Sí —reí—. Sentí la imperiosa necesidad de caminar solo en aquel entorno plateado y mágico.

—Te encontramos hablando, botella en mano, con la Esfinge.

Me eché a reír.

—Ojalá, *inshalá*, pudiera recordar qué demonios le preguntaba. Y lo que creí que me contestaba. ¡En aquellos momentos me pareció una revelación trascendental!

De regreso a la vecina Pensión Roma, los vendedores de lencería y zapatos se afanaban enjabonando las lunas de las tiendas y fregando el suelo con grandes cubos de agua. Tratando de guardar la compostura, llegamos hasta la puerta de la pensión y montamos en el viejo ascensor que siempre parecía a punto de estrellarse. Por suerte, esta vez respondió a la llamada.

—Estos días tendremos mucho tiempo para recordar —dijo Mursi, mientras cada uno abría la puerta de su habitación pensando ya en el viaje que íbamos a emprender al día siguiente a Bahariya, nuestro oasis favorito, adonde ninguno de los dos había regresado en tres décadas.

* * *

Durante más de dos horas estuvimos cruzando El Cairo por autopistas urbanas elevadas que discurrían entre altos edificios de ladrillos. El tráfico era terrible, estrangulado además por los numerosos controles policiales. Acababan de atentar en una iglesia copta y los ánimos estaban exacerbados. Cada vez que veía a la policía no podía por menos que recordar mi terrible experiencia.

«¡Cómo puede cambiar el curso de una vida en unas pocas horas,

incluso en minutos!», le decía a Mursi. Le conté que al principio llegué a sospechar de un amigo común, de dos individuos que frecuentaban el Riche e incluso de la pareja de extranjeros de la autocaravana. Sin embargo, tras hablar con los compañeros de celda, llegué a la conclusión de que no me habían detenido tan solo por una de aquellas eventuales denuncias sino porque mi nombre también debía de aparecer en una multitud de informes que se fueron apilando en algún despacho de los servicios secretos.

¡Tantas noches soñando con el regreso a los Oasis! Recordaba la rabia que sentía mientras ampliaba las fotos en el piso del Paseo Colón y, cuando estaba a punto de conseguir buenas copias, un impulso incontrolable me llevaba a encender la luz, salir a la calle y perderme en la noche. Con ello, las copias se velaban y los líquidos acababan cristalizándose en las cubetas. Destruía así mi propio trabajo a sabiendas de que su conclusión sería también la de mi sueño. Dejaba abierta una rendija a la ilusión del retorno, por más que en mi interior sabía con seguridad que eso no sucedería. Tampoco me resultaba fácil escribir sobre aquellos años vividos en Egipto. Temía que con ello mis amigos dejaran de ser de carne y hueso para convertirse en personajes literarios. Espectros del Hades, tan imposibles de asir como los que se me aparecían aquellas noches, cada vez más lejanas, de los antros del «Chino». Cuando por fin conseguía poner mis ideas en orden, sentía como si uno de mis amigos egipcios me agarrara la mano y la apartara del teclado del ordenador. «¡No escribas sobre mí! ¡No me sepultes todavía!»

—Cuando llegué por primera vez a los Oasis —le comenté a Mursi mientras el taxi avanzaba solitario ya por el desierto—, los poblados aún vivían en un tiempo lento. Tras la cena, se cantaba o se contaban historias alrededor del fuego. A veces pienso que hemos tenido el privilegio de vivir los últimos estertores de un mundo lento y antiguo.

—Tampoco yo he regresado desde la época en que te detuvieron. El día que me fui, estaban instalando los postes de electricidad. A medida que me alejaba de Bahariya, ¡los postes se acercaban! Estaba claro que eso supondría el fin de los Oasis tal como los conocíamos.

—Durante años soñé con el regreso —dije—, pero el tiempo mitigó el dolor y me concentré en otros proyectos. Hasta que llegó un momento en que me di cuenta de que ¡había dejado de obsesionarme con los Oasis!, de que el «puto» tiempo había acabado por aletargar mi anhelo.

—Yo también tenía muchas ganas de volver a los Oasis. Han pasado muchos años. ¿Veinticinco?, ¿treinta? Viví unos meses con Assem en la casa de adobe de Bahariya, pero faltabas tú. Tuvimos problemas con la gente. Las cosas se ven distintas cuando vives fijo en un lugar. Tú eras un *jauaga* simpático que te interesabas por su cultura

y su música. Te los llevabas a Farafra, dormías con ellos en el desierto, montabais sesiones musicales con Am Anwar. ¡No parabas! Contigo cada día era distinto. Les sacabas de su rutina. Vivían como en una eterna fiesta. Pero te aseguro que el día a día era otra cosa, y más aún cuando te das cuenta de los entresijos y mezquindades de esas sociedades tan cerradas. Además, murieron nuestros grandes amigos, Am Anwar y su hijo Ahmed. Sin ellos, todo se volvió vulgar y triste. Los dos eran grandes artistas tocados con algo especial que los hacía únicos e irrepetibles.

—¡Pobre Ahmed! —exclamé—. ¡Muerto en accidente de coche!

—¡Unos meses antes de que te encarcelaran! —añadió Mursi.

—Yo estaba en Siwa —dije—. Sentí mucho no poder acompañar a su padre en un momento tan doloroso.

Recordaba una tarde, poco después del accidente de Ahmed, en que viajaba solo por la carretera en el Desierto Blanco. Detuve el coche para fotografiar unas extrañas formaciones calcáreas a la luz del atardecer. Ahmed me había contado en una ocasión que en aquel preciso lugar, Abu Zeid el Hilali ganó una de sus primeras batallas, según la leyenda recogida en una de aquellas canciones de gesta que se seguían interpretando en todo Egipto y que tanto le gustaban. Cuando bajé del coche, no corría la menor brisa y el silencio era tan intenso, que me dolían los oídos. Tuve la sensación de que algo inaudito podía suceder en cualquier momento, como me ocurrió en el desierto de Irán, cuando creí viajar en el tiempo mientras deambulaba por las callejuelas de la ciudad abandonada de Bam. Sentí un estremecimiento. Tenía la certeza de que, de algún modo, Ahmed se hallaba cerca e intentaba comunicarse conmigo.

Inquieto, regresé al coche pero, por más que giré la llave de contacto, una, dos, tres veces, este no arrancó. Abrí el capó para revisar las conexiones eléctricas. No conseguí nada. «Tarde o temprano acabará por pasar alguien», me decía. No me preocupaba la posibilidad de tener que esperar al día siguiente pues, en el maletero del coche, tenía mantas, una pequeña tienda de campaña, latas de comida, un quinqué, libros y un gran bidón de agua. ¡Además de todas las estrellas del Desierto Blanco para contemplar!

Pasadas unas pocas horas mientras reclinaba el asiento disponiéndome a dormir, me sorprendió el ruido de un motor. Salí a la carretera donde aparecieron, a lo lejos, los faros de un Jeep de una compañía minera de Asyut. Me ofrecieron pasar la noche en su campamento, a una veintena de kilómetros en el interior del desierto. A la mañana siguiente, el conductor, que era un buen mecánico, según dijeron, se encargaría de arrancar mi coche. Permanecimos en silencio hasta que el joven sentado a mi lado dijo: «No me gusta ese lugar.

Hace poco, mientras estudiábamos las piritas en el mismo sitio donde te hemos encontrado, sentí una presencia. Recité una sura del Corán que aleja a los espíritus. Por la noche, nuestro guía, un beduino de la región, me dijo que aquel lugar estaba maldito. Sin ir más lejos, hacía poco se había producido un accidente. Sin razón alguna, el coche dio varias vueltas de campana muriendo todos sus ocupantes». Reviví la sensación de la tarde. No, no podía ser. «¿Eran de Bahariya?», pregunté inquieto. «¿Quiénes eran?». El guía de los geólogos me miró sorprendido. «¡Qué sé yo!», exclamó. «Son cosas que cuentan los beduinos.»

Mursi echaba una cabezada apoyado en la ventanilla. Aquel desierto que discurría monótono era el lecho de un antiguo océano plagado de fósiles de conchas marinas, de dientes de tiburón e incluso de esqueletos de ballenas. Comenzaba a adormecerme yo también cuando el chófer exclamó: «¡Bahariya!».

¡Por fin nos adentramos en mi soñado oasis! Nos dirigimos al *fonduq* de Haj Saleh, sobre un promontorio que dominaba el bello y lustroso palmeral. Nos costó encontrarlo porque aquel lugar, antes solitario, se encontraba hoy rodeado de casas y edificios modernos. Haj Saleh, que había sido un hombre de alharacas, nos recibió como si no nos conociera. Estaba envejecido, quizá enfermo. Sus ojos antaño vivarachos aparecían cubiertos por un velo lechoso. Le dije que quería ver a Mansur, el beduino de los camellos, pero hacía tiempo que no sabía nada de él dado que apenas se aventuraba fuera de su *fonduq* a causa de su frágil estado de salud.

Mi regreso a los Oasis no me estaba causando la emoción esperada. Muchas de las bellas casas de adobe se habían desmoronado dejando lugar a feas construcciones de ladrillo. El palmeral seguía siendo soberbio, pero los campesinos ya no vestían sus tradicionales *yelabías* de trabajo sino prendas chinas de escasa calidad. Las antiguas norias tiradas por bueyes habían sido sustituidas por bombas de agua eléctricas, cuyo estruendo rompía el silencio de los vergeles. Todo había cambiado. Logramos convencer a Haj Saleh para que nos acompañara al desierto y, allí sí, sentí una intensa emoción. Recordaba a mis grandes amigos, a Am Jairy, a Am Anwar y a su hijo Ahmed. A Mansur y su rebaño de camellos. Mursi tenía la impresión de que Haj Saleh, que había sido tan expansivo, no nos había reconocido porque no debía estar del todo en sus cabales.

Con Haj Saleh en 1983 y en 2015. Treinta y dos años separan ambas fotos tomadas por Mursi Sultan

Continuamos hacia el lugar donde solía acampar Mansur, al pie de Yébel Raba, junto al manantial, donde tantos años atrás había acudido con Latif, el jefe de la policía. El sol teñía de oro la montaña. ¡Qué raro me parecía estar en aquel lugar soñado! El agua del manantial manaba con fuerza. Haj Saleh se quedó en la sombra mientras nosotros nos bañábamos en aquellas aguas calientes. Al poco llegó uno de los sobrinos de Mansur que me abrazó hasta casi quebrarme los huesos en cuanto me reconoció.

—*Ya habibi jauaga*! —exclamó—. ¡La de noches que pasamos bajo las estrellas contando historias o escuchando a Am Anwar tocando el *mizmar*! Estás más gordo, pero conservas los mismos ojos. Mi tío Mansur te adoraba. Su hijo Sami también, pero Alá ya lo llamó a su lado y mi tío no tardará en seguirle. Está ciego y enfermo, por el azúcar. Además ha perdido la memoria. Pero, *jauaga*! ¡Qué alegría verte! Volvió a abrazarme con efusión. Olía a aquel humo de leña de casuarina que me traía tantos recuerdos.

Se dispuso a preparar uno de esos tés tan fuertes de los Oasis, bajo las palmeras, en el mismo lugar en que yo había fotografiado a Am Jairy, tendido en su manta sobre la arena y con el rebaño de camellos de Mansur al fondo.

—¿Qué ha sido de Latif, el policía? —pregunté.

—*Alá irhamu*! Ya no está entre nosotros —respondió Haj Saleh.

—¿Y Mustafa, el conductor que nos acompañó a mi padre y a mí?

—Murió —contestó lacónico.

—¿Y Am Jairy? —pregunté—. ¿Qué ha sido de él?

Haj Saleh dejó escapar un suspiro.

—¡No preguntes más! —me ordenó Mursi en inglés para que no nos entendieran—. ¡Cada vez que lo haces, matas a alguien o lo dejas tuerto!

—Aún debo hacer una pregunta, Mursi, lo siento. —Reí—. ¿Y Haja Sakina? —Era la mujer con quien Am Anwar coqueteó en su tiempo y a quien le había picado un escorpión en el sexo.

—¿Haja Sakina… Haja Sakina? —repetía pensativo Haj Saleh, intentando recordar

—*Garasitki feen*? (¿Dónde te ha picado?) —Mursi pronunció la frase mágica.

Nuestro amigo se quedó atónito. Las desventuras de la anciana Sakina y el escorpión que le había picado en el sexo, al parecer le estaban activando sus recuerdos. Aquella frase que solo un puñado de amigos entendíamos era algo parecido a un santo y seña de los «balas perdidas» de Bahariya, los que bebíamos alcohol y fumábamos hachís a escondidas de los buenos musulmanes del pueblo. Repetí las palabras mágicas:

—*Garasitki feen*? (¿Dónde te ha picado?)

Y entre sollozos, Haj Saleh respondió:

—*Mush qader aqul*! (¡No lo puedo decir!)

Nos abrazó con fuerza y exclamó:

—*Jauaga*! ¡Mursi! ¡Cuántos años han pasado! ¡Así lo ha querido Dios!

Nos dijo que a menudo recordaba aquellos buenos tiempos y que daba gracias a Dios por habernos vuelto a ver antes de morir. De nuevo nos abrazó con la efusión que correspondía a nuestra vieja amistad. Nos volvimos a abrazar, emocionados y entonces me sacudió con más fuerza, si cabe, la emoción. Con aquella cálida muestra de afecto estaba abrazando también a Mansur, a Am Anwar, a Ahmed, a Haj Mairy, a Am Jairy y a todos los amigos de los Oasis. Me separé unos instantes para observarlo. Seguía teniendo aquella nariz que lo hacía tan deliciosamente feo y supe que no volvería a verlo.

De regreso a Bawiti, pasamos por Ain el Bishnu, un lugar mágico, como un grabado orientalista, en el que destacaba la cúpula de un morabito en un promontorio que dominaba las solitarias palmeras junto a una poza. Allí había tomado una de mis fotografías preferidas, en la que unos gansos, parecidos a los de los bajorrelieves faraónicos de Meidún, corrían intentando escapar del encuadre.

Por la noche, me invadió un sentimiento agridulce. Al igual que me había sucedido el día anterior en el café Zahret Al Bustán, volvía a preguntarme si uno debía regresar a los lugares donde había sido feliz. Seguramente no, pero estaba contento de haber visto a Haj Saleh, por más que ahora fuera una sombra de sí mismo. Recordaba aquellas noches en su *fonduq*, cuando los escasos viajeros se retiraban y los asiduos subíamos a la azotea con una botella de licor de dátiles para pasarnos una *shisha* repleta de hachís y escuchar las historias de Haj

Saleh en el Sudán, interrumpidas tan solo por alguna loanza al Profeta cuando una estrella fugaz entraba en la atmósfera y se desintegraba produciendo coloridas explosiones. Me doliera o no, había necesitado regresar a los Oasis para romper de una vez el cerco que me ahogaba desde hacía más de tres décadas y conseguir respirar de nuevo.

* * *

A la mañana siguiente tomamos la carretera de Farafra para dirigirnos a Tablat Amon, en el pequeño oasis de Al Hayz, donde pensaba construirme una casa tradicional. En mis ensoñaciones, cuando más desesperado estaba, ya fuera en la cárcel o en las interminables noches de mi largo «exilio» en los antros del «Chino», evocaba aquel poblado de casitas de adobe inundado de luz que dominaba el palmeral. Los gansos nadaban en el pequeño lago, con las montañas en forma de volcán del Desierto Negro como telón de fondo. Recordaba también al anciano Haj Mairy, a quien visitaba siempre con Am Anwar. Nos gustaba pasar varios días en aquel oasis encantado, cuya agua era más fresca y deliciosa, el aire más puro y el cielo mucho más azul que en cualquier otro lugar del mundo

En la casa que dominaba el pequeño lago, Haj Mairy y sus hijos nos hablaban de los *yenún* del Desierto Blanco y también de pequeños oasis en cuyas pozas abrevaban las gacelas. Recordaban historias de sus mayores sobre esclavos que escapaban de las caravanas y llegaban exhaustos.

Nos desviamos a la izquierda, donde un letrero indicaba «Tablat Amon», y proseguimos durante unos kilómetros hasta llegar a un lugar en el que se alzaban unas feas casas de cemento, construcciones relativamente recientes pero ya decrépitas, que parecían abandonadas. Unos kilómetros más allá por aquella misma pista, encontramos un poblado de impersonales construcciones, también nuevas, protegidas por casuarinas. No se veía un alma pero, al detener el coche, se acercaron tímidamente unos niños.

—¿Es esto Al Hayz? —les preguntó Mursi.

Asintieron con la cabeza.

—¿El pueblo de Tablat Amon? —añadí.

—*U… feen il regala*? (Y… ¿dónde están los hombres?) —dijo Mursi.

—En la mezquita, en la oración del viernes —contestó uno y echaron todos a correr muertos de vergüenza.

Bajé del coche. Necesitaba estar solo. Crucé una extensión de matorrales en dirección a una pequeña colina. No, no podía ser. Ante mí estaba el lugar donde en otro tiempo se había levantado mi soñado

poblado de adobe. Apenas unos muros seguían en pie, como si la ira de un dios vengativo hubiera derruido las casas arrasando con su aliento de fuego todo signo de vida. Aquel bello lago de los gansos felices donde abrevaban asnos, camellos y cabras se había convertido en tierra resquebrajada y baldía y el otrora verde palmeral, en un laberinto de troncos quemados y ennegrecidos. Sentí un nudo en la garganta y caí de rodillas. ¡Tantos años soñando con un lugar que ya no existía!

Cuando me incorporé, creí reconocer la ruina de la vivienda de Haj Mairy. Atravesé el dintel del muro y entré en el patio de aquella casa donde tantas noches había dormido y sido obsequiado con los mejores manjares. Empujé la puerta, pero estaba cerrada con uno de aquellos bellos cerrojos de madera labrada característicos de los Oasis. Decidí llevármelo. Al menos conservaría lejos de allí la prueba de que no todo había sido un sueño. Tiré de él con fuerza, y la pared entera pareció moverse. En el interior cayeron cascotes. Seguí tirando, con tal fuerza, que acabé cayendo de espaldas con el cerrojo entre las manos. Me quedé conmocionado, sin capacidad de reacción. Percibí entonces un zumbido de abejas que no tardaron en rodearme. Las sentía cada vez más cerca, en mi cuerpo, posándose en las manos y en la cara, en la nariz y en la boca; también en los párpados. No sé cuánto tiempo pasé tendido en el suelo, envuelto en aquel zumbido, hasta que, una a una, emprendieron de nuevo el vuelo. Sin hacer movimientos bruscos que pudieran atraerlas de nuevo, moví con cuidado mis extremidades. Todo estaba en orden, ninguna picadura, nada roto, quizá algún moratón o magulladura.

Había necesitado viajar por última vez a Al Hayz, el lugar con el que había soñado desde mi expulsión, para cerrar aquella herida tan profunda. Lo vivido allí había supuesto para mí una verdadera catarsis y, tras aquella dolorosa purificación, me sentía fortalecido. «El sentido de la existencia es que no tiene sentido alguno», recordé de pronto las palabras de mi amigo Josep Pascual a su vuelta de la India. Iba pensando en ello, sin rumbo fijo, cuando me vi en un palmeral.

No se oía ni siquiera el silbido del viento o el zumbido de los insectos, solo mis pisadas. Los rayos de sol que se filtraban entre las ramas caían como lluvia de luz en el camino. Una brisa repentina trajo hasta mí el sonido de un chapoteo. Como el cazador al acecho que no quiere ser visto, me aproximé con sigilo hasta un estanque donde un pequeño asno se revolcaba contento. Una gran garza blanca, quieta como una estatua, desplegó su cuello y, con un movimiento apenas perceptible, atrapó un pez plateado que volteó dos o tres veces en su pico hasta encararlo para engullirlo en un último esfuerzo. Al poco, apareció un joven campesino montado en su asno que entró en el estanque hasta que el agua llegó al vientre del animal. El asno bebió a

ruidosos sorbos mientras el joven entonaba una melodía del desierto que solía tocar Am Anwar. ¡Me encontraba viviendo en una de mis propias fotografías en blanco y negro tomadas hacía tres décadas!

Saboreaba cada instante de aquel privilegio. Rebuznó con fuerza el asno y lo imitó el otro más pequeño. Disgustada, la garza blanca emitió un graznido antes de alzar el vuelo. Permanecí agazapado hasta que se marcharon y el silencio se apoderó del palmeral. Me acerqué al estanque. El agua estaba clara. Me quité la ropa y me sumergí despacio. Me dejé flotar. Una bandada de aves surcaba el cielo. Estaba en Zarzura, el oasis que solo encuentra quien se pierde y del que nadie regresa cuerdo.

Quiero agradecer la amistad y la compañía viajando por Oriente y África de Mursi Sultan, Mohamed Seif, Isabel Esteva, Marta y Mireia Sentís, Ramón y Xavier Puigmartí, Teresa Ricart, Bianca Longhi, Omar el Fayumi, Joan Merelo, Assem Sharaf y Miquel Barceló.

A los supervivientes del viaje a la India en el viejo Land Rover: Xefo Guasch, Carlos Mir y Manuel Pijoan.

A Ibrahim Abdel Meguid, Mohamed Suleiman, Ahmed Taha y al resto de los compañeros de celda en la prisión de alta seguridad de Al Qanater.

Me gustaría recordar a los que se fueron. A Mustafa Abdelaziz, William Ashaq «Al-Malik», Cheij Imam, Am Anwar, Ahmed y Amr Hadun, Haj Saleh, Haj Mairy, Am Jairy, Mansur Nadhi el beduino, Ibrahim Mansur, Bashir Isibay, Adrián Rodríguez, Chant Avedissian, Ahmed Cheij Nabhany, Paco Escudé, Ana Seró, Joan Baró, Elisabet Cabrero, Jordi Sardá, Germán Piffano y a todos los amigos encontrados en el viaje que ya no están entre nosotros. A mis adoradas Fura, Bitxo y Vilma que descansan en el jardín bajo una mimosa, un granado y un naranjo.

Gracias a Juan y a Teresa Esteva, a Nuria Ventura, a Ramón Blanc y a Josep Pascual por ayudarme a descifrar el pasado. A Gloria Giménez por sus interpretaciones psicológicas y a Jordi Obiols por su ayuda para comprender las alucinaciones y los episodios de parálisis del sueño.

Por último, quiero agradecer la lectura del manuscrito y sus observaciones a Marisa Abdala, Javier Andrada, Luis Calvo, Marisa Escribano, Daria Esteva, Oscar Fontrodona, Manuel Forcano, Alberto Montes, José Neira, Blanca Nieto, Pepe Ribas y Teresa Ricart.

NOTAS

[1] Es el tiempo de el amor / El tiempo de los amigos / y de la aventura / Cuando el tiempo va y viene / no se piensa en nada / a pesar de sus heridas / Pues el tiempo del amor / es largo y es corto / Dura siempre / y Uno lo recuerda.

[2] Querida. ¡Cuánto lo siento! Usted necesitará otro traje de baño.

[3] ¿Un traje de baño, dice? ¡Lo que necesito es un nuevo «trasero»!

[4] Cristianos.

[5] Una pastilla te agranda y otra te empequeñece / Y las que tu madre te da no te hacen nada / Ve y pregúntale a Alicia cuando mida tres metros / Cuando las figuras del tablero de ajedrez se levanten / y te digan dónde ir y tú hayas tomado los hongos y la cabeza te vaya lenta / ve y pregúntale a Alicia, / creo que ella lo sabrá / Cuando la lógica y la proporción no cuentan / recuerda lo que dijo el lirón: / ¡Nutre tu cabeza!, ¡nutre tu cabeza!

[6] *Yenún*: plural en árabe de *yin*.